JOAO NUNES MAIA

MIRAMEZ

Francisco de Assis

Francisco de Assis

Francisco de Asís

Por el Espíritu MIRAMEZ

EDITORA ESPÍRITA CRISTIANA FUENTE VIVA
Avda. Andradas, 367 – Lojas 316/318.A
Belo Horizonte – Minas Gerais
1986

EL APÓSTOL JUAN

Juan Evangelista, de entre los discípulos del Señor, fue considerado el que más se dedicó al Maestro, por la fuerza del Amor. Era muy joven, cuando asistió, junto con algunos de sus familiares, a las Bodas de Canaá. El destino le hizo acompañar a Cristo en sus más difíciles testimonios, así como en sus más grandes alegrías. Presenció varias curas extraordinarias del Señor, formó parte de los tres en el Monte Tabor; en la agonía del Getsemaní, estaba en el jardín de los Olivos, asistió a las predicaciones más profundas del Maestro, presenció la Entrada Triunfal, subió al Calvario para despedirse de su preceptor y, en el encuentro más dramático del mundo, recibió como nueva madre, a María, anunciada por el Divino Mesías. El Evangelista no dejaba de ser un elegido. Espíritu escogido de entre muchos, fue llamado para consolidar el Amor en la faz de la Tierra. Vivió junto a los hombres casi un siglo, dedicándose a la vida cristiana; fueron más de ochenta años en la pura ejemplificación de los conceptos de la Buena Nueva del Reino. Sorprendió a muchos otros grandes por la humildad y por la fe, y al lado de toda la vivencia de las virtudes preceptuadas por Jesús, cargaba consigo como patrimonio sagrado, una lúcida inteligencia, que aplicaba con los debidos cuidados, al servicio de la colectividad.

Cuando nació, Salome fue invadida por una llama de luz, presenciada por Zebedeo en estado de vigilia, y se hizo una claridad tan grande, que fue igualmente vista por muchos pastores, en la madrugada del parto. La morada quedó inundada de un perfume nunca antes percibido por alguien de la familia, y un coro de Ángeles reprodujo sonidos, que los familiares pudieron oír, como si el Cielo descendiera a la

Tierra por misericordia del Dios de bondad y de amor. Nació el niño que tomó el nombre de Juan y que trajo la primacía de ser conocido como el *Evangelista*, el profeta más difícil de ser comprendido por los hombres, el apóstol que tuvo la felicidad de cerrar el pergamino de luz con el Apocalipsis.

Su madre, cierta vez, se aproximó al Maestro Jesús y le habló de los fenómenos que lo acompañaban desde la cuna. Observó, sin miedo de estar equivocada, que su hijo tenía una tarea semejante a la de Cristo, y pidió con humildad, que Él lo bendijese, escogiendo también a Tiago, para que pudiesen sentarse, cada uno a Su lado en el reino de Dios. Tiago y Juan se aproximan al Maestro, decididos, quedando uno a cada lado, realizando el pedido de la madre. Cristo, fijando Sus grandes ojos en los de Salome, respondió serenamente:- "No me corresponde a mí decidir, dejar o no que tus hijos se sienten a mi lado, en la marcha que se proponen caminar en la Tierra y en el Cielo. Cada uno de nosotros tendremos que testimoniar ante Dios y nuestra conciencia lo que aprendemos... No obstante, si ellos pueden beber conmigo el cáliz amargo, preparado para mí desde hace milenios, rogaré a Nuestro Padre Celestial que los mantenga en mi compañía, para que la felicidad aumente en mi corazón, y tu voluntad será satisfecha, si fuese esta la voluntad de Dios".

Antes de comprender su apostolado junto a Nuestro Señor Jesucristo, Juan parecía un joven impetuoso, derramando una catarata de energía, un vigor difícilmente comprendido por los hombres, pues era el impulso esquematizado, desde su génesis, para que en el futuro el Evangelio fuese sustentado por su conducta grandiosa. Tuvo la oportunidad de conocer a todos los discípulos en la coyuntura doctrinaria y convivir con ellos en sus más difíciles reacciones. Acompañó a Pablo en varios viajes, testimoniando en su propia carne las dificultades en hacer

que conociesen a Cristo, entre las fieras humanas. Después de marcharse el Maestro hacia las esferas resplandecientes, midió, pensó y sintió que, de hecho, sentarse a Su lado no dependía de un sí o de un no del Divino Señor, sino de la vivencia del Amor de los que buscan ese reino. Varias veces estuvo a las puertas de la muerte, llegando hasta percibir algunos ángulos de la otra vida y a oír consejos del otro plano, en lo tocante a la resistencia, a la paciencia, a la humildad y al amor para con aquellos que aún desconocían la Verdad. Cada vez que sufría el aguijón del dolor por Su causa, se restablecía con más ánimo y enfrentaba las dificultades con más esperanza, teniendo siempre a Dios como única divisa para la salvación para todos los ideales y a Cristo como Pastor Inconfundible que libera las conciencias para vivir en la luz.

Juan Evangelista creció en sabiduría y virtud. Experimentó hambre muchas veces, sin amedrentarse. Sintió en la piel llagas de varias procedencias, sin que ellas lo desanimasen en la difusión del Evangelio. No hizo distinción de vestimentas para su apostolado sublime. Sólo pensó en el Amor.

Cuando supo que Tiago había muerto de manera violenta por los opositores de la Buena Nueva, en vez de debilitarse, se incorporó a los ideales de su hermano, y sintió dentro del pecho un grito del corazón mandando que avanzase, por cuanto en sus hombros pesaban dos compromisos. Cuando supo de la marcha de Pedro a Roma y, posteriormente, de su crucifixión por los romanos, que también quemaron su cuerpo, en lugar de temer a la furia de los enemigos, se incorporó a la fe del apóstol pescador en nuevos frentes de trabajo. Y cuando Pablo, su mayor esperanza, terminó sus días también en Roma, Juan, que se encontraba en algún lugar, reponiendo fuerzas para nuevas

predicaciones, postró el rostro en la tierra llorando, y suplicando buscó a Jesús, para que no desamparase a la familia cristiana, que crecía en número, día a día, careciendo de un pastor visible en el mundo; descendió del cielo una luz sobre su cabeza y él oyó nítidamente una voz, muy conocida:- "Continua incorporado a las fuerzas y a las virtudes, a los dones y al amor de los que se sacrificaron en mi nombre. Ninguna criatura quedará sola, porque Dios es Justicia, y por encima de la Justicia, Él es Amor". Desde ese día en adelante, Juan se volvió un imán de energía. Cuando uno de sus compañeros del apostolado sucumbía, aumentaba su vigor, por saber que era la voluntad de Dios y que seria una simiente enterrada en suelo fértil, y que de aquella vida podrían nacer millares por ley de la Divinidad, y que el Evangelio sería más conocido por el fenómeno de la fe.

Después que María, madre de Jesús, fue llevada para la patria espiritual, Juan se transformó definitivamente en un seguidor de Cristo, proponiendo maneras grandiosas a las almas sufrientes y tristes. Alimentaba una alegría íntima, como si tuviese un sol encerrado en el corazón. Al hablar, representaba la voz de otras esferas, aprovechando, en la oportunidad, los canales de su verbo, lógico y clásico, sencillo y divino al mismo tiempo. A su alrededor había un magnetismo superior. En la dinámica del Amor, distribuía la verdadera felicidad en todas las dimensiones. Dormía en plena naturaleza y se sentía como si estuviese en una mansión espiritual.

Roma, que se sintió feliz y victoriosa por la muerte de algunos discípulos de Jesús, mandó seguir la pista de Juan, no para exterminarlo visiblemente, sino por algún respeto al profeta y por sutileza política. Muchos, en secreto, lo acompañaban hábilmente como presa, para, en la hora cierta, dar el golpe mortal y liberar a Roma del yugo incomodo, pues

él era la Verdad que se expandía por amor a las criaturas. Sus principales discípulos fueron Policarpo, Papias, Ignacio y Patius, de los cuales hablamos, porque heredaron del Maestro de Éfeso el amor más acentuado. Pero, en verdad, fueron millares de seguidores los que testimoniaron lo aprendido por el ejemplo digno del Evangelista, que venció a la muerte en todos sus más duros testimonios.

Además de los hechos ya conocidos sobre los fenómenos de la naturaleza que reaccionaron contra los perseguidores de los cristianos, ocurrieron otros muchos que la historia no relató, por negligencia de los hombres.

En el año 60 de la era cristiana, se reunían en las proximidades de Roma, procedentes de varias localidades, los discípulos más destacados de Jesús, dado el interés de Pablo en divulgar, en Roma, el ideal de la Buena Nueva. Cierta noche, en una ladera rocosa en la cual la naturaleza formó una especie de amplio salón, hablaba bajo la luz de las estrellas, un tribuno de sangre romana de nombre Gamerino, que se convirtió por las manos benditas del apóstol Pedro, que curó a su hijo a las puertas de la muerte. Él hablaba sobre las curas efectuadas por los hombres santos, bajo la influencia de Cristo y sobre las posibilidades de paz en el mundo entero, por la extensión del Evangelio por toda la Tierra y a todas las criaturas. Y, para tal emprendimiento, decía: nosotros somos los instrumentos. Centenas de personas allí reunidas oían, magnetizadas por la fe, la palabra de Dios, en la boca de aquel hombre, tocado por la luz.

El ejército romano, ya puesto en sobre aviso, aguardaba el momento exacto de apresar a todos de un sólo golpe. El Águila volaba para el salto mortal. No obstante, los centuriones que comandaban las tropas encargadas de matar y prender, no repararon que, por encima del Águila de Roma, los pájaros de los cielos vigilaban a los misioneros de

Cristo. No habían terminado de gritar la orden de ataque, cuando los relámpagos se cruzaron en todas direcciones del campo, alcanzando a los perseguidores. Como si fuesen atacados por hilos de alta tensión, casi quinientos soldados del Imperio cayeron al suelo, inconscientes. Los pocos que permanecieron de pie, asombrados, volvieron con la noticia de que el poder mayor de Roma tenía que estremecerse y tener a los cristianos como magos negros, pues la propia naturaleza los defendía. Terminado el culto, los cristianos pasaron sobre ellos que aún dormían profundamente.

Es por eso que ellos temían a Juan, procedente de los primeros discípulos del Maestro, y porque su nombre era una viga maestra en la doctrina del Nazareno.

❁❁❁

Cierto día, habiendo caído prisionero Juan, con mucho cuidado, fue llevado a la Isla de Patmos, por los soldados de Roma. El anciano, sencillo y alegre, obedeció a los verdugos, como un cordero a la voz del pastor. Sin maltratarlo físicamente, le impusieron severas órdenes, procedentes del Imperio. Ahora, Patmos era una isla pequeña, formada de secreciones de antiguos volcanes, de más o menos treinta kilómetros de circunferencia, lugar terriblemente desprovisto de vida vegetal y animal; había escasez de todo. Era un mundo desconocido, todavía, el amor es la piedra filosofal que todo transforma, y Juan comenzó a vivir en la isla como si estuviera en un paraíso.

Los guardias de Roma, de vez en cuando, eran sustituidos por otros, y Juan crecía cada vez más en el Amor. Casi todos los soldados con los cuales convivió en esta pequeña región rodeada de agua, castigada por el sol abrasador, se convertían al Cristianismo y lo escuchaban con

gran admiración y respeto. Participaban hasta altas horas de la noche de las conversaciones del profeta, que no demostraba cansancio. Se apoderaba de él un vigor inexplicable en las argumentaciones evangélicas, narraba la vida de Cristo como si Lo estuviera viendo, y, de vez en cuando, un suave perfume se hacia presente en el ambiente, con las estrellas tornándose más vivas y el cielo más lindo.

Otro día, el vidente de Patmos paseaba por las laderas de la isla, sintiendo a la naturaleza responder a todas sus interrogaciones. Conversaba animadamente con alguien, olvidándose de que estaba acompañado por dos agentes de Roma, que vigilaban sus pasos, por orden del Imperio. Ya que no podían matar al agente de la luz, la antena más apropiada para captar los mensajes del mundo espiritual, que quedase, por lo menos, aislado del resto del mundo. Los soldados quedaban sobresaltados, pues Juan era visitado constantemente por viejos compañeros de sacrificios en todo el movimiento cristiano. Hablaba con Pedro, Tiago, Bernabé, María, Felipe y tantos otros que lo precedieron en la jornada para el más allá. Le ayudaban a comprender mejor los designios del Señor y, muchas veces, el propio Maestro lo visitaba, conversando con él acerca de la vida y de su apostolado junto a los hombres. Pero no era solamente eso. Juan, en el exilio, aprendió una ciencia más profunda, – que solamente de aquí a algún tiempo los portadores del conocimiento espiritual comprenderán – la interpretación del lenguaje de los otros reinos. Él descubrió, que las propias piedras tienen vida y responden al cariño y al amor cuando estas se intercalan en su faja, por hábiles pensamientos y por sentimientos cuya tónica dominante es el Amor. Los árboles sentían con Juan, alegría y tristeza, dependiendo del estado en que el apóstol se encontrase, y con ellas, él experimentaba en el ambiente solitario que la vida le daba para vivir.

Hablaba a los peces sobre la vida de Cristo, con más entusiasmo que cuando hablaba a los hombres, y ellos lo escuchaban como si lo entendieran. Dialogaba con el viento y le pedía con humildad que llevase su palabra, y la de todos los mensajeros de Cristo, a los lugares que de ella careciesen, para los enfermos y para los afligidos. El viento tenia la felicidad de penetrar en lugares en donde el hombre jamás pensaba ser oído. Y Juan concluía de este modo:"Viento amigo, inspira a las almas del bien y tranquiliza a las fieras humanas: tu eres agente de la vida como bendición de Dios."

Y, muchas veces, era soplado ruidosamente por los vientos que, ciertamente, daban a entender que oían su petición, pues una inteligencia superior los dirigía en la renovación de los ambientes de la Tierra, purificando el magnetismo que se expande por todo el globo. Los dos hombres que nunca lo dejaban sólo, y que oían casi todas las conversaciones del apóstol con la naturaleza y con los espíritus, comenzaban a entender el motivo de la vida en el seno del mundo.

El viejo Juan, pasando a ser llamado en la isla el Padre Juan, atendía afablemente a todos los pedidos de esclarecimiento, por parte de los soldados romanos. Uno de ellos, después de oírlo atentamente en los relatos de las curas hechas por el Divino Maestro, principalmente el de la hija de Jairo, fenómeno al que el propio apóstol asistió, lo interrogó respetuosamente: "Padre Juan, ¿por qué ese Maestro que tanto hace por las criaturas sufrientes, salvando a multitud de ellas, como decís, os deja abandonado en esta isla, como persona indigna de la sociedad? Y ese Evangelio del cual habláis, ¿no es urgente que sea conocido por todos los pueblos? ¿A qué atribuís el silencio de los Cielos para con vosotros, en este ambiente solitario e indigno para vivir seres humanos, del cual nosotros también sufrimos las

consecuencias, tanto como vos, además del recuerdo de nuestros familiares que castigan sobremanera nuestros corazones? Sentimos profundamente la ausencia de los nuestros; no tenemos ciertas regalías y confort que solamente allá en Roma podríamos tener, disfrutando de la compañía amiga y de las personas elevadas en los conceptos de la propia vida. ¿Será que el destino reservó para vos, que reconocemos ser un hombre bueno, con la salvedad de algunos delirios, el aislamiento de la humanidad? ¿Que hicimos nosotros para estar con vosotros aquí?

El apóstol escucho atentamente a Apolium hablar, como si fuese un verdadero padre ante su hijo. Apolium era un griego que se trasladó a Roma con sus padres y que, más tarde, se hizo ciudadano romano, alistándose en el escuadrón del Águila, por amor a las armas. El vidente de Patmos, como inspirado, habló, respondiendo al soldado con ternura: "Hijo mío, los designios de Dios son diversos, variando de criatura en criatura, de nación en nación. Nada, al contrario de lo que ocurre en el mundo, se hace sin Su magnánima voluntad: desde la gota de agua que desaparece bajo el calor del sol, al astro que huye de nuestras miradas en el esplendor del infinito, todo obedece a Sus leyes sabias y justas. Si estoy aquí, es por la gracia y misericordia de este mismo Dios y por la bondad de Jesucristo. Vosotros, que formáis parte de la milicia romana, adiestrados en la más alta técnica de la lucha, en el domino de tierras y más tierras, en el aprisionamiento de cosas y pueblos, que caracterizan al Imperio Romano como el mayor del mundo, debéis saber que, en medio de las luchas, principalmente en las grandes batallas, es lógico e inteligente que hayan treguas, ¿no es lo mismo? Cristo para nosotros es el mayor Comandante de la Tierra, que vino a encender fuego en la iniquidad del mundo y lo atiza para que él se esparza cada vez más. Nosotros, somos Sus simples

soldados, como vosotros lo sois de Roma. La lucha ya comenzó y no fueron pocos los que perdieron la vida física para sustentar el gran ideal que es la paz con Dios.

Aquí estoy, consciente de lo que merezco: no el descanso que la vida me esta proporcionando y de la felicidad de disfrutar de las compañías de las cuales no soy digno, sino de una tregua, recogiendo energías del Sufrimiento Mayor, a fin de continuar la lucha con el Maestro. Y os equivocáis, cuando afirmáis que estoy aislado de la sociedad y de los pueblos. Cristo nos enseñó cómo vivir unidos, incluso encontrándonos distantes uno de los otros, unidos por la ciencia magna del Amor, pues quien ama no está sólo. Y, en cuanto a vosotros, yo lamento por tenerme que soportar por mucho tiempo; no obstante, en mis oraciones pido a Dios que os haga libres, como entendéis la libertad. Y para vuestras familias, yo les deseo mucha paz y felicidad; que Dios las atienda en lo que más necesiten. Y por encima de todo eso, hijos míos, en el mañana, habréis de dar gracias a Dios, por ser los escogidos, pues en el silencio de esta isla se forma en vuestros corazones el ambiente para que Cristo pueda visitarlos frecuentemente, dejando vuestras inteligencias imantadas de la Luz de la Verdad. He aquí que os llegó la hora de oír las palabras de Dios, que habla a los corazones por medios que desconocéis.

El grupo, aureolado por tornasolados diamantinos, que perdían y recuperaban los colores al impulso del verbo de Juan, se volvía oscuro por la claridad generada. El viento soplaba con suavidad respetando las conversaciones espirituales de aquellos seres, exiliados para el mundo, pero libres para Cristo, en el valioso aprendizaje de las verdades espirituales. El apóstol calló un instante, dando tiempo para la asimilación de los conceptos que expuso, y retomó la palabra con más dulzura:

“Si queréis, hermanos, vamos juntos a dar gracias a Dios, como si fuéramos verdaderamente felices – como yo me siento – pues esta es la voluntad de Dios para con todos nosotros; y no despreciemos nada de lo que aquí ocurre.”

El soldado, medio atónito, habló con recelo:

“Padre Juan, últimamente he sentido hasta sed en este lugar; el agua pesa en mi organismo y parece que rechaza ese liquido salobre. ¿Como puedo soportar toda esa tragedia dentro de mí, mientras millares de camaradas, en Roma, están hartos de buena agua y seguramente de vino de primera calidad, y de buenos descansos?”

El Maestro de Patmos se puso de pie, levantó los ojos al el cielo, donde ya se hacían visibles las estrellas, pensó en Cristo, en María, en Pedro y Tiago, Pablo y Bernabé, Salomé y Zebedeo, se detuvo recordando del viejo testamento en que Moisés, en el desierto, tocara una roca y de ella fluyó agua pura para los sedientos y con ella se saciaron en abundancia, y rogó al Maestro de Nazaret, en nombre del Padre Celestial, con todo el amor que poseía en el corazón: - “Señor , compadeceos de este hermano que tiene sed, dadle de beber, pero que se haga vuestra voluntad y no la nuestra.”

En el mundo espiritual, se movilizó una caravana, a cuyo frente estaba Cristo con el dedo apuntando para Juan, que aún se encontraba con los ojos semi-cerrados. Y de Su indicador brillaba una luz diferente. De él partió un rayo, haciendo el apóstol de hilo-tierra, que como broca divina penetra el suelo, sin que los hombres de Roma lo pudiesen notar y, como por encanto, las piernas del discípulo comienzan a profundizar en la tierra y él sintió que un líquido refrescante le besaba sus ardientes pies. Los dos hombres, asustados, y con los corazones acelerados, constataron el fenómeno y el poder de la fe. Al ver el líquido cristalino corriendo en varias direcciones, el primer impulso

de los soldados fue el de probarlo. Desconocían otro líquido igual, incluso el de las famosas termas del país al que pertenecían. Además de saciar la sed, el agua también alimentaba, como si fuese un buen banquete a la romana. Ayudaron al Padre Juan a salir de la fuente que había surgido, sin palabras y aturdidos por los acontecimientos.

Le parecía al Apóstol, que aprendió a sentir felicidad donde quiera que estuviese, que el tiempo pasaba rápidamente. Para los soldados, sin embargo, transcurría lentamente. La soledad les traía un tedio indescriptible: si no fuera por la presencia del Evangelista en el excremento volcánico de Asia, no soportarían los conflictos íntimos y los generados por la naturaleza del ambiente. El espíritu, en determinada faja evolutiva, mal resiste esos impactos, mientras a otros más evolucionados, se presentan como la caridad divina visitándolos a través de los problemas, en el cumplimiento de la ley. Los hombres del Imperio, sin percibirlo, estaban siendo llamados por Dios para su despertar. La rebeldía nacía de la vida condicionada, como ocurre a todos los seres, de muchas existencias en largos caminos. Sonó la hora para ellos, como suele ocurrir para todos, pues esta es la ley. No existe el acaso en la profundidad de las cosas, sino la voluntad del Padre Celestial, que se hace expresar en todas las direcciones de Su reino. Los hombres de Roma, destinados a vigilar al mensajero de Cristo en la isla de Patmos, saldrían de allí como si saliesen de una universidad. Los que prestaban menos oídos a las palabras del vidente, no podían impedir la acción de las leyes sutiles de la naturaleza, grabando en sus conciencias algo de divino, que se irradiaba por toda la extensión de la isla.

En aquella pequeña faja de tierra rodeada de agua, existía, para el Padre Juan, una tregua de grandes luchas que emprendió a favor de la difusión de la Buena Nueva de

Jesucristo. Él empuñaba la bandera, de forma excelente, que fue izada en los festines de una boda en Canaá y sublimada en las cimas del Calvario. Ese divino camino, del festín para la cruz, fue por él recorrido, y su conciencia computó todas las experiencias, dignificando todas las actitudes.

El Evangelista fue preparado, durante su vida, para que su nombre se perpetuase, como el mayor profeta de todos los tiempos, el más arrojado vidente de todas las épocas. En éxtasis, en el exilio, el tiempo para él desapareció, como igualmente el espacio. Él veía todas las cosas como si estuviesen en el presente. Albert Einstein, científico de los más famosos de los tiempos modernos, casi llegó a esa ecuación por las vías de las matemáticas, diferenciada en otras ciencias. El Evangelista decía constantemente: "¡Yo no estoy solo; cómo se equivocan los hombres que conviven conmigo en esta tierra de Dios!" De hecho, él era visitado por los más elevados espíritus, que tienen sobre sus hombros la responsabilidad de dirigir la Tierra. Frecuentemente confabulaba con las almas libres de la materia corporal, de las cuales recibía las instrucciones acerca de la divulgación de la Verdad y de cómo se estaba procesando el crecimiento del reino de Dios en el mundo, por las luminosas paginas del Evangelio, herencia divina legada por Cristo a los hombres.

Juan era llevado, en espíritu, a todas las Iglesias nacientes y ayudaba a la limpieza del ambiente, en la inspiración de los predicadores, en la cura de los enfermos y en la sustentación de la fe en los corazones vacilantes.

Cristo situó a Juan en una isla pequeña, como si fuese un barco en el Mediterráneo, para que Él pudiese hablar, por intermedio de ese medianero, de las cosas que habrían de venir. ¡Y he aquí el Apocalipsis!

Ni el Cielo, ni la Tierra podrán modificar ese camino, porque está basado en la Ley Mayor. Forma parte de la

evolución de las criaturas y el mundo no se acabará, como incitan los falsos profetas. Nada se acaba, como la propia ciencia confirma; sin embargo, siempre se transforma para mejor, alcanzando valores más dignos. El temor es propio de la inferioridad, y es por esos y otros errores humanos que Cristo nos enseña a practicar la fe, la confianza en Dios y a saber con toda la seguridad de que Él es todo Amor y Sabiduría. Su omnisciencia nos garantiza la eterna confianza en Sus designios y Su Justicia nos sustenta en la mayor alegría de vivir.

Guerras, plagas, hambres y calamidades de todo orden son medios utilizados por Dios para la educación de los Espíritus, esa es la marcha del progreso desde los virus hasta las constelaciones. El hombre de la Tierra está próximo a liberarse de los medios groseros que la evolución ha utilizado para disciplinar a los ignorantes. Y los fines de estos corresponden al último peldaño para los seres de buena voluntad, para las almas maduradas en las huestes del bien. Y después, el tercer milenio abrirá otras puertas para los que queden en la Tierra, viviendo en otra dimensión, en términos de justicia, donde habrá leche y miel en abundancia, en el cual el Amor corresponderá al centro de todos los sentimientos de la humanidad.

❋❋❋

Llegaron, entonces, órdenes expresas de Roma para que el viejo cristiano fuese extinguido, y la preparación no se hizo esperar: perecería en aceite hirviendo. La confianza que los milicianos tenían en el Padre Juan era demasiada; ahora, lo dejaban, dentro de la isla, andar sólo por donde quisiera y es lo que hacia frecuentemente. En ese día, salieron los hombres utilizando piezas de sus vestiduras para buscar al viejo, que

se encontraba en una ladera, sentado en una piedra, predicando la Buena Nueva del Reino para un enorme cardume, cuyos peces se agrupaban como si fuesen personas en una asamblea. El Apóstol, sonriendo, dirigía los ojos brillantes por toda la extensión que vislumbraba, hablando con entusiasmo, en estos términos:

"Hijos míos, conozco la vida aquí en la Tierra con sus inminentes peligros. Carecemos de vigilancia y supongo que, en el seno de las aguas, ella se presente con mayores dificultades; todavía, es bueno que conozcamos, por encima de todo, el poder de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo que hicieron esta casa maravillosa en donde todos vivimos por amor de Ellos. Hombres y peces, aves y animales, todo lo que vive, está en el libro de la vida bajo la mirada del Creador. Sintamos alegría donde estamos viviendo y obedezcamos a las leyes que el ambiente nos presenta y, si ahí, en el mundo marino, algunos son llamados para el sacrificio, en torno de los hombres ocurren las mismas cosas. La libertad es relativa y el destino, en mucho casos, nos busca sin errar nuestra dirección, para darnos testimonio, siendo exigida la vida física".

En ese ínterin, los soldados se encontraron con aquél espectáculo nunca antes imaginado, pues ni en las historias fantásticas que acostumbraban oír del Viejo Oriente se comparaban a las que presenciaban, por la fuerza del amor de aquél viejo de ropaje harapiento, pies heridos, cabellos blancos, tez bastante arrugada por el ardiente sol que le quemaba las células de la epidermis. Ya un poco impresionados por los fenómenos sobrenaturales en aquél sitio fluctuante, cayeron de rodillas, no por la fuerza de los sentimientos de gratitud por lo que presenciaban, sino por la imposición del ambiente de Amor que allí reinaba. Describir lo que pasaba en el mundo invisible seria demasiado

fantástico para los sentidos de los hombres, y seria una falta de caridad por nuestra parte mostrar la distancia que los separa de las verdades espirituales con dimensión en el mundo extra físico, por las entidades que ya se liberaron de las debilidades de la carne.

Los soldaos no lloraron, como haría un espiritualista; entretanto, experimentaban una humildad casi sin percibir, ante el espectáculo poco común en la faz de la Tierra. Con la llegada de los hombres de la ley, los peces quisieron dispersarse, porque los mismos desprendían un magnetismo inarmónico en ondas que alcanzaban inmediatamente a los habitantes del mar, produciendo espanto y miedo, acelerando la mente del cardume para la inquietud colectiva en el mundo líquido de las aguas.

El Apóstol del Amor levantó la diestra, aislando los rayos magnéticos oriundos de los soldados, y pidió a los peces con humildad que se acomodasen, pues no había peligro alguno. La desbandada en masa no se proceso, serenándose los ánimos. Los peces se juntaron nuevamente, a fin de beber alguna cosa más del divino donador. El Padre Juan, ignorando la presencia de los soldados, continuó su sermón:

-"Cristo nos prometió un nuevo Cielo y una nueva Tierra, en los cuales habrá justicia y abundancia de todo, donde la seguridad será una ley visible para todos los habitantes, y la paz, un clima para todos los Sus hijos del corazón. Este que os habla, está señalado para el sacrificio y no merece premio mejor, pues confía en la Providencia Divina y sabe, por experiencia, que nadie muere, como nada se acaba en la creación de Dios. El modo para el cual nos transformaremos, debe ser de los mejores, porque Dios, que todo lo sabe, lo escogió, como un Padre amoroso y bueno, justo y misericordioso. Vosotros, los habitantes de las aguas,

sois piezas importantes en el engranaje de la vida que se extiende en todo el mundo. Sin ese líquido de Dios, que mantenéis en perfecta conservación, ¿dónde estarían el equilibrio y las bendiciones de la salud? Para mí, todos vosotros sois mis hijos, y para Dios sois mucho más que eso: sois partes de Él, donde ÉL habita en Su gran esplendor. ¡Confiad, esperad y trabajar, que el día llegará en que todos nosotros, sin excepción, nos encontraremos en el Reino de la Luz, para gozar de la felicidad de aquellos que forman parte, por derecho divino, del gran rebaño del Maestro de todos nosotros, *Cristo!*"

Juan se mostraba con una serenidad imperturbable. Restableció su mundo interior, tesoro sin precio en el mercado del espíritu, capacidad que no cede a las órdenes de transferencias, valor insustituible. La equidad de un alma no se da, no se vende, no se toma, se conquista a través del tiempo y del espacio, bajo las bendiciones de Dios.

La mansedumbre del apóstol de Cristo provenía del centro energético del espíritu, por los conductos sólo transitables del Amor, que, cuando sublima, como en su caso, todo lo transforma para el bien eterno. Su cariño se expandía en ondas luminosas, tanto para los peces como para los pájaros, tanto para las piedras como para los árboles; no hacia distinción para amar. Es su victoria en las huestes de Jesús, por la redención de los hombres. Era una pieza divina, de utilidad donde quiera que estuviese. Cuando los vientos lo acariciaban, besándole el rostro arrugado y jugando con sus blancos cabellos, cargando escorias de la propia naturaleza, sus lágrimas eran de gratitud y su sonrisa la señal de que había comprendido el afecto de la vida para consigo.

❁❁❁

Conversar con los habitantes de los reinos de la naturaleza es un fenómeno común en los santos y en los místicos, iniciados en cuanto a las verdades celestes.

Son hechos milenarios que la historia espiritualista no olvido de narrar, para los futuros estudiosos de la Verdad. Hablar a los peces, a los pájaros, a los animales y a los árboles son realmente fenómenos comunes entre los hombres iluminados de todos los tiempos, porque ellos dieron un paso más. Eso constituye un secreto para los hombres que aún se dirigen a la Verdad. Todo lo que vive tiene su lenguaje apropiado, desde la ameba hasta el hombre, y del hombre hasta el Creador.

La ciencia de la comunicación es la más perfecta, pues sin ella no podría existir el propio Dios, no podría existir grandeza ni evolución… Comunicar es vivir. Es conocer o iniciarse en el conocimiento de la Verdad. El santo, a través del amor universal, une su aparato receptor a la faja de las ondas emitidas por los peces y los entiende, respondiéndoles en la debida frecuencia. Y, con poderes mayores, los agrupa a través de su magnetismo benefactor, volviendo a esos habitantes de las aguas felices con ese calor amenizante, que fluye en abundancia del corazón de quien ama, y allí quedan, oyendo lo que este les pretende decir.

Además, existen grupos de espíritus que comanda divisiones de muchedumbres con sus especies variadas que, igualmente, son atraídos por el maestro de la Palabra y del Amor, y cualquier voluntad de ese hombre santo, el espíritu encargado de asistir a los habitantes de las aguas, transmite con rigurosa precisión, como un comandante de aviación transmite por la radio las órdenes para los pilotos. Para que pudiésemos decir todo acerca de esa ciencia aún oculta a los hombres, seria necesario escribir un libro lo que, por el momento, es pronto. El hecho ocurre con los animales, con

los árboles, con los pájaros y con los propios hombres, cuando ocurre una hipnosis colectiva, estando o no consciente el hipnotizador. La conveniencia de hablar con los peces, como en el caso de Juan Evangelista, está unida a la necesidad de practicar el Amor. Después surgen otras necesidades promisorias. Tanto las aguas, como los peces, están cargados de elementos imponderables a la ciencia de los hombres, que son indispensables a los fenómenos producidos por los místicos y por los santos. Familiarizándose estos benefactores con esos reinos, se hacen más fáciles sus trabajos, cuya acción es imprescindible, pues, cuanto más amistad tuvieran con esos compañeros de la retaguardia, más asistencia tendrán de ellos para sus realizaciones en el campo de la propia Vida. Y así, se procesa, sucesivamente. Esta es la clave.

❁❁❁

Los peces ya habían desaparecido en las aguas del océano y el hijo de Zebedeo se sentía transportado para regiones indecibles y solamente el cuerpo estaba allí en el mundo, como presencia.

Los hombres de Roma no percibieron que el tiempo se acababa. Estaban respirando el aire puro de las costas marítimas y un magnetismo más puro aún, atraído por aquella alma selecta, en práctica en la Tierra, por misericordia del Cielo. Llevaron un leve susto, como si despertasen de un sueño angelical. Silenciosos, aún permanecían de rodillas. Se levantaron, con respeto, tocaron levemente el hombro del pastor de cardumes, diciéndole: “Padre Juan, el señor nos perdone por interrumpir sus ejercicios espirituales, pero es una orden de Roma. Queremos que el señor obedezca, para no tener dificultades”. Y, desenrollando un grueso volumen de papeles, uno de los

soldados hizo la lectura. De vez en cuando su voz se esquivaba de la claridad, en señal de humildad ante tanta grandeza.

Consciente de todo, el apóstol se levanto, listo para el sacrificio, sin cambiar su serenidad o perder su alegría. Terminada la lectura, dijo: "Sea hecha la voluntad de Dios. Si es necesario que yo perezca para que Cristo crezca en los corazones de los hombres, encontraré la paz en ese acto, y llevare conmigo por donde fuera, la alegría de ser útil".

Los verdugos temblaban emocionados. Llevaron al profeta donde se encontraba un recipiente de enormes proporciones, lleno de aceite hirviendo. Cuando bajaba el nivel establecido, alguien añadía más, para que estuviera siempre dispuesto para el sacrificio del *temible* León de la Verdad.

El anciano caminaba, callado, junto a los soldados, pero escuchando el asunto por ellos entablado. Llegando cerca del calvario del Padre Juan, el responsable sentenció: "Padre Juan, es contra nuestra voluntad que haremos eso con el señor; no obstante, somos obligados a hacerlo así por una orden procedente de Roma y el señor mismo debe saber que una decisión del Imperio no acepta vacilación, poniendo en juego, si esto ocurriera, nuestras propias vidas y las de nuestras familias. Que Dios nos perdone y que el Padre nos libre del infierno, porque la idea no es nuestra. Tenemos, todavía, que tirarlo dentro de este recipiente, en nombre de su Maestro, como reza en la escritura que nos fue enviada. Los jefes romanos desean, que el señor desaparezca para la eternidad. Con eso probarán que no existe nada después de la tumba, que el Cielo es la misma Tierra y que Cristo – vuestro Maestro – fue vencido por el escuadrón del Águila".

El gran vidente los oía, tranquilo, sin decir nada. Después de todo, dibujo en sus labios heridos por el tiempo,

pero inspirados por la verdad, una encantadora sonrisa, hablando enseguida: - “¿Es en nombre de Jesús que ellos quieren mandarme para la eternidad? Que Cristo os bendiga, por acordaros del nombre sagrado del Maestro de los maestros, que vino a levantar a la humanidad para las regiones de la Luz”. Y bendijo a los hombres, que lloraban copiosamente, mientras él permanecía sonriendo con serenidad.

El hijo de Salome pidió permiso a la fuerza de Roma, se arrodilló delante del recipiente en ebullición y estalló en una rogativa sublime. Miró hacia el cielo, buscando las estrellas que tanto admiraba, pero no consiguió contemplarlas. Se diría que la naturaleza escondió los ojos estelares para no presenciar un estúpido acto de cobardía y celos de los hijos de las tinieblas. En aquél instante, proyecciones de luces cruzaban el cielo en todas direcciones. La policromía deslumbraba y asustaba a quien no tuviese costumbre de presenciar el gran espectáculo del Cielo para la Tierra. Y Juan, como inflamable divino, se incendio de fluidos luminosos. Y una voz habló a sus oídos: - “Juan ten buen animo, hijo mío, porque la puerta por la cual pasarás para estar junto a mí, es estrecha”:

Y el apóstol no vio nada más. Con una semana de agitación infernal en el recipiente de las tinieblas, por las manos de los hombres que sufrían por hacer lo que sus corazones no pedían, terminaba la prueba. Fue retirado el fuego y el aceite comenzaba a enfriarse. Los soldados, respetuosamente, cavaron una sepultura, en las proximidades del evento nefasto, como gratitud al viejo cristiano. Cuando comenzaron a derramar el caldo maldito, como si fuese el cuerpo del apóstol, el viejo compañero de Jesús se levantó del fondo de la vasija negra, para espanto de todos, bendiciéndolos nuevamente… Parecía llegar de un

largo viaje. Su rostro mostró una encantadora sonrisa, saludando a todos en nombre de Cristo, sin ninguna quemadura en la piel…

Los hombres se arrodillaron, sin darse cuenta de lo que hacían, besaron las manos y los pies del antiguo compañero de la Madre de Jesús. En ese momento, torrentes de lágrimas mojaron al anciano, vertidas de las profundidades del ser, que solamente el corazón sabe explicar. Aterrados, los soldados quisieron ser bautizados, en nombre de Cristo. Al instante fue realizada su voluntad.

El Padre Juan estaba vestido de luz, como si fuese un astro deslizándose en el infinito, y sintió manos invisibles retirando de su cuerpo, el resto de aceite, aún tibio. La palabra en aquél día no tuvo ninguna función. Reinó el más completo silencio en la isla de Patmos. Viendo de lejos, semejante a una nube, un bando de pájaros se dirigió al gran exiliado de la historia, aproximándose al lugar rodeado por las aguas. Volaron y revolaron al rededor al Apóstol del Amor y cantaron al unísono una canción que el maestro de las profecías entendió como un mensaje de glorificación a Dios, por la victoria del Bien. Los soldados mal respiraban de la emoción. Nunca pensaron antes que presenciarían tantos fenómenos sobrenaturales por causa de un sólo hombre, y el pensamiento de ellos se identifico: ¿"Será que este venerable señor no es uno de los dioses de nuestra patria, expurgado en esta región, por el maldito celo del Imperio?

Si pudiésemos, ahora, responder a ese pensamiento, diríamos: "Él es mucho más que todos los dioses de Roma reunidos. Sí, porque fue quien heredó el Amor más puro de Jesús, El Cristo de Dios.

El padre Juan pidió silencio para poder hablar a aquellas criaturas de Dios, los pájaros, que allí postrados esperaban la palabra del anciano, la respuesta al mensaje que

habían traído, en nombre de la propia vida… El bando se constituía de millares de aves. Y, lleno de paz espiritual, comenzó diciendo:

- Queridos hijos del corazón, parece que dejaré este lugar de amor, pero tal vez aún vuelva aquí muchas veces, para cumplir la voluntad de Dios y poder sentir las bendiciones de nuestro Padre Celestial a través de todo lo que aquí existe. Me llevo nostalgias y dejo amor, me llevo cariño y dejo gratitud, me llevo alegría y dejo paz. Yo, en nombre de Jesucristo, os bendigo a todos, deseándoos muchas felicidades. El mundo en el que vivís, nos parece muy ingrato, por faltaros lugares más seguros, donde podáis confiar más en el hombre; sin embargo, no debe importaros la seguridad. Disfrutarla en el Señor de todas las cosas y recordemos a Cristo cuando dijo: "Los pájaros no plantan ni cosechan, mas viven hartos". Y añadimos: "No tienen techo, como le es dado al ser humano, pero no por eso dejan de dormir tranquilamente. Y aún os afirmo, que Dios es justo y bueno y os ama como a nosotros, seres racionales de la Tierra. No debéis temer, porque todo os será dado conforme a la ley de justicia, en consonancia con la evolución de cada uno. Preparaos para la lucha, en la que seréis bendecidos. Este que os habla no tiene igualmente lugar seguro. No tiene granero reservado, y si os sentís en peligro de ser atrapados por los cazadores inescrupulosos que, a veces, ni tienen hambre, yo también podré ser cazado por los sanguinarios de la Tierra. Todos nosotros, hijos míos, pasamos por disciplinas dolorosas. El aprendizaje es arduo, pero excelente, cuando soportamos los impactos con esperanza en las promesas del Divino Amigo, que así se expresó: "Aquél que persevere hasta el final, será salvo." Yo os bendigo en nombre de Dios y de Cristo y os pido que partáis cantando nuevamente la gloria de la vida.

La orden de vuelo no se hizo esperar; pararon en los aires, orquestando canciones, cuya comprensión sería dada solamente a los que tuviesen oídos para oír: era la respuesta de las aves a las palabras de amor que recibieron del gran santo.

La noticia corrió como un rayo, principalmente en dirección al Imperio, cuyos designios, en esa época, eran comandados por el Emperador Nerva, que liberó inmediatamente al Apóstol de Cristo, para que él tuviese acceso a todo el territorio romano. Pero, los soldados, temiendo por la vida del Padre Juan, que para ellos era una preciosidad, y porque conocían bastante la política maliciosa, percibieron que eso podría ser otro tipo más nefasto de celada contra aquél que era todo Amor y Paz para las criaturas. Propusieron, entonces, al hombre santo, que vistiese un uniforme viejo de uno de los soldados, se rapase el cabello y cambiase el nombre, trasladándose a Éfeso, donde podría permanecer como un desconocido. Ellos le sugirieron el nombre de Francisco, que el Evangelista, sonriendo, acepto.

Juan Evangelista partió para Éfeso para no ser reconocido. Al separarse de los soldados romanos, estos, conmovidos, imploraron al Padre Francisco una regla para vivir, en las formas que él creyese mejor. Este meditó un poco y dijo conmovido: “Hijos míos, os daré un consejo, una regla para vivir: amad a Dios, sobre todas las cosas, y de todo corazón, y al prójimo como a vosotros mismos. Está es la ley, los profetas, la vida, el cielo y el propio Jesús”.

❁❁❁

El Padre Francisco fue muy amado por todo el pueblo de Éfeso, por su humildad, por su amor a todas las criaturas y por el placer de servir a quien necesitase de sus servicios.

Frecuentemente visitaba la isla de Patmos. Fue allí, en aquél suelo agreste, que Juan Evangelista entró en éxtasis y escribió el Apocalipsis, profecías famosas en el mundo entero.

Más tarde se supo, en Éfeso, gran ciudad de Asia Menor, que aquellos soldados romanos que habían vigilado y oído al apóstol en la Isla de Patmos, fueron sorprendidos en las catacumbas, en los alrededores de Roma, asistiendo a las predicaciones de los sembradores de la verdad evangélica, y crucificados sin piedad por los agentes del Águila.

Éfeso era centro, en aquella época, de un gran movimiento comercial, conocido en el mundo entero por su historia y muchas realizaciones en las artes, teatro, literatura etc. Era una de las grandes ciudades del mundo, y en aquél torbellino de gentes de diferentes razas, se encontraba Juan Evangelista, la antena de Jesús en la Tierra, para una gran realización en el mundo, hablando a cerca de las cosas que habrían de ocurrir. Ya con una avanzada edad, con una lucidez impresionante, su mente parecía un sol, su raciocinio era de una agilidad incomparable y su corazón, una llama de Amor.

¿Por qué el apóstol no se quedó definitivamente en Patmos, cuando se retiraron los soldados romanos? Porque Cristo no quiso. Inspiró a los milicianos a cambiar el nombre de Su amado discípulo y a transformar su fisonomía, enviándolo a Éfeso, de donde Él, el Maestro de los maestros, lo llamaría para el final de su grandiosa misión, en la isla solitaria.

El Padre Francisco dormía poco; era constantemente requerido en las grandes mansiones de los ricos comerciantes y políticos, en las cuales enseñaba la retórica a sus descendientes. Preparó un método con la fusión de la doctrina de Jesús, que causaba envidia a los sabios. Conocía

profundamente la historia del Viejo Continente. Tenía datos concretos de la geografía del mundo. La astronomía le fascinaba y describía con encanto las bellezas del cielo. Hablaba correctamente cuatro lenguas y varios dialectos. Y, además de todo eso, lo más interesante para los hombres de negocios, era su educación humana engrandecida con el amor más perfecto que Éfeso podría conocer.

El Padre Francisco era adorado, pues su persona traía al ambiente la presencia de Cristo. En ese nuevo período de su vida, no hizo predicaciones públicas, como ocurrió con los otros apóstoles. No obstante, procuraba vivir, íntegramente, en los preceptos del Maestro.

Cierto día, presenció un drama en una familia, a quien sirvió con su capacidad de instruir, a un mercader que vino de Jopee en otras épocas, y que fijó su residencia definitiva en Éfeso, donde la riqueza lo protegió. Era propietario de varias embarcaciones que cruzaban el Mediterráneo en demanda del oro, llevando tejidos de todas las clases y trayendo turistas desde varios puntos de Asia Menor. La familia estaba entusiasmada con la llegada del hijo mayor, que regresaba de Roma, donde estudiaba. Una grave enfermedad interrumpió sus estudios, cubriendo de tristeza a todos los familiares, acostumbrados a la festiva alegría proveniente de la posición social y del dinero en abundancia. Se veía en las manos y en el rostro del joven manchas raras que se reventaban produciendo heridas. La ciencia disfrazaba con medicamentos de poca valía la progresiva enfermedad, temida por los hombres hace millares de años. Era la *lepra*.

El hogar se cubrió de luto. El joven fue trasladado al Valle de los Inmundos, para la podredumbre viva de los cuerpos deformados. Salir de Éfeso e ir para Roma, donde fue a beber la cultura que los griegos ofrecían, fue, en verdad,

una separación que traía esperanzas para el futuro del hijo del corazón. También, una separación del hogar para la impureza que la enfermedad caracteriza, le abría las puertas de la universidad del dolor, que muchos hombres desconocen. He aquí la vida y el carma, que muchas veces nos aguardan con sorpresas que nos conmueven, hasta el centro del alma, cambiando la dirección de todo el curso de nuestra existencia. Fue lo que ocurrió con Patius, hijo del matrimonio Renuns, mandatario respetado y de los más conocidos comerciantes de Éfeso.

El Padre Francisco llegó puntualmente, con su habitual alegría, al rayar el sol, para las clases de costumbre, de las cuales, muchas veces, hasta los adultos participaban, dado el clima de paz que el anciano traía con su encantadora presencia. Y encontró el dolor despertando energías nuevas en corazones antiguos. Acostumbrado a eso, sabía qué hacer. Inmediatamente fue llamado para consolar a algunos que se encontraban afligidos, principalmente la madre del joven, que estaba en estado de depresión. El anciano apóstol se acercó a la gran enfermería colectiva, pues era lo que más aparecía el famoso solar, se interesó por el joven que descansaba en un catre lujoso, tomo su mano ya deformada y la beso con alegría diciendo:

- “Que la paz sea con vosotros, hijo mío”.

Los ojos del apóstol brillaban como dos llamas espirituales. En su lúcida mente no se dibujaron emociones de miedo por la enfermedad o de tristeza. El medio no afectó su estado íntimo, que es solamente Amor. Pensó en Cristo intensamente. Se acordó de Tiago y de Pedro. Examinó su memoria, y recordó al Maestro curando a los enfermos, dando vista a los ciegos y levantando hasta a los que se encontraban muertos. Enseguida, rememoró al Divino Maestro curando a muchos leprosos una vez, cuando

solamente uno volvió para agradecer. El fenómeno de la hija de Jairo surgió vivo en su mente, con esperanza, pues él la asistió para levantarse en presencia de Su Señor. Y buscó a Dios como se lo indicaba su corazón. Impuso las manos en la cabeza de Patius y, como por encanto, de lo alto bajaba una luz, cuya policromía era Su figura noble, inundando el cuarto de un perfume encantador y desconocido en la Tierra.

El espanto fue general. El silencio daba autoridad al Padre Francisco para hacer lo que mejor entendiese, bajo la inspiración del Cielo. El hijo de Salome, en medio de la súplica, noto que una mano de luz se sobrepuso en la suya, en la cabeza del joven, y una voz que conoció ser la de Cristo y que el joven también percibió, se hizo oír claramente: - "Quiero que quedes limpio de esta temible enfermedad y no te olvides de comprenderla, para que no caigas en nuevos infortunios. Sé un camino, para que yo pueda hablar con Juan".

Estas palabras quedaron vivas en la mente del apóstol y del estudiante. Las luces parecían millones de pequeños operarios activos, trabajando en la recuperación de una gran ciudad destruida por una catástrofe. La piel del joven fue recomponiéndose ante los ojos de todos, sin que la razón participase del fenómeno. El Padre Francisco parecía revestido de la misma luz y, notando el hecho, lloró de emoción. Su fe sació el ambiente de gloria y de alegría para todos los que participaban del milagro de la cura, desde los últimos siervos hasta los progenitores.

El joven, en unos instantes, se levantó del lecho completamente restablecido, sin ninguna señal de enfermedad en el rostro o en las manos, derramando lágrimas en abundancia. Besó las manos rugosas del Padre Francisco y preguntó con voz entrecortada por la emoción: "¿Quién es ese anciano, mama? ¿Quién es, papá, ese venerado

señor, que me hizo volver a lo que yo era? ¡Ni los mejores y más famosos médicos de Roma y de Grecia pudieron hacer algo, pues desconocen los medios de curar tan terrible enfermedad! ¿Será un sueño? ¿Será que morí? ¿O estoy muriendo?... ¿Quién es este profeta que me visita a esta hora?" Y cayó nuevamente en el lecho en un profundo sueño reparador.

El silencio fue interrumpido por los familiares, en alrededor del Padre Francisco, que los llamaba para una sala contigua, para que el joven durmiese en paz, no aceptando reverencias que decía no merecer, ni promesas de cosas materiales que no se acostumbraba a recibir. Aún se sentía en la mansión el perfume encantador, cuya procedencia desconocían los moradores. En unos meses las paredes y las ropas que por este hecho no fueron lavadas, exhalaban con la misma intensidad. El viejo compañero de Cristo, cuando hablaba, desprendía ese mismo aroma divino por la fuerza de su verbo, quedando esa señal como registro de la presencia del profeta del Apocalipsis.

Patius pasó a servir de instrumento para que Cristo hablase a Juan Evangelista en la Isla de Patmos. Por la confianza que el apóstol depositaba en él, como en un hijo, paso a saber de su misión íntegra. De vez en cuando pasaban temporadas en la isla, cuando el Maestro llamaba a Juan para revelar el difícil engranaje espiritual que restaba para el final del libro santo: el Apocalipsis del Fin de los Tiempos.

Cristo envió, por intermedio de Juan, mensajes a las siete iglesias de Asia: Éfeso, Smirna, Pérgamo, Tiatira Sardo, Filadelfia y Laodiceia. El mensaje fue Universal.

No podría quedar circunscrito el mensaje divino al restricto ambiente, sin una cierta expresión para el futuro. Él correspondía a un dictado cósmico, como dividiendo el mundo en siete continentes. El Apocalipsis sería el hecho del

Evangelio, sin asombrar a los pueblos con acontecimientos fantásticos y violentos de un Dios vengativo, sino mostrando con serenidad, el fin de una era y el amanecer de una nueva forma de vida, pues esa es una ley en que todos los cuadrantes de la creación: todo se renueva para mejor, todo se modifica para engrandecerse. Los preceptos que heredamos del Divino Donador fueron y serán para fortalecernos, a fin de que pasemos las pruebas anunciadas, con serenidad, convencidos de que somos eternos hijos de un Padre de Infinito Amor.

❁❁❁

El Apocalipsis representa la ventana por la cual la humanidad restante podrá pasar para el tercer milenio y sentir la vida en las formas preceptuadas por el Evangelio de Cristo. La felicidad para los elegidos en la Tierra hoy está mezclada por grandes tormentos, pues las pruebas colectivas inducen a las criaturas a precipitadas intenciones, a la desesperación, a la venganza y al odio. La tranquilidad huyó del mundo, así como difícilmente en él se encuentra el amor; el período es de transición; que Dios nos bendiga, pues él es temporal… pero desorienta a aquellos que aún son débiles en la fe.

En los últimos acontecimientos del orbe terrestre, en que finalizarán los dos mil años, en las grandes catástrofes físicas y morales, quien no tuviera fe, difícilmente se salvará. La salvación a la que nos referimos es a la estabilidad de la conciencia, es a la paz interna en medio de las tormentas que se aproximan. Parece, para los escépticos, que la fe es sinónimo de fanatismo, y ese engaño es el que va a llevarlos al caos del terrorismo y de la depresión. La vida alegre es la que se unifica en la luz de la Fe, porque ella eleva al espíritu hasta la plenitud del Amor. Quiera Dios que despertemos

cada vez más para Cristo, en el resto de tiempo que nos da, que también representa resto de imprudencia. El Apocalipsis es un aviso con dos mil años de antelación; también, el Evangelio, en su retaguardia, nos habla del clima que podremos formar en nosotros, a fin de que no suframos en los desastres colectivos.

Quien se apegara al Amor, aquél que universaliza todos los sentimientos, se librará de la red seleccionadora, que retirará una gran cuota del rebaño para los mundos inferiores, donde habrá llanto y crujir de dientes. Quien no crea, y se cruce de brazos ante Cristo, será señal de que pertenece a las sombras, y a ellas será entregado, por la sintonía del corazón. En este sentido, no habrá opresión ni oprimidos, ni tampoco divisiones por cualidad, pues cada uno recibirá lo que realmente merezca; esa es la ley de la justicia.

❁❁❁

Patius fue discípulo de Juan Evangelista, de los más integrados en su misión divina. Aprendió con el gran vidente lo que nunca soñó que existiría: las leyes más sutiles de la naturaleza, y, por encima de todo, aprendió a amar. Fue quien más asimiló la palabra del maestro. Podría haber hablado mucho de la vida y obra del Apóstol del Amor, pero, si así no lo hizo, fue por no ser ese su compromiso.

El Padre Francisco cuando era conducido por el discípulo a la isla de Patmos, encontraba en las sutilezas espirituales, el ambiente de éxtasis, y avanzaba para la plenitud del Amor. Quedaba como si fuese un sol, y su luz deslumbraba a cualquier mortal. Patmos parecía otro país, una ciudad espiritual. Falanges de espíritus superiores recorrían todo el ambiente del agreste lugar, preparándolo para el gran evento de los Cielos con la Tierra. Quien

presenciase el espectáculo como le ocurrió a Patius, diría que el viejo apóstol había perdido el cuerpo físico, cogiendo otro más excelente. Se diría que los ingenieros siderales extendían una gama de fluidos en aquella pequeña tierra rodeada por las aguas, en defensa de determinados ataques de las tinieblas. Se sabe que cualquier magnetismo inferior que se aproximase a Patmos, era inmediatamente desintegrado por los poderes de la luz. Y el lugar escogido para la gran revelación, ofrecía sensibilidad mayor a las conversaciones de los dos, discípulo y maestro, en nombre de Dios. El Padre Francisco escribía todo lo que presenciaba en aquel pedazo de volcán extinguido; los fenómenos exteriores eran revelados por Patius, pero no todo quedó registrado en el Nuevo Testamento; había impedimentos, como hay hasta en los días de hoy, tal vez necesarios a una orden divina, en el divino concierto de la vida.

Seres traslúcidos iban y venían, visiblemente, como si estuviesen pasando de una dimensión a otra, con la facilidad de los grandes hechiceros que hacían aparecer y desaparecer las cosas. En los siete años que vivió en la isla sagrada, que se convirtió en escenario de los más sensacionales acontecimientos entre el Cielo y la Tierra, el Padre Francisco sabía lo que pasaba en el mundo cristiano y enviaba sus recursos para todas las iglesias nacientes y personas en dificultad. El barco del rescatado de la lepra recorría en el Mediterráneo como un rayo, por la fuerza de dos esclavos corpulentos y obedientes, que tenían al Padre Francisco no como un santo, si no como a un Dios. Y el viejo apóstol, en la hora de sus conversaciones con el compañero, hacia cuestión para que los esclavos oyesen. Aunque entendiesen poco de las cosas espirituales, lo oído no dejaría de accionar la máquina mental, para que ella gravase lo que veía y oía a fin

de que, en el futuro, no fuesen perdidas, sino aprovechadas, las bellezas de la vida.

Cierta ocasión, de madrugada en Patmos, el vidente escucho a Cristo hablarle con todo empeño: “Juan, ve para Éfeso y después ven a estar conmigo. Que la paz sea con vosotros”. El apóstol se despertó del trance mediúmnico, pensó bastante en lo que escucho y sintió que se aproximaba el fin de sus actividades, en la agitada ciudad de Asia Menor. Sintió, por un momento, apego a aquella región. Sintió nostalgia del pueblo que amaba, de las iglesias que sustentaba y con las cuales difundía el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. También, en el mismo instante, reconocido que nada se acaba y que todo es de todos, en las bendiciones del Divino Donador del Universo. Miró las estrellas que ya se despedían de la visión humana, y dio la última sonrisa en Patmos, agradeciendo por todo lo que recibió por misericordia de Dios y por intermedio Cristo. Entró en el barco sin quitar la mirada de la isla que, cada vez más, quedaba distante. Las lágrimas se deslizaban por su rostro quemado y casi sin sensibilidad por el paso de los años. Los esclavos remaban el barco con habilidad y presteza. Tenían el placer de obedecer a aquél hombre que se consumía al peso de las eternidades.

Patius, muy sensible, principalmente cuando se trataba del Padre Francisco, no soportó más el disimulo. Rompió en llanto al ver a su gran maestro mudo y pensativo. No obstante, la educación hizo que todo ocurriese en silencio. Grandes surcos se hacían en las aguas a un lado y a otro, y fueron aumentando, como por encanto. Se diría que era una carrera olímpica ante la flor marítima. Las señales se hacían más visibles, para que el mundo supiese de la participación de otro reino de la vida, que no era el de los hombres, mostrando la gratitud por la flor de Cristo, que se llamaba

Juan, hijo de Salome y Zebedeo, integrado en Cristo por los vínculos del Amor: era un cardumen, en el mayor cortejo de todas las eras de la historia. Los peces llevaban el manantial de Amor a las márgenes del gran mar para las últimas despedidas. Algunos de ellos crecían sobre las aguas, mostrándose como flechas se deslizaban en el mundo líquido, dando lo que tenían a favor de aquél que les dio mucho más.

De súbito, los componentes del barco notaron que una nube cubría la embarcación como una sombra amiga, tocando un himno, como si fuese una orquesta clásica ejecutando arias de compositores famosos. Los hombres levantaron los ojos y contemplaron estáticos, una bandada de aves que no se olvidó de proteger, como la aviación moderna, al gran comandante de la Caridad y del Amor, de la Humildad y de la Paz. La isla desapareció de la vista humana, quedando solamente los recuerdos. Los hechos quedaron grabados en las conciencias para nunca más ser olvidados y para que algún día el mundo pudiese conocerlos por las bendiciones del mismo Cristianismo restablecido en el régimen del progreso.

La vida es igual al Sol que nace y se pone, obedeciendo a determinado espacio de tiempo, para volver a renacer. Nada muere, esta es nuestra alegría. Todo vivió, vive y vivirá siempre. Dios es la realidad cósmica, sin disfraces, y el espíritu es el movimiento divino que nunca se detiene. El sufrimiento se da la mano con la ignorancia, que es un ropaje que el tiempo cambia por otro, comprometiéndose cada vez más, con la Verdad.

La Iglesia de Éfeso era una de las siete mencionadas en el Apocalipsis y por la cual Juan tenia especial cariño. Principalmente, porque Pablo, con quien mucho aprendió, envió muchas cartas a esa casa de Dios, por orden de Cristo. En Éfeso, cierta noche pidió a Patius que lo llevase al templo

cristiano, para despedirse de los compañeros personalmente. El Padre Francisco era muy conocido por los fieles de la iglesia, para los cuales su orientación era una seguridad en todas las clases de problemas. Bendecía las aguas e imponía las manos, sin que los fenómenos de cura se realizasen por su intermedio, para no perturbar su vida, que fue escogida para otra misión. Terminándose aquella, no obstante, aflorarían en Juan todas las facultades, para la gloria del Evangelio y la paz de todos los corazones. Aunque era muy buscado, no hablaba en público y cuando era llamado para ello, solamente orientaba en la estructura doctrinaria. Pero aquella noche quería hablar, hablar para recuperar cuanto quedó callado, por orden de la Divina Providencia.

En aquella memorable noche, la iglesia estaba llena como nunca lo estuviera antes. Había tantas personas que se pudo llenar un gran patio que se encontraba frente al templo. Parecía una conmemoración de las más dignas, y, en realidad lo era, pues sería el último día en que el Padre Francisco vendría en presencia física a la Iglesia de Éfeso. El guía espiritual de Éfeso, Estóbulo, hizo que llegase a los guías espirituales de cada cristiano, un anuncio que registraron intuitivamente: la necesidad de ir a la Iglesia de Dios en aquel día. Y fue grande el número tanto de encarnados como de desencarnados, para oír y sentir la presencia iluminada del gran astro del Cristianismo – la última estrella apostólica a desaparecer de los cielos de los cristianos…

Éfeso fue elegida para la conclusión del Evangelio de la vida. Juan escribiría las ultimas palabras de la Buena Nueva, en una de las siete Iglesias de Asia, entregando al pueblo, no sólo a los fieles de las siete casas de Dios, sino al mundo entero, el testamento de Jesucristo, la herencia de luz para todas las criaturas, visibles e invisibles.

Lo dejaron sólo en la mesa, por respeto a su venerada figura y por un impulso del corazón, que desconocían. Veintiuna mujeres cantaron el himno "Venid, Señor", rompiendo el silencio reinante. La multitud de cristianos permanecía a la expectativa, por cuanto nunca vieron al Padre Francisco sentarse en aquella mesa. Siempre evitaba las conmemoraciones… ¿Por qué aquél día estaba sólo en la mesa sagrada? ¿Para decir qué? Y el viejo Apóstol de Cristo, con casi cien años de edad, irradiaba pura paz. De vez en cuando, dirigía su mirada a la multitud de almas. Y nos parecía que desde dentro de su pecho, partiendo del centro de corazón, salían dos manos de luz, bendiciendo a todas las criaturas postradas allí en posición de respeto y ansiosas para oírlo. El Padre Francisco se hallaba envuelto en un juego de luces que se deshacían en el espacio, dando la impresión de que envolvía no sólo a toda la Tierra, sino también a la humanidad entera.

La lucidez del hombre de Dios era incomparable. La alegría en su interior comenzó a desarrollarse como una barrera que no soporta el peso de las aguas y avanza en todas las direcciones y él habló pausadamente: "La paz de Nuestro Señor Jesucristo, hijos míos, esté con todos, y que las bendiciones de Dios se hagan en todos los corazones, para siempre".

Cambiando el tono de voz, continuo: "El verbo divino se hizo presente en la figura inolvidable de Jesús, nuestro amado Maestro, en Palestina, cuando se derramaron en toda la Tierra, luces inmortales. Presenciamos el mayor espectáculo de la faz del planeta, por bondad del sembrador de luz de todas las épocas. En Jesucristo se fundieron todos los profetas, todos los videntes, todos los místicos, todos los santos, todos los filósofos, y también todas las leyes. Y, de esta fusión celestial nació la mayor de las realidades

sustentadoras de la vida: *el Amor*. Él es el Amor de Dios presente en la Tierra, es el canal de la Vida, es la Verdad dividiéndose de acuerdo con nuestras necesidades. Es nuestro deber seguirLo con fe, con coraje y con la dinámica apropiada al crecimiento de todos los sentimientos que coinciden con los preceptos mencionados por la Buena Nueva del Reino de Dios. Algunos me mencionan como siendo un árbol, del cual muchos aprovechan la sombra y reponen energías. Creo que todos nosotros somos árboles de Dios, creciendo en el suelo terreno. En cuanto a mí, soy un arbusto al que la naturaleza solicita cambios, al que ya mandó aviso de expropiación del lugar que ocupo, para que otros, con más fulgor, nazcan, para mayor riqueza de la vida, produciendo simientes más valiosas del Evangelio, enriqueciendo conceptos que aún no podemos oír, repartiendo dádivas que aún no podemos recibir".

De vez en cuando hacía una pausa y, en silencio, la voz del Padre Francisco parecía recorrer los espacios en cadena repitiéndose millones de veces para no ser olvidad y para que el registro cósmico se apoderase de ella con mayor nitidez, y recomenzó: - "Hijos míos, hoy nosotros vamos a conversar sobre la palabra de Paulo, el gran apóstol de Jesús, que hizo conocer el Evangelio en la Tierra y en lo más alto de los Cielos. Paulo, con su dinamismo, no se olvido de la Iglesia de Éfeso y seguramente de su amable pueblo. Vamos a revivir al campeón de la Buena Nueva de Cristo, para que Cristo resplandezca en nosotros, por la gracia del Señor".

La mente del apóstol fue quedando del tamaño de una tela cinematográfica. Se notaba como en un film, el desfile de las mayores personalidades del Libro Sagrado, comenzando por los profetas de renombre, en un cortejo esplendoroso. Apareció en esa proyección hasta Gamaliel, el preceptor de Pablo, el nieto amado de Hilel, gran sabio del Oriente.

Desfilaron en su mundo mental todos los personajes del Nuevo Testamento; se proyectaron luces en todas las direcciones, focalizando a cada personaje en particular, causando placer al último de los apóstoles, en la ciudad de Éfeso, en la famosa iglesia de aquella localidad.

Juan Evangelista, Padre Francisco para aquél pueblo humilde y para nosotros, los del mundo espiritual, representaba la última estrella de la constelación cristiana que estaba fuera del conjunto, preparada para subir hacia la comunión espiritual con los Ángeles…

La penúltima criatura a entrar en el gran salón de la iglesia naciente, con ropas deslumbrantes, fue María, Madre de Jesús. Al principio, surgió como si fuera la Madre Santísima a quien los años impusieron dificultad en el andar; después comenzó a transformarse en una linda joven. Apareció como una estrella de primera magnitud, con otras estrellas menores embelesando al cortejo divino. Antes de que ella pisase el suelo material del templo, se extendió, por la fuerza de alguna mente adiestrada en creaciones espirituales, una alfombra de luz, de un verde seda con estrías de un azul encantador, con franjas doradas y rayos de sol naciente, llenando la casa de Dios de un perfume desconocido para los mortales. Al tocar sus lindos pies en la alfombra, se hizo oír una música que podría extasiar a cualquier espíritu, investigando el infinito, en busca de Dios y de la propia vida.

Algunos instantes después, se vio en el cráneo del gigante del Evangelio, una fuerza descomunal. Buscaba a alguien más, para la coronación de la fiesta, pero, este no apareció... El rostro del viejo discípulo se inundaba de lágrimas, como nunca ocurrió en su vida. Su cansado corazón parecía un astro de luz propia por la alegría que irradiaba. Su córtex cerebral era una llama en profusión. Las células

nerviosas en armonía parecían platos de luz e intercambiaban energías, elevando la lucidez del discípulo del Maestro hasta el punto en que una conciencia terrena puede captar y concebir.

El silencio era el clima de gran expectativa y respeto. El Padre Francisco, en un gesto gracioso, sacó de una bolsa de cuero un pergamino ya medio gastado por el tiempo, pero que aún conservaba viva las letras. Era una carta escrita por Paulo a los compañeros de la Iglesia de Éfeso, que el anciano guardaba como una reliquia y traía al lado del corazón. En aquella noche inolvidable, iba a entregarla a los cuidados de una de las siete Iglesias de Asia, como una bendición de luz para todas las orientaciones. Y comenzó a leer, con emoción… Después de leída la epístola de Paulo a los efesios, comentó: "Paulo, el apóstol de Cristo, en nombre de Dios nos saluda, deseándonos la verdadera paz. Y nos muestra de manera justa y comprensiva, cómo nos rodea el Padre Celestial de bendiciones, las cuales nos hacen comprender los medios para liberarnos de los enemigos, no solamente de aquellos que, por nuestra flaqueza, creemos que lo sean. Dice Pablo, con toda su irreprensible autoridad espiritual, que el Padre nos creó, entregándonos a Jesucristo, para hacernos santos, para volvernos espíritus superiores, como ciudadanos universales, dignificando la propia vida por el Amor y por la Gracia. Es que sin la luchar con ciertos enemigos existentes dentro de nosotros, se hace imposible alcanzar esa misericordia, esa felicidad. Y tales demonios se llaman odio, venganza, envidia, celos, mal querer, estupidez, maledicencia, orgullo. Nuestro esfuerzo debe ser en el sentido de no hacer a los otros lo que no aceptamos para nosotros. Seremos redimidos, esto es propio de la justicia divina; con todo, esa redención tiene un precio bastante alto en el cambio de la ley: el esfuerzo propio. Fuera de eso,

¿como liberarnos de la ignorancia? Dios derrama todo el bien sobre las criaturas de la Tierra. No obstante, cada uno asimila de acuerdo con su capacidad. ¿Él daría a unos menos que a otros? ¡No!... Nosotros somos los que no soportamos bendiciones mayores de las que recibimos de las manos del Divino Donador.

Es muy común que oigamos que Dios tiene privilegiados a los cuales Se revela. ¡Cómo se equivocan! Todas las cualidades están dentro de nosotros. Las puertas para el infinito se abren dentro del corazón, por las manos de la lucidez racional. La facultad de ver no constituye la ideal, sino la que nos muestra el cielo y que nos vuelve Ángeles. La verdadera esperanza es la certeza absoluta que sentimos dentro del alma. Esta es la mayor videncia de todos los tiempos. La herencia a la que estamos predestinados, por la misericordia del Señor, es la herencia divina, que la polilla no corroe, ni el tiempo consume, ni la herrumbre deshace. Es la herencia de la tranquilidad de conciencia, es la riqueza de la alegría, es la abundancia de la felicidad. Todos nosotros los que aquí nos reunimos en esta noche memorable, si supiéramos alimentar la fe, la confianza en las promesas del Evangelio y lucháramos contra nuestra naturaleza inferior, venciendo las dificultades que ellas nos imponen, alcanzaríamos la paz en el corazón. Esa es la garantía de nuestra herencia en Cristo. Es la mayor realidad que podemos alcanzar en el mundo: conocernos a nosotros mismos conociendo a Cristo, que vive fuera y dentro de cada uno. El Apóstol de los Gentiles, como es llamado Paulo, también para rodearnos de cuidados especiales, ora por todos nosotros, enseñándonos igualmente a orar. “En todo, dad gracias a Dios, por ser Su voluntad soberana”. Y nos llama a la oración, que nos proporciona un bienestar indecible, por la fuerza de la Fe, en comunión con el Amor. El

Señor intercala en las bendiciones, respondiendo a las súplicas, una energía que da al corazón ojos secretos, para que vea todo, y sentimientos inexplicables para comprender todo con la rapidez de un rayo.

¿Dios no amparó a Jesús, Su hijo amado, en todas las dificultades? ¿No le dio poderes celestiales para que Él curase y diese la vida a quien quiera que fuese elegido para eso? Ese mismo Cristo, Caminante del Infinito, en la gracia del Padre Celestial, nos dio vida, cuando estábamos muertos en la ignorancia y en el error. Vino, por misericordia de todas las instancias de los cielos, para mostrarnos los caminos por los que deberíamos andar y, por encima de todo, para enseñarnos con habilidad y mansedumbre, los preceptos liberadores, como seguridad para nuestra jornada evolutiva. Éramos tentados por compañeros, que teníamos como demonios. En ellos depositábamos todas las culpas, olvidando que, por ley, nos unimos solamente a aquellos que piensan de la misma forma que pensamos, que sienten lo mismo que sentimos y que hablan con el mismo estilo que nosotros hablamos. Las culpas son divididas. Hagamos, pues, nuestra parte. Levantemos nuestra moral, ayudando así, al surgimiento de la conducta ajena que se encuentre vinculada a la nuestra, por sintonía que nuestro corazón plasmó y la lluvia mental irrigó con el paso de los tiempos.

Hermanos míos, si nos unimos a Cristo, comenzando por este templo sagrado, y entendemos el ideal de Nuestro Señor para con nosotros, es cierto que seremos todos salvos por esa avalancha doctrinaria, diseminada por Aquél que *era desde el principio*, y acelerada por los santos apóstoles del Nazareno… La presencia de Cristo en nosotros es realmente motivada de gloria, pues fuera del amor no habrá solución para el mundo, ni para la humanidad. El Evangelio es Dios manifestándose en la Tierra, como fuerza divina; nadie lo

destruirá. El propio tiempo y el progreso son medios grandiosos para conservarlo y engrandecerlo para la eternidad, porque él es la concentración de todas las leyes y de todos los profetas. Es la síntesis reunida por Amor, en la expresión de un testamento que todo rebaño y que todas las generaciones heredarán. Fue hecho por Dios, por las manos de Cristo.

Recordemos siempre lo que éramos antes, en la condición de gentiles distantes de nuestro Salvador. Hoy, por la presencia de su Amor, por Su incomparable Bondad, a través del gigantesco empeño de Pablo y de otras manos amigas, nuevamente despertamos en el Señor y nuestra vista se alegra porque estamos viendo los Cielos abrirse por las promesas. ¡Es Jesús invitándonos a todos al gran festín de las Bodas Celestiales! Estamos unidos por la cruz, no por aquél madero que nuestro Maestro cargó en el Calvario, del cual fui un testigo, sino la cruz de los testimonios y de la lucha empeñada en la victoria. La persistencia en el Bien nos dará la ventura plena del Amado Cordero en la obediencia a Dios y en la Fe sin límites, en la suprema seguridad con el Amor. Fue derrumbado el muro que separaba los Cielos de la Tierra y, después de la venida del Mesías, anunciada por los antiguos profetas, fue liberado el intercambio entre un plano y otro, entre hombres y espíritus. Fue desatada la fe en la vida futura y las criaturas son conscientes de que nadie muere: la vida se encuentra actuante en todas partes. La Buena Nueva del Reino inició la destrucción de la enemistad, hizo surgir el perdón y la fraternidad comenzó a invadir los corazones".

El Padre Francisco silenció por unos instantes. Estaba como una antorcha ardiente, encendida en la luz espiritual. No se mostraba cansado; era increíble la resistencia del Anciano del Amor. Contemplaba con indecible alegría las dos plateas, confirmando lo que habló Paulo en la carta a los

efesios, de la asistencia del Señor a los que se uniesen a la Verdad. Allí estaba la comprobación. Sorbió un trago de agua y respiro profundamente. Los asistentes estaban todos alertas. Nadie dormía, atentos a la palestra del apóstol, que nunca habló en la iglesia, pero que, en aquella noche, mostraba cuanto conocía de la doctrina de Cristo en la más profunda esencia.

Enfermos de todas las clases se amontonaban en los corredores del caserón. Hombres, mujeres y niños suspiraban, llenos por la fe. Esperaban, por intuición, que el Padre Francisco, al terminar su predicación, les daría la bendición y ¿quién sabe?... Nunca mueren las esperanzas y Dios podría realizar algún milagro, por intermedio de aquél pastor de almas.

"Hijos míos" – continuó – "Ya me encuentro al final del camino, que, por así decirlo, es la vida. No obstante, aun siendo pocos los instantes, me alegra vivir esta fiesta espiritual que nos fue dada por misericordia de Dios. Puede ser nuestra despedida de este mundo, que fue para mí una escuela valiosa y, tengo la seguridad, de que lo será para todos. Todo, queridos míos, en la Tierra, constituye pieza valiosa en el engranaje de la evolución. Nada podemos maldecir, por no entender la función de las cosas en el perfeccionamiento de las criaturas. Nadie es culpable de nuestra ignorancia, ni nosotros mismos. Esta es la ley en todos los espacios del infinito, teniendo a Dios como su hacedor sabio y justo. Pablo nos envía oraciones, a fin de que despierte en nosotros el hombre interior, que sean liberadas las fuerzas internas, y confía en que la aceptación del Evangelio por los efesios, sea como un toque para el despertar de las cualidades que duermen en cada criatura, anunciando que Cristo llama a todos para la operación urgente en los campos del perfeccionamiento.

Y, Él llama a las puertas de cada uno, que tienen en las manos el secreto de cómo abrirlas, deseando que la Iglesia sea sustentada por la fe divina y humana. Que caminemos unidos por la fe y que por la gracia del Señor nos compenetremos de nuestros deberes ante Dios, la familia y los semejantes, respetando los derechos del prójimo, repartiendo con alegría aquello que tenemos para dar. Deberemos volvernos un sólo cuerpo y un sólo espíritu en el vínculo de la paz". Y confirma con vehemencia, lo que fue anunciado por Moisés: - "Hay un sólo Dios sobre todas las cosas, al cual debemos amar con todas nuestras fuerzas y nuestro interés".

Enseguida, comenzó a discurrir sobre los servicios de los hijos integrados en el ministerio del Maestro. Señaló las regiones inferiores para los que no tienen responsabilidad y prefieren la inercia al trabajo. Propuso una regla saludable, a fin de que la vanidad no desfigure las bellezas de las actitudes evangelizadas. Dio firmeza al tono de su voz y continuó con delicadeza: "Amados, la santidad cristiana es contraria a la corrupción, cuya ignorancia segrega y abriga los poderes del Espíritu, desorientando, igualmente, los sentimientos más elevados. Fue en este sentido que Cristo vino a encender el fuego y tiene prisa para que él arda. Se aproxima el tiempo de la quema de la cizaña en medio del trigo de Dios. Nosotros somos las plantas nacientes en la labor del Maestro y Él, el Jardinero de la Creación. Es necesario que nosotros nos despojemos del hombre viejo, para que la juventud nos cubra de ánimo en los servicios del bien; que la belleza envuelva toda nuestra figura, principalmente en lo que atañe a la moral y a las actitudes, y que nunca seamos insensibles a las necesidades de los otros, al dolor ajeno y a los infortunios ocultos. Busquemos, pues, la santidad; ella es la pureza que nos conmueve hasta el alma,

porque es el Amor invitándonos a la serenidad constante. Trabajar en beneficio de los otros, es ciertamente ayudarnos a nosotros mismos, porque estamos unidos unos a los otros por lazos indestructibles, y el Amor de Dios para con nosotros corre por esos hilos vitales que hacen de la humanidad una constelación; el cúmulo de estrellas humanas se interliga por ley de justicia y necesidades de unos para con los otros. Nos dice el hombre de Tarso, que aquél que roba no debe hacerlo más; el que desprecia el trabajo honesto, se revista de honestidad; aquel que se enoje por cualquier motivo, que se esfuerce por perdonar, y quien cultiva la melancolía desde el amanecer del día, que haga como el sol, desprendiendo rayos de alegría al terminar la madrugada. No dejemos que los pensamientos se desprendan de los labios, sin que antes hayan sido analizados, para que el escándalo no se procese por nosotros y perturbe a los otros. Es indispensable que imitemos a los santos, que imitaron a Cristo, que imitó a Dios. La codicia nos engaña y la transitoriedad de la falsa virtud nos desanima ante la vida. Toda adquisición duradera requiere tiempo y el tiempo busca espacio y este apura las cosas para que ellas sean permanentes. Hijos míos, abandonemos las tinieblas que oscurecen nuestros sentimientos, que desanima la razón, que incentivan la tristeza. Basta pensar en la máxima Divina – "Despierta, tú que duermes. Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará", para que seamos ayudados a entender nuestra misión. No es necesario que abandonemos todo para seguir a Cristo; esto sería salirnos de un extremo para ir a otro y quedarnos del mismo modo que antes. Es sensato que utilicemos todo con nobleza de sentimientos, teniendo al Maestro como filtro, con el fin de que todo nos llegue con pureza y dignidad. ¿Cuántos maridos nos oyen y cuantas damas nos asisten, hijos, criados y señores? A todos les

aconsejamos que se amen unos a los otros como Jesús nos amó, o que, por lo menos, lo intenten sin interrupción, hacer eso en nombre de la Paz. Esta es la mayor coraza que nos protege contra cualquier envestida de la ignorancia o de los enemigos que quieran apoderarse de nosotros, procedentes del exterior, u oriundos del corazón".

El padre Francisco, todo iluminado y sonriente, levanto la diestra, bendiciendo a todos en un profundo gesto de amor. Dirigiendo una rápida mirada sobre los que allí se encontraban, percibió cuántos hermanos estaban bebiendo sus palabras, guardándolas como reliquias de un nuevo círculo de grandezas espirituales, bajo la égida del Príncipe de la Paz. Colocó sus manos arrugadas, pero ágiles, en el tosco banco, para levantarse, y, con gran espanto, percibió que su Maestro le ofrecía ayuda, como sucedió con Él en la subida del Calvario. De hecho, el padre Francisco cargaba una pesada cruz, fardo ya bastante incomodo, que era su cuerpo. Creció su alegría y, caminando, sintió a Cristo tomándole las manos y ocupando su mente. Aún desconocía la voluntad de Dios en aquella noche, pero, después esta se hizo entender. La figura respetable del venerado señor de Patmos pasó entre la multitud y fue en busca de los enfermos que se agrupaban al rededor del templo de Éfeso. Sus discípulos lo acompañaban sin atreverse a tocarlo. Querían expresar sus presencias, pero sin querer, se mezclaron con todos los efesios y bebieron el agua divina que fluía aquella noche. Un suave perfume se hacia sentir en la gran extensión por donde el Padre Francisco pasada. Falanges de espíritus puros trabajaban entre la multitud comandados por el Señor, restableciendo cuerpos, aliviando mentes desequilibradas y apartando espíritus inmundos de las criaturas sufrientes. Se oían voces ocultas agradeciendo a Dios por las curas… Otros tiraban, de repente, sus muletas. Criaturas eran suspendidas

en el aire, en agradecimiento. El Padre Francisco tranquilamente, tomado por el Divino Amigo, tocaba con la punta de los dedos a los enfermos y los curaba instantáneamente. La noche transcurría sin que nadie lo percibiese. El canto de los pájaros anunciaba el amanecer del nuevo día. Los discípulos del apóstol avanzaron para protegerlo y lo suspendieron ante la multitud, cargándolo sin ninguna reacción suya. El pueblo aumentaba en la Iglesia de Éfeso y la noticia corría como la luz…

El Padre Francisco, ya en casa, fue rodeado de todos los cuidados posibles. Le llevaron todo tipo de alimentos y jugos, pero él rechazaba todo. Los discípulos conocían la grandeza de su maestro, por la vida que llevaba y por el Amor que vivenciaba. No obstante, nunca pensaron que podría llegar a tanto su grandeza. La Iglesia de Éfeso fue visitada por todo el pueblo, que aún respiraba las fragancias celestiales, impregnadas en el ambiente por los benefactores de la eternidad y por la presencia del mayor espíritu que aquella tierra conoció, sirviéndole de cuna por misericordia de Dios. El último de los doce no necesitaba hacer recomendaciones de sentido doctrinario, pues aquellos hombres guardaban en el corazón el tesoro que él ofrecía, con amor y cariño.

La caravana celestial aún no subió a los Cielos. Acompañó al vidente de Patmos a sus aposentos, observando las evoluciones en la dimensión en que le correspondía permanecer. Recostado en un viejo lecho, el Padre Francisco sintió un fuerte estallido dentro de su cabeza. Y he aquí que se encontraba de pie al lado del viejo cuerpo que comenzaba a aflojar los nervios. Su lucidez se dilató, ganando una gran amplitud. Ninguno de los espíritus presentes operó en favor del apóstol, ya que él mismo se recompuso. Respiró con un ritmo encantador, por acción de su fabulosa mente, acumuló a su alrededor recursos espirituales, restableciendo todas sus

energías, y, en unos segundos que duró una ligera operación, con las fuerzas renovadas, se liberó del fardo físico.

Palmas de luz se hacían oír… Era la entrada triunfal de Juan Evangelista en el mundo espiritual. Se oía un deslumbrante himno anunciando el regreso de un soldado más de la lucha humana, que dejó en la Tierra el testimonio de que solamente el Amor vence todas las dificultades, curando enfermos y distribuyendo paz a las criaturas.

Juan es abrazado por toda la corte celestial. Primeramente, por aquellos que fueron sus padres en la Tierra: Salome y Zebedeo. Después, surgió María en el esplendor de su belleza y gracia divina. El profeta de la agreste isla, al verla, cayó de rodillas, besándole las manos de luz y ella beso sus ondulados cabellos de nieve. El apóstol regresó al pasado y oyó nuevamente con todos los sonidos, que antes escuchó: - "Mujer he ahí a tu hijo". "He ahí a tu madre". Y al salir de aquella efusión de Amor de madre e hijo espirituales, se encontró con Pablo y Jesús, jubilosos por la victoria del apóstol. Cuando quiso arrodillarse nuevamente, no lo consiguió, Pablo lo tomó en sus brazos y siguió a Jesús, que parecía un sol con un cortejo de estrellas, rumbo al infinito. Era, de hecho, la constelación espiritual en busca de su lugar cósmico… ¡Juan Evangelista volvía al colegio apostólico de Nuestro Señor Jesucristo!…

❁❁❁

Después que el Padre Francisco fue llamado para la patria espiritual, contando casi un siglo de edad, el hijo del comerciante de Éfeso, sin que nadie lo percibiese, se sintió estremecido en las fibras más intimas del corazón. Poco después de ser curado por el viejo apóstol, pasó a vivir con él, teniéndolo como profesor permanente. Asimiló la Buena

Nueva del Reino con espontánea facilidad, que el maestro admiraba. Patius había renunciado al reino de la abundancia de su padre, para acompañar al Padre Francisco en sus andanzas de caridad. Vivía en la más pura sencillez y rigurosa higiene, costumbre que heredó de la escuela de Roma. Era admirador de Sócrates y Platón, conocía detalladamente la vida de esos dos hombres. Y por la influencia del Padre Francisco, aceptó a Cristo como un verdadero Dios, que viniera a la Tierra, por misericordia. Patius no se demoró mucho tiempo en la Tierra después de de marcharse el maestro. En una caída, se fracturo el cráneo y cuando le llegó el socorro, él ya se encontraba junto al apóstol, sonriendo y bendiciendo a todos los de la familia de Éfeso.

Antes, cuando el viejo apóstol curó al estudiante recién llegado de Roma, pidió a los familiares que deseaba recibir algo a cambio de lo que hiciera, ya que ellos insistían tanto. Los genitores, atentos, preguntaron: "Habla, Padre Francisco, que te daremos lo que pidas: tierras, oro, o casas para hacer lo que desees". El anciano sonrió satisfecho y dijo con ternura: "Yo quiero, en nombre de Jesucristo, que todos vosotros, hombres, mujeres y niños, esclavos y señores, os calléis ante la cura que presenciasteis. No deis a conocer ese fenómeno que, con permiso de Dios y la bondad de Cristo, vosotros contemplasteis, pues mi misión, sin embargo, no es curar, sino otra que ha de venir. Nadie necesita saberlo, pues el pueblo de Éfeso sabe que Patius está en Roma, estudiando y desconoce su enfermedad. Ahora vosotros podéis anunciar la llegada de Patius, presentándolo sano, como era antes. Y el silencio para nosotros es el cultivo de la paz. Ganaré mucho si eso fuera posible. Es la mayor dádiva que puedo recibir de todos vosotros". Juraron guardar secreto, en nombre de todos los dioses, pues se trataba de la voluntad del Padre Francisco.

❁❁❁

Esta es una fracción de la historia del gran vidente del Apocalipsis. Los antiguos y modernos escritores perdieron el hilo de lo hechos que con él ocurrieron. Quien podría haber escrito mucho sobre él sería Patius, pero, cuando pudo tomar esa actitud, fue llamado para el más allá, por ley inalterable del destino. Su nombre no se encuentra en el Evangelio de Juan, porque él lo escribió antes de conocerlo y no lo mencionó en el Apocalipsis, porque este fue dictado por Cristo. Juan, seguramente, no creyó conveniente hablar de su discípulo, o de sus discípulos, que fueron innumerables. Después de desencarnar, Patius lo acompañó, por la afinidad del corazón.

Pasado el tiempo, ya en el siglo XII, volvieron juntos, reencarnándose en la vieja Italia, como maestro y discípulo, por existir en aquél país, campos de trabajo que requerían mayor urgencia. Patius, junto a Francisco, en las Órdenes creadas por el maestro, le fue muy útil, escribiendo todo lo que el iluminado de Úmbria hablaba como médium de Cristo. Y los mensajes eran enviados a las iglesias de mayor expresión, que a su vez, los transmitían a las demás. Era su mayor amigo, eterno por la gratitud, habiendo recibido, como Patius, dos curas por intermedio del Padre Francisco: la del alma y la del cuerpo.

Fray León fue el mismo Patius, que después volvió sólo, también en Italia, contando ahora con el Padre Francisco como guía espiritual. Y esa vez, en la personalidad del profesor Pietro Ubaldi, fue cuando aprovecho su educación milenaria y lúcida inteligencia, sirviendo como médium. Plasmó en el papel lo que Francisco deseaba, en nombre de Cristo. Y Brasil fue, para él, la nueva isla de Patmos, mucho más confortable que la de su inolvidable maestro. Reencarnado, rememoró toda la historia de la humanidad,

sintió la aproximación de los tiempos anunciados por las profecías, y reconoció el verdadero lugar, en el concierto de las naciones, de esta patria soberana, por su ejemplo.

UNA CIUDAD DIFERENTE

"Vi un ángel que bajaba del cielo; tenia en la mano la llave del abismo y una gran cadena. Prendió al dragón, la antigua serpiente – que es el diablo, Satanás – y lo encadenó por mil años." (Apocalipsis 20: 1-2)

Juan Evangelista, el gran vidente de Patmos, retrocediendo en el tiempo, tuvo la visión de los acontecimientos ocurridos en el mundo espiritual, antes incluso que él naciese, pues, para que Cristo descendiese a la Tierra, era necesario que los ingenieros siderales limpiasen la atmósfera del planeta, para que los atentados contra la Buena Nueva del Reino de Dios no generasen alteraciones.

Una falange de Ángeles apareció en la Tierra, retirando de ella dos billones de espíritus inferiores, cuya animalidad rayaba hasta lo imposible. Si fuésemos a contar los hechos ocurridos con ellos, en la ciudad que edificaron en una región umbralina, más oscurecida, tal vez no pudiésemos presentar al público esta obra.

Las Cruzadas y después la Inquisición, fueron instituidas en el planeta por esos espíritus. Las prácticas y los

acontecimientos en ellas verificados durante su duración podrían ser considerados "moralizados" si son comparados con los ocurridos en la comunidad a la que denominaban *La Cruzada*. La llamaban así porque tenía forma de cruz, que se quebraba en sus cuatro astas, siendo que, en cada una de ellas fue creado un reino, cada cual comandado por un príncipe y un subjefe. Ellos mismos se organizaron, por haber en medio de aquella multitud seres de alto prestigio intelectual, grandes magos, diseñadores habilidosos, artistas consagrados, muchos de ellos dados a la agricultura y a la ganadería, y así sucesivamente. No faltaban, en la gran metrópolis de las sombras, especialistas en todas las áreas del conocimiento.

Esos espíritus no fueron llevados a esa región de una sola vez. Fueron divididos en muchas grupos, para mayor seguridad del trabajo. La ciudad de las tinieblas fue edificada en la línea del Ecuador, para que el Sol cooperase con ellos, desintegrando parte de sus pensamientos inferiores y, para que, de cierto modo, los maltratase, por el calor abrasador de sus rayos directos, en fusión con sus propias vibraciones. La egrégora (1) formada por esas almas servías de filtro para los rayos cósmicos, para no lesionar ni quemarles la estructura espiritual, abriéndole llagas, principalmente a aquellos que realizaban trabajos más groseros. La esclavitud, allí, era mucho peor que todas las conocidas en la Tierra. Así, el Satanás descrito por Juan Evangelista, se demuestra como el símbolo de esos dos billones de espíritus.

---

(1) Egrégora – del griego egregorói; Elifas Levy los denomina "los principios de las almas, que son los espíritus de energía y acción"; cualquier cosa que puede o no puede significar.
Fuente: Glosario Teosófico – Helena Petrovna Blavatsky (Nota de la Editora)

Con relación a esos expatriados, los perseguidores de la época del Maestro eran mucho más flexibles, pues conocían el motivo de su permanencia allí, y alimentaban el odio y el placer de la venganza. Cuando pudiesen salir de la prisión milenaria, la idea era volver a la Tierra para incendiarla, pues tenían ejércitos y más ejércitos bien adiestrados, esperando el día de transformarla en cenizas.

Los Ingenieros siderales planearon con una habilidad indescriptible la planta de un lugar que pudiese alojar a esos seres, acumulando material adecuado para que ellos mismos lo edificasen, sin darse cuenta de que estaban siendo ayudados. Corrientes de fluidos de cierta estructura cruzaban los espacios en altos voltajes, cargando secretos que los habitantes no podrían descubrir, para no anular los cortos-circuitos lesivos, provocados al contacto con la forma periespiritual. En las tentativas de evasión verificadas, se constató, por las graves consecuencias para los fugitivos, que eso no compensaría. Los habitantes de *La Cruzada* esperaban, que con el paso de los siglos, el cumplimiento de la profecía de que, después de mil años, serian libres. Ellos no desconocían el futuro que les estaba reservado y para eso se encontraban en aquella preparación colectiva, así como la Tierra estaba siendo preparada para soportar su maléfica acción. Dios, en Su misericordia, se serviría de ellos en beneficio de ellos mismos, en algunas etapas educativas, pues, como hijos del Todopoderoso, no se encontraban perdidos ni condenados eternamente. El tiempo y el dolor los harían madurar bajo el calor de las pruebas. La Tierra seria, por muchas veces, la cuna para esas almas, en el sentido de volverlas buenas y mansas, a fin de poder ingresar en el gran rebaño de Jesucristo.

El suelo de la ciudad era de materia viscosa, lo que les dificultaba los movimientos, sin embargo, a través del

tiempo, desarrollaron, como suele ocurrir en la Tierra, recursos y, con la manipulación de elementos, solidificaron las calles y le dieron una expresión más confortable a las mismas. La escasa agua de la que disponían tenía en su composición substancias electroquímicas, que los mantenía alimentados, renovándoles las energías. Los vicios desarrollados allí fueron incontables. La falta de pudor, sin límites. El sexo desequilibrado tomaba proporciones terribles, envolviendo a todos los habitantes; la sofisticación de la brutalidad y de la prepotencia era la condición mayor de los dragones que tenían en las manos el dominio y el comando de aquellos espíritus. Movidos por reminiscencias que traían de la Tierra, creaban situaciones idénticas; a veces festejaban inventos en las plazas públicas, gritando el nombre del Rey de los reyes; despreciando el mundo de los hombres, alegando faltarles a estos la inteligencia que a ellos les sobraba, afirmando que la meta era la libertad, con la salida de aquella jaula astral. Allí permanecieron verdaderamente por mil años. Después ellos mismos, para que se cumplieran las profecías, descubrieron medios de escaparse gradualmente, pero casi siempre, al pasar por el campo magnético, formado por el cinturón energético que los mantenía presos, comenzaban a perder los sentidos, a fin de ser llevados a las colonias apropiadas y allí prepararlos para nuevas reencarnaciones en el plano físico.

Nos situaremos ante las profecías del Apocalipsis, reviviendo lo que el profeta y evangelista dijo, oyendo del mundo espiritual y viendo los acontecimientos, tanto del pasado como del gran futuro. En vista de eso, añadiremos algo más para que la realidad pueda presentarse y para que podamos sentir el drama que pasó en la Edad Media, extendiéndose hasta casi el descubrimiento de Brasil. Solamente las Cruzadas, contando desde el grito estentóreo

de Pedro, el Eremita, y del Papa Urbano II, representan unos doscientos años de luchas; entretanto, ellas comenzaron en realidad, cuando gobernó Sergio IV, en el año 1009. Para que analicemos mejor las profecías, he aquí lo que dice el Apocalipsis, capítulo veinte, versículos siete y ocho: "Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será liberado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones que están en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y Magog, con el fin de reunirlos para la batalla, en número tan grande como la arena del mar"

En la secuencia, veamos el final del versículo tres del mismo capitulo: "Después de los cuales debe ser soltado por poco tiempo", refiriéndose a que, después de los mil años, Satanás sería liberado por menos espacio de tiempo, y, en verdad, así ocurrió. Cuando ellos desencarnaban – casi todos por medios violentos – permanecían en la erraticidad por poco tiempo, pues los agentes de la luz los traían inmediatamente para nuevas prisiones, encadenándolos en cuerpos físicos de todo tipo, en todas las naciones del mundo-escuela educativa del dolor, donde se investían unos contra los otros y de donde salían a seducir a todas las naciones de la Tierra, estimulando guerras, incendiando donde conquistasen o perdiesen las batallas, generando la peste y el hambre. Ahí se nota la enorme justicia de Dios, la bondad inmensurable del Creador, organizando ese trabajo indescriptible para educar a esas almas desviadas de la Paz y del Bien, en su aspecto de Amor, pues ese es el derrotero, por el cual no se perderá ni un tilde, en todos los hechos, en las acciones y reacciones de todos los seres.

Después de las Cruzadas, estalló la Inquisición, en el plano de los mismos espíritus ya mejorados. Si alguien se siente mal cuando conoce algunos acontecimientos ocurridos en las mazmorras de las casas inquisidoras, sufrirá más si

supiese algunos detalles de los acontecimientos de las Cruzadas, ocho investidas barnizadas en el puro odio y en la venganza. Bajo el pretexto de preservar la tumba de Cristo, invadían y conquistaban, provocando exterminio. Bajo la justificativa de que Dios lo ordenaba y que Cristo surgía incentivándolos a las luchas de conquista, los fanáticos egresos de la gran ciudad negra se reunían en ejércitos. Es cierto que no todos se adhirieron cuando se encontraron en la carne, pero, en compensación, de los que no estaban presos – almas ya mejoradas en comparación con los cruzados del astral inferior – muchos se unieron a ellos por unión magnética, por hipnotismo, o por afinidad con los sentimientos inferiores del alto comando de las tinieblas.

Hitler, uno de los últimos príncipes que ayudaron a gobernar la gran ciudad en los cielos de Ecuador, fue una de fieras enjauladas por mil años que, al asumir el control del Estado Germánico, tenia una tarea odiosa con su conciencia y sus comandos perezosos, reencarnados como judíos, teniendo por objetivo eliminar a toda la raza. Entretanto, pudo solamente alcanzar a aquellos que, en la contabilidad divina tenían registradas grandes deudas. Él, demasiado prepotente y los otros, auto-hipnotizados, creyéndose seres superiores, también desconocían que eran la escoria del mundo que los milenios y el dolor irían transformando en piedras preciosas; toda cizaña se vuelve trigo, por la fuerza del progreso. Los comandados del Führer eran alrededor de quinientos millones que se dividían entre los dos planos de la existencia, luchando y escuchando la antigua voz del pastor negro, y obedeciendo a la línea el comando, sin dar valor a la propia vida. Y él, como símbolo, trae la gran cruz abierta en las astas, plantada en la ciudad de las sombras, llamada *La Cruzada*, cuya cuarta parte comandó con rigidez y orgullo, sin dejar el poder durante todo el tiempo, a no ser para volver a

la Tierra, con la gran pretensión de dominarla, de poner los pies en el globo y decir: “Esa es mi casa”, o transformarla en polvo. Y se enorgullece con la cruz svástica. Al mirarla, parecían aumentarle el poder y el coraje. Falanges y más falanges de espíritus estaban bajo sus ordenes, pues luego se afinizaron con su modo de ser. De esta forma se inició la guerra de 1939 a 1945, con sus calamitosas consecuencias…

Francisco de Asís bajó a la Tierra en medio de una enorme y terrible mortandad. La Edad Media hacia del mundo un palco nefasto de odio y de venganza. Después de mil años de cristianismo, fueron abiertas las puertas de las tinieblas, y ella fue amotinada por los agentes de las sombras; con todo, Dios, en su Divina esquemática, no se olvidó de las debidas protecciones. Al formar la escuela del planeta con medios apropiados para educar a las almas, cuya ignorancia era su verdadero clima, hizo que encontrándose sombras con sombras, naciese la luz de ese impacto.

Una mancha negra se acumulaba en Europa, impulsada para extenderse en el mundo entero, apoyada y estimulada por algunos príncipes de la Iglesia, que aunque era llamaba iglesia de Cristo, esta se distanciaba mucho de Él. En la condición de sacerdotes, oriundos de las tinieblas, vinieron a reunir su rebaño para incendiar el mundo de atrocidades, bañándolo con sangre y hacer que los corazones se olvidasen del Amor. Ellos se equivocaron en sus pretensiones, pues sirvieron de instrumentos para corregir a sus propios compañeros. Nos referimos aquí a las Cruzadas y, principalmente, a aquellas en que sucumbieron más de cuatrocientas mil criaturas, espíritus esos que, incluso en cuerpos de inocentes, eran viejos deudores ante las leyes divinas y que, siendo llevados por las tinieblas, fueron pasados por la espada. Esas almas eran todas procedentes del astral inferior, unidas unas a las otras por la fuerza de los

sentimientos. Cuando oyeron la voz del jefe mandándolos a la lucha, abandonaron, como en un acto de fe, hermanos, amigos y la patria, con la ilusoria sentencia de varios hipnotizadores de las tinieblas, en influencia colectiva, que decían: "Cristo, hijos míos, en forma de Niño Jesús, está al frente. ¡Vamos! Y no pregunten nada más, que vamos a liberar a la Tierra Santa donde pisaron los profetas de Dios y que Cristo bendijo". Y grupos de criaturas de todas las edades acompañaron a varios psicópatas vampiros, cuyo placer era ver y sentir el olor a sangre. Cayeron en las trampas de los lobos los que, por ley de afinidad, no dejaban de ser lobos también. Era la propia ley educando a los refractarios y haciendo que despertase, por el guante del dolor, el Cristo Interno en los corazones.

Las Cruzadas eran dirigidas por hombres indignos, exentos de todo y cualquier sentimiento de fraternidad. Los grandes misioneros, de los cuales Francisco de Asís era el más lúcido, equilibraban el mundo doctrinario, no dejando desaparecer la fe en Dios y los ejercicios espirituales en busca de los sentimientos altruistas. Los grandes místicos son como los altavoces unidos en el amplificador divino, por cuyos micrófonos habla Cristo, en nombre de Dios, procurando despertar en los hombres de buena voluntad, la esperanza. Las Cruzadas fueron el impulso execrable de las tinieblas, como advenimiento de la Inquisición, y Juan Evangelista, como vigilante de la Espiritualidad Mayor, regresó como Francisco de Asís, con la sagrada misión de aliviar, por misericordia, el fardo pesado que estaba siendo impuesto por las Cruzadas en los hombros de los hombres. La sabiduría del Padre Celestial curaba la obstinación de las almas envenenadas en la venganza y en el odio, utilizando espíritus de la misma escala evolutiva, de los mismos sentimientos en decadencia y, por los impactos, ambos

despertaron con el tiempo, por la terapia milagrosa del dolor. El espacio es utilizado como medicamento en garantía de la verdad en la que nadie se pierde, porque todos somos hijos de Dios, con los mismos derechos y deberes compatibles. Lo que llamamos Mal es, en el fondo, un Bien a nacer.

❁❁❁

Francia fue la cuna donde fermentaron las ideas más nefastas de la Tierra. Fue allí donde las tinieblas encontraron el ambiente apropiado para establecerse, utilizando como médium a un hombre que no debería ser ese instrumento, por llamarse Pastor de Almas. Ante la multitud, en octubre de 1095, en el Concilio de Clermont, el Papa Urbano II, inspirado por los agentes de las tinieblas, dio el grito de guerra contra los turcos: deberían matar a los musulmanes, en defensa del Santo Sepulcro. Cuando vio el ambiente favorable para sus injurias inferiores, concluyó con entusiasmo, frente a la multitud siempre inconsciente, una de las mayores blasfemias de todos los tiempos, con un tono de voz conocido por las sombras: "Es dios quien lo quiere". Y terminó su nefasta prosa en medio de griteríos: "Id bajo la égida de Cristo".

Ese día fue fundada la primera Cruzada, el movimiento que tomo cuerpo, como siempre ocurre con las cosas inferiores, y fue la plataforma de muerte y sacrificio para casi un millón de personas. Y las tinieblas, temiendo que las Cruzadas acabasen, organizaron en el siglo siguiente, un movimiento semejante, disfrazado con otro nombre, sin embargo, promovido por la misma falange de espíritus sanguinarios, verdaderos vampiros de la Edad Media. Las tinieblas intentaron apagar el sol en la Tierra.

Fue en Italia, con el papado de Lucio III, cuando se lanzaron las bases de la Inquisición, en el Concilio de Verona, en 1184, para después crear en Francia los tribunales del Santo Oficio, en el año 1233, bajo la influencia de Gregorio IX. Ese movimiento segó vidas y más vidas en el mundo entero, sin piedad, haciendo desaparecer el amor en la propia religión. Los verdugos se sentaron, como se afirma, en la silla de amor de Pedro Apóstol, que dio la vida por el amor a Cristo, bendiciendo y curando enfermos, que no tenían una piedra siquiera para reclinar su cabeza, y no aceptaba compañías para el apostolado que no renunciasen a los bienes terrenales, llegando hasta el punto de que Ananás y su esposa murieron a los pies del hombre de fe, por mentir en lo que atañe a la renuncia de las cosas materiales. Esos hombres que sucedieron a Pedro convocaban a inocentes, hombres, mujeres, animales y cosas que pudieran trabajar en pro de la vida, para dar esperanza y surgimiento a la fraternidad en la Tierra, incentivaban la guerra e instituyeron tribunales para sacrificar y quitar vidas.

Esos movimientos fueron estimulados por las fuerzas de las tinieblas, que quedaron anuladas por mil años, como se cita en el Evangelio, mostrando a Satanás, simbolizado como una legión de espíritus que, libres, descendieron a la Tierra por el proceso de la reencarnación, tomando los puntos estratégicos de mando, en los palacios y en la religión, y mostrando lo que realmente eran, hablando de los sentimientos más lúgubres que la Tierra puede conocer. Todavía, Dios en Su bondad infinita, no Se olvida de Sus hijos, y siempre los atiende con Amor. Envía millares y millares de Ángeles a la Tierra, para aliviar el carma colectivo, de entre los cuales destacamos dos falanges que descendieron al planeta: una bajo la dirección de Francisco de Asís, en el sentido de volver para ser conocido por el ejemplo, el Amor y

la Humildad, el Perdón la Sencillez, influenciando igualmente al alto escalafón del clero romano, para el retorno del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; la otra, bajo la dirección de Domingo de Guzmán que, por su elocuencia y por dominar varios idiomas – inclusive el Languedoc* –, recibió el encargo del Papa Inocencio III de combatir a los herejes.

Aunque no lo hizo como quería Su Santidad, pues era un hombre de paz. Conversaba con los rebeldes, exhortándolos a esperar con paciencia en Dios y en Jesús, que jamás dejarían a sus hijos y seguidores sin protección. Era por excelencia, un predicador del Evangelio, y recorría muchos lugares para darlo a conocer.

* * *

Cierto día, se encontraron en Roma, Francisco y Domingo, que pasaron la noche conversando sobre la reforma de la Iglesia de Dios, diciendo que ellos cumplirían los deberes que la conciencia les trazó, bajo la inspiración del Maestro, y que el resto sería o ya estaba entregado a Dios y que solamente Él, el Todopoderoso, sabría ayudar con Paciencia y con Amor, sin quitarles la oportunidad a los sufrientes, de hacer su parte.

Innumerables hechos y personajes influyeron bastante en los acontecimientos que terminarían con las Cruzadas y, en secuencia de la acción de las tinieblas, la Inquisición.

La acción de espíritus cuyos compromisos con el Mal desencadenaron las más variadas situaciones, redundaron, para millares de otros espíritus, en situaciones dolorosas, como cumplimiento de las Leyes Divinas.

(*) Languedoc – dialecto románico, con pronunciación peculiar, que se habla en la región del OC, perteneciente a la Provenza. (Nota de la Editora)

Así, para facilitar entendimientos y asociación de los cuadros en las diversas épocas, serán mencionados nombres de personas que fueron protagonistas en diversos cuadros de dolor, y de lugares que les sirvieron de palco, donde la Sabiduría Divina queda evidenciada en su acción de Amor en favor de las criaturas.

PEDRO, EL EREMITA

Ese cruzado de las primeras horas, predicador común en varios países, se hizo el portavoz de Urbano II. Hombre de un temperamento poco común, tribuno sin buenos modales o destaque intelectual, pero de una atracción en la voz que acaparaba a multitudes de todas las clases, hacia que los hombres y mujeres abandonasen todas las actividades y marchasen en dirección a la Ciudad Santa para liberarla de los musulmanes, enemigos inflexibles del cristianismo. Los turcos, igualmente, cuando oían el nombre de Cristo, escupían de lado, despreciando al Maestro de los maestros; también, los que se decían defensores de los lugares santos, donde creían que estaban depositados los restos mortales del Divino Maestro, eran iguales a los enemigos y pertenecían a la misma falange de los renegados de la luz. Eran también espíritus que vinieron de la gran *Cruzada* astral, ciudad negra levantada en los cielos del Ecuador.

Para tener una idea de los destrozos practicados por las Cruzadas, basta que analicemos la primera, en una secuencia de más siete, cada vez peores. Reclutaron un millón más o menos de cruzados, de todas las edades, razas y posición diversa. La primera guerra fue una calamidad sin precedentes y la sangre era derramada en nombre de los nombres más sagrados del mundo. Las familias enlutadas se sentían honradas con esa situación y se esclavizaban a

personas de todas las clases. Era exagerado el precio de la libertad en cada pedazo de tierra, y sin contar los sacrificios. La conquista de Jerusalén servía de pretexto para atraer y magnetizar a las masas, reuniendo a los fanáticos para la lucha; entretanto, después de todo eso, ocurría el impacto de las tinieblas con las tinieblas, de carma con carma, de procesos evolutivos para los espíritus aún ignorantes acerca de las Leyes de Dios.

Pedro, el Eremita, era uno de los subjefes de uno de los reinos de la ciudad del Mal. Cuando nació, su figura aterró a los propios padres, que quisieron de inmediato librarse de él, pues era de una fealdad aterradora. Se caso y tuvo hijos, los cuales entregó a la caritativa familia para criarlos, porque él se marcharía para servir al Señor, en la liberación de Jerusalén de las manos turcas y musulmanas. El fanatismo lo hizo instigar a millares de personas a hacer lo mismo, separando a innumerables familias, saqueando haciendas indefensas, matando sin piedad a quien encontrase con ideas diferentes de las suyas. Todo enemigo estaba contra Dios y por eso no merecía vivir, y, en muchos casos, cuando se sentía derrotado, se acobardaba, diciendo siempre a sus subordinados que oía la voz de Dios y de Cristo, ordenándole que el ejército marchase y que fuese al frente. Eran los mismos obsesores del mundo espiritual, unidos a él por ideas afines, que le hablaban y lo guiaban, estimulándolo en la sangrienta tarea.

La conciencia de Pedro era un verdadero infierno y entendía que si liberaba a la Ciudad Santa de las manos enemigas, estaría libre de todos los pecados cometidos. El propio Urbano II perdonaba todas las faltas, por más graves que fuesen, del voluntario que muriese en los campos de batalla, y, los que retrocediesen, quedarían condenados eternamente al fuego del infierno. Príncipes, reyes, condes y

todo el alto escalón de la nobleza marcharon para el frente, sin pensar en las consecuencias, sin medir los sacrificios. Todas las ciudades por las que Pedro pasaba, pregonando la necesidad del alistamiento en las filas de la Guerra Santa, quedaban casi desiertas. Su fealdad aterraba a las personas; no obstante, su verbo las arrastraba y unía para la mayor de las matanzas hasta entonces verificadas en el mundo. Él simbolizaba al Satanás Gog, que Juan Evangelista identificó en las visiones en Patmos.

La Tierra fue arrasada por las sombras. La Edad Media marcó en la historia las mayores perversidades hasta entonces practicadas, el hombre descendió por debajo del animal salvaje, con todo tipo de atrocidades. El movimiento fue tan grande, que llegó hasta el punto de atraer a los grandes guerreros de la época: Federico, el Barba Roja de Alemania; Felipe de Francia y Ricardo Corazón de León, de Inglaterra. Tres grandes nombres mundialmente conocidos, pesaron en la balanza de los enemigos. Si fuésemos a enumerarlos, estas páginas no soportarían los nombres de los grandes personajes que enlutaron a las propias familias para defender la honra del Santo Sepulcro. Espíritus conocidos hace millares de años, todos alimentaban la idea de prender el fuego a la Tierra, bajo cualquier pretexto.

Por otro lado existía el mismo número de guerreros con los mismas ideas y, de entre ellos, Saladino, sultán impetuoso, que los dirigía, ante el cual estuvo Francisco de Asís predicando la paz. Su oscuro corazón se inundó de luz y todo lo acepto por un momento, pero cuando Francisco se retiró, todas sus intenciones maléficas volvieron a él y reanudó sus modales habituales.

Estamos describiendo sólo algunos detalles, solamente para mostrar, por prismas más leves, lo que fueron las Cruzadas, y cómo nacieron los ocho gritos infernales que

estremecieron al mundo. Fueron doscientos años de luchas terribles, y casi cien de fermentación de odio y venganza, cuya sucesión fue la Inquisición con los mismos espíritus ya más afables, porque por la ley de Dios no hay regresión.

GEMGIS KHAN

Este terrible conquistador atizó el fuego en Asia Central y en Asia Menor. Donde pisaban las patas de sus caballos, la máxima era esta: que allí jamás naciese nada. Cuando conquistaba una aldea o ciudad, saqueaba todo, hacia prisioneros y violaba a las jóvenes. Cuando era derrotado en algunas batallas, incendiaba todo por donde pasase: esa era la orden del gran guerrero.

Gengis Khan, uno de los jefes de la ciudad *La Cruzada*, en el astral inferior, en la Edad Media fue un ciudadano libre en la Tierra. Esa libertad le costó bastante caro a sus semejantes, que no lo eran solamente en la forma física, aunque se unían a él por los sentimientos, la ley de los afines nos une con nuestros viejos compañeros de jornadas infinitas.

Como ya dijimos anteriormente, Dios educa a las almas por intermedio de las propias almas. Los dos billones de espíritus de la ciudad negra bajaron a la Tierra con una gran oportunidad de recomenzar en la pauta de la disciplina, y, el mundo espiritual no sacrificaría santos, seguramente, para que sirviesen de padres a tales monstruos, ni tampoco compañeros, sino espíritus de la misma estirpe. Se reunían seres de la misma índole psicológica y psicofísica, monstruos para devorar monstruos, perros para devorar perros, lobos para caer en las trampas de los mismos lobos. Todas esas atrocidades, cuya herencia se hace mostrar hasta hoy, nos parecen incompatibles con la bondad del Creador. Nos sería

pesado para la conciencia, si la razón diera el resultado desfavorable a la conciencia divina; es por eso que muchos procuran no entrar en el mérito de la cuestión, ni juzgar a los hombres por sus acciones. ¡Insensatos! Ellos fueron creados simples e ignorantes; su simplicidad es muy noble y se reviste de mucha belleza cuando se encuentra con la sabiduría, pero antes de eso, ella favorece a los mayores absurdos de la vida, como los que ocurrieron en la Edad Media. Debemos estudiar esos procesos utilizados por el progreso, con serenidad y con más amor a las criaturas, haciendo nuestra parte con caridad, si ya pudiéramos hacerla, para ayudar a educarlos. Son niños junto a los viejos que gritan pidiendo ayuda, por libertad y por amor. Y, en el fondo de todo, ellos están instruyéndose cada vez más; sus hechos son copias de la propia naturaleza, en todo el reino de la Tierra.

Gengis Khan fue un guerrero fuerte, maestro en el gobierno por largas experiencias y, en la hora de la lucha, su objetivo era luchar solamente, en la máxima expresión. En el campamento, era generoso para con sus soldados. Era uno más, y, en muchos casos, se entregaba hasta incluso a simples servicios, para que sus guerreros se divirtiesen y descansasen. Ese gesto lo cautivaba hasta la muerte: era la gratitud en los caminos del fanatismo. Cualquiera de sus soldados que cayese prisionero o fuera herido, tenia la certeza de que a altas horas de la madrugadas vendría en su socorro. Él solamente descansaba en el campamento cuando no había nada más que hacer, principalmente en beneficio de sus guerreros. Con esos gestos de humanidad, sabia que ganaba la unidad de sus hombres. En cualquier eventualidad bastaba un grito, una orden de comando, para que todos se entregasen a cualquier combate, con la furia jamás presenciada en ningún otro escuadrón. Era, si así pudiéramos

decirlo, el fanatismo en la cuarta dimensión… ¿Los místicos no utilizan, por donde transitan, maneras idénticas? Solo que la atención que dispensan, la caridad que hacen y la gratitud que tienen, los universalizan: no tienen partidos, no escogen a quién beneficiar, aman a todos, dando todo lo que poseen. Viven la fraternidad en busca del Amor, sin escándalos, sin guerras, sin odios, sin celos y sin conocer la envidia. Son hombres libres, por trabajar constantemente por la libertad de los otros.

Grandes extensiones de tierras fueron pisoteadas y sus habitantes masacrados. Fueron degolladas criaturas de todas las edades y el fuego era la señal más viva de que por allí pasó Gengis Khan…

EN EGIPTO Y EN SIRIA

Saladino, el Sultán que dominaba Egipto y Siria, empedernido conquistador, dejó su marca en la civilización de la Edad Media, contribuyendo en el aumento de la calamidad universal, de las catástrofes impuestas por las Cruzadas. Fue de gran expresión su comando nefasto en la tercera Cruzada, pues resistió con furia a otro gran guerrero de Inglaterra, Ricardo Corazón de León que, en esta época, fue vencido por la audacia de los musulmanes, que consideraban de mal augurio el día en que no viesen correr la sangre del enemigo.

No pretendemos narrar la historia de las Cruzadas, pero para que sea posible comprender mejor la misión de Francisco de Asís y de Antonio de Pádua, es necesario que busquemos algunos acontecimientos en la historia de la Edad Media, y unamos las cosas, a fin de razonar el valor de la venida de estos grandes misioneros de Jesús, para amenizar

las pruebas de la colectividad. He aquí que fueron dos astros lanzados desde los Cielos en favor de la Tierra.

Más adelante presentaremos datos más concretos sobre el encuentro de Francisco de Asís con el Sultán, y la propuesta hecha por el Santo de Asís, en busca de la paz.

LA INQUISICIÓN EN FRANCIA

Los Cielos se abren, cuando oyen los clamores de la Tierra, cuando haya visto el histórico caso de los judíos que estaban en manos de los egipcios, en la Casa Servidumbre. Y es que descendió por una abertura divina la Justicia, en la personalidad de Moisés, para que los hombres no quedasen huérfanos, y, fue en este acontecimiento de la ley, fue en los torrente de lágrimas vertidas por los esclavos en el éxodo con el legislador, que el mundo se preparó para la venida del Mesías, Aquél que es la esperanza del mundo, Aquél que fue, es, y será siempre nuestro Guía Espiritual en la gran casa de Dios. Los Cielos se abren cuando es necesario, cuantas veces lo exige la ley, para que ninguna de las criaturas cargue un peso mayor que sus propias fuerzas.

Un nefasto príncipe negro, llamado Torquemada, surge en la historia de España, favorecido por las cruzadas del astral inferior, compactando con millares de su misma estirpe, para dar secuencia a las Cruzadas en la Tierra. Él fue un corto-circuito en los hilos de la vida, principalmente de los españoles. La sangre, para él, era como un buen vino en la hora de la cena o en los festejos de sus crueldades. Era insensible a las llamadas de las madres e hijos, parientes y amigos de los condenados, y hasta incluso de los reyes, que temían ante su poder. La crueldad se petrificó en ese ser de un modo indescriptible. En el año 1420, abre los ojos en las tierras de España, ese agente de las tinieblas, para presidir

los tribunales de las sombras y juzgar a los herejes, que eran sus propios compañeros de la antigua ciudad *La Cruzada*.

En contraposición, en 1412, en la ciudad francesa de Domremy, para que el sufrimiento no pesase demasiado en los hombros de los sufrientes, los Cielos se abrieron y bajó una estrella en forma de mujer, con el nombre de Juana de Arco. Ella fue víctima de todo tipo de sufrimiento, en las asquerosas manos de los inquisidores inescrupulosos: fue vilipendiada, escupida, maltratada y encarcelada. La sometieron al hambre, a la desnudez, a la convivencia con insectos, reptiles y batracios. Fue golpeada como si fuese un animal en el matadero, fue vendida por cien francos, como sucedió con Cristo por las manos de Judas. Fue interrogada por los más brutos representantes de las sombras, y en todos los diálogos los vencía con la mayor simplicidad, sin nunca negar su ideal, diciendo que era enviada de Dios y que conversaba con Ángeles y Santos, que oía voces de parte de Cristo, que enseñaba la doctrina de la Serenidad, de la Moral, de la Verdad y de la Paz. La ignorancia siempre apela para la violencia, cuando se encuentra perdida en las evidencias de los hechos. Fue juzgada como hechicera, hereje de primera línea, prostituta de las más bajas y escoria de las más inmundas mujeres que pisaron la Tierra. Fue abandonada por sus mayores amigos, de entre los cuales aquél a quien ella tan bien sirvió – el rey de Francia. En fin, su destino fue la hoguera.

En Rouen, jamás perdió el ánimo, pues sabia que estaba luchando por un ideal digno, que su muerte seria, como fue, una inyección de luz en las venas de los endurecidos sacerdotes que dirigían los tribunales de la Santa Inquisición, en todo el mundo. La Doncella de Orleáns, fue quemada; entretanto, sus ideas no sufrieron, con eso, alteración alguna. Antes fueron multiplicadas a través de los propios verdugos.

Teniendo por objetivo someter cada vez más al pueblo, los escribientes de la época hicieron relatos que enviaron a medio mundo, donde sus ideas prevalecían, para que fuesen leídos en las plazas públicas, principalmente en los días de fiesta. En vez de asustarse el pueblo con las atrocidades, muchos crecieron en ánimo, al lado de la víctima, señalándola como heroína, y la fe se enraizó en muchos corazones.

Juana hizo estremecer los cimientos de la oscuridad en la conciencia de los inquisidores, lo que alivió un poco la severidad en los tribunales. Los que se mofaban en las cárceles, en las mazmorras y en los sótanos del Santo Oficio, crecieron en coraje y en disposición de ánimo, pues la esperanza transforma al alma, como la anestesia favorece al cuerpo que va a sufrir los cortes del bisturí.

Ninguno de los espíritus de alta categoría viene al mundo para impedir todo el sufrimiento de la humanidad. Como el agua que tomamos hoy, sabiendo que mañana tendremos sed nuevamente, surgen como alivio, orientándonos en el sentido de encontrarnos con la verdadera fuente, dentro de nosotros mismos. Debemos recordar a Jesús al lado de la samaritana, en el viejo pozo de Jacó: "Dadme de esta agua que te daré una, que tomándola nunca más tendrás sed" – ¡agua de la sabiduría, de la pureza espiritual, agua de la verdad!

El tribunal de la Inquisición, los hombres de poder que hacían prevalecer los privilegios papales, y los herejes eran almas vinculadas al mismo carma colectivo, viviendo el mismo drama de conciencia y sujetos a los mismos dolores. ¿Quien puede afirmar que el verdugo no pueda sufrir las mismas agonías que los condenados? Ellas pueden ser hasta mucho peores. El odio, la venganza y la crueldad llenan el cáliz de la mente, que rebosa en la conciencia y el líquido corrosivo quema las fibras más intimas del alma, volviéndola

sensible a la llamada de la víctima. El arrepentimiento le corta la satisfacción externa que, por ignorancia, se esforzó para tener, y borda, en la figura de ese espíritu, el emblema de su propia inferioridad, forma animalesca que se afina con sus sentimientos más sensibles.

Cuando Juan Huss fue quemado en 1415, por divulgar una ideología diferente de la que imperaba en la época, encendió en el corazón de Juana, entonces con tres años de edad, el mismo ideal; y ella empezó a tener visiones de hechos y cosas que aún no comprendía. Entretanto, su destino seria el mismo; fortalecer la fe en los corazones de los sufrientes, mostrar la presencia de Dios en todo, y demostrar que somos constantemente observados y amparados por los Ángeles de Luz en nombre de Cristo.

Fue quemada en una plaza pública en la vieja Francia, como simiente valiosa que germinaría y se multiplicaría hasta el infinito, sin sufrir con eso las consecuencias desastrosas de las llamas. En la hora del sacrifico, estaba revestida del más puro ideal, de la fe más concreta en el Bien, de la Luz del Amor, y luego fue envuelta por fluidos imponderables, como agentes que anulan todo y cualquier sufrimiento. Veía, en ese momento, rasgarse los cielos, y los antiguos mártires desfilar en su presencia, animándola y mostrando lo que le aguardaba después de la tormenta. Juan Huss quiso ser el primero en abrazarla en presencia de Cristo, que bendijo su gesto gigantesco de firmeza y decisión, al entregarse como mecha divina para aumentar la claridad de la fe en los corazones humanos. Si la Edad Media, por sus grandes rebeldías, oscureció los cielos de la Tierra, no faltaron fulgurantes estrellas que brillaron entre de las nubes negras, deshaciéndolas por la fuerzas del tiempo.

Algunos creen que hay demora en la plantación de la luz, por desconocer que los factores tiempo y espacio son

muy relativos en el surco interminable de la eternidad. Con las palabras del Evangelio, en el simbolismo que le es peculiar, podemos definir así: “Mil años en la Tierra, es como un sólo día en el cielo.” – Pedro 2, 3:8.

LA LOCA DE PARIS

Para elucidar nuestro interés en las cosas espirituales, veamos lo más interesante que sucedió con Juana, así como el fenómeno más admirable que con ella ocurrió.

Por las calles de París deambulaba una mujer de cierta presencia, que venía de antiguos mandatarios, a quien el destino hizo caer en la más dramática situación, como rescate cármico, para que pudiese destilar por los canales del dolor, la hiel de la conciencia, acomodado por actos que invierten al ser humano, llevándolo al reino de la bestialidad, confundiéndolo con los propios animales. Esa criatura se hizo conocida como la *Loca de París*, y era muy normal que los estudiantes la rodearan en ciertos momentos, cuando parecía que cesaba la locura, y la lucidez causaba admiración en los que la oían. Llevaba ropas inmundas, los cabellos despeinados, los ojos desorbitados, los pies descalzos; de sus labios salían, cuando era atacada, palabrotas que el mismo aire se negaba a conducir a los oídos humanos. En su lucidez, se serenaban sus facciones, brillaban sus ojos y la filosofía fluía, articulada por palabras que los propios hijos de Sócrates tendrían dificultad de asimilar. Y cuando algún caritativo intentaba ampararla, la furia volvía de forma a no dar más lugar al altruismo del oyente.

Fue empeorando mucho, y ya era incómoda su presencia en las calles de la Ciudad de la Luz. Cierta vez, por maltratar a algunos inquisidores en su furia, se expidió una orden para encarcelarla en la mazmorra, donde se juntaban

muchos condenados a la horca y a la hoguera. Juana de Arco, en esta época, estaba presa frente a celda de la loca. Cierto día, la Virgen de Domremy es llevada para algunos de los interrogatorios más interminables. La mujer, en uno de los momentos de conciencia, al ver aquél cuadro inhumano se enfureció avanzando hacía las rejas, vociferando insultos de baja calaña, queriendo defender a la guerra francesa. Los soldados, por orden de los Inquisidores, abrieron las rejas de la loca y empujaron a Juana para dentro, diciendo: "Pídele a ella que te cure, pues no se cansa de decir que habla con los Ángeles." La mujer enfurecida se calmó, se arrodilló a los pies de la heroína y pidió alivio, como madre relegada a los desechos de la propia naturaleza, llorando como una niña. Juana pasó los ojos como rayos en alrededor de la mujer y vio bultos negros que avanzaban como vampiros, absorbiendo todo lo que fuese divino, en los divinos centros de fuerza de aquella criatura. Les ordenó, entonces, en el nombre de Cristo y de los Santos que su memoria recordó en aquél momento, hablando con energía. Acarició a la loca como si esta fuese una niña en los brazos de una madre cariñosa. Besó la frente de la compañera de angustias y se despidió de ella, caminando para el deber frente a los verdugos del poder temporal. La mujer cayó en un profundo éxtasis, como si Morfeo la llevase al paraíso. Los soldados rompieron en carcajadas, sacando a Juana, a empujones, de la celda que acogía a la mujer marcada por el destino.

En contra de ellos, la loca nunca más sufrió tales accesos, curada por la presencia de la Pastora de Domremy, y en unos días fue puesta en libertad. Volvió a andar por las calles, callada y triste, buscando a su protectora. Cuando hablaba, era solamente lo necesario, y a esa altura, su lenguaje causaba admiración en los que la oían, que luego preguntaban: "¿Esa no es la loca? ¿Ella fue curada? ¿Por

quien?" Y alguien respondía en medio de la multitud: "Fue Juana de Arco quien expulsó a los demonios que estaban con ella".

La melancolía invadía su ser. Andaba sin parar, tranquila y lúcida. Quería encontrar a su protectora y, como gratitud, ofrecerle la vida, pues no tenía otro medio de pagarle por lo que hizo con ella. En un descuido, es atropellada, por sorpresa, por un carruaje que doblaba la esquina y despedida contra otro que venia en dirección opuesta. La mujer murió sin lograr su deseo de, por lo menos, servir de esclava fiel a su benefactora.

No obstante, como nadie muere, sólo pasa de una dimensión a otra, ella continuó en el mundo de los espíritus buscando a Juana de Arco. Una mañana, vio una multitud de gente en Rouen, una hoguera lanzando sus lenguas de fuego y una mujer suspendida en un leño, con los ojos fijos en el cielo y algunas lágrimas en su rostro. La multitud inconsciente, con gritos estentóreos, reclamaba: "¡Quemen a la hechicera!… ¡Quemen a la bruja!" La ex-loca, al ver aquél cuadro, quiso avanzar, haciendo un gran esfuerzo para salvar a aquél Ángel; no obstante, algo la detenía, como si tuviera plomo atado a sus pies. Llorando, suplicó a Dios amparo o fuerzas para que pudiese mostrar su gratitud a quien le devolvió la conciencia y la propia vida. Una luz brillante descendió de los cielos en su dirección, liberándola y resplandeciendo sobre Juana un rayo luminoso. Una voz resonó en su mente inquieta: "Vaya, sea grata a aquél corazón que late para el Bien de la humanidad".

Cuando la mujer volvió a mirar a la mártir ya sumida en las grandes llamas, vio su corazón como un sol y abrazándolo, beso con todo amor el centro de vida de Juana de Arco, y se entregó al fuego inquisidor como si donase la vida para salvar el corazón de aquella mujer, que se propuso

salvar a Francia, plantando la esperanza en todos los que sufrían en las mazmorras, preparando a muchos con su ejemplo de dignidad para el sacrifico, en todos los actos de fe, de la podredumbre inquisidora.

Cuando los verdugos fueron a recoger las cenizas de *la mayor de las herejes* de Francia, encontraron su corazón intacto; parecía que fuera extraído del pecho de la Princesa de Domremy, para decir: "El cuerpo es de la Tierra y en ella queda; entretanto, el corazón pertenece al cielo, por ser él la forma del Amor que heredamos de Dios por intermedio de Jesucristo".

Los verdugos inconscientes, asustados con lo hallado, corrieron despavoridos para comunicar el acontecimiento a los inquisidores, que festejaban una victoria más en la teórica limpieza de residuos de la Patria, y principalmente, del seno de la Iglesia. El corazón de Juana, que no se quemó, contrariando las leyes de la Física, fue un punto alto en las reuniones de los jefes inquisidores.

Juana, cuando fue atada al leño, podía haber salido del cuerpo, pero no lo quiso así; prefirió orar, mientras la quemaban, pidiendo a Dios por sus rivales. Terminada la rogativa, se desprendió del fardo físico y vio a su protegida envuelta en las llamas, protegiendo su corazón. Extendió los brazos y la recogió en su regazo de Amor, y con un beso, la hizo dócil al sufrimiento que la torturaba, causado por las llamas, y, al lado de un cortejo de estrellas volantes, fue en busca del infinito.

LA INQUISICIÓN EN PORTUGAL

La Santa Inquisición invadió las tierras lusas en 1536, cubriéndolas de luto, diseminando el viento de la hipocresía, matando y destruyendo familias, sin que estas, por lo menos,

tuviesen el derecho de defenderse. Quien denunciase cualquier movimiento sospechoso a los tribunales, obtenía una gran recompensa, y aún más, tenía absueltos todos sus pecados, aunque estos fuesen los “mortales”.

Portugal era atacado por los agentes de las Cruzadas, vistiendo ahora la sotana negra de la Inquisición. Eran los mismos espíritus volviendo a la Tierra, para nuevos planes de educación. Una cruz colectiva era el emblema del pueblo lusitano y Portugal recibía, por misericordia, falanges y más falanges de judíos y sirios, y, ciertamente, muchos grupos de todo el Oriente, como siendo la escoria de la sociedad, para nuevas etapas de resurgimiento a través de la persecución por los tribunales inquisitoriales, en las personas de niños, ancianos indefensos y mujeres, el destino hizo que fuesen perseguidos sin compasión por los hombres que se decían Santos Inquisidores. En verdad, no había injusticia, pues, tanto perseguidos como perseguidores eran de la misma baraja, perteneciendo a los mismos asalariados del pecado. De tiempo en tiempo los inquisidores desencarnaban y volvían a la carne nuevamente, para ser perseguidos y, con el mismo hierro que hirieron fuesen heridos, pues esta es la ley, que no pierde ni una tilde.

Torquemada, el tentáculo negro del Santo Oficio, extiende su nefasta influencia también a Portugal, y crea tribunales en las más inminentes ciudades de la nación. Y los reyes, temiendo el odio del clero, se unieron a él, favoreciendo la acción de los sacerdotes. En todos los departamentos del Estado se hizo un censo completo, registrando a todos los hijos de la Nación, para saber donde se escondían los herejes, las personas de ideologías diferentes a la que representaba la religión oficial. Todas las fichas eran estudiadas por los tribunales de la inquisición; las sentencias eran independientes de los tribunales del

Gobierno, que ayudaba en algunas informaciones. Casi treinta mil personas fueron quemadas en hogueras; millares, torturadas en las plazas públicas o muertas en los subterráneos infectos, otros, ahorcados, la mayor parte, refugiada e innumerables que se hallaban sueltos, nada más podían hacer en la vida, pues les faltaban los órganos más indispensables. Tanto en España, como en Portugal, las orejas y lenguas cortadas diariamente llenaban cestos y eran arrojadas a los perros, ya viciados a ese alimento poco común.

Como compensación, la nación lusa tuvo instantes de alivio, por la fe del pueblo, cuando Antonio de Pádua se trasladó a la capital, pasando a llamarse Antonio de Lisboa. La creencia en ese místico hacia que aumentase la esperanza de los prisioneros y permitía que sus débitos fuesen rescatados con más suavidad. La fe, aunque ciega, proporciona buenos momentos a las criaturas.

La condición de dominio del clero atacó a la nobleza de Portugal, y el Marqués de Pombal, cuando fue apresado y torturado un familiar, se rebeló y, reaccionando, estremeció las columnas de la Inquisición. Reunió fuerzas y destruyó gran parte de los hombres sin sentimientos; no obstante, ellos eran muchos y se reorganizaron, ahora, más cautelosos en sus investidas.

Los actos de fe eran una calamidad sin precedentes, y los calderos de aceite hirviendo hacían estremecer a los hombres más valientes. Mientras la política ponía sus ojos usureros en Brasil recién descubierto, los inquisidores tomaban cuenta de la nación lusa, teniendo como instrumento a D. Juan III, en quien el miedo atrofió los sentimientos, llevando a la razón a concluir que todo aquello era un bien para la colectividad, permitiendo así que esa plaga se propagase por todo el país. Los herejes eran hierbas

dañinas en la labor de la Patria y había necesidad de arrancarlas de raíz. Al ser suspendido por Napoleón el funcionamiento de los tribunales inquisidores en España, por algún tiempo, se alivió también la situación en Portugal; sin embargo, el carma no dejó que se estableciese la paz. Aún existía un resto de cobranza en los bancos de las conciencias, y algunos pasos deberían ser dados aún por las criaturas, en los caminos cruciantes del dolor. La Inquisición avanzó más, y el Santo Oficio, ya agonizante, entró en el siglo diecinueve, cuando fue suspendido por ley, aunque no obstante permanecía aún actuante, por la fuerza de los sacerdotes.

La secular manutención de poderes en roma provoco una inevitable explosión, generando poderes menores. Eran países y más países liberándose del yugo del Águila, estados y más estado que formaban parte de la Unidad Romana liberándose, buscando la independencia. El Gigante se fraccionó en frágiles partes, porque se olvidó de que no puede existir unidad sin Amor. La violencia y la fuerza, como el espacio y el tiempo se dividen, separándose como verdaderos enemigos. Solamente el Amor, fuerza poderosa que Cristo nos legó, enseñándonos cómo adquirirlo, se refuerza cada vez más, aumentando en el tiempo y en el propio espacio. Fue esa ciencia divina, la que el apóstol querido, como Juan y como Francisco, vino a enseñar a los hombres, dando ejemplos con la propia vida, renunciando a todo lo que poseían de bienes materiales, a fin de que estos pudiesen circular a favor de todos, uniendo a las naciones, aliviando a los pueblos y permitiendo que la felicidad, besase a los corazones sufrientes. Eso era Cristo de nuevo en la Tierra.

Desde el principio de las Cruzadas hasta la Santa Inquisición, de esta a la esclavitud, y hasta nuestros días, son igualmente mil años en que Satanás había de quedar libre, en

un combate del que forman parte billones de espíritus. Y de esa jornada extravagante, ¿cuantos entendieron que el mejor camino es el del Amor? Muchos, no obstante, millares de ellos, o tal vez la mayor parte, tendrán que desocupar la casa como inquilinos que no pagaron el alquiler. Serán desalojados a casas peores; como negociantes que no recogieron tributo para el gobierno, tendrán las puertas cerradas. Pero las experiencias valdrán; las lecciones impresas en sus mentes por la estrategia del carma, por el odio que alimentaron y la venganza que ejercieron por muchos años, probaron, por las experiencias, que no compensa el Mal. Y en la aproximación del tercer milenio, los arrepentidos quedarán para heredar la Tierra, donde habrá paz, tranquilidad y trabajo suavemente feliz. Aquellos a quien las bendiciones de la evolución garanticen la posesión del suelo terrenal, pagarán céntimo por céntimo el fuego que encendieron y los disturbios que causaron; aunque, la paz íntima conquistada por los reveses de la vida, les tributará fuerzas, en el afán de resistir a todo tipo de problemas, con ánimo y alegría, por estar concienciados del mayor deber: amar a sus semejantes en todas las direcciones de la existencia.

Mientras el hombre medieval corría tras el oro como punto único de obsesión, mientras las naciones mataban sin pensar en las consecuencias para acumular los bienes terrenales, mientras todos los pueblos amontonaban raciones y más raciones para que el hambre no los visitase, Francisco de Asís traía para ellos un mensaje diferente, sin cargar oro o plata, sin tener dos vestidos, sin poseer una piedra en la cual pudiese reclinar la cabeza. El alimento que adquiría durante el día, lo distribuía por la noche para los hambrientos, y mostraba la excelencia de los mejores tesoros

y la fusión de todos ellos, que era el Amor. Quien quisiese ser el más afortunado, que amase más de entre todos.

Nada hay que temer de las profecías; ellas se están cumpliendo y se cumplirán sin que falte un tilde en la urdidura de la frase, sin que falte un tono en el sonido de las palabras; mientras tanto, nadie se perderá, pues nada terminará – Jesucristo es nuestro Camino, es nuestra Verdad y nuestra Vida. Tendremos que pasar por Él para alcanzar la vida en abundancia de felicidad. Es hora de comenzar, en la distribución del Bien en todos los caminos, desde el Oriente al Occidente, del Norte al Sur, y del Este al Oeste. La vida se encargará de distribuir luces en los puntos cardinales de la colectividad humana, cuando esa quede libre de la era pegajosa que las almas compraron en los combates de la ignorancia. Y, entonces, surgirán nuevas Tierras y nuevos Cielos, donde habrá paz y justicia, teniendo al Amor como base de la felicidad.

LA INQUISICIÓN EN BRASIL

Esa gran nación, marcada por el Cruzeiro del Sur, simbolizando la redención de un pueblo en su aspecto y sensibilidad cristiana, oirá el grito del Rey de los reyes en su principio esplendido, como argumenta su himno, para estallar en luces en la hora decisiva del concierto de las naciones. Catalogada por Cristo para ser el remanente de las naciones y la primera para dar ejemplo de fraternidad, abrirá sus vigorosos brazos para acoger personas de todas las procedencias, será la madre y el padre para abrir las puertas para los hijos pródigos. La última catástrofe de aspecto colectivo a través de cambios de climas, de la desviación de las agua y de reforma de los hombres respetará, en cierta forma, este país que nada tiene que ver con las deudas del

viejo mundo y que servirá de hospital para recoger a aquellos enfermos que podrán recuperarse, por la elevación de sus aspiraciones, por la madurez de sus cualidades. Brasil amparará a los que se salven de las convulsiones geológicas, del difícil parto de la Tierra, del cual nacerá un sol que disipará todas las tinieblas. Brasil va a reflejar su luz en todo el globo, porque a los otros debe todas las experiencias que acumuló a través de los siglos. Francisco de Asís y sus colaboradores trabajan activamente en los cielos de Brasil, para que este cumpla con su deber. Recuerda que el Maestro dijo a Juan en Su apostolado: "Es importante que tu quedes hasta que yo vuelva". Cristo volverá para liberar las conciencias activamente preparadas para heredar el reino de la Tierra y vivir en la plenitud del Amor.

La esclavitud, en Brasil, fue la Inquisición ya más calmada, que sobró para la vigilancia de esa nación, para que ella diese el ejemplo del que todos tienen derecho de libertad, demostrando que todos somos hijos de la misma masa y herederos del mismo Padre Celestial. El ejemplo fue fecundo, pues muchos esclavos, en cuya sangre y epidermis traían la marca de su procedencia africana, una vez libres, continuaban queriendo ser esclavos, por gustarles los dueños de ingenio, porque incluso en las cabañas eran bien tratados, lo que difícilmente ocurría en los otros países. Muchos se sentían felices, incluso cuando experimentaban en sus espaldas resecas por el sol, el látigo cruel de cuero. Entre ellos existían muchos espíritus que vinieron del alto nivel terreno y que después aprendieron la lección de humildad, en el cuerpo de un hombre de color o de un ama de leche.

Los hombres hablan mucho de Dios. Se habituaban a repetir Su nombre en vano, sin, todavía, creer verdaderamente en Él. El Señor, en su omnisciencia, no esquematizaría la Tierra, proyectaría los hechos y

estructuraría la evolución de los hombres y de las cosas, sin un objetivo mayor. El cumplimiento de las profecías, con relación a Dios, es una ilusión pasajera, fuego fatuo de poca importancia. Todavía, para nosotros, el fin de los tiempos nos perturba y nos conmueve, por que tenemos que pasar por pruebas que deberán alcanzar las últimas fibras de nuestro equilibrio. Las palabras del Libro Santo así se expresan: "Los justos vivirán por la fe". Justos son todos aquellos que incrementan todos los días los trabajos de disciplina íntima, que estimulan la caridad y que practican el Amor, procurando universalizar sus sentimientos. En ese clima, la criatura saldrá de la opresión de los acontecimientos y, aun incluso en la Tierra, respirará el ambiente del cielo.

Las bombas de hidrógeno y otros inventos de guerra nada significan hablando de la ley y de la voluntad del Creador. El planeta continuará en su orbita después de los acontecimientos, más sereno y evolucionado, más aireado y pacifico. Brasil fue escogido como terapia divina para los que sobrevivan a la borrasca. El vendaval limpiará las escorias humanas, para que el verdadero Amor encuentre lugar en los corazones que heredarán el mundo. Sin embargo, la premisa de que nada se perderá y que todo se transformará para mejor, es infalible. El miedo que domina a los hombres es oriundo de ignorar la bondad y misericordia de la Suprema Inteligencia.

Cuando los exploradores de los mares llegaron a la Tierra hoy conocida como Brasil, Francisco de Asís ya había venido al frente, en compañía del divino Maestro, lo que fue constatado por ciertos indios dotados de videncia, que tuvieron la gracia de observar en la primera misa celebrada en las Tierras de Santa Cruz, la presencia de ambos. Ciertamente no vieron solamente a ellos dos, Maestro y

discípulo, sino también a una falange de obreros dirigidos por Jesús de Nazaret.

Estas tierras están marcadas para una gran dinámica espiritual, que se viene preparando por los procesos del tiempo, y por las manos de los propios hombres, bajo la inspiración de los cielos. Nadie quita del destino de este país lo que le fue dado por la voluntad de Dios. Estamos llegando al final de un ciclo espiritual, donde se realizará una selección rigurosa de las almas, por la ley de justicia, si no es por el Amor, para que el Amor puro se convierta en felicidad para los hombres, que supieron vivir y amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como así mismo.

Existen, en la patria brasileña, regiones ya preparadas, sin que los propios dirigentes sepan su verdadera finalidad. Esa gran extensión de tierras deshabitadas recogerá, merced de Dios, a los desprovistos de patria, supervivientes de la revolución geológica y de los impositivos cármicos. El miedo será el combustible para que ellos se refugien en este gran hogar, que ellos ayudaran a elevar en el esplendor del concierto de las naciones. Sus experiencias se confundirán con las ya catalogadas en la conciencia de este pueblo pacifico y benevolente.

Las convulsiones geológicas, las eclosiones atómicas de las aguas y la transferencia en masa de los hombres, todo, en comparación con la grandeza de Dios, es menor que extraer de un vaso de agua un virus.

Si pudieseis observar, con nuestra óptica, a billones de vidas en plena batalla en una gota del agua… Son procesos evolutivos que obedecen a determinadas leyes universales, hechas por la Inteligencia Mayor, soberana del Universo.

¡Brasil, tú eres el esplendor de todas las esperanzas! ¡Que Dios te bendiga hoy y eternamente!

Confiemos, porque nadie se perderá en el gran rebaño entregado a Cristo. ¡Él nos dirige en nuestros destinos!

RECORDAR A CRISTO

Urbano III, que sucedió a Lucio, encontró desorganizado el comando de los príncipes del cristianismo, en función de las Cruzadas, que arrasaron la moral de la religión, en el olvido de Cristo. Le parecía que el sacrificio de los apóstoles y de los convertidos al Evangelio, en el cristianismo naciente, nada valía, porque la vida humana estaba expuesta a la cobardía y al lucro, sirviendo como alimento de la vanidad, de la prepotencia y de la usura. El vaticano estaba como un gigante a quien la ceguera hiciera olvidar la nobleza espiritual, y se encontraba abatido en su propio dominio. Tenía pies, pero no podía caminar; tenía cabeza, pero no tenía buenos pensamientos; tenía boca, no obstante, la falta de armonía en el corazón no le dejaba hablar a cerca de la vida, donde todos tienen los mismos derechos y deberes. Tenía manos, pero no conseguía extenderlas al infinito pidiendo la paz, porque la conciencia era acallada por los impulsos de odio, de venganza y de dominio. ¿Qué hacer ante esa situación, por creerla insuperable, con las llamas del implacable fuego de la guerra encendidas en el mundo entero y cuando quien tenía recursos para apagarlo echara más leña en las llamas sofocantes?

He aquí que encontramos a Urbano III paseando por un bello jardín florido, meditando. Se diría que el perfume de las flores le daba inspiración divina, en la divina armonía de sus pensamientos. En ese momento, a su lado aparecía un ser transparente, de una serenidad magistral, dominando casi completamente sus pensamientos, haciéndole preguntas mentales, acerca de la posición que ocupaba en la casa de

Dios. Fue en este diálogo, de encarnado y desencarnado, que Urbano III comenzaba, por él mismo, a deducir, sintiendo su posición de paz a favor de la humanidad. Cualquier persona podría servir de instrumento de guerra en Italia y fuera de ella, menos él y su colegiado apostólico. Si por ventura alguien quisiese odiar, que no fuesen ellos. Si surgiesen víctimas en el transcurso de las incomprensiones humanas, era comprensible; no obstante, estas no podrían nacer de quien tenga el deber de pacificar y bendecir. Cuando pensaba en las Cruzadas, hecho aparentemente sin solución, fuego sin esperanza de apagarse, sus pensamientos se turbaban e ideas confusas desorientaban sus más bellos raciocinios. Y andando de un lado para otro, movía la cabeza que pensaba para millones de criaturas, sintiendo vergüenza de estar al mando de la Iglesia de Cristo, apoyando ideas favorables a la destrucción, al asesinato, al asalto y a la corrupción.

La gran figura de Pedro amputando la oreja de Malcus aparecía y desaparecía momentáneamente de su visión interior, como diciendo: "Estas haciendo lo mismo". Y, si sus facultades no le engañaban, registraba esta frase: "¡Urbano, envaina tu espada!". No veía a nadie que le inspirarse aquellos pensamientos dignos; entretanto, un sentido interior le garantizaba que aquellas ideas favorables al Evangelio eran de Dios y que su estructura espiritual, bastante acostumbrada a aquél ambiente, no le permitía dudas.

Introdujo la mano en los complicados bolsillos, buscando alguna cosa preciosa y encontró el mayor tesoro de todos los tiempos. Descansó en un banco de mármol, que se hallaba a la sombra de un frondoso árbol y su rostro se iluminó en una larga sonrisa… Alguien le ayudó a abrir el pequeño volumen con facilidad, en Lucas, capitulo seis, versículo veintisiete al treinta y ocho. Cerró los ojos para que

la Divina Providencia pudiese actuar, orientándolo sobre lo que él debería hacer, ante tantas investidas del Mal y de tantas indecisiones en la vida, comenzando la lectura en voz alta, en latín, sintiendo que la paz lo envolvía. Comparaba su voz a la palabra de Dios, dando órdenes para ser cumplidas:

"Yo os digo a vosotros que me escucháis:

Amad a vuestros enemigos, haced el Bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os calumnian. Al que te a bofetea en una mejilla, ofrécele también la otra; al que te quita el manto, dale también la túnica. Da a quien te pida, y no reclames a quien te roba lo tuyo. Tratad a los hombres como queréis que ellos os traten a vosotros. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores aman a quienes los aman. Y si hacéis el bien a los que os lo hacen, ¿qué mérito tendréis? Los pecadores también lo hacen. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos otro tanto. Pero vosotros amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar remuneración; así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y con los malvados."

Urbano III parecía estar fuera de este mundo, hipnotizado por la palabra del Evangelio. Sentía un silencio profundo, dentro y fuera de sí. Respiró profundamente, pasó la diestra delicada por los cabellos y el rostro, ya con señales de decadencia física, y continuó la lectura, pausadamente, con redoblada atención:

"Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados, no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad, y se os dará; se os dará una buena medida,

apretada, rellena, rebosante; porque con la medida con que midáis seréis medidos vosotros."

Una mano extendida en la base de su cráneo, se compararía con un pequeño sol, deshaciendo con sus rayos benefactores, todo el enfado de su organismo. Después de la lectura y la meditación del texto, no quería abrir los ojos, los cuales había cerrado para degustar mejor el alimento espiritual. Con cierta vergüenza de ver la luz del día, no quería pensar en lo que podrían estar haciendo los cruzados, en aquellos momentos, en Oriente. ¿Cómo analizar todo aquello ante Cristo? ¿Cómo acordarse de Él en aquél momento de guerra? ¿Los papas que lo precedieron habrían sido invigilantes? ¿Pero cómo, si sus decisiones eran infalibles? ¿Cómo, si lo que unimos aquí está unido en el Cielo?... Necesitaba tiempo para pensar y corregir los errores; debería abrazar a Jesucristo costase lo que costase, en toda Su pureza y Verdad, y no como la conveniencia de los hombres Lo veía.

Urbano III salió del trance y comenzó a pensar:

"¡Dios mío!... Nos recomendaste por intermedio de Vuestro Incomparables Hijo, que amasemos a nuestros enemigos e hiciésemos el bien a los que nos odian. Y nosotros, que participamos de Su colegio apostolar, queremos aniquilar a nuestros enemigos e inutilizar a los que nos odian, despreciando a los que no piensan como nosotros. ¿Por qué nuestra tendencia es siempre la de contrariar Vuestras normas? Jamás el Evangelio del Señor estuvo tan vivo en mi mente, despertando tanto interés en el corazón, como hoy. ¡Es como si cayese la venda de mis ojos espirituales, como le ocurrió a Pablo en el desierto!... Ahora veo con más nitidez las letras sagradas, y las maneras por las cuales ellas actúan en el entendimiento con la verdad.

Es necesario y urgente bendecir a los que maldicen las verdades que abrazamos y orar por aquellos que calumnian nuestra Iglesia de manera irreverente, pues ellos seguramente no saben lo que hacen, y si nosotros, de la convivencia de Cristo, nos vengamos, seremos más condenados por la conciencia. Nuestros propósitos, ya identificados, hacen que nos miremos en la cara moral de la doctrina. Alguien nos está quitando la capa, como los musulmanes, en el caso de la tumba sagrada de Cristo, que está siendo utilizada como capa exterior de la doctrina Cristiana, sin que ofrezcamos igualmente la túnica, que podría ser el consentimiento, a favor de la paz. Por el mucho respeto que habremos de tener por la tumba sagrada, ella no puede constituir la esencia doctrinaria, sino el revestimiento exterior. ¡Y en su nombre los cuervos pelean, luchan, juegan a la suerte, creyendo que allí está la verdadera felicidad!

¿Cuál es el deber de quien ya conoce la Verdad? Es volverse libre, en favor, también, de la libertad ajena. Y nuestra ignorancia, Dios mío, es que el Evangelio nos pide, principalmente en los textos leídos en este momento, para darnos a todos los que por ventura nos pidieran, y si alguien se lleva lo que es nuestro, que no entremos en demanda. ¿Los turcos, acaso no están pidiéndonos aquél pedacito de tierra, que les pertenece a ellos mismos? Y la demanda que obstaculizamos es sin precedentes… ¿Cuántas vidas sucumbieron ya, y cuántas prometen aún desaparecer, por nuestra invigilancia?

¿Estamos haciendo a nuestros adversarios lo que queremos que ellos nos hagan a nosotros? ¡Seguramente que no! Nosotros no deseamos que ellos nos hagan lo que les estamos haciendo a ellos: derramando sangre, expropiando tierras, y dejando un saldo inmensurable de huérfanos y viudas. Por donde pasamos, el hambre y la plaga son el

resultado, verdaderamente contrario a lo que hizo el Cristo de Dios, a quien diariamente pedimos inspiración y decimos que amamos.

Estamos dispensando algún amor – incluso así disfrazado en la ambición – solamente a aquellos sufrientes inconscientes, a quien estimulamos para las guerras, para la rapiña, para la depravación… Eso hacen también los incrédulos. Somos, pues, peores que ellos. Hacemos algún bien a los que están sustentando nuestras ideas de dominio, de robo, de superioridad temporal. Eso, dice Cristo, también lo hacen los incrédulos. ¿Cuál es la diferencia entre nosotros y ellos? Y si prestamos apoyo a los políticos y a los reyes, es para recibir a cambio el apoyo doble de sus armas, en garantía de nuestras pretensiones, que arriesgan vidas, que desorientan las emociones más nobles. ¿No es lo que hacen los comerciantes, en el cambio de las mercancías? Esos, por felicidad, no hacen cambios con los valores del alma, y nosotros estamos quemando las manos en permutas vergonzosas, somos los Judas de la Edad Media, mucho peores que el Judas que vendió al Señor, pues este enseguida se arrepintió, y nosotros continuamos aún con el comercio…

¿Cuál será nuestra recompensa? Deberá ser la misma que la de los ladrones, de los asesinos, de los infractores y de los incrédulos… Si no es peor, porque nosotros nos apresuramos en decir que somos herederos de los valores del Cielo. Si la ley del Amor nos rodea de nuevos preceptos y si aceptamos a Cristo como el Mesías prometido por los grandes profetas, ¿por qué Lo negamos con tan gran displicencia? Y si la ley de esta virtud incomparable nos invita a amar a nuestros enemigos, ¿por qué intentamos su destrucción por mera fragilidad, que el tiempo deshace con rapidez? Si queremos sentirnos como hijos de Dios, tenemos que obedecerle, en el convite de Su hijo mayor, Jesucristo.

El corazón del príncipe de la Iglesia ya estaba pidiendo para nobles ideales. De vez en cuando ideas condicionadas avasallaban su mente, queriendo retomar su posición, antes extravagante, sin embargo, no lo conseguían, debilitadas por las dotes despertadas en las vías del corazón. Los sentimientos de Urbano III comenzaban a madurar, vistiendo las vestiduras nupciales. Despertó el Cristo interno dentro del alma, para nunca más callar, utilizando la conciencia como instrumento espiritual, de modo que la razón comprendiese su grandioso trabajo, juntamente con las modulaciones de los impulsos sentimentales.

No existe nadie que sea ruin eternamente y lo que pensamos que es error son procesos evolutivos de todas las criaturas. Es por eso que el *no juzguéis* existe en el Evangelio. ¿Cómo juzgar, si vamos a pasar por el mismo proceso, o si ya lo pasamos? Ninguna criatura tiene derecho de odiar a su hermano, creyendo que su vida está segura. Cada una tiene una tarea diferente de la otra, en la grandeza infinita del universo, pero que en el fondo corresponde al mismo objetivo, el mismo Amor, por ser de la misma esencia.

El papa, que dirigió por poco tiempo las Cruzadas, y que muchas veces sentía la influencia del Bien en defensa de los pertenecientes a la Iglesia Católica Apostólica Romana, al despertar a la verdad más acentuada, cambia de dirección su barco doctrinario, por lo menos aquél que navegaba en las aguas de su mundo intimo. ¡Cuánto daría si pudiese hacer volver a los soldados en batalla contra las fuerzas del Sultán! Si todo estuviese solamente en sus manos, y si aquél modo de pensar perdurase en su cansada cabeza, ordenaría la paz, incluso en detrimento de la honra de su religión. Suspendería todas las luchas y trazaría un perdón colectivo a los enemigos, bendiciendo a los adversarios, devolviéndoles

todo lo que les fuera robado, y sin exigir de vuelta lo que le fue quitado por agresión.

El Sumo Pontífice estaba cambiado y el colegio cardenalicio se preocupaba de su conducta. Suponían que la decadencia se aproximaba al Santo Padre, pues la inquietud del mundo le daba un disgusto indefinible. Con todo, la lucidez del varón religioso remedió muchas deficiencias, llegando al punto de no dejar aparecer sus opiniones a los comandados, por saber por experiencia, de la suerte de los que intentaban cambiar la dirección trazada por el "destino", en la multitud de la comunidad católica. Se sometió a largos días de ayuno y oración, meditando sobre su vida; nació de nuevo para entrar en el reino de los cielos, como Jesús dijo a Nicodemo. Era, gracias a Dios, un hombre nuevo ante Cristo y la propia conciencia, llegando a extremos sacrificios.

En el clímax de sus meditaciones, recibió noticias provenientes del Oriente, de que Saladino había tomado el Santo Sepulcro e invadido el día 3 de octubre de 1187, la Ciudad Santa, anegándola de sangre cristiana. Urbano III cayó deprimido por el hecho. ¿Cómo conciliar las actitudes tomadas por la Iglesia, con las descritas por el Evangelio? ¿Y la honra de la Casa de Dios? Y si él mandase bajar las armas, ¿que ocurriría? ¿Cambiaria verdaderamente la situación, o solamente él cambiaría de puesto? Su cabeza daba vueltas y sus sentidos le hablaban, sin entender la dirección del alma. Entonces comenzó a hablar de lo que tenia guardado en la mente, y que estaba registrado en la impresión de la verdad. Todo lo que leyó antes y comentó consigo mismo, todo lo que condenó en cuanto a la crueldad de los cruzados, de la usura de la prepotencia de los cristianos comenzó a fluir de la inconsciencia, y eso sirvió para que fuese tachado de loco, aunque un loco tranquilo, cuya mansedumbre era debida a su posición.

Y alguien lo bendijo en la hora extrema, haciendo que de un riquísimo anillo saliese por una secreta abertura el veneno fulminante, que colocaba al otro lado de la vida al viejo guerrero, para que no sirviese de obstáculo al buen camino de las Cruzadas que, por intermedio de Urbano II, Dios eligió como Guerra Santa, en el decir de los representantes más importantes de la Iglesia Romana.

Gregorio VIII asumió la dirección de la Iglesia y el mando de la tercera Cruzada, con una euforia nunca vista en los bastidores de las guerras. Varios reyes y príncipes se unieron a sus nefastas tramas, como los reyes Felipe de Francia, Federico Barba Roja, de Germania, así como Ricardo Corazón de León, de Inglaterra, que ingresaron en las Cruzadas. Y cayó sobre el mundo una tempestad de sangre, de odio y de lucha. Gregorio cerro los sentimientos para toda y cualquier inspiración elevada, brutalizando su corazón y desenvainando la espada. Mató a su propia madre, por apartarse totalmente de los preceptos del Señor. Sus nervios parecían cables de acero, que el corazón desconoce. Se diría que inundó gran extensión de tierra con lágrimas y sangre, solamente por causa de pocos metros de terreno, que el sol castigaba sin piedad.

Cuando Urbano III desciende de la nave de la muerte, que lo condujo hasta el mundo espiritual, se sintió el mismo hombre, con las mismas tendencias, virtudes y defectos, pues es el mismo espíritu que tomó, de cierto modo, un demorado baño, librándose de un peso mayor, como en un convite para nuevos ideales, que partiesen de su propia voluntad, renovación que podría haber sido iniciada en la Tierra, aún cuando estaba revestido en la carne. Encontró a muchos compañeros de la infancia y de sacerdocio, muchos enemigos gratuitos y provocados, con los mismos derechos de vivir, de pensar, de pertenecer a las sectas que les interesasen, de ser

igualmente hijos de Dios. Sintiéndose aún revestido de poder, le costaba aceptar la idea de igualdad y de libertad de conciencia. Luchaba con todas sus fuerzas interiores, pero sufría amargamente.

El ropaje de mando, que antes había vestido, era más difícil de ser retirado que el propio cuerpo físico, que dejó con cierta facilidad. Ser un alma nueva, para nuevos eventos con Jesús, requería entendimiento, madurez, y una virtud muy difícil en el cristiano: *humildad*. Y humildad para un soberano, lleno de preceptos, inundado de virtudes fabricadas por leyes humanas, sería casi imposible; era pedir demasiado para sí mismo.

Quería ser grande, y confesaba eso hasta públicamente, si fuese necesario; sin embargo, poseía una grandeza diferente de las grandezas transitorias del mundo, una grandeza con Cristo resplandeciente en el corazón, como un sol anunciando un nuevo día, que quedase en la conciencia para la eternidad. Y se acordaba fuertemente del cuadro de los discípulos en el viaje a Cafarnaum, donde se encontraba el Maestro, cuando iniciaron una fuerte discusión entre sí por la posición de mayor destaque, que Jesús percibió, aun encontrándose distante de ellos. Ojeó un librito bastante desgastado. Buscó con interés, y consiguió, en la anotación de Marcos, capítulo nueve, versículos treinta y cuatro y treinta cinco, el tan buscado tópico, que dice así: “Mas ellos guardaron silencio, porque por el camino habían discutido entre sí cuál era el mayor. Y él, sentándose, llamó a los doce y les dijo:

Si alguno quiere ser el primero, será el último y el siervo de todos”.

Suspiró aliviado, dejando el pensamiento divagar en el mundo de la conciencia, sin encontrar la solución deseada para los que quedaron al mando de la Iglesia Católica

Apostólica Romana. Y cuestionaba mentalmente: "¿Cómo puede un pontífice ser el menor de todos, para ser el mayor en el reino de Dios? La disminución es incomparable con la posición que ocupa. ¿Como perdonar a los enemigos de la comunidad, dejando que ellos invadan y corrompan los sagrados principios de la religión? ¿Cómo bendecir a esos sanguinarios mahometanos, y orar por ellos, si de esta forma estaremos fortaleciendo a los adversarios para destruirnos? ¿Cómo se puede ser el menor, siendo grande? Y en esta exigencia del alma para elevar el entendimiento, sintió un estallido en el centro de la conciencia y comenzó a oír una voz suave, pero firme, arrebatarle todos los sentimientos, y dirigiendo para ellos todo su raciocinio, en la libertad ofrecida al ser espiritual, de aceptar o rechazar:

- Hijo mío, hace poco llegaste de viaje, y la Tierra fue tu destierro. Allí asumiste una posición envidiable en los caminos de la prueba. Construiste tus castillos, embellecidos por la prepotencia. Coronaste a hombres para matar, y aceptaste la destrucción para el brillo y honra del poder temporal, olvidando las consecuencias que vendrían de eso. Difícilmente pensabas en la paz de los otros. Y la conciencia entabló contigo, la mayor de las batallas, una guerra santa, que la ley del Amor aprueba, para alertarte en el momento exacto, mostrándote los caminos de la benevolencia y del perdón, de la amistad y de la concordia, de la felicidad y del trabajo.

Ahora que perdiste la posición de mando, por imposición de la naturaleza, no debes juzgar a los que quedaron allá, envueltos en el lodazal de los acometimientos naturales, para la propulsión del progreso. La inferioridad nos inspira para juzgarnos los inferiores. El precio de la evolución es muy grande y es justo que te arrepientas, pues es una señal del despertar espiritual. Es grandioso que

procures seleccionar ideas y hechos, en el sentido de descansar en bases seguras para la vida de Amor. Pero, en verdad te decimos, que cuando planeabas hacer lo que el destino no aprobaría, fuiste retirado de la posición que ocupabas en el mundo; tanto el Bien como el Mal ocurren de acuerdo con las necesidades que convienen a los carmas, individual y colectivo.

El engranaje de la ley es perfectísimo, sin que se pierda un solo tilde, y sin que sobre una coma siquiera. Los procesos evolutivos de las almas camino de la felicidad aún son desconocidos por la teología humana, y, algunos de los que se habla, aproximándose a la verdad, no son entendidos, por faltarles la propia evolución. Ser ignorante no es ser culpable, como tampoco nadie se libera de los reveses de la propia vida. Es de esta forma que el dolor los prepara para el gran festín de bodas: nuevos casamientos con nuevas verdades. La lucha en todas las direcciones nos prepara para el conocimiento de verdades mayores, que nos hará libres.

Hizo una pausa, colocando al ex-sacerdote en meditación, y continúo con sabiduría:

- Hijo, en verdad, el testimonio de nuestro Señor Jesucristo fue colocado bajo los cuidados de la Iglesia, para que con el tiempo esa herencia fuese entregada a cada uno, de acuerdo con su propia necesidad, lo que se está haciendo con extremada precisión. ¿Como podría el Cristianismo naciente continuar en su pureza, si los hombres no tenían elevación correspondiente para vivirlo? Cristo vino a la Tierra, porque en la Tierra no existe la paz; si fuese morada de Ángeles, Su venida no tendría sentido.

Un profesor se dispone a instruir a los alumnos porque los alumnos no son profesores aún. Los padres tienen todo el cuidado con los hijos, mientras ellos son niños y, cuando se hacen adultos, cada uno sigue su propio camino, por tener ya

las experiencias necesarias. Puede parecer que el Evangelio fue desfigurado por las manos de los sacerdotes; entretanto, no ocurrió así. Si por desgracia hubo corrupción, la culpa fue de todas las criaturas. Lo que hubo fue una protección de la comunidad a la que nos referimos, para que ese tesoro divino pudiese atravesar el tiempo, traspasar el espacio y llegar a su destino, entregando a los hombres, encarnados y desencarnados, la misma Buena Nueva primitiva sin pérdida de nada, y, en este recorrido, cada uno recibió lo que merecía por su propio entendimiento. Nada se perdió durante la caminata… Las guerras, las plagas, el hambre, la viudez, la orfandad, en fin, todo orden de calamidades individuales y colectivas, ya estaban previstas por la Omnisciencia Divina. Y de estos hechos, muy impresionantes, hasta los profetas ya hablaban con antelación de más de mil años. Sin las guerras, ¿cómo entendería el ignorante la necesidad de la paz? La violencia es materia indispensable para los violentos y la propia naturaleza primitiva del planeta, era agresiva, salvaje. Sólo con el tiempo, la evolución la hizo más dócil, más amena, más favorable. El hogar, en épocas pasadas, era mortífero para la humanidad actual. Todo camina, todo evoluciona, todo cede a la perfección.

No necesitamos elegir si queremos o no progresar, eso es la ley. La buena voluntad es, por decirlo así, alabanza de la misma evolución. El proyecto de Dios ya está dispuesto desde el principio, y nos corresponde a nosotros a él obedecer, por la fuerza en primer lugar, después por sabiduría. Si tú comienzas a observar los errores practicados que tu conciencia hoy condena, no condenes a los otros en la retaguardia, que copian lo que hiciste. Mañana ellos también abrirán los ojos a la luz. Toda alma que busca lentes para criticar los defectos de los otros está comenzando a tener necesidad de dejar los suyos. Y en ese ataque sistemático, tu

conciencia encontrará brechas para mostrarte tu imprudencia irreverente. Dios no condena a nadie a penas eternas. Como Padre perfecto, todo Amor, ayuda con todas las manos posibles en la igualdad de escalas, que componen el gran rebaño de espíritus. Es bueno que despertemos la confianza, porque sin la fe en la Inteligencia Divina y en nuestras propias fuerzas, nos volveremos vidas que vuelan, sin dirección y estabilidad, pues nos falta el poder de razonar bien, por faltarnos Amor en el corazón y discernimiento en el centro de la vida.

¡No condenes a los musulmanes! Son nuestros hermanos en Cristo, e hijos del mismo Dios. Ellos tienen los mismos derechos de ser ignorantes, como los católicos tienen derecho de defenderse, de matar y de agredir, pues están igualmente en duros procesos de evolución, a elevadísimo precio. Están igualmente contrayendo deudas, para que ellas se vuelvan, con el tiempo, en acumulación de experiencias, que se revelarán como tesoros, que la herrumbre no destruye, ni la polilla corroe. Cuando Cristo pide que oremos por nuestros ofensores, esta colocándonos en posición de paciencia para con ellos, para que el odio no nos alcance por la ignorancia exterior.

El silencio se hizo nuevamente… La mente del Príncipe de la Iglesia, deshojada por los impactos de la ley, nadaba en el mar de la Sabiduría despejada por la Misericordia de Dios. Y él comenzó a sentir piedad, amor y caridad por toda la humanidad, sin las barreras de sectas, naciones o lenguas. Dejó las rodillas caer en lugar firme, inclinó la cabeza, y lloró como si fuese un niño. Y la voz se acentuó con dulzura:

- Deja, Urbano, correr las lágrimas, pues ellas tienen el poder dinámico de abrir caminos para el drenaje de los corrosivos, impregnados por los milenios, y que están dispuestos a avanzar, dejándote libre para siempre. Agradece

a Dios por los sentimientos y confía en el Padre Celestial, que nunca yerra. No pierdas tiempo en oraciones prolongadas; antes, tiende las manos en favor de los que quedaron, y realiza los medios para el alivio de los que sufren. Trabaja en dirección a la paz, porque así estarás envuelto en la extrema súplica, que vale más que el poder y el oro.

Alguien se aproximó al candidato, lo toca, y lo invita a partir, a lo que este atiende con humildad, desapareciendo en los confines de los espacios.

LA ESTRELLA DE LA EDAD MEDIA

"¿Cómo has caído desde el cielo, brillante estrella, hijo de la aurora?". Isaías 14:12

Silvestre II, al sonido de millares de campanas, recibía la corona de pontífice en el año 999. Con el poder que poseía en las manos, planeaba transformar los bastidores de la gran comunidad cristiana, empeñado consigo mismo en liberar gradualmente las conciencias, en la medida en que las inteligencias así lo permitiesen, acompañando el progreso en algunas direcciones, bajo la atenta vigilancia de la Iglesia, y con censuras, cuando fuese necesario.

El papa cultivaba el arte literario y poseía una gran tendencia para la política. Tenia en primer plano los conceptos de Cristo, que lo fascinaban, porque lo hacían sentir aberturas infinitas en la Teología, en el modo de comprender lo que el Maestro enseñó a Sus discípulos y a la humanidad.

Fue preceptor de varios reyes, como el Emperador Otto, preparándolo, en las secuencias de las luchas de la Iglesia, para una emergencia. Sabía, y la opresión eso hacia creer, que los mayores enemigos del presente y del futuro de la Iglesia eran los musulmanes. Jerusalén era la Tierra Santa, careciendo de ser protegida y totalmente integrada en el seno de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Todavía, el destino no le permitió demorarse mucho con el cetro del poder. Fue en esta época que el mundo espiritual, bajo la dirección de Cristo, se movilizó en la gran preparación, para que la Tierra recibiese a uno de Sus discípulos, aquél que en

la Isla de Patmos sellara el Evangelio, escribiendo el último capitulo de la Buena Nueva, el Apocalipsis. Juan Evangelista nacería en la ciudad de Asís, con una gran corte de compañeros, para dar cumplimiento a la voluntad del Señor, por su amor a la humanidad, y se llamaría Francisco, estrella de primera magnitud, al descender de los cielos de Cristo para el mundo terrenal. Era el amor más vivo de Jesús para besar nuevamente el suelo de la Tierra.

El fenómeno de Asís estremeció, por decirlo así, los conceptos impuestos por los dirigentes del clero romano. Él vendría a revivir el cristianismo primitivo, por el Amor que su corazón concentró en milenios de vivencia, como el mayor mensaje a la humanidad. La disciplina a la que se sometía, en el transcurso del tiempo, era la seguridad indispensable para esa enorme tarea de abrir los ojos de los guerreros y sacerdotes, de reyes y emperadores, siendo la esperanza viva y el progreso de la paz.

Juan Evangelista se reunió con sus discípulos en el mundo espiritual, en una estancia que acogía muy bien a la pequeña falange de espíritus muy conscientes de los deberes a cumplir, eternizada en los conceptos de Cristo, decidida a acompañar al Maestro donde quiera que fuese, y afinizada con los poderes del Amor. Entretanto, la misión encargada a ellos era muy difícil. El testimonio, en ciertos momentos, estremece las condiciones más profundas, por ser la carne frágil, y era necesario que ellos se revistiesen de ella, obedeciendo a las leyes promulgadas desde el principio, por el Gran Arquitecto del Universo. Allí se congregaban almas elegidas para el evento de la luz. El Evangelio ya fue extendido a casi todo el mundo, y, principalmente en el seno de la Iglesia, constituía lectura obligatoria. Los príncipes, los reyes, los emperadores, los hombres de ciencia, los grandes

filósofos y parte de la multitud sufriente conocían, unos más, otros menos, las escrituras Sagradas.

Lo imprescindible en aquél momento era su vivencia; y aquellos espíritus unidos en torno al Maestro tenían que asumir, con la propia vida, una posición en la faz de la Tierra; en el reflejo de la Buena Nueva de Jesús, el Evangelio sin divisiones, sin pérdida del contenido. Por tanto, se hacia necesario una gran preparación espiritual para el planeado avance de la luz. Ya estaban elegidos los lugares apropiados para los renacimientos de todos ellos, de acuerdo con la técnica espiritual. La resistencia de cada uno, tanto en el área física, como en la espiritual, era relativa a la individualidad, que el tiempo, dirigido por Dios, concedió a cada espíritu.

Cuando la sintonía es el móvil de la unión de muchos corazones, el ambiente se purifica, y los que lo viven lo transforman en cielo, por las facultades surgidas en la gama de los sentimientos. De ahí que aquellos viejos compañeros de luchas permanecieron en prolongada concentración, donde no había preocupación que el tiempo pasase. Nada se hace bien hecho sin la preparación anticipada. ¡Sí, en el mundo, los hombres ya conocen esa verdad, reuniendo a maestros en escuelas bien dotadas, para que los alumnos enriquezcan sus conocimientos y se transformen igualmente en maestros, dando continuidad y valorando las ciencias, cuanto más en el mundo de los Espíritus!

Cualquier cosa, por pequeña que sea, tiene gran importancia. La Tierra es mirada como un curso más o menos largo, donde los profesores son las propias almas, bajo a la interferencia de la ley, filtrada en la mente del Maestro Mayor, Nuestro Señor Jesucristo, el fundamento de la Vida en este planeta. Es el Hijo a quien Dios confió la dirección de la casa. La imagen, el trabajo y la voluntad de Jesús habrían de ser el punto central de todas las meditaciones de aquel grupo

de paz, cuando fue plantado en el reino de la Tierra, para que la simiente de la verdad creciese, en el terreno sublimado de los sentimientos en preparación.

Mientras los discípulos de Juan se distraían en conversaciones edificantes en medio de la comunidad, sus ojos buscaban en el infinito, las estrellas más lejanas: era el telescopio interno, accionado por la voluntad y sin la interferencia del mundo exterior, mostrándole las bellezas de la creación. Observaba la atmósfera espiritual de la Tierra y la acompañaba en su giro habitual al rededor del gran astro, como, y ciertamente, en varias danzas incontables, para que el equilibrio fuese la confianza de la vida. Las estrellas en el infinito parecían, como dijo un gran poeta francés, "los bailarines del espacio", balanceándose en el ritmo de la vida, pues las leyes no pierden un tilde, en todos los movimientos. La secuencia transmuta en armonía, y esta vivifica como si fuera la propia felicidad. El Evangelista buscaba a Dios en Su cuerpo ciclópico universal, para después Sentirlo, en la misma totalidad, en el microcosmos de su mundo íntimo. El espíritu divaga en meditaciones, ganando recursos, cuando él es necesario en la solidez de las grandes luchas. Juan calmaba su fogoso raciocinio que, en poco tiempo, desbastaba constelaciones, se familiarizaba con galaxias enteras y penetraba el universo con la intimidad en su propio ser…

LOS DOSCIENTOS UNO

El profeta del Apocalipsis parecía en éxtasis, pues un clima de tranquilidad vibraba en su interior como emitiendo luz propia y algunos discípulos miraban su rostro, admirados por su transfiguración. De su corazón partía una llama azulina indescriptible, que, como por encanto, se dividía con sabia precisión, posándose en sus fieles compañeros,

constituyendo lazos de los más seguros y vigorosos, para que más tarde, cuando estuviesen en la Tierra, obedeciesen a la voz de aquella proposición de los Cielos. Y de entre los más destacados hermanos, estaba el que se llamaría Antonio de Pádua.

Eran doscientos discípulos escogidos y testados para la gran tarea de difícil cumplimiento, pues la renuncia, el desprendimiento, la humildad y el amor serían la tónica de todo su ideal. Las demás virtudes a ser cultivadas eran secuencia o evolución de la propia base.

Les servían de templo en aquella estancia, cuatro árboles gigantescos, cuyas hojas brincaban a los soplos suaves del viento. Sus vástagos se enredaban unos en los otros, por el reino a que pertenecían, como aclamando con palmas vegetales la presencia de tantos Ángeles en conjunto, alabándolos y trazando planos, los más difíciles, para que la Tierra pudiese tener más paz y conocer más de cerca el Amor. Las estrellas eran como ojos de Dios iluminando el infinito, en seguro testimonio de los compromisos de aquella pequeña constelación espiritual, firmando en el cielo las palabras que deberían ser dichas en la Tierra.

Juan desligó sus pensamientos del viaje cósmico, reintegró su grandiosa personalidad, puso su mirada magnánima en todos sus compañeros, dio tiempo para que prestasen atención y dejasen las conversaciones realizadas entre ellos, y fue a lo concreto, a la finalidad que los situaba allí.

Mientras, en la Tierra, millones de personas buscaban soluciones para sus intrincados problemas, en los cielos ocurría otro tanto, como aquél grupo de almas iluminadas, que se congregaban con el objetivo sublime de ayudar sin ser conocido, dentro de los padrones que la evolución concediese.

El hijo de Salome, refiriéndose a la conducta de sus discípulos, era casi omnisciente. La tarea era dura, no obstante, sus propósitos eran nobles por excelencia. Conversó con Cristo en una esfera resplandeciente sobre su venida al planeta. El calendario de la Tierra marcaba el siglo XII, y la Edad Media prendía fuego por las incomprensiones humanas. La ignorancia hacia adormecer la labor de los sentimientos altruistas. Satanás ya se encontraba libre en las huestes del mundo, simbolizando los dos billones de espíritus ignorantes y endurecidos. Aquellas doscientas estrellas que giraban al rededor de un Sol deberían descender a las sombras del planeta, por la fuerza del Amor… Y el verbo, de fácil acceso en los labios de Juan Evangelista, se hizo oír:

- Hijos de mi corazón, que la paz de Jesucristo reine en nuestros espíritus en nombre de Dios, Nuestro Padre Celestial. Es de gran valía el hecho de habernos reunido en esta estancia del Señor para esta reunión que constituye para nosotros una fiesta, en la cual firmamos compromisos con la ley que nos garantiza la propia vida. Ya somos más o menos conscientes de nuestros deberes; lo que nos queda es testimoniar nuestro coraje, examinar nuestra estructura espiritual, rebuscar nuestro pasado, y ver si aguantamos la cruz que debemos cargar en el calvario de la carne. Todos vamos a hacer un corto viaje al suelo terrenal, pertenecer, por algún tiempo, al mundo que nos parece una cárcel, pero que en el fondo es una bendición de Dios en nuestro favor. ¡Todo depende de la disposición de cada uno, pues seremos injuriados, maltratados, olvidados, dilapidados, encarcelados, enviados a las guerras! Experimentaremos el hambre, la sed, la desnudez, y, en muchos casos, la vergüenza, pues el mensaje que llevamos para los hombres es tan elevado, que,

los que están en una posición más baja, investirán contra nosotros.

No estamos hablando aquí para legos, basta un toque para que entendáis toda nuestra intención. No es necesario más que un gesto para que podáis comprender lo que se haya escrito en todo un libro. La mente, cuando está preparada, dispensa el tiempo, pues aprende en síntesis, lo que a un alma sin experiencia le llevaría años para entender. No estaremos en convivencia con criaturas, por lo menos en relación a los hombres con quienes vamos a encontrarnos brevemente. Veamos bien que Jesús, como emérito profesor, conversó, por tres años, con un puñado de hombres libres; estos, no obstante, teniéndose en cuenta la humanidad, en tres milenios, tal vez aún no asimilen Sus lecciones. Nuestra conversación es diferente, debe ser rápida y lúcida para la asimilación, integra, de todo el ideal. No tenemos tiempo que perder; los clarines de la eternidad, nos parece que ya tocan, invitándonos al gran descenso.

En los intervalos que Juan Evangelista hacia para que la música pudiese ser apreciada, ráfagas de viento soplaban en varias direcciones, enriqueciendo el aire, y besando los rostros tranquilos de aquellos seres que allí firmaban una sola decisión: luchar en la Tierra para que la humanidad recordase vivamente a Cristo en sus orígenes, haciendo que el Evangelio renaciese de entre los escombros de la indiferencia humana, y fuese sentido, al menos en el palpitar de los corazones de los *doctores de la ley* de todos los tiempos, y que, si restase alguna cosa para la multitud de almas sufrientes en la carne, que llegase a ellas, por misericordia de Dios, en la forma de fe. Que el amor de unos para con los otros se hiciese notar en alguna parte.

Después de acomodados los pensamientos, volvió a hablar el discípulo mayor:

- Hijos míos, ya es del conocimiento de todos, que vamos a luchar contra fieras humanas, y con espíritus embrutecidos, almas endurecidas que nos atacarán de manera inteligente. Cuidemos, pues, de renunciar a las facilidades en medio de ellas, pues en ellas se esconden las víboras que nos picarán con veneno peligroso. El mundo aún es su reino y, si allá viven, es cierto que sus experiencias en el Mal son grandes. Nos corresponde a nosotros acordarnos nuevamente de Jesús cuando proclama, registrado por Mateo en el Evangelio, capítulo veintiséis, versículo cuarenta y uno: "Orad y vigilad, para que no entréis en tentación. El espíritu, en verdad, está preparado, pero la carne es débil". Las trampas en nuestros caminos serán muchas y variadas; no obstante, la ley nos garantiza que quien en ellas cae se dejó seducir por el cebo engañoso. No podemos olvidarnos de buscar a Dios y a Jesús, al rayar el Sol con la invitación a la labor diaria, por los medios que nos convienen. La oración debe ser nuestro primer acto, para después transformarla en trabajo, en busca del pan de cada día. No hablamos aquí, solamente de la vigilancia exterior; esa tal vez sea la menos peligrosa.

Es bueno recordar, una vez más, que nuestra tarea será en el seno de la Iglesia Católica Apostólica Romana, que merece nuestro mayor respeto, por lo que hizo en favor de la herencia de Cristo para la humanidad. Entretanto, ahora ella carece de ayuda mayor para que todo su esfuerzo no se pierda en las tempestades de la iniquidad. No somos salvadores de nadie, es justo que resaltemos este aviso, aún, vamos a llevar un recado de Cristo al pueblo elegido, en la seguridad del Evangelio, para que no se expongan mucho a la dureza de los corazones, y no se prendan demasiado a la fuerza del oro, ni den mucha atención a la prepotencia, pues el poder, en muchos casos, colecciona infortunios. Para dar al

mundo ese pequeño aviso del cielo, no basta asumir una tribuna; es cierto que tendremos que hablar, no obstante, antes del discurso, tendremos que vivir lo que predicamos. Muchos nos censurarán por no comprender el motivo de nuestra conducta, pero el tiempo ha de probarles que no existe otro camino, más allá del que está trazado para nuestra función en las ataduras de la carne. Aquí estamos en reposo, allá esteremos luchando. Aquí estamos derramando lágrimas de alegría, allá nuestra misión requerirá, muchas veces, que derramemos nuestra sangre. Aquí estamos solamente recibiendo del Gran Auxilio de la Vida, allá daremos la última gota de energía en la solidez del Amor.

Es oportuno que oigamos el versículo treinta y tres del capitulo catorce, de Lucas que dice así: "Así, pues, todo aquél que de entre vosotros, no renuncia a todo cuanto tiene, no puede ser mi discípulo". La misión exige esa renuncia que abraza totalmente la vida en los campos de la Tierra: renunciar a la familia, renunciar al oro, renunciar al poder, renunciar al lujo, renunciar a los banquetes y, aún más, combatir insistentemente dentro de nosotros, la vanidad, la mentira, el egoísmo y el orgullo. Es necesario dispensar los convites fáciles, no perder un segundo en la inercia y no dejar que las manos descansen mientras la mente esté activa.

Nuestras ideas serán repelidas, refutadas por los hermanos de creencia, pues a nuestro alrededor se reunirán millares, buscando refugio, creyendo que la comunidad que habremos de organizar es una cueva de ladrones, de refugiados del trabajo. Los de dentro de casa serán los más difíciles de ser convencidos. Sin embargo, tendremos al lado de estos, otros que nos traerán grandes alegrías, que no forman parte con nosotros de este colegio, pero que están preparados para saldar las deudas más pesadas con el mundo de la conciencia. ¡Que bueno es servir de instrumento

para esta conversación de almas maduras, de Espíritus decididos al trabajo de Jesucristo!

Terminado el diálogo, hizo una pausa, mientras los discípulos degustaban el gran manjar espiritual. En la mente de cada uno aún se oía la voz del Padre Juan de Patmos, repercutiendo armoniosamente, haciendo eco en las paredes invisibles de la conciencia, grabando y regrabando la palabra *compromiso,* para que, cuando estuviesen en la carne, viniese a la memoria en forma de pensamientos más responsables. A cualquier toque en esta sintonía, las ideas surgirían como por encanto y el alma comenzaría a recordar, en la secuencia del tiempo, lo que viniera a hacer en la Tierra. Y los discípulos se elevaban en la afable presencia del antiguo profeta, por ser él la bondad personificada, y el ejemplo vivo de todas las cualidades que enriquecen la vida, llevando a dimensiones más elevadas.

Juan, en silencio, sintió que el fuego divino visitaba su mundo interior, y continuó:

- ¡Queridísimos compañeros! Somos soldados del Gran Comandante, Aquel del cual dieron testimonio los profetas, el Cristo anunciado por Moisés y Malaquías, ratificado desde Mateo a las visiones de la isla de Patmos, el Maestro inconfundible que ejemplificó lo que dijo. Su filosofía de conceptos elevados no quedó en el aire, como la de los pseudos-sabios. Él las testificó, curando leprosos, levantando caídos, dando la vista a ciegos y resucitando muertos. Tuvimos la felicidad de acompañarlo desde las Bodas de Canaá hasta la cumbre del Calvario, y, por así decirlo, sentir por muchos años el latir de Su doctrina, en los centros más populares del mundo…

Es grande el interés por la paz. No obstante, pequeña es la preparación para que la humanidad reciba el Amor. Es en lo tocante a esa gran virtud, que vamos a pisar el duro suelo

del planeta, sentir sus secuencias, vivir como los hombres más fríos de la Tierra, y ayudarlos en la preparación de la labor interna. Por ser nosotros simientes del trigo celestial, por ley divina que rige las almas y las cosas, no podemos ser mantenidos en un sólo granero, para que uno no perjudique al otro. Es imprescindible que seamos esparcidos por toda la Mansión Terrenal, no importa que uno vaya para el Oriente mientras el otro llegue a Occidente, que uno siga para el Sur, y el otro se aloje en el Norte, que alguno renazca en el Este, y el otro se haga presente en el Oeste. Sólo importa que todos los puntos cardinales estén bajo nuestra vigilancia, y es inteligente que nos acordemos de eso ante todo. Busquemos las palabras del propio Cristo, cuando traza para nosotros un derrotero más apropiado, afirmando, lo que fue anotado por Mateo, en el capítulo diez, versículo veintidós: "Seréis odiados por todos por causa de mi nombre. Aquél, sin embargo, que persevere hasta el fin, ese será salvo".

La perseverancia en el Bien y la persistencia en el ideal, serán la piedra angular de nuestra victoria. No podremos dar otra dirección al barco, que no sea la del camino seguido por Cristo. Tendremos que desconocer el miedo y estar ausentes en la lujuria. No tendremos que ambientarnos con determinados hábitos, porque ellos son caminos para los vicios, y deberemos ser como centinelas ante las extravagancias. El cuidado mayor tendrá que ser con nosotros mismos, en las intenciones, en la formación de los pensamientos y en la liberación de las ideas en los actos diarios. Es bueno que sepamos que la eterna vigilancia es el soplo de la felicidad. Será mejor aún que reforcemos este asunto. Vosotros sois dos centenas de simientes lanzadas en la Tierra, que alguien va a tener el cuidado de plantar, en nombre de Cristo, Él es el Jardinero de los Cielos, que no Se olvida de los jardines del mundo, para que en el mañana el

Reino de la Luz florezca y se confunda en los corazones de los hombres.

Vamos a encontrar en las batallas terrenas hombres cuya convivencia no soportaremos, si no fuese por la fe, dado a su prepotencia y crueldad, pues sienten desprecio por los sencillos y humildes y consideran esclavos a los que nada poseen. Para hablarles a ellos, será necesario tener mucha fe, mucha humildad y, por encima de todo, el perdón vibrando como un sol en nuestros corazones. En nuestro caso, quien no perdone, nada realizará. Seremos considerados por ellos ociosos, andrajosos, fuera de la ley; crearán una tortura mental para nosotros, porque, en materia de maledicencia, ellos son versátiles, en la crítica, hábiles maestros. Vigilemos, para que no entremos en comunión con ellos. Por ser considerados indignos de actuar junto a la juventud, como escuela de aprisionamiento de conciencias, que utiliza la magia negra para hacer prodigios, seremos juzgados contra las familias.

Atenderemos al pedido de Jesús cuando habla a sus discípulos, en Lucas, capítulo seis, versículo treinta y siete: "No juzguéis, y no seréis juzgados. No condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados". Es meritorio que nos olvidemos de todas las ofensas para no perder el tiempo complicándonos por iniquidades, para que nuestra mente vibre siempre positivamente, en el ideal de Cristo. Quien se ofende con calumnias, está, en cierta forma, unido al ofensor y a sus proezas. Es de interés primordial de nuestro colegio, vigilarnos por eso. La sombra que se refleja sobre las aguas no se moja, por estar en otra frecuencia de vida, y, los compañeros de Cristo no podrán mancharse en el lodo de las incomprensiones de la Tierra, por estar en otra dimensión de la vida, colocados por el Amor, donde el perdón los defiende y la oración los protege.

Si alguien en el mundo prende fuego a la Tierra, inquietando a sus moradores, nosotros tendremos que suavizar ese fuego, aliviar sufrimientos y elevar la fe a las condiciones de salvar la esperanza en Dios y en Jesucristo… Las Cruzadas son nuestro blanco, y de ellas nacerá la Inquisición, como planta dañina entrelazando los campos del mundo. La acción de estos espíritus malhechores va más allá de lo que podéis imaginar. Ellos se organizarán de forma espectacular; entretanto, la Luz ya está organizada para cualquier emergencia. Dios es omnipotente, mas utiliza nuestras posibilidades para diseminar la Sabiduría, la Paz y el Amor. Si por ventura falláramos, serán llamados otros que nos superarán por lo mucho que aman y por el perdón que sobra en sus corazones. La oportunidad es para nosotros, y no para Dios. Tenemos un valioso recurso para ser observado en nuestra comunidad: la obediencia. Está en la palabra de Pablo a los romanos, capítulo dieciséis, versículo diecinueve: "Porque vuestra obediencia a la fe es ya conocida de todos, por eso estoy satisfecho de vosotros, pero quiero que seáis sabios para el Bien y simples para el Mal". La obediencia es una estructura maravillosa para nuestras realizaciones, pero es peligrosa si cediéramos a las fuentes engañosas. No es por otro motivo por el que nos reunimos siempre, en ese esfuerzo de entender la voluntad de Dios, por intermedio de Cristo, que nos esclarece la conciencia y dignifica la razón, volviéndola en buen sentido ampliada, para saber lo que deberemos aceptar o no. No será por lo que fue dicho por papas y emperadores, por magistrados y sacerdotes, y por los que se colocan como sabios en el mundo, que aceptaremos todo sin antes examinarlo. Podremos oír, para después seleccionar con los cuidados que el corazón y la inteligencia con Jesús nos concedió.

Es aún Pablo quien propone, en la carta a los Tesalonicenses I, capítulo cinco, versículo diecinueve a veintidós: “No apaguéis el espíritu, no desprecies las profecías. Examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Evitad toda clase de mal”.

No apagar el espíritu es dejar al alma comunicarse por la forma que ella entiende la vida, pues todos tenemos derecho a conversar, a exponer las ideas, a escribir sobre todos los asuntos que nos sean de provecho; sin embargo, quien está hablando o escribiendo, tampoco nos puede forzar a aceptar todo lo que presenta como teoría, como su ideal; eso para todos nosotros sin excepción, es materia para meditar.

No despreciar las profecías, o las escrituras es estar dentro de todo, examinar todos los asuntos, leer todos los mensajes, extrayendo de ellas lo suficiente para nosotros. En todas ellas existe el trigo, aunque tenga, en abundancia, la cizaña. Es lo que vamos a hacer en los caminos del mundo: retener todo el bien posible de las experiencias de los hombres y evitar el mal que, por desgracia, ellos aún continúan haciendo.

Vamos a ser obedientes a nuestros superiores, sin complicidad con sus posibles maldades. Obedecer es nuestro derrotero, sin que con eso alimentemos la venganza, el odio o el orgullo. Muchas órdenes se unirán a nuestro pequeño rebaño… La selección deberá ser hecha en los escriños de la mente, con la participación del corazón. El amor nos indicará los medios de no acatarlas, cuando estén equivocadas, para que el exaltado no quede herido, el vanidoso no se sienta rebajado, y la prepotencia no se encuentre con menos fuerza. Cristo nos enseño eso, al callarse ante de Pilatos, cuando este le preguntó qué era la Verdad. El Maestro instaló en la conciencia de aquél gobernador el ambiente de la respuesta,

sin que él se sintiese rebajado en su posición, o en sus derechos en relación a su posición, ante la Tierra. Es lo que pretendemos hacer. Silenciar, cuando las órdenes correspondan al mal para los otros, y tener la completa obediencia en el bien cuando sea en favor de la colectividad, haciendo fructificar sus simientes en todos los corazones que se aproximen al nuestro. Con estas actitudes, el respeto hacia nosotros deberá aumentar. Eso es lo que necesitamos, para que podamos realizar nuestros ideales de Fraternidad, de Perdón, y de Amor, para con todas las criaturas.

Todos vosotros sois, para mí, hijos del corazón y hago todo para manteneros unidos por los vínculos del Amor. No será necesario hablar más, pues sois conscientes de los deberes a cumplir ante las responsabilidades asumidas. Jesucristo es nuestro Guía Invisible, que nos ve y nos oye, donde quiera que estemos. Espero y confío en todos, pues somos parte del cuerpo que nos sustenta la vida, como seremos en Cristo, el mismo instrumento. Escuchad lo que el Maestro dice, anotado por Lucas, en el capítulo diez, versículo tres: "Id. Yo os envío como corderos, en medio de los lobos".

La misión de los doscientos no es otra, sino a la que se refiere Cristo: luchar con lobos en los caminos de la Tierra. Seréis devorados por el odio, despedazados por la venganza, amordazados por la usura; pero nunca os olvidéis de la Fe y del Amor, en estas horas, en las que seréis liberados por la Luz. Confiemos y prosigamos, que estaremos con Cristo, y Cristo con nosotros.

Estamos en un banquete de despedida, donde repartimos el pan de los compromisos y el vino de las responsabilidades. Cada uno de vosotros recibirá, en esta hora, un esquema, con todos los detalles trazados para las futuras vidas. Renaceréis en la Tierra con el programa

delineado de cada vida, en los lugares respectivos y en los ambientes en que deberéis desempeñar vuestros papeles. Bienaventurados serán aquellos que no fallen en la tarea; serán recompensados por Dios y bendecidos por Jesús. Estáis bastantes instruidos para que anheléis, por vosotros mismos, el estar en la carne y es necesario que partáis, ahora, hacia vuestros divinos lugares, donde seréis recibidos como hijos de la Tierra y visitaréis, en espíritu, las localidades donde habréis de renacer, familiarizándoos, igualmente, con aquellos que se prestaron para serviros de padres terrenales. Estamos en el décimo primer siglo del calendario del mundo y ya podéis partir, pero antes que os dividáis en diferentes direcciones, nos anima el corazón entregarnos a la súplica de despedida.

Silencio total en el gran templo de la naturaleza… ¡Muchos de los discípulos no soportaban las lágrimas que visitaban sus ojos, sintiendo nostalgias indescriptibles!... Juan se presentaba con sus ojos inundados por el llanto, por ser necesario separarse de los hijos espirituales, por algún tiempo. El anciano se puso en pie, cayéndole de los ojos las últimas gotas de lágrimas y oro con seguridad:

¡Gran Luz de todas las esperanzas!...

He aquí que estamos partiendo como corderos para el sacrificio, sin juzgar a los que por ventura nos ofendan, que por acaso nos maltraten, o que por ignorancia, nos expulsen de la vida física. Permítenos entenderlos en la manera como viven en el mundo, pues la naturaleza no da saltos, ni el destino hace curvas, y ellos, los hombres del mundo, necesitan del tiempo para Entenderte y nosotros tenemos tiempo para perdonarlos. Si ellos atentan para la destrucción, es justo que podamos enseñarlos a reconstruir, por amor a Dios y a las cosas, a Cristo y a los semejantes.

¡Dios de infinita Sabiduría!...

Llega el momento de partir hacia los campos de batalla. Cada uno andando por un camino, cada cual con una misión diferente en aspecto, sin embargo, todas iguales en unidad. No permitas que fracasemos, ni que se agoten nuestras energías en las luchas. Los hombres en la Tierra se dividen en ideologías diferentes. Las religiones están dejando escapar la esencia de la Verdad y la Moral Evangélica toma un destino ignorado. La honra desaparece con la posición asumida por el oro y por el poder. Te pedimos, Jesús, que nos ayudes en esta partida, en este adiós temporal, pero difícil de ser soportado en paz. Queremos ser dignos de Tu Amor y de Tu visita misericordiosa, cuando nos encontremos en el fardo biológico. Mándanos, en este momento, a Tus Ángeles, para bendecir a los que partimos, infundiéndonos esperanzas, para que podamos volver con la palma de la victoria.

¡Jesús!...

¡Haz que nuestra súplica llegue a los oídos de Tu Excelsa Madre, y que la corte espiritual que ella dirige nos bendiga y nos mire siempre! ¡Revigoriza nuestras fuerzas, y ayúdanos, Señor, en el arte de amar a Dios sobe todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos!

Que Tu paz sea nuestra paz…

Terminada la oración, parecía que los árboles que le servían como techo natural lloraban a través de las hojas, pero, en vez de lágrimas, caían flores de variada y suave coloración, embelleciendo el espacio y saturando el ambiente de perfumes incomparables.

Fue dado el tiempo suficiente para las despedidas y, ellos, ya en posesión del cronograma que les indicaría sus derroteros en la faz de la Tierra, parlamentaron horas y horas para saber unos de los otros, los caminos a seguir, y cuáles serían los medios que deberían utilizar para

comunicarse. Después de moderar las conversaciones, hicieron dos filas, para las despedidas del Maestro.

Juan Evangelista, irradiando una gran luz celeste, acompañado de un dorado preponderante de oro viejo, lloraba. Lloraba… Sin embargo, lloraba de alegría por dividir las simientes del corazón, y ser enterradas en el suelo terrenal, y sólo al tiempo le correspondería el resultado. Esa emoción lo engrandecía ante sus hijos que, de uno en uno, lo abrazaban como a un padre, recibiendo de él palabras de ánimo y de cariño, envueltas en pura confianza. Ninguno de los presentes mostraba desespero en el semblante.

Finalizando las despedidas, Juan habló con sabiduría:

- ¡Compañeros, debo hablaros un poco más! No perdáis nunca la esperanza, pues ella es la antorcha inflamable que podéis encender, aumentando la llama de la Fe.

Sin la Fe y el Amor, no podrá haber victoria o solución para nada. Veo que os preocupáis bastante con las noticias de unos y otros. No veo la razón para eso, pues podréis comunicaros por los recursos del espíritu; además de eso, cuando estemos encarnados, el sueño nos abrirá una puerta por la cual podremos entrar en el gran salón universal y nos encontraremos con aquellos de la misma sintonía.

Ahora, es bueno que nos concentremos en nuestros deberes, y el mayor placer para nosotros debe ser el encuentro urgente con el trabajo en la Tierra. Tendremos bastante tiempo al final de nuestras jornadas, si sabemos competir con las sombras. Cada cual debe partir hacia el lugar donde debe reencarnar, sin desperdiciar tiempo ni alimentar ideas de volver antes del tiempo programado. Cada uno tiene suficiente habilidad para mantenerse firme en su posición por el bien de la humanidad. Es justo tener nuestras sensibilidades, alimentar esperanzas personales, y que la nostalgia no pase desapercibida en nuestros corazones;

entretanto, Cristo está, para nosotros, por encima de todo eso. El trabajo para con Él es más urgente.

Finalizando, el maestro bendijo a todos, y fraccionó la caravana en todas las direcciones del planeta. Una música divina resonó en el ambiente como si quisiera hablar con toda la micro-constelación espiritual: *¡Adelante, Compañeros!*

El padre Juan, encontrándose a solas, dirigió los ojos al cielo estrellado y tomó también su dirección. En una fracción de segundos, descendió en Italia, en la antigua Roma, en una pequeña ciudad que más tarde llevaría su nombre, para la gloria de Dios y la voluntad de Cristo.

JUAN EVANGELISTA EN ROMA

El vidente de Patmos se detiene en los cielos de Roma. Contempla el palco de la historia de los primeros cristianos, sacrificados allí por causa del Evangelio. Siente el palpitar de los pensamientos de la multitud, en el vaivén apresurado de las calles, con las criaturas envueltas en innumerables problemas perturbándoles las ideas… Roma estaba, en cierta forma, agitada, pues cinco años antes el papa, en el Concilio de Francia, había dado el grito de guerra contra los musulmanes, que seguramente responderían con la misma tonalidad: ¡Violencia!... ¡Violencia!...

El gran discípulo de Cristo, en espíritu, visita todos los barrios de la metrópolis. Desciende un poco más, y pisa en el suelo como los encarnados, andando por las calles, respirando la pesada atmósfera de la Ciudad Eterna. Más parecía ser el Sol visitando la Tierra en un día brumoso, reflejando mal sus lindos rayos dorados. Entra en el Senado de Roma. Siente todos los ideales de los hombres de la ley, escucha hablar a algunos, incluyendo en sus inflamados discursos la más joven de todas las guerras fabricada por la

cúpula clerical: las Cruzadas. En ellas estaba su mayor misión, la de suavizar el fuego que comenzaba a devastar el mundo. Salió del Senado y se mezcló con el pueblo, registrando las opiniones acerca de la política, de la religión oficial, de la vida y de los placeres. Avanza un poco más y, en un momento, se encuentra en la Casa de San Pedro, donde ve al papa durmiendo entre acolchados riquísimos. Cortinas de fina seda y franjas de un brocado encantador daban entrada al aire puro que penetraba por cuatro grandes ventanas. Guardias tintineando armas de lado a lado guardaban al Príncipe de la Iglesia en su profundo sueño, mientras otros, espirituales, impedían entradas extrañas a los intereses de la Casa del Pescador.

Juan mira al Sumo Pontífice, que duerme tranquilamente, y percibe una sombra inquieta plasmando algunas imágenes, para que él, cuando despertase, las tuviese como si fueran sus propios pensamientos, inspirados en la justicia y en la honra de su gran imperio cristiano. Cardenales del cuerpo de asesoría espiritual andaban de un lado para otro, ojeando algunas páginas, y esforzándose para decorarlas, sin percibir lo que pasaba con el Sumo Pontífice en el mundo de los espíritus.

Juan se aproxima tranquilamente al Sacerdote Mayor, imprime es su mente desequilibrada una porción de fluidos espirituales, percibiendo que la trampa no era tan fácil de ser desarmada. Fluidos sutiles eran manejados por entidades de las tinieblas, fuera de la nave del lecho del Príncipe de la Iglesia y alimentados por vías de difícil visión. La telepatía era perfecta, permitiendo a los ángulos el cerebro del patriarca ajustarse a los pensamientos, como si estos fuesen suyos. Entretanto, Juan, por la percepción altamente evolucionada, no dejó escapar nada, y los vigilantes de la Casa de San Pedro no percibieron su presencia, por estar él

en otra faja vibratoria. Solamente se haría visible si esto fuera de provecho, y bastaría su fuerte voluntad para ser visto por todos los que se encontraban allí en vigilia. Sin embargo, eso no le convenía.

Da unas vueltas alrededor del lecho lujoso, toca con las puntas de sus dedos en la región craneana de Urbano II, y percibió que las entidades de las sombras se esconden en un viejo castillo, en las márgenes del golfo de Taranto, y de allí, como magos negros del plano invisible, emiten fuerzas negativas, con perfecta preparación, para la mente del representante de Cristo, que activaba el fuego en el mundo, a través de la Cruzadas nefastas. Desea estar presente en el castillo negro, y para allá se transporta inmediatamente. Era una gran mansión que sufrió daños en su altivez elegante, construida por un patricio romano, en la época de las conquistas, y que desapareció en alta mar con toda la familia, a consecuencia de una fuerte tempestad, quedando sus bienes abandonados. Así, el castillo sirvió para acoger una falange de espíritus desequilibrados del mundo terreno por la persecución de los mandatarios de la Iglesia, y que allí se reunían para tratar respecto a las venganzas. Ya habían provocado muchos sinsabores, incluso entre muchos de los familiares del Tirano de las Cruzadas.

Todos los días la operación venganza era renovada. El ambiente sofocaría a cualquier entidad que no fuese bien adiestrada en la técnica de deshacer tramas espirituales.

Juan desciende suavemente al suelo del antiguo castillo y nota que dieciséis entidades allí reunidas intercambian sus pensamientos unos con otros, y una vez fortalecidos, depositaban energías en la mente de un viejo técnico en el arte de influenciar a personas, el cual dominaba la corriente mental con ideas propias de su maldad ya bien estructuradas, y las emitía en dirección al papa, utilizando su propia

videncia. El evangelista se mantenía tranquilo e imperturbable. No pretendía deshacer la reunión; no deseó suprimirla, ni asustar a las sombras. Se levantó algunos metros sobre el techo de la negra mansión y concentró sus pensamientos. Se observa un torbellino de fluidos circulando al rededor de su cabeza venerable, algunos de ellos uniéndose y otros dispersándose, hasta que quedó preparada la química fluido-magnética deseada. Toma aquella sustancia uniforme que obedecía a su voluntad, y despeja los alrededores del palacio, cubriendo toda el área. Sobra una gota que se deslizaba en el espacio; Juan extiende la mano y asegura la gota luminosa entre los delicados dedos. Mira en el interior de la cabeza del responsable de aquél ambiente de venganza y deja que ella alcance su voluminoso cerebro, que, como por encanto, escondía sus malignas tendencias en la propia mente.

Juan se retira, dejándolos riendo a carcajadas, y parte nuevamente hacia la residencia del Sumo Pontífice. Se aproxima al lecho papal y observa que las sombras, que antes estaban vivas en la cabeza del Sacerdote, perdían la expresión y que, con unos toques de limpieza psíquica, desaparecerían por completo. Aprovecha la oportunidad e inspira a los guardias encarnados a salir del ambiente, a lo que luego obedecieron. En pocos segundos, se observaba al espíritu de Urbano II volver a su cuarto, donde su cuerpo respiraba profundamente.

Él vivía sus ideas, como si estuviese en el paraíso, pero no veía a los Ángeles. ¿Dónde estaría Cristo? ¿Y María, madre de Jesús, y los profetas? ¿Dónde estaría el trono de Dios?...

Cansado, se sentó en una banqueta contigua a la cama donde el fardo físico descansaba. En unos instantes, observa una estrella en formación en la penumbra del cuarto. Se asusta y cae de rodillas, rezando sin cesar, esforzándose por

volver al cuerpo, sin conseguirlo. La estrella, en estado creciente se engrandece, tomando forma de hombre inundando todo de luz. El papa, tomando a Juan por Cristo, besa la alfombra llorando y pide su protección; siente que está en gracia de Dios por la presencia de Cristo en el Hogar de Pedro. Quiere besar, por lo menos, los adornos de las vestimentas celestiales, aunque, el Apóstol del Amor no lo consiente, diciendo serenamente:

- ¡Levántate! Yo también soy de la Tierra y vine a tu encuentro para que puedas extender un poco de paz en la gran área de la guerra que ya lanzaste. No soy Jesús, pero sí Su enviado.

Juan Evangelista, levitaba aún en el aire y el Pontífice guerrero se recostó en la banqueta de cedro del Líbano, para oír el mensaje del Mundo Mayor, a través de la personificación del Amor en la Tierra.

Urbano, en espíritu, llorando sin parar, mientras el cuerpo se estremecía entre las lujosas mantas de pelo de camello, mantenía con Juan el siguiente diálogo:

- Maestro, ¿viniste a confirmar que soy tu discípulo, por lo que he hecho en defensa del patrimonio de tu Iglesia?

- Vinimos a verificar si aún te queda en el corazón algún amor por la humanidad.

- ¿Será que apareciste en esta memorable noche, para entregar a tu único representante en la Tierra, los poderes indispensables para la conquista de Jerusalén, donde todo nos pertenece, por herencia de tus valores?

- Vinimos para que los encargados de la Buena Nueva del Reino se compadezcan de los sufrientes, vistan a los desnudos y den pan a los hambrientos. Si practicas los preceptos del Evangelio, tendrás mucho más que Jerusalén, porque las virtudes concentradas en el corazón valen más que el mundo entero.

Urbano II no sabía como portarse ante el emisario de Jesús, estando su mente completamente desequilibrada y la razón como si nunca hubiera funcionado. Sus actos eran maquinales, siguiendo ennegrecidos estatutos, viejas leyes e ideas de los altos representantes de la Iglesia, que la razón rechazaría. Con algún esfuerzo, se levantó ante Juan Evangelista, limpio la vieja garganta, acostumbrada a reproducir las amenazas de las sombras, prosiguiendo:

- Dignísimo Señor, perdonadme si lo ofendo con lo que le propongo, pero bien sabes que Satanás está suelto en el mundo, con todo su rebaño de tinieblas, así como tampoco ignoras los destrozos hechos por ellos, incluso en el seno de la Iglesia de Dios, que nos fue entregada para el debido celo. Y, si él abrió lucha con nosotros, tenemos que defender, no a nosotros, sino a la Casa del Señor que, nos parece que está siendo invadida por malhechores. Si no estamos equivocados, el diablo, bajo la dirección de Mahoma, actúa a través de los turcos, por la fuerza de su religión. La sutileza de ellos es tan grande, que intentan derrumbar a nuestra Santa Madre Iglesia, a través del sepulcro del Señor, en Jerusalén. Es necesario entonces, aunque contra nuestra voluntad, que desenvainemos nuestra santa espada, y liquidemos al enemigo, porque la violencia sólo se combate con la violencia. ¿Qué piensas de lo que te estoy diciendo?

Medio aturdido, vuelve a sentarse perezosamente en la suntuosa banqueta. El vidente de Patmos, ante el Sumo Pontífice, con la serenidad que le caracterizaba, habla tranquilamente, mezclando energía en su verbo encantador:

- ¡Urbano, hijo mío! No pretendemos hacer de la Casa de Oración que Jesús inspira, un cuartel. No pretendemos transformar a los fieles, que alimentan las vidas con esperanza y fe, en milicianos que utilizan la espada para matar. No pretendemos utilizar nuestro verbo sagrado

preparado para la divulgación del Evangelio, para mandar ejércitos. La propia Iglesia que diriges está llena de bienes ajenos, de los cuales la victoria concede al vencedor el derecho del saqueo y de la rapiña. Y para ese tipo de faltas no diremos nada; dejemos que lo haga nuestro hermano mayor, Pablo de Tarso, en Hechos de los Apóstoles, capítulo veinte, versículo treinta y tres: "De nadie he deseado plata, ni oro, ni vestidos".

¡Si codiciar ya constituye desvió de la ley, cuanto más asaltar y saquear!... Si Satanás está suelto en el mundo y avanza en dirección a la Iglesia y a los fieles, ¿cuál es el deber de tu autoridad? ¿Será copiar lo que ellos hacen, en plena inconsciencia de la vida? ¡No! Solamente vencerás a los enemigos con estrategia más elevada, y para esas luchas, Cristo, el Comandante Mayor, dio numerosos ejemplos, cuando Su doctrina fue atacada y cuando Él mismo fue perseguido. Si tu memoria no te falla, recordemos lo que Él mismo dijo a Pedro, frente al siervo del Sumo Sacerdote, Mateos, en el capítulo veintiséis, versículo cincuenta y dos: "Vuelve la espada a su sitio, que todos los que manejan espada a espada morirán". Y también, recoge la oreja cortada, y la coloca en su lugar. ¿Ese gesto no es la completa desaprobación de la violencia en las huestes del cristianismo?

Si Cristo fuese violento, el mundo no necesitaría de Él, pues la violencia ya se encuentra con abundancia en toda la Tierra. Él es el Amor universal, pues esa virtud es como una gema preciosa en los riachuelos, si hablamos de la Tierra. Defiende tu Iglesia y tu reino con amor, hermano mío. Defiéndela de Satanás, como dices, con la caridad. Defiéndete de los enemigos, si los tuvieres, con el perdón. Cultiva todos los preceptos Divinos del Maestro, que la victoria vendrá por añadidura de misericordia, y, si Dios cree conveniente que

los violentos queden con los bienes terrenales, entrégalos con alegría y obediencia, que los valores mayores son aquellos que la herrumbre no destruye, ni la polilla corroe. El sentimiento elevado del corazón es patrimonio eterno, en la eternidad del alma. Además de todo eso, estás próximo a volver para esta patria, y es conveniente que te acuerdes del capítulo doce, versículo veinte, de Lucas, que así preceptúa: "Pero Dios le dijo: ¡Insensato! Esta misma noche morirás; ¿para quién será lo que has acaparado?" Y en el versículo veintiuno del mismo capítulo, concluye con sabiduría: "Así sucederá al que amontona riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios".

¿Para quién, hijo mío, amontonaste tanta riqueza? Luego vendrás para acá, y ni tu cuerpo de la lodo podrás traer. Lo entregarás a la tierra, porque él procede de la tierra. Él es un préstamo pasajero. ¿Sabes lo que te acompañara para acá? Solamente el bien o el mal que hubieras hecho, y recibirás las mismas proporciones que diste a los otros. El Sacerdote, con la boca semi-abierta, masticaba el alimento divino, sin sentir su elevado sabor. Juan Evangelista da tiempo para que la masa doctrinaria pueda fermentar. ¡Y el silencio reina en el ambiente!... En esto, el jefe del cristianismo se acuerda de algo del Evangelio, y comenta medio inseguro:

- ¡Amado Señor, hablaste de que no viniste a traer la paz, sino la espada! No sé cómo encontrar eso en el Evangelio, pero sé que existe.

Pareció muy seguro en ese cometido, para confirmar sus actos tenebrosos en la Tierra. Juan dirige a él la mirada serena, como si estuviese bendiciendo a un niño, y así expone sus ideas:

- Lo que acabas de decir, hijo mío, está en Mateo, capítulo diez, versículo treinta y cuatro, transcrito así en la

adaptación moderna: “No penséis que he venido a traer la paz al mundo; no he venido a traer paz, sino espada”.

Sé que no desconocéis a los padres de la Iglesia, que suspendieron las columnas teológicas del apostolado romano, como San Agustín, obispo de Hipona, nacido en el siglo IV de la era cristiana, teólogo, filósofo, moralista y dialéctico. Hombre que, en aquella época, ya sabía poner en conexión la inteligencia y la fe. Él repitió muchas veces cuál era la espada que Jesús vino a traer para luchar en el mundo, llegando al punto de ser colocado al margen de los valores reales de la Iglesia. ¿Y desconoces eso? Jesús vino a traer sí, la espada, pero la espada de la Verdad, que corta más que todas las otras; la espada del perdón, que vence más que todas las armas; vino a traer la espada del Amor, que domina mucho más que los ejércitos reunidos de todos los pueblos.

Urbano II baja la cabeza y no tiene valor de mirar a la cándida alma que dialoga con él y que suponía que era Cristo. Era consciente de lo que oía, pues tenía amplios conocimientos de los tratados teológicos. Vuelve a llorar, reconociendo su inutilidad. En verdad, con las Cruzadas avivó el fuego en los hogares cristianos, ¿pero cómo apagarlo? Y las llamas crecían como nunca… ¡Querría morir!...

- ¡Yo quiero morir! ¡Yo quiero morir! Siento que Dios me llama… y cae de bruces en la banqueta, en llanto continúo.

El Maestro de Éfeso habla dulcemente:

- Urbano, Dios te llama, en verdad, sin embargo, te llama para vivir, te llama para que hagas alguna cosa, que pueda aliviar los sufrimientos humanos, el hambre, la peste, la desnudez, los infortunios ocultos, que devastan gran parte de los barrios de Roma. ¡Eleva tu Iglesia por encima de las miserias humanas, consuela y bendice! Ayuda, sirve y derrama, Urbano, la fraternidad entre los corazones, pues

todos somos hijos de Dios y herederos de Cristo. Él, en verdad, dejó a la Iglesia la posesión de los bienes imperecederos del alma, para que ella los pudiese repartir, sin estipular precio. Repartir sin recibir nada a cambio, sin permutas vergonzosas. Nos parece que aquellos que crees que son enemigos de la Iglesia y de Satanás tienen más respeto por las cosas santas, porque desconocen lo tu conoces. La iniquidad arrasa a la humanidad, azota a los pueblos en todas las direcciones, pero lo peor es que esa iniquidad se enraíza en Roma, y, si no es mucho decir, en la casa que dices pertenecer al Apóstol Pedro, a quien encontré hace poco tiempo hablando a los musulmanes, en el plano espiritual, cuando estaban durmiendo. ¡Levanta, hermano mío, y vive! Vive para Dios, para la humanidad y para tu Iglesia, en el bien absoluto, donde no existen fronteras. ¡Levanta, recoge tu carga y camina! Comienza a amar a Dios sobre todas las cosas, y por lo menos a los que se aproximan a ti, como a ti mismo. ¡Esta es la ley y los profetas!

El Sumo Pontífice despierta del largo sueño asustado. Sus ojos denuncian haber estado llorando continuamente, cosa difícil de notarse en su postura de hombre guerrero y espíritu decidido. El sol bañaba Roma hacía varias horas. Los cardenales ya habían sido relevados muchas veces, y Su Santidad dormía. La aprensión era general, pero al final despertó. Sudaba bajo las calientes mantas, alguien bondadoso, lo ayudo a levantarse con rapidez. No dijo de pronto, al levantarse, que en su mente aún vibraba el diálogo que tuvo en sueño. Hizo algunas señales con sus largos dedos, y su inmediato, el cardenal Pallini, se sienta a su lado. El Sumo Pontífice le narra todo su sueño. Da algunos suspiros, y cariñoso se manifiesta diciendo:

- Hijo mío, estuve con Cristo esta noche, y para mí será inolvidable. No sé si me acuerdo totalmente de lo que Él dijo,

no obstante, siento por dentro Su voluntad… Y describió más o menos el personaje de su sueño. El viejo sacerdote no contuvo las lágrimas, ni las palabras que escapaban de sus labios. ¡Qué bello es nuestro Maestro!...

Pasadas unas semanas, tres consejeros de los más virtuosos e inteligentes, que la posición de la Iglesia eligió, en el auge de la Edad Media, se reunieron con el Papa, para analizar el sueño y de él obtener el provecho indispensable, siempre que no fuese en detrimento de las conveniencias urgentes de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Urbano II ya no era el mismo. Aquella energía característica de sacerdote y soldado desapareció después del encuentro con el mensajero del Maestro de los maestros. Quería modificar algunos aspectos de la conducta de la Iglesia y mostraba gran interés para realizar un nuevo Concilio, para poder narrar esas verdades en el seno del gobierno católico. Estaba hambriento de lecturas que le asegurasen los dones de los sueños, de comunicación con las almas que ya hubieran partido para el mundo espiritual. No tenia experiencia de esta verdad, con todo, sentía por dentro que ella era una realidad. Sería su mayor placer conversar con antiguos sacerdotes iniciados en esos hechos.

Los consejeros desconfiaban de la salud mental del Sumo Pontífice. Varios fueron los diagnósticos de especialistas franceses e italianos, de mayor confianza. Y comenzó el acoso psicológico de los sacerdotes más competentes de Roma y de Francia. Como se sabe, los mayores enemigos son los que surgen dentro de casa, y estos abundaban para Urbano II. En su lecho de muerte, los más diligentes anunciaron que las últimas palabras del papa fueron: “Obtendremos la victoria”. En verdad, lo que el dijo, era la victoria con Cristo, suprimiendo las espadas, fijando sus puntas en el suelo, para que pudiesen simbolizar la cruz

en la lucha por la victoria del Amor. Y Pascual II toma las riendas del poder papal.

El discípulo amado de Jesús sintió el efecto de su conversación con el primer magistrado de la Iglesia. Sabía que continuarían los desatinos del clero romano y que las Cruzadas ya habían partido en dirección a Oriente, alcanzando las raíces del árbol del escándalo; su nefasta acción sería amenazada con aquél simple mensaje dirigido al hombre responsable del destino de la comunidad cristiana, pues habló a su tiempo, y con la persona exacta. Aunque otro Sumo Pontífice asumiese, como ocurrió, la dirección de la Iglesia, el trabajo de suspender las peores medidas ya estaba hecho. Fueron aplacadas, por misericordia, las investidas de orden impúdico. Los planes anteriores eran mucho peores que los que fueron ejecutados.

❁❁❁

Juan Evangelista desciende en Asís. Camina por sus desastrosas calles, analiza las almas de los dos planos, que transitan sin percibirse unas a las otras. Allí debería nacer, bastándole escoger el lugar y la familia; pero para eso tenía tiempo, y las cualidades que poseía eran suficientes para localizar el ambiente doméstico, para su breve reencarnación. Además de eso, podría llamar en su auxilio al director espiritual de Asís, con todos sus asistentes, y hasta incluso al dirigente espiritual de Roma, pues estaba muy por encima de esas entidades que dirigían ciudades e incluso países. Mientras tanto, se mantenía anónimo, para no perder lo que más le gustaba: la sencillez junto a los seres y a las cosas. Muchas fueron las ocasiones en que apagó su verdadera luz, para no servir de motivo de muchas atenciones. Muchas veces se escondía, en una dimensión

diferente, para no ser visto por entidades que con certeza le hablarían con reverencias, queriendo ser serviciales. Quería que la humanidad le prestase su capa, hasta el punto en que no se tornase un inconveniente. Le gustaba, y su placer era inmenso, aprovechar esas cosas hasta el punto que no se volviesen cómplices con viejos hábitos y vicios, a fin de no ser incentivados, y para eso, tenia el máximo cuidado.

El viejo discípulo de Cristo estaba en la Tierra para vestir nuevamente el envoltorio de carne y servir a la humanidad. Asís le prestaría un panorama agradable. Era una provincia de Perúsia, en la región de Úmbria, en donde el comercio era muy abundante, atrayendo la atención de los grandes comerciantes del país. No era de extrañar que los turistas encontrasen allí objetos procedentes de Grecia, de Persia, de Fenicia, de Egipto, así como amuletos de todas las procedencias, decoraciones de Siria, tejidos de Asia Menor y bebidas de varios orígenes. Era allí, donde se encontraba un rico comerciante con su joven familia, en una lujosa mansión, la cuna donde debería nacer una estrella, trasladada de la gran constelación cristiana en el país de la luz, que recibiría el nombre de Francisco.

Pedro Bernardone, alto comerciante de Asís, no sabia que un astro, por misericordia de Dios, vendría a habitar en su hogar, tal vez trayéndole aparentes contrariedades, pues su misión difería completamente de la de un comerciante, cuyo raciocinio era solamente el negocio de las cosas materiales, para que estas se multiplicasen. Su futuro hijo traería otra misión frente al mundo perturbado y materialista, condenado y peligroso. Pedro no podía suponer, que de su amor y el de su linda esposa surgiría otra vida, un ser humano muy semejante a un personaje de la historia universal que él tanto censuró, cuando leyó su vida. Ese personaje, luz que iluminó Asia, era el príncipe Sidharta,

conocido en el mundo entero como Buda. El rico comerciante, al principio, no sintió afinidad por el Gautama, por haber abandonado él todo lo que poseía, en busca de la Verdad. Él creía que esa verdad, fuese cual fuese, se podría encontrar con más facilidad, utilizando la riqueza. Además, quien poseyese bastantes bienes materiales, como el hombre del recto pensamiento, no necesitaría preocuparse demasiado, con ningún principio doctrinario, que le pudiese traer complicaciones y contradicciones inexplicables. No obstante, una cosa equilibraba el ser en la vida de Buda: era la sinceridad, la disposición inquebrantable, la confianza difícil de igualar. Decía siempre: ese hombre debería ser un guerrero, para dominar países, tomar ciudades e izar su bandera por donde pasase, lo que sería, para su pueblo, una verdadera gloria. Y no debería renunciar a lo que poseía, a las riquezas de un reino entero, huyendo de la tradición ya difícil de ser mantenida por un linaje de reyes y príncipes. ¡Eso es una alteración de la dignidad de la familia imperial de un país!

Cuando Doña Pica, su esposa, hojeaba el Evangelio, se encontraba con el Apocalipsis y comenzaba a leer algunos versículos, él mandaba que ella parase, que no perdiera el tiempo con cosas inexplicables, de mal augurio, con visiones de difícil comprobación. Y la alertaba siempre:

- Hija mía, el presente debe ser nuestro ideal, manteniendo nuestra convivencia con la alta sociedad más distinguida del mundo. El tiempo es corto para mantener nuestros negocios, y no vamos a preocuparnos con adivinaciones y profecías. Dejemos eso para los sacerdotes, que les gustan las ilusiones y es bueno que se dediquen a eso, dejándonos más libres en la naturaleza que nos proponemos vivir; cada cual en su lugar de acción. La vida es mucho más

alegre con vinos caros, con ropas de alta calidad, y con mansiones que no tengan igual. ¿No crees?

La joven señora guardaba, con tristeza, el libro que recibió de su padrino, un viejo sacerdote de Perúsia. Y Pedro, excitado y alegre, ponía toda la atención en su comercio, sin dejar de vigilar todas las transacciones que sus empleados de confianza mantenían con firmas extranjeras. Su nombre ya había saltado las fronteras, y su fama había ganado la confianza de los más lujosos palacios, que venían en busca de cosas siempre nuevas. Y el dinero entraba en su bolsa, ya abundante, como el agua de los ríos en busca del mar.

El tiempo pasa, y alguien se prepara para ingresar en la familia de Pedro Bernardone, en nombre de Jesucristo…

Casi toda Eurásia se encontraba perturbada, al principio del siglo XII. Las Cruzadas no daban treguas, de los reyes a los príncipes, de los monarcas a los emperadores, de las criaturas a la mujeres, de los hombres del campo a los de las ciudades, de los fieles a los sacerdotes, y al mismo Papa. Para purificar la gran catástrofe, eran esperados, en la primera convocatoria de los cruzados, un millón de fieles, de todas las clases y de todos los orígenes; no obstante, se alcanzó el absurdo de dos millones de guerreros provenientes de muchos países. Los nobles desenvainaron las espadas, y se alistaron para los frentes de combate. Y, de esos millones de almas, quedaron, al final, un resto de treinta mil cruzados, nadando en ríos de sangre. ¡Con los pies en el suelo, el rojo liquido cubría hasta los tobillos, en una ficticia victoria – eran tinieblas contra las tinieblas, bajo la vigilancia de la Luz!... La Tierra era un verdadero escenario de muerte, de la llamada Guerra Santa, de religión contra religión, de principios contra principios. Parecía que las cosas santas habían sido dadas a los perros, como nos advierte el Evangelio.

Ríos de sangre desfiguraron los sentimientos humanos, petrificaron las almas y los sentimientos de los buenos, y los malos se envenenaron en las huestes de la venganza. Nadie tenía libertad; todos eran esclavos del odio que se manifestaba en nombre de la defensa de los lugares santos de Jerusalén, sin saber que todo lo creado por Dios tiene el ambiente de pureza y el clima de santidad. Todavía, mientras la ignorancia domina, se invierten temporalmente las situaciones y el régimen de los hechos y de las cosas, hasta el límite de peso del envoltorio programado por el carma colectivo y por los procesos evolutivos de cada criatura.

La palabra, basta, es siempre dicha por la Inteligencia Suprema, en las formas que crea más conveniente, y, para eso, de vez en cuando descienden grandes almas al mundo, con serios compromisos de aliviar los sufrimientos de la colectividad. ¡Y es que llegó ese momento en aquella fase de la historia de los hombres! En la alta escala espiritual, en Roma, se realiza una reunión, presidida por un ser de singular belleza, y de equilibrio deslumbrante. Si así lo podemos decir, un Ángel, al que llamaremos Celline.

Para el cónclave espiritual, fueron convocados espíritus de gran responsabilidad, de Francia, de Inglaterra, Alemania, España, Portugal y algunas personalidades de Oriente, así como todos los directores espirituales de las ciudades de esos países. Allí estaban concentrados los valores de cada región, para conocer por medio de fuentes fidedignas, lo que estaría ocurriendo en la atmósfera de la Tierra, prontos a realizarse en favor de todos los hombres. El Evangelio de Jesús seria abierto, leído y vivido por almas engrandecidas en el Amor.

También estaba presente, por fuertes ligaciones con el reino romano, Grecia, en la figura de Apolonio de Tiana,

espíritu de un esplendor indescriptible, de inteligencia amplia y sublimada lucidez.

Se oía una suave música en el amplio salón espiritual. Las emociones se intercalaban como si fuesen una sola vibración, en una sola dimensión de vida. En comparación con la Tierra, parecía que aquellos seres ignoraban lo que pasaba en el mundo. Sin embargo, ellos eran más conscientes que los propios hombres de la Tierra. Allí se reunían para tomar decisiones correspondientes al amparo de los doscientos uno, de las dos centenas de astros que girarían alrededor de una estrella, en favor de los hombres, por la Paz y por el Amor.

Después de una sentida oración, Celline tomó la palabra:

- ¡Que Dios y Jesús nos bendigan en nuestras luchas! Compañeros, hoy mi emoción es mayor, y creo que la de todos nosotros, por estar presente en este cónclave, nuestro muy querido Apolonio de la Tiana, figura respetable en todos los bastidores espirituales de la Tierra. Espíritu de ayuda espontánea, de dignidad incomparable, que siempre huye de los puestos de poder, pero que coopera como si estuviese en él. Y, si alguien de entre vosotros no lo conoce, que se levante, porque el placer va a ser grande en presentarlo, con todo respeto y gratitud.

Centenares de espíritus se levantaron ansiosos por conocer al célebre Apolonio de Tiana, que allí estaba representando a Grecia, por amor a los que sufren, como griego, pero por encima de todo, como ciudadano del universo. No quería que lo reverenciasen, pero creyó que sería digno levantarse para ser conocido por todos, quedando así en una más sencilla posición en el seno de los trabajadores del bien.

La explosión de aplausos no se hizo esperar. Manos espirituales estallaban pareciendo fuegos fatuos o relámpagos de colores, momento en que todas las miradas lo buscaban admirados y agradecidos por la misericordia de Dios. Apolonio, movido por la correspondencia del amor, en el afecto de los compañeros, sintió amor por todos, y en este sentimiento, su luz invadió el recinto, como si de una estrella de primera magnitud fuese traída para dentro del templo. Cuando vio que cegaba a todos, se apago, pidiendo disculpas amables. Los corazones latían movidos por emociones divinas, pues aquél material luminoso, que desprendía Apolunio, seria incorporado a los asistentes como vigilancia, como suplemento, como energía que debería permanecer por mucho tiempo, en la mente y en el corazón de cada uno de los que allí se encontraban, en nombre de Dios y en nombre del amor a las criaturas.

Celline continúo:

- Hijos míos, es con gran placer que anuncio la bajada a la Tierra de doscientos uno espíritus, en misión especial, siendo el coordinador de esta expedición el venerable Juan Evangelista. Y para nuestra mayor alegría, él va a renacer aquí en Italia, en la región central de este país, en Asís.

Se hizo silencio. El director espiritual de Asís quiso levantarse y gritar de alegría; no obstante, alguien impidió la manifestación de sus emociones, calmándolo. Celline anunció los puntos estratégicos de todos los misioneros, las tareas que tendrían que desempeñar en el escenario del mundo, las finalidades y los frutos que aquellas vidas producirían.

- Ellos ya están en sus puestos y tendrán que demorarse un poco, pues procuran familiarizarse con el ambiente donde fueron llamados. Juan va a abrir sus ojos físicos en el engranaje de la carne, también en este siglo, probablemente en el año 1182. Una cosa les quiero pedir: que amparen

cuanto puedan a esas almas conscientes de sus deberes. En muchos casos, nosotros no soportaríamos los duros testimonios a los que se enfrentarán para expandir la Luz de Nuestro Señor Jesucristo.

El director de Asís, inquieto por saber que allí en su reino de trabajo, ya estaba, anónimamente, uno de los mayores profetas, quería encontrarlo, cuando allá llegase. Los otros asistentes tenían la misma idea: volver a sus puestos de trabajo y auxiliar a los que formaban las caravanas de los Cielos, en función divina en la Tierra.

- Nuestra alegría, ya tan grande, – comentó Celline – se completa con el surgimiento de nuestro querido Apolonio, que distribuyó dádiva valiosa para cada uno en la luminosidad de su amor, que vale más que todos los bienes de la Tierra. Él les dio más energía en cuota especial, para que puedan trabajar más en la labor del Bien. Si no anunciásemos su presencia, él permanecería en el anonimato, por no estar acostumbrado a tocar el generador de la vanidad. Es bueno que quede registrada en sus conciencias la clase de alma que está con nosotros en esta reunión memorable.

Ya tuve un largo diálogo con Juan sobre su misión en la Tierra, frente al espectáculo escandaloso que se opera por intermedio de las Cruzadas y que va a tener proseguimiento en otra dimensión, sin embargo, siempre con los mismos protagonistas. Es larga la historia de esa falange de espíritus enclavados en las sombras por mil años y de allá trasladados por más de un milenio. Según el Apocalipsis de Juan, que prevé la limpieza final, casi todos irán para mundos correspondientes a sus naturalezas. ¡Colaboremos con Juan y ayudemos a aquellos hermanos en tinieblas! Esa es la finalidad de esta reunión. Que Jesucristo nos bendiga, despertando en nosotros un interés mayor por la paz, sin

desanimarnos con los probables acontecimientos de todo orden que habrán de surgir. Es de asombrarse que existan guerras entre hermanos y entre religiones; sin embargo, despierta mayor asombro la falta de amor y el abandono eterno de esas entidades en aquél destierro, por no ser esta la ley de Dios. Y para que ellos aprendan a ser libres, es justo que conquisten su propia libertad…

El emisario Túlio Celline, finalizando la conversación, agradeció a Dios en su sentida oración, agradeciendo igualmente a Jesús, por la presencia muy amable de Apolonio, cerrando la reunión.

Caracterizando el final de aquél encuentro, largos diálogos, enriquecidos por el asunto palpitante, fueron intercambiados entre los hermanos que se congregaban en aquella asamblea de almas unidas por el deber de amor a la humanidad. Desde aquella hora en adelante, Juan Evangelista, así como sus discípulos tendrían toda la protección en la lucha del bien, que era el ideal de todos. Y la caravana partió para Asís, junto con su director espiritual, para las reverencias debidas al gran Apóstol, que se revestiría nuevamente en la carne, y en ella haría prodigios.

LA FAMILIA BERNARDONE

Asís comenzó a ser visitada por muchas caravanas espirituales de Europa, Asia y África, así como de otros lugares, que tuvieron conocimiento de la presencia del discípulo del Amor, en la atmósfera de la Tierra. Para cada uno, él tenía estímulos diferentes, de acuerdo con sus tareas, en los lugares a que fueron llamados. Asís quedó siendo la Meca espiritual de Italia, y tal vez del mundo, por ser la gran esperanza para los soldados del Bien, en abundancia por toda la Tierra.

Pedro Bernardone entra y sale varias veces de su gran mansión, donde el mármol colorido era la tónica del lujo reinante que le garantizaba la posición social, no solamente en Asís, sino también en Roma. Una lujosa piscina recordaba las de los antiguos reyes de Babilonia o de las dinastías faraónicas de Egipto.

De vez en cuando, antes de entrar en su imponente palacio, se detenía mirando todos sus alrededores, acariciando la vanidad, y dando alas a la esperanzas de ser un príncipe de los bienes, aunque fuesen transitorios.

Cantaba canciones que aprendió en los cortos períodos que pasó en Francia, y placidamente arrojaba su pesado cuerpo en mullidas almohadas, era la hora en que sus pensamientos divagaban, vigilando todos sus bienes. Sentía que su cuerpo y sus pertenencias eran una sola cosa. Bernardone figuraría en la historia, pues quería competir con los ricos patricios de Roma y de Venecia, de Bolonia y de Milán, de Nápoles y de Génova. Y si los buenos vientos lo favoreciesen, iría más allá de las fronteras. Su ideal era faraónico, por excelencia. Su ganancia no tenía límites, quería que la sociedad romana lo conociese más tarde; esas eran sus ideas, alimentadas a solas. Como gran magnate, pensaba incluso en perfeccionarse más en varias lenguas que ya hablaba; no obstante, le faltaba un material precioso para ese objetivo, que era tiempo. Su trabajadora mente se dividía como el sol, para calentar todos sus bienes. Daba órdenes en todas las direcciones y participaba de todo lo referente a su próspero comercio. Francia era el centro comercial de Europa más visitado por el rico comerciante de Asís; lo mismo llevaba finos tejidos, como traía diversos objetos, ganando el transporte y duplicando las ganancias. Las bebidas y ropas finas eran su debilidad.

La prosperidad de sus transacciones le daba una alegría permanente y una energía inagotable. Su mente era un fuego encendido, sin faltarle el combustible. Ya dominaba, con cierta seguridad las finanzas de Asís. Era conocido en gran parte de Oriente, y besaba frecuentemente las manos de los más respetados cardenales y obispos, que lo bendecían por la fuerza de su posición. Esa era la vida del futuro padre de Francisco de Asís.

El espíritu Juan Evangelista escogió aquél hogar para renacer, no por el lujo, sino por existir allí un conjunto de almas que le habían sido queridas en épocas pasadas de la historia. Su presencia en el seno de la familia demostraría su gratitud para con aquellos compañeros de siglos pasados. En algún lugar debería ocurrir el evento y el lugar sería aquél, en nombre del Maestro de los maestros.

Juan ya frecuentaba el hogar de los Benardone, familiarizándose con todas las personas, desde los más simples empleados de la limpieza hasta los más reconocidos, en la gran confianza del comerciante. Parecía que la casa se volvió más saludable, con una atmósfera más agradable y más hospitalaria, multiplicándose las visitas de los amigos, compadres e incluso de turistas negociantes.

Juan acostumbraba reunirse con las caravanas espirituales que iban a visitarlo, en el ambiente de la propia casa del rico comerciante. Cuando partían, se disculpaba por el ambiente exagerado, explicando que aquél amontonamiento de cosas formaba parte de su renuncia en el futuro y que, en fin, todo es útil a los propósitos del bien común.

La señora Benardone, joven, linda e inteligente, ya sentía la aproximación del futuro hijo; su inspiración la llevaba al éxtasis, viendo y oyendo cosas del lado espiritual, que le causaban grandes alegrías. Cierto día, doña María

Picallini, llamada Pica en el ambiente doméstico, recostada en un triclinio, a la luz de la chimenea encendida, leyendo el Evangelio – tesoro que guardaba con cariño, de su viejo padrino de casamiento – lo explicaba a las dos criadas que le hacían compañía. En un cierto momento, paró, suspiró profundamente y comentó con Jarla, que se sentaba al lado de ella, para adivinarle todos sus deseos y agradarla:

- Mira, Jarla, voy a tener un hijo. Ya soñé con él… ¡Es un Ángel! Quiera Dios que ese sueño sea realidad.

La vieja griega sonrió y bendijo la voluntad de su hija de leche.

- ¡Que bueno, replicó la vieja, vamos a tener un santo en casa! Y terminando la conversación: Yo también lo creo, señora, porque desde hace algún tiempo para acá, hasta el señor Pedro está más amable, no sólo para mi hija, sino para con todos nosotros. ¡Este fin de año, todos tendremos regalos!

En este ínterin, vino corriendo una sirvienta amable, medio alborotada, diciendo: - ¡Madrina Jarla! Doña Quina está gritando; vamos allá, ella está llamando a la señora! La vieja se levantó amable y fue acompañada por la señora Benardone, cosa muy rara entre sirvientes y señores. Llegando allí, encontraron a la vieja Quina asustada, diciendo que vio a un Ángel entrar en su cuarto, diciendo unas cosas que ella no entendía directamente. Era muy bueno, pero tenía miedo y quería que Jarla se quedase con ella… Por la noticia de la antigua esclava, paralítica hacía algunos años, la señora relacionó los hechos con su sueño, intercambió miradas alegres con su ama de leche, y sonrieron bajitos. Entonces, Jarla dijo: - Dios mío, señora, ¿será nuestro Ángel visto por más personas, para confirmar de tu sueño?

- ¡Alabado sea Dios! ¡Que así sea! La señora Bernardote, utilizando el Evangelio entre sus delicadas manos, abre al

acaso y lee con mucho interés la cura del paralítico en Cafarnaum, registrado así por Mateo, en el capítulo nueve, versículos del uno al ocho: “Jesús subió a una barca, pasó a la otra orilla y fue a su ciudad. De pronto le llevaron un paralítico tendido en una camilla. Jesús al ver su fe dijo al paralítico: “Ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Algunos maestros de la ley se dijeron: “Este blasfema”. Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: “¿Por qué pensáis tan mal? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que veáis que el hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, digo al paralítico: “Tú levántate, carga con tu camilla y vete a tu casa. Las gentes, al ver esto, quedaron sobrecogidas y glorificaron a Dios que dio tal poder a los hombres.”

La enferma, asustada por la presencia de la señora en sus aposentos, y con lo que esta leyera, y que nunca había oído decir, sintió un confort indescriptible. En aquél instante, Juan Evangelista se aproximó a la que eligió como madre, tomándole las manos, se inmiscuyó en su mente y a través de su gran sensibilidad, transporta un torbellino de fluidos hacia su corazón, haciendo que amase a aquella vieja como si fuera su propio hijo. Y mentalmente le habla con todo cariño, propio de su intimidad: Madre, toca a esa hija del corazón, si ya me amas por el sueño y por la esperanza. Si te agrada mi presencia en tu casa, concede tu amor también a quien tanto te sirvió, empeñando su propia vida en favor de esta casa. Tu amor podrá curarla y asegurarle la esperanza en la vida, en Dios y en Jesucristo.

Las lágrimas corrían por el rostro de la rica mujer de Asís, y ella avanzó instintivamente, tomando a la criada en su regazo, transmitiéndole el más puro amor, besándole la cara arrugada y flácida, de tantos años a la intemperie de la vida. La emoción de la vieja transcendió al raciocinio y el poder de

la palabra. Nunca en su vida recibió tanto cariño, abriéndole generosamente el corazón, como si fuese una madre contemplando a su propio hijo recién nacido. ¡El amor se expande, en permutas incomparables!... Y la señora Bernardone, influenciada por la luz espiritual que la estimulaba en aquél acto, habla con energía y firmeza, mezclando la voz con dulzura y fe:

- ¡Levanta, hija mía, en nombre de Cristo, y anda en nombre de Dios!

Juan Evangelista, en el plano espiritual, esparce a su alrededor gran cantidad de fluidos, que se dividían en una policromía encantadora, y extiende las manos luminosas en dirección al sistema nervioso de la esclava, y lanza rayos de color oro y de un azul sin precedentes en el corazón de la antigua sirvienta. Una claridad de difícil entendimiento, envolviendo los músculos de la hermana enferma y sumado a la fuerza del *levántate y anda* dicho por Pica, hace surgir el fenómeno. El cuarto sencillo de la vieja negra, se volvió un cielo. Varios espíritus, con las manos cogidas, en profunda veneración, entonaban un himno deslumbrante. Juan se aproximó y, con una sonrisa en los labios, besó la frente de la anciana, diciendo: Gracias a Dios…

Admirados, todos vieron a doña Quina dejar el lecho, andar sola por el cuarto y avanzar hacia el patio gritando ininterrumpidamente: - ¡Gracias a Dios! ¡Loado sea Jesucristo! Las otras mujeres, que sirvieron de instrumentos, quedaron sin palabras al asistir a aquél espectáculo de fe, confirmando por los hechos, que en verdad, por misericordia de Dios, parecía haber un Ángel en aquella casa.

Asís estaba siendo escenario de cosas transcendentales de difícil explicación. La señora Bernardone, envuelta en un inocente misticismo, hacía brotar en su interior una riqueza inmensurable de fe. Se demoraba en meditaciones, y, a

intervalos, leía y releía el libro santo, creyendo que la fuerza, de la cual partiera la cura de Quina, estaba en el Evangelio, siendo operación de Cristo. No sabía cómo y por qué medio se procesaba aquél ambiente de paz. En cuanto al milagro, lo atribuía al Ángel que vio en sueños, confirmado por Jarla. Desgranada la espiga de los recuerdos con intenso placer, sin perder un grano de los hechos, ni la secuencia de aquella historia que ahora se iniciaba.

Cierto día, sintió un irresistible deseo de dar un paseo por los alrededores de la ciudad. Quería ver nacer el sol – espectáculo que le hacia mucho bien – tener contacto con las plantas, con los pájaros, percibir la música de la vida. Era dada a la poesía, le gustaba hacer ciertas anotaciones cuando era inspirada, y sentía en el corazón que aquél don aumentó desde cierta fecha para acá. Habló con Jarla, que luego tomó todas las providencias.

En la madrugada siguiente, cuando el silencio la invitaba a un coloquio perfecto con las cosas, la señora Benardone subió, ayudada por Jarla, en un coche de lujo, para dar su deseado paseo. El cochero hizo estallar el látigo en el aire. Dos fogosos caballos, contenidos por riendas de colores, avanzaron lentamente, pareciendo que andaban por el aire, por la imposición de las bridas bien puestas en sus bocas. Las ruedas se deslizaban en el camino, sin que la linda señora percibiese que viajaba. En breves instantes, el hábil cochero rodeaba un lago encantador, haciendo que los caballos caminasen despacio, para que la señora de Asís pudiese contemplar las aguas serenas, que reflejaban de forma espectacular la luz de las estrellas. Lentamente, el sol comenzaba a resplandecer con sus rayos, anunciando el nuevo día, y la distinguida señora no perdía un momento del espectáculo cosmográfico. Si no es mucho decir, absorbía de manera estática la esencia luminosa del Astro Rey, como si

fuese el mejor de los vinos. Su cabeza comenzó a girar levemente, envuelta en un placer indeleble, como si estuviese embriagada, sensación que ella nunca había experimentado. Algo murmuraba en su interiormente para mantenerse en silencio ante determinadas reacciones. Ni la filosofía, ni las palabras humanas, incluso un gran esfuerzo intelectual, podrían explicar lo que le pasaba a la señora. Solamente la fe del santo y la naturaleza del místico entienden lo que pasa en el corazón de quien comienza a vivir el Amor. Los vientos soplaban sobre los rayos solares, sin que estos cediesen en su calor, formando un conjunto de bendiciones graciosamente ofrecidas a los seres y a las cosas. Era la vida en abundancia, por las bendiciones de Dios, que permanecía en silencio, para dar tiempo a la señora de sentir a Cristo en Dios, y Jarla habló en voz baja: ¡Cuánto tiempo hace que vivimos aquí y no habíamos conocido aún esta felicidad! Pensaba, en ciertos momentos, que era necesario comprarla a peso de oro; hoy, sin embargo, cambié de idea. Tanto la señora como yo estamos envueltas por ella. El cielo es para todos, pero no todos se encuentran preparados para el cielo… ¿Cuántas personas hay en Asís, cuantas existen en toda Italia y en el mundo entero? ¡Con todo, solamente una pequeña minoría siente el corazón y la conciencia liberando la vida!

Pica Bernardone no se admiró del discurso filosófico de Jarla, porque ya conocía sus cualidades, por haber sido su primera maestra; los griegos eran casi todos ilustrados, incluso los propios criados. La filosofía era un don en todos ellos y Jarla estaba inspirada por el ambiente que rodeaba al carruaje. De vez en cuando, venia a la mente de las dos mujeres la curación de la vieja Quina, y un suave soplo, que podríamos llamar viento fluídico, ayudado por el sistema nervioso, corría por la epidermis de las dos almas allí en meditación. Aquél paseo matinal fue un restaurador de

energías para Pica, y de extraordinario confort para la vieja sirvienta. Para el servicial cochero, el ambiente era el mismo de siempre; mientras las dos señoras estaban en éxtasis, conviviendo con grandes ideas, él limpiaba los metales de los arreos con trozos de lana. Alisaba los caballos con las manos, pues aquél era su mundo. Cada uno permanece en conexión con la faja que le es peculiar, en la senda evolutiva.

Ya con el sol alto, el carruaje entró en el patio de la mansión. Los pasajeros descendieron como si volviesen de una excursión a Roma o a París. Pedro Bernardone, con aspecto pensativo, entraba y salía presuroso de la casa, casi sin saludar a los recién llegados, envuelto como estaba con grandes preocupaciones. Supo de lo ocurrido con la vieja Quina y su mente estaba perturbada, por saber que la santidad no se concilia con la riqueza, temiendo por la salud de la esposa. ¿Estaría ella envuelta en las ondas de Satanás? Iría a consultar al reverendo, lo más pronto posible, para que él pudiese diagnosticar todo el caso de su mujer. No podía ser mentira, pues vio con sus propios ojos, andando, a la sirvienta que hacía dos años que estaba paralítica en el lecho. "¿Cómo podría ser eso?" No estamos en la época de Cristo; no existen más apóstoles… ¡Los profetas desaparecieron!... ¡Eso debe ser obra del diablo! En todo caso, la palabra final seria la del Padre de Asís, de la Iglesia de San Damián.

Fue al encuentro de su joven mujer, que con el rostro sonrosado comentaba con Jarla, la belleza del sol y del momento en que las estrellas se escondían, de la música espontánea de los pájaros y de la tranquilidad de las aguas en la despedida de la madrugada. Pedro se espantó por ver a su mujer en completo equilibrio emocional, en conversaciones de las más nobles. Su mayor miedo era que la esposa se revistiese de santidad y su mansión se volviese punto de peregrinación de mendigos. ¿Y su comercio? ¿Y su riqueza?

Se volvería loco… Daría cuanto fuese necesario para las comunidades religiosas, para que los sacerdotes quitasen de la cabeza de su esposa aquellas cosas relacionadas con lo invisible. Pero sintió que era mejor callar, y guardar el secreto. Buscaría un cura apropiado para cuidar del asunto y por la obediencia que ella le debía como esposa, todo volvería a lo que era antes. Así lo pensó y así lo hizo. Montó a caballo y salió en busca del vicario que vino de Espoleto, famoso por sus bendiciones a las riquezas, al comercio, y fuerte para impedir la acción de Satanás.

El rico comerciante de Asís encontró al vicario ya de salida, pero este, conociendo la posición que Pedro disfrutaba en la rica región, lo recibió con amabilidad, haciéndolo desmontar y ponerse cómodo en la elegante sala, que mandó decorar solamente para recibir a personas de alta posición social. Después le preguntó:

- ¿Qué buenos vientos le traen por aquí, Sr. Pedro? Para nosotros, eso constituye una honra, y principalmente para mí, que poco conozco esa región. ¡Úmbria fue mi sueño desde niño y ahora mi voluntad se realizó, con certeza en nombre de Dios!

- Si, si…, respondió Bernardone. Vengo aquí, reverendísimo padre, para contarle hechos ocurridos con…

El vicario lo interrumpió, pareciendo inspirado:

- Ya sé; con tu esposa, dentro de tu casa. Y viniste para saber si procede de Dios.

El hombre, pálido, habló al vicario: - ¿Cómo sabe el señor eso?

El padre sonrió, y dijo con facilidad:

- Nada se esconde a la Iglesia de Dios, ¿y el señor no sabe que soy su representante? Movió la cabeza, afirmando lo que sabía hasta entonces. – Sé que tu mujer está contenta, pareciendo más joven, más amable, y que la sirvienta Jarla la

ayuda en sus meditaciones. Tengo otras cosas más que decirte y que ahora no son oportunas, por no haber llegado la hora. Entretanto, sepas que: es una trama del demonio, para hacer que pierdas la fortuna, que Dios te dio por merecimiento.

Perplejo, el comerciante besó las manos asquerosas, acostumbradas a reflejar la iniquidad y contó el caso a su manera, pidiendo consejos. Y todo fue combinado a peso de oro. Ocurrió que la vieja Quina, en la noche que sucedió su cura, fue a casa del vicario a pedirle sus bendiciones, agradecida por haber sido curada por Jesús, y le contó todo lo que pasó para que quedase libre de la prisión, como el paralítico del Evangelio. Y el viejo lobo vestido con piel de cordero, intentando sacar provecho del caso, dio un toque a su manera. Encontrando sintonía en el futuro padre de Francisco, pasó a ser consejero y confesor de la familia Bernardone, y, en esta condición, nada quedaba escondido en los dobleces de la conciencia que no fuese de su conocimiento. Así, pasaron las dos mujeres a ser íntimamente martirizadas por el influyente vicario, que se embolsaba el oro del comerciante, invadiendo la intimidad de su conciencia, mundo que pertenece a su dueño.

Fue prohibida la lectura del Evangelio, a no ser por él, y explicado a su manera. Las oraciones eran decoradas, y escogidas por el sacerdote, e incluso los paseos eran vigilados, para que Satanás no encontrase acceso en el corazón de la rica dama. El rigor era mayor para la sierva, por ser ella griega y versada en filosofía, lo que la religión católica no aprobaba. El reverendo pasó a hacer las refecciones en la mansión, para asegurar la paz del hogar; era un vigilante, en el decir de Pedro, cuya presencia impedía la acción del diablo. Así, pasaron meses.

Las mujeres fueron obedientes; aunque, en los momentos de libertad, en que no podían ser observadas, conversaban plenamente sobre sus ideas, y Jarla, con mucha experiencia, percibió las maniobras del padre, pues Quina le contó que había ido a la casa del vicario a pedirle las bendiciones y contarle lo que había sucedido, pues había sido alcanzada por un milagro. Las mujeres estaban convencidas de que Dios les daría una salida para sus propósitos, y esperaban confiadas. Pasaron a ser más amables con el padre, para ganar su confianza y tener más libertad. Procuraban hacerle regalos, pues estos eran su debilidad, llegando hasta el punto del confesor viajar con más frecuencia, sin exigir ni imponer condiciones a los que quedaban, como ocurría antes. Para él, Satanás había sido encarcelado por el poder de la cruz, que su mano de vez en cuando accionaba en los cuatro ángulos de la lujosa mansión, esparciendo igualmente agua bendita. El comerciante recuperó su alegría y su jovialidad. Cierto día, financió un viaje del vicario a Roma, para que participase, como representante de Asís, en un congreso en la Ciudad Eterna. Sin embargo, el destino no le ayudó. El carruaje que lo transportaba se deslizó por un despeñadero y, en una curva espectacular, fue a parar contra un árbol, aplastando el cráneo del sacerdote. Al cochero, sin embargo, no le ocurrió nada, ni a los dos criados que lo acompañaban en el viaje.

❁❁❁

Los espíritus que colaboraban en Asís se movían con entusiasmo, para que el Apóstol del Amor pudiese tomar nuevamente otro cuerpo, reformando en la Iglesia Católica Apostólica Romana los conceptos del Amor y de la pureza evangélica, sugiriéndole mayor sensibilidad cristiana y más

perdón y también, en consonancia con el Evangelio de Cristo, que no amontonase oro ni plata para sus alforjas. Su verdadera misión seria hacer circular todos los bienes de la vida, colocando a las almas en la plenitud de la Esperanza. Y comienza entonces, a caer en la cárcel de la carne, una gran estrella de los cielos de Jesús, para iluminar las conciencias en plena Edad Media…

SIMBIOSIS DIVINA

"El amor cubre todas las faltas" (Proverbios: 10, 12)
"El amor cubre la multitud de pecados" (I Pedro: 4,8)

Dios, la Suprema Inteligencia del Universo, periódicamente fracciona Su magnánimo Amor, enviando para la paz de Sus hijos, a cualificados mensajeros. En esta fecha, envió a aquél que formó parte del colegio apostólico de Jesús: Juan, aquél que en la isla de Patmos realizó el mapa de los últimos acontecimientos del planeta, en el más profundo simbolismo jamás visto en el mundo, como siendo los fines de los tiempos de la decadencia.

El espíritu Juan Evangelista, en la alta madrugada, entró en la habitación de descansó de los Bernardone. Su futura madre dormía tranquilamente, como un Ángel, viajando por los espacios infinitos. Él descendió suavemente en el clima sagrado del templo del sueño, contemplo a la rica señora y besó su frente con respeto y cariño. El cuerpo de la señora Bernardone se estremeció en una décima de segundo, la elegante mujer se apresuró en tomar el cuerpo, en el que luego fue impedida por las circunstancias.

Jarla, la compañera inseparable de la señora, quiso entrar en el recinto; aunque se desorientó, sin que encontrase la mansión, y quedo deambulando por Asís, sin entender el por qué de su perturbación. Maria Picallini, al divisar aquella espléndida figura espiritual dentro de su cuarto, no tuvo dudas de que se trataba de aquél con quien había soñado muchas veces. Le tomó las manos delicadas y

llenas de luz, besándolas con toda amabilidad. Quiso arrodillarse, sin embargo, Juan no lo consintió, haciendo que se levantase. Le tomó las manos entre las suyas, y se sentaron los dos en la forma oriental, sobre un tapete persa que adornaba el cuarto. Juan dijo con dulzura:

- ¡Hermana mía, que la paz de Jesucristo sea en tu corazón, y te haga de entre las mujeres una madre, y que seas la mía, por excelencia de la vida! Siempre te estaré agradecido, por ese gesto tuyo de amor; te agradecería, también, poder nacer por tu intermedio.

No soy un Ángel como piensas, ni un santo, como divagas en pensamiento, sino tu hermano en Jesús, queriendo acertar en aquello con lo que me comprometí con la espiritualidad mayor.

Las lágrimas brotaban en los grandes ojos de la mujer escogida y el ímpetu de hablar era tanto, que quiso, a gritos, agradecer a Dios; a eso, dos dedos sellaron sus rojos labios, diciendo:

- Espera un poco y escucha a quien necesita hablarte… Si aceptas mi llegada por los canales de tu vida, sellarás un compromiso con Alguien mayor que nosotros en la Tierra, y tal vez por eso sufras ofensas, desprecios y maledicencia, pues vendrás a ser instrumento de grandes acontecimientos; todavía, si supieras, encontrarás consuelo en la fuerza del perdón, en la tolerancia y en el amor. Cuando seas atormentada, busca a Cristo en el silencio de la oración. Estimula la fe, y nunca te olvides de que Dios no abandona a nadie, principalmente a quien sirve de medio para la iluminación de la humanidad. Procura recordar el Sermón de la Montaña de Jesucristo, recuerda las bienaventuranzas, y vive dentro de estos preceptos, que serás libre de todo mal, y consolada en todos los trances difíciles… Tu consentimiento

significa el sello de nuestra unión, en nombre de Dios y de nuestro Maestro.

Juan se calló, esperando que la señora Bernardone ordenase sus pensamientos, y decidiese, por ella misma, el compromiso presentado. Ella, llorando de alegría, miró a los ojos de su futuro hijo y dijo con dignidad:

- No soy dueña de mí misma, cuando se trata de la voluntad del Maestro. Es bueno que se cumpla la voluntad de los cielos y no la mía, y, si eso depende de mí, el sí, ya está dado por el corazón. La felicidad y la honra es toda nuestra. Sabré, emisario de los cielos, quedar inmune a todos los ataques de las órdenes inferiores, y creo que tu ayuda no me va a faltar. El corazón no me engañó, pues por inspiración ya sé de quién se trata. Que Dios me ayude a comprender mis deberes ante tan relevante tarea en el mundo ¡Sí, serás mi hijo!

El ambiente estaba perfumado, y a cada suave brote de diferente flor que surgía, un aroma embriagador inundaba el cuarto espiritual de la mansión… Pedro Bernardone llegó tarde a la noche, y antes de irse a dormir se dio, con un poco de gimnasia y con un baño frió, impresiones en los nervios, para que el sueño no tuviese interrupción. Se echó y, en pocos minutos, conciliaba el sueño. En ese estado, pasó al plano espiritual, donde los dos espíritus, que dialogaban, invisibles para él, estaban esperándolo. Juan Evangelista abrió mentalmente el velo espiritual que separa un plano del otro, y ellos surgieron sonriendo a los ojos de Pedro Bernardone.

Maria Picallini se aproximó al esposo y extendió la mano en dirección al Apóstol, presentándolo como el Ángel de la casa, para que él pudiese entender. Aún confuso, dejaba traslucir por su aura estriada de color ceniza y rojo tierra, los celos, haciendo despuntar el odio en su corazón. Con mucho

trabajo, y en contra de su gusto, extendió la mano, que Juan cogió con amabilidad, diciendo con alegría:

- ¡Mi señor, que Dios y Jesucristo hagan de tu corazón un tesoro del bien, y que la riqueza espiritual de tu hogar acompañe a la de la Tierra! Yo tengo mucho placer en verte junto a tu esposa, cuyas cualidades nos enriquecen los argumentos, hablando de nuestro Maestro. No nos lo lleves a mal por estar en este recinto sagrado a tus aspiraciones, pero queremos hablarle a tu corazón, en esta noche que marcará nuestro destino en la Tierra. Esperamos que seas bastante comprensivo ante lo que vamos a presentar.

Pedro permanece mudo, sin que pueda articular una sola palabra, pues no está entendiendo nada del asunto del que habla aquél señor más o menos vestido de luz. Su esposa, entendiendo la gravedad del momento, se aproximó más a Pedro, enlazó su brazo a su cintura un tanto voluminosa, hablando con gentileza:

- ¡Querido, este venerable señor es un dios de prosperidad, aguardando nuestra decisión, para que podamos enriquecernos para Dios, en la Luz de Nuestro Señor Jesucristo!

Bernardone cambia el semblante, cayendo a los pies del apóstol, besando sus vestiduras y, pidiendo disculpas, dijo perplejo:

- No sé si es verdad, sin embargo, pienso que debe ser ese Ángel del que me hablaste… Y mirando a la joven señora, que aprobó con un gesto, se levantó y dijo:

- ¿Qué quieres de nosotros, que por ventura no estemos dispuestos a hacer? ¡Dinos, venerable dios, que haremos lo imposible! No hay nada en la Tierra que el dinero no compre, y nuestra bolsa está constantemente repleta. ¡Tu petición es una orden! Impongo, sin embargo, una condición: si se trata de un asunto de orden moral o doctrinario, tendremos que

consultarlo al vicario, que seguro no va a oponerse, pues como él, hablas también en nombre de Dios. El representante de los cielos en la Tierra necesita ser consultado, tú lo sabes mejor que yo.

Pedro se acuerda después del sacerdote de Espoleto, que concordaba con sus ideas, olvidándose de que él ya falleció en un accidente. En esto, el ambiente lo hizo silenciar. El Apóstol miró tranquilamente hacia la Señora Bernardone, y esta, como por encanto, surgió con su Evangelio entre sus manos, dádiva primorosa de su padrino. Juan fijó en él la mirada dotado de conciencia, cuando sus delicadas manos lo abrieron, por fuerza de la necesidad, en Lucas, capitulo seis, versículos del treinta y nueve al cuarenta y cinco:

"Y les dijo una parábola: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? El discípulo no es superior a su maestro; el discípulo bien formado será como su maestro. ¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Deja que saque la paja de tu ojo, tú que no ves la viga en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás para quitar la paja del ojo de tu hermano. No hay ningún árbol bueno que dé frutos malos, ni árbol malo que dé frutos buenos. El árbol se conoce por sus frutos. Porque no se cosechan higos de los espinos, ni se vendimian uvas de los zarzales. El hombre bueno saca el bien de la bondad que atesora en su corazón, y el malo saca el mal de la maldad que tiene, porque de la abundancia del corazón habla la boca".

Terminada la lectura, Pedro, antes ahogado por la depresión, comenzó a sentirse bien. Para no herirle la susceptibilidad, no se hicieron comentarios de lo leído; con todo, esto quedó en la conciencia del comerciante, para

después aparecer gradualmente en su consciente, en el estímulo de cada día. Con alegría, preguntó al discípulo de Cristo:

- ¿Qué quieres de mí? A lo que Juan amablemente respondió:

- ¡Que seas mi padre! Deseo nacer en este hogar; no obstante, si tú no lo consientes, tendré que buscar otro.

Pedro, sensibilizado, miró a la esposa, que no retenía el llanto, y por increíble que parezca, lloró también, hablando emocionado:

Si de mí depende, mi dios, hágase tu voluntad, que seremos tus esclavos. Por lo que veo, mi esposa ya lo aceptó, y yo lo acepto igualmente. Discúlpame por lo que pensé antes de ti; debes recordar que soy hombre, y como alma del mundo no consigo, pureza, que sólo existe en el cielo. ¡Perdóname Señor!... ¡Perdóname!

Juan, por la fuerza de la condición espiritual del rico comerciante, no habló aún de las dificultades que podrían surgir con su ingreso en la familia.

Benardone abrazaba a su linda esposa en sus fuertes brazos, diciéndole:

- ¡Me siento feliz cuando encuentro seguridad en nuestra unión y que la paz de todos los dioses la mantengan para siempre! ¡Tú eres mía! ¡Yo soy el árbol, tú eres la flor y los frutos vendrán de nosotros!

Y en el halago del amor de Pedro Benardone, Juan emitió su pensamiento en busca de Jarla, aún confusa, buscaba a su hija de leche y que, envuelta por la luz emitida por aquél pensamiento, vio a través de ella, la mansión de los Benardone y, rápidamente, llegó al recinto. Asustada, ponía en orden sus pensamientos, y las buenas maneras hicieron que ella enmudeciese. En esto, la dueña de la mansión se desprendió de los brazos del marido, y la buscó diciendo:

- ¡Jarla!... ¡Jarla!... ¿Por qué tardaste tanto? ¿Sabes quién es este?

Antes de responder, la sirvienta pidió permiso y besó las manos del emisario del Amor, diciendo:

- Lo sé… Es nuestro Ángel, que será el hijo amado de este hogar, al cual pertenezco por misericordia divina. Incluso en la condición en que me encuentro, si Dios lo permite, quiero participar en la venida de esta Alma a Asís, para la felicidad de nuestro pueblo, para hacer florecer en cada alma la esperanza de una vida mejor.

Las dos mujeres derramaban copiosas lágrimas, nacidas de la fuente más profunda del ser, que la alegría pura hacía brotar. El Vidente de Patmos, dando algunos pasos en el amplio salón, recordaba a un sol de primera magnitud, haciendo girar un torbellino de estrellas menores, por la estupenda cantidad de fluidos ínterligados en su magnánima personalidad. Cada fracción fluídica brillaba como provista de inteligencia, y el colorido desorientaba cualquier raciocinio.

Juan, en aquél momento, sintió un amor más profundo por la humanidad, y un placer inmenso por la apertura de tu tarea en la Tierra, por intermedio de los Bernardone. Si quisiese, podría nacer por imposición; pero, quería entrar en la argamasa de la carne por el Amor que no impone, que no oprime, que no irrespeta, que no invade. El propio Amor exalta la justicia, y si él era un enviado de las cualidades evangélicas, si era una carta de Jesús a la humanidad, en el envoltorio del cuerpo físico, ¿cómo debía proceder para entrar en aquella casa? Llamar suavemente en la puerta, pidiendo permiso para entrar, con humildad, haciéndose el menor de todos, para la exaltación de los valores inmortales de los preceptos de Cristo.

Hizo una pausa en su lúcido argumento mental, miró a Jarla, transfigurada de alegría, y le dijo:

- Hija mía, necesito también de tu aprobación, pues serás para todos nosotros, una pieza valiosa en el esquema del Amor que no tiene fronteras, del Amor que cubre todas las faltas, como afirma el proverbio, del Amor que cubre la multitud de pecados, como exalta Pedro. Nuestra misión, a ser iniciada en esta casa, tendrá como base este Amor, que Cristo nos enseñó con el ejemplo, a través del cual vamos a dar nuestra cuota en favor de la paz en la Tierra.

Jarla bebió el néctar de la palabra del discípulo del Mesías, y este esperó su decisión. Decidida, ella dijo con entusiasmo:

"¡Oh! mi afirmación, digno anciano, ya fue dada por mis señores. Soy sierva, y lo soy más aún de la voluntad de Dios, nuestro Creador increado. Para mí será el mayor placer servirte, aunque sólo sea de compañía, en los primeros días de la juventud. Por lo demás, ¿que podrás obtener de esta que nada tiene para dar? ¡Si!.. Que mi pecho pueda ser el cojín, en que puedas reposar tu cabecita divina, en lo que sentiré el mayor placer. ¡Permíteme besar tus pies, por estar reconocida por la honra concedida a quien aún no se encontró!

Inclinó la cabeza con humildad, lo que Juan no aceptó; levantándola, tocó con los labios su frente, con profundo respeto y cariño, cerrando así, un compromiso más de luz para espantar a las tinieblas de la Tierra.

Pedro Bernardone despertó asustado, sin que pudiese recordar totalmente el sueño que había tenido, y en aquella dificultad llamó a su mujer insistentemente. Ella, abriendo los ojos como si fuesen dos faros brillando de alegría, trajo a su visión la casi perfecta reproducción de lo ocurrido en el

plano espiritual; despertó feliz, acordándose de casi todos los detalles. Aún confuso, Pedro habló:

- Mujer, quiera Dios que sea verdad, me parece que fui al cielo. ¿Será que fue el vicario que murió, que vino a buscarme? Él era un santo, sus ideas eran igualitas a las mías. Entendía las cosas como debían ser… ¡Que pena que muriera en aquél accidente! Pero, fue al cielo, y me pareció haber conversado conmigo en sueño; y, si no me falla la memoria, tú y Jarla también estabais allá. ¡Que cosa más linda!… ¡Que belleza!.. Gracias a Dios yo fui bueno para él y con seguridad este encuentro fue la retribución, la gratitud de un corazón mucho más que bueno, pues era comprensivo y justo.

Sonriendo, la joven señora dijo con énfasis:

- Pedro, querido mió, yo también me acuerdo de este sueño, del cual felizmente participé. No obstante, te equivocas con referencia al vicario de Espoleto; no era él.

Pedro se asustó, y replicó:

- ¿Quién era entonces?

Pica habló con una claridad inalterable sobre el encuentro en el plano espiritual, y el marido comenzó a acordarse con más detalles, inclusive de la respetable figura del Apóstol.

- ¡Ah!… ¡Ah!... Se admira el señor. ¡Entonces fue el dios de la prosperidad! Fue el dios de la prosperidad el que vino a visitarnos, lo que quiere decir que todo para nosotros irá a las mil maravillas. ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡que sean muchas las gracias!

Y la señora Bernardone continuó, con vivacidad y encanto en sus descripciones:

- Y aún hay más, Pedro; haber si recuerdas que él nos pidió el hogar, para que en él pudiese nacer. ¡Y nosotros lo aceptamos, para que nuestra alegría sea completa!

Pedro tomó la palabra, argumentando:

- Querida mía, ¿cómo puede un dios nacer en el mundo, sin que los profetas lo anuncien? Ella se apresuró en responder:

- Las profecías sirven, querido mió, para esclarecer las dudas de quien las tiene. En el caso de este Ángel que ya comparte con nosotros esta casa, su misión también es otra; no es la de revelar lo desconocido, sino la de revivir la maravilla de que el pueblo ya certificó la eficacia: enseñar y vivir el Amor, la Humildad, y la Obediencia…

Con sus emociones ya modificadas, Pedro sonrió. Invadido por una sensación de amor sublime, envolvió en sus brazos a la linda señora, no dejó que ella hablase nada más, sellando sus labios, y haciendo que sus ojos cerrasen los de ella, en el más elevado intercambio de valores entre los dos planos, el divino y el humano.

El director espiritual de Asís, junto con el de Roma, y de otras caravanas, se colocaron alrededor de la mansión, limpiando el ambiente y vigilando la región en que el figurante principal, Juan Evangelista, se preparaba para unir los primeros lazos en la micro-vida de los gametos…

Juan, sólo en cuanto a espíritu, accionó con respeto su poderosa mente, aprovechando las emociones físicas de su futura madre. Hizo desprender un tipo de fluido que, por el género, denotaba el poder energético de higienización, que se propagó en las auras de sus futuros progenitores. Se escucharon pequeños estallidos, como si algo invisible se estuviese quemando, más acentuadamente en el campo áurico de Pedro. Intuitivamente buscó algo en los aires con las manos que esparcían luces, adaptando entre los dedos una masa inquieta, sin embargo dócil a su mandato mental. Hizo que el sistema nervioso de la joven señora creciese a sus ojos, por el poder del pensamiento, e introdujo aquella fuerza vital en el trayecto neuro-psíquico y esa energía singular

rompió las estructuras de las células, sin obedecer a sus diversidades morfológicas. La prolongación de los neuronios también fueron visitados con la misma complacencia de aquella bendición ordenadora, girando esa abundancia de fluidos en los axonios, dándoles a ellos esa responsabilidad más, de la debida irrigación automática, en conexión con otras prolongaciones, para que las dendritas consiguiesen plasmar en los núcleos, el agente intromisor. Esperó un momento, y vio toda la unidad celular enriquecerse vivamente, por el fenómeno del metabolismo. Con mucho cuidado, procuró observar la irrigación sanguínea de la señora Bernardone. Sus ojos eran como un poderoso microscopio, que enfocaban el cerebro, parando demoradamente en el córtex, dando algunos toques en este nido espiritual del alma. Ampliaba las glándulas pineal y pituitaria, revistiéndolas de un tipo de protoplasma que escapa a nuestro análisis. Se concentraba en las células motoras de la medula. Estas se presentaban como platos vivos y deformes, conectadas unas con millones de otras, por hilos luminosos, que se esparcían por todo el cerebro. Dio los últimos retoques en los centros de fuerza y, tranquilo, respiró profundamente, sin que el hecho físico de la pareja pasase por su lúcida mente.

Era necesario que el Apóstol tuviese cuidado con el sistema neuro-psíquico-espiritual de María Picallini. La mujer grávida pasa a vivir el mundo mental del reencarnante, y viceversa; todavía, el que fuera más evolucionado podía defenderse de los pensamientos y emociones que no se adapten con su formación ya alcanzada. Incluso así, cuando se trata de una madre colocada en una esfera más inferior a la del futuro hijo, los grandes éxtasis mentales la colocarán en depresión, lesionando, con la alta corriente de energía oriunda del hijo, la red nerviosa, constituida de filamentos

casi invisibles. Se perturbarían las grandes células motoras de la médula, siendo alcanzadas hasta las que llegan a medir cuatro micras, en su volumen aparentemente invisible, por faltarles la cromatina con más abundancia en el caudal celular.

Fueron preparados con mucho cuidado el córtex y las dos glándulas principales de la cabeza de la futura madre, y colocada la adaptación espiritual en los centros de fuerza, por merecimientos de aquella mujer, que iba a ser madre de un gran astro espiritual, con libertad de acción en el campo de la Tierra. En este caso, el carma de doña María no intervendría, por tratarse de un beneficio en favor de toda la humanidad.

Juan Evangelista fijo su mirada en la matriz femenina, vio el campo sagrado regurgitado por millones de microgametos, que avanzaban como en una batalla en busca del mismo ideal. ¡El centro de formación de la vida física, con su protuberancia, se movía en forma de automatismo orgánico, dificultando así a los agentes de la vida, que procuraban sobrevivir en luchas individuales, en la conquista de su objetivo, como lo hacen los propios hombres, instintivamente!... Luces rodeaban a cada uno en particular, de acuerdo con su formación congénita, en la unidad de los genes, con rasgos y puntos hereditarios. Se cambiaba lo que podía ser cambiado, por la alta posición del alma reencarnante; sin embargo, muchas cosas no es lícito cambiarlas. La herencia en el campo biológico es un hecho que, muchas veces, alcanza hasta el mundo emocional del espíritu. Todo eso obedece a una gran área, en la cual la relatividad domina. Este asunto aún está por completarse, si nos referimos de la Tierra, por cuanto, tanto la ciencia como los pensamientos filosóficos y religiosos son deficientes, en sus benditas explicaciones.

La luz azul celeste predominaba como aura de cada espermatozoide, estando la diferencia en algunas aberturas, de donde el núcleo alcanzaba las estrías áuricas, permitiendo al mentor espiritual escoger, con su gran sensibilidad, parte del centro de su vida física. Y el óvulo femenino, desprendido por las corrientes emocionales, encontraba su pareja en la más completa afinidad morfológica, y se ajustaban dentro de los moldes planeados por la Ley y por la Justicia, por la Paz y por el Amor. He aquí por qué todo hombre tiene algo de femenino y toda mujer carga consigo muchas cosas de masculino; tanto en uno como en otro afloran esas cualidades intrínsecas al ser, por naturaleza congénita y por el ambiente de las circunstancias.

Juan amplió el campo de entendimiento, de manera exuberante. El esperma tenía como campo de vida una gelatina gruesa, que dificultaba la carrera de los bacilos, cada uno buscando ser escogido por la princesa, que se encontraba a disposición del óvulo. Lo tocó y él se motivó, ganando el liderazgo. Su luz deslumbró a los otros que aún no habían perdido la esperanza. ¡Se aproximó al óvulo que se encontraba inundado de luz roja, desvaneciendo para ganarle lo más puro en la formación del germen, pareciendo un Sol a fundirse con otro astro! Al encuentro de los dos agentes de la vida física, se realiza una pequeña apertura del óvulo, por las emociones unidas de fuerzas que se completan, y se esconden uno en el otro por bendición de la vida y por bendición de Dios. Y es en esta hora suprema que se unificaron todos los valores de los genes de la vida física, partiendo siete tenuísimos hilos del alma iluminada de Juan Evangelista, atándose en puntos casi invisibles – incluso a los grandes ojos espirituales – alcanzando la *unidad nuclear* que podemos llamar Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres fuerzas que se dividen en la formación de una que se eterniza, para el

esplendor de la conciencia. El discípulo de Jesús ya estaba unido a su futuro cuerpo, en nombre de Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida.

❋❋❋

La linda joven Picallini despertó cuando el Sol ya aparecía en lo alto. Miró hacia un lado, acostumbrada a saludar a su esposo, pero este ya se había levantado, y se encontraba en la lucha diaria de su comercio, animado y lleno de alegría, porque encontró al dios de la prosperidad, siendo esas las bendiciones que le faltaban, para que su oro palpitase con la envidia de los nobles. Canturreando, iba de aquí para allá, pero su mente no perdía la secuencia de los detalles del sueño, suyo y de su encantadora mujer.

Jarla llamó a la puerta.

- ¡Hija mía!... ¿Puedo pasar?...

Y una voz grave, que parecía ínter-ligada en otras esferas, respondió:

- Entra, Jarla… Bienvenida seas; ¡tenemos mucho que hablar! La criada, humilde y servicial, interrogo:

- ¿Qué ocurrió? ¡Hasta estas horas en la cama!... No es costumbre de mi corazón, dormir tanto…

Hablaba así, debido a la intimidad que tenía con su ama, que sonreía con el gesto de la griega, que tanto amaba.

- ¡Jarla!... Empuja la banqueta y siéntate junto a mí, para que yo pueda servirme de tu compañía y escribir en tu corazón un asunto de luz, que sube a mi mente y comienza a derramarse a mí alrededor, como si fuesen ideas sutiles o meditaciones imponderables. Lo que pasó contigo yo no lo sé, pero quiero saberlo… ¿Soñaste esta noche?

Jarla, comprendiendo, esbozó una larga sonrisa – de aquellas interminables, que cuando los labios vuelven al

estado normal, la naturaleza interna da proseguimiento a la alegría – y habló con voz trémula:

- Mi querida Pica, ¿será que los dioses te bendijeron esta noche con la felicidad para nosotros, de lo que la humanidad va a disfrutar?

En esto, las manos de las dos mujeres ya se apretaban nerviosamente, sintiendo una y la otra el desarrollo del asunto, que aún invisible, estallaba como una realidad en los corazones de quien tiene ojos para ver. Y la aya griega empezó a narrar:

- Yo soñé que estaba perdida en un gran bosque, pero lo interesante es que en medio de él había muchas casas, que se parecían a las construcciones de Asís. Me aproximé a ellas; en las calles había aquel ir y venir de criaturas, que no presentían mi presencia. Yo gritaba, gesticulaba, pedía información, pero no me servía de nada. Y comencé a deambular, buscando la mansión, sin encontrarla, en un esfuerzo vano. Después de mucho andar, no me acuerdo del tiempo, me elevé en los espacios, por la voluntad que tenía de ver las estrellas más de cerca y quedé encantada con las bellezas del infinito. Esto quedó muy grabado en mi mente. Las estrellas no pestañeaban como las vemos desde en la Tierra, no obstante, me parecían grandes ojos con encantos indescriptibles que, íntimamente, temía pensar que no fuese realidad. En aquella contemplación, se derramaba dentro de mi pecho algo invisible, que mi corazón agradecía, con muchas lágrimas, antes que el raciocinio lo analizase. Lloré, Pica, tanto de emoción como por tu ausencia, para presenciar conmigo las riquezas de la creación de Dios, por lo que los hombres, infelizmente, no se interesan. Después, por imposición de alguna fuerza interior, me arrodillé agradeciendo a Dios, a la Vida y a Cristo. Incluso en sueño, quería recordarlo para contarte la aventura espiritual – en

donde la carne no es una barrera – que palpita viva dentro de mi corazón. Y, en el trance de la oración, fui bañada con una luz encantadora y ocurrió un milagro: vi de cerca al Ángel de tu corazón y de nuestra convivencia llamarme. Me atrajo junto a él, acariciándome como si fuese mi propia madre, y lo más interesante es que estaba dentro de tu cuarto, donde conversaba contigo y con el Señor Pedro. Quise besarle los pies, por sentir en él la paternidad; y él, dulcemente, me acogió con una sonrisa de la que no me olvido hasta el momento, traduciendo todo su amor, y aún más, toda su misión junto a nosotros. Que los cielos me disculpen, pero ese es el verdadero Dios, que premió a Asís, y que el destino hizo poner en la mansión de los Bernardone.

¡También es interesante que él, no sé por qué, me pidió nacer con mi ayuda! Pero… ¿que ayuda? Vieja y sirvienta, ¿que condiciones tengo para ayudar a un dios?...

Se abrazaron las dos mujeres, llenas de alegría. Y, con alegría, constataron haber sido aquella noche la que antecedió al día veinticinco de diciembre, fecha festejada en todo el mundo Cristiano, como la del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Fue esta la fecha que Juan Evangelista escogió para atar sus lazos en la vida física, como Francisco Benardone, bajo las bendiciones del Mundo Mayor!

¡El Nacimiento de Jesús!... Cuando hacía 1.181 años que Cristo se hizo visible en la Tierra, Su Discípulo del Amor se crucificaba en la carne con siete amarras, que solamente la muerte física podría desatar, cuando el destino indicase el tiempo marcado por la divinidad, para que el espíritu volviese a la Patria Espiritual. Mientras el mundo cristiano cantaba hosannas, recordando el momento histórico de la venida del Mesías a la Tierra, el profeta de Patmos aprovechaba el ambiente sublimado de paz, para ingresar en la carne por intermedio de la ley de reencarnación. Y los

doscientos discípulos preparados en los más perfeccionados conceptos evangélicos, descendían igualmente, de las altas esferas en dirección a varios puntos del globo, para renacer también, con fidelidad total a su maestro.

Pedro Bernardone, cierta noche, tuvo un sueño que quedo grabado con absoluta nitidez en su conciencia. En estado sonambúlico y con ayuda espiritual, retrocedió en el tiempo y en el espacio, y recordó su reencarnación en Éfeso, en la época en que Juan Evangelista cambió de nombre, por consejo de los soldados romanos, por haber sido salvado de la caldera de aceité caliente. En aquella última noche en la que habló en la Iglesia de Éfeso, despidiéndose de la vida física, curó a una multitud de enfermos, inclusive leprosos. Pedro Bernardone era uno de los leprosos curados por el Padre Francisco, y, eternamente agradecido, lo tomó por un dios ingresado en la carne para la salvación de los hombres. El hecho marcó bastante su gratitud por ese espíritu y los mentores espirituales que lo hicieron regresar dejaron bien señalada en su conciencia esta deuda para con Juan, de manera que él sintiese, por derecho y justicia, el deber de abrir los brazos a aquél que vendría al mundo por los canales físicos de la familia Bernardone.

Pedro Bernardone no se olvidaba del Padre Francisco después de este sueño, guardado en secreto por miedo, pues se sintió en el cuerpo lleno de llagas y pestilente por causa de la lepra. No obstante, el nombre de su benefactor quedó gravado en su corazón, con el mayor respeto. Y siempre decía para si mismo:

- Si por ventura alguien me llamara padre, este alguien se llamaría Francisco. ¡Es una promesa que hago a los dioses que me oyen! ¡Y, si pudiese elegir su destino, querría que fuese un gran guerrero, para conquistar tierras, atravesar mares, ser famoso y quedar en la historia entre los grandes

de nuestra querida Patria! ¡Guardaré silencio, que solamente romperé el día que sea padre!

Maria Picallini, durante la gravidez, como ocurre con casi todas las mujeres en ese período sagrado, tuvo varios sueños con aquél que habría de ser su hijo unigénito. En uno de esos sueños, percibió con mucha nitidez que su futuro hijo era el mismo espíritu del vidente de Patmos, uno de aquellos que figuraban en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que ella amaba con mucha ternura: era Juan Evangelista. Cuando despertó, narró el sueño a su aya de confianza, y las dos, en santo coloquio, tuvieron la misma idea, hablando Jarla en primer lugar:

- Patrona, ¿por qué no le ponemos a ese Ángel que va a nacer el nombre de Juan? ¡Él merece el nombre del discípulo porque va a continuar el apostolado de Cristo, ya que no tenemos más dudas de su grandiosa misión en la Tierra!

La mujer del rico comerciante sonrió y continúo:

- Yo tuve el mismo pensamiento. Su nombre será Juan. Quiero que todavía guardes absoluto secreto, pues el Evangelio nos advierte para que no demos las cosas sagradas a los perros… ¿Qué tiene de más sagrado para nosotros en esta casa, ese emisario de Dios, y su nombre?

Jarla, con alegría, dijo con entusiasmo:

- ¡Que él nazca con el Evangelio del Nazareno en el corazón! ¡Que sus pies caminen en nombre de la paz y de la caridad, y que su cabeza viva, incluso en la Tierra, en un permanente cielo de pureza!

El tema de las dos mujeres era siempre el niño que habría de nacer. Doña Picallini, cierto día, buscando recuerdos escondidos en la conciencia, acentuó:

- Jarla, hija mía, parece que fuimos contempladas por la gracia de Dios, y presumo igualmente, que esa gran alegría sea un preludio de gracias eminentes. Es necesario fortalecer

nuestros corazones y yo necesito mucho de ti, pues tengo presentimientos de testimonios que no me caben en el corazón y que la razón no soporta sin fe… ¡La inspiración me dice que esa fe, sin la ayuda de un corazón como el tuyo, formado en duras experiencias y vivido en fecundas luchas, puede flaquear en momentos de desesperación! Tu ya conseguiste mucho crédito y la esperanza en ti, es el fruto más aflorado en el árbol de tu ser. Tal vez la ayuda que él te pidió en la memorable noche de la decisión de su nacimiento fuese esa. Además, no tengo dudas sobre eso. Solamente tú podrás ayudarme en lo que necesito: cargar mi cruz, cuando esta pese demasiado, o, como hizo el cirineo con Jesús, ayudarme a llevarla. Te pido, en nombre de tu amor para con los Cielos, que no me abandones, pues ya presiento fuertes tempestades de las tinieblas contra este – dice colocando las manos en el vientre – que es hijo de la Luz.

La sirvienta griega se aproximó más a la señora. Se arrodilló, juntó sus manos y las besó tiernamente, bañándolas de lágrimas, diciendo con la voz vibrante de alegría, de fe y de esperanza:

- Confía en Dios, que hizo el día y la noche, el sol y la luz, las estrellas y el infinito. Confía, señora, en la Inteligencia Suprema que creó la armonía de las cosas, que vistió de plumas a los pájaros y el mundo de las aguas a los peces; que hace crecer las hierbas para el alimento de los animales y que nos dio por misericordia el aire, que, sobre todo, es vida para toda Su creación. Confía, señora, en Aquél que es el Señor de todas las cosas, que ampara al niño y al anciano, al santo y al sabio, a los mendigos, a los enfermos, y hasta a los asesinos y a los ladrones. ¡Su justicia magnánima nunca faltará dentro de la gran casa universal! Decía un gran filósofo griego: *Conócete a ti mismo.* Y Platón, en las calles de Atenas, junto a un lago donde el maestro Sócrates confirmó que él era su

verdadero discípulo, cuando vio a un cisne nadando, se acordó de un sueño y completó la máxima de su preceptor, diciendo para sesenta jóvenes, sus alumnos: Quien se conoce a sí mismo no tiene miedo, no alimenta rabia, no pierde tiempo en replicar a los ofensores, no acostumbra a mentir, no colecciona preocupaciones pasajeras, no acaricia el odio, no se irrita por simples noticias y no habla mal de la vida ajena… Para todo y todos tienen el mismo estar, tienen el mismo amor.

¿Qué más quieres, querida mía, en tu favor? La ley divina favorece mucho más a los justos y a los buenos. Además de eso, ese que va a ser tu hijo es un sol, y por donde pase no habrá sombras. En un plantío como ese que él tomó para efectuar en el mundo, el sufrimiento que de él provine se vuelve bendiciones de los cielos. Quiera Dios que yo, en cualquier circunstancia, pueda dar la vida para que él crezca cada vez más, para la paz de la humanidad. Da gracias a los Cielos por haber sido elegida de entre las mujeres de Asís, por no decir del mundo, para ser madre, por excelencia, de uno de los discípulos de Cristo, que por cierto vendrá a visitarlo de vez en cuando en tus brazos, y te bendecirá todo el ser, porque aceptaste la tarea sin murmurar… Soy tu sierva y lo seré también de él, fuera de la eternidad, sintiendo el mayor placer en servirlo. Aquello que yo pueda, lo daré con amor.

Pica conocía las cualidades de Jarla en lo tocante a la fe y, a veces, la sabiduría, mas no pensaba que eran tantas como demostró en aquella conversación. Pensó un poco y pidió a la aya con ternura:

- Jarla, de ahora en adelante no soy más tu señora; soy tu compañera. Soy también, y en eso tengo un gran placer, tu hija de leche y tú, mi madre del corazón, pues, además de los alimentos sagrados que vertiste de tus senos fecundos para

alimentar mi cuerpo, me das, después que crecí, la leche del amor que derrama tu alma iluminada para la mía, necesitada y hambrienta del pan de la vida. “Aquél pan que fue enviado del cielo y estará con nosotros para la eternidad, alimentando a quien lo encuentre como tú, que descubriste el mayor complemento de todos los tiempos, que es el Amor, la Fe y la Confianza en Alguien que todo lo puede, que todo lo hace y que todo lo gobierna. De hoy en adelante, por mi parte considérate libre, pues te debo lo que nunca te podré pagar.

Con los ojos húmedos, una y otra comprendieron la necesidad de hacerse compañeras, y que, en el centro de todo, nacería el Amor más puro que los corazones podían sentir. Las dos mujeres eran conscientes de la sublime misión del Ángel que tomaría forma física en la familia Benardone.

Juan tenía ya sellado el compromiso con la carne, pasando a vivir más cerca de su futura madre. Sentía las emociones de Maria Picallini, como si estuviese leyendo en una página escrita por ella, sus propias ideas, por intermedio de aquellos hilos tenuísimos que los unían: él, en el inicio formativo de su futuro cuerpo, y la madre, que por leyes invisibles que escapan a la naturaleza humana, también estaba viviendo parte de su vida, envuelta en los pensamientos e ideas del apóstol, preparado para ingresar en la argamasa de la carne.

Con todo, la pureza espiritual de Juan le daba enorme campo de libertad, dadas sus condiciones espirituales de aislar determinadas formas mentales de la mujer que sería su genitora.

Aprovechando el período de gestación de su aparato fisiológico, el vidente de Patmos, junto con el director espiritual de la ciudad, pensaba en los trabajos a ser realizados en Asís y en las regiones adyacentes. Juan dirigiría a un grupo de trabajadores, para que pudiesen operar con

eficiencia en el territorio italiano, para el esclarecimiento de entidades ignorantes, de espíritus endurecidos que comandaban las sombras y estimulaban la desesperación en la multitud humana. El espíritu responsable de Asís conocía la existencia de una falange de las tinieblas, situada en las márgenes del Mar Adriático, y que tenía en sus listas negras varias ciudades litorales, siendo Venecia un puesto avanzado de sus perturbaciones. Entretanto, no tenía medios para combatirlos de inmediato. Sabía que para combatir a ciertos tipos de enemigos eran indispensables armas adecuadas, ciencia suficiente, y, por encima de todo, Amor en grandes dosis. ¡Esperaba la oportunidad que podría surgir algún día y he aquí que surgió!... ¡Encontró al Apóstol de Éfeso, dotado de Amor en el corazón, en cantidad capaz de salvar todas las dificultades, de remover todas las infracciones, de estimular el perdón y hacer revivir a Cristo en el más endurecido corazón. El Amor de Juan concentrado en el alma, transformaba el Mal en el verdadero Bien.

Él diseñó el esquema, reunió cerca de tres centenas de compañeros, los preparó con cariño, aplicándoles un curso intensivo. Hizo que los hermanos conociesen el medio en donde trabajarían, la responsabilidad de emprender trabajos de tensa iniciación, en los valores internos de cada uno. Experimentó varias veces las cualidades que ellos poseían, visitó ciertas regiones con cada grupo en particular, dándoles la libertad de trabajar sin su intervención. Cuando se aseguró de la eficacia de la acción de *Unidos para el Bien* – nombre que dio al equipo de compañeros bajo su comando – los dividió en grupos que, alternados, difundían el Amor y la Paz en una gran región de Italia, deshaciendo las fuerzas de las tinieblas que perturbaban a las criaturas. Y, de entre las sombras que irían a combatir, existía el *Batallón del Verdugo Ernesto.*

UNIDOS PARA EL BIEN

El *Batallón del Verdugo Ernesto* era avasallador, con la participación de decenas de entidades predispuestas al Mal, escogidas a dedo y reunidas en grupos, seleccionadas por la intensidad de las maldades que practicaban, en las modalidades más tétricas.

Ernesto era un hombre corpulento de rasgos groseros, embrutecido, que tenia sed de sangre como la podía tener de agua, cuando se encontraba en la carne, fue elegido por el destino por pesadas pruebas, desde la lepra hasta la locura, del hambre a la desnudez. Reuniendo consigo un grupo de espíritus en procesos cármicos semejantes, pasó la vida entera destilando escorias magnéticas inferiores, en la forma de incontables pruebas. Dos de sus hijos se volvieron asesinos por placer, buscando a sus víctimas en los caminos, y abusaban de ellas por los impulsos de sus más groseros sentimientos; el hurto les daba alegría, y entendían que la vida era aquella que vivían, donde los más fuertes gozaban a costa de los más débiles. Dos de sus cuatro hijas fueron atacadas en el ambiente de la propia casa y Carnápia, su mujer, era como una fiera enjaulada en la carne.

Por la descripción, se concluye lo que era esa familia. Su hija más joven, Carmellini, lo adoraba, y él retribuía ese cariño a través de un sentimiento rudimentario, como el despertar de su Amor a alguien, en la faz de la Tierra. Eran dos espíritus unidos, sin que la acción de uno pudiese interferir en la quiebra de la armonía entre esas dos almas. La fiera humana, presa en la carne en la personalidad de Ernesto, se volvía una oveja, a un simple deseo de Carmellini, bastando su presencia llorosa para deshacer todas las ideas funestas de Ernesto, ante cualquier circunstancia.

Cierta ocasión, Carmellini gozaba de las delicias de la naturaleza en una pequeña campiña. Corría como si fuese una gacela en el navegar de los vientos, extendía los brazos horizontalmente, pareciendo acoger en el pecho la propia vida. Si no pensaba en algo más elevado, o en cosa más divina, era por faltarle el ambiente de aprendizaje y por no conocer en aquella encarnación, los elementos culturales suficientes; entretanto, en su interior conocía, por así decirlo, la ciencia de la vida, por los prismas en que ella se manifiesta, por intermedio de la naturaleza. Como máquinas, la escuela de la intuición y los sentidos agudizados escriben para la razón, dejando que el corazón las lea, a fin de que, lentamente, la concienciación se haga, sin que la duda participe.

La pequeña joven vivía en aquél ambiente sin gustarle el sistema de vida escogido por sus familiares, y a veces era encontrada llorando. Su edad no le permitía llamarlos al orden, por las inhumanidades que practicaban todos los días, y el propio clima fustigaba sus aspiraciones. El viejo era más flexible por su presencia, que le tonificaba el corazón, y hacia que sus instintos se entorpeciesen en el olvido.

En su paseo por el campo, Carmellini fue raptada por dos maleantes que, como cuervos, vivían buscando víctimas indefensas, para distraer sus instintos. Creían que los dioses, aquél día, los favorecían en sus aventuras. La moza enloqueció, oprimida en los musculosos brazos de los dos malhechores que, inmediatamente, abusaron cuanto quisieron de su inocente cuerpo, dejándola en un estado lamentable.

Cuando volvió en sí, confusa, nunca más encontró el camino de casa. Deambuló por las laderas de los Apeninos y fue encontrada por algunos leñadores que, por caridad, la condujeron a la ciudad más próxima, sin que pudiesen saber

su procedencia, ni lo que hacía. La confusión mental de la joven por los choques emocionales inesperados fue tanta, que articulaba con dificultad solamente los sonidos: Li… Li… Li…; era el estribillo de una canción, que acostumbraba a cantar cuando salía por los campos al encuentro de la naturaleza. En la ciudad, la llamaron *la loca Lili.*

Ernesto casi enloqueció también, por faltarle la hija. Los demás ni tocaban el asunto; acostumbrados a hacer lo mismo con las hijas ajenas, los hijos le aconsejaron al padre que olvidara, pues él estaba enfermo y no debía aumentar su sufrimiento, con cosas que ocurrían todos los días. Aun así, él no se conformaba; su corazón casi se paró y sus llagas fétidas parecían que exhalaban más, como si cada pústula de su cuerpo fuese un volcán en erupción. Su mente estaba ennegrecida por los últimos hechos y su naturaleza intima corrompió los demás sentimientos que la hija había procurado despertar, por amor a aquella alma sufriente. Se volvió un tigre. La fiera bravía se agitó en su interior, sin ceder a la llamada de la luz, que a veces se manifestaba en su conciencia, por suave claridad. Ignoraba la vida sin querer pensar en Dios; renunció al amor, despreciando la amistad. El egoísmo petrificó aún más su corazón y el mundo, con la pérdida de la hija, se volvió para él un verdadero infierno, pasando a ser el mayor participante del Mal.

Cierto día, un bandido que, con sus valentones, robó en la vecindad, pasando cerca de su casa, entraron en ella, por que les parecía que estaba desierta. Con espanto, encontraron a Ernesto abandonado en un catre, en un estado deprimente, siendo consumido por la lepra. Y Filipino, el Diabólico – como era conocido el bandido – que tenía horror a la lepra, lleno de fastidio, prendió fuego el caserón diciendo asustado: - ¡Hoy, infelizmente, estoy practicando una buena acción, pero, allá va!.. ¡Esa enfermedad es terrible; si

quemásemos a todos los que la padecen, quedaríamos libres de la impureza de esos marginados de la naturaleza!..

Al ser consumido por las llamas encendidas por Filipino, sintió una leve voluntad de agradecer a Dios. Sin embargo, abandonando esa idea, se concentró en la venganza. Mentalizó a un ser que tuviese cualidades nobles, al lado de la hija y poniendo todas sus fuerzas mentales en la búsqueda, consiguió verla en los brazos de dos hombres, siendo violada inconscientemente. Quiso gritar dentro del fuego, lanzando odio en todas las direcciones, pero las lenguas ardiente no lo permitieron. Con todo, incluso en alta temperatura, con los pensamientos libres, escapándose en dimensión diferente, Ernesto dejó quemar dentro de sí, todo lo que fuese bueno, preservando la maldad, la prepotencia y la autoridad, fortificando al gigante, como un verdadero dragón de las leyendas, para echar fuego por donde pasase. Él seria un verdugo implacable.

Relatamos algunos detalles de la vida de Ernesto en la Tierra, para demostrar los motivos que llevaron a ese espíritu terrible a crear su grupo maldito, que desbastaba la conciencia, creyendo que el más fuerte era el más feliz. No quería oír hablar de caridad, de religión, ni de Dios…

Reunió camaradas de la misma estirpe, portadores de idénticas revueltas, y así fue creciendo la multitud de sombras que, cuando bajaba a una pobre ciudad, se diría que se oscurecía la luz del Sol: el pueblo olvidaba la honestidad, la corrupción avasallaba las conciencias, aumentaban las muertes en las madrugadas, y se propagaba la peste y el hambre. ¡Era una verdadera calamidad!

El director espiritual de Asís, contento con el esquema doctrinario de Juan Evangelista, le habló humildemente:

- Conozco, señor, un terror de las tinieblas, de cuyas negras urdiduras conseguimos, algunas veces, defender a las

personas; aunque, temo que alguien lo enfrente cara a cara. Sé, gracias a Dios, que eso es transitorio, que solamente el Bien es eterno; con todo, esos espíritus son terribles. Como quieres saber los puntos estratégicos de esas sombras, podré indicártelos y que Jesucristo te bendiga en los trabajos de deshacer ese batallón de maldad. En el caso de que sirvamos para alguna cosa, estaremos los compañeros que nos ayudan y yo, a tu entera disposición.

- Hijos míos, vamos a poner nuestros corazones al servicio de Cristo. Fue Él quien nos enseñó que el Amor cubre la multitud de los pecados. No existe ser alguno, aunque sea todo maldad, que el Amor no lo desvanezca, o no penetre en lo más profundo de sus entrañas, llevando el mensaje de renovación. Dios no nos creó diferentes unos de otros; somos todos iguales, con las mismas tendencias y con el mismo destino. Todo lo que observamos, y que creemos que es un desastre en los caminos humanos, tiene como objetivo el Bien, siendo males aparentes. Verdaderamente, la esencia de todo es el Amor, que incluso sin mostrarse exteriormente, vibra en el interior, aunque con menos intensidad, y es en este campo que iremos a parar. No podemos dudar del poder insuperable de la Fe y del Amor, que la misión de la Luz nos sugiere. Quien pretende y trabaja en el Bien, nunca está desamparado, y nosotros, los voluntarios de esa guerra, tenemos que prepararnos, pues el Bien es la ciencia en la cual quien más ama, más glorias tiene.

Hizo una pequeña pausa y continuó, con delicadeza:

- Cuando el alma encarnada o el espíritu libre en el plano espiritual se aparta temporalmente de los caminos espirituales, se siente íntimamente perdida y sin remisión, sintiéndose envuelta en un clima tan negativo, que le entorpecen los centros más sagrados de la propia vida y la consciencia se le figura un infierno. Pero, como nada se

pierde y todo se renueva en las bendiciones de la luz, llega el día de la inauguración inevitable de la renovación interior, de la limpieza espiritual para instalarse en la conciencia y en el corazón, por orden de Dios. La misión de Jesucristo no fue otra en los caminos del mundo. Y Sus discípulos, los continuadores, y los compañeros de Sus discípulos, los agentes del Bien, que se esfuerzan para vivir Su más puro Amor, procuran dar el testimonio, en convivencia con el resto de la humanidad, por ser todos hijos del mismo Dios.

La luz no puede temer a las tinieblas, sólo necesita de esta para identificarse. La Verdad es el programa del Creador que, no necesitando de la ayuda humana, se impone por naturaleza divina e inspira a las más nobles creaciones. Vamos a unirnos para el Bien. Esta unidad es, por excelencia, gloriosa. Si por ventura aparecieran problemas, si surgieran sacrificios, si la depresión nos tortura, acordémonos del Apóstol Pedro, en el capítulo cuatro, versículo catorce: "Si por el nombre de Cristo, sois injuriados, bien aventurados sois, porque sobre vosotros reposa el espíritu de la gloria de Dios". Y el Apóstol Pablo, en carta a los romanos, capítulo ocho, versículo diecisiete, propone con eficiencia: "Si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; si es que padecemos con él, para ser también glorificados con él.

Nuestro hermano Ernesto es un sufriente rebelde con los métodos de disciplina ajustados en su camino, es decir, con el propio carma. Nos sería difícil ayudarlo, si compartiéramos con él su rebeldía, o su odio, su venganza, si no utilizamos el perdón. No obstante, si consiguiéramos darle algún amor, él reconocerá la existencia de Dios, y como hijo pródigo, volverá a la casa paterna, con el pergamino preso en los dobleces del corazón. Viene de los campos de batalla, lleno de experiencias, como nosotros en el pasado, y se hará

un verdadero soldado del Maestro, por inducción matemática, en la madurez del alma. La sublime citación *ninguna de sus ovejas se perderá* motiva con gran interés a la renovación interior, y a la esperanza de que todos se salvaran de la ignorancia. Preparémonos para la lucha, con mucho amor, que él es siempre el Sol, hoy, mañana y eternamente…

El grupo *Unidos para el Bien* estaba entusiasmado, y Juan Evangelista daba los últimos retoques en la ciencia del Amor, para todos ellos, los soldados de Cristo. Llegada la hora de la partida, se dispersaron en todas las direcciones de la patria de los Césares, rumbo a sus objetivos.

Periódicamente, se reunían para exponer los trabajos desarrollados, y la valoración respectiva. La meta del grupo era servir sin reclamar, amar sin exigir, perdonar sin límites y comprender sin dificultades. Los grupos de trabajo utilizaban grandes procesos, complicados esquemas de servicios, para las consultas referentes al esclarecimiento y al toque del Bien que deberían dar a los hermanos de las sombras. Todo aquello era estudiado con amor y solucionado con el mayor cariño, por aquellas almas que se colocaban en la atmósfera de la Tierra, llamadas por la Luz, para encender la llama de la liberación en las profundidades de muchas conciencias. Y Juan Evangelista los une a todos, sin reclamar, acertando detalles y mostrando los caminos a los agentes de la Paz. Los resultados fueron de los más apreciados, siendo saneado el pesado ambiente de la tierra de Rómulo y Remo. Los dioses, si así podemos decir, estaban a favor de la educación espiritual de las entidades en tinieblas, convirtiéndolas, o apaciguándolas en lo concerniente al mal; era el Sol de la Verdad brillando en el cielo de Italia.

El Vidente de Patmos asistía constantemente a su futura madre, en el caserón de los Bernardone. Tenía todo el cuidado al oír a sus discípulos, en los asuntos ligados al astral

inferior, para que las formas mentales referentes a los temas no pasasen por los hilos unidos a su futuro cuerpo y afectase a su dedicada madre. Oía y pensaba, hablaba y enseñaba a los trabajadores del Bien, adecuando su poderosa mente, como si fuese un circuito cerrado, sin que Pica participase de los asuntos, lo que le podría traer complicaciones a su estado. Aproximándose a los siete meses de gestación, se volvió más emotiva, derramando abundantes lágrimas por cualquier noticia o pensamiento que le hablaba al corazón. La asistencia de Jarla era constante, sin embargo, era necesario hacer algo más, lo que Juan no dejó esperar. Pedro viajó a Francia, y ella y Jarla se encontraban en el vasto quintal, donde un árbol extendía sus frondosas ramas, dándoles techo y asegurándoles aire puro. El susurro de los vientos tocaba canciones de esperanza y nostalgias y Jarla contaba a la señora lo que comprendía sobre la filosofía de Sócrates y de Platón. Decoraba los duelos de estos sabios con los sofistas de su época, y a Pica le encantaban las cosas filosóficas de los antiguos maestros.

En aquél ambiente, el Apóstol de Cristo se aproximó a las dos mujeres en perfecta sintonía con la Pureza y la Verdad, tocando más sus sentimientos. Maria Picallini interceptó la conversación, recordando a su antigua sirvienta el Ángel que debería nacer de ahí a pocas lunas, y que ya hacia tiempo que no soñaba con él. Y la antigua servidora, con palabras amables, dijo que la esperanza y la fe no podrían desanimar en el corazón de una madre, principalmente de la madre que ella habría de ser. Ella sonrió y obtemperó:

- Que Dios la oiga, hija mía, y que haga de nosotros según Su voluntad. Y con gran alegría, concluyó:

- Que la paz del Nazareno sea con nosotros.

Juan aprovecho el ambiente de emociones divinas, de sentimientos elevados, y puso las manos espirituales en el pecho de su futura genitora, atrajo la contraparte de su corazón, y dio un beso en el centro de su vida, con todo el amor que podía dispensar al alma que gestaba el aparato que él utilizaría en el mundo en favor de toda la humanidad. El tórax de doña Picallini se volvió un sol, expandiendo luces a su alrededor y sus poros parecían prismas encantadores, advirtiendo a las tinieblas con voz clara. En el auge de estas emociones, Juan le dio algunos pases en círculos, rodeándola de luminosidad azulada, comprimiendo las franjas del azul que se debilitaba a una distancia de dos metros, con una encantadora luz anaranjada. Se demoró un poco en profunda meditación, dando por finalizadas las bendiciones de garantía a su próxima morada de carne. Y volvió a su puesto de trabajo.

Conforme solicitó a sus asesores, recibió la dirección de Carmellini, que aún se hallaba encarnada y de su padre, en espíritu, comandando el batallón de almas afines a sus equivocados sentimientos de maldad.

Ya habían partido todos en socorros y Juan partió también, con sus auxiliares, rumbo a Florencia, al encuentro de la hija de Ernesto. Casi al mismo tiempo, el jefe del batallón de las sombras escogió a algunos de sus compañeros para, junto con él, barrer Florencia en busca de una mujer que deseaba hacer prisionera. Esa mujer hacía ya diez años que estaba internada en el mismo sitio de asistencia en la que Carmellini fue acogida. Era una matrona que, en tiempos pasados, molestó a mucha gente con poder en demasía y maldad en abundancia, y que arrepintiéndose después, se internó en la casa de las Hermanas del Bien procurando olvidar el mal y el pasado. Pero el verdugo Ernesto, siendo uno de los ofendidos, no se olvidó y deseaba vengarse. Se

prometió a sí mismo matarla y apoderarse de su alma, esclavizándola sin piedad, con la intención de hacerla sufrir eternamente.

Y los cuervos de la maldad comenzaron a sobrevolar la casa de asistencia, sin saber que las aves de luz ya estaban conviviendo con aquellas hermanas de la caridad que, convertidas, trabajaban convirtiendo hermanos para Cristo. El viejo leproso se preparaba para el encuentro con la antigua mala mujer. Como él decía, le partiría el cráneo, desatando de repente los lazos que la prendían a la Tierra, para, en el mismo instante apoderarse de lo que quería. Sus servidores estaban en sus puestos, debidamente preparados para llevarla encadenada, y ella respondería por sus crímenes en el tribunal que formó, con todos sus verdugos. Sería una noche de gloria…

Entretanto, el destino era otro… Juan Evangelista, que llegó antes que el verdugo, buscaba a su hija, encontrándola ya en los últimos momentos de su existencia en el mundo. Entró en el humilde cuarto y presenció un cuadro aterrador: Carmellini, con edad avanzada, cubierta por un fino lienzo y el cuerpo en llagas, no tenía fuerzas ni para toser. Sus pulmones, examinados profundamente, parecían trapos rotos y sucios, sin la menor resistencia a cualquier tratamiento. Una asistenta, de vez en cuando, le limpiaba una espuma amarillenta que brotaba por la comisura de su boca. La respiración, casi apagada, mal movía el cansado corazón.

El ciudadano de Éfeso, que así se hizo por el corazón, se revistió de piedad por aquél ser, llenó los sentimientos de amor, encendió la luz mental de todo entendimiento, reconoció la necesidad de presentarse con bastante edad, y luego su cuerpo periespiritual obedeció a sus intenciones. Agarró con las manos arrugadas, la cabeza espiritual de Carmellini, la colocó en su pecho paternal e inició los

primeros socorros a aquella alma que, en su partida, ligaría la llave de luz en el corazón de alguien que tanto la amaba. Juan no dejó a la enferma despertar en el plano espiritual y sus pases eran calmantes. El ambiente era todo de paz. El silencio urdido por las circunstancias ayudaba a los trabajos idealizados por la luz.

Ernesto estaba enfurecido por no encontrar a la persona deseada. Por fin, faltaba examinar los fondos de la casa de caridad. Avanzó, como en la guerra, y penetró en el sencillo cuarto. Vio tendida en el viejo catre a una mujer agonizando. Cuando se fue girando sobre sus propios talones, como un rayo, para que la situación no provocase desánimo en su nefasta actitud, el Padre Juan fijó en su mente una profusión de luces, haciéndolo mirar por largo tiempo a la enferma. Buscó en él los recuerdos de su hija, y él reaccionó con todas sus fuerzas mentales; no obstante, no se adelantó, pues quedó preso, como por encanto, en el aspecto de la enferma y se encontró con una transformación mágica: aquella vieja enferma tomaba la forma de la linda joven Carmellini de los tiempos pasados. Él pasó la mano izquierda por los ojos sobresaltados, pensando que estaba soñando despierto; todavía, la visión aumentaba: era ella misma. El Padre Juan se hizo presente con ella en el regazo paternal, dándole todo el amor y acariciando sus cabellos blancos, amarillentos por casi un siglo de existencia. Ernesto movía la gran cabeza, como para sacar de sí los pensamientos, pero no lo conseguía. A la misma hora en que veía a la vieja en estado de coma, tendida en el lecho de la muerte, veía igualmente a su hija del corazón, y los recuerdos eran todos de una nitidez impresionante.

Con el tiempo, Carmellini fue a parar a Florencia, conducida por algunos gitanos, con los cuales se familiarizó, tornándose hija del medio. Los andariegos, viendo en ella

alguna lucidez, creyeron conveniente llevarla por el mundo, porque no tenía parientes ni interesados que pudiesen confundir su ida. Y esta olvidó su procedencia, y no hacía notar la falta de sus familiares. Rodó por muchos lugares en Italia, sin exigir nada de los gitanos, trabajando para ellos y prestando gran atención a sus hijos; la cocina era para ella un deber de mucha alegría. Y así pasaron los años. El tiempo le fue trayendo cierta conciencia y, algunas veces, le venían a la mente, recuerdos de los que quedaron en casa, cuando salía al campo. No obstante, esos recuerdos le traían muchas aversiones y se esforzaba por olvidarlos, dedicándose al trabajo, pues en él se sentía recuperada.

Cierto día, cayó enferma; los largos viajes, el cambio de temperatura y el trabajo intenso desnutrieron cada vez más su frágil organismo, poniéndolo en peligro. Sus pulmones estaban amenazados por la tuberculosis y por el asma, que le quitaban la felicidad de antes, de respirar libre y profundamente. Pasaba las noches sin conciliar el sueño y, por no ser útil más para el grupo, fue dejada en Florencia, bajo los cuidados de mujeres piadosas, en una comunidad de las Prometidas de Cristo. Allí aprendió, incluso estando enferma, muchas cosas del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo que, en el fondo del alma, no ignoraba. Cuando practicaba la oración, sentía un placer indecible en el corazón. Tenía a las hermanas como verdaderas madres, y consideraba a la comunidad como su propia casa. Sufría, sin por eso envolverse con los frutos del sufrimiento, de la tristeza, de la melancolía y del miedo. Encontró la paz junto a aquellas almas que tenían en Cristo el punto central de sus atenciones. La esperanza nació, creció e iluminó su vida. Sin embargo, con la gravedad de su estado y los recelos del contagio, las compañeras de la caridad, la trasladaron a un sencillo cuarto aislado, y solamente dos viejas sirvientas,

exentas del contagio por la edad, podían mirarla con el debido interés, pues igualmente procedían de lugares ignorados, que fueron compradas en mercados que cambiaban esclavos, por dinero u objetos.

Y el estado de Carmellini fue empeorando cada vez más. En aquella época, la llamada peste blanca, enfermedad temible, era incurable y contagiosa, hasta el punto de aislar a las criaturas contaminadas.

La tos marcaba al enfermo y servia de aviso a los que se aproximasen. Carmellini no se desanimaba y no se enojaba con la situación; no temía su destino y adornaba su patrimonio mental con pensamientos encantadores, creando, en el fondo de su ser, una paz imperturbable que el mundo no podía darle. Se entregó a Cristo, que hasta entonces lo conocía por lo que oía hablar de Él. Estaba muy agradecida a las personas que la acogieron en aquél paraíso.

Es necesario recordar que en la conciencia de Ernesto, considerado verdugo, equivocado cada vez más acerca de la maldad, por increíble que pueda parecer, en el seno de todo el odio practicado, en el desbravar de la selva de su conciencia, descubrían, de vez en cuando, algunos rayos de piedad, ante el sufrimiento ajeno. Era inútil el esfuerzo que hacía por cubrir o apagar ese raquítico sentimiento, plantado por el tiempo e irrigado por Dios. El Cristo interno, existente en cada ser, comenzó a despertar, como en una gestación del nacimiento en el campo uterino. El tiempo es lo suficiente para marcar el propio tiempo que deberá llevar en la formación del envoltorio de carne. La semiente sembrada en el seno de la tierra tiene el mismo destino: apropiarse de las cualidades de la naturaleza y, en la hora adecuada, germinar verticalmente en busca de la luz, en busca del cielo… ¡El huevo al percibir el calor de la gallina, con la temperatura adecuada es movido de aquí para allá, a la espera del tiempo,

que es la mano de Dios en la formación de las cosas, y de la propia vida!... Y el pollito siente en el pecho, el ansia de libertad, y comienza a oír la voz interior, y parte la cáscara que antes era intraspasable y, si por ventura no encuentra fuerzas para tal cosa, ellas vendrán en su auxilio del exterior y el huevo será partido.

Y con el hombre no es diferente. Ernesto, ya nacido para la carne, necesitaba nacer aún para el espíritu, y la hora sonaba, sin que nada lo pudiese retener. Juan Evangelista, como maestro de las cosas del espíritu, hacía como el ave-madre: si por ventura se demorase en nacer, estaría allí, en nombre de Dios y de Cristo, para despertarlo del sueño engañoso de las líneas evolutivas, para la plenitud de la propia vida en expansión infinita.

Es justo recordar los preceptos del Maestro, que hablaba siempre por intermedio de Sus discípulos, como objetivos de primera apertura; y he aquí la opinión de Pablo a los Efesios, capítulo cuatro, versículo veintidos, que podemos ajustar al caso de Ernesto: "Debéis despojaros de vuestra vida pasada, del hombre viejo, corrompido por las concupiscencias engañosas." Y prosiguiendo, en los versículos veintitrés y veinticuatro, así determina con seguridad: "Renovaos en vuestro espíritu y en vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdadera."

* * *

Volviendo al humilde cuarto donde Carmellini vivía sus últimos momentos, vemos al verdugo contumaz ir perdiendo sus fuerzas de maldad, comenzando a olvidar el odio y a perder el interés de liquidar a la antigua rival de tiempos pasados. Ernesto fue tomado por sentimientos de amor y su

reacción encendía aún más las nostalgias de la hija inolvidable. Su mente, rememorando el pasado, ayudaba al ambiente para que su amada revistiese el ropaje de aquella época. Él comenzaba a perder la fuerza en las piernas espirituales, y para no dejar caer la espada, por faltarle fuerza en los brazos, la enterró en el suelo vencido del aposento, y ella tomó la forma de cruz ante la vieja moribunda, que por fuerza de los recuerdos de los que se hacía esclavo, se presentaba con el aspecto de su joven hija y él no sabía a cual de las dos debería abrazar.

Juan Evangelista, ya inundado de luz, la llamó con delicadeza:

- ¡Carmellini!… ¡Carmellini!… ¡Aquí está tu padre, hija mía!... Llegó la hora de prestarle tu auxilio. Procura acordarte, con toda intensidad, de tu hogar, de los tiempos pasados, y principalmente de Ernesto, ese corazón que tanto te ama. Revístete de coraje y muéstrale el camino por tu amor. Nadie se pierde eternamente; ayuda a tu padre a nacer como nuevo ser, en espíritu y verdad. Compadécete de los que sufren y bendice a los que aún ignoran la Verdad.

Ella, transformada, se levantó dirigiéndose al jefe del batallón, pero antes vio la cruz formada por la espada, y primeramente se arrodilló frente a aquél símbolo de renovación de la humanidad, y la besó como una puerta por la cual los renovados pasan para la plenitud del Amor. Ernesto parecía electrocutado al impacto de las emociones, y las lágrimas brotaban en sus horribles ojos, sin que él las pudiese disfrazar. Su aura presentaba visibles señales de amor, y de sus ojos caían escamas horripilantes, dejando que su vista encontrase lo que tanto buscó por la violencia: Carmellini. Miro al padre Juan, comenzando a sentir celos y rebeldía contra el apóstol, porque pensaba que él era uno de los raptores de su hijita, pero luego olvidó esas ideas, viendo

nuevamente en el compañero de Jesús, una dulce paternidad. Sintió sus ojos presos a los de él, y la mente del discípulo del Amor invadió todo el campo emocional de Ernesto, ayudándolo a sentir el bien en todas sus anuencias. Carmellini se levantó de delante del símbolo de la paz, miró detenidamente a Ernesto y reconoció a su padre. Abrió los brazos y cayó sollozando en su pecho, como lo hacía antes, en el lugar que les servía de cuna. Besó el rostro arrugado de su padre, con el mismo amor, y este, acelerando su sagrada promesa de paz en el corazón, también lloró sin medida. Las palabras no le salían, las ideas no se le formaban bien, por las emociones que intercambiaban energías inestimables. El tiempo pasaba sin que ellos lo percibiesen, y Juan, sin hablar, esperaba la fermentación del amor en aquellos dos corazones.

Ernesto percibió un ligero sueño, visitándole sus entrañas espirituales, y se entregó en los brazos de ese estado de inconsciencia que tanto merece el estudio de los hombres. Carmellini se sentó al lado de su padre, con la ayuda de su Ángel voluntario, y acariciando su cabeza, preguntó al apóstol cómo ocurriría todo. ”¡Este es mi padre!... Quiero saberlo todo y para dónde iré con él. Nunca más lo dejaré. Si el señor estaba ayudándome a devolver a la memoria, debe ayudarme a hacerle comprender su estado, a creer en Dios y a aprender con Jesús que somos eternos, en la eternidad de la vida y que el mal no compensa para quien desea servir a Cristo.”

El Padre Juan sonrió amablemente, y movió la cabeza en señal de aprobación. El escuadrón de Ernesto, ante aquél cuadro, se deshizo, ahuyentado por la presencia de la Luz. Sus componentes buscaron la morada de las tinieblas, que les servían de escondrijo, para avisar a los otros de lo que

ocurrió con el jefe, notificando que él dormía profundamente en el regazo de su hija.

El Vidente de Patmos cortó inmediatamente los lazos que prendían a Carmellini al cuerpo físico, operación sencilla para él, dado su grado evolutivo. Y ella se sintió libre, con leves estremecimientos causados por lo que le restaba de su conciencia. El envoltorio carnal de la hija de Ernesto dio el último suspiro. La noticia, al rayar el sol, corrió por toda la comunidad, y el entierro de los restos mortales no se hizo esperar, dado el miedo por la contaminación de la enfermedad aterradora.

Fueron prendidas fuego las pocas pertenencias de la vieja Carmellini, y las oraciones se sucedían en su beneficio, pues de cualquier modo, ayudo mucho a la casa de Dios. Las dos sirvientas lloraron de nostalgias, pues la tenían como amiga, que les infundía la esperanza en los cielos, y les transmitía paz a los corazones sufrientes.

La antigua rival de Ernesto, cazada por él aquella noche, se ausento por oprimentes necesidades y se encontraba fuera de la comunidad. Cuando supo de la muerte de Carmellini, cuya procedencia desconocía, suspiró aliviada:

- ¡Qué bien que murió! Aquello en la comunidad era un peligro vivo para todas las mujeres al servicio de Dios, pero Él remueve el mal de los caminos de Sus hijos, cuando este comienza a amenazar Su servicio.

El Padre Juan, notando a la hija de Ernesto ya cansada, la invitó a un breve reposo, mostrando del lado de fuera una dependencia que servía de puesto de socorro espiritual, llevando también al ex-verdugo, para el descanso recuperador.

Despertaron en otra estancia de renovación, situada en los alrededores espirituales de Roma, con el nombre de *Estrella de la Mañana*, construida por los primeros cristianos,

sacrificados por predicar el Evangelio naciente en la Ciudad Eterna. Aquella pequeña colonia fue organizada para dar asistencia a los recién llegados de la labor de la Verdad en la ciudad de los Césares.

Los dirigentes espirituales de Asís, cuando supieron de la caída del *Batallón del Verdugo Ernesto,* dieron gracias a Dios por el hecho de quedar libres del peligroso enemigo, que hacía estremecerse la confianza hasta de los más acostumbrados al trabajo del Bien.

Ernesto durmió casi una semana, despertando modificado. Carmellini, aunque faltándole experiencias para el debido socorro, estaba a su cabecera como fuente de amor para las necesidades de aquella alma, sumergida en duros procesos evolutivos. Suavemente, Ernesto fue retomando la conciencia, llamado por Carmellini. Esta pasaba sus manos, muy cariñosas, por las facciones groseras de su padre, diciéndole:

- ¡Papa, soy yo, tu Carmellini!.. ¡Despierta!... ¡Despierta!

Él, abriendo los ojos desesperados, abrazó a su hija y lloró nuevamente, como un niño olvidado por los padres, diciéndole que no lo dejase… Con algunos días más de recuperación, Ernesto ya conversaba con desenvoltura, en las dependencias de la comunidad espiritual, acompañado por su hija y algunos de los hermanos de la casa.

Juan Evangelista, entrando en la Colonia, abrazó a Carmellini, quedando Ernesto sorprendido, por no reconocer por completo a aquél espíritu de porte esbelto, que atraía con su palabra, y cuya presencia le infundía respeto y, al mismo tiempo, temor. Parecía disolverse ante aquella alma de visible nobleza. Carmellini besó sus veneradas manos y señaló al padre, diciendo:

- Ya está bien, gracias a Dios. Lo presentó a Juan, diciendo:

- Papa, este es nuestro Ángel, aquél que hizo que nos reencontrásemos, por amor a los que sufren. ¿No te acuerdas?

Con esfuerzo, alguna cosa paso por la mente del antiguo verdugo, que pidió igualmente sus manos para besarlas, lo que el Evangelista hizo primero, diciendo:

- ¿Cómo lo estás pasando, hijo mió? A lo que él respondió, con profunda melancolía:

- Bien… Bien… Señor… Espero mejorar más…

- ¡Si!... – continuó Juan – Dios es misericordioso, Su Amor transporta todas nuestras dificultades, y nos despierta para la paz, incluso en plena guerra.

Ernesto sintió seguridad en las palabras del Padre Juan, que se hizo el protector de los dos espíritus en marcha evolutiva. Necesitaba, y debía tener una larga conversación con el padre de Carmellini, de manera que ella pudiese asistir; aún era inoportuno aquél momento, pues también era necesario que el ex-jefe del batallón ganara un poco más de equilibrio y recuperase más las energías. Lo dejaría para otro día. Recomendó a los dirigentes de la comunidad, las dos almas bajo su custodia, prometiendo que volvería en breve, pues nunca se olvidaba de los trabajos comenzados. La asistencia era un deber de conciencia y esperanza encendida en los corazones de los sufrientes.

* * *

Pasado algún tiempo, Juan Evangelista volvió a la *Colonia Estrella de la Mañana* para buscar a sus dos pupilos. Estos, padre e hija, esperaban ansiosos la llegada del Emisario del Amor que, después de ser anunciado, entró en compañía del director espiritual de la Colonia en el amplio salón.

Cuando vieron al antiguo profeta, avanzaron hasta él y tomaron sus manos para besarlas con respeto y cariño. En esto, observaron que las dependencias estaban todas ocupadas, de almas de todas las naturalezas. Los vientos informaron a todos los enfermos de la comunidad de que aquél visitante era uno de los más allegados discípulos de Jesucristo el último en despedirse de la Tierra y el primero en leer detalladamente el destino de la humanidad, así como de la propia casa terrena. Escribió el Apocalipsis. Era, en la época de Jesús, hijo de Salomé y de Zebedeo y hermano de Tiago. Asistió a los primeros fenómenos del divino Maestro y tuvo la honra, si no el coraje, de asistir, en la cumbre del Calvario, a la despedida del Maestro de todos los maestros. Había viajado también con el Apóstol Pablo y convivió mucho con Pedro. Vivió, por voluntad de Cristo, con María Santísima. Hizo innumerables discípulos y maravillas en Éfeso, donde se despidió del mundo material, siendo llevado por el Maestro, a las esferas resplandecientes. Era aquél que allí estaba, ante todos los enfermos de la colonia, aquella figura imperturbable y serena que impresionaba a todos solamente con su presencia encantadora.

Se hicieron filas, para oír palabras de cariño y de esperanza, del Mensajero de la Paz. Juan estimulaba la Fe en los que lo contemplaban. Bastaba mirarlo para ser despertada la Esperanza, encontrándola en la luz que se irradiaba de su personalidad resplandeciente.

En el momento en que atendía a los sufrientes, su poderosa mente, en forma de mil manos, buscaba fluidos en todas las direcciones de la naturaleza y esa masa de elementos espirituales se acumulaba a su alrededor, como si fuese una nebulosa en formación. Seleccionaba uno por uno, los gránulos luminosos, haciendo descargar los inconvenientes para aquella operación, por canales que luego

surgieron a su lado, como si fuesen hilos-tierra. De su corazón partía una luz azul de indescriptible belleza, que se inyectaba en la gran masa del magnetismo espiritual, y, en una décima de segundo, buscaba a Cristo en una corta oración. Y una claridad verdosa fue la respuesta para el Apóstol; una gran luz se proyectó, uniéndose con toda la operación, identificando, en aquella hora, un fenómeno energético, obedeciendo fielmente a la voluntad del Mensajero de la Verdad y del Amor.

Juan hizo, de hecho, amanecer la esperanza en todos los hermanos en aquella dependencia de la caridad, en nombre de Dios y de Jesús. Todos los que tocaban sus veneradas manos y las besaban, sentían emociones que se aproximaban a la felicidad, y, en el acto de fe cristiana, salía, como por encanto, una parte luminosa como una pequeña estrella, de gran cantidad de fluidos que circulaban por encima de su cabeza, y se adentraban en el corazón, por las vías de la Esperanza, de cada uno que manifestaba su gratitud por la presencia del Apóstol en las dependencias de la colonia. Los enfermos que se colocaban en filas interminables no veían de dónde partía aquél bienestar indecible que sentían al tocar al Profeta de Éfeso. Todavía, el director espiritual de la Colonia, así como dos señoras respetables que estaban a su lado, presenciaban por facultades espirituales el fenómeno de Amor, producido por el discípulo de Cristo. La emoción llevó casi al éxtasis a aquellas almas nobles en el deber de la caridad, que lloraban bajito.

Juan Evangelista percibió que faltaba mucha gente, cuyo estado grave les impedía participar del pan que descendió del cielo, por misericordia de la Providencia Divina. Podría emitir desde allí los fluidos que sobraron para los enfermos que no pudieron comparecer; no obstante, pensó que era más conveniente buscarlos uno a uno, pues el valor que daba

a sus hermanos y a las cosas de Dios llegaba a la secuencia del Amor, y quien ama no desprecia, no desdeña, no olvida, no hiere, no teme, no se cansa. El amor es un Sol, donde quiera que sea.

Después se deshizo el pequeño rebaño de la colonia, volviendo cada uno a su debido lugar, todos llenos de Alegría y de Esperanza. Si pudiésemos ver todos los corazones, diríamos que brillaba en ellos una luz, que debería durar muchos meses, sustentando el buen ánimo en cada uno, para las luchas de cada etapa. Y la conciencia registraba la presencia grandiosa de aquél hecho, como reserva de estímulo para la eternidad.

Saliendo de allí, de aquél bienestar fraterno, el Apóstol visitó todas las otras dependencias de socorro, con los directores de la colonia, tocando uno a uno, con una amabilidad sin precedentes. Muchos estaban en profundo sueño, y de entre estos, varios despertaron con los pensamientos desordenados, sin saber dónde estaban, llamando a personas de su antigua amistad, y luego las manos santas los cubrían de cariño y de amor.

Ernesto y Carmellini parecían estar en el cielo y, de vez en cuando, uno murmuraba en los oídos del otro:

- ¡Qué felicidad la nuestra, al encontrar a este Ángel de Dios! ¿Por qué la gente, cuando se encuentra en la Tierra, no conoce esas verdades como ellas son? Parece un sueño… la vida es mucho más bella de lo que es contada por los grandes poetas o por el entusiasmo de iluminados tribunos.

Es importante recordar que esas colonias espirituales que de vez en cuando citamos, están en la atmósfera de la Tierra, y que la acompañan por donde ella gira, en muchas de sus oscilaciones cósmicas. Obedecen a las mismas leyes, aunque en dimensión diferente. El Espíritu, cuando deja su envoltorio físico en el mundo terrenal, viaja a otra esfera con

el cuerpo espiritual – o periespíritu – que puede alcanzar alta fluidez, cuando se trata de un alma pura, o aproximarse igualmente al cuerpo de carne, cuando se trata de un espíritu ignorante. La escala es, por tanto, infinita.

El Padre Juan se encontraba a solas con los dos pupilos, en la despedida de la madrugada. Conversaron debajo de un frondoso árbol, todo florido. Suaves vientos soplaban con ternura y disciplina. El aroma de las flores se hacía presente, como queriendo formar parte del diálogo, en favor de aquellas dos almas en busca de la paz espiritual. Ernesto, el antiguo verdugo, terror de las almas sufrientes, estaba allí pensativo, con su mundo íntimo en conflicto. Miles de preguntas asomaban a su mente, aún en desequilibrio, comparada al hervor del agua en ebullición. No quería perder tiempo, ni tampoco oportunidades de hablar con aquél compañero de Cristo, que tal vez no encontrase tan temprano, o nunca más. Una voz interna le hablaba:

"¡He ahí el agua de la vida! ¿Tienes sed? ¡Bebe!... ¡Bebe cuanto puedas y resucitarás para una vida feliz!"

Carmellini, irradiando alegría, quería conversar, preguntar, dialogar, entender, pues ya lo tenía como padre espiritual. El silencio provocaba el asunto, y el Padre Juan, serenamente, comenzó, diciendo:

- Hijos míos, estamos, por bendición de Dios, en esta estancia espiritual, que la bondad de Jesucristo nos concedió. Nuestro querido Ernesto acaba de llegar de un temporal; renovado, se siente un poco abatido por lo que pasó en las sendas recorridas, pero no ha de ser nada. Si el amor cubre todas las infracciones, en el decir del antiguo código de Dios, si el amor cubre todos los pecados, en la afirmación del verbo de Cristo, ¿que nos queda por hacer en estos momentos? No perder tiempo, en el tiempo que se nos concede por la gracia del Creador, y amar a quien ofendimos, amar a los que juzgan

ser nuestros enemigos, amar a los sufrientes, a los encarcelados, a los hambrientos, a los desnudos de todas las especies. Amar sin condiciones y sin pretender beneficios… El amor es, por excelencia, la única fuerza de toda la creación, que Dios utiliza para mantenernos en los esplendores de la vida.

Luego vosotros debéis, por inteligencia, familiarizaros con el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, porque él es la síntesis más perfecta de todas las leyes cósmicas universales. Recordemos a Mateo, capítulo siete, versículo siete: "Pedid y se os dará". Dentro de ese pergamino de luz, hijos míos, existe todo lo que por ventura puede necesitar la humanidad. No obstante, es conveniente que comprendamos el sentido de la palabra de Jesús: *El buscad y hallareis* es el esfuerzo propio de cada corazón en busca de la Verdad; es igualmente el esfuerzo colectivo de un hogar o país, de un mundo o constelación, en el objetivo de la armonía universal. *El llamad y se os abrirá* es la continuación de la búsqueda, sin desánimo; es la persistencia en los ideales del Amor y de la Caridad, en la liberación de los sentimientos superiores. Es la firmeza del Bien, que se divide en millones de caminos, para que aprendamos a amar sin exigencias, a vivir sin maldad. *Y el pedid y se os dará* nos sugiere pedir comprensión con humildad, pedir a la Inteligencia Divina que nos inspire en los momentos en que buscamos y llamamos a las puertas de la Verdad. Es pedir a los otros el perdón, cuando los ofendemos; es pedir a quien sabe más que nosotros que nos instruya acerca de las cosas sagradas y es pedir en oración por la humanidad entera. Eso es el principio de la apertura de esos entendimientos, que alcanzan el infinito.

Cuando el alma se inicia en esos entendimientos, otros prismas de luz darán una visión más amplia, de lo que puede ser el *pedir, llamar y buscar.* Si ese versículo nos trae tanta

sabiduría, ¿y el resto del Evangelio? Un tribuno evangelizado podría hablar mil años, sin parar, de los preceptos de Cristo, y aún tendría tema para un tiempo indeterminado. ¡El Evangelio es el pan que descendió del cielo, es el agua pura que vino a la Tierra, es la luz que ilumina a la humanidad! Apeguémonos a él, y seremos salvos para siempre.

Carmellini y Ernesto estaban pasmados por la belleza del tema tocado por el Padre Juan, y del tono encantador que él daba a las narrativas. Sus interpretaciones cantaban maravillas dentro de sus almas, como suave sinfonía. Querían preguntar alguna cosa, pero el viejo Apóstol de Jesús, como adivinando sus pensamientos, levantando la mano los interrumpió y proclamó con entusiasmo:

- Hijos míos, todos nosotros formamos parte de una sola familia y de un sólo rebaño en este mundo que nos sirve de morada, en el cual existe un sólo pastor, que es Nuestro Divino Maestro; Su dirección es el testamento que nos legó. Quien quiera encontrarlo que se esfuerce para entender lo que dice. Es justo que queramos saber dónde están aquellos que nos fueron queridos en la existencia terrena; no obstante, ¿cuántas veces pasamos por allá? Si en verdad queremos, por gratitud, ayudar a quien nos sirvió en los caminos evolutivos, debemos auxiliar a la humanidad entera, pues toda ella participó para la manutención de nuestra propia vida. Y, fuera de la humanidad, todo lo que existe nos está ayudando permanentemente. Existe, además, una ley que debéis conocer, que no yerra la dirección de los que la merecen. Donde nuestros antiguos compañeros estuvieran, estarán rodeados por amigos y fuerzas compatibles con sus necesidades. Lo que pasamos y algunas veces tachamos de contrastes, son reveses benefactores que nos ayudan a despertar en nosotros la naturaleza divina, entremedias de la naturaleza humana. Ya nos dijo hace mucho tiempo, un sabio

griego: “Todas las consecuencias nos llevan a la obediencia”. Tengamos firmes los pies en la construcción del Bien, y seremos llamados para la felicidad, y quien trabaja sin reclamar, en la difusión del Amor, será siempre ayudado por la luz de Dios, en inspiraciones constantes.

Nadie puede amar sin perdonar, nadie puede perdonar sin entender, nadie puede entender sin analizar y nadie puede analizar con buen sentido sin sentir en el corazón la Fraternidad, que se trasforma para los otros, en diferentes modalidades del Bien. Nosotros, para entender el valor de la libertad, seguramente deberemos someternos a las prisiones, ser encarcelados por las reacciones exteriores y, por último, por la conciencia. La luz se define porque existen las sombras. Busquemos la Sabiduría, porque estamos aún envueltos en la ignorancia. Reconocemos el Sol como agente benefactor, por causa de las sombras de la noche. Creemos que el aire es una bendición de Dios, cuando ese fluido divino comienza a faltarnos. La nostalgia nos asevera de que, al caminar junto a las personas que amamos, debemos dispensar más cariño. El arrepentimiento nace de los contrastes de la conciencia, que abren nuestros sentidos para otro tipo de vida, y, los caminos de la felicidad, solamente los encontramos después de una larga tormenta en las sendas del error.

Ahora, hijos míos, estáis despierto para Cristo y eso es muy grandioso en la vida de cada alma en particular. Y la alegría mayor es que no existe regresión de los valores conquistados, que, por así decir, nos fueron entregados por misericordia de Dios, nuestro Padre Celestial. Debemos comprender que no existen distancias para quien ama, y, si quien ama es amado en la misma dimensión por el alma afín, aunque estén separados por distancias inmensurables, de mundos a mundos, de constelaciones a constelaciones, de

galaxias a galaxias, en la extensión infinita del universo, se sienten como si fuese uno sólo en la unidad, por la forma del Amor. No es solamente sentir, sino poder dialogar como si estuviesen presentes en la explosión de las facultades oriundas de ese Amor, que es la vida universal, que es Dios sustentando toda Su creación.

Ernesto y Carmellini no paraban de llorar, silenciosamente. Comprendían que el viejo Apóstol estaba adelantando las respuestas a las preguntas que intentaban hacer. Las lágrimas, en este caso, eran para ellos una terapia urgente, esclareciendo sus mentes y sustentándoles el corazón para nuevas luchas que deberían comenzar, en nuevos días de renovación. Carmellini pudo hablar con dificultad:

- Padre Juan, no sabemos cómo agradecer tanto amor para con nosotros, tanta caridad que nos dispensa, tanto interés por nosotros, seres inferiores, prisioneros por actos indignos. ¡Yo no quería preguntar, mas el señor!... su precioso tiempo… Se calló, frotándose las manos como un niño indeciso. Ernesto, que consideraba ser falta de respeto interrumpir a aquél ser de tanta responsabilidad, ante las conciencias en aprendizaje en las cosas de la Tierra, solamente escuchó, procurando calmar su torturado corazón…

Juan Evangelista, dando tiempo al tiempo, les señaló los árboles floridos, diciendo:

- La Naturaleza es nuestra hermana mayor; sus ejemplos calan de manera indecible en nuestros corazones y en nuestras conciencias. Ante cualquier depresión que a veces nos alcanza, una simple meditación delante de esos cuerpos vegetales, meciéndose en la suavidad de los vientos, nos devuelve la serenidad. ¿Esas flores no parecen las sonrisas de nuestras compañeras de retaguardia? ¿Sus gajos

no parecen brazos y manos suplicando a Dios? El clima aquí es saludable y disfrutamos de un ambiente ameno, por la ayuda de esos árboles, de cierta forma extraordinaria, que nos dan aquello que se propusieron dar por su estructura intrínseca, en el concierto de la vida universal. Así son las aves, los peces y los animales, participando todos de la existencia humana y dando su contribución, sin que la exigencia sea la idea central, lo que generalmente ocurre con los hombres. Nada hay en el mundo que no sea inútil.

En un pequeño intervalo, Ernesto quiso preguntar, pero, la fuerza del silencio lo impidió y su hija se anticipó en estos términos:

- ¡Permítenos llamarte *Padre Espiritual*! Todo repercute más en nuestras almas, por sentirnos seguros en tu paternidad… Quiero preguntarte, y, tal vez también mi padre, ¿de qué modo debemos ser fieles a la vida y al prójimo? ¿cómo ayudar al progreso y a la humanidad, si sentimos que no poseemos nada útil? El impulso de dar la mano a los que sufren, no nos falta en el momento. Sin embargo, somos ciegos, sordos y enfermos a la voz del Bien y nada, nada tenemos para dar… ¿Cómo seremos fieles, sin experiencias suficientes y si las pruebas no nos permiten serenidad para tal? Si por ventura existiera algún gesto de virtud dentro de nosotros, seria muy pequeño, que no vale la pena intentar repartirla con los que pasan las mismas pruebas. ¿Qué nos dices a nosotros, los afligidos, para asegurarnos bien con respecto al futuro?

Carmellini calló, esperando ansiosa, con hambre y sed de justicia, la respuesta del viejo maestro, en la que debería saciarse. El antiguo discípulo de Cristo ojeó el Evangelio del Maestro de los maestros y se detuvo en el capitulo dieciséis, versículo diez, de las anotaciones de Lucas, que responde con seguridad, con la dignidad que le es peculiar: “El que es infiel

en lo poco lo es también en lo mucho, y el que es injusto en lo poco lo es también en lo mucho." Y Juan continúo:

- Ese es el tema de la parábola del administrador infiel; no soy yo quien responde, sino el propio Jesús. ¡Si no existen, hijos míos, árboles ni animales inútiles en la Tierra y en el Cielo, menos aún hombres y espíritus fuera de la carne! Somos creaciones más o menos perfeccionadas por el tiempo; nos sería más fácil ayudar a quien quiera que sea, donde quiera que estemos. Constituye negación del bien querer afirmarnos sin utilidad delante de la vida. Todos podremos ser útiles unos a los otros y quien piense que lo poco no merece atención está completamente equivocado. La Fidelidad y la Justicia, el Amor y la Caridad comienzan en las cosas más simples, creciendo con los valores del propio tiempo. La gradación es muy importante en la vida de todo y de todos. No podemos creer en las cosas que se hacen de una sola vez, si no veamos: las letras se colocan con intervalos, para que la palabra sea entendible; así son las palabras que articulamos, nuestros pensamientos, los mundos, los soles en el espacio infinito… Todo obedece a un ritmo, para que la armonía se haga y se transforme en Amor.

Quien tiene interés en ayudar, nunca espera o piensa en que la ayuda sea mucha o poca. ¡Auxilia sin exigencias, sin medidas para más o para menos! De una gota de agua del océano podremos constatar la constitución de todo el mar. De un *Levántate y anda*, de Cristo, enfermos de mucho tiempo se levantaban y comenzaban a cargar su propio lecho. Fue de ese y de otros pequeños actos de Jesús que se construyó esa doctrina maravillosa en todo el mundo físico y espiritual… No queráis esconder lo que ya poseéis de bueno. Antes, ofrecer ese valor en nombre de Dios, que el pequeño se volverá grande por la lente del Amor, pues es dando que

realmente recibimos y es recibiendo que damos con más entusiasmo, reconociendo la gran ley de Justicia.

En cuanto a vosotros, espero que luego estéis en el trabajo, en las lídes de Nuestro Señor Jesucristo. Él os llama y no exige de los trabajadores pureza inconcebible. Es necesaria la buena voluntad, que sus manos sean trabajadoras, y que despierten en los corazones el placer de ayudar, de aprender y de amar. Estáis en una colonia de las más preparadas para el aprendizaje con el Maestro. Aprovechar la oportunidad y sed piezas valiosas en el engranaje de la casa.

Carmellini y Ernesto, encantados con la abundancia de alimentos para el espíritu, y sensibilizados con el Amor del Padre Juan, que contagia sus corazones e inteligencias, sienten expandirse en sus mentes, la voluntad de salir corriendo en busca del trabajo, en la función de la Caridad. Y el Apóstol añadió:

¡Hermanos en Jesucristo! En Timoteo, capítulo cinco versículo dieciocho, Pablo recuerda la vieja escritura cuando declara: "No pondrás bozal al buey que trilla y el obrero merece su salario." Veamos la belleza de esa expresión, en este momento oportuno para todos nosotros. Cuando no estamos haciendo el Bien con eficiencia, estamos pisando el grano de trigo del Amor; no obstante, ese grano de trigo incluso así nace, siempre que tengamos buena intención y procuremos, todos los instantes, mejorarnos. Las bendiciones del Cielo no faltaran y todo trabajador es digno de su salario. Eso constituye una gran esperanza para los operarios del Bien. Cruzar los brazos ante las necesidades es no confiar en la Providencia Divina, es dudar de sí mismo. Y el salario viene para los que trabajan, de la manera más sutil que podremos imaginar; todavía, nunca deja de venir. La contabilidad de los Cielos nos se olvida de nada, absolutamente de nada. Yo creo

que los dos serán, en breve, hermanos en Cristo, al servicio de la Fraternidad, lo que para nosotros será una gran alegría. ¡Que Dios los bendiga ahora y siempre!

Los dos, con lágrimas, ya con la dirección segura en los rumbos que la casa del Bien proponía, besaron las manos venerables de Juan, que se despidió de los directores de la comunidad y de sus tutelados, que gozaban de alegría, prometiendo un breve encuentro por las puertas mágicas del sueño. Su mayor alegría fue la de ser útil en el clima del Amor.

NACE FRANCISCO

"Yo, Jesús, he enviado a mi Ángel para testificar estas cosas acerca de las Iglesias. Yo soy la raíz y la descendencia de David, la estrella radiante de la mañana". (Apocalipsis 22:16)

El calendario marcaba 26 de septiembre de 1182. El día amanecía mostrando un limpio cielo azul y el sol concedía sus rayos nacientes, en diáfana claridad. El viento soplaba con suavidad, cuyos sonidos se asemejaban a acordes de delicados instrumentos, como si la naturaleza ofreciese melodías al mundo celestial, en agradecimiento a la presencia de quien sabía hablar a todos sus reino. Como una filigrana de luz, descendían sobre toda Úmbria sutiles efluvios magnéticos, cual delicada red de zafirina coloración, envolviendo todo en su dulce adaptación. Fuerzas cósmicas, en inteligente movimiento, anulaban cualquier actividad que pudiese empañar la cosmografía ambiental.

En el centro de todo ese paisaje paradisíaco, Asís recibía la intensidad de los afectos de su poderosa energía y el pueblo presentía que algo trascendental debería ocurrir aquél día. Ya anochecía y sobre la mansión de los Bernardone caía, levemente, una diáfana niebla como bendiciones enviadas de los páramos espirituales más elevados, en favor de sus moradores.

Maria Picallini, al sentir que la naturaleza estaba dispuesta a separar a su hijo de sus entrañas, no deseando permanecer en el lujo de la mansión, hizo que Jarla la llevase al establo, para que su hijo naciese en la sencillez de la

pureza de los animales, casi repitiéndose el cuadro del nacimiento de Jesús.

En el exacto momento en que daba a luz a su hijo, Pica, casi en éxtasis, oyó un sublime cántico en la acústica de su corazón y vio la cohorte de Ángeles que viniera a asistir al regreso a la Tierra, por los canales de la reencarnación, de un espíritu de elevada envergadura, haciéndose hombre en los caminos del mundo. Y cantó también acompañando a la melodía de los cielos.

Jarla, que llevaba consigo los preparativos necesarios para el parto, emocionada separaba madre e hijo, cortando el lazo físico que los unía, eternizando así los lazos espirituales de aquél ser con toda la humanidad.

Alrededor del establo los animales comparecieron y parecía que inclinaban sus cabezas reverenciando a aquél que llegaba de una esfera resplandeciente, con la sagrada misión de amar con aquél amor que no escoge, desde los insectos hasta los astros. El Sol y la Luz fueron el principio de su amor infinito. Y los animales presentes allí incentivarían su grandioso corazón, para dentro de él halagando al mundo y a los hombres. Francisco nacía, como Jesús, en la pureza de la naturaleza y en la compañía silenciosa de los animales. Y cuando el niño entonaba el primer cántico de las criaturas que nacen, su madre preguntaba a la dedicada sirvienta: "Jarla, ¿quién nos visita? Torrentes de lágrimas mojaban su pecho que palpitaba con el ritmo natural de esos momentos. Y la compañera fiel respondió, llorando de alegría y placer, sin entender sus propias emociones, mezclándose en la fusión de la Luz:

- ¡Es!... ¡Es hombre! ¡Debe ser él mismo!...

Y antes de limpiar al niño y vestirlo con las ropas lujosas, lo cubrió de besitos, con la ternura de compañera y sierva, recordando con toda nitidez, el sueño en que el Ángel

le pidió ayuda. Y respondió ante aquellos grandes ojos que la miraban:

- ¡Aquí estoy para servirte! ¡Hágase Señor, Tu voluntad, y no la mía!

Llorando de emoción, se arrodilló, por un instante, sobre la paja de heno. Levantó al pequeñín, como mostrándolo a los Cielos, y dijo con seguridad:

- ¡Dios de Bondad y de Justicia, de Caridad y de Amor!...

He aquí en nuestros brazos, por misericordia, esta luz que enviaste a la Tierra, y que, para mi felicidad, encontrase apoyo en mis frágiles manos, y en la tutela material de los Bernardone. Bendice, Señor, el camino de esta alma, que nuestros corazones piensan que será espinoso. ¡Permite que él cargue su cruz, que la inspiración nos dice, será pesada, hasta el Calvario, y que reparta a los hambrientos de Amor, el pan de la vida y el agua del entendimiento, haciendo que los hombres comprendan el valor de la vivencia evangélica!

Permite, Artífice de la Vida, que en Tu nombre, en mi gran ignorancia, pida a los dioses de la Tierra cooperación para este que acaba de llegar con el estandarte centelleante, donde se lee claramente en letras de luz: Paz y Amor… Entrelacemos las manos, Ángeles de la naturaleza, en nombre del Dios de Amor y de Cristo, para que se cumpla la voluntad de los Cielos, de aliviar el sufrimiento de los hombres. ¡Y si no fuera mucho, quiero pedir, Dios mío, que nos ayudes a comprender a esa alma, que ya se identifica como de concordia y de Luz!

Y antes de colocar al niño al lado de su madre, ansiosa por tocarlo y contemplarlo con toda su ternura, alzó la voz, cantando una melodía que atravesó las eras, nacida en la vieja Grecia, en alabanza a los dioses, con el Angelito del Señor a la altura de la cabeza, como si fuese un simbólico sacrificio. El perfume encantador no se hizo esperar,

transcendiendo por todo el establo, como si fuesen los dioses respondiendo, destapando ánforas de esencias raras.

Y María Picallini recibió a su hijo de manos de Jarla, como el mayor premio que la vida le dio, en los horizontes de la Tierra, cubriendo su carita de besos de toda naturaleza. Se diría que el corazón clasificó los afectos en el calor de las virtudes que ella poseía. Y dijo con la mayor ternura que una madre feliz podía expresar:

- Su nombre es *JUAN…*

* * *

Cuando su hijo nació, Pedro Bernardone estaba viajando, en función de su entusiasmo, que no se enfriaba, ante el oro que ya poseía. Al saber la noticia, estalló de alegría, pues ya tenía antiguos planes para el destino de su hijo. Quería educarlo, pero por encima de la educación, instruirlo acerca de la economía. Hacerlo noble, pero que su nobleza fuera asegurada por el oro, para no desaparecer. Cuando supo que su hijo nació en el establo, ciñó el semblante, pidiendo explicaciones, diciéndole a Pica:

- ¿De quién fue la idea de ir para la cuadra de los animales, en un estado que pedía los más grandes cuidados? ¿Será que es una invención de tu padrino, solamente porque Jesús nació en ese ambiente? ¡Eso era en aquella época en que no existía el confort, la higiene, y, por encima de todo, José no disponía de condiciones para que Jesús naciese en un palacio, rodeado de todo los cuidados! ¡Cuánto va a hablar el pueblo, cuando conozca esta locura! ¡El hijo de Pedro Bernardone, alto comerciante de Asís, el mercader de más categoría de Italia, nació en medio de animales! ¡Esto es una locura!...

Y prosiguiendo, añadió:

- ¡Las mujeres difícilmente razonan con precisión! ¡Si yo hubiera estado aquí, eso no habría ocurrido!

La señora Bernardone explicó delicadamente que en aquella hora sintió una voluntad irresistible, sin que la pudiese dominar, y fue necesario que así ocurriera para poner término a la tormenta mental. Y añadió:

- Pedro, parecía que el niño quería nacer allí, como ocurrió con Nuestro Señor Jesucristo. ¿Eso no es una honra para nuestro hijo y para nosotros?

Él, paseando de un lado para otro, frotándose las manos, replicó con aire de ironía:

- ¡Es posible que sea así!... ¡Es posible que sea otro Buda que viene por ahí! ¿Será que Dios, siendo todo bondad como dicen los misioneros de la Iglesia, va a contrariarme? Siendo yo el padre del niño, ¿no tengo algún derecho?

Y con énfasis acentuó:

- Parece ser que no. ¡Sabré criarlo para ser un noble, un caballero de la nobleza, un guerrero incomparable! Su nombre cruzará las fronteras, por su bravura e impetuosidad de su espada. ¡Podré verlo con mis ojos y vivir esa felicidad, pues la riqueza nos concederá todo eso!

Y concluye un poco más tranquilo:

- ¡Pica!... no cuentes a nadie lo ocurrido. ¡Llama a Jarla y pídele a ella que mantenga también silencio, en cuanto al nacimiento de nuestro primogénito!

El atrevido comerciante se iba girando sobre sus propios talones, cuando la dulce voz de Pica se hizo oír:

- Querido Pedro, quiero anunciarte el nombre de nuestro hijo, y sentiría la mayor satisfacción si aprobases el que elegí. ¡Tuve varios sueños con él, antes de su nacimiento, y su nombre era Juan! Me gustaría, en el caso de que estés de acuerdo conmigo en esta elección, que el nombre de Juan continuase acá en la Tierra. Jarla, nuestra amiga y compañera

de todas las horas, concuerda con nosotros, creyendo que ese nombre es una continuación del mensaje del cielo en la Tierra, y una gratitud a ese visitante de las estrellas que se encuentra en el seno de nuestra familia, agraciada por la Misericordia…

Pedro, inquieto, dijo:

- ¡No estoy de acuerdo en que nuestro hijo se llame Juan!... ¡No me pidas lo imposible!... Tengo un compromiso moral, desde hace mucho tiempo, que de cierta manera está unido al sueño. Yo estuve enfermo de una dolencia incurable, y un Ángel de nombre Padre Francisco impuso sus manos sobre mi cuerpo lleno de llagas, e instantáneamente me sentí curado, por la gracia de los dioses. Y cuando desperté, lleno de pavor, me prometí a mí mismo que, si algún día tuviese un hijo, él llevaría el nombre de Francisco. ¡Y este es su nombre! ¡Discúlpame!... ¡Pero este es su nombre, esté en el cielo, o esté en la Tierra!

La mujer del rico comerciante, muy triste, calló, sin decir una palabra. Jarla intento interferir, pero Pedro la interrumpió:

- ¡Obedece a mis derechos de padre del niño!... ¡No me pidas lo imposible! Ya firme en mi conciencia ese nombre, y él, este bravo guerrero se llamará *¡¡¡FRANCISCO!!!*

DESPERTAR

Francisco pertenecía al linaje de los Bernardone, si hablamos del cuerpo físico, pues la ley de la hereditariedad es un hecho consumado en el mundo biológico. Heredó algunas de las reacciones condicionadas en las profundidades de la conciencia del padre, que se irradiaron por microondas espirituales, haciendo que los genes gravasen en su estructura intrínseca, emociones que

ocurrieron en muchas de sus reencarnaciones y que solamente el tiempo se encargaría de hacer las debidas limpiezas psico-físico-espirituales. Sin embargo, en el campo del espíritu, él era él mismo, que, como alma evolucionada, podría, a través de su poderosa mente, reaccionar contra las reacciones que aparecían en su propia intimidad, alineándose en su propio ser, en forma de neurosis y fobias, tales como miedo, constantes preocupaciones, odio, egoísmo, maldad etc. En cierto modo, la hereditariedad negativa sirve para despertar la ardiente fuerza positiva existente en el alma heredera, que luego se coloca en la posición contraria a la de los impulsos físicos, como ocurrió con Sidharta Sakya-Muni Gautama. La elevación del espíritu domina las condiciones inferiores y las transforma en valores de modo a embellecer sus propios caminos. El Amor cubre la multitud de los pecados, y ese Amor es la herencia de Dios, en la pauta común de la vida de los misioneros. Él desvelaba todos los canales, por ventura interrumpidos por la iniquidad y acciona la vida para otra dimensión, sin que la materia la domine y, cuando de ella participa, le sirve como esclava, por estar en una escala inferior.

Como un Ángel en estado de reposo, Francisco, en los primeros años, obedecía más al comando mental de su madre, y recibía algunas influencias de Jarla. Es cierto que la protección espiritual estaba vigilante, pero solamente entraba en acción cuando los hechos pudiesen perjudicar a la misión del gran discípulo del Divino Maestro, que se empeñaba conscientemente en su propio favor, sin, entretanto, olvidarse de obedecer a las leyes físicas, para su propia armonía.

De los siete a los catorce años, la mente del padre intervino más, dividiendo las influencias. Desde esa fase hasta la mayoría, el padre asumió el liderazgo y, de ahí en

adelante, como espíritu superior, nadie lo dirigía. Él se volvió él mismo, con su propio mundo, rompiendo las amarras exteriores, por la verdad que ya conocía y que comenzaba a vivir. La hereditariedad, bajo todos los ángulos, es atrofiada por el poder del espíritu. Los impulsos inferiores dan lugar a las emociones elevadas. La violencia se transforma en mansedumbre, y el odio en amor, la avaricia en caridad, la venganza en perdón, el silencio de la ignorancia en música divina. Los conceptos de libertad de aquél ser se presentaba a sus familiares como una contradicción, que, a primera vista, parecían ser subversión, desobediencia e ingratitud con que, de pronto, sus padres no concordaron. He aquí por qué, antes de reencarnar, pidió permiso para ingresar en la familia, y explicó primeramente, a su futura madre, las consecuencias que podrían producirse con su presencia en el seno de la familia Bernardone.

Un espíritu de aquella pureza, pidió con humildad, a su futuro padre, formar parte por algún tiempo, del hogar que él fundó en la Tierra. Pidió igualmente con humildad, a la vieja sirvienta de los Bernardone, su participación en su venida. En el fondo, quienes ganarían más serian ellos, por ofrecer morada a un alma selecta en viaje por el planeta. ¿Quién, en el mundo, no haría cualquier sacrificio, para hospedar a un viajante de esta estirpe? Cualquier precio sería una bendición de Dios, misericordia de los Cielos.

Era notorio, en la mansedumbre de los primeros años de Francisco, el reflejo de su genitora. A continuación, presentaban algunos impulsos de su padre, viajando con este a muchos lugares, conociendo ciudades famosas, y participando con él del confort y de la fama. El rico comerciante de Asís estaba eufórico, alimentando, en el corazón, la certeza de que Francisco, de hecho, heredara sus proezas de hábil permutador de los bienes terrenos, en la

multiplicación del oro y de la plata. Tenía el placer de sentirlo junto a sí con sus grandes ideas. Entendía, por el impulso de su mente joven, que era un hombre de futuro. Francisco estaba tan envuelto con el padre, que ambicionaba grandeza, explicando, a su genitor, lo que un hombre podría hacer. Pedro Bernardone, en esos momentos, se olvidaba de su propia riqueza, deslumbrado con la inteligencia de aquél que naciera de su amor.

Francisco era un espíritu libre, desconociendo, desde niño, fuerza que no pudiese dominar. Tenía ideas que se comparaban, en cierto modo, con las de las antiguas dinastías del antiguo Egipto, de Babilonia y de Asíria. Era, por naturaleza, un poeta de las estrellas y, de vez en cuando, su padre lo sorprendía mirándolas, meditando una filosofía que solamente entiende el corazón. Se encantaba con los pájaros, y admiraba a los peces y los árboles. Luego cedió a los convites de sus colegas de la misma edad, y se hizo un gran cantante de serenatas en las calles de Asís. Su fama lo hizo visitar otras ciudades vecinas para canturrear en las calles, en el silencio de las madrugadas. Era un compañero liberal, concentrando toda su atención en la música y en el resplandor de los astros siderales, pareciendo que esas llamas encendidas por Dios en el infinito le hablaban al corazón, sobre su destino en la Tierra. La bebida, que no le decía nada a los sentimientos, era un simple complemento de alegría. Las conversaciones que entablaba con sus colegas eran de alto tenor, tanto que todos lo adoraban, y cuando Francisco no aparecía, se volvía noche para todos sus compañeros, quitándoles la alegría. El campo era el lugar más apreciado por él, donde le gustaba hacer excursiones a caballo, en los días de descanso. Contaba historias que le venían a la mente y se alegraba en oírlas de los que hacían lo mismo. Encontraba en la juventud el ambiente integrado en

la libertad que tanto amaba. Ser libre era el ideal de su corazón.

Francisco creció dentro de una envidiable tranquilidad, rodeado de todos los cariños de su madre, de Jarla, del cuidado de su padre, y de todos los sirvientes, entre los cuales, por su fraternidad, conquistó muchos amigos. Era querido por todos los de Asís, dada la espontaneidad que su amable corazón ofrecía, en el esquema evolutivo en que se encontraba. María Picallini quería verlo frecuentemente, y su abrazo a la madre querida, con innumerables besos por todo su rostro y por los cabellos, le transmitía una fuerza vigorosa al corazón. Jarla también participaba de ese cariño, que le hacia crecer los sentimientos, entablando dentro de sí debates prolongados acerca de aquél destino, que solamente podía haber venido de las estrellas.

Los ojos castaños de Francisco, que nadie vio otros iguales, encantaban a todos, y quien los mirase se inundaba en sueños, viendo los Cielos y los ángeles, viendo a Cristo y a Dios. Ninguna criatura olvidaba la mirada de Francisco, que a todos transmitía una calma sin precedentes. Su piel parecía hecha de seda de la más preciosa; su cuerpo era ágil, su raciocinio rápido y sus manos siempre dispuestas. Su palabra era armoniosa, pareciendo ser oriunda de regiones resplandecientes. No podía ser diferente, pues allí estaba en cuerpo, un alma pura, un arpa que era tocada por las manos del Divino Maestro. Allí estaba el Apóstol Juan en su nueva misión en la Tierra, no totalmente integrado en sí mismo, mas esperando el tiempo, esperando la orden de la Divina Providencia.

Francisco entendía todo en dimensiones elevadas. Cierto día, el padre comenzó a enojarse con él, percibiendo el modo como trataba a los empleados y la impresión de sinceridad que demostraba a los clientes. Lo llamó al orden,

queriendo demostrarle que la verdad comercial es diferente de la verdad del corazón, siendo una incompatible con la otra. Si continuase así se arriesgaría a perjudicar la posición financiera que disfrutaban en Asís y en toda Italia. Le mostró que en el comercio existen, secretos, cuya revelación es perjudicial; que empleados y patrones trabajan juntos, sin embargo, en niveles diferentes de vida y que la autoridad y el respeto eran necesarios para la buena marcha de los negocios y del equilibrio financiero.

El joven escuchó en silencio, sin que su interior participase de las ideas del padre. Muy triste, salió a caminar por los campos, hasta que aparecieron las estrellas que tanto admiraba. Clavó sus ojos en el Cielo como hipnotizado o consultando a los astros: pasó revista a toda la constelación, parando aquí y allí, conversando con el infinito acerca del verdadero comercio, de los intercambios que se hacían en la Tierra, de las mentiras que se decían para el pueblo, de la hipocresía, de la burla, del engaño… ¿Seria que Dios sembraba mundos por todo el universo, colocando en ellos sólo seres de la estirpe que conocía? Tuvo oportunidad de conocer, junto a su padre, ciudades y países donde el robo y la mentira eran frecuentes y el fingimiento, la señal más evidente del buen comerciante. Aparentemente, aún toleraba alguna cosa, pero, en su interior, no soportaba la podredumbre que fermentaba dentro de la cabeza de los hombres, incluyendo a su propio padre.

Siendo difícil para él convivir con aquél estado de cosas, tenia ímpetus de renunciar y partir de la propia casa donde vivía. Resolvió consultar a la madre y a Jarla sobre lo que pensaba. Sin duda alguna, Dios no aprobaba aquellas prácticas. Sin duda, sus caminos eran otros.

En casa, se sentó cerca de la madre, le beso el rostro y le acarició los lindos cabellos. Miró dentro de sus grandes ojos, y le habló con dulzura:

- ¡Mamá!... ¿Sabes de dónde viene toda esa fortuna de papá, el confort que disfrutamos en esta casa, la seguridad y la fama de los Bernardone?

Hizo una pequeña pausa, para que la madre pudiese responder. Pica, medio perturbada, acarició al hijo, y le pidió que le diese más tiempo para pensar, pues, en ese momento, no estaba a la altura para responderle con exactitud. Francisco, antes con el ceño fruncido, esbozo una media sonrisa y se entregó al regazo de su genitora, poniéndose a pensar más y a formular otras preguntas.

La madre dirigía sus pensamientos en varias direcciones; las respuestas que encontraba eran contradictorias. En verdad, aún no había pensado profundamente en aquél asunto, y su respuesta habría de ser exacta, porque Francisco era inteligente, y tenía gran confianza en ella. No debería mentir a quien tanto la amaba.

Jarla llegó de improviso, encontrando a los dos en silenciosa comprensión. Interrogó amablemente: "¿Qué estáis meditando, sin daros cuenta de la presencia de la gente? ¡Francisco, hijo mío, ven acá! Vamos a cantar nosotros dos juntos, para que tu madre se alegre también, pues me parece que está preocupada con alguna cosa seria". El joven, sin embargo, en otra dimensión, con mucho esfuerzo y mucha insistencia de la compañera de su madre, respondió:

- ¡Si!... Si, Jarla, ¿que fue? ¿Qué quieres que haga?
- Respondió a la interlocutora:
- Que cantes conmigo.

El volvió a sonreír, atrayendo a la vieja griega hacía sí, ofreciéndole el cariño esperado y los dos cantaron a dúo, la *Canción de la Alegría*, que Jarla heredó de sus abuelos. En

esto, María Picallini despertó del diálogo que entablara de sí para consigo, por las preguntas del hijo. Escucho la canción a dos voces, y habló al hijo:

- Francisco, más tarde podrás buscarme, para que yo te de las respuestas que esperas.

Él, se levanto, aliviado en aquello que lo preocupaba, y le respondió:

- Si, mamá, volveré. Pero no te olvides, pues necesito mucho de tu respuesta; se trata de una decisión que debo tomar.

Francisco salió rápidamente por el patio y avanzó en dirección a la calle, todo contento. La madre del joven se limpió las primeras lágrimas de los ojos, y Jarla la interrogó:

- Hija mía, ¿cuál es la razón de eso? ¿Qué problema afecta a tus sentimientos de esta manera? ¿Qué fue lo que Francisco te trajo, que no corresponde a la alegría, como en otras ocasiones?

Ella expuso a Jarla lo ocurrido. Y la antigua sierva de la mansión también silenció, buscando recursos en el corazón. Pasó algún tiempo y las dos mujeres permanecieron calladas, sin mirarse una a la otra… Jarla rompió el silencio:

- ¡Pica! Algo me dice que comenzó la misión de Francisco. De ahora en adelante, él no va a parar de hacer preguntas profundas. Él es amante de la verdad, como tú querías que fuese. Felizmente es consciente de su grandiosa misión. Debemos decirle la verdad, sin esconder nada, para ganarnos su eterna confianza. Preparémonos para escuchar muchos e intrincados asuntos, acerca de los hombres, de la vida y de Dios. Roguemos a los Cielos que ponga en nuestra boca las respuestas acertadas, para satisfacerlo. De lo demás, la Bondad Divina se encargará.

La esposa de Pedro Bernardone, que ya amaba a Jarla por su dedicación y cariño, creció más en su amor y

admiración, por aquella respuesta inteligente, que ella misma no percibió antes, incluso después de profundas meditaciones…

La ex-sierva buscó aquello lejos. Unió la inspiración en regiones indecibles y de difícil acceso a los hombres, y María Picallini dijo a la sabia griega:

- Jarla, amiga mía, gracias a Dios prestaste la boca a los dioses. Lo que hablaste no venía de ti, mas el cielo respondió por tu intermedio. Era lo que yo necesitaba oír y tomaremos esa decisión. Estaba preocupada, sin saber qué responder a Francisco, cuando él viniese en busca de la respuesta; ahora, con tu cooperación, juntas hablaremos con él de toda la verdad, aunque eso nos cause muchos dolores. Y es bueno, Jarla, que sobre eso pensemos también. Si él está preocupado con esos asuntos, es porque la necesidad es colectiva. Vamos a ver cómo va a desarrollarlos el niño. Esperemos, y que Dios nos bendiga, bendiciéndolo a él también.

Las dos mujeres quedaron conversando acerca de Francisco. Si la inteligencia del joven les daba mucha alegría, por otro lado les traía enormes preocupaciones, pues por lo visto, era de deducirse que el primer conflicto sería con el propio padre; después, podría ser con la Iglesia, lo que sería peor.

Poco después, Francisco llego, ansioso, en busca de las respuestas que le prometiera su madre. Aprehensiva, ella pretendió que él esperase más, pues el corazón le decía que responder a Francisco era de mucha responsabilidad. Él la abrazó, cubriéndola de besos y de caricias, y se aproximó a Jarla, haciendo lo mismo. Se sentó entre las dos y tranquilamente, de sus labios se hizo oír:

- Y entonces, ¿qué tienen que decirme? ¡Estoy queriendo oírte madrecita, acerca de lo que te pregunté y la ansiedad de oír tu opinión es inmensurable!...

María Picallini, emocionada, lo agarró con sus delicadas manos y, como un tesoro precioso, colocó su cabeza en su regazo maternal. Deslizó sus dedos suaves por su rostro y en sus cabellos desaliñados por el viento, hablándole con ternura:

- ¡Francisco, hijo mío!... No te dejes llevar demasiado por los acontecimientos. Lo que me preguntaste tiene mucho sentido en la pauta del corazón. No obstante, el comercio, en la Tierra, aún está oprimido por la inteligencia, sin lo que, los hombres no conseguirían contenerlo. Nadie vive sin los intercambios, y esos deberán traer lucros compensadores, para que ellos se animen a trabajar, y a relacionarse unos con los otros. Los cambios, hijo mío, constituirán los primeros lazos de fraternidad entre los pueblos. Fue el comercio lo que los hizo conocerse, y crearon, leyes para poder convivir e intercambiar experiencias. Fue por la necesidad del intercambio de las cosas, que Italia conoció la sabiduría de los griegos, cuyas llamas de luz aún quedan en el corazón de nuestra querida Jarla. Y Grecia ganó esa sabiduría, entrando en intercambio con los antiguos asirios, cáldeos, egipcios, babilonios y grandes iniciados de Indochina. Alguien tiene que ser déspota, Francisco, en busca de los valores menores, para, entonces, los mayores tornarse más próximos. ¡No se da, como dice el Evangelio, perlas a los puercos y cosas santas a los perros; no obstante, se da alguna cosa a los puercos y alguna cosa a los perros!... Porque ellos, los animales, incluso los que son juzgados más inferiores en la Tierra, no viven en ella sin la orden de Dios, que es todo Poder y Bondad, todo Justicia y Amor.

Volviendo a Grecia, Tierra que amamos, por haber sido la cuna de nuestra Jarla, Tierra de Sócrates, Platón, Aristóteles y de tantos otros maestros que asombraron al mundo con la sabiduría, utilizando los recursos de la filosofía

en beneficio de los hombres, fue oprimida por los señores de la antigua Roma, que llevaron a los esclavos griegos como profesores de los ciudadanos romanos y para instruir a los hijos de los patricios. Sin embargo, Grecia recibió a cambio, como beneficio colectivo, grandes experiencias de trabajo, que los romanos almacenaron con mucho esfuerzo. Nadie en la vida recibe solamente, pues la ley no deja e incluso sin percibir, él también da. Es la compensación, pues la justicia de Dios nunca falta en los caminos de los hombres y de las cosas. La antigua filosofía venía siendo corrompida, en el seno del pueblo. Cuando un hijo presentaba tendencia para el don de conocer las cosas del alma, los padres se entristecían, pues eso, además de ser sinónimo de inercia, evidenciaba que él se encontraría entre los "vagabundos de las letras". Los sacrificios de los griegos en Roma, como esclavos, embelesaban el saber, en función del trabajo permanente. Italia era un país por excelencia laborioso y el trabajo era la tónica más acentuada. Los medios de intercambiar esos valores, variaron mucho desde la invasión, pues la fraternidad depende mucho de la índole de cada pueblo. He ahí la vida que fue creada por el propio Dios. ¿Cómo nosotros, simples criaturas, vamos a cambiarla, si aún no nos comprendemos a nosotros mismos?

¡Francisco, sin decir una palabra, parecía que dormía, manteniendo los ojos cerrados para que los oídos pudiesen escuchar más!... Jarla, recostada en un banco improvisado, estaba boquiabierta admirada con la argumentación de la Señora Bernardone, y pensaba en el templo de su mente:

"¡Dios mío!... ¿Dónde encontró Pica tanta facilidad de expresión, para responder? ¡Que grandeza de alma! Ella está siendo inspirada, con seguridad. ¡Gracias a los dioses!...

María Picallini respiró más aliviada, sin saber ella misma de dónde le venía la facilidad de palabra, por la cual

respondía a su hijo, pero, lo cierto es que estaba respondiendo. Francisco, en el largo silencio, solamente oía, analizaba la exposición de su querida madre, sin con eso aceptar todo lo que ella hablaba; todavía, la educación lo hizo mantenerse callado, hasta que su genitora terminase la explicación. La linda mujer continuó con cariño y delicadeza:

- Francisco, hijo mío, todo este confort del que nosotros disfrutamos en esta casa, viene de ese esfuerzo de tu padre, que tiene la virtud muy sagrada del trabajo. ¿No ves, querido, que mientras dormimos, o nos entregamos a la lectura o al paseo, él está trabajando o viajando en función de las ventas y de las compras, sin medir sacrificios? Todo trabajador es digno de su salario, así nos lo dice el Evangelio. Y él hace cuestión de disfrutar el fruto de su trabajo, viviendo bien y comiendo regularmente. La fama de rico es por el mucho trabajo, más allá de lo normal, es por el oro que reúne con el sudor de su propia frente. ¿Será lícito juzgarlo un usurero? ¿Y nosotros que también disfrutamos, con poco o ningún esfuerzo para ayudarlo? La seguridad financiera de Pedro Bernardone es igualmente mía y tuya, de Jarla y de los criados, que también viven con nosotros… Y aún más, Francisco, nosotros no podemos modificar la naturaleza de tu padre de un momento para otro; cada uno de nosotros tiene tareas diferentes, de acuerdo con la posición que ocupamos en el mundo.

Hasta entre los animales existe diferencia de suerte: unos son cazados por los hombres, y después de muertos, descuartizados, asados y comidos. Otros sirven de sacrificio a los dioses, siendo, en muchos casos, quemados vivos. Otros nacen en el mismo hogar que los humanos y son cariñosamente alimentados y tratados como hijos de la casa, hasta su muerte natural. Así son las plantas, así las aves. He ahí que las propias piedras, hijo mío, se diferencian en la

forma de servir. ¿Cuántas de ellas sirven para embellecer nuestras casas, siendo admiradas y algunas veces tocadas levemente por manos delicadas y cariñosas, mientras otras nos sirven de suelo hace milenios, sin que por lo menos paremos un segundo para agradecerles por lo que nos dan? ¡Entre los hombres, no hay diferencia!... El proceso de la evolución del alma no puede cambiar, porque nosotros creemos, en el surgir de nuestros sentimientos, que las leyes están equivocadas. Los grandes profetas, los grandes santos, incluso Jesús, dijeron que no habían venido para juzgar a nadie. ¿Es que tú y yo vamos a hacerlo?

Paró un instante, con los labios secos. Miró a Jarla con alegría, que por su aspecto le dio todo su apoyo. Miró a Francisco; este continuaba con los ojos cerrados, meditando en lo que oía. María Picallini comenzó nuevamente:

- ¡Francisco!... Creo que aún eres muy joven para pensar en estos relevantes asuntos. Observa que eso existe en todas partes. No serás tú, un joven de Asís, el que va a cambiar el mundo. Si por ventura, algún día, cuando seas adulto, crees que ese proceder de tu padre y del resto del mundo está equivocado, busca una vida diferente, o únete a quien piensa del mismo modo, sin oprimir a quien quiera que sea. Toda opresión genera enemistad, toda imposición genera odio, y todo juicio apresurado nos dice, por la experiencia, que el equivocado es, en verdad, aquél que juzga. ¡No quieras servir nunca de motivo de escándalos! Si naciste sin interés por los bienes terrenos, no quieras obligar a otros a hacer lo mismo. Respeta las ideas y la vida ajena, que de ese modo, Dios te bendecirá y tu corazón será un corazón de luz…

Espero haber respondido a tus preguntas y que medites sobre lo que te dije. Como tú, nuestra Jarla está callada, solamente escuchando, y me gustaría tener su valiosa opinión acerca de lo que yo dije y de lo que pienso.

La ex-sierva de los Bernardone salió de la meditación en que se encontraba, suspiró profundamente, sonrió dulcemente, hablando con buen humor:

- Todo lo que dijiste, María, está compuesto de la más alta sabiduría; que el Cielo te conforte y te proteja. Yo nada tengo que añadir, y aunque lo tuviese, no me siento digna de corregirte. Si alguna cosa yo pudiese hacer, sería solamente pedirle a Francisco que te escuchase. Sócrates ya hablaba hace casi dos mil años atrás, que el primer impulso del alma noble, en el mundo, es querer arreglarlo de una sola vez, pero el tiempo le mostraría el engaño, y ella pasará a componerse a sí misma. Creo, Pica, que Francisco debe aproximarse más a la realidad, pues su edad es testigo de muchos sueños. La vida no es tan fácil, del modo por el cual la juventud piensa que es. Los mejores profesores que a veces encontramos, son los años que pesan en nuestros hombros. Yo creo que este joven de nuestro corazón va a aprender con más facilidad las leyes naturales, que nos dignifican la existencia...

De cualquier modo – dijo Jarla, mirando al joven, que abría sus brillantes ojos – es bueno que respetes a tus padres para que tengas años de paz en la Tierra.

Y volvió a repetir:

- Nunca está demás el respeto a los derechos ajenos.

Francisco, ligeramente pálido, pero con una expresión alegre, se levantó y enlazó a las dos mujeres, una en cada brazo, distribuyendo besos entre ellas, que en el mismo instante encendieron los corazones de amor y ternura por el joven, y él proclamó con ternura y afecto:

- Ambas sois, para mí, estrellas que Dios colocó en mi camino, fuentes de agua pura, para matar mi sed. Sois dos almas en las cuales podré encontrar seguridad. Sentí, mamá, la verdad en tus palabras; no sé si podré seguirlas, pero sé que hablabas con sabiduría superior a nuestras capacidades

y que alguien es capaz de probar todo eso, por el Amor. Yo, en verdad, no sé lo que será de mí… De unos días para acá, algo dentro de mí me impulsa a tomar posiciones contrarias a aquellas en que se sitúan la mayoría de los hombres. Que Dios me ayude, para que yo no sea lapidado, o crucificado como Cristo al que tanto amamos. No quiero innovar el mundo, ni a los hombres; pero sí ambiciono difundir por la vida, la alegría pura, la amistad sincera, la fe sin cobardía, la piedad sin hipocresía, la caridad sin cambios y el amor sin barreras. ¿Oíste bien, mama? ¿Oíste bien, Jarla?... ¡Esa es la voz que canta dentro de mi corazón! Vosotras, tengo la seguridad, de que me entenderéis, pero mi padre, no. Aunque yo no lo oprima, seré oprimido por él, pero eso no importa. ¡Lo que me importa para mi destino, es servir a la causa de Dios, que es la misma causa de Jesús!

¡No tengo edad, como dijiste, para tanto!... Todavía, no es solamente la edad lo que hace al hombre cargado de valores, que perdona a sus enemigos, que olvida al malhechor, que ama al compañero; es por encima de todo, el dedo de Dios que toca la campana de la inteligencia y del corazón, en pro de la humanidad, sin medir sacrificio.

Mamá, ayer por la noche comencé a tener una piedad profunda por todos los seres que sufren, desde el insecto hasta el hombre… Aunque yo no quisiese sentir esa emoción, no lo conseguía… Es como si no fuese solamente yo, sino algo que existe en mí que me lleva a pensar y a sentir de esta manera. ¿Qué he de hacer, sino seguir lo que estalle dentro de mi pecho, como si fuese el mismo Dios queriendo salir, y ayudar a los otros, amando sin exigir y bendiciendo sin distinción? Debo mostrar a las criaturas que la fe es un patrimonio común a todos, que Dios existe, que el cielo es una realidad y que somos eternos en la eternidad del Padre Celestial.

Estoy encontrando una facilidad para hablar sobre lo que yo mismo aún no sé explicar, pero que vosotros podréis sentir, porque sois las personas que más me conocéis, y sabéis que yo no sé lo que estoy hablando. No obstante, hablo con soltura y con certeza en lo que digo. Mamá, yo te agradezco y extiendo la gratitud también a Jarla. Tú me conmoviste con tus argumentaciones, lo que para mí fue bueno. Despertaste otros valores en mi inteligencia e hiciste que mi corazón latiese con más fuerza, marcando límites para la bondad y frenando la verdad en su marcha, cuando ella comience a perjudicar… Ahora sé que nuestro deber en la Tierra es el de sembrar la buena simiente… Y que el crecimiento de la planta pertenece al Señor. Si podemos, es bueno que trabajemos en su cultivo. ¡Voy a intentar hacer lo mejor que un hombre de bien puede hacer!... Y en esta noche incluso voy a pedir a Dios y a Cristo que me inspiren, para que el buen proceder me envuelva.

Y se tranquilizó con una sonrisa encantadora. Sus dientes parecían un puñado de perlas relucientes, y los ojos, dos astros para hacer brillar cualquier conciencia. Abrazó nuevamente a las dos, y las besó con respeto y gratitud, en el eterno Amor que los unía. La ex-sierva pidió silencio, en lo que fue atendida por los dos y la vieja griega cantó una linda canción, que se titulaba ¡*Esperanza*!

COMIENZA LA LUCHA

"Mas yo, cuando estaban enfermos, vestía de sayal, maceraba mi cuerpo con ayunos y estaba siempre orando interiormente. (Salmos: 35,13)

Francisco creyó que su madre y Jarla tenían plena razón acerca de su comportamiento ante el desajuste de los hombres, y, principalmente, de la conducta de su padre, en la transacción comercial. El mundo y los seres que en él habitan fueron hechos por Dios, y lo que se está procesando en él es con Su aprobación. Que todo cambio brusco es peligroso y que cada uno tiene una misión diferente del otro, que cada criatura no debe perjudicar a la otra, ni tampoco juzgarla. Quien si se encuentre en el orden de los misioneros, debe anticipar, en sus actos, una conducta más pura. No debe olvidar el perdón correlativo con la misericordia, la caridad con desprendimiento y el amor sin exigencias. El hijo de Pedro Bernardone meditó día tras día y concluyó:

"No debo realmente hacer lo que pretendía, queriendo modificar de una sola vez el modo por el cual vive mi padre, se conduce en el comercio y actúa con sus siervos, sin embargo, cruzar los brazos frente a esa temática, dejar de poner las comas en la lectura evolutiva de este hombre, es otra cosa. Él necesita comprender la lectura que está oyendo, por la vida que lleva. La naturaleza espera manos que puedan guiarla a sus sentimientos, aunque en detrimento de sus intereses más profundos, en lo tocante a sus bienes materiales. No importa sus reacciones; estaré dispuesto a todo, siempre que sea para su bien y sea la voluntad de Dios."

Francisco era un alma sensible y generosa. Era un arpa afinada, que el mundo espiritual podría tocar, cuando lo considerase, y fue eso lo que ocurrió. La lucha comenzó para

él dentro de su propia casa, y quien le hizo coger la espada fue su propio padre. Pedro Bernardone encendió en el corazón de su hijo, la llama del amor por los otros, de la igualdad, de la humildad, de la que todos deberían participar de la alegría universal, y lo que dijo a su madre y a Jarla nació en el fondo del espíritu; lo que ellas le respondieron le dio una línea de procedimientos sin precedentes. Muchas veces lo encontraban aprensivo; no obstante, sentía un cántico por dentro, y su conciencia se abría con una claridad extraordinaria. Una fuerza interior le ordenaba proseguir, en la urgencia de su misión… Y fue en ese trance, que tuvo interés de conversar con Dios, por las vías de la oración.

El hijo de María Picallini se puso, por destino, en el extremo contrario a su padre, en todo lo que se pudiese analizar de esos dos hombres…

Vamos a encontrar a Francisco en su lujoso cuarto, vestido con ropas de esplendida belleza para las horas de descanso. Sus pies descalzos, sumergidos en una gruesa alfombra, no se veían. Sintiéndose desajustado en aquél ambiente, no conseguía, en aquella noche, conciliar el sueño, en la necesidad de descanso, aunque disfrutando del confort habitual y con la cabeza despreocupada, en lo referente a las cosas materiales. Él, el Misionero del Amor, estaba inquieto por comenzar su trabajo. Si fuese preciso, ofrecería su propio cuerpo, para dar testimonio de que algunas cosas deberían cambiar en el mundo y en los corazones. Los actos espirituales ejercían sobre él una gran influencia; tanto le gustaban las historias de Jesús que su madre y Jarla le contaban, como sentía una nostalgia atávica de la época del Maestro, como si hubiese participado íntimamente de todos los detalles de su vida. Varias veces, su madre se sorprendió, cuando él terminaba una historia, por ella comenzada, sobre la vida de Cristo.

Su mente era un centro de ideas interminables; parecía un desfile constante de pensamientos, entre los cuales él escogía los más agradables, los que más se adaptasen con sus sentimientos. Se notaba una claridad diferente a su alrededor; sus pensamientos rayaban los espacios como hilos de luz, y a medida que se elevaban, más se acentuaba la claridad. En aquellos momentos, él estaba encontrándose con Dios. Poniéndose de rodillas, habló con benevolencia:

- ¡Padre Celestial!...

Siento que nací para alguna cosa, en esta Tierra bendita. Soy como un ave solitaria, que el cansancio hizo descender en esta región. La ciudad de Asís me acogió con cariño y en esta mansión disfruto del lujo; el oro me invita a las extravagancias, que mi corazón desaprueba, intentando convencerme de que mi camino es diferente, y que debo hacer alguna cosa en favor de los sordos y ciegos que caminan conmigo…

¡Padre de todas las cosas!... ¿Qué debo hacer? ¿Dónde debo pisar? ¿Qué debo comer? ¿Cuál debe ser mi mayor preocupación? Dios mío, alivia esta guerra que eclosionó en mi frágil mente. ¡Yo quiero la paz!

¡Fuerza poderosa del Universo!

Ruego que me comprendas. Al ver la injusticia, me siento impulsado para la defensa. Al ver la violencia, principalmente contra los indefensos, deseo ponerme a su favor. Ante la mentira, siento que se aviva en mí la llama de la Verdad, aunque su precio sea elevado para mí. ¡Dame condiciones, Dios mío, para instalar la paz donde hubiera guerra, el amor donde hubiera odio, la concordia donde hubiera discusión, la fe donde hubiera duda, y el trabajo donde hubiera inercia!

¡Yo quiero ser útil, bueno y agradable! ¿Pero cómo hacerlo? Traza, padre mío, en mi corazón, Tu programa, que

lo seguiré fielmente. Y permite que yo sea instrumento fiel en Tus sagradas manos.

Me diste una madre admirable, colocaste en mi camino un sol en la persona de Jarla, así como muchos compañeros afables; por eso Te debo mucho. Aunque me fallen los recursos para agradecerte, quiero Señor, que decidas mi vida, que siento palpitante dentro del pecho. Te ruego los favores de los dioses menores, para que puedan guiarme en los derroteros de la Tierra, y me ayuden a decidir en las encrucijadas de las pruebas.

Permíteme, Señor, que yo hable igualmente con Jesús, Tu hijo incomparable, aquél Maestro que no puedo olvidar desde que comencé a entender, cuando mi madre me contaba Sus historias y la fascinación por Sus conceptos me oprimían. ¡Escúchame, Cristo!... Soy un frágil barco en el Mediterráneo en tiempos de tempestad, y las olas me llevan a su gusto. Y un impulso hacia Ti me arrebata. ¿Qué quieres que yo haga? Estoy apunto de caer en las aguas peligrosas, sin tener la habilidad del nadador. Estoy ansioso de una mano, como la que diste a Pedro en el Mar de Galilea, socorriéndolo al faltarle la fe. Soy un gusano; entretanto, ellos también son criaturas del amor de Dios, y tienen su utilidad, pensando en la omnisciencia del Creador.

¡Quiero saber cuál es mi utilidad y concienciarme de mi misión en el mundo, para que yo no haga sufrir a los que conviven conmigo, para que yo no sea ingrato con aquellos que me dieron un cuerpo!... ¡Sin embargo, que mi obediencia primera sea a Dios y a Ti; Seguridad Universal de mi corazón y de todas las almas! ¡Compadécete, Señor Jesús, de los que sufren, de los oprimidos, de los siervos, de los que tienen hambre y sed de justicia!

Dice mi madre, que como Tú, nací en un establo. ¿Habrá sido para defender la causa de los que sufren, como animales,

trabajando día y noche, solamente con derecho a una modesta ración, soportando las dificultades del administrador? Sea lo que sea, estaré y quedaré esperando Tu orden. Sé conmigo, Maestro, para que yo sea inspirado; habla para que yo te pueda oír, entendiendo Tu voluntad. Toma mis manos en las Tuyas, mostrándome los campos de trabajo, dónde debo accionar los instrumentos de la plantación…

¡Francisco estaba inundado de luz! En un momento, un suave estallido se produjo en el centro de su vida. Su córtex cerebral se volvió un sol, irradiando una luz encantadora. Los terminales nerviosos que se encajan en el cráneo se engrandecieron, cargando para todos los centros de fuerza una energía divina, suspendiendo el espíritu a las alturas inaccesibles, colocándolo para respirar con la divina fuerza de la vida. Su pecho parecía una constelación, donde las estrellas saltaban para esconderse y resurgir. Colores variados cruzaban su ser en éxtasis. El corazón del joven absorbía las claridades, sin que la escritura pudiese explicar, sin que el verbo encontrase recursos para reproducir. Una aureola en la que el azul celeste predominaba, tomó el centro de sus emociones y, en medio del corazón, se abrió una estrella de luz.

En aquella vía interna de Francisco, sin que él lo percibiese, caminaba un mancebo iluminado, que podríamos decir que era un sol dentro de otro sol. Sin embargo, aquellas imágenes pasaban por los centros de la vida, tomando dimensiones favorables, recibiendo cierta consistencia en el coronario. Eran ampliadas por las glándulas pineal y pituitaria, encajándose en la retina, dejando a Francisco contemplar perfectamente lo que pasaba dentro de sí. El fenómeno divino, por la voluntad de Dios, por la presencia de Cristo en su interior, era Jesús caminando en el mundo de su

corazón, hablando a los oídos del alma y acompañando a sus palabras, las imágenes correspondientes.

Quien viese su cuerpo en aquellos momentos, mal lo distinguiría, por la abundancia de luces que lo rodeaba, provenientes de fuera y nacidas de dentro. Era el encuentro del Maestro con el discípulo. El joven escuchaba con serenidad, dentro de sí:

- ¡Francisco!...

Temer es cortar la comunicación con quien quiera que te ayude. Dudar es hacer crecer dentro de sí los obstáculos. Sentirse ofendido por la incomprensión de los otros, es señal que no aprendiste a perdonar. Juzgar los errores de los otros solamente por juzgar, es testimoniar que el amor no se hizo presente en tu corazón. ¡Yo soy aquél que habría de volver!... Y vuelvo cuantas veces sean necesaria, a los corazones de los hombres de buena voluntad, siempre y cuando abran las puertas para que yo pueda hacerme presente y decir nuevamente: ¡La paz sea con vosotros!... ¡Sé dócil, hijo mió, con tus hermanos!... Ayúdalos sin violentarlos, y comprende, sin exageración, que el trabajo está detenido. ¿Cuántos milenios utilizaste para comenzar a sentir el bien, alimento del espíritu? La ignorancia presionada se vuelve prepotencia desenfrenada, y la falta mayor será de quien se hizo maestro, sin tolerancia para enseñar. Yo aún continúo crucificado en el mundo. ¡Bájame de la cruz! El placer de los hombres es verme sufriendo; ya es tiempo de cambio, y tú debes comenzar. ¡Hazte instrumento de esa paz, en el seno de los hombres!

La Iglesia necesita de tu trabajo, de tu vivencia y de tu sacrificio, no para reformarla de una sola vez, sino para hacerlo con continuos ejemplos y la ayuda de millares de trabajadores. Estás en el mundo para esa batalla, que, de cierto modo, tiene un precio muy alto. ¡Debes empeñar tu

vida en la construcción de una vida nueva y no debes cargar en tus alforjas, ni plata ni oro! No porque la plata ni el oro, en sí, puedan hacerte algún mal, sino porque, si diéramos demasiado apoyo a la riqueza, a la ignorancia que avasalla al mundo, que incentiva el fortalecimiento de la usura, del egoísmo y de la vanidad, y los hombres bien provistos que ya desprecian a los pobres y los esclavizan, se volverán peores, por los ejemplos que ya tuvimos, del sufrimiento de las grandes almas que ellos respetan, aunque las persigan.

Tendrás que ejemplificar la humildad, y la obediencia, y tu amor deberá llegar a lo más alto. Deberás hacer un injerto divino en el gran árbol humano, ya bastante carcomido por la iniquidad y por la prepotencia. Mi nombre es recordado en las festividades de los santos famosos y nombrado con elocuencia en las pompas y exequias papales; es escrito en los lugares de mayor destaque y muchas veces, en las banderas de guerra… Tu labor será diferente aunque encuentres dificultades, debes mostrar los conceptos doctrinarios del cristianismo, en toda la pureza de su surgimiento y en todo el fulgor de su esencia, sin preocuparte exageradamente con quien está oyendo, siguiendo y viviendo. El trabajo es realizado en secuencia, pues esa es la ley natural de todas las cosas. Confía y espera.

¡Ten como dogma la fe, como espada, el amor y como clima, la caridad; como alegría, la servidumbre, como casa, el imperio terreno y como escuela, la naturaleza; como alimento, también la palabra de Dios, como luz, también el entendimiento y tu guerra, será establecer la paz! ¡Francisco!... No debes, nunca, olvidar el perdón; no debes temer las ingratitudes, la pobreza, ni tampoco el dolor, pues esos medios son fuerzas de Dios, para desatar la luz en los corazones de mis discípulos. Acepta a la humanidad como ella es, cooperando con ella en algunos cambios. Hazte como

el sol y la lluvia, que no procuran saber a quién están favoreciendo, en el vasto campo de los beneficios. Recibe a todo el rebaño de la Tierra como hermanos, pues son todos hijos de Dios, con los mismos derechos de vivir y de trabajar, en busca de la felicidad. Los designios de Dios deben ser respetados por todos. Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, mas el respeto a tus padres de la Tierra no debes olvidarlo. Puedes hacer mucho, si interpretas fielmente la llamada de Dios. Estaré a tu lado, si abres el corazón para que yo pueda hablar claramente. Hasta pronto.

Aquella voz suave y grave, amable y al mismo tiempo enérgica, agradable y atractiva, de un poder sin límites, introdujo en el campo mental de Francisco todo un arsenal doctrinario de las instancias de luz. Este, volviendo en sí, miró alrededor, y sintió un fenómeno trascendental: las paredes y el techo de mimbre calafateado y barnizado con resinas apropiadas no constituían, para él, un obstáculo, viendo, tanto el cielo y las estrellas centellear, con los ojos llenos de lágrimas de alegría, por el diálogo mantenido entre el Maestro y el discípulo, de forma desconocida para los hombres. Siendo el poder de Dios inmensurable, los recursos utilizados por los Cielos son ilimitados, de manera que hacen pensar hasta a los propios sabios.

El hijo de Pedro Bernardone se levantó tranquilamente, cogió una jarra y bebió algunos tragos de agua, exteriorizando a continuación:

- ¡Gracias a Dios!... ¡Gracias a Dios!... No tengo dudas de que, por procesos que desconozco, hablé directamente con Cristo. Comprendí que tengo una misión que desempeñar junto a los hombres, mis hermanos, y sé que Dios me guiará en los caminos tortuosos señalando mi corazón con la bandera de la victoria. Debo comenzar por aquí, en mi casa, lo que debo hacer en el mundo, sabiendo que los mayores

obstáculos estarán en mi propio padre, a quien mucho debo. ¿Cómo ofrecerle gratitud, sin ofenderlo? ¿Cómo bendecir su empeño en mi favor, colocándome en posición contraria? Todavía, para quien tiene fe y confianza en la Suprema Justicia, lo imposible se volverá viable y yo venceré, por amor a la Justicia, viviendo para el Amor.

Notó algunas claridades en el cuarto, pero luego el corazón habló al raciocinio, que aquello formaba parte del trance ocurrido. Buscó el lecho, y beso sus propias manos como si fuesen las de Cristo, recitó un salmo de David y el Padre Nuestro, durmiéndose profundamente. Al día siguiente, se levanto canturreando una canción que la vieja Jarla le había enseñado, para saludar al Sol, que volvía de su viaje para la formación del nuevo día. Buscó a la madre y a la vieja griega, abrazándolas con cariño y amor, trayendo estampadas en su fisonomía la pureza de los lirios y alegría contagiosa. Las dos mujeres, espantadas, notaron en Francisco algo de divino y extraño. Lo interrogaron, procurando saber lo que pasaba en su corazón; el joven cambió el tema con palabras fáciles que la filosofía de Jarla le había enseñado. Se desdoblo en cariños, ilustrándolos con besos, y las mujeres, en silencio, con eso se deleitaban, sintiendo nostalgia del Ángel de Dios con el que soñaron hacía muchos años atrás…

En el mismo estado de espíritu, fue directamente hacia el comercio de su padre, viendo a los empleados como los verdaderos dueños del negocio y viendo en sus hijos, derecho de participación del mismo confort y de la misma oportunidad que los hijos de los patrones. Visitó todo el establecimiento, y deparó con viejos trabajando bajo la presión del gestor, algunos enfermos y mal alimentados, sin un mínimo de confort para sus necesidades y, sin extrañar,

rodaban lágrimas de los ojos de los ancianos, marcando algunas historias que nadie tuvo tiempo de oír.

Salió, dirigiéndose a la caballeriza, donde habían caballos de raza siendo cepillados, lavados, recibiendo óleos perfumados en las colas y en las crines y un preparado para el brillo del pelo, reparados los cascos y siéndoles aplicados algunos dibujos en la cara. De un lado, felpudos cobertores, que se ajustarían en sus lomos, por el encanto puesto en los cortes de expertos costureros. La saciedad de alimentos mostraba la calidad de los animales. Un anciano, ya abatido, quemado por el sol y por el frió, se movía con un esfuerzo descomunal para atenderlos, a fin de que el capataz no percibiese la inquietud de los animales y le hiciese experimentar el grueso látigo en los hombros que ya pasaron muchos años de sufrimiento.

Francisco entró en el establo, saludó al anciano que se inclinaba con reverencia, le tomó las manos con afecto, besándolas con delicadeza. Este, asustado, con miedo de que alguien los estuviese observando, se esforzó para librarse del joven, lo que Francisco no permitió, asegurando con firmeza su esquelético brazo y, haciéndole sentarse en el montón de alfalfa, le habló con ternura: ¿Cómo te llamas, amigo mío?

La voz embargada del anciano le impidió que salieran las palabras. Hizo un pequeño esfuerzo y comenzó diciendo: -Mi joven señor… ¡Dios te bendiga!.. Mi nombre es Basilio, y tengo setenta y cinco años. Soy forajido de Roma, donde mis padres fueron decapitados en la plaza pública. Yo tenía quince años cuando asistí a ese drama, que nunca olvidare. Vi caer, con estos ojos, las cabezas de mis padres, y tuve la oportunidad de sentir sus últimas miradas hacia mí, y yo gritaba, sin que el socorro llegase. Horas después, me encontraba en un mercado de esclavos, donde luego fui

vendido a un rico campesino, para el cual trabajé sin descanso.

Francisco, oyendo al viejo, de vez en cuando pasaba las manos suaves por sus cabellos color de nieve, diciendo:

- Continúa, abuelo, cuenta tu caso, que me encuentro muy bien escuchándote. Prosigue, nada te ocurrirá, pues estoy aquí para defenderte, en caso que venga el capataz.

Y el anciano, con los ojos de sufrimiento, llorando como un niño desesperado en busca de los padres, contó conmovido:

La vida para mí, ha sido demasiado dura, hijo mió. Cuando fui vendido al campesino, sentí el corazón amargado, sin comprender mi propio destino. Algunas veces la esperanza invadía mi ser, y, sin que yo supiese por qué, cierta tranquilidad auxiliaba mi corazón, de manera a quedar semanas y más semanas, sin contestar con rebeldía, por los acontecimientos. Y fueron esos momentos los que me llevaron a creer en Dios, a quien hoy yo tanto amo. Parece haber caído sobre mí todos los males, y que todos los pecados de los hombres vinieron a mi encuentro, haciendo que mi cuerpo fuese flagelado. Que Dios bendiga mis pruebas y que ellas sean en favor de alguna cosa.

Y el viejo criado esbozo una sonrisa melancólica, como luz que escapa a través de un minúsculo prisma del alma, hablando pausadamente:

- Niño Francisco, eres para mí un Ángel, que se esconde en esas vestiduras de lujo. Tus ropas son brillantes, pero tu alma es mucho más. Desde que tomaste mis manos, sentí renovarse mi vida, y tuve el mismo consuelo que siento de vez en cuando, sin embargo, más acentuado, más divino, pareciendo que mi corazón se abrió y que de él sale algo que lo hacia sufrir, haciéndome sentir un alivio inexplicable… ¿Cómo negar la existencia de los dioses, hijo mío?... ¿Cómo

negar una fuerza poderosa de justicia y de amor que regula todas las vidas y todas las cosas?

Y señalando con el dedo desfigurado por los años, mostró a Francisco:

- Esta caballeriza, este mundo en el que vivo hace muchos años, como criado de los propios animales, fue y es para mí una escuela valiosa, que me enseñó a callar y a entender quién no pude hablar. Es mi verdadero hogar, y, en muchos casos, tengo en los animales compañeros afables. Solamente ellos conocen, por increíble que parezca, las necesidades de cariño que tengo. Lamen mis manos con ternura, y muchas veces posan la cabeza en mi pecho, haciéndome recordar a mi madre. Cuando duermo, ellos me vigilan, y me señalan cualquier peligro. Eso me conforta y consuela. ¿No es Dios quien está ayudándome y, de esta forma, mostrándome que El existe para todos los seres? ¿No es para un viejo enfermo y cansado, oprimido y agotado, como yo, una señal de que debo tener esperanza y fe en una Inteligencia Mayor? Hace sesenta años que sirvo a señores, que si fuesen iguales que estos animales, yo estaría en el cielo… El mejor de todos ellos es tu padre – las marcas de mi cuerpo demuestran lo que ya pasé. ¡He aquí mi drama! Con permiso, hijito… Y se quitó la camisa, más rota que el jergón de los animales en las cuadras… En la piel oscura del anciano, se veían estrías que marcaban el paso del látigo de muchos capataces, y señales en las orejas y en el cráneo mostraban que ya había pasado por muchos dueños.

Volvió a ponerse la camisa rota, acentuando con voz entrecortada:

- ¡Hijo mío, tú no mereces ver esas cosas, no sé por qué te las estoy mostrando, no se! ¡Eso es una grave falta mía, manchar tu mente de infantil pureza, con las inmundicias del mundo! ¡Perdóname, perdóname!

Francisco dejó escapar dos gruesas lágrimas, que corrían por las mejillas, mojando las arrugadas manos del criado y le habló sonriendo, tocando levemente los labios con sus dedos:

- No, hermano mío, no te calles. Habla, pero dímelo todo, pues tendré mucho placer en escucharte.

Los animales se movían en todas direcciones y sus colas bien tratadas espantaban a las moscas que podrían molestar a los dos hombres en diálogo. El anciano nunca estuvo tan emocionado, y pensaba, recostado en el montón de heno amarillento:

"¡Qué bueno es Dios! ¡Un señor como este, desciende tanto para oír a un resto de hombre, como yo! ¿Cuál es el placer que siente en eso? ¿Cuál es su interés? ¿Qué vientos lo trajeron aquí? Conozco al niño Francisco que siempre sonríe a la gente, pero nunca llegó hasta el punto de arrimarse a un criado que huela tan mal, como los más despreciables animales. Me parece que ya lo descubrí… Es Dios, nuevamente siendo más visible, para confortarme. ¡Es eso mismo!..."

Y volvió a llorar… Y unos segundos de silencio le trajeron al criado la inspiración para continuar la conversación. Habló más tranquilo:

- ¡Hijo mío!... El castigo que más me aterrorizó, fue el que el penúltimo señor mandó hacer conmigo.

El viejo Basilio, lleno de emoción, tras una pequeña pausa, continuó:

- Había, en la rica propiedad, una criada a la que yo tenía un gran afecto, y fue, obligada por la fuerza, transformada en amante del feroz capataz. Cierto día, estábamos conversando, cuando fuimos sorprendidos por Estrión que, enfurecido, me llevó amarrado en presencia del

señor, narrándole lo ocurrido, no obstante, desfigurando la verdad y haciendo acusaciones falsas.

El señor, que se marchaba de viaje, subiendo al lujoso carruaje, habló apresuradamente: No tengo tiempo ahora para tratar estas niñerías. Haz con él lo que te apetezca.

El anciano hizo una nueva pausa y dijo:

- No sé si debo seguir. Eres muy joven y no veo el por qué de preocuparte con hechos tan brutales.

Francisco, pasando cariñosamente las manos por los cabellos del anciano, respondió con calma:

- No tiene importancia que yo lo oiga, abuelo, hable; será bueno para nosotros dos.
- Está bien – dijo Basilio, prosiguiendo. Estrión mandó llevarme al lugar destinado para el castigo de los esclavos, haciendo que me desnudasen, efectuó la dolorosa y humillante mutilación de mi órgano genital. Estuve por largo tiempo entre la vida y la muerte. Solamente la misericordia de Dios y las intenciones de un bondadoso viejo, conocedor de raíces y hierbas curativas, evitaron que yo muriese.

Ahora, si me permites, niño Francisco, voy a parar. Creo que ya llega. Siento que sufres conmigo y no deseo que eso ocurra. ¡Vete, hijo mío, vete ahora, pues puede ser peor para nosotros!... Que Dios te bendiga, que nuestra Madre Santísima te tenga para siempre en su corazón. Y que Jesucristo sea tu guía.

Francisco se estremeció cuando escuchó hablar de Cristo y de Su Madre, de aquella manera tan simple, pero sincera. Un indecible bienestar dominó todo su ser. Se levantó y salió como si estuviese frecuentando, por muchos años, los mayores liceos de las grandes ciudades. Su cabeza era un nido de ideas en abundancia. Aquél día fue para él de grandes experiencias, por encontrar las realidades que él tanto

necesitaba. Quería cosas reales y ansiaba la Verdad, para que pudiese consolidar el Amor en el corazón.

Ya era de noche cuando regresó a su casa; las estrellas comenzaban a brillar con intensidad… Antes de entrar en la mansión, se paró y contempló el cielo. Pasó los ojos inquietos de emociones por toda la constelación, y habló desde el fondo de su alma:

- ¡Dios, ayúdame a comprender lo que debo hacer!

Fue directamente a sus aposentos, se dejó caer en las suaves pieles que alfombraban el suelo y viajó, en los brazos de Morfeo, a regiones resplandecientes…

EXPERIENCIA DIFERENTE

Al día siguiente, ya repuesto de los golpes morales de la historia del viejo Basilio, Francisco procuró interrogar a más personas que trabajaban para su padre. Habló con uno de aquí, otro de allí, sonrió afablemente a todos, disfrazando la investigación, recogiendo experiencias diferentes, para que el corazón y el raciocinio pudiesen sumar todos los resultados, dándole la Justicia. Y en este trance, él podría moldear sus actitudes, aliando la teoría a la práctica. No quería, de ningún modo, colocarse en los extremos. Tenía, por naturaleza congénita, la universalidad. Creía que la justicia era una fuerza sublimada y que solamente ella podría abrir camino para el Amor.

En Francisco se estaban realizando grandes cambios. El padre ya estaba preocupado con él, porque por varios días no cuidaba de nada, solamente caminando, conversando con los criados y empleados, sin prestar atención como antes, a las órdenes de Pedro Bernardone. Se estaba despertando en él su verdadera personalidad, así como la consciencia de lo que

debería hacer. Era como si estuviese surgiendo otro Francisco…

Saltó dentro de un carruaje, y dijo con energía al cochero:

- ¡Conduce hacia las tierras del Sr. Bernardone!...

El cochero, acomodándose diligente, respondió con delicadeza:

- ¿Cuál de ellas, señor?

Él, ya repuesto, respondió con afabilidad:

- Abel, discúlpame el modo como te hablé, cuando subí al carruaje. Yo estaba ofendido conmigo, te pido disculpas. ¡Por favor, discúlpame! Quiero ir a Apolo.

El látigo estalló en el aire, y los caballos salieron disparados. El hijo de Pica se puso a meditar, sin darse cuenta en las dos horas de viaje, en el recorrido de Asís a Apolo, de las tierras fértiles, donde el cultivo se hacía admirar. Los parrales rodeaban una gran extensión de tierra, el trigo crecía con una fuerza descomunal, mostrando a los más interesados por el fenómeno de la naturaleza, algo de divino entremezclado con las cosas materiales. Varios tipos de frutos eran el valeroso emblema de la región.

Llegados a su destino, Abel paró los caballos bañados de sudor, luego los protegió junto al carruaje en una gran sombra, que un árbol amigo ofrecía. Francisco descendió, sintiéndose libre, respirando el aire puro de los campos. La naturaleza lo favorecía, por su propia naturaleza espiritual, en la compatibilidad de las vidas puras.

Entró en el caserón, donde se encontró con decenas de criadas corriendo de un lado para otro, en variadas ocupaciones, desde la limpieza a la preparación del alimento destinado a los criados que rompían la hilera de trigo, bajo la severa vigilancia de varios capataces crueles. Francisco descendió por un despeñadero corriendo y canturreando,

pasando la mirada por todas las direcciones, en un monólogo sin precedentes:

"¡Dios mío! ¿Por dónde debo comenzar? ¡Quiero hacer alguna cosa buena en beneficio de la humanidad!... ¡Qué difícil es ser útil! ¡Qué difícil es comprender nuestros deberes ante nuestra conciencia! ¡Qué violento le es a la gente ver y sentir la opresión en los otros! No puedo parar y las ideas hierven en mi mente, como en un recipiente de agua en prolongado hervor. Sé que el destino me reserva una parcela de lucha en favor de los que sufren, y gracias a los cielos, no me falta disposición. Por eso me empeño contigo, Jesús, para que me ayudes. Maestro, bendice mis actitudes y no dejes que yo entre en caminos que no lleven a la Verdad y al Amor.

Veo, Señor, que la Tierra es un cielo en el que la naturaleza refleja las leyes armoniosas de la vida, y es un libro divino de los más difíciles de aprender en él a leer y comprender Tu voluntad en las cosas que, a veces, conservamos con nosotros y que, en muchos casos, no tenemos oídos para oír y, mucho menos, sentirnos preparados para percibir ese lenguaje tan espectacular. Abre, Señor, nuestros ojos, en la igualdad de nuestras fuerzas, para que podamos ver el Amor ampliarse en ramificaciones infinitas, esperando que los hombres despierten hacia él".

Al parar, cansado de la caminata realizada, contempló una enorme campiña y presenció un espectáculo violento, que mucho le desagradó: en cada hilera de veinte obreros, un capataz, haciendo estallar el látigo, acertaba, de vez en cuando, en la espalda desnuda de algunos, que solamente tenían la libertad de gemir, pero no la de descansar. No comenzó a sentir rebeldía en su corazón, cuando comprendió por qué estaba allí, calmado por la razón, trabajada por su madre y por Jarla, al responder a sus preguntas. Incluso así, en su interior se encendió un fuego, no de rebeldía, sino de

entusiasmo para luchar con todas sus fuerzas a favor de aquella gente, cuyo trato era inferior al que se concedía a algunos animales.

Descendió lentamente por el tortuoso camino que llevaba a la campiña y percibió que, al ser visto por los capataces, estos suavizaban el látigo. Uno de ellos vino rápido a atenderlo, pues reconoció que era el hijo del patrón.

- ¡A tus órdenes, joven señor!... ¿Traes alguna orden de parte de tu padre, para que sea ejecutada en las tierras de Apolo? ¿O los vientos que te trajeron anuncian solamente buenas venidas y esperanzas para todos nosotros? El capataz se calló, esperando que el señor hablase.

Francisco se controló íntimamente, sonrió con afabilidad, incluso contra su propia voluntad, y dijo al capataz:

- Benvenuto, vengo de parte de la Paz. Gracias a Dios los vientos que me trajeron son realmente los vientos de la Esperanza. Mi presencia aquí, tal vez sea un gran refuerzo para mi corazón, un comienzo de luchas que difícilmente termina en una existencia.

El rudo hombre no percibió la profundidad de su filosofía, pero preguntó ansioso:

- ¿El señor ordena alguna cosa?
- Sí, – respondió pausadamente Francisco. Los obreros deben estar todos a la hora de la comida, en el caserón, sin que falte uno. Quiero hablar con ellos.

El capataz aprensivo, respondió:

- Ellos comen al pie del trabajo, es orden del señor Bernardone…

Francisco, cortando la frase del interlocutor, acentuó con energía:

- Haz que todos ellos suban hoy, para comer en el caserón.

El capataz pidió disculpas, y terminó:

- ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! Ellos irán.

Francisco subió por otro lado, en dirección a la hacienda, para esperar a los obreros, conversar con todos y aproximarse a aquellos corazones sufrientes que él tanto estimaba, como si Dios lo estuviese convocando a realizar grandes trabajos para igualar a la humanidad.

Pasó por medio de un pomar, y quedó aterrorizado con la vida exuberante. Cogió algunas frutas, y gozó de la dadivosa ofrenda de los árboles. Agradeció a la madre naturaleza por la comida que él degustaba con placer. Los pájaros volaban en bandadas, cantando, y él percibía, por intuición, que era una canción de alabanza al Cristo de todas las cosas.

Una hamaca se balanceaba en el cobertizo entre los ramajes, y dentro de él el hijo de Bernardone ponía sus pensamientos en orden. En su mente fue encendida una hoguera de ideas y cerca de ella el corazón latía descompasado, intentando, con un descomunal esfuerzo, ayudar a la razón en la gran dinámica del buen sentido. Francisco abandonaba el cuerpo por instantes, y el espíritu libre, en otra dimensión, cambió un poco de idea, no obstante, sin cambiar la preocupación de servir. Creció más el sentimiento del bien, aclarándole la inteligencia, en el plano espiritual. Incluso en el poco tiempo que le fue dado permanecer en ese estado, alguien le inspiró en los oídos del alma:

- Francisco, no intentes cambiar el destino de esos hombres de una sola vez. Cada uno está en el lugar seguro, por su propio bien. Los designios de la Providencia no faltan, hijo mío. Y no pienses que ellos se encuentran desamparados, pues cada criatura recibe de acuerdo con lo que sembró en épocas remotas. A los que se colocan como embrión de la vida, le son dados procesos compatibles con sus necesidades, para que en el mañana resuciten para el Amor, para la

Caridad y para la Paz. Tú, a veces, creas sufrimientos que no existen, en el sentir de esos hijos. Si en esa hora te fuese dado volver al pasado remoto, sería muy probable que te encontrases en los mismos trances dolorosos, por tu clasificación, pero natural por las leyes vigentes en toda la creación.

Si te rebelas contra esos acontecimientos, no estarás juzgando a los hombres, sino a Dios, que, omnisciente, sabía de antemano que ellos sufrirían lo que están sufriendo. No solamente esos vasallos pasan por caminos tortuosos en la Tierra; son millones de seres en todas las escalas, de todos los reinos. Es muy probable que sepas, en el grado de amor que tienes, que las plantas viven, sienten, aman, y que rudimentos de inteligencia, como de sentimientos, transitan en el centro de su psiquismo espiritual. Todavía, tú que acabas de contemplar un cuadro, para ti doloroso, envolviendo a los siervos, arranca el fruto que no deja de ser el hijo del árbol, y lo muerdes con los dientes, sin con eso pensar en el sufrimiento de la madre que lo engendró por procesos difíciles e ingeniosos, como fue tu propia procreación. Tienes una misión entre los que sufren, y ella te costará muy cara, pero elegiste los caminos y pasarás por ellos. Ten buen ánimo, avanza sin temor, escuchando a los que sufren, sin dejar de escuchar también a los que les hacen sufrir.

Entonces, una criada se acercó a la hamaca en la que se encontraba el cuerpo de Francisco, y, viendo que la hamaca estaba parada, comenzó a balancearla con delicadeza, contemplando al lindo joven. Su piel parecía de seda luminosa, el rostro bien formado, los cabellos brillantes, las orejas pequeñas y la boca, medio abierta por el trance, dejaba ver parte de los dientes que parecían perlas centelleantes. Los labios eran rosados y los ojos castaños se escondían para

ver en otra frecuencia. La criada nunca tuvo la oportunidad de estar tan cerca de una persona tan noble. Arrodillada, impulsó la hamaca como si fuera una camilla improvisada, haciendo que Francisco se balanceara serenamente por los aires. Los ojos de la negra no soportaron la escena, y ella lloró en silencio, para no ser oída.

Francisco se vio en espíritu, en la fila con los obreros. Una mano luminosa le señalaba algunos de los obreros, y él tenía un colorido diferente de los otros alrededor de su figura, evidenciando que la formación biológica acompaña la era espiritual. De entre esos, aparecían ciertos criados que, por su postura, impresionaron al hijo del comerciante, pareciendo señores, siendo criados. La mano espiritual que guiaba las experiencias de Francisco le dio un toque con los dedos, influyendo en la mente del joven, e hizo que él rebuscase el pasado milenario de los criados. Recorrió uno por uno de los elegidos, mostrándole el por qué ellos estaban allí, bajo la presión del capataz, y siendo castigados por la lluvia y por el frío, pues esa era la disciplina conveniente para los espíritus rebeldes, refractarios a la invitación del Bien. Y la voz acentuaba con convicción:

- ¿Cuál de nosotros podríamos contrariar los procesos evolutivos de las criaturas, organizados por la Inteligencia Mayor? Podríamos, sí, aliviarlos sin violencia, pues es para eso que estamos en medio de ellos, revistiéndonos, de vez en cuando, con el mismo lodo donde ellos se encuentran. La libertad de esas almas depende mucho más del tiempo de lo que nosotros queremos; son caminos de iniciación que ellos mismos deben recorrer hasta que el Amor surja en sus corazones. Humildad forzada no es paz interna y si apartases a esos hombres de esa disciplina, como pretendías, se establecería la confusión. La depravación tomaría curso, sin

recurso de desaparecer. Esa es una prisión benefactora que ellos, en el futuro, bendecirán…

Francisco, por su formación espiritual, entendió después la ciencia de la vida. En la condición de espíritu libre de la carne, era maestro en el tema, pero ahora encarnado, era necesario que alguien lo impresionase, para recordar la Verdad de las leyes mayores que regulan la Vida en todas las dimensiones. Así, con la rapidez de la luz, fue al pasado de muchos vasallos, y entendió el motivo por el cuál ellos se encontraban cargando, cada uno, una cruz tan pesada. "Hablaron mis inspiraciones" – pensaba… entretanto, la respuesta no se hizo esperar dentro de sí: - No… No hablaron, se perfeccionaron en la secuencia del propio amor. Tu tarea es reunir millares de cirineos… y, ayudarlos cuanto pudieses, en las subidas de los calvarios de la vida, sin que ellos lo sepan, sin que el interés te estimule y sin que la vanidad entorpezca tus sentimientos de Amor. Haz el Bien, para sentir el Bien dentro de ti.

El hijo de Pica, aún en éxtasis, volvió la mirada hacia los otros criados que, más primitivos, casi no manifestaban claridad a su alrededor, por estar más próximos a los animales domésticos. Y la voz continuó:

- Esos de ahí, son casi como los mulos de carga, los bueyes de carro, los coches de caballos, las vacas que dan leche, los carneros que van a esquilar y los asnos de los arados. Sienten poco la violencia que los prenden a la escuela de la disciplina. Si los llevasen al seno de la sociedad, por piedad y amor, que aún no tienen resonancia en la profundidad de sus seres, será la misma cosa que enseñarles a ellos un camino, por donde nunca tuviesen la oportunidad de pasar. Tú te olvidas de muchos detalles indispensables… La teoría puede ser una oferta santa de todos, pero la práctica es exclusivamente individual. Si, por acaso,

encontrases un hombre hambriento, ¿la simple imagen de la comida lo saciará? Si alguien con sed te busca y utilizases el don de la palabra con la retórica de la última moda, con encanto, ¿matarás su sed? Si alguien desnudo te tiende la mano, pidiendo tu capa para cubrir su desnudez, ¿tus buenos consejos lo vestirán?

Todo eso es muy valioso, pero cuando estuviesen unidos a tales gestos, el ejemplo y la vivencia. Puedes hacer mucho por quien tiene hambre, menos comer por él; puedes hacer mucho por quien tiene sed, menos beber por él el agua; puedes hacer mucho por quien está desnudo, menos vestir por él. Esos hombres pueden oírte. Servirás de camino para ellos. Podrás consolarlos, incentivarlos en el Amor, en la Caridad, en el Perdón… Podrás ayudarlos a levantarse, cuando estén caídos. En cuanto a la caminata con la cruz en los hombros, la gran subida evolutiva, pertenece a cada uno; la iniciación espiritual, repetimos, es individual.

Un mulato hizo sonar un gong de bronce, anunciando la hora de la comida, a una señal de un capataz, que gritó autoritario:

- Suban todos al caserón, pero miren allá, sin desorden. El hijo del patrón está ahí, lo que para nosotros es una honra. ¡Quiero mucho respeto y mucha obediencia! Vosotros me conocéis… Formando tres filas, todos subirán al lugar indicado.

La criada, como hipnotizada, no retiraba las manos de la hamaca en la que yacía el cuerpo de Francisco, olvidada de su condición y de la existencia de un capataz peligroso, que no cambiaba de aspecto para liquidar a un criado. A ese capataz lo apodaban *Quince Dedos y Tres Pies,* pues, además de los dos pies naturales, nació con otro adicional. Al lado del pie derecho, surgió otro, en su formación congénita, que quedaba un poco más alto que el pie verdadero, al cual ningún criado

podía quedarse mirándolo. Eso lo hacía sufrir, sintiéndose humillado y, por eso, era capaz de quitar la vida de cualquier persona que encontrase sonriendo, y que él desconfiase que fuese de su defecto.

La criada se asustó con la mano descomunal del capataz que la empujaba por el hombro y por su cara, ya preveía su destino. Antes de reprenderla, para no asustar al patrón en su sueño tranquilo, el hombre de hierro la empujó sin respeto, alejándola del hijo de Bernardone; y ella, por miedo, sofocó la voluntad de gritar. Todavía, Francisco despertó asustado, al ver cuanto tiempo había pasado sin que él se diera cuenta, saltando ágilmente de la hamaca. El capataz, al verlo, dejó a la criada y fue a su encuentro dando explicaciones:

- ¡Perdón, señor!... Encontré a esta maldita criada muy cerca del señor mientras dormía; tal vez quería robar algún objeto de tu pertenencia, pero llegué a tiempo. ¡Y voy a darle una disciplina, si me lo permites!

- ¡Benvenuto!... No puedo permitir que la castigues, por lo menos antes de oírla, pues el señor Bernardone la puso aquí para sus servicios… La justicia es cosa seria. En ella debo pensar en primer lugar.

Tomó a la criada por la mano, que lo acompañó cabizbaja y avergonzada, sin valor para defenderse, pues el capataz no le quitaba los ojos de encima. Francisco la hizo sentarse junto a él en el gran patio, donde los obreros se reunían y conversaban de pie, admirados por estar allí en aquellos momentos, en vez haber interrumpido muchas brazas de trabajo. Uno de ellos argumentó bajito:

- ¿Será que van a vendernos? Yo desconfío de esos descansos: o van a vendernos a otros señores, o entonces… nuestro trabajo no está compensado y el patrón mandó a su

hijo con órdenes que mi corazón percibe; Dios quiera que yo esté equivocado…

Francisco dio orden de servir la comida, y que los obreros estuviesen cómodos.

Francisco volvió a la hamaca, llevando consigo a la criada que, con miedo, se colocó a su lado, sabiendo que cuando él se marchara, ella tendría cuentas que ajustar con Benvenuto, que hacía varios días le había propuesto cosas que solamente conseguiría por la fuerza. Antes pidió a los capataces que dejasen a los obreros a su gusto, y estos, después de la comida, comenzaron a cantar y a zapatear al son del folklore que les era peculiar.

Francisco comenzó a ver en aquél divertimento, parte de la alegría que debía ser dada a los hombres sin techo, sin familia y sin hogar. La vida de los criados era comparable a la de los animales. Folí era el nombre de la joven esclava, que de nuevo hacía mover la hamaca, en la que él descansaba. Aprovechando la oportunidad, el joven de Asís dialogó con la criada, diciendo:

- ¡Folí!... ¿Por qué viniste a mover la hamaca en la que yo estaba echado, sin que te lo hubiese mandado, o que yo pidiese tu presencia?

Ella bajó la cabeza, procurando ordenar las ideas para responder cómo sentía el impulso de protegerlo. Francisco dio tiempo, para que ella pudiese hablar sin exigencia, ayudada por la sinceridad que expresaba en el rostro. Ella levantó la cabeza, se desinhibió por el ambiente de libertad que él le daba, y habló sonriendo:

- ¡Señor!... Nadie me mandó hacer lo que hice, fue idea mía… Te pido que no me maltrates. Te vi dormido y sentí que debía protegerte. Sin poder ofrecer nada en tu favor, a no ser mi presencia como esclava, en eso sentí una gran alegría, como nunca tuve en la vida… Yo sabía que estaba corriendo

un gran peligro al ser vista por el capataz Benvenuto, hombre bruto y sin corazón; entretanto, me compensaba el placer que mi alma disfrutaba a tu lado.

La negra tenía porte de nobleza, un perfil encantador, cuerpo esbelto, rostro lindo y dientes brillantes. Era famosa en la región, su presencia fascinaba a todos los que la conocían, y su nombre figuraba hasta en las canciones de aquellos hombres rudos… Benvenuto la perseguía hacía mucho tiempo, y ella temía su presencia, por su naturaleza grotesca y por la brutalidad de su fisonomía.

Francisco prosiguió la conversación, gustándole la prosa de la criada:

- Hija mía, parece que tienes alguna instrucción, ¿no?
- ¡Sí, señor!... Tengo poca edad, pero mi madre no se descuidó en hacerme cristiana, y dentro de esos preceptos, que me conquistaron mucho, se abrió mi inteligencia de forma mágica, y heredé la sabiduría de mi madre, sin que yo misma lo pudiese entender. Y, es por saber más que las otras que soy muy maltratada, y los esclavos y capataces me persiguen de forma brutal. ¿Pero que puedo hacer contra tanta gente? Perdí a mi madre y no conocí a mi padre. Solamente sé que era un hombre de grandes negocios. De la noche a la mañana, nuestra casa fue invadida por los Templarios Negros, mi madrecita fue abatida, y yo llevada y vendida en el mercado de esclavos en Espoleto. ¿Cómo me puedo defender? ¿Qué adelantaría con protestar? Si me permites, y no me lo lleves a mal, ¿qué haría el señor si estuviese en mi lugar? Sólo me quedó obedecer y llorar, nada más.

Estoy feliz a tu lado, y desde la hora en que entraste aquí, mi corazón me dijo que tú eras un hombre de bien… Mañana, o tal vez esta misma noche, yo no sé lo que pasará conmigo, pues vi amenazas en los ojos del capataz, cuando quiso

retirarme de tu lado, donde yo estaba encontrando la esperanza de vivir. Mi sacrificio, en el caso de que Dios lo quiera y Jesucristo, ya está compensado por lo mucho que estoy recibiendo de tu parte. Puedes dar las órdenes que pretendas con respecto a mí, que sufriré en silencio, y nunca juzgaré que partieron de tu corazón…

El patroncito estaba admirado y monologaba: "¿Cómo podía una criatura tan joven y amable, de palabra tan dulce y de alma tan noble, estar envuelta en medio de hombres de aquella estirpe?" Pero luego vino a su mente fértil, el sueño que tuvo horas antes, y la conversación espiritual con la Voz. Sin necesitar más raciocinio, vino a su mente la mano de luz que apareció en las filas de los obreros, entendiendo aún más su significado. Estaba acostumbrándose a aquellos desdoblamientos espirituales.

Pidiendo disculpas, la criada quiso levantarse, pero Francisco no lo permitió, diciendo: - Quédate, Folí… tu presencia también me agrada. Conozco tu drama; eres un espíritu en vísperas de la libertad; tu conciencia manifiesta señales de independencia y tu corazón ansía por Amor… Creo en Dios que lo encontrarás… Voy a ofrecerte lo que puedo por mi parte: vendrás conmigo a Asís. Mi madre y Jarla, dos santas, te recibirán con mucho amor en el corazón y tengo la seguridad, por la afinidad de tu saber y de tu corazón, que serás feliz… En cuanto a mí, seré el hermano que siempre luchará en tu favor. Tu destino te coloca en una posición difícil y por lo que siento y veo en tus caminos, tu mundo interior nunca perderá el clima de verdadera paz, que es la paz de la conciencia.

La criada en la flor de los dieciséis años, lloraba. Lloraba de alegría, por las palabras del joven patrón… ¡Él era su salvación! Tenía la seguridad de que si se quedaba allí una noche más sin su protección, estaría eliminada, moral y

físicamente. Captaba, por su sensibilidad, las intenciones de Benvenuto, que acostado en un almacén de cereal, pensaba en ella con lujuria. La protegería de todas las maneras pero, si ella cediese a sus instintos; caso contrario, era capaz de acuchillarla y destruirla en pocas horas, pues cargaba en la conciencia cosas peores.

Folí miró a Francisco con ternura y como silenciosa respuesta de gratitud, dejó caer las lágrimas, que se deslizaban con abundancia por su rostro. El joven se emocionó y lloró con ella. En ese cambio de sentimientos fraternos, Francisco percibió la presencia de una tercera persona, que parecía llorar también. Era la madre de la criada, que, acompañando los hechos desde el principio, agradecía, conmovida, la salvación de su hija.

Los obreros estaban inquietos por el horario y el trabajo atrasado; habían pasado muchas horas de descanso, ¿pero cómo hablar de eso con el hijo del patrón? Sería una falta de respeto. Él estaba allí en calidad de señor. Las veces que había venido en la labranza con su padre, desde pequeño, tenía plena autoridad para hacer y deshacer. Y Pedro Bernardone sonreía, al ver a su hijo activo e inteligente, corriendo como un gamo por entre los árboles.

Francisco salió al patio con Folí, y comenzó a hablar con los criados, dándoles plena libertad para preguntar lo que quisiesen y ellos, sentados en el suelo, sonreían de alegría, con las ideas modificadas sobre los motivos de la visita del joven patrón a las tierras de Apolo. Conversó con más de una centena de obreros, escuchando a cada uno en particular, sabiendo de sus historias, de sus desencantos y de sus esperanzas. Aquél día pasó sin que volviesen al trabajo.

La luna brillaba con intensidad y las estrellas presenciaban aquella escena de luz, en la luz de Dios. Algunos de los criados cantaban a Francisco, en la euforia de su

presencia, sin que pudiesen recordar que el otro día podría ser invierno para ellos. Improvisaron un teatro al aire libre, hecho de corazones para un corazón que ya los amaba. Como hermanos, hijos del mismo Padre, Dios, festejaban las bodas de esperanza de los hombres en cautiverio. Hubo hasta distribución de vino, y los hombres respiraban, por lo menos en aquellos momentos, los aires de la libertad. Solamente entre los capataces reinaba el constreñimiento. Y Francisco les habló en presencia de todos:

- No maltraten a esos hombres, pues son, como nosotros, hijos de Dios, exijan de ellos solamente el trabajo, que es el deber de cada criatura, ofrézcanles regalías compatibles con la labor de cada día. Cuando se encuentren enfermos, háganlos descansar y cuídenlos con humanidad. Sean sus amigos, procurando comprender que la vida nos pertenece a todos. No sé si volveré aquí, pero los recordaré con nostalgia, y el corazón me contará lo que ocurre en estas tierras. Y donde estuviera, pediré a Dios por todos vosotros. ¡Benvenuto!

- Sí, señor, a sus órdenes…

- Me voy a llevar a la sirvienta Folí para vivir allá en casa. Mi madre necesita de ella, pues Jarla ya se encuentra avanzada en años, y no puede atender más las necesidades de la limpieza de los aposentos de la familia, ni incluso de la atención personal.

- ¡Sí, señor! Pero – habló humildemente el capataz – ¿no crees que es mejor que ella vaya el fin de semana? El carruaje es de lujo, y la criada… Además, sus ropas necesitan ser lavadas, para llegar a la casa del patrón como gente. Yo mismo podré llevarla.

El joven miró fijamente a los ojos del capataz, miró también a los ojos mansos de los criados, y notó que casi

todos se sintieron felices con la idea de llevar a Folí para Asís, y dijo:

- No, Benvenuto, ella vendrá conmigo. Quiero mostrar las bellezas a esa criatura, que aún no vivió las bellezas de Dios en la Tierra, pues ella tiene ojos para ver y sentimientos para sentir la grandeza de la vida… Sentir la luna, las estrellas y el perfume de las campiñas, de los árboles que exhalan por la noche, ofreciendo a los viajeros lo que tienen de más sublime.

Benvenuto bajó la cabeza, cambió la cara, y, de malhumor, se marchó nuevamente hacia el almacén de cereal, sin decir ni una palabra. Y como sus pensamientos eran de difícil formación, desde el lugar en que se encontraba hasta el almacén de cereal, sólo tuvo tiempo para formar una idea: "El patroncito destruyó mi alegría de esta noche…"

Francisco, que había oído muchas historias horripilantes de los siervos, se despidió, abrazándolos amablemente. Muchos lloraban por la partida de Folí, incluso algunos que la perseguían. Abel, que ya estaba con los caballos descansados y alimentados, esperaba al señor. Francisco saltó al coche de caballos, cuyos metales brillaban, y convidó a Folí a tomar asiento a su lado. Los látigos estallaron en el aire y los tres partieron con dirección a Asís.

El padre de Francisco ya mostraba nerviosismo por la ausencia del hijo. La madre y Jarla "compraron" el ambiente de aprensión ofrecido por Pedro Bernardone, y todos se inquietaron. María Picallini y Jarla comenzaron a pasear por los jardines de la mansión y se acomodaron en un confortable banco que la luz clareaba. Ella dijo a la ex-criada:

- Jarla, hija mía, ¿qué será de nuestro hijo?... Él, en estos últimos meses, parece desligado del mundo; es muy amable y educado con todos nosotros; no obstante, su atención busca otra cosa. Pisa en la Tierra, sin embargo, su cabeza se encuentra en otros lugares…

Y el tiempo pasaba, con las dos mujeres conversando sobre el destino de Francisco. En esto, entró el carruaje, en el florido patio de la mansión. La madre y Jarla corrieron a recibirlo, y se espantaron al ver a la otra pasajera, que era extraña para ellas… Sonriendo, él cogió a la criada por el brazo, la presentó con dulzura, besando a la genitora con nostalgia:

- ¡Mamá, esta es Folí, y va a ser tu compañera! ¡He aquí a tu hija, Jarla! Y sus manos acariciaron lentamente los cabellos blancos de la anciana.

Ninguna de las dos mujeres conocía a la cautiva, pues hacía mucho tiempo que no iban a las tierras de Apolo, desconociendo así, su procedencia. Benvenuto no dio a conocer su existencia, dado su interés por ella, facilitando así sus indignas intenciones. Folí era un espíritu bastante elevado; de ahí la existencia de compañías espirituales, protegiéndola de un modo singular. Por pertenecer a otra faja de vida, y por su merecimiento, pudo quedar inmune al asedio del bruto capataz.

María Picallini suspendió sus manos delicadas, y entre ellas, colocó el rostro bien estructurado de la joven, diciendo con cariño:

¡Folí! Siento que mi hijo no se equivocó, trayéndote; veo en tus ojos y en ti, carencia de amor, de un hogar y de quien te pueda comprender. El corazón de una madre no se equivoca en cuanto a eso, por tanto, no serás aquí en esta casa una criada, palabra que ya estoy eliminando de mi diccionario mental, y sí una hija del corazón. Hizo un intervalo, acostumbrado en las personas inteligentes, para que sus palabras pudiesen resonar en la profundidad de la conciencia de quien las oía, y respondió al pensamiento de la criada, que pensaba en el color de su piel, obstáculo sin

recurso, en el área de los nobles, recitando parte de una canción griega, de un filósofo desconocido:

"¡Hija mía!...
¿Importa la edad, importa el color?
¿Importa la ciencia, importa el dolor?
¿Importa la sabiduría, importa la posición?
¿Importa la familia, importa la belleza?
¿Importan pruebas de toda naturaleza?
¡No!... Importa sí, que te amo por el corazón".

Quien primero sintió la Esperanza fue Jarla. Aquellas palabras de su señora, como que igualaron a la vieja griega a la familia de los Bernardone. Era de hecho, el Amor rayando en el interior de aquella mujer de Asís. Francisco, sonriendo por la inspiración de la madre, dijo con jovialidad:

- Los aplausos que te doy, querida mía, son con los labios en tus mejillas. Y llenó todo su rostro de besos, sin palabras, a lo que Jarla hizo lo mismo, y Folí tuvo esa misma voluntad, sin embargo, aún temía por la distancia que las separaba, incluso con la libertad que le era dada. Percibiendo el impulso de los sentimientos de la joven, Pica acentuó con belleza del alma:

- Folí, atiende a tu corazón, haz lo que él te está pidiendo. ¡No importa lo que piensas acerca de la nobleza y del oro; eres mi hija también!

La joven, acordándose de su madre, se volvió una niña, y, llorando, saltó con cariño al pecho de Pica…Solamente lloraba, sin que las palabras diesen señal de sus sentimientos. Abrazó y besó también a Jarla largamente, a quien Francisco le dijera antes que iba a ser su madre. Y el hijo de Pedro Bernardone, contemplando el espectáculo de los

sentimientos nacidos del verdadero Amor, monologó en el silencio del alma:

"Ellas ya se comprenden a primera vista y después que conversen, la alegría va a ser mayor. Voy a dejar que el propio tiempo muestre a mamá y a Jarla las cualidades de Folí".

Doña María miró a Jarla, para que ella pudiese mirar también al mismo tiempo a la jovencita, y rápidamente desaparecieron las tres en la mansión, en busca de ropas dignas, para una hija de los Bernardone.

PADRE E HIJO

En las tierras de Apolo la vida continuaba con la rutina de siempre: los capataces mantenían a raya a los obreros, siendo que el trabajo se multiplicaba. Sus espaldas denunciaban cuánto estaba siendo aumentado el servicio. El horario de trabajo determinado, de sol a sol, comenzaba cuando despuntaba el astro rey en el horizonte de la Tierra y terminaba cuando surgía la estrella más próxima del planeta. El caserón continuaba con movimiento; criadas de todas las edades se movían bajo la regencia de una negra impetuosa y malvada, que no dejaba a ninguna de las mujeres darse al descanso, en las horas de labor.

Algunas de las cautivas cogían del molino de agua, el fubá, (1) base de la alimentación de toda la servidumbre. Otras se colocaban alrededor de un gran pilón, amasando el arroz a ocho manos, bajo los sonidos de canciones que les eran peculiares.

---

(1) fubá: Harina de mijo o arroz que constituía el principal alimento de los indígenas africanos.- Diccionario Cuyás de 1945 - Portugués-Español. (Nota del traductor).

Los amasadores eran de madera, pulidos por los esclavos expertos en ese arte, y las mujeres musculosas, al suspender las manos del pilón, dejaban que las bases tocasen unas en las otras, produciendo un sonido estridente, como si fuese un intervalo de la música que luego enseguida continuaba. Hacían del trabajo impuesto, una fiesta. El sudor se derramaba en abundancia, testimoniándoles el sacrificio.

Pedro Bernardone estaba desesperado por el cambio de Francisco, hijo que él esperaba que fuese su sustituto en el gran comercio… El joven surgió ante el padre, saludándolo amablemente, y luego fue a conversar con algunos trabajadores… Pedro, interesado, procuró, a escondidas, escuchar la conversación, para sacar conclusiones sobre las ideas de su hijo. Y escuchó el diálogo entablado con uno de los capataces:

- ¡Hola, Gustavo!
- Señor Francisco, ¿cómo le va? Y el hombre prosiguió, sin darle tiempo: El señor debe estar bien; joven, rico, bonito, siendo cortejado por lindas mujeres… El señor es feliz. ¡Ójala fuese yo!... suspiró el rudo servidor.

Francisco, con los ojos fijos en los del capataz, dominándolo, sintió de pronto su naturaleza inferior; aunque eso no importaba. Quería experiencias, sus pender el nivel de comprensión de aquél ser humano, mostrándole a él que la verdadera vida estaba en otra frecuencia. Aunque él no lo entendiese en aquél momento, quedaría con la conciencia tranquila del deber cumplido…

La ciencia del ambiente, desprendida por el corazón de Francisco, transformó un poco al capataz, haciéndolo sentirse cómodo, y este inmediatamente, se entregó al joven con toda la confianza. El criado pensaba:

“Nadie me habló nunca con tanta seguridad, jamás presencié tanta atención, como la que el joven señor me está

dando hoy, y debe ser por eso que el patrón lo está encontrando extraño…" y balbuceó bajito algunas frases: "¡Si todo el mundo fuese así, qué belleza! La gente hasta olvidaría los sufrimientos de la Tierra". Y comenzó a contar al hijo de Pedro Bernardone:

- ¡Mira, señor Francisco!... y señaló con el dedo una gran calabaza. ¿El señor sabe lo que hay allí dentro? Esperó un poco para que el joven respondiese, y Francisco dijo con delicadeza:

- Seguramente que es agua, Gustavo. La naturaleza es tan sabia, que además de darnos agua pura para mantenernos la vida del cuerpo, también hace la vasija con las condiciones exigidas, en el sentido de mantener esa misma agua, fresca y saludable. Es en estas pequeñas cosas, amigo mío, que encontramos a Dios. Y sonrió con placer. El capataz sonrió también, cuya alegría era ver la inocencia del joven, ante tanta maldad… Gustavo habló medio ronco:

- ¿Será que tiene a alguien en los oídos? El hijo de María Picallini balanceó la cabeza afirmando:

- Tengo, Gustavo.

Y Gustavo mostró luego sus dientes grandes y amarillentos.

- Es el señor ¿no? A lo que Francisco respondió:

- ¡Es el Señor, sí! El Señor del cielo, Gustavo, Dios, que todo lo ve y todo lo escucha, pero no castiga a nadie y ama a todos con el mismo ardor.

- Entonces, voy a contarle al señor un caso… y procuró sentarse en un fardo de pieles. Volvió a señalar la calabaza.

- ¡Mire patroncito!... aquella calabaza, antes, era para el agua, pero su destino cambió; hoy está llena de aceite, que deberé derramar a mi salida, en todos esos fardos hasta el lado de la puerta, sin dejar huellas. Entrada la noche prenderé fuego, porque no aguanto más a su padre. Ya es la

tercera vez que él escupió en mi cara, delante de los criados. Exige respeto, no obstante, él no respeta a nadie. Lo que puedo hacer es descontar todo eso a los cautivos, lo que hago con todo mi odio. Pero todo tiene un límite y ahora yo quiero vengarme de él. No sé por qué le estoy contando esto al señor, pues esta casa le pertenece también; sin embargo, veo en sí un hombre diferente a aquella fiera. Discúlpeme, pero su padre es un animal…

Pedro Bernardone, que estaba detrás de algunos sacos de fibra, se mordía los labios y se le aceleraba el corazón, de odio por el capataz. Tuvo el ímpetu de saltar al cuello del hombre y estrangularlo; no obstante, creyó conveniente escuchar más, principalmente lo que su hijo dijese. ¿Cuál sería la respuesta de Francisco? Y se mordió la mano nerviosamente para no gritar…

Francisco acentuó con propiedad:

- Gustavo, no debes perjudicar a tu señor, del modo que pretendes. Es cierto que estás siendo herido en los valores que la vida te confió, sin que la oportunidad pueda llamar a tu puerta de inmediato, invitándote a mejores días; no obstante, la propia vida demora, pero nunca se olvida de los hijos de Dios y tú formas parte del gran rebaño. Si ya llegaste hasta aquí con ese pesado fardo, camina un poco más, porque en verdad la tolerancia que practicas ahora, en adelante te abrirá muchas puertas, por donde podrás pasar con más facilidad, sintiendo la vida y viviendo en Dios. El odio que parece querer posarse en tu corazón oscurecerá tus días, dificultando así que encuentres los caminos de la luz. Haz que tu cabeza vuelva al trabajo de servir de instrumento de matar la sed, y nunca más se enlodará esa vasija de malas intenciones. No quieras nunca, Gustavo, pervertir las cosas, solamente porque tus días son largos y negros.

Soy hijo de Pedro Bernardone, bien lo sabes, no porque merezco ese confort, no porque merezco esa posición social que ahora disfruto; es por misericordia de Dios, tu Padre y mío, igualmente. De una hora para otra podemos cambiar de posición en la vida, y, ¿quién sabe si no necesitaré de ti en los mayores dolores, en las cruciantes pruebas? Los bienes materiales, Gustavo, son transitorios, no tienen parada segura; cuando su permanencia comienza a hacer mal al envidioso, es retirado por fuerzas invisibles y puestos en otras manos, con otro destino. Nuestro verdadero empeño debe ser el de la conquista de los tesoros eternos, que van con nosotros donde estemos.

El capataz nunca había oído un hablar de esa forma. ¡Estaba admirado! ¿Dónde aprendió él cosas como aquellas? Francisco, además de las palabras, envolvió a Gustavo en un magnetismo de amor, de interés, de bondad, y el criado no soportó el ambiente del que nunca fue el blanco y sus ojos estaban húmedos de lágrimas… Y el hijo de Pedro Bernardone, también con los ojos humedecidos, prosiguió, argumentando:

- Ves como la maldad no reside en tu corazón. Estás queriendo defenderte de los ataques de tu señor, y queriendo días mejores; entretanto, no sabes por dónde comenzar y, en esa perturbación, brillan medios equivocados. Si comienzas fortaleciendo los aguijones de la prepotencia, perderás, porque el odio genera odio, estalla en la mayor enemistad, y cuando los transformamos en amor, Dios nos premia con la paz. A ti no te debe importar cómo adquirió el señor Bernardone todo lo que aquí se encuentra. Lo que te debe importar, es cumplir con tu deber, donde el cielo te llame. Destruir no debe ser la actitud de hombres de sentido iluminado por la fe. Nadie sufre eternamente; las sombras continuarán, mientras no aparezca el Sol de la comprensión.

Si por acaso persistes en la maldad, te demorarás amarrado en las vigas de la ceguera, y solamente te verás a ti mismo, olvidándote de los demás. El egoísmo te encadena las manos dadas a las irreverencias.

Pedro Bernardone, escondido, se encontraba abatido, sin saber qué hacer. El hijo lo estaba defendiendo, y eso le gustaba. Lo que no creía bueno era que Francisco utilizara la educación y la ternura para con la basura de la creación humana; el criado es criado y nada más.

"¡Después ajustaré cuentas con ese perro!... "Le daré lo que merece". Y salió lentamente sin que nadie lo viese, pero envenenado por las ideas del farsante Gustavo.

Francisco hizo un pequeño silencio y esperó que Gustavo hablase algo de lo que sentía, del modo por el cual encaraba la vida… El criado, cabizbajo, avergonzado ante tanta belleza, utilizando el corazón la boca para ser oído, habló ya bastante calmado, mostrando un cambio de actitudes:

- Nunca pensé que en la familia del verdugo pudiese nacer un alma tan pura como el señor. Siento que debe estar sufriendo con ese modo de vivir. Necesito de quien me ayude, no sé qué pensar sobre mí. Estoy dominado, enfermo y maltratado como un animal. ¡Quiero encontrar en el señor un apoyo, quiero tener fe en alguna cosa, quiero tener esperanza, niño Francisco!.. Y rompió en llanto.

Francisco dejó que él llorase. Después, Gustavo miró un cilindro de madera que él usaba para apretar los fardos de pieles, lo cogió con sencillez, y Francisco, percibiendo lo que iba a hacer, intervino con dulzura:

- No hagas eso, Gustavo. ¿Quieres demostrar tu arrepentimiento, destruyendo? Romper esa calabaza es demostrar que la venganza aún ronda tu corazón. ¿Por qué romperla? ¡Ella que solamente te sirvió resguardando el agua

de las impurezas para saciarte, y siempre fue una amiga fiel! Incluso el aceite que en ella se encuentra podrá ser útil en alguna candela y, si perdió el ambiente para guardar agua pura, servirá para un ama de casa como recipiente al que quema para alumbrar la noche.

El odio y la venganza, en la vasija del corazón, es como esa calabaza que era para el agua y llevó aceite. Después de mucho tiempo es que podrá volver a transportar agua potable, porque el aceite se agarra en las fibras más íntimas de todo lo que toca. Entretanto, si persistimos en el bien, alcanzaremos todo en la paz de Dios y de Cristo. Sé valiente, sin embargo, en lo tocante al bien que puedes hacer. Sé hombre, no sólo por la línea de la masculinidad que la vida te prestó, sino para convertir la tristeza en alegría, la guerra en paz y el odio en amor. Procura mostrar tu fuerza por todos los medios, no obstante, nunca te olvides de dominar tus propios impulsos de venganza, de envidia y de incredulidad.

Gustavo no tenía palabras que decir ante aquél que era todo amor… Pensaba en su mujer y en sus hijos, lo que le hizo recordar que incluso junto a aquellos seres queridos, nunca se sintió amado como en aquellos instante, por aquél joven que era hijo de un "tigre feroz". El capataz se deslizó por el gran fardo de pieles, y, arrodillado, lloró como un niño, en cuyos sentimientos tocó la represión. No dijo nada más, cogió las manos de Francisco y amparó su rostro mojado con ellas. El hijo de Pica creyó conveniente no decir nada más; no obstante, mientras Gustavo meditaba en la fuerza del arrepentimiento, pensó por unos instantes:

"Una prueba más, Dios mío, que me diste, de que ninguna criatura es ruin. Desde que le ofrecemos amor, la fiera se transforma en un humano, y este se cree un ángel. Lo que le falta a casi toda la humanidad es comprender las necesidades de afecto de unos para con los otros, sin que el

egoísmo forme parte de él. ¿Cuánto cuesta un poco de amor, para con aquellos que nos rodean? ¿Cuál es el precio de fracciones de atención que podemos dar al prójimo? ¡La verdadera amistad, que comienza en estos minúsculos instante de entendimientos, sólo necesita que aparezca alguien con el debido coraje para valorar y hacer expandir ese tesoro que heredamos por misericordia de Cristo!...

En eso, Gustavo que ya se encontraba firme sobre los talones, miró con admiración al joven y pensó también:

"¿Cómo puede existir una persona noble, tan distinguida y rica que se preocupa por los pobres? ¿Cómo puede un ángel de Dios querer vivir en el infierno con demonios y querer ayudarlos? ¡No lo puedo entender!... Debe ser el final de los tiempos que muchos profetas anuncian… Nunca me interesé por la religión, pero si el niño Francisco ordenase una, yo creería en Dios y en lo que él dijese, por no faltar la esperanza en lo que él habla. Un Dios de la manera que él predica es un Dios bueno…"

La mano de Francisco recorrió toda la cabeza de Gustavo, como la de una madre en el más puro afecto con su hijo, y se notaba una fuerza poderosa fluyendo de los dedos del joven, penetrando en todo el cosmo orgánico del criado, parando aquí y allí, deshaciendo obstáculos, avivando el sistema nervioso, envolviendo los vasos linfáticos como minúsculas reservas de vitalidad, para las horas de mayores testimonios. Interiormente, sin que el raciocinio tomase parte, el alma dentro de su propia inconsciencia sabría utilizar esas fuerzas, colocadas allí con el emblema de servir. El pensamiento de Francisco, maestro por excelencia, sabía donar con Amor, dar el toque en las bendiciones de la naturaleza, para el engrandecimiento de la propia vida.

Gustavo recibió un premio por ley de justicia, en la secuencia de la naturalidad espiritual. Es Dios que no Se

olvida de Sus hijos… Es Jesucristo trabajando por intermedio de Sus más allegados discípulos… Fue Francisco de Asís, en la más alta expresión de aquello de lo que él era, y de mucho más que continúa siendo.

Francisco tocó con delicadeza en el hombre del criado, y señaló con alegría:

- Ve para casa, Gustavo. Ya es hora de irte con los tuyos; después conversaré con papá a tu respecto, y quiero que sepas que Dios no desprecia a ninguna criatura, en ninguna circunstancia, incluso en las más difíciles. ¡Que Jesús te acompañe!... Gustavo salió lleno de paz y de esperanza, degustando el manjar espiritual ofrecido por el joven señor.

Francisco consiguió, hacía algunos años, un Evangelio, y le cogió tanto cariño que no se separaba de él ni para dormir. Era su compañero de todas sus horas, lo ojeaba siempre que tenía oportunidad, lo consultaba en todas sus dificultades, y la intuición se hacía como por encanto; interpretaba los textos, como si estuviese en la época en que ellos fueron dichos. Y en verdad estuvo, por cuanto ayudó a escribirlo como Juan Evangelista, dando los últimos retoques en la mayor obra de todos los tiempos.

María Picallini y Jarla, junto con Folí, habían salido a dar un corto paseo. Pedro Bernardone estaba descansando, porque era una tarde de domingo. Francisco entró en la mansión, pensativo… Saludó a su padre, disimulando la tristeza:

- Buenas tardes, papá; ¿cómo estás?
- ¡Estoy bien, hijo!... Quiero hablarte y no puedo esperar más. Estoy aquí hace horas, esperándote.
- Discúlpame, papá, no lo sabía…
- Mira, Francisco, no comprendo tu forma de conducirte; tu cambio me extraña. Parece que no te interesas más por el comercio, como antes. Viajas por muchos lugares

sin que yo sepa lo que estás haciendo. Eso me preocupa bastante. Conversas constantemente con la servidumbre, demostrando alegría y bondad. Te pasas horas y horas dialogando con los capataces, con las mujeres y a veces con los niños, sin que ellos respeten tu posición de noble. Tengo gran esperanza en tu futuro, y de él no puedo descuidarme, para que tu mente no sea perturbada con una falsa visión de la realidad. Me preocupo por la frecuencia con la que estás junto a los criados y a ciertos tipos que se dicen filósofos, que aman más a la pereza que al trabajo. Como tu padre que soy, te pido que te apartes de esos tipos inmundos. Ellos vinieron al mundo, hijo mío, para servirnos, como los bueyes, los caballos y los perros… Si te compadeces exageradamente de los sufrimientos de esos hombres, te compararás con ellos y acabarás siendo uno igual.

Francisco, con las manos cruzadas, movía los dedos silenciosamente y era todo oídos. Esperaba hacía mucho más tiempo que Bernardone, aquél momento. Sabía que sería un encuentro decisivo entre padre e hijo. Su fisonomía mostraba gestos de aprensión; aunque, por dentro, se comportaba con la más envidiable tranquilidad, pues su conciencia ya le había trazado el derrotero para que él pudiese caminar, así como las respuestas que debería dar al padre, en el momento oportuno. Pedro Bernardone continuó:

- Quiero que también sepas una cosa con bastante urgencia: no puedes dar a nadie nada de lo que nos pertenece, sin mi permiso; aún estoy vivo, y, esa línea de conducta, es bueno que la apliques igualmente, en el futuro a tus hijos, si los tuvieras. Una herencia de esta importancia es digna de ser preservada. Nosotros somos dueños de un imperio, porque yo estoy vigilante, sé administrar, sé dirigirme, y no mido sacrificios para reunir. Si el comerciante tuviera piedad de los otros, si ablandase mucho el corazón, lo

que él tiene desaparecería en poco tiempo. La Piedad, la Caridad, el Amor, la Paciencia, la Tolerancia y la Fraternidad son contrarios al negocio de las cosas; está completamente fuera de los pensamientos de los que luchan por el comercio. Nuestra cartilla tiene que ser otra. Cristo no vendió ni compró, porque estaría contra Sus propias enseñanzas, y tú no vas a querer ser un Cristo ¿no es así?...

¡En cierto modo, admiro tu educación para conmigo y tu madre!... Solamente no soporto, y eso debe quedar bien claro, es el trato que le das a Jarla, como si ella fuese una persona de nuestra más profunda intimidad. Y encima de todo, también trajiste una criada de las Tierras de Apolo, uniéndola a nuestra familia. Son estas pequeñas cosas las que necesitas retirar de tu conducta. ¡Quiero hacer de ti un noble, y para eso tienes muchas cualidades!

Francisco escuchaba todo pacientemente…

- Sepas que escuché tu conversación con aquél miserable capataz. ¡Gustavo va a pagar su osadía por criticarme delante de ti, de querer quemar mis mercancías, y de instigar a los criados contra mí!… Ya di órdenes a mis fieles servidores para que desaparezca ese perro, lo que servirá de ejemplo para que aprendan a respetar el patrimonio ajeno.

El hijo de Pedro Bernardone quiso protestar vehementemente contra las ideas del padre, no obstante, el buen sentido lo hizo parar… El asunto encendió una hoguera en el raciocinio de Francisco; tenía bastantes argumentos para hablar con su padre, pero el corazón le decía: “Espera un poco más, pues eso forma parte de la disciplina y del propio cristianismo. El Maestro de los maestros fue condenado, escupido, maltratado, le ofrecieron una corona de espinas, lo llevaron para ser crucificado, sin que Él protestase, blasfemase o se rebelase… Escucha a tu padre,

pues ese derecho le pertenece, de querer conducirte por caminos que él cree que son los mejores…”

Pedro comenzó a alterar la voz, diciendo:

- ¡Hijo mío! Es bueno que aprendas a ser obediente, sin que yo utilice la violencia; que aprendas el oficio, del modo que requieren nuestras condiciones, sin que yo te imponga este deber. ¡Que cambies tu conducta ante los empleados, sin que yo te enseñe a la fuerza! Por lo que veo, estás faltando el respeto a mis órdenes, y si eso continúa, no sé lo que puede ser de tu destino, como hijo de Pedro Bernardone, el comerciante más distinguido de Asís, si no de la península…

El padre de Francisco caminaba de un lado para otro del gran salón, y de vez en cuando miraba al hijo con el dedo en ristre… No era hombre que tuviese el don de la oratoria, pero en el diálogo a dos, en asuntos de compra y venta, era maestro. Sabía influenciar a las personas y someterlas. Y en aquél momento utilizó esas artimañas, para colocar al hijo de la forma como pretendía que él fuese. Ignoraba que Francisco estaba formado, desde el corazón a la inteligencia, para otras cosas, que él movería en el mundo por las manos de Cristo.

Pedro se echó en un confortable triclinio y esperó que el hijo hablase. Sus nervios saltaban, como electrocutados por la conciencia. Su corazón se mostraba alterado dentro del pecho. Francisco, presintiendo la desesperación del padre, argumentó con dulzura:

- Papá, estoy teniendo dificultades para comenzar a responderte; no obstante, confío en la Providencia Divina. Debes saber que ya no soy un niño. Siento la libertad gritar dentro de mí, imponiéndome condiciones absolutamente ciertas. Hay cosas que aún no comprendo, sin embargo, el placer que siento valora las actitudes que deberé tomar. Cada ser humano, y tú bien lo sabes, es un mundo a parte, regido por leyes diferentes unas de otras, enraizadas en la gran ley

de Dios, que es el Amor. Estoy comenzando pronto, tal vez porque así lo quiera Dios y por ser el fin de la madrugada que anuncia el día. Sé que voy a encontrar muchas dificultades, sé que encontraré muchos enemigos gratuitamente y que seré despreciado por la propia familia… De una cosa sé que estoy seguro: que estoy cumpliendo un deber de conciencia y que estoy siendo yo mismo en la jornada infinita de la creación. ¡Si fuera necesario decirte adiós para cumplir mi deber, yo lo haré!… ¡No es que yo quiera olvidarte, sino para cumplir el destino que me fue trazado por la Divinidad!… Para mí, son sagrados los lazos de familia, entretanto, los lazos con la Verdad lo son mucho más. Creo que el hombre noble, conforme tú conceptúas la nobleza, no siempre hace lo que quiere, sino la voluntad de Aquél que está en los cielos. Quería, hace mucho, hablarte a solas, como estamos ahora. No quiero tener secretos. En este momento, han de desaparecer el padre y el hijo, para ser dos hombres, uno delante del otro.

Y la voz de Francisco tomó otra firmeza. Había momentos en que se hacía grave y suave, en otros, enérgica, pero llena de cariño. Pedro Bernardone tenía ímpetus de levantarse y responder al hijo con bofetadas en el rostro. Él era un hombre impetuoso, y en aquél ambiente estaba furioso; era como un tigre enjaulado por el magnetismo del joven… Francisco miraba en el interior de los ojos del padre, con la autoridad que le era peculiar, como espíritu de alta jerarquía. Mantenía a Pedro en el triclinio, sin que él lo supiese – recursos del alma superior, a desarrollar procesos de educación, para espíritus que aún carecen de esos métodos. El rico comerciante se sentía obligado a escuchar al hijo, mientras este quisiese. Y el joven continuó:

- Papá, no quiero imponerte condiciones de vida, ni darte consejos acerca de tu conducta, pero tampoco puedo aceptar

tu interferencia en el modo por el cual debo vivir y dirigirme. ¡De ahora en adelante soy libre!... Sé que no hago nada, adoro la libertad. Si quieres continuar con tu comercio, de la manera que la razón te indica, hazlo. Si no quieres escuchar la voz de los sentimientos altruistas, haz lo que quieras. Si quieres vivir en la opulencia, mientras tus empleados y criados agonizan, no voy a oponerme a estos extremos que la usura y la vanidad sustentan. ¡Perdóname, pero no me puedo callar!

Hablo para esclarecerte sobre determinadas leyes de Dios; tus oídos están tapados y tus ojos vendados, viendo y observando solamente tus necesidades. Dios es el Padre de todos, y así como tú eres hijo de Él, los otros también lo son. No dudo de que los criados hayan venido al mundo con el compromiso de servir a los señores, de comer el pan con el sudor de su frente y de pasar por duras pruebas: sin techo, sin abundancia de comida, casi desnudos y vendidos como animales… Con todo, sus dueños pueden tener un poco de humanidad con ellos, dándoles esperanzas, algunos descansos en el trabajo y mejorando el tratamiento a ellos dispensados, pongámonos en sus lugares y veremos el bien que nos hará un poquito de atención y de esperanza. En este mismo momento, estás teniendo la prueba. Presiento que por tu gusto avanzarías contra mí, zurrándome sin piedad, por entender que necesito educación. En tu análisis, soy un hijo ingrato que no respeta a su padre, que todo lo hace por mí, inclusive amontonar bienes sin cuenta, pretendiendo hacerme un caballero de los más nobles, aumentando más aún, la burguesía de la región. Debes acordarte, en primer lugar, de ponerte en el lugar de Gustavo, a quien diste órdenes de eliminar, sin pensar en las consecuencias, porque él ya no soporta más tus maldades. Con eso pretendes quitarle el pan a una familia, porque no tienes sentimientos.

Los niños pasarán hambre, la madre desorientada tal vez enloquezca y los hijos seguirán rumbos diferentes, entregados a todo tipo de infortunio… ¿Por qué? ¡Por tu prepotencia, tu orgullo herido y por tu venganza!...

Si continúas así, tal vez yo no quiera ser más tu hijo, porque esa es una vergüenza que debo olvidar; soy sí, hijo de Dios, y quiero heredar, pero de Jesucristo. Fui a las tierras de Apolo, sin embargo, esta vez con otras miras. Sentí lo que aquél pueblo siente en su propia carne. No pretendo quitar la cruz de los hombros de nadie, padre mío, sino ayudarlos a cargarla, eso quiero hacer yo. Y con mucho placer. Yo voy a hacer eso, en nombre de Dios.

Francisco respiró profundamente, dio una vuelta alrededor del padre, y argumentó sin cansancio:

- Conversé largamente con el viejo Abilio, cuidador de los caballos, para el cual tú expresaste la mayor dureza de corazón; esa mañana él amaneció muerto en la caballeriza, endurecido tal vez de hambre y frío, enterrado con menos respeto que los propios caballos cuando mueren. ¡Tu intento en dirigirme en esa misma forma resultará infructífero, porque mi conciencia se niega a aceptarlo, padre mío! Quiera Dios que estas palabras mías despierten en tu corazón alguna cosa útil. No quiero que dejes en libertad a los esclavos, pero sí que los trates con más humanidad. Mi madre y Jarla son un ejemplo de virtud. ¿Por qué no buscas un poco de tiempo para escucharlas? “Eso sería para ti, un gran tesoro, si no una luz que disiparía las tinieblas de la ganancia que te envuelve.”

Francisco se calló… Pedro Bernardone salió del ahogo, balanceando la cabeza y, como despreciando las ideas del hijo, gritó fuertemente:

- ¡Cállate! ¡Cállate, Francisco!... ¡Sino te parto por la mitad!

El joven lo miró compasivamente, diciendo:

- ¡Voy a callarme, papá, no por miedo, sino por haber terminado el asunto!

El padre fue hacía él y le abofeteó la cara varias veces, mas el hijo solamente derramó lágrimas de compasión. Y salió pisando fuerte en busca de sus colegas de negocio, que ya lo esperaban en una reunión, que se celebraba todos los domingos por la noche.

Francisco se acostó pensando en su destino. Desde niño admiraba las historias que escuchaba sobre Cayo César y Carlos Magno. Dejaba desfilar en su imaginación a esos personajes guerreros, pero al mismo tiempo, humanos.

Ya que no podía ser útil en su propio hogar y ayudar a su padre, pensaba que podía ayudar a su tierra natal, que entró en guerra con Perúsia. Un hombre puede ser útil también en la guerra, defendiendo el territorio al cual pertenece. ¿Quién sabe, si más tarde, podría ser un gran general? ¿Pero, empuñar la espada para matar? Eso era contrario a su modo de sentir las cosas; con todo, no tenía otra salida, no podía quedarse parado, maltratado por su padre, que no comprendía sus ideales. Podía, con su marcha al frente de batalla, ganar nombre, y por la fama, defender a los sufrientes, aliviar a los esclavos y hasta matar el hambre de los necesitados. Estaba decidido: se alistaría en la caballería. Defendería, como noble, la nobleza de carácter del pueblo de Asís. Su madre y Jarla comprenderían su actitud.

Roma se volvió un gran imperio feudal y su crecimiento la hizo enflaquecer: eran ciudades y más ciudades queriendo liberarse de las condiciones impuestas por el estado reinante y Asís era una de ellas. Semanas después, Francisco era un soldado, empuñando armas en los campos de batalla. Su madre y Jarla casi enloquecieron con la idea de Francisco ser miliciano, de empuñar las armas, de matar… No podían

comprender. Folí lloraba, por miedo a que lo matasen. La mansión perdió la paz.

Pedro Bernardone, cuando supo lo ocurrido, casi buscó al hijo para abrazarlo, perdonándole lo que él le dijo, olvidando la ofensa que sintió, por lo que consideraba irrespeto. Sin amargo, el orgullo no aceptó ese impulso de comprensión, y monologó con entusiasmo:

"La lección que le di valió y su reacción fue buena. Ahora quiero ver si él va a ser bueno, luchando con fieras. Quiera Dios que algunos de los perusinos le pegue en buena hora y le dé una buena soba, para que cambie el hombre y defienda con eso sus derechos…" y carcajeó diciendo: "toma, toma, que eso ocurra. Después de esa guerra voy a tener un compañeros a mi lado".

Francisco, al poco tiempo recibió un entrenado caballo, y de él hizo su gran amigo. En los alrededores de Asís, las tropas practicaban todos los días, divididas en dos flancos en obstinados combates. Y en esa guerra de ensayos, el joven de Asís deliraba; eran cuatro horas de intensa furia, sin que nadie muriese, sin que nadie se enemistase, a no ser algunos arañazos de poca importancia, que al otro día estaban preparados para nuevos embates. En esas maniobras de caballería, de las cuales era uno de los nobles caballeros, Francisco hizo grandes amistades. Una de las más sólidas fue con el noble Shaolín, un joven esbelto y experto, de buena cultura y fantástica memoria, que nunca necesitaba leer nada dos veces; todo lo grababa con espectacular nitidez, en el primer repaso con los ojos y para Francisco, fue un gran placer conocerlo. Él, a su vez, se sentía contento al lado de Francisco, cuya dulzura del timbre de voz y serenidad en la mirada, infundían esperanza y alegría, que la filosofía corriente no explicaba; nunca vio persona igual.

¡Eran dos almas que se unieron como por un pase de magia! Con el correr del tiempo, raramente se separaban, y en las horas de descanso de los entrenamientos, se veían Francisco y Shaolín manteniendo conversaciones de todo orden.

Cierto día, los dos jóvenes, después de tensos combates en los campos de entrenamiento, se aislaron como de costumbre. El hijo de Pedro Bernardone irradiaba alegría, por las ventajas que estaba teniendo en los campos de entrenamiento. Francisco dijo: - ¡Mira, Shaolín, nosotros dos somos simientes de futuros generales; vamos a ser dos grandes hombres, y aún más, invencibles! En el transcurso de la conversación, Francisco fijó los ojos en el amigo, y dijo proféticamente:

- Compañero, de vez en cuando, siento que ya te conocía antes. El primer día que te vi, fui inundado por una alegría indescriptible. No sé si ocurrió lo mismo contigo, pero yo me sentí feliz. Creo que, siendo verdad lo que una vieja griega me dijo…

Shaolín lo interrumpió… ¡que nosotros cambiamos de cuerpo como de ropa!...

- ¿Y no es así? – acentuó Francisco.

- ¡Si, si!...

- ¿Cómo sabes eso?

- No lo sé bien, pero lo creo, y siento que es verdad. Después la propia vida lo ha confirmado. Así como tú encontraste a esa griega, yo encontré a un indiano, y desde los primeros contactos conmigo, cuando niño, me encariñé de su modo de ser, y él me contaba historias de Oriente, de Egipto, de Caldea y de China. Se hizo discípulo de Cristo, como si ese Maestro de Oriente fuese un Dios. Y yo me sentí fascinado igualmente con la vida de Este gran místico. Creo que Él descubrió una nueva fuerza en las mentes de los

hombres; tengo nostalgias de los lugares por donde el Nazareno caminó. Y aún más, ese viejo indiano descubrió un don en mí que yo no había observado, o creía que era natural en todas las criaturas.

Intervino, Francisco: - Y ¿que era, que don era ese?

Shaolín prosiguió sonriendo: - Es el don de grabar todo lo que oigo o lo que leo por primera vez; no me olvido de nada. Él mismo quedaba admirado…

Francisco, cariñoso como siempre, introdujo la mano en el bolsillo de la túnica, y sacó de él una oración que su madre le diera, para que él la recitase en las horas difíciles, y dijo a Shaolín: - Voy a leerte lo que está escrito y después quiero que reproduzcas fielmente el texto; probarás para mí lo que dices, y, si fuera verdad, serás un fenómeno en los caminos de la vida.

Francisco leyó pausadamente la oración. Miró al compañero, y pidió dulcemente: repite.

El noble caballero reprodujo, fielmente, toda la lectura hecha por su colega, con una expresión encantadora. ¡Francisco fue inundado por una emoción que los recursos de la escritura no pueden explicar; era verdad lo que dijo Shaolín!

- Me encantan estas cosas misteriosas, dijo Francisco. Yo, no consigo como tú, Shaolín, grabar en la mente todo lo que leo; no obstante, sé prestar atención en lo que quiero, luego me conciencio, sin que yo mismo sepa el motivo de esta percepción. Para mí es un secreto; me parece que leo todo lo que quiero dentro de mí.

Shaolín también se admiró, pues ese don de Francisco era más importante que el suyo; bastaba concentrarse en lo que quería, y luego venía la revelación. Quería igualmente una prueba. Y se estampó en su fisonomía un interés de conocer más acerca de los dones de su compañero que

podrían ser muchos, por lo que sabía de las cosas invisibles, relatadas por su maestro indiano. Y pensó firmemente en el nombre de su maestro que solamente él sabía, y dijo a Francisco:

- Para que yo no tenga dudas sobre la cualidad que acabas de decir, ¿en qué estoy pensando ahora?

El hijo de Doña María Picallini cerró los ojos, se concentró firmemente en la pregunta del soldado Shaolín, y dijo sonriendo:

- Estas pensando en tu maestro indiano, que se llama Dalan Poliano, de quien solamente tú sabes el nombre.

Shaolín palideció de emoción. ¿Cómo podría no existir secretos para aquél hombre, ni de pensamiento? Hizo varias pruebas, y Francisco respondió a todas con soltura. Llevaba consigo un documento de su padre, de alto valor moral, para los momentos de mayor dificultad. Pensó en él, y el mancebo de Asís leyó todo el contenido de la escritura, hasta incluso con los puntos y comas, y el nombre de quien lo firmaba… Los dos muchachos se afinizaron aun más. Francisco se interesó en saber la historia de Shaolín, que pasó a narrarle:

- Francisco, soy hijo de nobles franceses. Mi padre era un famoso conde y gran guerrero. Como místico en las ciencias secretas, era por excelencia fenomenal. Cuando perdía la guerra en los campos de batalla, conseguía desaparecer, sin que el enemigo pudiese ponerle las manos encima. Y a veces invadía el área del enemigo, en plena lucha, y hacía cosas desastrosas; aparecía y desaparecía en el momento que quisiera. Decían que, cierta noche, se transformó en un pájaro gigante, volando bajito sobre la guarnición enemiga, soltando toda especie de bichos venenosos por las alas, y echando fuego por el pico a grandes distancias, provocando la desbandada de los soldados.

Las personas tenían miedo de mirarle a los ojos. ¡También desapareció sin dar noticias!... Y puedes imaginar que la persecución fue enorme para con la familia. Éramos cinco personas y no sé el paradero de los otros. Yo, el más joven, tenía apenas cinco años y, con esa edad, ya hablaba dos lenguas: el francés y el alemán, y todo lo que se hablaba cerca de mí, que yo lo oyese, nunca más lo olvidaba.

Un político italiano que visitaba Francia, sabiendo de mis cualidades, se interesó por mí, empeñándose en que yo fuese con él a Roma, encargándose de hacer de mí un hombre de letras. Fue de esa manera que vine para Italia. Con siete años yo leía cualquier texto en latín e italiano. La casa donde yo vivía era muy visitada, por los dueños que yo tenía. Cuando crecí, hice un viaje a Oriente e hice muchas amistades…

Pasando por Asís, decidí quedarme algún tiempo. Como soy aventurero y amante de la justicia, creí que debía alistarme en este pelotón, para defender esta ciudad que tanto me gusta y admiro. Tal vez, el verdadero motivo sea otro… ¡Y aquí estoy!... Cuando te vi comprendí que ya éramos antiguos compañeros, misterio que me agrada mucho.

Francisco oía todo admirado. Cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. Los caballos sabían el camino del cuartel y volvieron solos; y los dos, como no tenían otra manera regresaron a pie, conversando sobre asuntos muy interesantes, olvidando que el interés de ellos, como soldados, era la guerra y la defensa de Asís.

Shaolín, sin que lo supiese claramente, era uno de los doscientos discípulos que descendieron a la Tierra con Francisco, con la sagrada misión de ayudar a sustentar los preceptos de Cristo, en su profundidad primitiva. Esperaban el toque de los clarines celestiales para empuñar las armas, que no eran espadas para matar hermanos, sino la palabra

para dar vida a las criaturas, levantar a los caídos y dar pan a los hambrientos, curar a los enfermos y dar paz a los atribulados.

Una madrugada, la mansión de Pedro Bernardone se movilizó: era la partida de Francisco para los campos de batalla y solamente su padre irradiaba alegría. Él creía que a su hijo le hacía falta aquella experiencia, para ser un verdadero noble, para ser un economista a la altura de los Bernardone. Pensaba Pedro:

"En el frente de batalla, él sentirá en la piel que debemos, en primer lugar, mirar por nosotros mismos: donde no existe egoísmo, desaparece el confort y la propia vida. En la Tierra, tenemos que pensar en el día de mañana, y para eso tenemos que hacer alguna cosa hoy. Esa filosofía barata, que encontramos en abundancia entre griegos y romanos, desaparece en la vida práctica, principalmente en las luchas de cuerpo a cuerpo, en defensa de los patrimonios colectivo y personal. Vamos a esperar…

Francisco y Shaolín estaban equivocados en cuanto a la guerra. Les gustaban muchísimo aquellos entrenamientos, horas y horas, en los alrededores de Asís; aunque allí eran hermanos contra hermanos, sin predominar el sentimiento de odio, siendo todo mera apariencia. ¿Será que cuando llegase el momento decisivo de matar y morir, tendrían ellos el coraje de entregarse a los sentimientos contrarios al Amor? Inseparables, partieron para la lucha, pero la Providencia Divina los convocó para otro tipo de guerra. En fanática batalla, Francisco fue acorralado por los enemigos; Shaolín avanzó en su defensa, y cayó igualmente en el cerco, siendo ambos prisioneros. Fueron atados a un árbol, hasta que cesase el combate, después fueron llevados como presos valiosos. Sus vestimentas, denunciaban que se trataban de nobles…

En la prisión colectiva, Francisco y Shaolín comprendieron que liberar a Asís del yugo romano no era la tarea más importante. Tal vez fuese peor quitarla del poder de Roma y entregarla a los feudos, pues la política feudal, en mano de muchos señores, dividía Asís y la presión sobre los esclavos sería más cerrada y ellos sufrirían más el rigor de las leyes de los poderosos contra los más débiles. Los barones, los condes, la burguesía, en fin, los feudos, se expandirían por todo el territorio italiano y quebrarían la armonía nacional. El clero romano manipulaba la posesión de los títulos de nobleza y los vendía, a su conveniencia, en el mercado nacional, a peso de oro. El Imperio temía la influencia de los sacerdotes y los dejaba libres en determinadas áreas de comando.

Francisco y Shaolín, conversando largamente en la prisión, encontraron la punta del ovillo de sus deberes. Matar no sería la solución, tomar una ciudad, dos o más, no resolvería los problemas. Destruir sería mucho peor… "Vamos, Shaolín – dijo el hijo de Bernardone, – a analizar más profundamente a Cristo, y a seguirLo, y jamás nos equivocaremos".

Sentados en un tosco banco, que les servía también de catre, conversaban horas y horas, acordándose de tópicos evangélicos concernientes al asunto. Francisco se servía de la prodigiosa memoria del compañero, que había leído el libro sagrado apenas dos veces, y que, si fuese necesario, lo recitaría todo.

El hijo de Pica, incluso en la prisión, se sentía libre, por lo mucho que estaba recibiendo de la Gracia Divina. Entretanto, el maltrato al que no estaba acostumbrado le hizo adelgazar; perdió casi por completo el sueño y el único ruido que emitía era la tos, que incomodaba a los otros prisioneros. Shaolín adelgazó también, pero como acostumbraba a hacer

ejercicios de respiración, se sustentaba por el aire que conseguía respirar, y, en cuanto al oxígeno viciado de la prisión, esto no era problema, pues él lo atraía, como a otros elementos de la naturaleza que, cuando son convocados, se asocian por atracción de la mente adiestrada. Y también lo repatría con el amigo y con los otros compañeros de la prisión.

Francisco fue trasladado de la cárcel, debido a su estado, y enseguida fue liberado, favorecido por leyes que garantizan al ser humano, en las horas en que el desequilibrio asoma al mundo biológico – la humanidad mucho debe a los romanos, contribución laudable en lo que concierne a la creación de leyes sociales, de las cuales muchas habrán de permanecer en vigor por muchos milenios, como ocurre con los diez mandamiento.

Francisco regresó a casa deshecho y enfermo. Los bacilos de Koch, que no eran conocidos en aquella época, le invadieron los tejidos pulmonares, en una guerra interna, en la cual se destruirían mutuamente. A pesar de eso, su regreso fue motivo de alegría para todos, menos para Pedro, que jamás esperaba que su hijo volviese derrotado como un nada, en la suma de los valores de la familia, atribuyendo todo eso a la influencia de su madre y de la vieja griega.

Francisco deliraba, entre la vida y la muerte. Pica y Jarla no se apartaban de la cabecera del joven, e intercalaban los jarabes con oraciones. Pedro, furioso, pasó días sin que la familia supiera dónde se encontraba. Fue varias veces a buscar a su confesor, y este le aconsejó que esperase un poco más; que dejase al joven mejorar, para después saber el por qué del fracaso. ¡Un noble nunca cae en manos de enemigos, siendo preferible dar la vida a cambio del honor!…

El mozo de Asís adelgazó seriamente, pero al fin, en una mañana, un tanto mejorado, abrió los ojos. Parecía estar

volviendo de un largo viaje. Sintió hambre, y luego le fue servido un suculento caldo, junto con el cual sorbía el Amor, como alimento del alma, partiendo de su madre, Jarla y Folí.

Después de unas semanas, se veía a Francisco andando apoyado en un bastón, en el gran quintal de la mansión, y la muchachada de Asís no lo dejaba a solas… Francisco era amado por todos, principalmente por la juventud.

Ya repuesto, recomenzó sus andanzas a caballo, por los alrededores de Asís, sintiendo y entendiendo la naturaleza. Periódicamente, su padre lo recriminaba por los acontecimientos infaustos, y él callaba todo cuanto podía, reconociendo su posición de padre. Se acordaba constantemente de Shaolín, que lo comprendió en profundidad. ¿Dónde estaría él? El corazón le señalaba que Dios nunca abandona a sus hijos, principalmente a los más obedientes y Shaolín tenía grandes cualidades.

Francisco, totalmente dispuesto, pensó en alistarse en la Cruzada, pues en ella defendería una causa noble, y en Asís había un puesto de alistamiento, del cual el obispo se hizo jefe por orden del papa Inocencio III. Debería ser intuición divina, pues hasta los niños estaban alistándose, abandonando a sus padres para servir ciegamente a Dios, a la causa de la Iglesia. ¿Por qué él, un joven, no haría lo mismo?... Y de ahí en unos días, el nombre de Francisco figuraba en el gran libro rubricado por Inocencio III, con los emblemas de la cruz y de la espada grabados en la carátula. Y cuando alguien ojeaba las páginas para que Francisco se suscribiese, como el primer paso del grito de guerra de un hijo más de Asís, este se espantó al leer rápidamente el nombre de Shaolín en la hoja siguiente. ¡Ya se había alistado su gran amigo! Su corazón latió con más interés, para luchar contra los turcos y expulsarlos de las *tierras santas*, resplandeciendo el nombre de Cristo en las páginas de la historia, como siendo el mayor

Maestro de todos los tiempos. Por Jesús, daría la vida sonriendo… Morir por Cristo era un placer mayor. Y ahora, ¿dónde encontraría a Shaolín? Debería darse prisa, pues era probable que estuviese en Venecia, pues desde allá partirían los primeros grupos de los soldados de Dios.

CRISTO HABLA

"Por la fe Abraham, obedeciendo la llamada divina, partió para un país que recibiría en posesión, y partió sin saber a dónde iba". (Pablo a los Hebreos, 11:8)

Francisco era un alma impetuosa en sus decisiones, todavía, vibraba en su corazón la obediencia a las leyes de Dios. Sabía que ellas existían, correspondiéndole pues, descubrirlas, fuera y dentro de sí. Ya había leído mucho sobre las grandes vidas, principalmente las de los primeros cristianos, y supo de los grandes sacrificios soportados por ellos en favor de la paz de los sufrientes, y, principalmente, para que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo pudiese ser conocido por todas las naciones del mundo y por todas las criaturas de Dios. Incluso en la tierna edad, nunca dudaba de la eficacia de los sacrificios y de la renuncia, mostrando así a la humanidad, que Dios está siempre presente, ayudándola. Y él tenía fuertes presentimientos de que debería, algún día, entregarse en cuerpo y alma a la gran fraternidad, aquella que equilibra a las criaturas, para que todos los hombres sientan el mismo amor y los mismos intereses de ayudarse mutuamente.

El hijo de Doña María Picallini estaba inquieto, preocupado con lo que debería hacer. Se había alistado en defensa de Asís, tierra que lo recibió como hijo del corazón, donde después fue derrotado y preso, encerrado en una celda como un perro. La violencia de los milicianos que lo prendieron y que no respetaban a los seres humanos le hacía acordarse de su padre. Presenció muertes impiadosas causadas por simples respuestas de prisioneros en la rebeldía de sus corazones; y en aquél trance, aun siendo

llamado cobarde, notó el valor de la obediencia, y también, que el amor cubre o apaga la furia y el odio de los que se encuentran como vencedores. Y en estas deducciones, su corazón le revelaba que su camino era otro, y no aquél de las guerras fraticidas. Contabilizaba ideas de todas las procedencias, que su mente fértil asociaba, y acabó cerciorándose de que la violencia era hija legítima de la ignorancia, y que, para quien sentía la presencia de Dios en el corazón, el mejor camino era el que Cristo delineara para la humanidad. Entretanto, rechazaba muchas reglas establecidas por la religión vigente en el mundo, que colocaba a Jesús como inspirador de sus conceptos, pero que en momentos de conveniencia propia, olvida los más elevados conceptos del Divino Maestro: los conceptos del amor a Dios y al prójimo.

Francisco estaba como ahogado en un mar de filosofía espiritualista, en el que se mezclaron el Odio con el Amor, la Caridad con el Egoísmo, la Mansedumbre con la Violencia, la Duda con la Fe, para satisfacer al Estado, y tener el apoyo de la política temporal. Su mente investigaba toda la extensión de la filosofía y de la cultura, de los abusos políticos y de las religiones. Meditó mucho en las guerras religiosas como, por ejemplo, en las Cruzadas, que ya duraban muchos años. ¿Y por qué? Por causa de una tumba vacía, que el propio Maestro desmintió, cuando Sus seguidores procuraban adorarLo y encontraron movida la piedra, y un Ángel anunciando, a quien viniese en su búsqueda, que Él era espíritu y que era necesario adorarLo en Espíritu y Verdad. ¿Por qué después de más de mil años lucharían los hombres y matarían en nombre de Aquél que solamente predicó la Paz y el Trabajo, el Perdón y el Amor? Realmente era una guerra de intereses, basada en cabezas enfermas, que desconocían el valor de la verdadera felicidad.

Francisco, renovado en ideas, cayó en una profunda apatía, visualizando a la sociedad humana, como si la humanidad estuviese dentro de sus manos abiertas, y la miró, observando todos los hechos y acciones de los hombres. Se sintió abatido, pensando en muchos caminos; entretanto, los sintió todos bloqueados para una nueva dinámica de pensamientos. Y surgió en su mente, como una esperanza, la voz que siempre oía, dándole consejos elevados, así como confort espiritual. Monologaba en el silencio del corazón: "¿De quién es esta voz suave y cariñosa, a veces enérgica y al mismo tiempo animosa? Pensó, pensó, y confirmó su idea… "Esa voz, sea de quien sea, venga de donde quiera que sea, es para mí un guía, en el cual yo debo confiar y a quien debo servir. Siento que es la voz de Dios llamándome para algo que desconozco, mas donde siento la Verdad".

Dentro de su lujoso cuarto, analizó donde estaba. La cama era digna de un príncipe, el techo, con diseños donde se podía ver la réplica de las bellezas de un cielo estrellado y las paredes estaban forradas de maderas barnizadas, mostrando las formas naturales del cedro fibroso. Había también una jarra de plata y una bacía del mismo metal, trabajados por artesanos primorosos. El piso mostraba una alfombra traída de lejos, donde los pies se hundían con suavidad y que era de lana colorida y trabajada por hábiles manos. Miró desinteresado hacia otros muchos objetos, y detuvo la mirada en un rincón del apartamento, en un cayado que Jarla le ofreció, simbolizando herencia y recuerdo de su padre, que se integró en la filosofía espiritualista de los grandes filósofos de Grecia, y que, cuando llegara a viejo, apoyara su cuerpo trémulo en aquél bastón de madera, donde la marca de la mano señalaba muchos años de uso.

Francisco se sintió con edad avanzada y se levantó del lecho perfumado, agarró el cayado con alegría, y salió del

ambiente de nobleza para sentir la naturaleza en abundancia. Fue en dirección a un antiguo barranco conocido, apoyado en aquél viejo bastón, pareciendo más un anciano bíblico. Se sentó al margen del pequeño riachuelo, y las aguas tranquilas lo hicieron meditar. Hizo una retrospectiva de su vida, analizó las necesidades de los hombres, la función de las religiones, y los injertos en ellas incluidos por la ignorancia humana. Se acordó con fuerza del Evangelio, si no de Jesús, y pidió a Dios desde el fondo de su alma, que le aclarase el camino, ahora dudoso. Entró como en un ligero sueño y oyó una voz, la misma voz compañera suya, que le habló en estos términos:

¡Francisco!... ¡Construye mi Iglesia!...
¡Francisco!... ¡Construye mi Iglesia!...
¡Francisco!... ¡Construye mi Iglesia!...

Las aguas se deslizaban suavemente en el lecho del pequeño río, como testimonios de la voz de Aquél que es el Camino, la Verdad, y la Vida, para despertar en el corazón de Su más allegado discípulo, Su misión de Amor. Y Francisco, en la vigilia, ahora en el cuerpo, ahora fuera de él, volvió a percibir como un cántico de los Cielos:

-¡Hijo mió!... Despierta para la luz del entendimiento, y no te impresiones con los pequeños hechos del mundo. Los hombres están avanzando en una escala de perfeccionamiento espiritual, correspondiéndoles a ellos pasar por eso, lo que les garantiza la estabilidad en el mañana.

Tú, en primer lugar, eres hijo de Dios, y tu mayor deber es para con Él. El amor que ya adquiriste en el transcurso de los tiempos, debes concentrar en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo. Ahí, Francisco, está toda

la ley y los profetas, si no la propia vida en abundancia universal.

Tu madre y Jarla merecen todo tu amor y cariño, como compañeras que cooperan contigo en la formación de tu personalidad física, en lo tocante a tu deber moral y espiritual, y en la misión que viniste a desempeñar en la Tierra. Debes darles ejemplos y servirles de conductor. Tu obediencia a Dios te hablará a través de la conciencia sobre lo que debes hacer, desde que tu corazón abrió las puertas por los medios que bien sabes. Y las llaves para esa magia divina son las virtudes de mi Evangelio.

No te olvides de tu padre del mundo, que te dio la oportunidad de volver a la Tierra. No debe herirlo comparándolo con los que desconocen la Verdad, sin embargo, no debes aceptar aquello que la conciencia en mí desaprobara. Tú, Francisco, eres tú mismo, en todos los campos de la realización. No debes conocer obstáculos, porque quien ama nunca será vencido, en el sentido que estamos conversando. Quien comienza a sentir a Dios en el corazón, haciendo Su magnánima voluntad, me conoce a mí, que nunca desamparo a mis ovejas.

Descendiste a la Tierra con muchos cooperadores apoyados en el Amor, en que se reconocieron unos a los otros, por la fuerza del Amor que los une. No encontrarás conmigo la vida fácil, ni ambiente palaciego semejante al que fuiste criado hasta ahora. Si quieres mi compañía, renuncia a los bienes del mundo y al confort de la carne, que estaré contigo a tu lado.

Auxilia a la Iglesia, que se está debilitando en sus más sagrados pilares, porque la verdad está siendo demasiado desviada. El Evangelio, cuando es abierto en los suntuosos templos, cae de sus letras de luz, gotas de sangre, porque él es leído como fuente de paz y de fraternidad, de amor y de

perdón, de desprendimiento y de vida, pero ejemplificado en las Cruzadas con guerras y odios, con venganza e interés, con egoísmo y muerte. Ay de estos hombres que, vestidos con pieles de corderos, son lobos, y hacen todo eso en mi nombre, y en el de mi Padre que está en los cielos. ¡Francisco!... Reforma mi Iglesia, ayúdala a reconsiderar lo que hizo, tomando otros caminos mejores, más justos y más nobles. Y cuando quieras mi compañía, ya sabes dónde estoy. ¡Escucha!... Estoy al lado de los estropeados, ayudándolos a caminar con firmeza. Estoy al lado de los hambrientos, ofreciéndoles pan. Estoy al lado de los sufrientes, aliviándoles las llagas. Estoy al lado de los oprimidos, dándoles esperanza y confort. Estoy al lado de los desabrigados, conduciéndolos para donde existe un techo. Estoy al lado de los desnudos con abrigos para que les puedan aminorar el frío. Estoy al lado de los presos y encarcelados por la violencia del poder. Estoy al lado de los que ayudan por Amor. Yo estoy, Francisco, donde casi nadie me busca. Yo permanezco en el centro del alma donde nacen los pensamientos y el espíritu se esfuerza para la verdadera educación, en la fuerza de la disciplina. Yo estoy en la boca del verdadero sabio, aquél que habla con dulzura, y cuando utiliza la energía, esta no está acompañada de la violencia. Yo estoy en la boca del hombre serio y fiel a Dios, en el amor y en el bien común. Yo estoy en el ejemplo de los hombres dignos, que en sus corazones hacen brillar el sol de la verdad. Yo soy *Amor*, en todas las facciones de la *Caridad*. Yo te lo digo, porque soy la Luz del mundo. Y te digo lo que debes hacer, porque tienes oídos para oír.

En esto, Francisco se despertó de la somnolencia, mas aún escuchó las últimas palabras del Maestro:

- ¡Francisco, reconstruye mi Iglesia!

La voz, antes amable y dominante, viva y presente en todo el cuerpo de Francisco, se deshizo en el cosmo como por

encanto. Él, atontado, volvió en sí, como si estuviese llegando de un gran viaje. Pasó las manos por el rostro y miró para los lados, buscando a alguien cuya presencia presentía, pero no vio a nadie. Miró las aguas que corrían tranquilas. Un viento suave soplaba en los árboles y brincaba en la hierba, moviendo la baja vegetación. El mensaje de la gran voz palpitaba en el ser de Francisco, con imágenes vivas que subían al consciente, haciéndolo acordarse de su misión junto a los hombres. Salió de allí renovado de ideas. Era otro hombre, un hombre perfectamente adaptado en Cristo. Su mente, quemada en el rigor de las contradicciones del mundo, buscaba algo que viniera a hacer, pero cuyo camino aún no encontró; sin embargo, en aquél momento, el sol nació en su corazón, y las estrellas brillaron en su conciencia. Se encontró a sí mismo, encontrando a Dios por la indicación de Jesús.

De lejos se veía aquél pequeño hombre, medio curvado en el viejo cayado que sirvió al genitor de Jarla por mucho tiempo, y que ahora, le prestaba su colaboración, en los rudos golpes del destino, para que Francisco abriese los ojos a su verdadero deber. Vino en una familia rica, teniendo como padre a un hombre violento y amante de los placeres materiales, criado en una mansión en la que nada le faltaba, donando así sus valores ya conquistados en el transcurso del tiempo, para que, con el cambio de posición, sintiese más fuerza en lo que atañe a las leyes naturales de la propia vida. Y fue lo que hizo en los caminos recorridos.

Francisco llegó a su casa abatido, sintiendo aún el cuerpo como un utensilio frágil; sin embargo, interiormente, oía el rugir del león y una fuerza descomunal comenzaba a crecer dentro de su corazón, que se aliaba a su lúcida inteligencia: era la vuelta de Cristo por las vías de su conciencia. Era un fenómeno trascendental, que mientras

tanto debería callar ante el pueblo, cultivando el ambiente de Dios dentro de sí. Nadie en la mansión vio a Francisco llegar. Entró en sus aposentos y, en vez de echarse en su lujosa cama, se echó en el suelo, retirando a un lado la gruesa alfombra, a fin de sentir el suelo duro en la propia carne, como los sufrientes, como los esclavos en reprimenda. Su mente era un apoyo renovador…

Su madre y Jarla, llegando impacientes, buscaban a Francisco en las ondas de un silencio premeditado, para no interrumpirlo en sus conjeturas, y lo vieron dormido como un ángel, pero en el duro suelo como los animales. Quisieron arroparlo, sin embargo, algo les impidió hacer eso. Entornaron de nuevo la puerta, dejándolo a solas, ante su propia conciencia.

* * *

Francisco se levantó identificado en el Amor y en la Caridad, y buscó a sus familiares. Pedro Bernardone, entretanto, se encontraba viajando en busca de nuevas ganancias. Continuaba hipnotizado por el oro, y su objetivo era ganar, y cuanto más mejor. Así, buscó a su madre y a Jarla, pidiendo igualmente la presencia de Folí. Abrazó a su madre, la besó como de costumbre, y también a Jarla, abrazándola con el candor peculiar de los ángeles. Sujetó las manos de Folí y repitió el mismo cariño, y la hija adoptiva de Jarla no soportó la emoción, rompiendo en llanto conmovedor. En aquél momento, los cuatro fueron invadidos de emociones espirituales.

Francisco las invitó a salir al jardín de la mansión, donde se sentaron en el suave césped. El joven inició con ellas una de las más serias conversaciones de su vida, en decisión que repercutiría, aunque él no lo supiese, en millares de personas y cambiaría el destino de muchas criaturas.

Francisco habló con sencillez y mansedumbre: Tomé una decisión definitiva para mi vida. Estaba equivocado, cuando me alisté en la guerra de Asís con Perúsia, guerra esa como todas las otras, que tiene por objetivo únicamente la usura, el egoísmo y el orgullo, que rebaja al ser humano. Los prisioneros eran tratados como animales, o mucho peor. No había respeto por los derechos humanos, las familias eran vejadas, y desapareció la moral. Fui llamado para una guerra, sin embargo, diferente a la de los hombres; para la guerra de Dios, donde lo que Él verdaderamente quiere es la lucha permanente conmigo mismo, en la que yo pueda inducir a los otros a hacer lo mismo. Se trata de la guerra para introducir la paz en la conciencia. Sé que seré perseguido, maltratado, difamado y despreciado; no importan los hombres, quiero estar con Dios. Quiero seguir los caminos de Jesucristo y ser bendecido por María Santísima; quiero, hermanas mías, tener paz en la conciencia, por cumplir mi deber de hombre recto, de hombre justo, que hace del Amor su mejor arma de combate.

Vosotras me comprenderéis, por sentir en vuestros corazones la Verdad que muchos no perciben. Vosotras sois la ayuda de los Cielos, con la que Dios me premió para mis necesidades. No surgí en el mundo por acaso, pues todos venimos con tareas, cuyas definiciones no nos pertenecen, sino a Aquél que todo lo hizo y que nos gobierna a todos. Quiero y pido que Su voluntad se haga en mí vida, y yo seré obediente a sus designios. Bien sabéis el respeto que tengo por mi padre, por mi madre y por todos vosotros. Entretanto, pido que me entendáis. En adelante, solamente obedeceré a Dios, por mediación de Cristo, pues comencé a oír Su magnánima voz más directamente. Él es mí Camino, mí Verdad y mí Vida. Yo no me pertenezco más…

No tengo miedo de las amenazas humanas, y, cumpliéndose en mí la voluntad de Dios, renunciaré a todo lo que mi padre acumula para mi futuro, que pertenece al Señor de los Cielos. Os ruego comprensión y ayuda en vuestras oraciones, que seguramente me valdrán mucho en mis caminos. ¡Estoy sintiendo la Verdad, y me considero libre de las condiciones de la Tierra, y preso en Cristo por el *Amor*!

Deberé construir la Iglesia del Señor y comenzaré levantando paredes para que mis manos prueben que están unidas a un cuerpo obediente a los mandatos de Dios. Quiero agradecer profundamente a mamá por todo lo que hizo por mí hasta el presente momento. Quiero agradecer a Jarla, que reconozco que es un ángel en mí camino, y por lo que me enseñó de noble y de bueno. Quiero agradecer también a Folí, por lo útil que va a ser a mamá y a Jarla en esta casa.

De hoy en adelante me considero libre de los bienes terrenos y de la familia, de parientes y amigos, que no entiendan mis resoluciones. ¡Estaré con Dios y con Cristo, para que los hombres sientan más de cerca el amor de nuestro Padre Celestial, operante en toda la naturaleza! Quiero también que vosotras sepáis de mi admiración por la religión Católica Apostólica Romana, por el Papa, por los Cardenales, Obispos y Padres, y por todos los movimientos para el bien en la Tierra, y por donde la Caridad pase, yo sentiré mucha gratitud. Es bueno que también vosotras sepáis, que cualquiera de esos movimientos o personas, que olvidaran el Evangelio en sus primitivas bases, como salió de los labios de nuestro Divino Maestro, recibirá mi repudio, y lucharé para que todos comprendan que la doctrina de Jesús es la doctrina del Amor y del Perdón, de la Paz y del Trabajo. Quiero quitar a nuestro Maestro de la cruz, donde todos lo adoran, para que Él venga a nuestro encuentro sonriendo, porque la alegría para nosotros es la fuerza que anuncia la

felicidad. Me corresponde a mí entender a Cristo en Espíritu y Verdad, sin exigencia, amando y trabajando, sirviendo y comprendiendo, cantando y construyendo, para que algún día la humanidad conozca nuestro esfuerzo de ayudar sin buscar ayuda para nosotros, de ayudar por amor a Dios y al prójimo.

Sé que estoy hablando mucho, pero debo hablar más, porque no sé si encontraré otra oportunidad como esta, por la disposición que tenéis de oírme. Por eso os lo agradezco a todas, y ruego a los Cielos que os bendiga siempre. Si me lo permitís, no quiero ni herencia de nombre; seré sencillamente Francisco, y si los cielos lo permiten, ni el sobre nombre de Asís, donde debo comenzar a trabajar sin demora. Pero que también caigan las barreras del regionalismo, porque deseo comprender y vivir dentro de los ideales del universo.

Quiero, madre mía, si me permites, antes, pido que no te ofendas, que hasta el amor que tengo para contigo, sea el mismo para otras madres. Perdóname, si esto te ofende, pues estoy hablando de verdad; mi gratitud por Dios es inmensa, por haberme dado una madre como la que tengo.

A ti, Jarla, te pido mil disculpas, porque bien sabes lo que voy a hablar, por conocer mi sinceridad. Te amo mucho, Jarla, como parte de mí mismo, pero debo amar a todas las Jarlas del mundo, que sé que están esparcidas por muchos lugares de la Tierra, por bendición de Dios. Sé de tu interés por nuestra paz, y te lo agradezco desde el fondo del alma por lo que has hecho por mí.

Folí, tu eres aún una flor en brote; sin embargo, sentimos tu perfume confortándonos a todos. Estás entre dos Ángeles de Dios, y ahí debes permanecer, pues más tarde podrás crecer para la Luz de la Vida, en la Luz del Amor.

A papá, que ahora se encuentra viajando, que Dios lo bendiga siempre, y para él, mi gratitud y mi amor.

Jarla miró a Francisco, y vio que él estaba envuelto en luz; miró a Pica y vio que ella también había percibido eso y que sus ojos vertían gruesas lágrimas, sintiendo en el corazón la realidad de lo que oía. Folí también lloraba, por comprender la misión de Francisco ante los hombres. Y las tres mujeres lo abrazaron con mucha ternura, besando sus manos y él comprendió, en esos momentos, más profundamente, con quién estaba conversando.

Salió del palacio agradecido a su padre, aunque se encontraba ausente. Dio gracias a su querida madre, a Jarla y a Folí. Agradeció a los animales que lo sirvieron y a las plantas que embellecieron la mansión; agradeció a los pájaros por alegrar todos los días el ambiente con sus melodías. Agradeció al Sol, a la Luna, a las Estrellas, al aire que allí soplaba todos los días. Agradeció a las Aguas y besó el suelo agradeciendo su humildad, por servir para que todos pisasen y escupiesen en él, que recibía todo tipo de suciedad, y por amor, devolvía a todos los hombres el alimento de que carecían para vivir. Agradeció a la casa que le sirvió de morada. Agradeció a los criados de la comunidad y les pidió disculpas en voz alta. Agradeció a Dios y a Jesús, mirando fijamente al firmamento. Por su rostro se derramaban lágrimas, y con la voz entrecortada por los sollozos, dio gracias a la Madre María Santísima. Y salió de casa de sus padres.

Como la voz le había pedido que reconstruyera la Iglesia, tomó como punto de inspiración la pequeña iglesia de la localidad, llamada San Damián. Salió pidiendo de puerta en puerta, no como noble, sino como un hombre común, como hijo de Dios y discípulo de Cristo, ayuda para reconstruir la pequeña iglesia, contando lo que había ocurrido con él. Y casi

todos le ofrecían lo que podían para la reconstrucción de la vieja casa de Dios. Y en este ingente esfuerzo, aparecieron muchas manos para ayudarle en el emprendimiento y, cantando alabanzas al Señor, por aquél entusiasmo, sintió en el corazón que aquél camino era por excelencia su derrotero – el de la reconstrucción, el de levantar alguna cosa caída, de trabajar en el engrandecimiento de la fe y de la obra de Nuestro Señor Jesucristo.

No obstante, Francisco comenzaba a sentir y a encontrar los primeros obstáculos, que partirían de su propia casa, por la imprudencia de su propio padre. Cuando Pedro Bernardone llegó del viaje y se enteró de la decisión de su hijo de abandonar todo, hasta la morada, que él, Pedro, tanto amaba, sintió que caían por tierra nuevamente los planes delineados por él, para la salvación del hijo, y que de nuevo fracasó. Dentro de él explotó una fuerza más ruda que la primera, que él consideraba como honra de la familia. Debería ir tras Francisco y traerlo amarrado, dejarlo preso, abofetearlo y corregirlo, pues era su padre. Era su deber de hombre recto y amante de una conducta ejemplar, enseñar a ese hijo a trabajar para su propia independencia, y la de su futura familia.

Pedro Bernardone se sentó en una silla cuyo balanceo lo hacía reflexionar. Lleno de nerviosismo, pensaba con ardor:

"No puedo dejar a este rapaz entregado a la influencia de estas mujeres de aquí de casa. Todas están locas, sin excepción. Ellas lo que saben hacer muy bien, pero muy bien, es llorar. Debe ser por eso que el mismo Dios entregó a Moisés las tablas de la ley en el monte Sinaí: Moisés era hombre. Debe ser por eso que Jesús no llamó como discípulo a una mujer siquiera; fueron todos hombres. Y debe ser por ese motivo que las mujeres no pueden ser padres, por no saber orientar… Yo, Pedro Bernardone, alto comerciante de

Asís, conocido en muchos países y respetado como un hombre de progreso, ¿es que voy a permitir ese error aquí dentro de mi casa? No. Debo actuar con rapidez, no puedo perder esa oportunidad de hacer de mi hijo un hombre, aunque él no quiera, y, en el caso de que ocurra lo contrario, que no creo, yo lo expulsaré de mi casa, y vivirá como un mendigo, pidiendo limosna de puerta en puerta, lo que él no va a querer". Abrió los ojos, fue hacia la jarra de vino y con mucho ánimo sorbió con placer.

Poniendo en práctica sus planes, el padre de Francisco con dos de sus secuaces, disfrazados de orientales, salieron una tarde, con el fin de averiguar cómo vivía el hijo en la ciudad de Asís. Luego dieron con Francisco mendigando de casa en casa, pidiendo alguna cosa que la familia pudiese dar para reconstruir la iglesia, pues era voluntad de Dios que los templos fueran todos adecentados para poder acoger al pueblo. Quien no tuviese dinero podría donar material, y quien no tuviese material, podría dar otros objetos que sobrasen en casa, y hasta víveres, los cuales eran distribuidos con los pobres en la puerta de la iglesia, mostrando así que allí estaba la casa de Dios, donde habría misericordia y donde el amor nunca era olvidado.

Todos los días tenía quien lo ayudase y era un llegar y salir de gente en el movimiento que Francisco fundó, obedeciendo a la palabra que oyó. Pedro Bernardone, cuando vio a su hijo, que crió con orgullo, pidiendo limosna, sin por lo menos elegir dónde pedía, le hirvió la sangre en las venas y casi pierde la cabeza. Señaló a los dos criados, a quien ellos deberían raptar, y se fue para la mansión a esperar el resultado, ya con todo preparado sobre lo que debería hacer.

Pasadas dos horas, llegaron sus hombres con la presa dentro de un saco; aún amordazado, Francisco fue llevado a la bodega del palacio, donde el padre lo liberó a la luz de las

candelas. Pedro Bernardone pensaba que encontraría al hijo avergonzado y abatido ante él; entretanto, este salió del saco diciendo:

- La paz sea contigo, padre mío. ¡La paz de Dios y de Jesucristo! El padre miró a Francisco con odio redoblado, y habló agresivo:

- Parece que hasta la vergüenza huyó de tu carácter. ¿Tú te olvidas de que eres mi hijo, alto comerciante de Asís, y que en tus venas corre la sangre de este hombre honrado? ¿Por qué sales por las calles de esta ciudad en que naciste, pidiendo limosna de casa en casa, para arreglar iglesias que pertenecen a la Religión Católica, siendo que los sacerdotes ya reciben de todos nosotros el diezmo para mantener en orden las casas de Dios? ¿Por qué te atreves a hacer esas cosas, sin permiso del clero? Esas cosas solamente salen de tu cabeza; haces todo lo contrario de lo que te enseñé. Debes estar con el demonio, sólo que esta vez no es en el cuerpo, sino en el alma. Quiero hablar con el Padre Guido sobre ese asunto, y tal vez un exorcismo sea el remedio. Pero, ante todo, quiero advertirte: si no cambias de vida, te mataré. ¡No quiero que mi familia viva mendigando limosnas por las calles de esta ciudad!

Francisco escuchó, pacientemente, todo lo que su padre quiso hablar, sin alterar nada su interior. El único sentimiento que se encendía en su corazón era el de piedad para con él, pues creía que era un enfermo que necesitada bastantes cuidados. Cuando Pedro Bernardone terminó sus inconsecuentes palabras, andando de un lado para otro refregándose las manos, subió el tono de voz y dijo con la prepotencia que le era peculiar:

- ¡Habla, di alguna cosa, Francisco…, para que yo sienta que no estoy conversando con un muerto!

Francisco, serenamente, dijo con dulzura:

- Padre mío, pido perdón si te estoy ofendiendo en alguna cosa. Quiero pedir igualmente perdón a mamá, a Jarla y a Folí, si mi gesto ofende a estos corazones que tanto amo. Entretanto, llegó la hora de ser yo mismo en el mundo. Elegí otro hogar para vivir de ahora en adelante: el hogar de la naturaleza. Por encima del respeto y de la gratitud que te debo a ti, tengo a Dios y a Cristo para obedecer y servir, y esa es mi mayor honra. Ya te dije cuál es mi intención, cuál es mi trabajo en el mundo, como ya lo dije a mamá, a Jarla y a Folí. Ya me despedí de todo en tu mansión y agradezco de todo corazón todo lo que recibí en esta casa, por misericordia. Por tanto, no debes admirarte de cómo vivo, pues debo obedecer, en primer lugar, después de adulto, a mi conciencia.

Discúlpame, no obstante, tengo mi vida separada de la tuya, y vine a este mundo con una misión diferente de la de Pedro Bernardone. No importan para mí, cadenas, prisión, bofetadas, o incluso la muerte, siempre que mi conciencia permanezca tranquila, cosa muy difícil en los días que corren. El pueblo grita por Dios y pide socorro en los templos de varias maneras. Todos los días se hacen promesas, penitencias y largos ayunos, se reza en todos los momentos, se habla de Jesús narrando toda Su historia, como cosas sagradas en la vida, pero se olvida de practicar lo que Él enseñó, se reniega del Evangelio todos los días, por lo que se habla y se hace, olvidando el amor a Dios y al prójimo, cosa muy seria en la vida de cada ser. Nosotros solamente encontramos ganancia, egoísmo, orgullo y amor propio, olvidando a Aquél que murió en la cruz sin tener una piedra siquiera para reclinar la cabeza. Él lo dio todo para calmar a los hombres, incluso así fue crucificado en un madero, en la cumbre del Calvario.

Pedro estaba rojo, como si la misma sangre estuviese saliendo en testimonio a las palabras del hijo. Quiso muchas

veces avanzar hacia Francisco, pues ese era su temperamento; todavía, una fuerza extraña se lo impedía hacer. Parecía que estaba más amarrado por fuertes cuerdas que el propio hijo. Las cadenas invisibles sujetaban hasta su propia lengua. Y Francisco continuó con serenidad:

- Quiero que escuches para que nunca más olvides la verdad que ahora te digo. No insistas en volver a interrumpir mi marcha hacia Dios, bajo la dirección de Cristo. Si intentas hacerme olvidar a Jesús, el precio que pagarás está fuera de tus fuerzas, y sufrirás sin cuenta, porque nadie debe jugar con Dios. Te pido que busques el camino que pretendes, sin interferir en el de los otros, que no deben igualmente interrumpir los tuyos. ¡Yo soy Francisco, hijo de Dios, y sigo a Cristo, mi único Maestro!

La única cosa que pudo hacer Pedro Bernardone, fue morderse los labios y las manos, que ya se mostraban sangrando de odio. Pero Francisco, incluso viendo aquél drama, continuó muy dispuesto en su conversación:

- ¡Papá!... Quiero hacerte sentir una cosa que podrá liberar tu corazón de esta influencia terrible, que alimenta tu usura por el oro. Quiero pedirte por el Amor que consagras a lo que más amas en esta vida, que cambies de idea, por lo menos un poco. Con lo que ya tienes, da para que vivas muy bien sin miedo por toda tu vida, sin necesitar vivir el desespero de la ganancia, que muchas veces exige el sudor y la sangre de tus criados, que de nada disfrutan. Ten un poco de misericordia por esos hombres y mujeres que trabajan contigo, mejorándoles la vida, dándoles un poco más de confort y de esperanza. Trátalos bien, como si fuesen yo. Si fuese necesario, y si tu instinto lo exige, olvídame como hijo y acuérdate de ellos en nombre de Jesús, aquél Cristo de quien te acuerdas también de vez en cuando.

No mires solamente hacia la tierra; levanta los ojos al infinito y procura escuchar la voz del Creador, por los hilos invisibles que intercambian la creación con Él. Procura pensar en las bellezas que nos rodean y que nada nos piden a cambio de aquello que nos ofrecen: la luz del sol, la lluvia, el viento, el agua, los animales que nos son tan útiles. Pienso en esto, padre mío, y entrega tu corazón al corazón del infinito, a la inteligencia que todo lo hace en ese misterio que existe en los pliegues del misterio mayor. Deja que se encienda en tu corazón la luz de la caridad, y ella te mostrará excelentes caminos, que antes no conocías. La verdadera felicidad está en la práctica de la fraternidad, aquella enseñada y vivida por Jesús. ¿No te gusta investigar siempre en los grandes nombres del pasado? ¡Pues observa la vida de ellos, cómo brillaron en favor de los pueblos! Copia de esas vida y verás cómo podrá llamar la felicidad a tu puerta, abriéndote la conciencia para la paz del corazón. No seas irreverente ante las oportunidades que los Cielos te han ofrecido; escucha la llamada de Dios, por los procesos compatibles con tu persona. Aprende a orar, dejando libres tus sentimientos de caridad, que Dios no olvidó de poner en tu interior, y comprende ahora mismo, para que no sufras, que yo soy yo. En verdad, vine a este mundo como tu hijo, pero el límite de la carne es la razón. Llegando a la mayoría de edad, comienza la acción del espíritu, cuya filiación es de Dios. ¡Yo soy hijo de Dios, y tu hermano en Jesucristo!

Francisco serenó la voz, enfriando la influencia que estaba ejerciendo en el padre, por acción de la palabra, con un magnetismo altamente elevado y Pedro Bernardone, como enjaulado en los hilos invisibles que lo rodeaban, se sintió libre y avanzó sin decir nada hacia Francisco. Abofeteó su suave rostro varias veces, escupió en su cara con nombres apropiados a la agresión, lo amarró con las manos hacia

atrás, y, enfurecido, lo dejó en la bodega del palacete, diciendo irritado:

- Tu lugar está ahí, hasta que el tiempo te pueda despertar para la realidad de la vida. Quieres vivir de sueños, como un pájaro, siendo hombre. ¡Que tu Dios se compadezca de ti! Cerró la puerta y salió alterado en su personalidad, gritando a su mujer y a Jarla, que vinieron corriendo:

- ¡No quiero que saquen a ese mozo de la celda; él debe estar preso hasta mi vuelta, que no sé cuándo será! ¡Quien no cumpla mis órdenes pagará caro su desobediencia! Y no quiso escuchar lo que las mujeres podrían decir…

Doña María Picallini escuchó todo en silencio, sofocada por lo ocurrido, y temiendo la estupidez de Pedro, que podía llegar a rayar la agresión con quien lo desobedeciese, solamente lloró a escondidas, con su compañera de infortunio y Folí, que había aparecido como una compañera más y alentó en los momentos de sufrimiento. Pedro Bernardone viajó, sintiendo el corazón descompasado, por querer que su hijo fuese como él en el comercio y en la política, en el temple y en la diligencia, en fin, ambicioso y fuerte en la sociedad, como tantos otros que conocía, por donde transitaba, en medio mundo. Y daba vueltas por dentro a esa actitud, prefiriendo que su hijo muriese, a desmoralizar a la familia como un mendigo.

Las mujeres de la familia trataban a Francisco, en la bodega del palacio, con todo el cariño y amor que él merecía. En varios momentos, tenían el impulso de desatarlo y soltarlo, para que huyese, pero el propio Francisco no lo aceptaba diciendo:

- Yo necesito esto, por sentir en mi corazón que debo ser disciplinado y conocer en mi propia carne lo que los pobres pasan ante los ricos, que viven a costa de ellos. Estoy muy bien y debo conocer la obediencia, el suelo duro para

dormir, los malos tratos, y también soy favorecido por estar aquí en casa, teniendo como carceleros a tres Ángeles que me aman y me ayudan, tratándome como si yo fuese alguna cosa en el mundo. Y lo que pasan los presos de guerra, los vencidos en las batallas, los enfermos en los hospitales, los mendigos tirados en las calles y los leprosos en los Valles de los Inmundos, los pobres en las granjas sin recursos para alimentarse y vestirse, ¿y los niños sin madre? Yo soy un privilegiado donde estoy.

Mi padre no es un ruin, sólo es un ignorante de las leyes de Dios. En tus oraciones, mamá, pide por papá; haz también lo mismo, Jarla, y pide a Folí que lo comprenda igualmente, que Dios lo bendecirá, y Jesús, lo envolverá en Su paz y en Su entendimiento.

Francisco, recostado en uno de los pilares de la mansión, medio somnoliento, escuchaba nuevamente la voz que tanto admiraba, la voz que hacía de él un verdadero soldado de Dios, con un tono suave y a veces enérgico:

-¡*Francisco*!... Eres una pieza en el gran engranaje de la reforma de mi iglesia y es necesario mucha humildad, paciencia y amor, además de un profundo interés en el Bien colectivo, para que Cristo pueda brillar en ti. Jamás dejes que el oro te influencie, engañándote con las apariencias de una realidad. Los bienes terrenos tienen su valor en las manos de quien vino para transformarlos en trabajo digno, y como fuerza de progreso; mas tú escogiste la mejor parte: el lado espiritual de la vida.

Siendo un educador de los sentimientos humanos, debes servir de ejemplo, sin que la conciencia te acuse de alguna cosa. Nada te faltará en la jornada que emprenderás en la Tierra, así como a tus compañeros; estaré contigo hasta en el último respiro, indicándote el mejor camino. Con todo, tus caminos en la Tierra están llenos de espinas, como fue mi

corona. Tus manos serán clavadas por los agravios de la indiferencia, tus pies sufrirán los duros caminos, en la inconsciencia de lo que vayas a hacer. Tu cuerpo mostrará llagas de todo tipo, para que conozcas los azotes del tiempo y de la ignorancia humana, y es en esta suma de valores inmortales que podrás conocerme, en el fondo del corazón, y decir como el apóstol Pablo: "Cristo en mí es motivo de gloria".

No debes gemir por el dolor, sino solamente cantar. No debes blasfemar con tristeza, sino solamente alegrarte. No debes reclamar con nadie en el mundo, sin embargo, confía en la vida. No debes esperar amor, sino amar a todos sin distinción. No debes procurar tu propia satisfacción, sino buscar las leyes de Dios. No debes buscar ni oro ni plata, sin embargo, debes bendecirlos donde estuvieren. No debes conquistar a nadie para tu rebaño, sino hacer que mejoren allá donde ellos estén. No debes utilizar la violencia ni de pensamiento, sino dejarte dominar por la voluntad de Dios. No debes querer ser el mayor, sino procurar ser el menor de todos. No debes olvidarte de tus deberes, ni acordarte de los errores ajenos. Debes hacer el bien, en todos los aspectos que la vida te muestre, para que tengas la verdadera felicidad.

Y Francisco se adormeció…

* * *

Shaolín no encontró más a su amigo Francisco. Cuando este salió de la prisión, él quedó cumpliendo órdenes, reglas de guerra, y allí permaneció mucho tiempo. En la cárcel, se dedicaba a la meditación y recitaba páginas y más páginas para los compañeros de celda, sobre aquello que había leído. Con el transcurrir del tiempo en la prisión, su organismo también se debilitó y se fue atrofiando, situación aún peor para quien, como él, ya sentía por dentro el ansia de la libertad y la necesidad de comunicarse y de ayudar. Por su

procedimiento, conquistó a la administración de los carceleros y vigilantes, que escuchaban con atención las historias contadas por él sobre su padre y la vieja India, y, cierto día, Shaolín fue liberado. Buscó la casa de Francisco, sin embargo, no lo encontró. Francisco había salido de Asís hacia un lugar ignorado por su padre. Pedro Bernardone interrogó a Shaolín, para saber por qué estaba buscando a su hijo, y este le contó todo con detalles, sobre los acontecimientos vividos juntos. A Pedro le gustó la historia, lo hizo entrar, y sirvió un vino con dátiles, y volcó en el joven toda su impaciencia acerca de Francisco, su ideal para con el hijo y el fracaso del mismo; sobre su fortuna y lo que Francisco estaba desperdiciando, solamente pensando en ayudar a los esclavos y a los pobres vagabundos. Shaolín, respetuoso, escuchó silenciosamente al padre de su compañero y, cuando tuvo oportunidad, dijo con humildad:

- Querido señor, tu hijo para mí es un gran amigo, al que tengo como un hermano, por sentir por él un afecto muy grande. Nos conocimos en un campo de entrenamiento aquí en Asís, cuando nos alistamos para defender esta ciudad que tanto amo, como ya te dije en aquél encuentro sellamos nuestra amistad. Quería verlo antes de irme para Venecia, pues me alisté nuevamente, esta vez en las Cruzadas, para empuñar las armas. Ya soy moralmente un cruzado, y debo defender el Santo Sepulcro, del que se apoderaron los turcos, y sería para mí un gran placer, si pudiese verlo ante de mi partida…

Diciendo esto, hizo mención de despedirse del rico comerciante, pero este lo interceptó, prosiguiendo:

A mí también me gustaría que vosotros os encontraseis, pues de esta forma Francisco podría reaccionar íntimamente y ofrecerse como un defensor del más sagrado pedazo de tierra que existe para nosotros, que pertenecemos a la Iglesia

Apostólica Romana – el Santo Sepulcro – y volverse un hombre, haciéndose un cruzado. Cuando él llegue, le daré tu recado con mucho gusto. Y se despidieron.

Shaolín, triste por no haber encontrado a su amigo, partió para Venecia. Llegando allí, encontró, en sorprendente movimiento, la formación de la cuarta Cruzada, cuyos componentes estaban enloquecidos por la furia. Y lo más triste es que la gran mayoría de los cruzados eran niños exhibiendo banderas y gritando tan fuerte, que asustaban a un racional. Así, Shaolín, hombre templado y acostumbrado a la meditación, conocedor de determinadas leyes espirituales, comenzó a modificar sus conceptos concernientes a las Cruzadas, y pensó en secreto que aquello era una verdadera confusión, aquél impulso de guerra era inconsciente. ¿Qué podrían hacer aquellos muchachos en el frente de batalla contra hombres adiestrados y maliciosos como los turcos y los egipcios? ¡Aquellos niños eran inocentes en lo que se refería a las luchas! En estos pensamientos, entró en conflicto consigo mismo, enfriándose, en su interior, el ardor de participar en las guerras de la Cruzada. Así, se presentó, contra su voluntad, en el caserón que servía de cuartel, donde eran recibidos los milicianos. Recibió un pequeño paquete individual, el cual contenía lo necesario para un soldado, y fue bendecido por un fraile que más parecía un verdugo. Se echó en una cama improvisada, donde la hierba era el colchón. Pasó la noche entera meditando, pensando en su maestro espiritual, pidiéndole que le ayudase a hacer lo mejor; si aquél camino fuese el suyo, que lo ayudase a cumplir su deber, y si no, que lo retirase por los medios en que los Ángeles son maestros. Shaolín estaba entregándose por completo en los brazos de la Verdad, pidiendo que se cumpliese la voluntad de Dios y no la de los hombres.

En esto, él vio una luz azulada, descendiendo del techo, que lo atravesaba sin ningún impedimento, y que fue creciendo y tomando forma. Mientras un suave viento soplaba en el ambiente, sentía un perfume peculiar al de su maestro espiritual, y la forma se definió. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y, al momento, fue invadido por una emoción indescriptible… El maestro, mirándole dulcemente, dejó que él llorase, y lloró por largo tiempo. En aquél estado emotivo, él regresó al tiempo de su niñez, acordándose de su madre y de su padre, de sus hermanos y del italiano que lo llevó a Italia y lo educó. Se acordó mucho de Francisco, del campamento en Asís, cuando se estaba entrenando para la guerra contra Perúsia y de cuando cayeron en manos de los enemigos y fueron hechos prisioneros. Pensó en su vida, de lo que debería hacer de ella, y volvió a llorar, por sentirse preso a las Cruzadas. Verdaderamente estaba arrepentido de haberse hecho un cruzado.

El indiano, con la mirada amiga y con un gesto cariñoso lo bendijo, diciendo:

- ¡Shaolín!... Que Dios te bendiga siempre, y que el Cristo de Dios te haga un soldado del Bien, sin que tus impulsos inferiores interrumpan la luz que comienza a nacer en tu corazón. La vida en la Tierra está, como puedes observar, llena de tumultos, de epidemias, de hambre, de guerras fraticidas, de ignorancia y de odio. Es la muerte eliminando vidas en todas las direcciones. En cualquier nación que intentes trasladarte, encontrarás las mismas cosas, los mismos hombres, llenos de los mismos defectos y los mismos verdugos con sed de sangre y de dominio.

La mayor parte de las criaturas son espíritus inferiores, carentes de educación y de disciplina, y, mientras tanto, para ellas la mejor escuela, el mejor hogar y el mejor hospital, es aún la Tierra. Los procesos de la reencarnación, como bien

sabes, es la puerta sagrada para ellas mejorarse, no obstante, donde se encuentren, crearán problemas. Se matan los unos a los otros, porque son así, mas después tendrán que despertar para Amor, pues fueron creados para eso.

Dios, Todopoderoso, está viendo todo eso mucho mejor que nosotros, y ya tomó todas las providencias oportunas para la educación colectiva de estas almas. No blasfemes contra la Divinidad, ni pienses que estos hombres están huérfanos de las bendiciones de Dios. Existen en el seno de la humanidad, por misericordia de la Luz Espiritual, falanges de Ángeles que descendieron por amor para ayudar en la divulgación del Bien, del Amor y de la Caridad, y eso es un trabajo que requiere mucho tiempo, mas son simientes que van a nacer y florecer, más tarde, en la tierra de los corazones. Si quieres, hijo mío, podrás ser una de estas simientes de luz al servicio del amor de Dios, bajo la orientación de Cristo. No temas. Tu destino ya está trazado por manos invisibles que te conducen. Lo que resta por hacer depende de ti. No te olvides de orar, e, igualmente, de vigilar y confía en Dios y en ti, que todo lo demás te llegará por misericordia del Creador. Siempre estaré contigo. Adiós…

Shaolín quiso preguntar alguna cosa, pero la garganta estaba sofocada por la emoción. Quiso interrogar por el pensamiento, como de costumbre, sin embargo, las ideas no le obedecieron. Avanzó en aquél instinto de gratitud, besando sus pies luminosos, y lloró nuevamente en el silencio de la noche. Si alguien lo viese, notaría que su boca estaba fosforescente, iluminada, fuerza esta prestada por los pies del maestro indiano, que lo protegía en todas sus más difíciles decisiones. Y en poco tiempo se durmió tranquilamente.

Al día siguiente, Shaolín despertó aliviado de las aprehensiones, pero aún le quedaba una gran duda: “¿sería cierta su marcha para la guerra? Sus sentimientos no le

recomendaban luchar y matar; además, para defender ¿qué? ¡Un pedazo de tierra igual a los otros! ¿Sería la voluntad de Jesús, aquél amigo Nazareno que solamente predicó el Amor? ¿O esa guerra era solamente de los hombres avaros? Eso era lo que quería preguntar a su guía, sin embargo, no hubo tiempo; ¿será que eso lo dejó para que él mismo dedujese y decidiese por su propio albedrío?"

Cumplió su obligación en los adiestramientos, bajo la orientación de veteranos caballeros romanos y franceses, pero no se acostumbró a la algarabía ensordecedora de los chiquillos de la Cruzada. Fue hacia el combés de una embarcación más próxima, se acopló en una firme tabla y se puso a echar granos a los peces que se agitaban hambrientos.

Shaolín meditaba sobre las aguas y observaba a los peces que se sirven del mar como casa, morada esa que les asegura la vida. Sentía las ráfagas del viento brincando con las olas. Se demoró tanto tiempo allí, que no escuchó la llamada para la merienda de la tarde. Ya surgían las estrellas en el majestuoso infinito, grabando para los ojos humanos una proyección nunca igualada por los hombres, de belleza y de esperanza. Fijó la mirada triste en el firmamento, y sintió nostalgia, sin saber de qué ni de quién, y su corazón torturado por los recuerdos confusos, parecía querer parar, y allí conversó con la Majestad Divina, en tono de humildad que solamente el Amor más puro sabe y comprende:

- ¡Gran Fuerza Universal que nos gobierna a todos! Estoy sintiéndome como una hoja seca llevada por el viento que el destino sopla, sin que yo sepa lo que quiero y para dónde voy. Sé que sustentas a todos Tus hijos, donde quiera que estén, mas sé también que formulaste leyes para guiarnos, educarnos y defendernos. Yo Te pido que me enseñes con más eficiencia esas leyes, para que yo pueda respetarlas, respetándote igualmente a Ti.

Me siento, Señor Jesús, agraciado por al vista de estos momentos, en que los cielos me fascinan y crean en mí algo de esperanza, predisponiéndome al Amor, a Ti y al prójimo, que a veces intento destruir. Esos impulsos debe ser la ignorancia que aún vibra en mí. Ayúdame a liberarme de las influencias maléficas que me mandan destruir, que me agreden para yo agredir, que me maltratan para yo maltratar…

Jesús, dijiste muchas veces, a Tus discípulos, que ellos se conocerían por lo mucho que se amarían, que el Amor no destruye, no maltrata, no agrede, no roba, no miente, no es dado al odio, no se venga, no alimenta el egoísmo; el Amor es pura Caridad. Entonces, Jesús, la Iglesia que lleva Tu nombre, y en Tu nombre hace las guerras, no Te obedece, desobedeciendo las reglas de Tu Evangelio de luz, que llevo en el alma escrito, y puedo recitar en cualquier momento. Te pido, Maestro de los maestros, me guíes en los caminos, me bendigas para que yo no deje de hacer lo que es correcto para mí. Sin embargo, por encima de lo que estoy pidiendo, que se haga Tu voluntad y no la de este Tu siervo, que Te pide con humildad: concédeme un lugar en Tu rebaño, para que yo pueda mejorar. Y bendice igualmente a todos los dirigentes inconscientes de este movimiento tenebroso de las Cruzadas, para que ellos puedan cambiar de opinión, principalmente en lo que atañe a esos niños, que sé, que serán todos sacrificados por hábiles guerreros y ladrones sin sentimientos. Aparta ese cáliz de los destinos de esos jóvenes, aliviando sus infortunios. En el caso que no sea Tu voluntad, dales fuerza para resistir a lo que debe ser hecho, y no se puede cambiar. Bendice las estrellas, el mar, los peces, el viento y la Tierra. Bendice, Señor, a los hombres. Amén.

Y se fue para el campamento que le servía de cuartel. Shaolín se recostó en la hierba que le servía de cama. Sin

sueño, sintió que su mente buscaba otros parajes. Notó que estaba como saliendo de una cáscara, o despidiéndose de un pesado ropaje, pareciéndole estar perdiendo los sentidos, lo que no ocurrió. Se asustó de ese fenómeno, aunque era un hombre que no temía a nada, mayormente en cuanto a los hechos concernientes al espíritu, pues tenía conciencia de que nadie muere y que sólo cambia de residencia. Confió en Dios, y se entregó a aquella fuerza que tal vez lo estuviese probando.

Sintiendo las más extrañas sensaciones, salió, consciente, del cuerpo físico, y vio su ropa de carne tirada en el suelo. Caminó libremente por el ambiente, miró a su alrededor y pensó en Dios. Buscó a Cristo, y una alegría invadió su ser al oír una voz que conocía, hablándole con ternura:

"¡Shaolín!... ¡Sé bienvenido, hijo mío! Estás en otro plano de la vida, sin que tu conciencia cambie de dimensión, porque estás consciente de tu estado. Tu cuerpo de carne está descansando, mas el espíritu está siempre en movimiento, y continúa obrando y viviendo en este plano espiritual".

En esto, Shaolín comenzó a ver perfectamente a su guía, que siempre lo acompañaba. Quiso arrodillarse con reverencia, pero él no lo permitió, haciéndolo levantarse, abrazándolo con ternura, diciendo:

- No pierdas tiempo en reverencias con aquél que es simplemente tu hermano. Somos iguales en la pauta de la vida, y estamos juntos en busca de la Unidad de que tanto necesitamos. Vamos a confiar en Dios y en Cristo, y uno en el otro, para comprender mejor al prójimo y amarlo con más interés. La vida, Shaolín, es muy buena, dependiendo sólo de entender sus leyes y vivirlas a cada paso. No necesitamos temer los acontecimientos indeseables de que el mundo está lleno, porque cada criatura vive en el mundo que creó para sí

mismo. Nosotros reformamos nuestros propios destinos, con la inteligencia perfeccionada, y el corazón latiendo en el Amor. No temas lo que pueda surgir en tu camino. Si por ventura viniera el mal en tu busca, es porque el mal aún existe dentro de ti, y a ti te corresponde extirparlo, para que él tome otro camino. Recházalo cuando se aproxime a ti, y sigue por otras direcciones, donde percibas afinidad. Sé que quieres preguntarme si debes ir, para donde te comprometiste moralmente; y yo te digo que la guerra solamente atrae a quien tiene guerra por dentro.

Libérate de una vez de los sentimientos de corregir a los otros, de los sentimientos de opresión, de poder, de egoísmo, de prepotencia, de odio y de envidia. Renuncia a las cosas que no te hacen falta, para una vida sencilla, y el ambiente de guerra saldrá de tus reflexiones espirituales, pues perderás el interés de defender a los otros por la violencia, lo que nunca conseguirás. Cada criatura tiene, y carga consigo, sus propios medios de defensa y de elevación espiritual. Esas cruzadas, como los tribunales del Santo Oficio, montados por los agentes de las tinieblas, son para corregir a los propios tenebrosos. Si salieras del mundo de ellos, está claro que ellos no lo lograrán. ¿No dice el Evangelio "Conoceréis la verdad y ella os hará libres"?

Lo que debes hacer para que no vayas donde pretendías, no es necesario que yo te lo diga. Deslígate, mental y sentimentalmente, que la naturaleza tiene leyes apropiadas para defenderte y retirarte de estas líneas de combate, para ti inútiles. Dios sabe mejor que nosotros cómo defendernos de las fuerzas contrarias al Bien que ya conquistamos. Quien siente la guerra, está pidiendo guerra; quien siente el mal, está pidiendo el mal; quien siente el odio, está pidiendo el odio… Haz lo contrario, y encontrarás lo inverso de lo que brilla en el mundo, por ignorancia. Sé que

tienes fuerzas para eso, y debes comenzar hoy mismo, buscando la paz, el amor y el perfeccionamiento, sintiéndolos, para que puedas vivir todo lo que la vida nos muestra como siendo real. Y fue Cristo quien nos reveló la más pura conducta, quien nos llevará a la verdadera felicidad…

¡Yo te ayudaré siempre!... Pero si no te ayudas, no harás tu parte, te enredarás en las sombras, uniéndote a los compañeros que alimentan los mismos sentimientos, y sufrirás las consecuencias hasta que comprendas la Verdad, aunque tenga toda nuestra protección, porque la liberación es un conjunto de cosas divinas, que se dividen para que cada uno haga su parte. Esta es la ley, esta es la vida.

El guía espiritual de Shaolín, pareciendo una estrella que descendió de las alturas, iluminaba todo el ambiente en una policromía indescriptible. Por más que se esforzase para no hacerlo, Shaolín lloraba emocionado, y respondió a su amigo espiritual:

- Yo te agradezco, señor, por todo lo que me diste en esta hora; que Dios te compense siempre, siempre. ¡Nada tengo para ofrecerte a cambio, por no estar en condiciones de donar nada a los Ángeles!

Tomó sus manos, besándolas con gratitud. Regresó al cuerpo consciente de lo que había ocurrido. Permaneció quieto, recordando la conversación que tuvo con el guía espiritual, y habló bajito:

"¡Dios mío!... Qué belleza; cuánta alegría existe, incluso en el mundo material… Todo depende de nosotros y de la comprensión de las criaturas; aquí hay de todo para que podamos vivir felices, dependiendo solamente de ciertos cambios…"

Su corazón irradiaba alegría espiritual y, triunfante, él se durmió serenamente, confiando que recibimos lo que realmente hacemos justo para recibir.

Al día siguiente, Shaolín amaneció restablecido, y analizándose a sí mismo, sobre lo que podía y debía cambiar en su vida. Los acontecimientos exteriores quedarían entregados a Dios, que tiene condiciones de resolverlos con justicia. Desde aquél día en adelante, entraría en guerra, sí, en la peor de las guerras, en aquella que se declaró a sí mismo, contra sus propias inferioridades. Sentía que era la más difícil de las luchas hasta entonces enfrentada por él. También sabía que estaba comenzando, pero jamás sabría el día en que terminaría. ¡Fuese como fuese, comenzó!...

En la embarcación había sido colocada una señal, para anunciar la partida, el despertar del día y llamar a las reflexiones. Un fanático de los más osados dijo a gritos:

- Esta señal va a anunciar con orgullo, nuestra religión y el día de la victoria, que no será nuestra, sino de Dios. Y repitió las palabras del gran pontífice que fundó las Cruzadas en el concilio de Clermont, Urbano II: “Dios lo quiere”.

La multitud inconsciente, en el impulso de la inferioridad, levantaba banderas, deseando la conquista del Santo Sepulcro. Las madres, tocadas por los sentimientos de amor a sus hijos, sólo lloraban, con el presentimiento de que no los volverían a ver más. Shaolín no tenía de quién despedirse y el navío partió. Él sólo miraba a los cielos, pidiendo a Dios que hiciese Su voluntad, que todo estaba seguro en la pauta de los acontecimientos. Una flota de embarcaciones partió de Venecia, lista para el combate, y Shaolín, edificado en el Bien, dentro de su embarcación olvidó la guerra y entregó las manos al trabajo que le correspondía hacer.

LOS PRIMEROS PASOS

"Actuar sin reflexionar no es bueno, actuar con muchas prisas es una equivocación". (Proverbios, 19:2)

Francisco de Asís nunca actuaba sin reflexionar en aquello que iba a hacer. Dotado de una gran sensatez, su raciocinio era obediente y consultaba siempre al corazón. Si ante los demás se presentaba aniquilado, derrotado por la propia naturaleza, sin la protección del padre, sin dinero y sin casa, íntimamente contaba con su firme fe en Dios, y sentía que Jesús era realmente Su verdadero compañero.

Quedó allí tres días, mostrando ya cansancio; con todo, fue un óptimo remedio para sus sentimientos, pues estaba averiguando su verdadera fuerza espiritual, limpiando los canales de la intuición, que lo llevaba a grandes éxtasis. Se encontraba como una oruga que se transforma en mariposa, pasando del estado de arrastrarse al de volar. Los tres días y noches que había pasados en la bodega del palacete, le hicieron salir del capullo donde el mundo lo prendía, para grandes vuelos espirituales, convidando a quien quisiese y tuviese misión para tal, a ingresar en el apostolado de Jesús. Él, Cristo, sería para todos, Camino, Verdad y Vida.

Su madre, Jarla y Folí no soportaban más el sufrimiento, al ver a Francisco en aquél estado de desnutrición y obediencia a las fuerzas de las tinieblas, y una mañana, Doña María Picallini despertó decidida, diciéndole a las dos:

- De ahora en adelante, no obedeceré más las órdenes de mi marido; él está pasando de los límites y la tolerancia comienza a transformarse en cruel aceptación, que falsifica los buenos sentimientos. No puedo soportar eso, siendo

madre de un Ángel que nunca me dio un disgusto en la vida y cuya presencia me causa mucha alegría. Todos los que lo conocen apoyan mi sentimiento de ternura para con ese que nació por mi intermedio. No quiero llorar más por la opresión de Pedro; pero sí quiero resistir a sus investidas, aunque ocurra lo peor.

He sido, hasta hoy, compañera dócil de este hombre, aceptando y apoyando sus imprudencias, alimentando en cierto modo, sus venganzas. He sido pasiva en demasía y llegué, por invigilancia, a estar a un paso del abismo, pero no daré un paso más. Antes, retrocederé en favor de la Verdad y de mi conciencia. ¡Amo primeramente a Dios y a Cristo, Nuestro Señor!... Tengo fe en los Cielos de que mi hijo no va a estar desamparado y confío en los Ángeles, que él será protegido. En cuanto a mí, quiero que oigan esta verdad: no me importa perder mi propia vida en defensa de mi hijo; será una gloria si así sucediera. Quiero y puedo decir adiós al mundo, de cualquier forma que viniera mi partida, pero quiero estar en paz con mi conciencia.

María Picallini bajó a la bodega, acompañada de las dos mujeres, que la apoyaban en sus ideas. Ella casi llagaba a las lágrimas, pero su decidida voluntad las reprimió. Cortó las ataduras que prendían al hijo y habló en un tono de voz diferente, a sus oídos sensibles:

- ¡Levántate, Francisco!... Basta de sufrimientos y de obediencia a las investidas de las tinieblas. Tu comportamiento debe cambiar; pide a Jesús, a Quien tanto amas, energías, porque sin ellas no realizarás nada en el gran empeño de la verdad y de la propia paz. A nadie le es dado el derecho de quitar el derecho de los demás, sea de los hijos, marido o mujer, y hasta incluso de los propios esclavos, que son humanos e hijos de Dios. Si estoy queriendo que cambies, es porque yo también voy a cambiar de comportamiento. No

importa, si fuera necesario cambiar de casa y vivir donde quiera que sea; importa, para mí, una cosa muy sagrada: que mi conciencia esté tranquila con el deber cumplido.

Jarla y Folí, decididas, también ayudaron a Doña María a levantar a Francisco, y ellas no soportaron las emociones y lloraron abrazadas a él. Francisco miró a su madre con toda la ternura, a la luz oscilante del candil que Folí sujetaba, y dijo con mansedumbre:

- Mamá, no estoy entregado a la ignorancia de mi padre por miedo, cosa que nunca tuve, porque la fe aísla ese estado del alma. Estoy esperando órdenes de alguien que me habla, para que yo pueda actuar en la hora oportuna, y con toda la fuerza de mí ser.

Doña María no tardó en responder al hijo:

- Si esperas, hijo mío, órdenes de Dios, estas órdenes están llegando por mí. Es hora de actuar y de salir de este lugar. No tenemos tiempo que perder, el Evangelio nos espera y con su fuerza, tenemos que restablecer la Iglesia, en Espíritu y Verdad.

Francisco reconoció que su madre hablaba diferente a otras veces, y sentía que era realmente aquella voz la que él esperaba, para decidirse a enfrentar todos los obstáculos que surgiesen. Salió con las mujeres, tambaleándose, sin fuerzas, pero feliz. Sin pensar en lo que podría ocurrir cuando su padre llegase, entregó todo a Dios, y confiaba en Jesucristo. Invocaba constantemente a María Santísima, que ya formaba parte de sus más profundos sentimientos de fraternidad. La madre de Jesús, era considerada por Francisco como su madre espiritual, y cuando se acordaba de ella, sentía generar en el corazón una nostalgia indescriptible y una fuerza inigualable, convidándolo para la restauración de la Iglesia del Señor, carcomida por la vanidad, desfigurada por la

prepotencia, injuriada por el comercio y deshaciéndose por las imposiciones.

Francisco partió decidido para el trabajo, continuando con la reconstrucción de la pequeña iglesia de San Damián. Extendía las manos con humildad, pidiendo y comprando lo necesario, en el sentido de que fuese restaurada la iglesia. Con ella restaurada y con una presencia más agradable, él pensaba que los fieles podrían orar con más alegría.

La historia nos cuenta que Francisco llamó a la puerta de un sacerdote, cuya residencia impresionaba por su belleza y confort, pues era el único heredero de una familia riquísima, instalada en Espoleto y que, debido a las tendencias religiosas del hijo, abrazó el cristianismo, ya oprimido con el nombre de Iglesia Católica Apostólica Romana, en cuya oficialidad fue olvidado el nombre de Jesús – por lo menos en el lugar de *romana,* podría ser Cristiana… Ese sacerdote, criado en el confort y mimado de manera extravagante, estudió en Roma, habiendo hecho varios cursos en Francia, recibiendo tratamiento y regalías correspondientes a su estado de nobleza, pues los dirigentes de los alumnos recibían recompensas de la familia.

Viendo en la casa del sacerdote muchas piedras labradas, las pidió para la reconstrucción de la casa de Dios; pero el sacerdote, con su porte de hidalguía, mostrando una sotana bien cuidada – tejido bien conocido por Francisco, por la fragancia de nobleza que aún cargaba en sus sentidos – respondió con rispidez:

- No puedo darte esas piedra, joven; es más, no sé si tienes permiso para la restauración de iglesias aquí en Asís, pues esto está a cargo de ciertas familias de la ciudad, que deben hacer el trabajo a costa del propio pueblo, que de ella disfruta. Nosotros somos sacerdotes, agentes de Dios y de

Cristo, y por nuestro intermedio el cielo bendice Su rebaño… Pero si insistes, yo te las puedo vender por un precio normal.

Francisco sintió, por dentro, el fuego de una hoguera de rebeldía ante el sacerdote, al ver su desprecio por las cosas de Dios. La iglesia era un lugar sagrado, donde los fieles se reunían para meditar y fortalecer la fe. Pero se controló y respondió con humildad:

- Discúlpeme, padre. Tengo la necesidad de hacer alguna cosa buena. Creí conveniente comenzar arreglando la casa del Señor, nuestro Dios y, para eso, comencé pidiendo, siendo que encontré en la casa del vicario lo que servía para la restauración de nuestro templo. Tuvo más seguridad en pedir, por tratarse de un vicario de Cristo; todavía, ya que no las puedes dar, dime el precio, que las compraré.

Ajustado el precio de las piedras, Francisco las llevó para la iglesia, donde fueron utilizadas. Pasando el plazo convenido, el restaurador de la iglesia no pudo pagar al reverendo, por faltarle el dinero para eso. El sacerdote usurero no se hizo esperar, yendo en busca de Francisco y desafiándolo. Este, humilde, escuchó todos los improperios del vicario, pero, en el transcurso de la conversación, fue tomado por una energía diferente y, en un intervalo de la palabra del sacerdote, comenzó a hablar en estos términos:

- ¡Señor Vicario!... Tengo un inmenso respeto por los sacerdotes, que sé y siento, hacen recordar la vida de Jesús, en todos sus aspectos morales y espirituales; pero no puedo callarme en lo que se refiere a la falta de respeto, de tu parte, para con la iglesia de Dios. Yo creo que el templo es un lugar colectivo, que merece todo el respeto y todo el cariño, y principalmente de tu parte, porque eres seguidor del Divino Maestro y debes sentirte honrado con eso. Quiero pagarte las piedras, cuando tenga el dinero, sin embargo, mi conciencia me dice en el fondo del alma, que el deber de restaurar las

iglesias corresponde a los sacerdotes. Ellos son los vigilantes de la casa del Señor, y de ellos es la obligación de mantenerla limpia y bien cuidada. Estoy queriendo ayudarte en este menester sagrado, cosa que, perdóname, tu conciencia aún no te avisó.

Te pido, por caridad, que me oigas un poco más. Creo que Dios es como un Sol Divino, y si Él es más que el Sol que nos alumbra todos los días, bañando toda la Tierra sin escoger quién pueda recibir sus rayos benefactores, es mucho más beneficioso en su estructura universal, y así es como puedes hablar, bajo la inspiración del Espíritu Santo, siendo uno de los hijos de Dios, nosotros podremos igualmente, dependiendo de las condiciones espirituales, o de la necesidad de quien debe oír.

Somos influenciados por los Ángeles de Nuestro Padre Celestial, porque somos hijos del mismo Dios, y en cuanto a las piedras, padre, yo estoy decepcionado con tu actitud. Nunca pensé que un sacerdote pudiese hacer lo que estás haciendo; me acordé mucho de Judas con las treinta monedas. Que Dios te ayude para que no ocurra lo mismo contigo. Puedes estar seguro de que te pagaré, no ahora, pero hoy mismo lo llevaré a tu casa. Si no es mucho decir, es bueno que nos acordemos de que la vivencia del Evangelio es renuncia, principalmente para un sacerdote. Es desprendimiento, principalmente para un discípulo de Cristo, principalmente para un cristiano. Es caridad, principalmente para un consejero del pueblo. Es amor, principalmente para quien predica el Evangelio bajo la égida de la solemnidad.

Te pido, de corazón, que no te enfades conmigo, porque por encima de todo sé que solamente damos aquello que podemos dar. Que Dios te bendiga, que Jesús guarde tu corazón de la influencia del mal, que nuestra Madre María Santísima guíe tus sentimientos, y que jamás falten a tu

alrededor, los Ángeles de Dios, y te inspiren acerca de las cosas seguras.

El sacerdote, ante todo lo que escuchó de la boca de un lego como Francisco, se propuso callar. Regresó a su mansión, irritado, pues su conciencia aprobaba todo lo que Francisco le había dicho, y que sus oídos grabaron, archivándolo todo en su conciencia. El hijo de Bernardone, constreñido, pensaba en lo que sería la doctrina de Cristo entregada a aquellos hombres. ¿Cuál sería el futuro del Evangelio de Jesús, si sus vicarios continuasen manteniendo aquél tipo de actitudes? Todavía, la misma voz amiga reforzaba su corazón:

- ¡Francisco!... ¡El Evangelio descendió del cielo, no fue escrito por los hombres! Vino con el objetivo de reformar a las criaturas y no se cansa de esperar lo que sea necesario; él es la voz de Dios que se repite eternamente en el alma, hasta que esta comprenda y oiga su llamada. Nada se pierde, porque Dios no es un Dios de mentira. Sigue adelante, y vamos a trabajar en la oportunidad que el Señor te dio.

En ese mismo momento, el hijo de Doña María Picallini comenzó a canturrear por las calles de Asís. Hablaba con unos y con otros de la necesidad de restaurar las iglesias, y ya a la tarde tenía el dinero que debía al sacerdote. Con mucha alegría, buscó al cura en su residencia. Llamó a la puerta. La abrió el vicario con el rostro desfigurado, diciendo:

- ¡Tú, nuevamente! ¿Qué quieres ahora?

Francisco respondió con ponderación y alegría:

- ¡Pagar lo que te debo, señor!...

Este extendió la mano usurera y recibió el dinero correspondiente a la deuda. Francisco se despidió nuevamente con dolor en el corazón, no por el dinero, sino por el procedimiento de un pastor de las almas; entretanto, perdonó y bendijo al vicario.

Aquella noche, el sacerdote no pudo conciliar el sueño. Se levantó y fue a contar el oro recibido de Francisco, y, al llevar la mano al dinero, ocurrió un fenómeno tramado en la conciencia: sus manos comenzaron a calentarse, el calor fue aumentando gradualmente y en unos instantes se prendían fuego, como si estuviesen envueltas en llamas. Tiró las monedas al suelo, viendo que todas ellas brillaban como si fuesen brasas. Miró sus manos, y vio el mismo espectáculo. Comenzó a gritar, a lo que los criados acudieron, sin ver ni sentir nada, preguntaron qué pasaba. El vicario les pidió que rezasen, entretanto, las oraciones no resolvían el problema. Se echó en su lujosa cama, cogió el crucifijo, poniéndolo en su pecho cerro los ojos repitiendo el *Padre Nuestro.* Su vista, sin querer, buscó a Francisco, aquél mismo joven humilde que compró las piedras para arreglar la iglesia de Asís. Se sintió avergonzado, se acordó de su misión ante la Iglesia, del juramento que hizo con la mano en el Evangelio, poniendo mentalmente a Cristo en el corazón. Mandó a los criados que salieran del cuarto, se arrodilló en el suelo, retirando a un lado la gruesa alfombra que le servía de confort. Con las manos entrelazadas, como un niño que está aprendiendo a orar, habló ansiosamente con Dios.

"¡Señor!... Desde que recibí el encargo de ser pastor de almas, de orientar conciencias y que, igualmente, recibí esta casa para vivir, con esclavos a mi disposición, vivo quemándome por dentro sin paz, sin alegría, sin creer en mí mismo y desconfiando de todo. Reconozco, por dentro, que no estoy siendo correcto. Ayúdame a acertar, a descubrir Tu Camino, Tu Verdad, si no Tu Vida. Bien recuerdo que Tus discípulos lo entregaron todo a los pobres para seguirTe. ¿Cómo puedo ser Tu discípulo, cargando esa cruz de los bienes materiales, de este lujo del que disfruto, mientras muchos pobres mueren de hambre, carentes de vestido y no

tienen dónde vivir? ¿Será que soy Tu discípulo, figurándome como un rico egoísta que no piensa en los demás? Solamente ahora siento que no. Bendice mi entendimiento y ayúdame a comprender lo que escuché de un lego, que tuvo el coraje de decirme lo que nunca escuché de otros, que oyen mis mentiras y que nunca tuvieron el valor de decirme la verdad…"

Se calló, amargado. Las lágrimas brotaban de sus ojos, que desconocían el llanto y se molestaba cuando veía a alguien llorar. Se sintió nervioso dentro de aquella casa y, aquella noche, pidió a los criados dormir junto a ellos, al lado del palacio, en una tosca cabaña, donde no existían catres, sino hierba molida, acomodado en grandes sacos, cuya tela era obra de los mismos esclavos en las horas de descanso.

El sacerdote se sintió feliz, tendido en un jergón, donde el olor no era de los mejores. Los esclavos no decían nada, temiendo al patrón, pero pensaban:

"¿Será que el padre quedó perturbado?" Nunca ocurrió tal cosa, y al día siguiente fue el comentario de todos los criados, en secreto, para que el vicario no desconfiase. Entretanto, el vicario había renovado sus actitudes. Con las manos hinchadas y aún calientes, buscó a Francisco, y lo encontró trabajando y cantando con alegría en la restauración de la Iglesia de San Damián. Y, con él, muchos otros compañeros, afinados para el trabajo que los cielos convocaran.

Francisco notó que el sacerdote llegó más dócil, pidiendo permiso con humildad, diciendo:

- Hijo, vengo a ti en busca de la paz que no tengo. Fui acusado por el tribunal más riguroso del mundo: el tribunal de la conciencia. Sé que para mi existe solamente un defensor aquí en la Tierra, y ese abogado eres tú.

Me tocaste en los puntos que la filosofía espiritualista a veces olvida y que machacaron mi corazón, y yo abro los

brazos pidiéndote perdón por lo que escuchaste de mí, y por el gesto impensado y anticristiano. Mi ignorancia te hizo sufrir; sé que no eres sacerdote y que las palabras del mundo no se muestran en tu conversación. Eres libre de los argumentos del mundo, totalmente inspirado por la fuerza de Dios. Conozco las obras que son las columnas maestras de la religión a la que pertenezco, y sé, por lo que escucho hablar de ti, que no tienes ninguno de estos conocimientos, sin embargo, lo que percibe la gente, es que de ellos seleccionaste muchas cosas, lo que pude observar en el diálogo que tuve contigo, cuando estaba enredado en mi ignorancia acerca de la vivencia del Evangelio. Pero en esta noche fui quemado, hermano mío, por el fuego más abrasador que existe en el Cielo y en la Tierra – el fuego de la conciencia – que envolvió mis manos después de tocar aquél dinero maldito, fruto de mi incompetencia espiritual.

No soy digno de ser sacerdote de Cristo, y en breves instantes debo abandonar esta sotana para aliviar las tensiones de mi interior y meditar lo que debo hacer en la vida y de la vida. Quiero y hace mucho tiempo que siento y necesito de Cristo en mí; no obstante, olvidé cómo vivían los discípulos de Jesús las renuncias aplicadas por ellos, la renovación verificada en ellos y la educación de los impulsos inferiores que nunca ejercité, por no encontrar, tal vez, estímulo donde me ordené sacerdote. Ahora, encontré quien me hablase de la verdad cara a cara, y veo que tu futuro es grandioso, como tu amor, que transciende todas las virtudes enseñadas por los hombres. Tu amor, por lo que siento, se extiende a todas las criaturas, y en tus palabras notamos algo más que los sonidos, para la comprensión de los sentidos. No te pediré para yo seguir tus pasos, pero voy, de ahora en adelante, a hacer lo que tu haces, porque así estaré siempre contigo, para comprender mejor a Jesús, el Cristo de Dios.

Todos quedaron emocionados con la resolución del sacerdote, y Francisco se sintió inmensamente gratificado con el fruto de sus actitudes en defensa de la Iglesia y de la propia doctrina cristiana. Se dirigió al sacerdote con sencillez, agarró sus manos bien cuidadas, las cubrió de besos humedecidos con lágrimas, y los que allí estaban trabajando hicieron lo mismo. El sacerdote se sintió feliz por primera vez en su vida, y sus manos, antes envueltas en fuego, se enfriaron, como si la conciencia le diese tregua, por la alegría del corazón. Y él, incluso en aquél porte noble, abrazó las piedras para el servicio reparador. En pocos instantes, sentía dolores y se le despellejaron los dedos, pero era un dolor diferente, que traía satisfacción a los sentidos y paz a la conciencia. Un poco más tarde, notó las manos hinchadas, perdiendo aquella forma de belleza y la suavidad característica de manos que bendicen en la posición de pastor de ovejas. Las miró y meditó lo mucho que tenía que modificar en su vida.

Francisco observó su rechazo de la mente ante su cambio brusco, y reforzó sus actitudes de acompañar a Jesús, con estos términos que la realidad hace comprender:

- Las manos no son adornos para la admiración ajena, sino herramientas de trabajo para el perfeccionamiento del alma.

El sacerdote sacudió la cabeza como para echar fuera algunos pensamientos intrusos y se dispuso a trabajar, cantando con los demás; el hijo de Bernardone quedó a su lado, dando secuencia a la conversación, sin parar el trabajo y le habló al oído:

- ¡Padre!... La iglesia a la que perteneces por el corazón, y que ocupó y forma tu inteligencia para el servicio de santificación, se está derrumbando en sus cimientos más sagrados. Urge reforzarlos y para eso tenemos que despertar.

No debemos abandonarla, sino ayudarla en su despertar para Cristo. Hace doce siglos que Nuestro Divino Maestro trajo directamente de los cielos, la luz para que no sucumbiésemos en las tinieblas. Y esta luz viene apagándose, por la ignorancia humana. Los herederos del Evangelio nunca podrían estimular guerras y matar hermanos, por no pensar como nosotros, ni destruir vidas preciosas como lo están haciendo desde hace mucho tiempo, por causa de un simple pedazo de tierra, que respetamos mucho, pero que no valoramos tanto como ellos: el Santo Sepulcro. Jesús es Espíritu, e importa que Lo adoremos en tal y en Verdad. Él es como el aire: está en todas partes, basta que Lo respiremos por el Amor.

El sacerdote, emocionado, sintió en su interior una fuerza inexplicable y lloró, trabajando, pero lloró de entusiasmo, porque encontró lo que buscaba hace mucho tiempo: el encuentro con Jesús. Estaba oyendo cosas que nunca escuchó de sus maestros en toda su carrera en el clero romano, cerciorándose de que la verdadera sabiduría viene realmente de Dios; los hombres son sólo instrumentos de la verdad que se une a las leyes naturales de la vida. Y pidió entonces a Francisco, cosa que no pensaba hacer, con humildad:

- ¡Quiero ser tu discípulo!

Francisco levantó la vista, miró dentro de los ojos del sacerdote y le habló serenamente:

- ¡Se discípulo de Cristo, hermano mío! ¡Vamos a trabajar!

* * *

La casa del sacerdote, desde aquél día, era para los sin techo, y allá se formó una comunidad de amparo a los sufrientes de todo orden y ese lugar, en Rivotorto, fue transformado en campamento para los primeros discípulos

de Francisco de Asís. Allí se reunieron, dentro de la mayor sencillez, compañeros dedicados y decididos a acompañar a Francisco en su esquema de pobreza y renuncia, en el inicio de una transformación social, recordando con amor y cuidado los primeros tiempos del Cristianismo. Ya se pensaba en muchas reglas para la comunidad, y cada vez más crecía el interés de las personas por el Evangelio redivivo. Francisco no aceptaba donaciones de ningún orden para la comunidad; todos los que en ella ingresasen eran obligados a desprenderse de los bienes materiales en favor de los sufrientes y de las instituciones que amparasen a la colectividad. La mayor filosofía entre ellos era trabajar honestamente sin la herrumbre de la ignorancia, sólo por amor al trabajo.

En poco tiempo, se destacaron los siguientes y principales seguidores de Francisco, identificados como frailes, para destacarlos como compañeros de nuestro personaje *Francisco de Asís:*

Fray León,
Fray Felipe,
Fray Cándava,
Fray Arlindo,
Fray Bernardo,
Fray Pedro,
Fray Rufino,
Fray Silvestre,
Fray Ángel,
Fray Quirino,
Fray Tancredo,
Fray José,
Fray Luiz,
Fray Diogo,
Fray Egídio,

Fray Morico,
Juan de Capela y
Fray Sabatino.

Después, con el tiempo y las bendiciones de Dios, como él mismo decía, se multiplicaron sus seguidores por todo el mundo. Fueron más de doscientos mil discípulos de Francisco de Asís, que por donde pasaban dejaban las simientes del Evangelio, aquellas que tenían el perfume de los primeros días del cristianismo de Jesús.

Uno de los que se destacó con gran expresión en todo el mundo, y que hasta hoy es venerado por muchos pueblos, fue Antonio de Pádua, cuya estrella figura como de primera magnitud en los cielos de las órdenes franciscanas.

Juan de Capela no figura en la lista como Fray, por haber desistido, después de los primeros meses, de la difícil misión de la renuncia. Él fue despidiéndose de todo lo que se refería a los bienes terrenos. Antes, ya había trabajado dentro de sí, pues conocía muy bien el espiritualismo en general. Admiraba la vida de Sócrates y de Platón, era conocedor de la vida de Buda, el iluminado, y tantos otros espíritus escogidos que vinieron a contribuir para la ascensión de la humanidad. Todavía, cuando llegó el momento de la renuncia del punto primordial de la orden, que era la Castidad, no soportó la lucha, y los conflictos íntimos lo derrumbaron. Y él, Juan de Capela, buscó a su padre espiritual, con quien tuvo el siguiente diálogo:

- ¡Querido hermano Francisco!... Tengo por ti gran admiración y respeto; tu presencia me confunde y me hace pensar, en lo que se refiere a la religión, a Dios y a Cristo. Tu modo de vida inflama mi corazón de virtudes, dándome fuerzas para trabajar dentro de mí – de vez en cuando caigo en éxtasis, en mis oraciones… Mas quiero, hermano Francisco, decirte la verdad. No puedo olvidar el sexo. Este

monstruo dentro de mí apaga todas mis virtudes, si es que verdaderamente las poseo. Hace pocos días encontré a una compañera que toda la vida me fascinó, y no soporté la atracción que ella ejerce sobre mí. Quedo fuera de mí, incluso en la influencia del amor físico.

Y, ya que mi conciencia no admite que yo diga mentiras, puedo decirte que para mí el sexo es la mejor cosa que Dios hizo en el mundo, como proliferación de los seres humanos, distracción y placer. Para mí, es una fuerza poderosa que mueve todo el mundo, y, si mis sentidos no me engañan, existe sexo en todo el mundo, hasta en el éxtasis de los hombres de la religión. Pero lo que siento es este derecho con la mujer, y yo te pido perdón por tener que decirte la verdad, pues no mereces que yo te mienta.

Siento en tu persona la imagen del propio Jesús, en los llamados para la perfección espiritual. No soy digno de acompañarte, porque no resisto la castidad. Vivo aún bajo la influencia animal.

Francisco ya había notado, antes de que él hablase, su inquietud por las mujeres, hasta incluso por las hermanas que frecuentaban la comunidad, y oraba por él siempre que se acordaba de sus flaquezas. Miró serenamente a Juan de Capela y dijo con benevolencia:

- ¡Juan! No dejo de amarte por eso. Continúas siendo mi hijo espiritual. La vida movida por la inteligencia de Dios sabe qué hacer, y está viendo antes que tú, tus necesidades. El tiempo que utilizamos en perfeccionarnos es incontable por los hombres, pero nunca dejamos de ser hijos de Dios porque no alcanzamos tal o cual virtud. Nosotros te agradecemos tu franqueza, que nos ayuda mucho en el resguardo para con nuestras hermanas, y te pido que te esfuerces todos los días, para que el equilibrio se haga en tu

corazón que mucho nos cautivó, y que merece todo nuestro cariño y amor.

Prosigue en los trabajos que comenzaste hace mucho tiempo, en la reforma de tu iglesia interna, en el altar de tu corazón; Dios jamás deja sólo al aprendiz de buena voluntad, en los caminos de las experiencias. Si tu cuerpo pide y tu mente no encuentra recursos para satisfacerlo de otra manera, se precavido, y estudia bien cuales son los caminos legales que debes tomar, evitando los desastres que siempre ocurren en ese ambiente, donde están envueltos varios sentimientos e intercambios de energías que desconocemos. Que Dios te bendiga donde elijas para vivir.

Ve, hijo mío, porque tu trabajo puede estar en otro lugar; sin embargo, no debes olvidar que, si todo fue hecho por Dios, tiene nuestra parte, que debemos saber, dentro de las directrices comandadas por el buen sentido. Que Jesucristo te guíe siempre.

Juan de Capela se despidió y prometió volver cuando estuviese en condiciones morales y espirituales para seguirlo, dirigido por todas las renuncias de la Orden.

* * *

Francisco fue a Roma. Sintió necesidad de visitar al papa, para que este diese órdenes, para que él pudiera moverse en el seno de la Iglesia Católica Apostólica Romana, aunque no fuese sacerdote, pues pertenecía a la religión por el corazón. Comprendía su misión dentro de la comunidad religiosa, que tuvo en Pedro, el Apóstol, al primer papa, y para eso, era necesario que el clero hiciera algunos cambios, por el ejemplo de alguien, en la vivencia de cada día.

Era consciente y comprendía profundamente lo que era catolicismo y cristianismo, mas también era de su

conocimiento que debería trabajar con humildad ante la prepotencia, desarrollando un campo de renuncia con la finalidad de despertar en el corazón del alto clero, el amor por el prójimo y el respeto por los derechos humanos de cualquier naturaleza. Una religión no tiene el derecho de asfixiar a otra; ni de desmoralizar a quien piense de manera contraria al de su formación espiritual. Luego entendió que los conceptos de Jesús de Nazaret eran verdaderamente la *religión del Amor.* Y eso requería por su parte y de la comunidad que fundó, mucha tolerancia. Él era un sembrador que vino a sembrar. ¿No dijo Cristo a Sus discípulos que no arrancasen la cizaña, mientras no madurase el trigo? Eso era lo que él debía hacer: dejar a los dos que crecieran juntos, que Dios, en el momento justo, arrancaría la cizaña.

Decidió ir a Roma, y partió con algunos de sus seguidores. En aquella época, era papa Inocencio III, italiano que gobernó dieciocho años, seis meses y nueve días, los destinos de la Iglesia Católica Apostólica Romana, desde el año 1198 al 1216. Francisco llegó a la Ciudad Eterna, haciendo anunciar su necesidad de hablar con el papa. Con mucho trabajo, consiguió que su pretensión llegase hasta el mandatario de la Iglesia, pues los intermediarios creaban barreras difíciles de traspasar, entre el Vaticano y los visitantes. Solamente era fácil el acceso cuando estos fuesen enviados por nobles, reyes o altos mandatarios de otros países. Y Francisco, con un puñado de acompañantes harapientos, no tenía categoría para conversar con la alta corte del clero.

Es conveniente que recordemos, en estos momentos, el Salmo sesenta y nueve, versículo once, como profecía cumplida después de pasados dos mil años:

“Me puse una tela de saco por vestidos, y me volví motivo de escarnio para ellos”.

Las vestiduras de Francisco de Asís, así como de sus compañeros, eran de sacos, de aquellos que ya habían servido para otras actividades, prendidos a la cintura por cordones trenzados por sus propias manos. Y así, dentro de esa sencillez, llegaron al Vaticano, para hablar con el papa Inocencio III.

Buscaron una hospedería en el camino, lejos del hormiguero humano, donde había gente de todas las naciones, en variadas funciones, por ser la religión el centro de todo el mundo. Francisco de Asís encontró en el dueño de la posada un compañero, por tener este ideas afines a las suyas; era un portugués residente en Roma, ya con muchas propiedades, de nombre Antonio José Joaquín María, conocido por José María y buscado por visitantes de todo el mundo, que iban a Roma.

Francisco, con su gran sencillez, expuso al Sr. José María su idea, que era hablar con el papa Inocencio III sobre su misión y el modo de cómo entendía el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. El posadero, al oír a Francisco, quedó admirado con tan alta filosofía. Estaba acostumbrado a gente de todas las categorías literarias y sabios de muchos países, que por allí pasaban, pero nunca escuchó lo que salió de la boca de aquél hombrecito simple en el hablar, pero sabio en el entendimiento.

Embelesado por la conversación de Francisco y de sus compañeros, quiso formar parte voluntariamente de aquella comunidad, y entregarse a ella en cuerpo y alma, por sentir que verdaderamente aquél hombre era de Dios, que no solamente hablaba de las ideas de Jesús, sino que vivía Sus preceptos en la edificación de la propia vida. El portugués y

su familia vinieron de Portugal por causa de persecución política, mas era muy rico y trajo mucho dinero en forma de oro, moneda que valía en cualquier lugar del mundo. En lo que encontró inconvenientes en las reglas de Francisco, pero sin exponer su punto de vista, fue en la renuncia a los bienes terrenos y la castidad. Para él, las mujeres eran un premio de Dios a los hombres y para la Tierra, y el sexo era el confort que todos podían tener. En lo demás, estaba de pleno acuerdo. Creía que el clero debería pasar por urgente reforma y que estaba incluso decayendo. – El Vaticano, hablaba bajito al oído de Francisco, está empobreciendo al mundo; es dueño de muchas propiedades y domina las conciencias. Está quedando prepotente, orgulloso, y hasta haciendo guerras, matando en nombre de Dios, persiguiendo en nombre de Cristo.

De vez en cuando, se ponía la mano en la boca, con miedo, pues era extranjero y debía comportarse bien con el país que lo acogió, y respetar las leyes, fuesen ellas cuales fuesen.

El hombre de Asís luego notó por su penetración psicológica, la debilidad del dueño de la hospedería, y a nada lo forzó. Su camino era otro, debiendo dominar los impulsos inferiores para combatir el anti-Cristo, no por el verbo en inmensas plateas, sino a lo largo de la vida, en el día a día con cada uno. El portugués podría ser su amigo en Roma, nada lo impedía. Sería una fuerza más en favor del Evangelio redivivo; entretanto, caminar con él, ser su compañero, era solamente para los que renunciasen a todo, si fuese necesario, hasta de la propia vida, para que Cristo viviese con mayor expresión y fuese recordado con mayor interés.

El dueño de la hospedería traía gente nueva todos los días para conversar con Francisco, y todos salían admirados con su presencia y su palabra. Intercambiaban ideas hasta

altas horas de la madrugada, siempre en torno de la vida de Jesús, de Su misión, de Francisco en el mundo, y de sus más profundos objetivos.

Cierta noche, ya se hacía un profundo silencio en la Ciudad Eterna y las estrellas brillaban con más intensidad, como ojos de Dios; estaban solamente los dos hombres, Francisco y José María. Este último cogió las manos del hijo de Bernardone, las besó con ternura y habló conmovido:

- Amigo mío, la noche pasada tuve un sueño, que no creo que fuese un sueño, sino realidad. Observé un cortejo de Ángeles descendiendo en esta hospedería, adentrándose por la casa buscándote. Algunos de ellos besaron tus manos, diciendo palabras de confortamiento y de esperanza, y cubriéndote con los más bellos ropajes que se puede pensar. Me pareció que el cielo descendió a la Tierra en tu búsqueda y hasta te dio alimentos en forma de luz.

Cantaron himnos de alabanza a Dios, me hablaron sobre cosas que no entendí, pero sé que están dentro de mí. Cuando llegaste aquí, yo era contrario a que fueras al Vaticano, para hablar con el papa, por el modo como te vistes. Ellos no te recibirían, pues muchos barones, condes y hasta incluso reyes, a veces pierden el viaje en la intención de entrevistarse con Su Santidad. Él no habla con todos los que lo buscan, y tus vestimentas denuncian mucha pobreza; pero ahora que sé quién eres, creo que el papa debería oírte y debes insistir en hablar con Su Santidad, pues se podrían cambiar muchas cosas. Que Dios te bendiga. Mi casa, Francisco, es tuya, así como de tus compañeros; puedes quedarte el tiempo que necesites para ese servicio de Dios.

Francisco quiso darle algunos valores, en pago por los días que estaban ocupando su hospedería y, a veces, comiendo, pero él, definitivamente no lo aceptó, poniéndose a su disposición para todo lo que de él necesitase. Francisco,

algo constreñido, pensó en lo que podría hacer en favor del dueño de la hospedería, y él con los compañeros pasaron a la cocina en los momentos que quedaban de descanso, comenzando a trabajar, incluso bajo la protesta de la familia del portugués. Fue una alegría para todos los de la hospedería. Doña Zita, mujer del portugués, se aproximó a Francisco con respeto y le habló con dulzura:

- No es necesario que trabajéis aquí, tampoco en la cocina, para comer y dormir. Todos vosotros tenéis derecho a utilizar esta hospedería cuanto queráis, por ser hijos de la caridad y preocuparos solamente del bienestar de las criaturas. Mi marido os conoce y sabe que sois de la más alta confianza, por los ideales que cargáis en vuestros corazones.

Francisco miró a Doña Zita con ternura, y le habló al corazón:

- Señora, tus sentimientos están iluminados por el amor de Dios; no obstante, quiero que todos los de esta casa sepan que el trabajo para nosotros es fuerza que alivia la conciencia y desata la alegría presa en el corazón. El primer deber del hombre debe ser el trabajo que, con amor, es oración de las más festejadas por los Ángeles de los cielos. Quien no trabaja con alegría no siente la manifestación de la vida y no tiene oportunidad de conocer al Creador, que no cesa un instante, y Jesucristo, que opera siempre en nosotros y fuera de nosotros.

Nosotros te pedimos, por caridad, que nos dejes trabajar en la cocina y en la limpieza de esta casa, cuyas puertas fueron abiertas para nosotros, y la fraternidad nos acogió como hijos del corazón.

Y cogiendo las gruesas manos de Doña Zita, las besó con gratitud, diciendo:

- Dios te bendiga, y que la vida te conduzca hacia el corazón de Cristo.

La emoción, con la participación de los sentimientos del Amor, hizo a la señora llorar y salir limpiándose los grandes ojos con el delantal de trabajo. Francisco era un hermano, cuya fuerza penetraba en todos los corazones que, como él, aman a Dios y a Cristo. Todos los que, sin excepción, oyesen al hijo de Doña María Picallini, quedaban encantados con su presencia, que personificaba el Amor.

Los compañeros de Asís trabajaban con todo el cariño en la higiene de la casa y de la cocina propiamente dicha, en la preparación de alimentos para centenas de personas, casi todas viajantes, que venían a visitar o a comerciar en Roma, llevando su fama para el mundo entero.

Cierta noche, José María, meditativo, buscó a Francisco que aún no se había dormido; halagaba a sus compañeros, queriendo saber si todo estaba bien en sus cuerpos y almas. Cuando conversaba de cama en cama como era su costumbre, entró José María, que quería hablar de cierto asunto con Francisco, diciéndole:

- Estimado señor, nuestro respeto… Si fuera de la gracia de Dios, quisiera decirte algo, que hace latir mi corazón descompasadamente de vez en cuando.

Conmovido, le costaba trabajo hablar, y en este intervalo, Francisco respondió con interés:

- ¡Habla, hermano mío, habla!... Para nosotros es un placer oírte; queremos saber todo lo que tu corazón nos quiera contar y, si estuviera a nuestro alcance, podremos ayudarte o pedir a Jesús, lo que sea más indicado para todos los casos.

José María se sentó en un tosco banco con Francisco, y le contó su sufrimiento:

- Francisco, tengo una hija a quien amo mucho. Al principio, ella fue casi despreciada por mi esposa, no sé bien por qué motivo. Sólo sé que ella es mi propia vida y que,

desde hace tres años para acá, comenzó a tener unas escamas en todo el cuerpo. Esas escamas se le caen con el tiempo, quedando en su lugar heridas, cuyas secreciones son intolerables y nadie soporta el mal olor. Los otros hermanos la desprecian igualmente, y ella vive hoy allá en el fondo de la casa, en una habitación que hicimos para ella. Tampoco se levanta de la cama, teniendo una criada solamente para cuidarla día y noche. Yo duermo allí con ella y eso lo hago por amor; no me olvido de esta criatura un sólo minuto. Es una joven linda, con sus veintidos años de edad, que tenía muchas esperanzas en la vida… Y yo te pido, por el amor que tienes a tus padres o a alguien a quien mucho amas, que la visites. Una cosa dentro de mí me hace pedirte para bendecirla, y si es posible, llevarle tu palabra consoladora. ¿Quién sabe si podrás devolverle la alegría y la esperanza a su corazón sufriente?...

Y no pudo seguir hablando por la emoción, por el dolor que sentía al verla, incluso en pensamiento, en aquél estado. Francisco, condolido por ver al hospedero en aquella depresión, sufriendo por la hija enferma, comenzó en el silencio del alma, a pedir a Dios por la salud de la joven. El portugués prosiguió con cierto cansancio:

- Ya buscamos todos los medios de tratamiento y todos los recursos fallaron; no sé que más hacer. Tengo dinero y puedo gastarlo para curarla, pero ¿con quién y dónde?... Todas las puertas, Francisco, están cerradas; es una enfermedad incurable para los hombres. ¡Sólo Dios!... ¡Sólo Dios!... Y el pañuelo se humedeció nuevamente por el llanto.

Francisco esperó que José María llorase tanto lo que su corazón pedía, y habló con la dulzura que le era peculiar:

- Hermano mío, es bueno confiar más en Dios, sin olvidarse de Jesús, que curaba todo tipo de leprosos con un toque de Sus divinas manos. Y Él puede estar presente donde

se reúnan en Su nombre. Dios no es un Dios de medidas. Su amor es inmensurable y atiende a todos Sus hijos. Jesús nos dejó esta esperanza cuando nos dijo: “Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá”. La fe es la llave que abre todas las puertas para el milagro de la vida, y la paz de las criaturas. Vamos a confiar, esperando y trabajando con los recursos que el Señor nos dio y que el Evangelio llama talentos en nuestros corazones.

Si es de tu agrado, quiero verla ahora, pues para nosotros y para el servicio de Dios, no existen horarios; todo desaparece, como todos los obstáculos, para solamente valorar Su soberana voluntad…

José María, confiante en la fuerza de aquél hombre sencillo, pero grande en Jesucristo, cogió sus manos y salió llevándolo por el gran quintal, a la luz de las estrellas repitiendo:

- ¡Gracias a Dios!... ¡Gracias a Dios!...

Tocó levemente a la puerta y la criada, que estaba de guardia, abrió al momento. Francisco vio aquél rostro lleno de llagas a la luz oscilante de la candela. Pasó los ojos por el cuerpo de la joven y quedó conmovido hasta las fibras más íntimas del alma, pues su sufrimiento era tal que no se podía narrar. Sus vivos ojos nadaban en lágrimas, en mímica divina, pidiendo socorro. El corazón, emocionado, ya esperaba a aquél hombre santo, del cual su padre le habló.

La criada quiso salir del cuarto, por miedo de perturbar la esperada visita de Francisco, pero este no lo consintió. Tomó las calientes manos de Afrania, y habló con bondad a sus sentimientos:

- Mira, hija mía, nosotros necesitamos de tu apoyo espiritual, de tu presencia que mucho nos agrada.

Y besó sus manos demoradamente. La anciana, que nunca recibió en su vida aquella atención, se sentó en la cama

donde dormía su patrón y no respondió nada, llorando como una niña, como alguien que nada sabía responder, pero que sentía el amor de aquél hombre penetrar en su corazón.

La joven no dijo nada. El padre cerró la puerta, y, sintiendo el ambiente de paz espiritual, se arrodilló al lado de la cama de la hija, haciendo Francisco lo mismo. En aquél instante de emoción y oraciones, de fe y de confianza en Dios, Francisco, por primera vez, sintió algo diferente al oír aquella voz que él tanto conocía:

- ¡Francisco!... ¡Francisco!... Y él respondió mentalmente:

- Aquí estoy, Señor; ¿qué quieres que yo haga?...

- Comienza hoy, ahora, tu misión de levantar mi Iglesia, haciendo recordar lo que yo hice. Debes hablar de las bellezas de los Cielos, del tesoro espiritual que es el Evangelio, como de la Buena Nueva para los hombres e insistir en el Bien hasta el fin de tu vida, sin desanimarte; esas son las simientes de la vida, en la vida de Dios. Lo que vas a hacer ahora es el fruto de lo que vives, pues las curas son, ante los hombres, los mejores testimonios de que estás conmigo. Ellos piden prodigios a fin de despertar para el milagro de las transformaciones. El curso de tu vida va a cambiar, y aquellos que se sientan en tronos de oro te van a oír, porque yo, en verdad, te digo que voy a utilizar tus manos y tu lengua para recordar mi Evangelio, que por ahora está escondido.

El ambiente se llenó de luces, cambios de claridades se hacían ver en todo el cuarto de la hija de José María. Dos manos invisibles tocaron a Francisco, y él sintió el calor divino en su cuerpo humano. Afrania perdió un poco los sentidos, y de su boca, nariz y oídos emanaba un gas blanquecino, pero de naturaleza viva. Francisco, impulsado por la inteligencia que le hablaba, se levantó y tocó el cuerpo de la hija del mesonero y esta fue cubierta por fluidos

imponderables y activos, que recorrieron todo su ser, restableciendo como por encanto, todos los tejidos de su epidermis. Hilos de luz verde claro entraron en la corriente sanguínea, expulsando y destruyendo determinados agentes de la desarmonía orgánica; otros penetraron en su cerebro, localizándose en el centro de la vida, vibrando con intensidad en todos sus centros energéticos y desde allí se deslizaron por todas las glándulas secretoras, reaccionando sobre el bazo y el hígado, y descendiendo como un fenómeno incomprensible por los hombres, en forma de secreción, hacía los intestinos. Las vías de los meridianos fueron desobstruidas por los fluidos bienhechores, expulsando lo inservible por los pies de la criatura sufriente.

Francisco parecía cambiar de color, como si asumiese la función de hilos eléctricos, recibiendo alta carga de electricidad divina, despejándolas en forma de salud y de bienestar en favor de aquella joven, hija de Dios, bajo la protección física de José María. La joven gemía y sudaba, en fuerte delirio. El cuerpo de Francisco, a los ojos espirituales, estaba iluminado, y su corazón parecía un péndulo de luz latiendo dentro del pecho y su mente, un espejo que reflejaba el pensamiento de Aquél que fue, era y sería siempre su Maestro.

En el éxtasis de la operación espiritual, Francisco, reconociendo que Jesús operó por su intermedio, agradeció con gratitud, sintiéndose plenamente consciente de lo que estaba haciendo a favor de aquella criatura sufriente, aliviando un corazón de padre que tanto padecía:

- ¡Señor!... Te agradezco por todo lo que hiciste en beneficio de esta familia, que considero mía también. No merezco esta Tu convivencia en mis andanzas, y Te pido en favor de los sufrientes, la luz del entendimiento: que ellos sean curados de los males de la carne, sin embargo, que no se

olviden del tratamiento espiritual, ejercitando todos los días la conducta recta, estimulando la renuncia de las cosas superfluas, y desactivando los instintos inferiores; corrigiendo los desatinos referentes a los impulsos de la carne y mejorando las ideas de perdón y de caridad.

Nosotros Te pedimos, Señor, que no nos dejes caer en nuevas tentaciones, en lo que se refiere a la usura, a la mentira y al odio, y que crezca en nosotros el ambiente de paz, aquella que no olvida el trabajo honesto.

Nosotros Te pedimos, Señor mío, en nombre de Jesús, el Cristo de la Vida, que calmes nuestros gestos impensados que puedan herir a los otros y que nuestra vida pueda tener la secuencia que corresponda a las vidas de los santos, mostrando la presencia de los grandes sabios junto a nosotros.

Confiamos que nuestra hermana esté curada de sus males físicos, mas nuestra preocupación es con su alma; que ella pueda ser curada igualmente, por el despertar para la Verdad; que sea ella, de ahora en adelante, una luz nacida del Amor que nunca pide y todo lo soporta; que nunca exige y todo lo da; que nunca odia, mas bendice siempre.

En cuanto a mí, este Tu hijo y deudor común de la humanidad, ayúdame a mejorar y a cumplir Tu voluntad y no la mía, porque sabes mejor que yo lo que más necesito, como siervo fiel de Tu mandato.

Me acuerdo, en este momento, de María Santísima, nuestra madre y la de todas las criaturas; que ella interceda por nosotros en el reino en que habita, y que guíe esta casa en la pauta de los deberes que se propone seguir, alimentando la fe y cuidando del prójimo como si fuese una continuación de los propios familiares.

¡Que Dios, en su Gloria y Majestad, nos bendiga a todos nosotros!...

La joven ya estaba durmiendo profundamente, cosa que no ocurría hacía días. El ambiente estaba tranquilo. El portugués lloraba bajito y los sentimientos de la anciana no eran otros. Francisco pidió que todos saliesen del cuarto y dejasen sola a la joven, pues ella estaba en condiciones de un rápido restablecimiento. Un leve perfume inundó la atmósfera del cuarto, acompañando a los asistentes, recibiéndolo por toda la casa. La alegría era indescriptible. Y la esperanza de los tres personajes era verla al día siguiente. Francisco no estaba equivocado, sabía de la cura instantánea de la joven, porque había oído que nunca dijo mentiras.

Al día siguiente, la joven se despertó temprano, llamando a la criada con alegría:

- ¡Afrania!... ¡Afrania!... ¡Ven acá, llama igualmente a mi padre, llama a mi padre! Afrania, yo estoy curada. ¡Qué bueno, Dios mío, yo estoy curada! Me siento perfectamente bien. ¡Gracias a Dios! ¡Yo tuve un sueño, Afrania!...

La criada, cuando llegó, oyó la narración de la señorita Adalia y quedó espantada, diciendo en su interior:

- ¡Aquél hombre es un santo! ¡El señor Francisco es un santo!

Y fue corriendo a llamar a su patrón. Este llegó corriendo, abrazó a la hija, llorando y diciendo:

- ¡Gracias Dios mío! ¡Él nos escuchó! ¡Él escuchó nuestras oraciones! Y dijo en voz alta:

- ¡Ese hombre es un santo! Manda a buscar a Francisco para que él presencie lo que fue hecho por sus manos.

Besó las manos de la hija que, aún débil, pero perfectamente limpia de las llagas que antes estaban en evidencia por todo su cuerpo, pidió comida.

Toda la familia se movilizó, festejando el acontecimiento de la cura instantánea de Adalia. Buscaron a Francisco y a sus

compañeros, sin embargo, no los encontraron: salieron todos de madrugada, dejando un simple escrito de Fray León:

"Estimados amigos José María y familia. Agradecemos todo lo que hicieron por nosotros. Nuestra gratitud es tan grande que, solamente Dios les puede pagar. Rogamos Sus bendiciones para toda la familia y para la hermana que estaba enferma, pidiéndole de corazón a Jesús, que la acompañe siempre en sus luchas. Deseamos a todos mucha paz y bastante trabajo en favor de los pobres, de los hambrientos y de los desnudos.

Nos vimos obligados a partir sin las debidas despedidas, que el corazón no aceptó. Pedimos disculpas para esta falta nuestra; siempre seremos sus deudores, pero el deber nos llama para servicios urgentes en el campo de nuestra religión.

Oren por nosotros, que sus sentimientos de fraternidad nos podrán ayudar mucho, ya que bien saben de nuestros ideales. Algún día podremos encontrarnos, si Dios lo quiere.

Un abrazo fraternal. Adiós.

Del siervo que mucho los estima, Francisco".

El dueño de la hospedería quedó inquieto, por no haber encontrado a Francisco y a sus compañeros. También doña Zita, su hija y Afrania. Pero, ¿qué podían hacer? Él tenía que atender primeramente a Dios y a Jesús.

Francisco buscó otra área de descanso, para evitar constantes agradecimientos y envió, por las vías competentes, anuncios al Papa Inocencio III, de que tenía urgencia en hablarle, acerca de cosas de grandes intereses para la comunidad católica, y esperó muchas horas en el Vaticano. Mas, cuando fue recibido por alguien que servía de ojos del prelado, ese dejó llegar a los oídos de Su Santidad que se trataba de una banda de mendigos, que tenía buena

conversación, pero que podría ser conversación decorada, para hacerle perder su precioso tiempo.

El papa meditó algunos instantes, y dijo con parsimonia:

- Dígales que vuelvan otro día. Volvió a pensar, y terminó su corta frase: - Si fuera algo interesante y para el bien de la Iglesia, volverán cuantas veces sean necesarias. Si estuvieran realmente jugando con las cosas divinas, desistirán.

El asistente papal volvió velozmente, a fin de quedar libre de aquellos hombres mal vestidos dentro del Vaticano, y transmitió el recado de Su Santidad.

Francisco y sus compañeros de ideal agradecieron con gentileza y buscaron las movidas calles de Roma. Contemplaron los jardines, admiraron las flores en abundancia, jugaron con algunos niños que pasaban, y se aproximaron a las palomas que cubrían el suelo donde pisaban. Sentían la naturaleza que palpitaba vida en todo, notando que no existen barreras en las cosas de Dios y que el Amor facilita todo, para quien siente y ama en todas las direcciones.

Francisco dijo con alegría:

- Fray León, ¿dónde estas?... El fraile respondió:

- ¡Estoy aquí, señor!...

- ¡Entonces escribe lo que te voy a decir! Y habló:

Benditas sean las dificultades que nos agreden y nos hacen pensar.

Benditas sean las horas que gastamos en función del bien eterno.

Bendito sea quien nos maltrata a primera vista y nos ayuda a mejorar.

Bendito sea quien no nos conoce y no cree en nosotros.

Bendito sea quien nos compara con vagabundos e indolentes.

Bendito sea quien nos expulsa, como parias o fanáticos.
Bendita sea la mano que nos niega el cumplimiento.
Bendito sea quien quiera olvidarnos, impaciente.
Bendito sea quien nos niega el pan de cada día.
Bendito sea quien nos ataca, por ignorancia y cobardía.
Bendito sea quien nos experimenta en el correr del tiempo.
Bendito sea quien nos hace llorar en los caminos.
Bendito sea quien no nos agrada en el momento.
Bendito sea quien exige de nosotros la perfección.

Benditos sean los que nos maltratan el corazón, porque verdaderamente, son estos, hijos míos, nuestros vigilantes y los que nos ayudan a seguir a Cristo con mayor seguridad, pues Dios, a través de ellos, nos ayuda en la auto-educación, de manera que queden abiertas todas las puertas para el Amor universal.

Francisco y sus compañeros continuaron caminando en dirección a la posada para descansar. Cuando llegaron allá, conocieron al dueño, que era italiano y que, a primera vista, los echó fuera, escupiendo al lado, por la sencillez de los viajantes. Al mismo tiempo mandó presentarles disculpas, por no poder hospedarlos más, porque ya estaba comprometido anteriormente con otras personas y que no tendrían que pagar nada por la noche que habían dormido en la posada. Francisco insistió en pagar, con algunos recursos que aún les quedaban, pero el posadero no quiso recibir. Así, agradecieron y partieron sin rebeldía.

Francisco, inmensamente inspirado, dijo a Fray León:

- Fray León, abre el libro de Dios, sin tu participación en la elección de lo que vas a leer.

Fray León sacó del bolsillo el libro y atendió a Francisco, interrogando:

- ¿La página entera?

El hijo de Doña Pica respondió con bondad:

- No, solamente donde tu dedo pulgar se encuentra indicando lo escrito.

Y él pasó a leer pausadamente, la palabra de Pablo a los Tesalonicenses, capítulo cinco, versículo dieciocho, que registra el siguiente concepto:

"En todo, dad gracias, porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros".

Francisco, sonriente, dijo a Fray León con entusiasmo:

- ¡Fray León, vuelve a leer, para nuestra felicidad y amparo al corazón!

Y Fray León volvió a leer:

"En todo, dad gracias, porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros".

Todos sonrieron, y la alegría se alimentó de más fe, por haber sido expulsados de la posada en aquél momento y sentir la presencia de Dios, por intermedio de Cristo, en la persona de Francisco, siervo humilde y fiel a los designios de la Providencia Divina.

Aquella noche la pasaron en las faldas de la gran metrópolis, bajo un árbol amigo, que nada exigió de los caminantes de Dios. Cuando todos estaban ya acomodados en el seno de la naturaleza, Francisco atendió su costumbre habitual de la oración, y se entregó a ella. Después de unos instantes, se vio una luz fosforescente en su atmósfera individual, enriqueciéndose la inteligencia y el corazón, y a su cuerpo lo rodeaba una luz, cuya policromía mostraba en la belleza del diseño, la sintonía con el Amor.

Antes de recostar la cabeza en el saliente de una gruesa raíz, pasó revista a sus compañeros inseparables cubriéndolos y acomodándolos para un buen sueño, en la recuperación de las energías perdidas con el paso del día. En la posesión de la verdad de quien ama, salió cantando de

cama en cama, a la luz de la luna, la canción del trabajo que lo conducía paso a paso en la sembradura, recordando a Cristo en la cruz. Y se durmió, mirando las estrellas.

Francisco era obstinado en aquello que su conciencia y el destino trazaron. Volvió varias veces para hablar con el papa, sin conseguirlo nunca. Siempre daban las mismas disculpas: que el Santo Padre estaba ocupado, que su agenda estaba completa, que Su Santidad estaba cansado de tanto atender… Hasta que, tras varias tentativas, Francisco fue despachado de una vez: el papa no podía recibirlo.

Hubo un principio de rebeldía entre los compañeros de Francisco, que acudió a todos, sin señales de desgaste. Sus ideas estaban en completo desentendimiento con los conceptos de la Iglesia Católica Apostólica Romana; no obstante, se sentía en la plenitud de los preceptos del Cristo de Dios. No pudiendo hablar con el Papa Inocencio III, Francisco le envió algunos temas de las reglas, en las cuales basaría la vida de todos los franciscanos, y se inspiraba en los pasajes del Evangelio, para mayor seguridad de lo que estaba hablando al *Hombre de Dios* y sus cardenales:

"Rogamos a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo que nos bendiga por las manos de Vuestra Santidad. Seríamos muy felices si Dios nos permitiese el diálogo con Vuestra Santidad. Nuestra pobre conciencia lo pide y nuestro corazón ansía tal momento, si nuestra condición espiritual no lo permite, inclinándonos ante vuestra voluntad, con la humildad que nuestra débil condición puede expresar. No sería justo insistir más de lo que ya lo hicimos, y no pretendemos desgastar vuestra iluminada mente con cosas que, por ventura, halláis innecesarias. Nos compete ir, sin embargo, confiantes en Dios y pidiendo a Jesús que nos guíe por caminos convenientes, favoreciéndonos con las simientes del Bien, donde ellas puedan fructificar.

Sabemos que el tiempo de Vuestra Santidad es precioso, en la vigilancia de la Iglesia que Nuestro Señor Jesucristo dirige por vuestras manos. No podemos insistir más; entretanto, queremos que vuestra iluminada percepción observe que pretendemos basar los principios de nuestra comunidad donde el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo pueda mostrarse, como un tesoro de los Cielos entregado a las criaturas de la Tierra, como herencia divina para la paz de todos los pueblos.

Respetamos mucho vuestra Iglesia por lo que ella es y por lo que ha hecho en favor de la colectividad; todavía, existen en el seno de nuestra amada religión desvíos que el corazón en Cristo no puede soportar. El oro acumulado genera guerras y las guerras piden más oro. De las guerras y del oro se genera un hijo destructor de los pueblos, que se llama *egoísmo;* de este nacen la prepotencia y la persecución. Y ¿dónde queda Cristo, en ese ambiente de rebeldía? Y ¿quién tiene coraje de predicar el Evangelio en esa atmósfera de contradicciones?

Con toda humildad, pediría a Vuestra Santidad y a los eminentes cardenales que os asisten, que atendieseis para lo que quiero expresar en esta carta, y que me perdonéis, si yo estuviera equivocado o hablando lo que no debo.

No soy yo, que nada tengo para enseñar, principalmente a Vuestra Santidad, quien escribe las enseñanzas que siguen. Son extraídas del Evangelio y sirven de base para nuestras reglas, que pretendemos seguir letra por letra:

"No comimos gratis el pan de nadie, sino que, con sudor y fatiga, trabajamos de noche y de día para no ser gravosos a ninguno de vosotros". (II Tesalonicenses, 3:8)

Y continúa el Apóstol:

“Y no porque no tuviéramos derecho, sino porque queríamos daros un ejemplo que imitar”. (II Tesalonicenses, 3:9)

“En efecto, cuando todavía estábamos entre vosotros, os dimos esta norma: el que no trabaje, que no coma”. (II Tesalonicenses, 3:10)

Y Mateo nos ayuda en el punto primordial de la cuestión, afirmando así en el capítulo diez, versículos nueve y diez:

“No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque el obrero merece su salario”.

Y aún asevera más el Maestro, registrado por Marcos, capítulo nueve, versículo treinta y cinco:

“Jesús se sentó, llamó a los doce y les dijo: El que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos”.

Estas bases están fundamentadas en el sacrificio de nosotros mismos en favor del Evangelio, en la renuncia, en la humildad sin ostentación, en el perdón incondicional, en el desprendimiento sin vanidad, y en el amor que nunca deberá exigir.

Pedimos perdón si, por nuestra negligencia, ofendemos a Vuestra Santidad y que disculpéis nuestra pretensión de ser atendidos. Que Dios y Cristo nos bendigan a todos y que María Santísima cubra la Iglesia con su manto de luz. Amén.”

El Papa Inocencio III estaba reunido con los cardenales que formaban la corte Apostólica Romana. En sus dedos brillaban carísimos anillos que, junto con sus riquísimas vestiduras, formaban un verdadero contraste con las de los frailes humildes que buscaban al alto clero católico, para un diálogo libre y sin premeditadas interpretaciones. Francisco fue a conversar con el máximo dirigente de la Iglesia, entregándose completamente a la intuición divina. La carta llegó a la Tablee Sagrada y fue llevada a la mesa de conferencias, y leída en la reunión por orden del propio papa.

El cardenal que la leyó era Juan de San Pablo, hombre de reconocidas virtudes, cristiano que jamás había sentido al Cristo interno hablarle al corazón. Cuando terminó la lectura, sus sentidos dieron señales de que concordaba con aquél hombre que escribió, y la voluntad de conocerlo le subió a la mente y pensó:

"Ese hombre es valiente y debe estar envuelto por sentimientos muy superiores, por el modo como habla en este pergamino".

Los otros cardenales se enfurecieron con la petulancia de Francisco. El propio papa quedó callado, solamente escuchando las conjeturas de sus asistentes. Uno de ellos, por señalar el más ignorante, dio a entender que el dueño de aquella misiva debería ir a parar a los tribunales por su audacia y atrevimiento, pudiendo igualmente ser encuadrado como hereje, y dijo:

- ¿Para qué fue creado el Santo Oficio?

El cardenal Juan defendió las ideas de Francisco, incluso sin conocerlo, con toda seguridad, basándose en el Evangelio del Divino Maestro, sin temer el ambiente en que se encontraba:

- Pido permiso a Vuestra Santidad, para decir lo que siento hace mucho tiempo, ya que no debemos tener secretos

unos con los otros, en esta casa de Dios. Yo también pienso como ese hombre al que no conozco. Siento que la Iglesia Católica Apostólica Romana está tomando rumbos que no son los indicados por Nuestro Señor Jesucristo. Todo lo que Él enseñó y ejemplificó en Su divina misión, nosotros estamos haciendo lo contrario. Si predicamos, lo hacemos solamente para los otros, pues nosotros mismos actuamos diferente de lo que hablamos. Pienso que esto es hipocresía por nuestra parte. Quiero que me respondáis, por favor.

Si fuese Jesús el que estuviese al frente de los destinos de la Iglesia en este momento, ¿Él apoyaría las Cruzadas? ¿Él abriría tribunales para sacrificar a los herejes? ¿Él perseguiría a las personas que adoptaran otra fe, que no fuese la de Suya? ¿Él mataría para defender algún Santo Sepulcro, como por ejemplo, el de Moisés? ¿Él atesoraría bienes materiales como ocurrió con nosotros? ¿Él haría construcciones suntuosas, como las que levantamos en todo el mundo? ¿Él dominaría conciencias como estamos haciendo, presionándolas para que nos sigan? ¿Él haría otras tantas cosas que no necesito mencionar, porque de las citadas podéis deducir las otras, con más capacidad que yo, puesto sois hombres inteligentes, capaces de comprender lo que es acertado y lo que es errado?

Ruego a Vuestra Santidad que me perdonéis, si dije alguna cosa contraria a las reglas de la Iglesia, pero siento deseos de decir la verdad, para que esta no me estropee las horas de reposo, a través de mi conciencia.

Creo que ese hombre debe ser escuchado, y si Vuestra Santidad lo permitiese, yo desearía estar a vuestro lado, el día que se dé ese encuentro.

Casi todos se pusieron en contra de la opinión del Cardenal Juan y contra la idea de la entrevista de Inocencio III con Francisco de Asís. La decisión final fue la del propio

papa, que también la creyó inconveniente, por tener otros trabajos de mayor importancia de la Iglesia. Uno de los más radicales redactó una respuesta a Francisco, informando de la decisión de Su Santidad, ya que el Cardenal Juan de San Pablo rechazó hacerlo.

Francisco de Asís, que mandó a buscar la respuesta, la leyó pausadamente sin cambiar el semblante, sin demostrar constreñimiento. Reunió a sus discípulos y les pasó la carta del papa para que entre todos decidir qué hacer: ir no obstante y trabajar del modo que la inspiración de los Cielos creyese conveniente. Y partieron a la mañana siguiente.

EL PAPA Y FRANCISCO

Francisco de Asís era un afluente espiritual que desembocaría en el agotado río doctrinario de la Iglesia Católica Apostólica Romana, dando a este mayores dimensiones. Era prudente por excelencia, y, por naturaleza congénita, educado. Creaba admiración sin barreras a su alrededor. Tanto los hombres de todas las clases, como los animales de todos los reinos eran sus amigos y tenían por él el mayor respeto. Nunca se rebelaba contra las intemperies del camino, ni maldecía las horas de las duras pruebas. Francisco era un Evangelio abierto, donde todos podían leer en las letras luminosas de sus ejemplos.

No estamos aquí cerrando los ojos para combatir una religión que sirvió de vehículo para grandes santos, así como para varios sabios; solamente escribiendo por orden mayor, aquello que pasó de los límites de su área de acción. Ella, la Iglesia Católica Apostólica Romana, está asistida por innumerables falanges de Ángeles, cuyo sentido es altamente iluminado; entretanto, tiene la parte que compete a los hombres en su dirección, y estos, a veces, aflojan la vigilancia

que, no obstante, es corregida por el alto comando en el mundo espiritual.

Tenemos que recordar los beneficios que esa religión trajo al mundo entero. Ella, en cierta forma, resguardó el Evangelio, envolviéndolo en los paños de la letra, no por incompetencia de sus prelados, sino debido a la ignorancia humana.

La comunidad que se dice cristiana de todo el mundo, o de casi todo él, se cree incompetente para vivir el Evangelio en Espíritu y Verdad y podría abandonar de una vez los caminos espirituales, si no fuese el Evangelio interpretado de modo diferente, hasta llegar a la madurez de la humanidad, y la luz ser colocada encima de la mesa.

Sin embargo, no siempre los dirigentes del clero romano comandan los destinos de esa casa con buen sentido. De vez en cuando, es necesario y los Cielos lo creen conveniente, mandar algunos Ángeles para rectificar y corregir los abusos practicados, por descuido de aquellos que se hacen señores, tomando la autoridad de manera egoísta y creyendo que solamente por medio de ellos es que se hace en el mundo, la voluntad de Dios y se da las órdenes de Cristo.

Y para que no ocurran cosas peores, para no ser oficializada la religión en todo el mundo, y cerradas las puertas de la democracia espiritual, paralizando los derechos de los hombres, el propio Jesús, por voluntad de Dios, que sirve de Canal Divino, envió a Lutero con sus ayudantes en todo el mundo, para organizar la Reforma, en el sentido de debilitar los poderes de Roma y dar libertad a las conciencias, dejando libre elección a las líneas religiosas. Y el Libro Sagrado debería ser liberado de la esclavitud, así como las interpretaciones que a él eran dadas.

Cuando las dos corrientes religiosas tomaron conciencia de que no se deberían unir, para no asfixiar otros

principios espirituales, surgió la Doctrina de los Espíritus, siendo el Consolador Prometido, entre las dos poderosas corrientes de principios, oriundas de la misma fuente. Son tres poderes espirituales en occidente, inspirados en el mismo Cristo, pero en condiciones diferentes de interpretación, sin las condiciones de unión, para el bien de la propia humanidad. Incluso los dirigentes de esas religiones no se encuentran bastante evolucionados, en el sentido de entender y respetar los derechos de conciencia de los demás.

Francisco de Asís ya comprendía y respetaba los derechos humanos y espirituales de las criaturas, y encontraba en el Amor Universal la *verdadera religión.* Concentró sus actividades en el ideal del desprendimiento. Partiendo de ahí, todo sería más fácil para ser vivido, pues la llaga viva de la humanidad, el egoísmo, de donde nace el orgullo con todas sus ramificaciones, pasó a ser anulado.

Cuando su padre fue en su busca, para interrumpir sus gestos en la reparación de las iglesias, dio a entender que Francisco estaba quitándole sus mercancías y vendiéndolas para tal menester; y este, ante las autoridades eclesiásticas, entregó a Pedro Bernardone todo lo que tenía en ese momento, hasta las propias ropas del cuerpo; quedando despojado de todo lo que poseía físicamente, sin embargo, con la conciencia vestida de luz.

El desprendimiento, por amor a las criaturas, es un gesto divino en la divina expresión del Amor, y el desprendimiento de Francisco le hizo amar la pobreza de cosas materiales, nombre este despreciado en el seno de la sociedad humana. Pobreza, en el diccionario de Francisco de Asís, no es miseria, no es inmundicia, no es incompetencia para discernir las cosas, no es hambre o pereza, no es mendicidad; es integración en la vida natural, es fraternidad universal que Dios bendice en el cántico de los pájaros, en el

soplar del viento, en la claridad del Sol, en el burbujear de las aguas, en la sencillez de los árboles, en el candor de los peces, en los rayos de las estrellas y en el amor más puro de los hombres, que hoy podemos traducir como socialismo cristiano, fuerza poderosa que se derrama en el mundo entero y que la secuencia de la vida transformará en denominador común de todos los pueblos.

* * *

En la noche en que fue leída la carta de Francisco en el Vaticano, en reunión con los cardenales, el ambiente quedó pesado ante las discusiones, cuyo contenido no vale la pena mencionar, por ser innecesario. Aquellos príncipes de la Iglesia no durmieron bien. No obstante, el papa, que fue más comedido, dejando las luchas ideológicas solamente para los cardenales, pudo conciliar el sueño y dormir con cierta tranquilidad.

Inocencio III, después de unos instantes de sueño, escuchó, más o menos consciente, a alguien del mundo espiritual que lo invitaba a dar un paseo y él salió del cuerpo físico con cierta facilidad. Caminó por su cuarto con euforia, fue ante el gran espejo pulido y vio su aspecto, miró para el cuerpo físico, y vio que este era la estampa del verdadero. Pensó mucho, tuvo ganas de llorar, mas eso no ocurrió. Se arrodilló dando gracias, pidiendo enseguida que lo ayudase en sus decisiones ante los destinos de la Iglesia.

En el ambiente de oración, notó que estaba siendo guiado por alguien, y que una nube blanquecina se fue formando a su lado. El brillo era encantador, y esa nube fue tomando forma de una manera más encantadora aún. Era un espíritu que fue papa en el año 142 y que estuvo en el poder once años, ocho meses y veintiocho días. Era el hermano

Telesforo, de nacionalidad griega, cuando asumió la dirección de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Unas luces confundían la visión de Inocencio III que, cuando vio aquél personaje confundiéndole sus sentidos, buscó sus vestiduras para besarlas y arrodillarse a sus pies. Pidió, llorando, protección para su cruz, que cargaba con mucha dificultad en la Tierra: la dirección de la comunidad católica del mundo entero.

Telesforo, imponente y majestuoso, con la mirada serena y el corazón imantado de amor en Cristo, cogió las manos de Inocencio, como si fueran las de un niño, y le habló al corazón con dulzura y cariño:

- Hijo mío, varias veces intentamos hablarte por los medios que la vida nos ofrece. Todos los días pides a Jesús que te guíe en los caminos seguros. Pides a nuestra Madre Santísima que no te deje sólo en el barco. Pides a Dios para hacer siempre Su voluntad y no la tuya. Entretanto, en la hora en que Dios quiere mostrarte Su voluntad soberana, tu vanidad, Inocencio, interrumpe el curso de las leyes naturales.

Cuando María, la Madre de Jesús y nuestra Madre, utiliza los medios inherentes a su amor, para ayudarte en el despertar de tus sentimientos de respeto y amor para con los otros, tu orgullo o la presencia de alguien junto a ti, da otro curso a las intuiciones. Inocencio, cuando Jesús se manifiesta, utilizando diversas personas para darte una sabia y bienhechora orientación, para que no caigas en las tentaciones del oro y del exceso, de la prepotencia y del egoísmo, cierras las puertas. ¿Qué hacer de ti ahora?

Y él, llorando, pidió permiso para hablar, y el Hermano Telesforo se calló. Inocencio III habló ahogado de emoción:

- Señor Jesús, no me acuerdo de que esos hechos hayan ocurrido; si yo lo supiese, te habría atendido, pues soy

vuestro siervo. Ayúdame a comprender esos medios por los cuales la divinidad está intentando ayudarme. Sé que soy ignorante en el debido discernimiento…

Telesforo, sublimado por la luz del Amor y por la inteligencia en los caminos de la Fraternidad, dijo a su tutelado, con energía:

- ¡Inocencio!... Por invigilancia, hace poco quemaste una carta, sabiendo que esa misiva venía de fundamentos elevados. Tú te negaste a recibir al siervo de Jesús, uno de los más allegados a Él, que tiene la sagrada misión de ayudarte en la renovación de los principios que abrazaste, por miedo de perder el poder transitorio y por pensar que un papa forma parte de la corte celestial.

Te recomiendo que recibas a Francisco, y recojas de él los frutos del Evangelio, para restaurar nuestra Iglesia, que ya comienza a derrumbarse. Fuiste infeliz, Inocencio, al estimular el Santo Oficio, y pagarás por eso. No pienses que es con tribunales como se defiende a la Iglesia y al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Estás complicando tu propia vida y poniendo en juego muchas vidas humanas. Fue el propio Maestro quien nos dijo que era verdaderamente necesario el escándalo, mas añadiendo que ay de aquél por el que venga el escándalo.

Tu coraje – prosigue Telesforo serenamente – es solamente el de mandar, abusando del poder, que la misericordia divina puso en tus manos. Sé que no vas a cumplir lo que prometiste bajo la acción del miedo; también vas a desviar los valores, en el impulso de la vanidad y del orgullo, que la posición te impone. Pero veras las flores que el fanatismo te lanza en los caminos transformarse en espinas, cuando dan paso para el lado de la realidad espiritual. La muerte va a llegar para ti, como llega para los que no cumplen los deberes, y la conciencia es el peor tribunal,

porque ella anda con nosotros. Antes de despedirnos, te digo, no como un guía que es cariñoso para con el tutelado, sino como señor que exige: ¡Inocencio!... ¡Recibe a Francisco a quien despreciaste!

Inocencio III despertó asustado, llorando y gritando. Varios padres vinieron a socorrerlo, y él, pálido, tomó un líquido para calmarse. Mandó llamar inmediatamente al Cardenal Juan de San Pablo que dormía en el apartamento de al lado. El cardenal vino rápido y escuchó a Su Santidad narrar el sueño que tuvo, diciendo:

- ¡Juan!... ¡Juan!... Ayúdame en lo que quiero decir. Tenías razón, por lo que la razón me parece. Tuve un sueño; no sé si fue sueño por la claridad con la que lo vi y oí. Parece que estoy viendo y oyendo aún la figura que me hablaba… Y cayó en llanto, quedándose después en profundo silencio.

El cardenal, confundido, interrogó:

- ¿Qué ocurrió con Vuestra Santidad? ¡Por Dios, hábleme! ¿Qué queréis decirme?

Silenció con respeto y continuó: Es bueno que lloréis, porque las lágrimas podrá abrir vuestra intuición para el impulso de la verdad.

Recostado en grandes almohadas y cubierto por colchas que daban envidia al más puro algodón, habló demostrando calma y bienestar:

- Juan, lo que vi es cosa muy seria. Hasta entonces estaba equivocado con muchas cosas referentes a la vida y a la muerte. Nuestra teología es muy pobre en lo que se refiere a la vida en el cielo, y del modo por el cual los Ángeles pueden hablarnos. Nuestros libros son aburridos y llenos de teorías de hombres. La sabiduría de esos hombres es una locura ante Dios. Los teólogos, incluso los más eminentes, deducen las cosas conforme sus capacidades puedan alcanzar, y nosotros

somos peores que ellos, por creer ciegamente en lo que ellos dicen y escriben.

No dudo de lo que vi, ni dejo de creer jamás en lo que oí esta noche. ¡Juan, vi a *Jesús*! Hablé con Él y Él conmigo. Fue para mí el acontecimiento más deslumbrante de toda mi vida, y Él me dijo, Juan, que yo recibiese a Francisco. Refiriéndose a la carta que rompimos, enviada por él, me dijo repetidas veces: ¡Recibe a Francisco!... Cuando desperté aún escuchaba sus palabras llenas de amor, pero envueltas de energía. ¡Juan!... ¡Juan!... Por Dios, ayúdame a pensar y a comprender mejor lo que tengo que hacer.

El Cardenal Juan de San Pablo, satisfecho con lo ocurrido, habló con alegría:

- Disculpadme Vuestra Santidad, mas pido libertad para decir lo que entiendo de las cosas espirituales… Lo que viste y oíste es un fenómeno natural en el área del espiritualismo honesto. Hace más de veinte años que yo comprendo esas cosas y han ocurrido conmigo muchos casos ignorados por nuestros sabios y negados por nuestros teólogos; entretanto, *ellos existen.* No somos nosotros quienes hacemos las leyes. Es bueno que nos acordemos de eso: *las leyes que regulan todo fueron hechas por Dios,* nuestro Padre Celestial. Nosotros, por misericordia de Él, las descubrimos, y, si queremos vivir felices, debemos aceptarlas y vivirlas todos los días… No es lo que pasa, infelizmente, en nuestra casa, donde hacemos creer que somos los únicos representantes de Dios. Nuestro colegio apostólico copia ciertas reglas de aquí y allí, y presionamos las conciencias para aceptarlas a la fuerza. Donde existe la prepotencia, huye el amor. Donde está en vigor la autoridad impuesta, huye la humildad. Donde hay avaricia, huye el desprendimiento. Donde existe la violencia, huye la caridad…

Cuando yo observé el asunto de aquella carta, noté inmediatamente la elevación de ese hombre, incluso sin conocerlo; él es un hombre de Dios, que viene en socorro de nuestra religión, como comprobaste por el sueño que acabáis de narrar…

Pararon por unos instantes, para que pudiesen fluir mejor las ideas. Ya más tranquilo, Inocencio III, dijo:

- ¡Juan!... Ayúdame a hacer alguna cosa. Podrás ayudarme en mucho, defendiéndome ante los demás. Ve haber si encuentras los pedazos de aquella carta santa, hijo mío, y la recompones para que nosotros dos podamos estudiarla, y comprender el sentido de su mensaje. Después, Juan, trae a ese hombre de Dios, búscalo donde él esté. Utiliza todos los medios para encontrarlo donde quiera que sea, pues tenemos que hablar con él.

El cardenal se llenó de alegría, y le pidió que le diese por escrito aquella orden. Inocencio III lo miró con humildad y sonrió.

Juan de San Pablo, que nunca perdió la franqueza en esas horas, percibiendo la significativa mirada del papa, respondió con ponderación y respeto:

- Santidad, sois por demás digno de todo mi aprecio y de mi confianza; todavía, la casa es grande, y no siempre las resoluciones parten solamente de vuestro raciocinio…

Los dos sonrieron y la orden fue dada por escrito, siendo el cardenal dotado de plenos derechos para aquél menester.

El papa había confundido el personaje del sueño, cosa muy común, incluso en desdoblamiento consciente. Él vio y conversó con el papa Telesforo y no con Jesús, como pensaba.

El cardenal tomó todas las providencias. Al nacer el sol, mandó a muchos sacerdotes en busca de Francisco y sus compañeros. Algunos de ellos, que ya los conocían,

recorrieron las fondas y los mercados, siempre recogiendo informaciones. Otros siguieron por el camino principal que llevaba a Asís y luego alcanzaron al grupo de hombres sencillos y alegres, cantando la gloria de Dios manifestándose en todas partes.

Realizado el encuentro, se reunieron a la sombra de un árbol amigo y uno de ellos transmitió el mensaje del cardenal:

- ¡Señor Francisco, venimos de parte del Cardenal Juan de San Pablo, quien, en nombre de Su Santidad, el papa Inocencio III, te pide que vuelvas!

Y añadió de forma dramática:

- Lo que para ti, según nuestro entendimiento, es una bendición del cielo. Su Santidad tiene una seguridad de hierro y nunca se vuelve atrás cuando decide no aceptar una idea. Es la primera vez, desde que trabajo y vivo en el Vaticano, que él procede así. Creemos que eres un predestinado, visto el campo de tus ideas de renovación, como supimos. Perdónanos, si insistimos que vuelvas, sin embargo, nosotros creemos que debes hacerlo.

Nosotros tres somos vigilantes en la Santa Sede, y el Padre José Ramos, aquí presente, escuchó parte de la conversación de Su Santidad como el cardenal, por la madrugada. Parece que el papa tuvo un sueño relativo a tu persona, y en ese sueño una voz le pedía que te recibiese. Sentimos que tu misión es divina y creemos que debes volver con nosotros, para que él te bendiga.

Francisco miró a los ojos del interlocutor, con firmeza, y dijo con ponderación:

- Nosotros vamos a volver, hermano mío, en beneficio del papa. Él está siendo culpable por muchos deslices en lo que se refiere a la actuación de la Iglesia. Iremos a su encuentro, no en busca de bendiciones, por no estar él en

condiciones de bendecir, sino para pedir a Dios que abra su corazón, donde podrá nacer el Amor.

Quien da órdenes para matar, quien en el silencio del lujoso aposento trama ideas para perseguir a los llamados herejes – aunque lo sean –, quien impide que sus dedos se muevan en el bien con carísimos anillos, quien viste ropas donde el oro y la plata provocan la admiración de las miradas, quien amontona tesoros y más tesoros, aumentando la miseria y la desesperación de los pobres, aunque a veces bendiga, hermanos míos, seguramente que sus bendiciones podrán matar y también entristecer a los Ángeles, si no al propio Cristo de Dios.

Los sacerdotes escucharon alarmados. ¿Cómo tuvo valor aquél hombrecito para lanzar una blasfemia como aquella contra Su Santidad? Y además, ellos eran mendigos, hombres sucios y descalzos. ¿Qué fuerza existiría en ellos, para condenar la vida y la conducta de Su Santidad?... Pero se callaron y no dijeron nada. Se pusieron en camino, dirección a Roma.

Francisco, pasando por la tumba del primer discípulo de Jesús, lanzó una mirada y un pedido, en secreto, sin que nadie lo escuchase, por los hilos del pensamiento:

"Pedro, rogad al Maestro por misericordia, para que este hombre que dirige los destinos de la Iglesia, comprenda la voluntad divina, y luche verdaderamente por la Paz… Que comprenda el Amor y luche por el Amor puro. Que comprenda la Justicia, y ayude a establecer esa justicia en el seno de los pueblos. Que luche por el Perdón, pero que perdone. Que luche por los tesoros de la religión, pero por aquellos que están guardados en el Evangelio y que esa herencia pueda alcanzar a la humanidad entera". Y avanzó con la cabeza levantada, al encuentro del Papa Inocencio III.

Francisco de Asís no iba en busca de las bendiciones del papa; iba en busca del establecimiento de la Iglesia de Dios, por voluntad de Jesucristo, entre aquellos hombres, cuya sencillez desvaloraba las gigantescas ideas y los monumentales pensamientos de pureza cristiana, para aquellos que no tenían ojos para ver.

Su Santidad estaba descansando en una silla que fue labrada por hábiles manos, que no olvidaron los mínimos detalles, en la simbología de hechos extraordinarios, de los grandes acontecimientos. En sus dedos centelleaban anillos. La túnica, de tejidos ricamente confeccionados, se ajustaba en su cuerpo de Príncipe de la Iglesia.

Los compañeros de Francisco quedaron impresionados con aquella visión. De hecho, el ambiente conducía a eso, lo que, entretanto, no funcionó con Francisco, que veía solamente al hombre y sentía sus actos, sabiendo lo que él necesitaba oír en nombre de Aquél que todo lo gobierna y ordena.

Francisco de Asís, con los pies descalzos, como él era y como andaba en cualquier lugar, fue en dirección al papa que le extendió la mano, y la besó con la ternura peculiar a su ser, deseando al Patriarca de la Iglesia salud y paz. Todos hicieron lo mismo.

Los asistentes del papa, orientados por él y sus asesores, invitaron a los compañeros de Francisco a dar un rápido paseo por los jardines, mientras este y algunos de los cardenales conversaban con Inocencio III. Su Santidad, con rápidas palabras, mostró que ya era conocedor de los ideales de Francisco, y esperaba su palabra como complemento de su carta.

Francisco, humildemente acomodado al lado del papa, pasó levemente las manos por su propia cabeza, esperando

inspiración de Dios, y dijo sonriendo al hombre que tenía en los hombros el peso de la cruz:

- ¡Santo Padre!... No pretendo engañaros sobre mi destino. ¡Prefiero ser rechazado por vuestro sensible corazón, a mentir a Vuestra Santidad!... Comprendo la posición que ocupáis ante el mundo, frente a los reyes y príncipes de muchos países. Comprendo que estáis en el lugar del Gran Pastor de todas las ovejas de Jesús, y sé del esfuerzo que debéis hacer para manteneos en ejemplo digno de Dios y de Cristo. Pero debo deciros que tengo una misión, que fue delineada por Jesús de Nazaret, a quien amo sin condiciones, de pautar mi vida y de ayudar a los que, por ventura, me acompañen, a vivir la existencia rectamente, en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros, primeramente, partimos para el desprendimiento de las cosas materiales, sofocando en nuestras almas el egoísmo. No es que los bienes terrenos en sí ofendan, sino porque los hombres aún no aprendieron a utilizarlos, incluso aquellos que dirigen a los pueblos. La sutileza del egoísmo invade y empaña todos los otros sentimientos, con ricas y bien puestas disculpas, de manera a engañar hasta a los elegidos. Queremos vivir en la pobreza, una pobreza digna de respeto de todos los hombres; queremos ser el pobre que trabaja y que también puede ayudar a los enfermos, a los niños y ancianos, a mantener la vida y a defenderla donde ella surja por misericordia de Dios.

Estamos creando una fuerza de valores en toda la comunidad, para llegar al reino del perdón, aquél que nuestro Maestro enseñó con el ejemplo, aquél que olvida las ofensas y también ayuda a los ofensores a comprender la grandeza de la fraternidad y de la amistad.

Nosotros, Santo Pastor, estamos idealizando, y ya comenzamos a vivir, dentro de una sociedad donde nadie es

dueño de nada, y todos tienen con lo que vivir. Todos trabajan, no por necesidad, sino por deber y amor, y yo debo ser el primero a dar ejemplos, que correspondan a todos los ideales. No debo, y no puedo vestir capa y túnica, mientras mi hermano del camino anda desnudo. No podemos poseer grandes extensiones de tierras, mientras muchas familias no tienen donde trabajar y vivir. Estamos idealizando una Iglesia donde la alegría sea el don común a todas las criaturas, aquella que nace dentro del corazón.

Le pido a Vuestra Santidad que me disculpe el tiempo que estamos utilizando de vuestra presencia, escuchándonos con paciencia, pero debo hablaros un poco más acerca de las reglas establecidas ya en nuestra convivencia.

Debo pedir a Vuestra Santidad para no interpretar mi llegada aquí, para contestar a los preceptos colaboradores de la Iglesia Católica Apostólica Romana, comparándolos a los establecidos en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; no es nuestro ese trabajo, caso en que sea preciso que él aparezca.

La decisión de nuestra comunidad espiritual es vivir puramente de las normas trazadas por el Divino Maestro de todos nosotros. Tal vez algunos de nuestros cardenales dirán que comienza a nacer otro tipo de fanáticos, candidatos a santos, cosa que no pasa por nuestra cabeza. Santo en la Tierra, solamente uno la pisó, honrando la dignidad del nombre, Jesucristo. No es nuestro deseo perturbar a ninguna comunidad existente, principalmente a nuestra querida Madre Iglesia, pero estamos impulsados por la conciencia, para llevar una vida digna de ser llamada vida cristiana.

No pretendemos modificar a nadie, ni dar lecciones de moral a quien quiera que sea; sólo estamos sintiendo un impulso humano, si no divino, para la pureza de pensamientos, para la pureza de la verdad, para la pureza del

amor. No hay mal ninguno en querer ser bueno, comprendiendo la bondad, en ser justo, entendiendo lo que es la verdadera justicia, en tener Amor a Aquél que no olvida la universalidad, en todas las direcciones de la vida.

Hizo una pequeña pausa, con el afán de renovar ideas, ajustar más la intuición, y notar si había cansancio en la tolerancia del Papa y de los cardenales. ¡Todos estaban en silencio!... Francisco sentía en su más alta percepción que ellos deseaban oír más, y que a algunos de ellos les estaba gustan el asunto, porque nunca vieron tan grande coraje, estampado en un aspecto tan simple. Jamás presenciaron y sintieron una influencia como aquella, partiendo de una criatura sin nombre, sin vestiduras y sin posición en el mundo político y religioso. Sólo podía ser fuerza de Dios, solamente podía ser la presencia del propio Cristo. El Cardenal Juan de San Pablo notaba, de vez en cuando, cambios en sus facciones y alteraciones en su voz. Sin embargo, el prelado, que ya era conocedor de esos fenómenos, pudo confirmar allí la realidad del intercambio de los Ángeles con los seres, en el mundo. "Él es, pensó, realmente, un emisario de los cielos, para modificar alguna cosa en la Iglesia, para cuya edificación San Pedro dio los primeros pasos…" Francisco casi se transfiguraba en los momentos de la conversación.

Miró tranquilamente a todos los representantes de la Iglesia y buscó nuevamente la intuición, en el campo libre de su conciencia, hablando con sabiduría:

- La humanidad, Eminencias, por lo que siento en el contacto con los hombre, desde los más simples campesinos hasta los más altos dignatarios en todos los sectores de la vida, tienen sed de la presencia de Jesús en el corazón y no podemos esconder más Su magnánima presencia. El Evangelio está siendo escondido hace más de mil años, y

llegó, por lo que siento, la hora de ponerlo encima de la mesa, porque es luz que espanta a las tinieblas; él es, por excelencia, el Sol de todas nuestras vidas. Él es la seguridad de todas las criaturas, es la esperanza de los Cielos convidando a los hombres para el reino de Dios.

Y quien se dignó a orientar a las almas, quien recibió por misericordia el bastón de la responsabilidad de pastorear a las ovejas de Cristo, deberá por conciencia, por deber, por fidelidad a Dios, no solamente divulgar ese Evangelio, sino vivirlo en todo el curso de la vida y no solamente pedir paz, de la masa humana, sino dar ejemplo de esta paz. No solamente debe pedir que todos trabajen, sino que sus manos sean las primeras; no solamente llamar a hermanos para la caridad, sino hacerla desde que abrimos los ojos por la mañana hasta cerrarlos por la noche; no solamente escribir y hablar en el Amor, sino amar sin distinción a todas las criaturas de Dios, sin olvidarse nunca del prójimo, del modo como Jesús empeñó toda Su vida.

Sé, y de eso nunca me olvidaré, que debemos mucho a nuestra Iglesia, a la saludable vida de los profetas, a la conciencia que tenemos de la intervención de los Ángeles entre los hombres, a la grandiosa y respetable obra de Moisés, y a la vida fecunda de Nuestro Señor Jesucristo; todavía, es necesario que ese instrumento que está atravesando siglos, en el momento de la bifurcación del camino, no escoja la izquierda, que nos parece la senda más larga, porque es la de la perdición.

No queremos que nadie se ofenda con nuestra palabra, por ser nuestras reglas de renuncia, de obediencia, de perdón, de amor, de trabajo, de desprendimiento y de pureza. Creemos que quien nada exige, no afronta, no impone, no odia, no discute, no quiere ser el mayor, y no ofende, no podrá ser juzgado peligroso, ladrón o hereje…

Que Dios nos bendiga, y que Jesucristo nos proteja, y que María Santísima nos ampare, siempre y siempre… Amén.

El Papa Inocencio III escuchó todo, analizándolo, con la mente presa en las palabras de Francisco de Asís, y la imagen de Telesforo en el espejo de su conciencia diciéndole las mismas palabras que le había dicho en desdoblamiento espiritual y que, en aquél momento, le eran repetidas.

Su Santidad, en el confort que la silla le ofrecía, en el palacio que le servía de cápsula, en el ambiente que ostentaba su máxima autoridad eclesiástica, se sintió inquieto, y miró a los compañeros de apostolado, buscando aprobación sobre lo que escuchaban. Dos de ellos se regocijaron con la línea conducta de Francisco. El resto, prestos a estallar de odio, sin con todo poder discordar de lo que el hombre de Asís pensara, por la posición que ocupaban junto al trono de San Pedro y por el respeto forzado a aquél que allí todo escuchaba callado, el papa, supremo jefe de la Iglesia.

Inocencio III, animado y decidido, se levantó. Dio algunos paseos por el amplio salón, como buscando fuerzas para decir lo más conveniente a todos. Y habló con resolución, llamando a Francisco hermano:

- ¡Hermano Francisco!... Todo lo que oímos de sus tesoros mentales es muy bonito, se alinean perfectamente con los conceptos de Jesucristo, no hay duda. Sin embargo, son reglas impracticables para la falange de obreros que sustentan el mundo católico consustanciado en Roma, y más tarde ayudado por el inolvidable emperador Constantino.

Tenemos un pacto con el Estado que nos garantizó y no nos dejó caer en las garras de los perseguidores, debes saber, como todos nosotros somos conscientes de ese hecho, que la oración nos muestra y hace un ambiente de amor contra el odio de los invasores, cortando todos los recursos de las

envestidas de la magia negra contra nosotros y nuestra Iglesia. No obstante, cuando los herejes vienen con fuerza, nosotros utilizamos el concepto del Maestro, que es *vigilar.* Y ese vigilar es utilizar la misma violencia del agresor, para combatirlo.

Todo lo que dijiste, hermano Francisco, nuestra conciencia lo aprueba en el terreno de la teoría, pero para vivir lo que dices… Las cosas cambian en la secuencia del tiempo. Nuestro raciocinio, que conoce bien el mundo y a las criaturas, niega lo que pides, incluso viendo en tus ideas todo lo bueno para la comunidad terrena. Comprendo que todo eso es imposible de ser vivido, pero el corazón – donde con certeza reside la piedad, la bondad, y a veces el amor, como si fuese de madre – aprueba todo lo que dices y también abraza tu alma, como si fuese la de un santo.

Siento que los Cielos me presionan a aceptar tus ideas, que reconozco que son nobles; no obstante, ese mismo cielo me deja a la voluntad, con libre albedrío, para decidir si debo o no aceptarlas, colocándome en el lugar de juez, con las responsabilidades de aquello que debo decir.

No quiero y no debo tomar mucho tu tiempo, por tener el mundo entero para llevar tus ideas, para predicar el Evangelio de la manera que tu intuición te ordene, y, si fueses victorioso, te consagraré como el mayor guerrero de todos los tiempos, cosa que mucho dudo, por las fieras humanas que encontrarás en tus caminos.

Todo lo que dices son flores perfumadas, cogidas por los tallos, cuyas espinas, al extender las manos para cogerlas, carecen de la sangre de nuestros dedos, de sacrificio y de dolor. Nosotros estamos de acuerdo de que la vida que pretendes llevar con tus seguidores es la réplica de la vida de Jesús, y que el Evangelio de Nuestro Señor tiene que renacer algún día, como en los primeros del cristianismo naciente. Sin

embargo, la humanidad aún no está preparada para ese reino de los cielos en la Tierra – este es el gran impedimento, Francisco…

Prepara, hijo mío, las reglas que quieres. Envíanoslas a nosotros, que daré el veredicto y quedarás libre, pero siempre con nuestra vigilancia y nuestra protección. Ve, ve Francisco, y predica el Evangelio que pretendes, y si tuvieras algunos frutos vuelve aquí, que los bendeciré, en el sentido de que ellos se multipliquen, como Jesús hizo con los panes y los peces. Que Dios te bendiga.

Francisco escuchó todo en silencio. No dijo nada en el transcurso de lo que oyó. Se levantó satisfecho, tomó la mano de Su Santidad y la besó nuevamente, así como la de todos los prelados, con la misma alegría y salió cantando alabanzas a Dios en compañía de sus cooperadores, que ya estaban esperándolo.

Hubo un alboroto en el Vaticano, en reunión secreta; con todo, después, los cardenales se tranquilizaron, con la palabra bien dicha del Cardenal Juan de San Pablo, que argumentó:

- ¡Hermanos míos! Si ese hombre no hizo nada malo, ni lo va a hacer, está cooperando con el bien que debemos realizar. ¿Por qué no dejarlo proseguir en su camino, que todos sabemos que es de espinas? ¡Oremos por él, y pidamos a Dios por su victoria, que será nuestra victoria! Y, si es derrotado, la derrota será solamente de él.

El objetivo del cardenal era serenar los ánimos y dejar a Francisco seguir su camino sin interrupción. Confiaba en él, y tenía la seguridad de su eficiencia en los terrenos de la vivencia evangélica.

Francisco salió por la puerta Salaria en dirección a la campiña romana, por la vía Flamínia, dirigiéndose al norte. En su compañía iban doce discípulos, y esos hombres de Dios

se encontraban ansiosos por saber los resultados de la conversación que Francisco tuvo con Su Santidad, el Papa Inocencio III. En el rostro de Francisco, que no cambiaba incluso ante muchos obstáculos, se notaba una claridad diferente, de victoria, de la primera victoria ante el Sumo Pontífice. Sin la aprobación de sus ideas, para que pudiese llevarlas a la masa humana, sería difícil en aquella época cumplir su misión, como lo hizo tan gloriosamente cuando la comprometió con Jesús.

Francisco, desde lejos, percibió una aglomeración de personas, y cuando se fue acercando, vio que se trataba de un cantor popular cantando en la calle, hecho ese muy común en aquellas tierras. Y la voz atrajo al grupo de hombres que Francisco conducía. El cantor no solamente hacía vibrar su voz de nostalgias, con mucha armonía, sino también danzaba para encantar y distraer. Afinando sus oídos, Francisco creyó conveniente aproximarse, pues conocía aquella voz. Cuando llegó muy cerca, en medio de la multitud, tuvo una alegría como aquella que sintió cuando el Papa Inocencio III aprobó sus ideas: era Shaolín.

Levantando el brazo, gritó con emoción:

- ¡Shaolín!... ¡Shaolín!...

Este, al oír la llamada – hasta entonces nadie allí sabía su nombre – también reconoció la voz de Francisco, y los dos se abrazaron emocionados, como dos fuerzas del Bien eternizándose en el Amor. El pueblo, en la expectativa, pensando que los dos habían combinado eso para hacer una buena representación, esperaba en silencio. Shaolín para no desilusionar a los que asistían al espectáculo libre, abrazado a Francisco comenzó una canción de su agrado y los dos cantaron como pájaros que vinieran del paraíso.

Al final de la canción de los dos pájaros de Dios, todos los frailes se encontraban en el círculo cerrado por la

muchedumbre, danzando y cantando. Al término de la representación, Francisco tomó la palabra y habló tranquilamente.

- ¡Hijos de mi corazón! La vida es sobremodo de alegría, y la alegría es cosa divina, que nosotros todos amamos con la profundidad que ella merece y en el modo por el cual el Señor nos premió. Nos corresponde a nosotros dar resolución a esa alegría, en la fuerza de Aquél que nos guía siempre – Nuestro Señor Jesucristo.

Es de carácter divino la confraternización de las criaturas en todos los reinos y posiciones humanas, pues es de ahí que nacen la amistad y la alegría de vivir. En esta energía que el canto nos proporcionó, el tiempo se vuelve para todos nosotros una bendición, y para nuestros semejantes, una necesidad que genera el Amor.

Es de una lógica común que todos los seres humanos sientan la necesidad de la alegría, y esa alegría solamente puede partir de la unión de las almas, en busca de algo que no sea el odio, la envidia, la discordia, la injuria, el miedo, los celos, el orgullo y el egoísmo.

Y solamente un ser en la faz de la Tierra nos dio la receta divina, por su divino verbo, confirmado por la vida que llevó junto a los hombres. Él nos enseñó a vivir felices dentro de nosotros mismos. Cada uno de nosotros lleva un cielo dentro del alma. Lo que necesitamos para encontrarlo es buscar el modo por el cual él nos enseñó. El resto vendrá por añadidura de la misericordia del Señor; todo cambia exteriormente, cuando el interior comienza a cambiar…

Quien busca la felicidad fuera de sí nunca la encontrará, pues ella vive en el corazón. Y todos los que nos escuchan están invitados, por la fuerza de este mismo Amor, a recibir la llave y con ella abrir la puerta secreta de la conciencia,

recibiendo, a través de ella, a Jesucristo, por las vías de los sentimientos.

Estos hombres que están viendo y sintiendo el modo de sus vidas, son sus compañeros de todos los momentos, en la secuencia de todos los días, sin vivir ni hablar de problemas, en hechos inferiores que nunca dejarán de existir, mientras en la Tierra predomine el mal. ¡Son hermanos decididos, que aparentemente podrán no causar impresiones de bienestar, pero por dentro, en lo profundo del alma, ellos ya encontraron el Camino, la Verdad y la Vida, porque encontraron a Jesús de Nazaret!

Encontraron a Dios y al Cielo dentro de sí mismos. ¡La salvación no viene de fuera de las criaturas! Veamos cuando el Maestro ofreció a Pedro las llaves del reino de los cielos, diciendo así: "Te daré las llaves del reino de Dios; y lo que ates en la Tierra, quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la Tierra, quedará desatado en los Cielos". Las llaves que Él dio a Pedro y a los otros discípulos fueron los conocimientos de las leyes de Dios, y la forma de vivirlos. Es pues lo que estamos intentando comprender y vivir, y, unir o desunir es ciertamente el medio de vida que llevamos en la Tierra. Todo lo que nos propusiéramos vivir aquí, será justo lo que encontremos en los Cielos. Eso fue registrado por Mateo, en el capítulo dieciséis, versículo diecinueve.

Y más adelante, Lucas no olvidó de anotar lo que vamos a repetir, en el capítulo diecisiete, versículo veinte: "Los fariseos le preguntaron cuándo iba a llegar el reino de Dios. Él respondió: La llegada del reino de Dios no será espectacular".

He aquí la confirmación de lo que estamos intentando hablar, por no tratar el reino de Dios de las cosas exteriores. Siendo él armonía interior, no llegará espectacularmente; es conquista del alma por el esfuerzo y bendiciones de Dios. Y,

con más seguridad, podemos observar en el mismo apóstol, en el mismo capítulo diecisiete, versículo veintiuno, esta maravillosa citación: “No se dirá: Está aquí o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros”.

¿Necesita más explicación, después de esta afirmación del Divino Señor? El reino de la felicidad se debe descubrir dentro de cada criatura, y es eso lo que estamos queriendo mostrar a los hombres de buena voluntad: el camino interior donde encontramos a Dios, que está muy cerca de nosotros, en la ciudad del corazón.

Veamos, hermanos míos, que San Pablo no se olvidó tampoco de mencionar lo que sería el reino de Dios, diciendo así a los romanos, como ahora estamos diciendo, a los también romanos: “Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. 14.17.

Es fácil comprender que la felicidad real no es comida ni bebida, sino tranquilidad de conciencia; es el deber cumplido ante Dios, es descubrir los tesoros dentro de nosotros, y utilizar esos talentos a favor del bienestar de las criaturas de Dios.

Nosotros estamos partiendo y lo vamos a hacer sin los equipajes habituales de un viajante o de un comerciante, que ama el oro más que así mismo. Nosotros no tenemos donde reclinar la cabeza, como dice el Maestro de todos los maestros. El único equipaje que debemos llevar es la Fe, la Confianza y el Amor. Es el voluminoso equipaje de virtudes enseñadas en la Buena Nueva del Cristo de Dios… Que la paz de Dios sea nuestra paz, que la paz de Cristo sea nuestra paz, que la paz de nuestra Madre María Santísima, sea nuestra paz…

Shaolín abrazó a Francisco diciendo:

- No podemos separarnos uno del otro; estamos unidos por una fuerza que solamente Dios sabe lo que es y lo que puede ser. De hoy en adelante somos uno, en Cristo.

Francisco escuchó aquellas palabras con alegría, porque amaba también a aquél compañero, y sabía de sus grandes cualidades. Lo presentó a todos sus hijos espirituales y partieron rumbo a Asís.

De aquella multitud que estaba asistiendo al canto de Shaolín y a la predicación de Francisco, decenas de personas los acompañaron con sed y hambre de Justicia y de Amor. Y en ese grupo de hombres se encontraban muchos niños, a quien Francisco y Shaolín hicieron volver, advirtiéndolos de que deberían esperar en el tiempo, y que la edad pudiese ordenar en el espacio; para poder tomar decisiones solos. Abrazaron a todos y agradecieron, pidiendo que volviesen a sus hogares.

* * *

El viaje transcurrió sin ningún incidente, a no ser un hecho, que trasciende los fenómenos de ocurrencia popular:

Francisco, cierta noche, andando por la Vía Aurelia, pensando en su destino, en la ferocidad de los hombres, en los caminos que los propios hombres escogieron, en los medios de aliviar a la humanidad del enorme peso de la cruz que cada uno carga, miró al cielo, bañado en la luz de las estrellas, y pidió a Dios que le ayudase a ayudar, en la medida de sus fuerzas, bajo el control de la Divina Inteligencia.

Sabía de su misión junto a los hombres, no obstante, se sentía un gusano ante la grandeza de la Tierra y de la cantidad de pueblos. Las experiencias que tenía, incluso con poca edad, le bastaban para comprender las dificultades de modificar para el bien a una criatura arraigada en el mal. Y

allí mismo percibió, por la acústica del alma, la voz que tanto obedecía:

- ¡Francisco!... No pienses que podrás ser el rey del mundo, y el responsable de todos los conciertos de la Tierra. Eres un soldado entre los muchos que ya están caminando por misericordia de Dios. El Señor no envía a sus militares al frente de batalla, para que ellos estén preocupados con lo que pueda ocurrir; da a cada uno un deber para ser cumplido. El resto es por cuenta de Aquél que todo lo sabe y todo dirige.

Si ayudas aunque sea a una hormiga, a encontrar el camino del hormiguero, estando perdida, ya estarás haciendo alguna cosa en el ámbito de tus deberes, y, aunque sólo sea una gota de amor lo que des, forma parte del gran auxilio de la vida, en la vida de Dios. No quieras hacerlo todo sólo, pues ese impulso es oriundo del egoísmo. El manantial de luz solar se divide para servir mejor a la Tierra y a los hombres, a los animales y a las cosas.

No pierdas tiempo, en el tiempo que te favorece el aprendizaje, y haz lo mejor donde estuvieras, que encontrarás a Dios en las mínimas actitudes, siempre que en ellas palpite el amor…

Francisco, meditando sobre la verdad que estaba escuchando, respiró aquél ambiente de naturaleza llena de vida, sintiendo el deseo de volver a su rebaño de almas amigas.

Al pasar cerca de una casucha, escuchó un débil llanto, tal vez de un niño. Se aproximó, llevado por el sentimiento de piedad, y encontró, verdaderamente, una niña que aparentaba tener siete años, echada en la paja, con la ropa toda rasgada, ofreciendo un cuadro aterrador. La niña fue violada por vagabundos, que llenaban las calles al anochecer, y que después la dejaron sola sobre las pajas que quedaban

de un resto de mijo. La niña, irreconocible, presentando una fuerte hemorragia, gritaba asustada:

- ¡Papá!... ¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Estoy aquí, yo quiero estar con vosotros!...

Francisco empujó la puerta. Sintió saltar el corazón al ver el crimen del que la niña fue víctima y dijo, resignado con la naturaleza:

- ¡Por Dios!... ¡Ven acá, hija mía!... ¿Dónde vives?...

Ella balbuceó en voz baja la dirección, y el hijo de Doña María Picallini cogió en brazos a la muchachita y salió a la calle apresurado, llegando al lugar indicado. Era una mansión como la de sus padres. Un criado, viendo el cuadro y reconociendo a la niña, corrió como un relámpago, gritando a sus señores, diciendo que Lelini había llegado. Francisco, con la delicada carga aún en los hombros, pidió a Dios por aquella familia, para aliviar el dolor de aquél hogar.

Cuando los padres llegaron, con los rostros demostrando sufrimiento, avanzaron hacia Francisco, cogiéndole el fardo de sus corazones y este, entregándolo, pasó a narrar cómo y dónde encontró a la niña.

Agradecidos al fraile de Dios, lo invitaron a entrar, lavarse y cambiarse de ropas, lo que Francisco aceptó con humildad. El padre de la muchachita le hablaba inquieto: "¡Señor mío!... Cogieron a mi hija esta tarde, cuando se encontraba jugando al lado de nuestra puerta: la criada vigilaba, pero también fue presa y amarrada. ¡Y ellos se llevaron a mi hija! Voy a investigar y cuando encuentre a los responsables, voy a hacer justicia con mis propias manos". Y mostró a Francisco las manos que ya habían matado a muchos, pues se dedicaba a la piratería en las rutas del mar, viviendo del saqueo, siendo el jefe de una banda de cuervos humanos.

Francisco, disfrutando ya de la intimidad de la familia, por la confianza que la misma le había dispensado, creyó conveniente hablarles alguna cosa acerca de la vida, de los destinos humanos y de Dios, sin olvidarse ciertamente de Jesucristo, y así distribuyó su palabra, con sinceridad:

- ¡Respetable familia! Por lo que percibimos, el dolor en vuestros corazones es de extrema profundidad, y no podría ser de otra manera, tratándose de un infortunio como este. Una calamidad ocurrió con esta niña, no obstante, tenemos que convenir, por el bien de nuestra conciencia, que el hecho ya ocurrió; queda tomar las providencias correspondientes para el urgente tratamiento de esta hija de vuestros corazones, rodearla de los cuidados inherentes a sus necesidades y darle una vida que sea correspondiente a un alma noble, para que esa futura mujer sea un ejemplo de virtudes para otras que andan en el mismo camino.

Para eso, el ejemplo de sinceridad, de caridad, de respeto y de trabajo valdrá mucho más para su resurgir frente a la vida, que la llama para el crecimiento. Los padres reflejan en los hijos lo que son, y los hijos esperan de los padres lo mejor. Es bueno que plantéis en su corazón la certeza de la existencia de Dios, mostrándole, con todo el empeño que, en todos los hechos de la naturaleza, existe una Suprema Inteligencia, de bondad y de amor, que no Se olvida de nadie.

Y es muy bueno también que ella conozca a Jesucristo, y sepa cómo interviene Él en nuestro favor, a través de nuestros semejantes. Cada criatura tiene un destino y debido a ciertas circunstancias, cada persona tendrá que pasar por ciertos testimonios, aprendizajes esos que nos pueden llevar a la desesperación, si no sabemos confiar en Dios.

Un hecho como este que ocurrió en vuestra casa, que sentimos inmensamente y que estamos sufriendo con

vosotros, por ver a esta niña pasar por ese drama, es uno más de los miles que ocurren por todo el mundo, infelizmente. Y nuestro Padre Celestial, a veces, nos deja, para despertar en nuestros corazones alguna cosa, en defensa de nosotros mismos.

Él nos invita a ampliar nuestros talentos de vida, para que la muerte desaparezca. Si Él es todo Justicia, es todo Bondad y todo Amor, no dejaría que ocurrieran tales hechos, sin que ellos tuvieran algo de educativo para nosotros, y seguramente para mí, que fui el primero que me deparé con este infortunio.

Vamos a olvidar el pasado y a dar inicio a un futuro glorioso para esta niña, en nombre de Jesucristo. Si buscas la venganza de esos infelices, inconscientes de la verdad, que practicaron esa barbaridad, tendrás nuevamente el problema dentro de vuestra propia casa, y jamás os olvidaréis de lo que ocurrió, si no fuera aumentado por la venganza que piden vuestras manos. Si Jesús aconsejó el perdón de las faltas cometidas contra nosotros, es porque ese perdón trae algún beneficio, y nos fortalece la tranquilidad de la conciencia.

No estoy aquí para poner reglas en vuestro camino, ni ofrecer consejos para que viváis en ellos; estoy aquí por la fuerza de los sentimientos que me hicieron atender a esta niña y ayudarla a vivir nuevamente, y, para eso, daría mi vida si me fuese pedida. Espero que no llevéis a mal mis palabras, y si ellas llegaran en el momento menos necesario, que me disculpéis. Solamente quiero, y ruego a Dios, las bendiciones de entendimiento para vosotros y para este hogar, sin olvidarme de Jesús y María con Sus bendiciones de paz y consuelo.

Tulio, padre de la niña violada, que nunca conoció la emoción causada por las lágrimas, se limpió los ojos agradecido, y Galba, su mujer, quiso arrodillarse a los pies de

Francisco y besarlos. Él no lo consintió, repitiendo la conversación de los apóstoles en la puerta del templo:

- Levanta, hija mía, que también soy hombre. Conozco tus sentimientos, y pido a Dios por tu paz.

Galba ya había oído hablar de Francisco de Asís, y deseaba mucho conocerlo; quería, desde el fondo de su corazón, que su marido también lo conociese, para ver si él cambiaba de vida, pues no estaba satisfecha con el comercio ilícito de Tulio. Y Dios atendió el pedido de Galba. Francisco se despidió, yéndose muy entrada la noche. Al día siguiente habló con el papa acerca de sus ideas, encontró a Shaolín, y se despidió de Roma, partiendo para Asís.

La mujer de Tulio llamó a su marido a un cuarto, cerró la puerta, cogió sus manos y le dijo con todo su sentimiento de caridad y de amor:

- Tulio, ¿sabes quién es ese hombre que nos trajo a nuestra hija? Él respondió:

- Lo sé, mujer, es un tal Francisco, que vive humildemente, y, a veces, pidiendo limosnas por las calles.

- Pues bien – dijo Galba – ese hombre es un santo, es un hombre de Dios que nunca hace mal a nadie, que renunció a todo y ama a todas las criaturas. Organizó una Orden, donde se hacen hombres de la misma condición, que viven por el bien de la humanidad. Yo quería que lo escuchases más, acerca de tu vida.

Tulio se enojó con la compañera y dijo irritado:

- ¿Quieres acusarme, mujer? Estoy haciendo justicia, porque esos a quienes atacamos son ladrones del dinero ajeno. Tengo la conciencia en paz. Aún más: ¿quieres que yo renuncie a esa vida, y vaya a pedir limosna? ¡No soy de esa línea! Puedo y hago mucho bien, ayudando a esos hombres que trabajan conmigo, y tú eres testigo de eso. No quiero que toques más este asunto…

La mujer quedó espantada con la dureza de corazón del marido, pero no desistió, saliendo por otra vía de conversación:

- Entonces, Tulio, ¿puedo pedirte una cosa?

- Puedes – dijo él – nunca te negué nada. ¡Pide, vamos, pide!...

Galba habló tranquilamente:

- Yo quedaría muy contenta, si llevases un poco del oro que trajiste la semana pasada de tus aventuras, para ese hombre que salvó a nuestra hija. La comunidad de ellos vive en intensa pobreza, y eso sería una buena recompensa. Les podría servir mucho para alguna cosa, porque tú mismo dices que nada se puede hacer sin el maldito oro, ¿no es así?...

Él rió, y habló dándole un abrazo:

- Me gustas, porque eres inteligente. Eso hago yo, además tú puedes hacerlo. Mándale el oro que quieras. No quiero participar de esta caridad, no tolero mucho a ese hombre, pero, si quieres, hazla. Ahora, dame un beso aquí…

Y salió satisfecho en busca de su campamento, o para su casa flotante… Galba, llena de alegría, cogió un saquito y lo llenó de pequeñas pepitas de oro, cuyo brillo fascinaría a cualquier usurero. Lo cerró con un cordón, lo envolvió en otros paños, abrazó el tesoro con cariño, y salió cantando hacia el cuarto donde estaba su hija, para verla.

La muchacha, ya descansada, miró a la madre y en sus labios se dibujó, levemente, una sonrisa inocente, diciendo:

- Mamá, ¿quién es aquél hombre que me trajo a casa? Él no es igual que los otros, es igual que tú. Él me contó una historia muy bonita. Me dijo cómo es el cielo, ¿tú me llevas allí?

- ¡Hijita!... – dijo la madre – aquél hombre se llama Francisco y es un santo en vida. ¡Fue él quien te salvó, hija mía!...

La muchachita, en su sencillez, concluyó con inocencia:

- ¿Por qué tú y papá no lo traen para vivir con nosotros, para que él me cuente más historias y quede conmigo?

La madre, emocionada, abrazó a la hija con cariño, besándola varias veces, y dijo:

- Él se fue felizmente, hija mía, pero voy a mandar unas cosas para él. ¿No crees que sea bueno?

La niña replicó:

- Creo que sí, y puedes mandarle aquella muñeca que me diste el día de mi cumpleaños; él va a quedar satisfecho, ¿no crees?

La madre no resistió las lágrimas y lloró allí mismo cuanto pudo, saliendo del cuarto de la niña. Abrió un armario secreto, cogió unas piedras preciosas de Tulio, las puso junto a las pepitas de oro y habló mentalmente:

"Dios mío, consiente que esto sirva para ayudar a nuestro santo en alguna cosa. Si fuera de Vuestra voluntad, que él se quede con esto; si no, quedaré con vosotros en lo que decidierais."

Llamó a un criado de su confianza, instruyéndole sobre lo que debería hacer y este partió rápido en busca de Francisco de Asís, pues ya había oído hablar mucho sobre sus ideales y su intención era conocerlo.

Tulio, junto a sus secuaces, impaciente y ansioso por viajar en buscar nuevas aventuras, gritó con todos, conversó aquí y allí con sus compinches, y, acordándose del oro que dejó a su mujer autorizada a ofrecer a Francisco, llamó a un grupo de compañeros de asalto y dio la siguiente orden:

- Quiero que me ayuden a salvar un puñado de oro que, para no contrariar a mi mujer, le di la libertad de donarlo a un tal Francisco de Asís, y, por lo que me parece, ella ya mandó a un criado para llevárselo. Siguen el camino de Roma hacía Asís y van a pie. Tenemos potentes animales y será fácil

alcanzarlos. Debe ser una banda, pero, les garantizo, que son todos inofensivos; solamente uno de nosotros conseguirá rescatar lo que llegó a las manos de la comunidad.

Todos rieron, pues eso era un deporte para ellos. Y añadió Tulio:

- ¡Vamos, no sea que otros aparezcan con las mismas ideas!

Fueron rumbo a las caballerizas próximas, ensillaron los caballos y salieron en estampida. Quedó combinado que Tulio iría al frente como mendigo para vigilar el ambiente y volvería al grupo, que se escondería bien cerca, después los asaltarían con los debidos cuidados.

El esclavo alcanzó a Francisco y a sus compañeros, lo llamó a su lado y dijo:

- Mi señor, mi patrona, doña Galba, me envió para traerte este encargo, manda agradecerte mil veces en nombre de los dioses, y manda a decir que quedará contenta si recibes esta dádiva, que paso a tus manos, para el bien de tu Orden, y a favor de aquellos que mejor creas. Discúlpame, pues ya me voy y quiero tus bendiciones…

Francisco, mucho más alegre con el esclavo que con la dádiva, puso las manos en la cabeza del humilde servidor de Galba, y dijo:

- Ve con Dios, hijo mío, que Jesucristo te bendiga siempre, y que María Santísima vigile tus pasos…

El criado besó sus manos y salió contento a pasos rápidos.

Francisco, notó que el obsequio pesaba mucho, aflojó el cordón que ataba la boca de la pequeña bolsa y, al ver el oro y las piedras preciosas, quedó inquieto con el valioso óbolo, pero, sin darle más importancia lo guardó, volvió a conversar con sus compañeros, acerca del modo de vivir

tranquilamente. Al poco tiempo llegaron tres mendigos, en situación calamitosa, que imploraron:

- Señores míos, estamos andando hace mucho tiempo. En las vías de acceso hay aglomeraciones de gente para que podamos trabajar con mayor provecho, pero el hambre nos mata, y la sed también. Las ropas aún sirven para algunos días.

Francisco sintió en aquella voz algo familiar, una presencia grandiosa junto a aquellos hombres. Pero no tenía nada para dar; la comida estaba agotada en aquél momento, el agua había que ir a buscarla, y las ropas estaban escasas, pero se acordó de la dádiva con mucha fuerza en el corazón, y dijo con entusiasmo:

- Señor, no tenemos nada de lo que pides y estamos igualmente de viaje hacia Asís. No obstante, lo que tenemos, eso os damos, es lo que ganamos en este instante.

Y le dio al andrajoso la rica bolsa de oro y piedras preciosas, concluyendo con bondad:

- Eso puede servir para que puedas estar tranquilo por algún tiempo, hasta que encuentres un trabajo conveniente, y, si por ventura apareces por Asís, nuestra ciudad natal, búscanos, que estaremos a tus órdenes. Donde estemos viviendo será también tu casa. Todos somos hijos de Dios, y Él en Su bondad, nunca se olvida de sus ovejas. Aún más, aunque no lo percibimos, Cristo no Se aparta de nuestros corazones.

El mendigo recibió el tesoro silenciosamente, con una leve sonrisa en los labios, y Francisco notó las llagas en Sus manos aún goteando sangre. Miró a sus pies y vio lo mismo. Desvió la vista para su cabeza, y vio las marcas de las espinas. Quiso arrodillarse ante Aquél que era el Camino, la Verdad y la Vida, pero no pudo. Una fuerza se lo impidió hacer. Se despidieron y fueron felizmente, en dirección a Roma.

Francisco, aún emocionado, en medio de sus colegas de viaje, fue relatando lo ocurrido, cuando escuchó la misma voz que oyó antes, diciéndole:

- No digas a nadie que fui yo quien estuvo aquí; ellos necesitan despertar la Fe en sus corazones, en la conquista de cada día.

Francisco se disculpó con los hermanos, diciendo que estaba procurando acordarse de un himno, y todos comenzaron a cantar. En pocos instantes llegó otro mendigo, que era Tulio disfrazado. Alguien lo atendió, y le dijo que no tenían nada, pues estaban de viaje para Asís, pero el mendigo insistió:

- ¡Yo tengo hambre!... – y preguntó – ¿quién es el jefe aquí?

El compañero de Francisco notó que las palabras nacían de un instinto grosero, como también notó que era la arrogancia del mendigo. Francisco se acercó, y el mendigo, reconociendo al bienhechor que salvó a su hija, pidió con más mansedumbre:

- Mi señor, yo tengo hambre, no aguanto andar más. Quiero comida y tengo sed.

Francisco lo cogió del brazo, notando la musculatura de atleta, y dijo con compasión:

- Venga con nosotros, hermano, que lo que tengamos de alimento de ahora en adelante comerás con todos. Si Jesús multiplicó los panes y los peces para más de cinco mil personas, no nos dejaría pasar hambre, siendo tan pocos.

Francisco, con alegría, continuó hablando con tranquilidad:

- Lo que tenía aquí, señor mío, eran unas pepitas de oro y unas piedras preciosas, que una generosa señora nos ofreció, mandándolas desde Roma, para nuestra comunidad.

Cuando Francisco habló de pepitas de oro y de piedras preciosas, se agudizó en el falso mendigo la usura. Era lo que él quería saber. Y el hijo de Pedro Bernardone continuó diciendo tranquilamente:

- Pasaron por aquí, antes que el señor, otros tres también necesitados y se lo dimos a ellos todo, por ver su gran necesidad, lo que nos permitió liberarnos del peso de la responsabilidad que representa el oro. Confiamos en Dios que ese oro enviado a nosotros volverá a aquella bondadosa señora, por las manos de Jesús, enriquecido de bendiciones.

El falso mendigo se despidió, sin querer oír nada más, y salió de "ventanas abiertas", furioso. Cuando escuchó mencionar piedras preciosas, pensó para sí mismo:

"¿Será que Galba junto con el oro, envió a esta banda de fanáticos mis piedras, que me costaron tanto esfuerzo?

Encontrando al grupo, se quitó el disfraz y dio el grito de guerra:

Vamos rápido, si no perdemos todo. Y los caballos avanzaron por el camino.

Como hábiles jinetes, cortaban caminos por todos lados, sendas y variantes, conocidos por ellos… ¡Y no vieron a nadie!... Tulio mandó a los jinetes para atrás con orden de registrar los equipajes de los franciscanos, ropas y bolsos, pues podrían estar mintiendo, y emprendió camino hacia su casa, pensando ya ideas maléficas sobre su mujer:

"Ella me las va a pagar, ella nunca recibió un regalo como el de ahora, y para tanto, tengo buena disposición. Sé hacer justicia con mis manos, pues mi trabajo es este en la sociedad."

Llegó gritando:

- ¡Galba!... ¡Galba!... ¡Tengo un regalo para ti! Y le rechinaban los dientes como a un cerdo acorralado por perros.

La llamó al cuarto, y rasgó su ropa, y cuando buscó la mesa para coger un látigo y con él verter su ignorancia en la pobre señora, vio la bolsa encima de la mesa. Tiró el látigo y, con sus dos manos, cogió el saquito de oro y piedras preciosas, ansioso. Lo abrió, con la rapidez que un asaltante siempre tiene, y allí estaba todo su oro y sus piedras de valor. Y entonces comenzó a dar puñetazos en la mesa, hasta romperla, diciendo:

- ¡No!... ¡No!... ¡No!... ¿Dónde estoy?

Y la mujer, humilde, dijo llorando:

- Yo le mandé todo eso a aquél santo así como también las piedras que tenías aquí, que fueron robadas. Ellas no son tuyas; yo se las mandé, Tulio, para aliviar tu conciencia del peso que debes cargar en el corazón, de segar tantas vidas, por causa de tantas cosas muertas. Haz de mí lo que quieras, lo que mande tu violencia, pero yo moriré alegre, si muero por aquél hombre que salvó a nuestra hija. Le mandé todo eso que ves ahí, y quien lo llevó se lo entregó en sus manos. Ahora, debes pensar sobre esto, que Dios, en Su grandeza, no necesita de estas pepitas de oro ni piedras preciosas, adquiridas por el precio de la miseria de los demás, y muchas veces por la sangre de tus semejantes.

Al poco tiempo llegaron sus compinches temerosos ante el patrón, que escuchó abatido lo que ocurrió:

- Cuando llegamos allí, señor, encontramos a los tunantes cantando. Registramos todo, sin que ellos reaccionasen, y como no encontramos nada, les dimos lo que necesitaban: una tunda a cada uno, menos al tal Francisco, que no estaba en esos instantes. Dijeron que había ido a buscar agua. Lo buscamos en todas las fuentes y no lo vimos, parece que aquél hombre tiene parte con Satanás, no lo encontramos. ¡Si quieres, volvemos allí más tarde!...

Tulio dijo vencido:

- ¡No! No necesita más. ¡Aquí está el oro y las piedras! Estaban aquí en casa.

Y cayó en un diván casi dormido…

LA COMUNIDAD FRANCISCANA

La caravana llegó a Asís en fiestas y de allí partió para Rivotorto, donde los hermanos esperaban ansiosos, las noticias sobre los destinos de la comunidad.

Fue grande la alegría del encuentro. Los discípulos de Francisco ya habían programado, en su ausencia, trabajos de predicación evangélica y visitas a los hogares que quisieran recibirlos. Ya habían aumentado las ovejas de Francisco, siendo que el trabajo era la primera preocupación de todos.

Shaolín, que también irradiaba alegría, sentía que, para él, la mejor vida era aquella, faltando programar junto a los demás reglas internas de la comunidad, de manera más amplia y convincente.

La casa era pequeña para tantos frailes, pero como el amor a todo ayuda y todo resuelve, ellos se acomodaron en las granjas como si estuviesen en lujosas residencias. Doña María Picallini, Jarla y Folí, cuando supieron de la llegada de Francisco, fueron a verlo, y el encuentro estuvo lleno de muchas emociones. Lloraron y rieron cuando conocieron todos los acontecimientos.

Su madre le hizo echar la cabeza en su regazo, como en los tiempos pasados, y contarle a ella las historias, que en aquél momento eran reales y fascinantes. Todos oyeron la voz cariñosa y vibrante del Fraile de Asís, narrando detalle por detalle, muchas cosas que advertían e instruían a todos.

Folí, que cambió mucho, estaba encantada. Su dulzura impresionaba a los frailes y su voz parecía un canto que se

eternizaba en el espacio y en el tiempo. Y ella dijo a Francisco, llamándolo padre por primera vez:

- Padre Francisco, sufrimos por tu ausencia, nos parece que hacen años que nos separamos de ti y no queremos que eso ocurra más. Por Dios, quédate con nosotros para siempre, que seremos felices. Si por ventura Dios te invita a que realices tareas fuera de Asís, pídele a Él que me llame a mí también. Podré prestar algún servicio, incluso el más humilde. Será una valiosa dádiva para mí acompañarte donde quiera que sea.

La madre de Francisco, pasando las manos por sus cabellos, vibrando de alegría por tenerlo en su regazo, dijo enseguida:

- Las palabras de Folí son las mías; deseo, como nunca, estar junto a mi hijo.

Jarla, con los ojos llenos de lágrimas, hizo saber que sus ideas eran las mismas que las de ellas.

Francisco, incluso tendido, con intenso amor por aquellas mujeres, replicó con sabiduría:

- Conozco mucho vuestros corazones, y ciertamente vuestros sentimientos. Ellos me ayudaron mucho a vivir, concediéndome coraje y dándome esperanzas en mis luchas; con todo, debo deciros a todas que nuestra voluntad es débil ante la voluntad de Dios. Él, el Soberano Señor, sabe lo que hace y nunca se equivoca en Sus directrices.

Es bueno que comprendáis que mi mayor placer es tenerlas junto a mí, admirándolas y trabajando todos juntos, por lo mucho que nos amamos.

Si Nuestro Señor Jesucristo creyera conveniente que caminemos unidos, ya sería el comienzo del cielo en mi camino; pero, si Él decidiera nuestra separación por el bien de la colectividad, debemos transformar la nostalgia en amor al prójimo y las lágrimas en trabajo en favor de los que

sufren, pues quien verdaderamente ama, no exige, no hiere, no se entristece, no se siente infeliz con los designios de Dios y emplea su tiempo en todo lo que considera digno ante la vida.

Podemos acordarnos de Pablo, cuando hablaba a los Gálatas en el capítulo seis, versículo tres, al que nuestro Shaolín se refería, expresándose así: “Porque si alguno se imagina ser algo, siendo así que es nada, se engaña a sí mismo”.

Si estamos acompañando a alguien por amor, este debe ser verdadero, y, si lo fuera, no puede huir de las reglas trazadas por el Evangelio. A todos vosotros que me oís en este momento, afirmo que estoy aquí para serviros, y en el momento en que falte a mi vigilancia acerca de la buena conducta, que me llaméis la atención. Deseo que sea con aspereza, para que yo despierte para el bien que debo hacer. Soy esclavo de la disciplina y se lo debo a la educación. Ante Jesucristo, yo desaparezco, hablándose de alguien que sirve y ama, porque aún nada soy.

Estuvimos en el Vaticano por bendición de Dios, no en busca de las bendiciones de Su Santidad Inocencio III, sino pidiendo la aprobación de las reglas que deseamos predicar y vivir para que el pueblo nos oiga, dada la ceguera de la masa humana. Respetamos inmensamente a la Iglesia Católica Apostólica Romana; no obstante, estamos buscando los caminos que nos enseñó el Evangelio en los primeros albores de la cristiandad.

Nuestras reglas son simples, pero difíciles de ser aceptadas, por el modo de vida que llevan los pueblos. Los vicios y hábitos creados por los hombres enloquecieron a los propios hombres. Estamos apartados, hace mucho tiempo, de la recta conducta, del recto pensamiento y del recto deber; de

la recta palabra, de la recta acción y de la recta armonía, aquella que nos hace conocer la armonía espiritual.

Sé, y nuevamente os lo digo, que no vinimos al mundo para caminar sobre sedas ni disfrutar de las delicias idealizadas por los hombres. Vinimos, sí, en un régimen que nos lleva a mucha disciplina, al rigor del sol y de la lluvia, a tener como techo la naturaleza, a tener como vestiduras simples tejidos, como alimento modestas porciones, respetando los sufrimientos que la vida pide para no desperdiciar. Digo, y repito muchas veces, si fuera necesario, que no vinimos a combatir ideología alguna, no vinimos a combatir ni a criticar ningún aspecto religioso; vinimos, sí, a procurar todos los medios posibles de hacer volver al seno de sociedad humana el Evangelio como él nació, los ejemplos de Cristo y de los primeros cristianos, porque esos ejemplos están siendo olvidados por los jefes religiosos, que en sus manos tienen el mayor tesoro espiritual de la Tierra: la Buena Nueva de Jesucristo.

Francisco miró a todos los compañeros, que, en silencio, esperaban más de su palabra. El agrado era general entre todos. Su madre estaba deslumbrada por sus conocimientos y su seguridad en el hablar. Jarla escuchaba satisfecha, porque conocía los talentos de su hijo del corazón, y Folí dejaba ver su admiración.

Todos, sentados en el suelo, oían a Francisco de Asís disertar sobre asuntos muy profundos, nunca antes debatidos, incluso en las iglesias, por los sacerdotes y obispos, así como por los cardenales. Era una verdadera función mediúmnica en el siglo trece.

Francisco, absorto en la inspiración divina, por el divino don de transmitir, puso los ojos en Shaolín, que pasó a llamarse *Fray Luis,* y dijo con respeto y alegría:

- Fray Luis, ¿podría el hermano en Cristo repetir la palabra del gran Apóstol de Jesús, Pablo de Tarso, a los Corintios, sobre el Amor? Desde ya agradecemos tu cooperación, para que podamos firmar nuestros sentimientos en este don, que, para nosotros, significa vida en el Vida Universal.

Fray Luis sonrió a todos y comenzó el canto en estos términos de luz:

"Pablo en la primera epístola a los Corintios, en el capítulo trece, versículos del uno al trece, conclamándonos así, inspirado en la Verdad:

Y yo paso a mostraros también un camino muy excelente. Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que una campana que toca o unos platillos que resuenan. Aunque tenga el don de profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga tanta fe que traslade las montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque reparta todos mis bienes entre los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso; no es grosero ni egoísta, no se irrita, no toma en cuenta el mal; el amor no se alegra de la injusticia; se alegra de la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. El amor nunca falla. Desaparecerán las profecías, las lenguas cesarán y tendrá fin la ciencia. Nuestra ciencia es imperfecta, e imperfecta también nuestra profecía. Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Cuando llegué a hombre, desaparecieron las cosas de niño. Ahora vemos como por medio de un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de una manera imperfecta; entonces conoceré de la misma manera que Dios

me conoce a mí. Tres cosas hay que permanecen: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más grande de las tres es el amor."

Fray Luis no quiso añadir nada suyo, en el canto Evangélico. Muchos de sus compañeros lloraban bajito y las mujeres aún más. Francisco se regocijaba de alegría, por el compañero que no perdió su lúcida memoria, la capacidad de guardar en los archivos de la mente, los tesoros de la vida. Rompiendo el silencio, Francisco dijo con entusiasmo:

- ¡Hermanos míos!... En la palabra del Apóstol Pablo está todo nuestro empeño de hacer del Amor, nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida. Quien huya de estas directrices, huirá de nosotros, si no de Dios o de Cristo.

El Amor es verdaderamente el supremo don y quien lo desconozca, nunca encontrará a Jesús. Esperamos que todos reconozcan el Amor del que hablamos y que sepan comprender sus más sutiles divisiones, para que podamos vivir en la plenitud de su paz.

Y ya que estamos envueltos en esta atmósfera de Amor, debemos decir con toda la sinceridad de nuestro corazón, que quien ama en la posición que Cristo amó y nos enseñó a todos, por el ejemplo de cómo debemos amar, no tiene padre, no tiene madre, no tiene hermanos consanguíneos, no tiene esclavos, no tiene señores. Todos somos hijos del mismo Padre que está en los Cielos, y todos, sin excepción, somos hermanos en Cristo Jesús, Nuestro Señor.

* * *

Las noticias de la Orden de los Hermanos Menores y de sus reglas de vida corrían por el mundo. Se veía el interés de mucha gente en conocer la Comunidad, así como a Francisco de Asís. La ciudad de Asís se hizo famosa y las personas

venían de muchas partes del mundo: de toda Italia, de Francia, de Alemania, de Portugal y de España; y no faltaba quien viniese hasta de Oriente. Cada día que pasaba, aumentaba el número de discípulos, integrándose a ella grandes nombres, siempre que obedeciesen las reglas establecidas.

El mayor propósito de Francisco y sus cooperadores era traer el Evangelio de Jesús a la vida de las criaturas; era desprendimiento sin miseria, amor sin apego y perdón sin connivencia; era fraternidad con respeto, caridad con discernimiento y división de los bienes en los lugares apropiados, y siempre trabajar para vivir con el sudor de la frente. Era libertad con responsabilidad, alegría en las cosas santas y energía sin violencia. Era comprender y elegir el Bien sin ostentación.

Para el clero establecido y edificante en el mundo, el programa de la comunidad era un absurdo; nadie podía vivir de aquella manera. Entretanto, no todo el clero estaba en contra. Algunos cardenales, obispos y sacerdotes encontraban en los propósitos de Francisco de Asís la salvación para la Iglesia Católica Apostólica Romana, insertada en su doctrina de preceptos altamente espirituales, de preceptos humanos y transitorios. No nos compete juzgar en lo que atañe a la vida de la religión que tanto respetamos. Sólo hablamos de la parte que los hombres deberían hacer y que no hicieron; plasmaron sus deficiencias, redoblando así el trabajo de los espíritus superiores en la vigilancia del tesoro de Cristo, siendo necesario que muchos de ellos, de esferas muy elevadas, renunciasen al mundo en el que estaban viviendo, para descender a la Tierra y manifestarse como hombres, restableciendo todas las cosas.

Los de corta visión, creyeron y creen improficuas las vidas de esos grandes místicos y elevados santos, cuyas luces

brillan cada vez más. Al pasar de los tiempos, ellas están más actualizadas por estar establecidas en la Verdad. Francisco de Asís que, hace ochocientos años, revistió en el mundo las formas de un cuerpo humano, nunca dejó de manifestar a toda la humanidad, sus ejemplos de fe, de sacrificio, de renuncia, de amor, de caridad, de perdón y de paz. Ahora, en la madurez de las propias criaturas, está siendo la época en que más se habla de él. Nada se pierde – esa es una verdad – todo se transforma para el bien de la colectividad.

No tenemos la pretensión de mostrar la vida de este santo en todos sus aspectos misioneros; para eso, tendríamos que escribir centenas de libros. Esta anotación es en el sentido de que ese místico por excelencia quede más en los corazones de las criaturas por la fuerza de su ejemplo, así como traer a la luz hechos que ocurrieron con él y que son desconocidos por los hombres.

Podemos decir que Francisco de Asís fue el Cristo de la Edad Media. Constatamos, muchas veces, con reverencia, la corte espiritual de Jesús descender de los planos resplandecientes para asistir a ese hombre de Dios. Fuimos testigos visuales, en innumerables oportunidades, de las curas realizadas por Francisco; entretanto, sobre sus manos estaban las de Jesús. En la Tierra, curas instantáneas solamente ocurren con Su presencia, principalmente cuando se trata de cuerpos totalmente damnificados, como en los casos de lepra, cuya curación, en aquella época, era casi lo mismo que hacer otro cuerpo. Esa ciencia, si algunos comprenden su teoría, en la práctica requiere evolución distanciada de los hombres y hasta incluso de los santos.

Hablamos de ese hombre con respeto, por su profundo respeto a Cristo.

Hablamos de él con cariño, por su profundo cariño a Jesús de Nazaret. Hablamos de él con el Amor que

alcanzamos, por su profundo Amor al Maestro. Rompió todas las barreras que separan las religiones y se elevó por encima de las miserias humanas, alcanzando el centro energético de los corazones.

¿Tú sabes por qué, querido hermano de jornada? Porque él ama a tu hijo, como tú lo amas; él ama a tu padre, como tú lo amas; él ama a tus familiares, como tú lo haces. Él ama a tus amigos, a los enfermos de todas las clases y a los presos de todas las especies. Él ama a los animales de todos los reinos y a ti, que estás leyendo con todo el cariño, porque él es Amor en forma de luz, besando la Tierra en la que resides. La religión de Francisco de Asís *es el Amor,* por ser él un *Ciudadano Universal,* en la influencia de Dios y en las manos de Cristo.

Como en todo es indispensable la preparación, el hijo de Bernardone se acordó luego de concienciar a los compañeros de la doctrina que habrían de predicar, que su comunidad no podría quedar solamente en un lugar, ni juntos los compañeros de luchas. Así como en las guerras los soldados no deben estar todos juntos, en las guerras de ideas y en la revolución que abrazaron, era imprescindible la división de los discípulos, para que se procesase la divulgación más rápida del Evangelio en Espíritu y Verdad, entre los hombres.

La presencia de Jesús sería reinstalada en la faz de la Tierra, para la paz de los hombres. Y el clima de la Edad Media era de los peores, porque el Mal estaba organizado, infelizmente, por vías que no deberían, y aún más, en nombre de Dios y de Cristo.

Cierta noche, Francisco, recostado en una hoja de la vieja puerta, después de mucho meditar y sintiendo el sacrificio impuesto por la falta de recursos, dirigió su pensamiento a Jesús, buscando con humildad soluciones adecuadas:

“¡Señor!... ¿Qué quieres que yo haga, ante lo que pretendo hacer en favor del Bien, del Amor y la Caridad? Me siento como un barco que el viento lleva a la deriva. Estoy en posesión del consentimiento del Clero Romano, para trabajar en su campo de innumerables conciencias. Puedo garantizar que esas puertas están abiertas para nosotros, no obstante, sé que eso no es lo esencial, pues mañana o después podrán ser cerradas, si fuera conveniente para la política y el interés propio. Soy conocedor de que hasta ahora jamás se miró el interés de la colectividad, principalmente si fuera para perderse el bienestar físico y la autoridad de mando.

Todavía, Señor, me compete a mí solamente oírte por ser Tu esclavo en todas las dimensiones que yo pudiera vivir. Soy tuyo y Te pido que vivas en mí. La casa está llena de compañeros decididos, y ellos esperan, como yo, una orden Tuya, para que podamos empuñar las armas, las que están en el polvorín Divino de Tu Buena Nueva del Reino. Ordena, y marcharemos bajo Tuy comando.”

Esperó unos instantes en completo éxtasis, condición que le fue entregada como premio, y oyó la gran voz que le hablaba sin utilizar los sonidos audibles.

- ¡Francisco!... Quiero que hagas la voluntad de Aquél que me envió al mundo, para organizar el Bien. Y la voluntad de mi Padre que está en los cielos es que lo ames a Él sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo. He ahí las dos llaves que abren todas las puertas de la vida, si no de la felicidad. Sabes lo que quiero que hagas, en el desdoblamiento de estos dos mandamientos de luz.

Ya fueron escritos en tu conciencia los preceptos más puros, para que vivas en la dignidad de un hombre que conoce la Verdad, en la filosofía de un discípulo consciente de su camino y de un hijo de Dios que respeta la vida. Dentro de

estas verdades podrás encontrar innumerables ramificaciones que tu creatividad espiritual te hiciera sentir.

Además de eso, en el afán de renovar tus fuerzas y las de tus compañeros, debo aclarar tu mente, en lo tocante al equilibrio de las emociones en todos los sentidos, organizando el Bien, sin que falte la práctica en las labores de cada día. Debes pensar y hablar en la Caridad, sin olvidarte de las obras, para que ella esté viva en la siembra de Dios. Debes incentivar todas las conversaciones en las cuales el Amor sea la lucha de los asuntos, sin olvidarte de la universalidad de esas virtudes, para que ella no pierda nunca su carácter de alimento del espíritu.

Prepara, Francisco, a tus discípulos, como yo te enseñé, y jamás debes olvidar esta verdad: quien quiera ser el primero, que sea el último; quien quiera ser el mayor, que se haga el menor de todos. Conozco tu disposición en los compromisos asumidos, pero es siempre bueno afirmar que nadie realiza nada sólo, y, si el que manda no sabe obedecer, acaba quedándose sólo en los caminos que idealiza. Haz amigos, no por el placer de disfrutar de la amistad, sino por el deber de la criatura que ama al prójimo. Sois muchos, pero seréis muchos más en la unidad de los compromisos, y os debéis dividir, no por vanidad, ni demandas, sino por inteligencia, para que el Evangelio sea conocido, con rapidez, en varios rincones del mundo.

Francisco, prepara a todos con conceptos seguros, sin prisa, y nunca impongas tus convicciones. Habla con amor y alegría; habla donando, que recibirás vida del gran auxilio. Excluye de tus conversaciones todo lo que contradice el Amor, que vencerás siempre. ¡Adelante!...

Francisco de Asís suspiró profundamente, durmiéndose en el mismo instante. Ya eran más de doscientos compañeros y era urgente tomar una decisión, pues las manos

necesitaban trabajar. Al día siguiente, Francisco inició, con toda la comunidad, lo que hoy llamamos curso intensivo para la preparación de todos los frailes. Ellos necesitaban comprender lo que deberían hacer y hablar en sus viajes, en todas las direcciones del mundo.

Vivir el Evangelio no es vivir en comunidad comiendo, bebiendo y durmiendo, en el sosiego que la mayordomía incentiva. Evangelio es trabajo, es sacrificio de los placeres sin importancia, es desprendimiento, es encarar la conciencia frente a frente, sin miedo de oír condenación, por haber cumplido el deber; aún más en la Edad Media, y en la misión que vinieron a cumplir, de romper el frasco de esencias raras, donde se encontraba el más puro concepto del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, para que el pueblo, cansado y oprimido, pudiese sentir el perfume de la esperanza con la seguridad de la Verdad.

Por la noche, todos estaban reunidos en una granja en forma de iglesia, hecha por las propias manos de los frailes menores, en las cercanías de Asís. Ellos la construyeron con la rapidez del relámpago, cantando y conversando sobre las ideas más elevadas que la vida podría ofrecer a la humanidad. Se sentaron en el suelo, para sentir el calor de la tierra y la inspiración del cielo. Francisco, que estaba fuera con otros compañeros, en busca de alimento, cuando vio la granja acabada, con aquella sencillez que no podía ser de otra forma, lloró de alegría. Antes de entrar, clavó las rodillas en el suelo, y dijo con emoción:

- ¡Estoy agradecido, Señor!... y se levantó añadiendo:

- No merezco tanto.

Allí mismo todos se alimentaron, sin que el hambre exigiese más. Después de un profundo silencio, Francisco dijo con entusiasmo:

- Hijos míos del corazón, tengo el deber de anunciaros que el Señor quiere que nos reunamos en conversaciones edificantes, en el sentido de que aprendamos unos de los otros lo que sea más útil para la divulgación de la Buena Nueva del Reino de Dios. Y si fuera del agrado de todos, yo sugeriría que comenzásemos hoy, ahora, siendo la inauguración de nuestra primera iglesia en Asís, esta casa de Dios hecha por vuestras propias manos.

Fray León y Fray Luis se adelantaron y dijeron sonriendo a Francisco, a la vista de todos:

Fray Francisco, ¿no nos dijiste a nosotros, que cuando te equivocases podríamos llamarte la atención y, si fuese el caso, agredirte e, incluso a la fuerza, ponerte en el lugar correcto?... Dando un tiempo, Francisco confirmó, diciendo:

- Podéis cumplirlo, porque es para todos un deber.

Los frailes habían hecho una gran silla de madera, para que el hombre de Asís pudiese destacar más al hablar, pues él era el guía de la comunidad. La silla estaba escondida, de manera que él no la pudiese ver. Presentándola, los frailes cogieron a Fray Francisco, uno de cada brazo, lo llevaron, haciendo que se sentase en aquella tribuna de honor. Francisco los miró y sonrió, no teniendo otra salida a no ser la de quedarse sentado, en lo que sintió demasiado confort. Él retiró pacientemente de la silla el asiento de suave hierba, que manos hábiles habían hecho, diciendo:

- Debo ofrecer este asiento a nuestro querido hermano Masseu, hombre de alto linaje, en el cual la educación es clima permanente de su personalidad, siendo las buenas maneras su propia vida. Y además de eso, él sufre… teniendo las piernas doloridas. Fray Ángelo, el campeón de la Nobleza, se levantó con alegría y entregó a Fray Masseu la oferta de Francisco y todos sintieron el amor del hijo de María Picallini por sus hijos espirituales.

El ambiente era de tranquilidad y respeto de unos para con los otros. Era una verdadera casa de Dios, donde aquellos hombres sencillos estaban reunidos para una gran tarea de aprendizaje, la de romper las barreras de la programación humana y hacer conocido el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, en Espíritu y Verdad. Fray León, que actuaba como su secretario y Fray Luis, que tenía mente fotográfica y nada se olvidaba de lo que pasase entre ellos, en lo que se refiere a los asuntos ventilados, estaban siempre a su lado.

Fray León, en su profunda sencillez, intentó romper el silencio, dando inicio a una de las reuniones más activas de la comunidad, en la Granja de la Luz, con la siguiente pregunta, siendo el primero en llamar a Francisco *Padre.*

- *¡Padre Francisco!... ¿Cuál es el deber más urgente que tenemos para con Dios?*

Francisco, casi en éxtasis, pero perfectamente lúcido, respondió con bondad:

- El debe más urgente para con Dios es amarLo sobre todas las cosas, en la más profunda sinceridad, en el recto deber y en la recta conciencia; en la recta comprensión, en el recto entendimiento y en la recta moral; en el recto perdón, en la recta caridad y en el recto desprendimiento; en la recta pobreza y en la recta humildad; en la recta paciencia, en la recta amistad y, siempre que pensemos en los otros, nos pondremos como si fuésemos ellos mismos. Lo que necesitamos en el día a día, vendrá como inspiración para adaptarnos como si fuésemos instrumentos de la divinidad, andando por el mundo.

Fray Masseu, ya bien acomodado con la dádiva del Padre Francisco, le dirigió a él la siguiente pregunta:

- *¡Padre Francisco!... ¿Y los compromisos asumidos con el prójimo, por la conciencia?*

El hijo de Asís, con la misma dinámica que respondió a Fray León, dio secuencia a la pregunta, en estos términos, sin faltar la humildad:

- ¡Hijo mío!... El mayor compromiso con el prójimo es aquél que tenemos para con nosotros mismos y para con Dios. Jesucristo no se olvidó de respondernos a todos, reduciendo los diez mandamientos en sólo dos: el primero como ya citamos, y el segundo, amar al prójimo como a nosotros mismos.

No podemos vivir sin él. En todo lo que hacemos, necesitamos de los otros; aunque no lo veamos, el prójimo está constantemente ayudándonos de varias formas y, a veces, sin exigir nada de nosotros. Dios nos hizo ínterligados unos a los otros por Su amor, de modo que no podemos vivir sin la vida ajena.

El amor es el centro de la vida, en la vida de Dios. nadie podrá amar al prójimo por interés y es este clima más puro del alma el que genera la felicidad. Jamás podremos alcanzar la felicidad sin pasar por los caminos del Amor puro.

El interés de Jesús en llevar el Evangelio a todas las criaturas es el Amor a ellas. Todos nosotros formamos parte del rebaño, en el que Él es el Pastor. Podemos notar en esta Granja una paz grandiosa, una alegría perfecta y una amistad sin precedentes. ¿Por qué? Por la fuerza del amor de unos para con los otros, y eso es el producto del amor al prójimo.

Entretanto, existe aquél prójimo que duerme en la ignorancia de las cosas de Dios, que carece mucho más de nuestra comprensión y de nuestra asistencia, de nuestro perdón y de nuestra convivencia con él. Es para vivir junto a esos, amándolos en la más alta expresión de los sentimientos que aquí estamos preparándonos.

Fray Egídio levantó la mano con suavidad y dijo pausadamente:

- ¡Padre Francisco!... ¿En qué posición debemos quedar, cuando nuestra familia no comprende nuestra misión fuera del hogar?

Francisco, con la tranquilidad de siempre, concatenando ideas y buscando en el corazón las frases más simples posibles, respondió con dulzura:

- Fray Egídio, tenemos para con la familia un deber mayor. Siendo ella el prójimo más próximo, junto a ella podemos escuchar y ser oídos. La familia nos dio la posibilidad de ser visibles en el mundo, en el cual debemos hacer y cumplir, por encima de todo, la voluntad de Dios.

Aquellos que aún tienen la responsabilidad de familia podrán encontrar, en el seno de ella, un vasto campo de trabajo y realizaciones. La divulgación del Evangelio dentro de casa casi no carece de los recursos de la palabra, pues en ella funciona, con más provecho, el ejemplo.

El que dirige un hogar recibe ayuda de los que conviven con él, cuando estos le señalan las faltas que no tuvo oportunidad de corregir.

Si ya adquirió la humildad, el hogar será para él la mejor escuela, donde el aprendizaje sea tal vez más profundo, de lo que es para aquél que visita todos los países del mundo, ejecutando el verbo en función del Bien.

Nadie se pierde por quedar preso, como dices, en un hogar; al contrario, gana mucho, si sabe vivir con los que le rodean, comprendiéndolos. Recuerda que nuestro Maestro nació en un hogar, y que cuando llegó el momento, rompió los vínculos que lo retenían y formó otros hogares, por no atarse, pues Su misión era la de ser Maestro de todas las ovejas. Su hogar es la humanidad y todos somos, en Dios, nuestro Padre, Sus hermanos menores.

Existen, hijo mío, los que construyen hogares con deberes y compromisos asumidos, así como los que no

vienen para eso, haciendo suyos, todos los hogares, derramando su amor por toda la Tierra. Cada uno de nosotros tiene una misión diferente una de la otra y cuando entiende su deber, el resto Dios lo añadirá.

En cuanto a nuestro caso, particularmente, no existe más vínculo, en lo tocante a las cosas materiales. Fui separado de la familia por voluntad de mi padre, por el exceso de dominio que él quiso ejercer sobre mí, ya en la mayoría de edad. En cuanto a lo que debo ayudarlos, ellos no necesitan de mí, en lo que concierne a las cosas materiales y, en espíritu, donde yo esté, puedo ayudarlos, si fuera necesario. Por encima de todo en la Tierra, tengo compromisos con mi conciencia y con Nuestro Señor Jesucristo. Soy libre, gracias a Dios, en lo que se refiere a la familia.

Fray Lucílio, la personificación del desinterés de las cosas materiales, le hizo esta pregunta:

- *¡Hermano Francisco!... Por Dios, ¿podrías decirnos qué es caridad para con nosotros?*

El *Habitante* de Asís, meditativo y tranquilo, respondió con alegría:

- Esta caridad que dices es, por excelencia, la más preciosa, no porque deseamos disfrutar de ese bienestar celestial, sino para asegurar nuestro trabajo con los demás. Si un soldado necesita un entrenamiento con las armas para luchar y vencer al enemigo, mucho más los soldados de Dios, que somos nosotros, por misericordia. La caridad para con nosotros es en el sentido de prepararnos en pensamientos, ideas y sentimientos para hacer mejor el bien al prójimo. Estamos en régimen de urgencia, preparándonos para hablar con dignidad, trabajar con discernimiento y ayudar por Amor.

Quien aún no se educó a sí mismo, ¿cómo podría trabajar en la educación colectiva? Quien aún no perdonó, ¿cómo podrá hablar y enseñar el valor del perdón? Quien aún no se desprendió de los bienes terrenos, ¿cómo podrá pedir a los demás ese desprendimiento? Quien aún no ama a Dios y a sí mismo, ¿cómo mostrar a las criaturas que el amor es la propia felicidad? Primero tenemos que sentir y vivir las cosas que pretendemos enseñar.

La caridad para con nosotros es desearnos todo el bien posible, sin egoísmo, contrariando ciertos instintos inferiores, a través de una disciplina activa y constante. La caridad, nacida en el corazón de la criatura, es fruto del esfuerzo propio, para que después surjan las bendiciones de Dios y de Cristo. Todo ascenso exige esfuerzo, todo esfuerzo carece de inteligencia y toda inteligencia solamente encuentra provecho, cuando está dirigida por el corazón, unido a las leyes naturales.

Fray Arlindo, el modelo de la alegría, dio señal de que deseaba hablar, y dijo con la misma secuencia que su compañero:

- *Desearía saber, Padre Francisco, acerca de la caridad para con los otros.*

Francisco de Asís, sin demostrar cansancio, estampó en su aspecto cierta alegría, y expuso con paciencia:

- La caridad para con los otros es el fruto de largas experiencias, porque la verdadera Caridad es hija del amor. No exige, para no perder la alegría; no ofende, para no perder la paz; no violenta, para no perder el equilibrio; no es malediciente, para no frustrar la bondad; no arde en celos, para no aborrecer a nadie; no duda de las cosas de Dios, para no olvidar la esperanza. Cumple su deber en lo que fue llamada para no someterse al tribunal de la conciencia.

La caridad para con los otros comienza en el respeto a los derechos ajenos, ayudando a todas las criaturas donde quiera que sea, dentro de nuestras fuerzas. Y ella nunca reclama, nunca maldice y nunca se rebela; nunca desea mal, nunca pide para sí, nunca injuria y nunca se entristece. Ella es un sol de Dios, que nunca se apagará.

Fray Rufino, uno de los hermanos más dedicados, dijo con presteza:

- *¡Padre Francisco!... Por gentileza, ¿podría el señor decirnos qué es el verdadero desprendimiento?*

El Hermano Francisco, rehecho en Cristo de las energías gastadas en la conversación y con las respuestas a los compañeros, sentenció con provecho:

- ¡Fray Rufino!... Desprendimiento es no prenderse a cosa alguna, pues ningún espíritu desea estar preso. Hasta los propios animales no se sienten bien cuando están prisioneros. Todos queremos ser libres. La libertad es, pues, amada por todos y por todo; no obstante, la vida nos condiciona a determinadas prisiones. Mientras no despertemos para la realidad, seremos esclavos de la propia ignorancia.

Cristo llamó a un puñado de hombres para seguirLo, pero deseó que ellos fuesen libres, que se liberasen de los obstáculos terrenos, porque Él mismo dijo con propiedad: "Donde esté tu tesoro ahí estará tu corazón".

Desprendimiento no es deshacerse de los bienes terrenos, disponiendo de ellos sin conciencia de lo que se está haciendo, pues quien procede así confunde negligencia con desprendimiento. Tendrá que sobresalir en nosotros en buen sentido. Existen varias formas de desprendimiento, dependiendo ahí de quien se está desprendiendo, cuál es su posición ante el mundo y frente a la humanidad. Depende

también de lo que estemos haciendo y de lo que pretendemos hacer.

Puede perfectamente existir rico desprendido y pobre usurero, porque la ganancia nace desde dentro de la criatura para las cosas de fuera. Es, por tanto, la ignorancia quien todo lo mueve, por no dejar que el ignorante conozca las leyes de Dios, que no se olvidan de quien trabaja y confía en las fuerzas superiores.

Desprendido es aquél que sabe dar, porque es dando que recibimos. No obstante, dar también es ciencia, pues quien no sabe dar queda siempre debiendo. Desprendimiento es siempre el clima del sabio y del santo, si no del hombre altamente inteligente. Esa virtud es nuestra base de vivir, porque vivimos en Cristo, para que Dios viva en nosotros…

Fray Gil, mancebo refinado en la contemplación, preguntó al hermano Francisco de la siguiente manera:

-¡Fray Francisco, padre de todos nosotros los que aquí nos reunimos!... Si fuera de tu agrado, me gustaría saber qué es la pobreza de la que tanto hablas.

El hombre de Úmbria, fijando los ojos en el discípulo, esclareció con propiedad:

- Hermano Gil, como buscas profundamente las cosas de Dios en la amplitud que muchos desconocen, yo diría a todos los que me oyen y me toleran por caridad, que la pobreza, en su esencia cristiana, es la felicidad.

La riqueza en el mundo de las formas es pura ilusión. Ella trae problemas de difícil solución para nuestros caminos, porque el dinero, en manos que no comprenden sus objetivos primordiales, pasa a dificultar los más puros ideales. Es bueno que comprendas que existen muchos pobres ricos y muchos ricos pobres. Nosotros amamos la pobreza en sentido diferente a los ojos de los materialistas y hacemos

todo para hacer circular las riquezas de Dios, el único dueño de todo lo que existe en toda la creación.

Nosotros que formamos esta comunidad, tomamos directrices más drásticas acerca de la pobreza, para fijar en la mente de nuestros compañeros el desprendimiento, pero el desprendimiento que valora las cosas y no el que las desprecia. Nosotros somos y debemos ser el contraste de lo que existe en las religiones organizadas por la política y por los intereses individuales. Vinimos para eso, para dar todo de nosotros, a fin de que nuestros semejantes puedan por lo menos, dar de sí para los demás, lo que ya es un comienzo de la oferta cristiana, de caridad y de desprendimiento.

Nuestro Señor Jesucristo fue, en el mundo, el más pobre que pisó la Tierra. Él mismo dice no tener una piedra para reclinar la cabeza, cuando necesita de descanso. Entretanto, era y es el Mayor Donador que la Tierra conoció hasta ahora. Pobreza, en el sentido que hablamos, es sinónimo de libertad espiritual. Aquél que consigue ser pobre, en lo que concierne a la filosofía de Cristo, verdaderamente es el más rico de los ciudadanos del mundo y del cielo, porque está perfectamente en paz con su propia conciencia.

Ese es el asunto sobre el cual mucho tenemos que hablar, pidiendo siempre a Jesús que nos ayude a entender qué es la pobreza, en el escenario evangélico.

Fray Bernardo, columna de la fe cristiana, movido por la confianza en los ideales de su padre espiritual, refundió el pensamiento y seleccionó ideas, preguntando con seguridad:

- *Padre Francisco, ¿qué podemos entender por instrucción?*

Francisco cerró los ojos, meditó unos instantes y habló serenamente:

- Fray Bernardo, la instrucción, en la acepción de la palabra, en los conceptos espirituales, es acumulación de

experiencias en los archivos del alma. Quien no se instruye, no acompaña al progreso, que verdaderamente es fuerza de Dios en los caminos de los hombres. Aprender, hijo mío, es una gran bendición que nos ayuda a liberar el corazón de las tinieblas, pues la instrucción repele, si no deshace la ignorancia, ampliando los sentimientos en todas las direcciones.

Todavía, ella necesita algo más de lo que sabe. Para saber con discernimiento, la instrucción necesita de disciplina y de analizar con buen sentido el empleo de la inteligencia, para que ella no sea motivo de escándalo. La instrucción nunca dejará de existir, porque quien no conoce no puede vivir bien. No obstante, carece de vigilancia en todas sus presentaciones en el mundo, que está lleno de sabios, pero, de santos…

Procura siempre instruirte, hijo mío, pero, jamás te olvides de las leyes naturales y de Quien las hizo, así seguirás por buenos caminos.

Fray Ángelo, destacándose por su nobleza de carácter, argumentó con facilidad, interpelando a Francisco en estos términos:

- *¡Padre Francisco!... ¿Qué podemos entender por educación?*

Francisco respondió con cordialidad:

- Educación, hijo mío, es por así decirlo un tesoro, que nace primeramente en el engendrado ambiente de la evolución espiritual. Donde existe ignorancia, no puede existir educación. Ella es una fuerza de Dios en el corazón del hombre, que se debe despertar por varios medios, y principalmente, por la disposición en el bien común y en el respeto a los derechos ajenos.

En el mundo, muchas veces, se confunde educación con instrucción. Son fuerzas paralelas, de objetivos idénticos.

Para entregarse el hombre a la tranquilidad de conciencia, la educación necesita de la sabiduría, y esta no tendrá vida noble sin aquella. En la instrucción, la criatura necesita más de maestros que dirijan sus caminos y de libros que aseguren sus experiencias. En la educación, el maestro es el tiempo y los libros, la naturaleza que consustancia todos los valores, entregándolos a la conciencia.

Y educar, en el sentido que hablamos, es nuestra meta, pero, primeramente, debemos educarnos nosotros mismos, para después ayudar a los otros, por los ejemplos. El mundo y la humanidad tienen que pasar por millares y millares de años, en este trabajo de educarse y de concienciarse de que el Amor es la vida, buscando luz para el alma. Entretanto, la educación sin el saber está sujeta a atrofiar los sentimientos. Es por eso que la naturaleza es, casi siempre, binaria: hombre y mujer, día y noche, claro y oscuro, dos piernas, dos ojos, dos oídos y muchas otras cosas que podemos analizar con una simple meditación. Y, finalmente, Sabiduría es Amor posando en la cumbre de la vida, para gloria de la propia vida.

Fray Junípero, en quien la paciencia hizo morada, hizo señales con la mano, y manifestó con interés:

- *¡Padre Francisco!... ¡Desearía conocer el valor de la cortesía!...*

Francisco, con la mansedumbre que le caracterizaba, se hizo oír con humildad:

- ¡Querido hermano!... La cortesía es el perfeccionamiento del alma. De cualquier modo que se manifieste, ella es hija de la educación y nace con el beneplácito del Amor.

La afabilidad, incluso expresándose en el comercio donde el interés es el móvil del afecto, tiene su trabajo en el interior de la criatura. Es algo que nace y que nunca morirá. Y si ya despertaste para el Bien verdadero, en la luz de la

Caridad, nunca debes olvidarte de esta virtud, porque ella valora tu vida y la de quien te estimula, despierta la esperanza y construye la amistad. El hombre afable no maltrata, no injuria, no se olvida del Bien y siempre es alegre.

Fray Elías, hombre integrante en la benevolencia, dijo con mansedumbre:

- *Padre Francisco, si fuese posible me gustaría que el señor hablase sobre la amistad.*

El hombre de Dios, seguro de sus convicciones, amplió el tema con la claridad indispensable, en este modo de decir:

- Primeramente, debemos decir que el Apóstol Pedro se interesó mucho por la amistad, cuando recomendó a sus compañeros que hiciesen amigos. Y nosotros vamos a repetir lo que el primer discípulo de Jesucristo, hablando en el mismo tono y en la misma secuencia: "Todos debéis hacer amigos, pues la verdadera amistad será luz para vosotros en todos los caminos para la eternidad."

He aquí el tesoro de que no debemos olvidarnos en todas las circunstancias, en el momento de hablar, en la hora de comprender, en el instante del trabajo, cuando estuviéramos en casa, en nuestras andanzas e incluso en las oraciones, porque la amistad es un vínculo donde puede transitar el Amor.

Vamos a pasar por muchos lugares, hijos míos, dando y pidiendo. Vamos a conocer muchas naciones y vamos a comunicarnos con millares de criaturas; y la oportunidad de hacer amigos no nos ha de faltar. Ese es, pues, el más bello ejercicio para el alma: comprender a nuestro semejante y ayudarlo con nuestros recursos, para que el día de mañana, esa amistad venga a ayudarnos en la divulgación de la palabra de Cristo a las naciones y a todas las criaturas de Dios. Hacer amigos es acumular tesoros en la eternidad.

Debemos acordarnos nuevamente de los dos mandamientos, resumidos por Jesús, cuando se refería a los diez recibidos por Moisés en el Monte Sinaí: "Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos". Si los hombres se amasen unos a los otros, si todos fuesen amigos unos de los otros, en el verdadero sentido de la palabra, la Tierra se transformaría en Cielo, y nada faltaría, porque el interés de ayudar sería fuerza divina recorriendo las venas de todas las criaturas.

Eso es lo que deberemos ver en el futuro, cuando el Maestro de los maestros sea conocido por todos los pueblos y cuando el Evangelio sea hablado y vivido por todas las personas. Todas las virtudes están unidas en la amistad y esta se engrandece cuando ellas se transforman en Amor.

Fray Juan, amante del trabajo y artesano de primera categoría, soltó la palabra, con la dificultad de hablar, diciendo entender así:

- *¡Padre Francisco!... Sería bueno para todos nosotros oír tu palabra acerca de la verdadera propiedad.*

Francisco de Asís, con jovial afecto, pensó en el mundo entero, en los desequilibrios financieros existentes por todas partes. Se acordó de su padre terreno, Pedro Bernardone, y pidió a Dios inspiración para el tema de aquella noche, asunto que él tanto debatía desde joven, y respondió con energía, con la dulzura que da la educación:

- ¡Fray Juan!... Trajiste un asunto de gran interés para nuestra comunidad. La verdadera propiedad nos interesa por demás, por ser ella el asunto primero, adoptado por todas las reglas: trabajar para la verdadera propiedad. Debemos acumular bienes en el granero de nuestra conciencia, aquellos imperecibles que adquirimos con los esfuerzos de cada día, por la educación, por la instrucción, por la disciplina, por el dolor y a través de todos los problemas.

Las propiedades del mundo son engañosas, por prendernos a las reglas humanas, donde acumulamos los bienes terrenos. Tenemos que montar guardia y defenderlos, arriesgando la propia vida, y ellos nos llevan generalmente a determinadas acciones contrarias a nuestra moral, deshaciendo nuestra dignidad. El verdadero sabio nada posee, para no quedar preso al oro; el verdadero santo es desprendido de la fortuna, para no ser su esclavo.

En esta comunidad, donde tenemos como guía principal a Nuestro Señor Jesucristo, tenemos que observar esa regla áurea del desprendimiento, para que podamos trabajar sin ningún vínculo con las cosas del mundo y ser libres para realizar el programa de Dios. La verdadera propiedad, hijos míos, es aquella que podemos guardar en el corazón; son los talentos de los que habla el Evangelio y, esos los llevamos con nosotros por donde vayamos, sin miedo de que los ladrones nos roben, porque son intransferibles y eternos, irradiándose en el centro de nuestra vida. Son conquistas que quedaron con nosotros eternamente, por las bendiciones de nuestro Padre Celestial.

No queremos que entendáis que estamos despreciando el oro del mundo, pero debemos, cuando él llegue a nuestras manos, canalizarlo hacia los debidos lugares, donde fueran más necesarios. Todo, en el lugar apropiado, es bendición de Dios para la felicidad del hombre.

La verdadera propiedad es discernimiento, es cordialidad, es saber oír, es entender sin herir, es trabajar por amor, es hablar ayudando, porque los valores de Dios no podrán estacionarse en el alma, presos por los egoísmos. El tesoro del cielo aumenta en nosotros en la proporción en que lo distribuyamos. Volvemos a afirmar, con alegría, que es dando que recibimos.

Fray Buenaventura, amante del perdón, levantó la voz con propiedad, con esta manera de expresarse:

- *¡Fray Francisco!... Desearía oírte hablar sobre el sexo.*

El hombre de Asís, lleno de su conducta cristiana, estaba interesado en hablar algo sobre el sexo dentro de su comunidad. Sus compañeros tendrían que concienciarse sobre todos los asuntos, pero más sobre el sexo. Y habló con sabiduría:

- ¡Hermano Buenaventura!... Deseamos la paz de Dios para todos los corazones. Permita el Señor que podamos entender con profundidad todos los problemas inherentes a la vida, sabiendo conquistar las virtudes en medio de los desastres morales. ¡Hijo mío!... El sexo en sí es un generador de energías divinas en su estructura; es por su intermedio que la vida física se expresa en la Tierra, en las ramificaciones de todos los reinos de la naturaleza.

El sexo en el hombre hace surgir la mayor fuerza, hasta entonces conocida en la forma de instinto. Supera todas las deficiencias, sumando diferentes energías, para alcanzar sus objetivos; entretanto, el sexo carece de educación y disciplina para sublimarse como virtud espiritual.

Sé que vamos a encontrar muchos hermanos incapaces de superar el impulso sexual. Incluso teniendo ya dominado otros instintos groseros, este y el miedo de la muerte son siempre los últimos a ser vencidos; principalmente el del sexo, por acompañar al alma, donde ella debe residir.

El sexo insaciable, cuando es desordenado, no respeta los derechos de los otros, creando problemas, cuyas desarmonías son destructoras y, sin la debida disciplina, inquieta a la sociedad, mancha hogares y deshace amistades, desvirtuando almas y desuniendo comunidades.

Todavía, si los hermanos que vinieron con la finalidad de dar continuidad a los pueblos y oportunidades a las almas

de venir al mundo a alcanzar la educación sexual, dieran al sagrado impulso las debidas directrices, él se transformará en fuerza de Dios, para la creación de la luz. El Evangelio nos habla de los hombres que se hicieron castos, que nacieron castos, y que no son castos, y amplía la castidad en un concepto por excelencia más elevado, del hombre puro en virtudes.

No estamos exigiendo nada de nadie para seguir a Cristo. Exponemos reglas para servir bien a la humanidad, en Su nombre. No queremos retirar a quien quiera que sea de sus obligaciones familiares para con sus esposas, hijos, parientes y amigos; sólo queremos que la criatura se vuelva para dentro de sí, que tome parecer con su propia conciencia, y oiga su voz interior.

Cada lugar es bueno para obrar en nombre de Dios, y queremos aquellos que puedan acompañarnos por donde necesitamos ir – libres – por nuestra propia voluntad y responsabilidad. No queremos determinar para persona alguna cómo debe utilizar el sexo, porque hasta los animales lo saben. Lo que queremos, es despertar a las criaturas para Cristo y para Dios, bajo el comando de la conciencia.

Fray Felipe, en su ambiente de tranquilidad, despertó del adormecimiento en que se encontraba y mostró señales de interés, hablando con bondad:

- *Hermano Francisco, sería bueno para todos nosotros, si supiésemos algo más sobre el perdón.*

Francisco, diligente y amigo, aseveró con riqueza de detalles sobre el asunto que él tanto amaba, estructurando todos sus pensamientos en la fuerza de la palabra, haciéndose oír con respeto:

- ¡Fray Felipe, que Dios, en su Divina Sabiduría, pueda inspirarnos a todos en este momento de meditación y en esta escuela del Evangelio!

Hablar sobre el perdón nos gusta mucho. Él abre las puertas de la verdadera felicidad, y hace que nuestro corazón se sienta libre de la opresión de la conciencia. Es tan divino, que nos da condiciones de olvidar las ofensas, favoreciéndonos el ambiente para rehacer amistades.

Quien ya entiende que debe perdonar, está comprendiendo que existe el bienestar espiritual; quien ya le gusta perdonar, es alumno en la escuela de la caridad consigo mismo; y quien perdona por amor a las criaturas que ofenden, ya se liberó de los peligros del mundo y alcanzó el Bien universal, alimentándose en el gran auxilio de Dios.

El perdón retira todo el mal de los canales, donde él podría proliferar. ¡Él es la propia paz! Es socorro para los desesperados, pues permuta el ambiente pernicioso del odio en la atmósfera donde puede generar el Amor.

Somos humanos y estamos deseosos de la perfección espiritual, y en muchas circunstancias, nos ofendemos con ataques inesperados de hermanos que ignoran nuestros trabajos. El Evangelio, sin embargo, nos adapta con el recurso del perdón y luego limpiamos la mente y el corazón de las llagas, que el odio y la venganza comienzan a crear. Debemos darnos las manos y cantar día y noche el cántico del perdón, que él nos hará de pasar de hombres cautivos a seres libres.

¡Perdona y serás compensado; perdona, y serás atendido en los deseos sublimados; perdona, y serás fuerte en la batalla contra el mal; perdona, y serás iluminado por la gracia y misericordia del Señor!

Fray Cándava, dotado de gran inspiración, se dignó a preguntar, diciendo así:

- ¡Padre Francisco!... Desearía oír alguna cosa referente a la felicidad.

Francisco de Asís, meditativo, respondió con emoción:

- Felicidad, mi querido compañero, en la Tierra, solamente tenemos noticias de su belleza y de su estado permanente de bienestar. Depende del esfuerzo de cada uno, en el pleno ejercicio del perfeccionamiento. Ella no es ni nunca fue dada; es conquistada por el alma que sube el calvario de la vida. La felicidad no se vende ni se compra, es acumulada paso a paso, por las líneas de la oportunidad que la vida nos ofrece en todos los momentos. La felicidad es, pues, el conjunto de virtudes acumuladas en el corazón.

Todos somos candidatos a la tranquilidad imperturbable, mas, para eso, tenemos que luchar y vencer la más dura de las batallas, en la guerra con nosotros mismos, que carece de vigilancia permanente para eliminar a los enemigos que mucho conocemos: el odio, la envidia y los celos, la discordia y la maledicencia, la venganza, el orgullo, el egoísmo, etc. Son frentes de batallas que debemos impedir para vencernos a nosotros mismos y conocer el terreno sagrado de nuestro corazón.

Existen muchas criaturas que se desaniman en la búsqueda de la felicidad, por desear disfrutarla de inmediato, hecho impracticable. Ella comienza con el simple cambio de pensamiento, descendiendo para las ideas, dominando las acciones, buscando la vivencia, demorando, a veces, un tiempo prolongado. La verdadera felicidad exige, en la vida de cada uno, la pureza de pensamientos, de ideas y de sentimientos, la pureza de corazón, de la palabra y de la vida. Entretanto, después de conquistado todo eso, el clima de felicidad perfumará nuestro ser, y nunca más la perderemos y ella nos acompañará en el tiempo que se llama eternidad.

Fray Pedro, consubstanciado en el clima de la tolerancia, reveló con alegría lo que pasaba en su interior, preguntando así:

- Padre Francisco, si le fuese agradable al señor, yo desearía conocer cuál es la utilidad del placer.

El hombre de Asís, jovial y sonriente, interesado en la paz de todos sus compañeros, habló con serenidad:

- Fray Pedro, jamás me olvidaría tocar este asunto, que nos interesa a todos. Todos los asuntos deben ser recordados, en nuestra comunidad, para nuestra propia cultura espiritual. Nos corresponde vigilar todas las interpretaciones que diéramos a tales asuntos, para que cooperemos con la propia perfección de nuestras reglas. No es lo que yo digo que será lo cierto; es lo que fuera cierto, aprobado por nuestras conciencias en conjunto, y también, sometido al disciplinador común que se llama Tiempo.

El placer, hijo mío, tiene varias modalidades de interpretaciones, dependiendo mucho de la evolución del alma. El placer del guerrero es hacer la guerra y ganarla. El placer del comerciante es vender, enriquecerse cada vez más. El placer del agricultor es adquirir tierras y más tierras, y todos los años recoger lo máximo que pueda, rebosando sus graneros de frutos y simientes. El placer del político es alcanzar puestos y más puestos de mando, dominando a los pueblos. El placer de una madre es ver a sus hijos sanos, viviendo en paz. El placer del tribuno es hablar bien y ser famoso. El placer del escritor es escribir, para gustar a todos. El placer del usurero es el oro. Las enumeraciones pueden ser infinitas en las líneas del placer; no obstante, bastan estas para que podamos entender cómo elegir nuestro placer.

El placer real de nuestra comunidad es el mismo placer de Nuestro Señor Jesucristo: el de servir, con todos los cambiantes del Amor, de comprender con todas las modalidades del entendimiento, de ser buenos con todos los recursos de la perfección, de ayudar con todos los medios para levantar al beneficiado, de perdonar con completo

olvido de las ofensas, de hablar en todas las lenguas conocidas por los sentimientos, de repartir lo que tenemos con la máxima seguridad, de aliviar a todos los sufrientes que estuvieran a nuestro alcance. Debemos tener, igualmente, un gran placer en oír a quien señala nuestros defectos, en amar sin condiciones en todos los rumbos de nuestras actividades y, por último, en servir de instrumentos para que hable por nosotros el Verbo Divino.

Y en esta misma secuencia, debemos sentir placer en el respeto a las convicciones de las criaturas en el campo religioso, político y filosófico, sin imponer, a las vidas ajenas, el modo en que vivimos. Si sentimos placer en la libertad, debemos ofrecer el mismo placer a los otros, porque Dios sabe qué hacer, filtrando todos los placeres incentivados por los hombres, dejando el placer divino que Él crea conveniente para nuestra felicidad.

Fray Silvestre, portador de gran dignidad, estaba guardando una pregunta, para que todos la escuchasen con atención, y así se expresó con alegría:

- *¡Padre Francisco!... Si fuera oportuno, me gustaría comprender mejor el por qué de esa urgencia en divulgar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, si la Iglesia Católica ya lo hace más de mil años.*

Francisco, agraciado por la paz de corazón y jubiloso de alegría, principalmente por la pregunta articulada, dijo sin rodeos:

- Debo, en esta hora, decir a todos los compañeros de trabajo, nuestra misión ante la Iglesia, donde el nombre de Pedro, el Apóstol, figura como el primer papa de la cristiandad. Primeramente, queremos que todos nos comprendan y sepan de nuestro respeto por esa Iglesia de Dios, que se hizo presente en el mundo por sus representantes.

Esa Iglesia luchó con todas sus fuerzas, en el sentido de mantener el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo encendido en todas sus virtudes. Después de un determinado tiempo, ella se alió, como es del conocimiento de todos los hermanos, al Estado, para aliviar las persecuciones contra los cristianos, de tal manera que el Evangelio pudiese avanzar más libre de la ignorancia humana, envolviendo el espíritu en la letra, que calla ciertas verdades. Hasta ahí estamos de acuerdo, debido a la situación espiritual de la humanidad, de no estar preparada para tal vivencia en Espíritu y Verdad. No obstante, el desliz avanzó más allá de las líneas en que debería parar y descuidaron demasiado la esencia, procediendo de peor forma que los políticos y los guerreros. Y el contrasentido mayor fue y es matar en nombre de Dios y de Jesucristo.

Ellos, los dirigentes de la Iglesia Católica Apostólica Romana, perdieron las condiciones espirituales de predicar el Evangelio. Muchos de ellos ya nacieron condicionados por las nuevas escuelas de sacerdotes, inspiradas en el crimen, en el orgullo y en el egoísmo, en la fastuosidad y en el poder, en la prepotencia y en la venganza. Y ahora, ¿cómo volver atrás y reconducir a la religión a las verdaderas bases? El mayor tesoro del mundo escapó de sus manos, por las interpretaciones de falsos teólogos, corrompidos que estaban y están de la influencia del oro y del bienestar material. Si no fuese por eso, no necesitarían de nuestro trabajo. Nosotros iríamos, de cuerpo y alma, a engrosar las filas del clero organizado.

Estamos aquí, como nos recomienda el Señor, que siempre oímos, para levantar Su Iglesia y reconstruirla en las bases primitivas de Amor y de Caridad. No se puede decir que todos los de la Iglesia se equivocan, pues generalizar cualquier asunto es demostrar ceguera espiritual. Existen

muchos sacerdotes que lucharon y luchan, dando la propia vida en favor de la pureza de los conceptos de Cristo, y eso es laudable en los días que corren.

Pero, los dirigentes, en la mayor parte, están influenciados por la disonancia doctrinaria. Olvidaron el Amor y, si por ventura hablan de él, no lo viven. Olvidaron la Caridad, y si a veces hablan de ella, se olvidan de las obras. Olvidaron el Perdón, y si se acuerdan de él algunas veces, nunca perdonan. Hablan mucho de Paz, entretanto no dan un paso en favor de ella…

Somos ovejas en medio de lobos, por las ideas que estamos cultivando. A cualquier hora seremos atacados, porque nuestra práctica va a perjudicar la vida de ellos, incompatible con la vida de Jesucristo. La urgencia que tenemos de predicar el Evangelio es en este sentido: recordar el Evangelio primitivo, de que gracias a Dios, no cambiaron la letra, sino el sentido, con el cual podremos, con la gracia de Dios, reconstruir la casa, utilizando más de la propia práctica, para después hablar de aquello que fue vivido.

Reiteramos aquí nuestro agradecimiento a esa Iglesia que está cayendo, por haber conducido el nombre de Jesús en el viaje de los siglos, y donde Lo reencontramos en la vida de algunos corazones que aman. Agradecemos, también, por el consentimiento de Su Santidad en abrirnos los caminos y aceptar las reglas propuestas por nosotros junto a su comprensión.

No debemos esperar en esta jornada, nada de bueno para nuestro propio provecho, porque la humanidad ya está habituada a las malas costumbres, y nuestro trabajo es de sacrificio, de disciplina y de Amor, en su más alta pureza, concerniente a los buenos sentimientos. No debemos juzgar a nadie ni a las instituciones, que ya se hicieron presentes en el mundo, pero, tenemos un deber, por la voz que nos llama a

trabajar. Y si creemos en ella, vamos sin esperar. ¡Vamos a servir!

Fray Rogelio, dedicado servidor del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, de verbo que fluía fácilmente a flor de los labios, dijo:

- *Padre Francisco, será para mí especialmente agradable, si escuchase algo más sobre lo que es la conciencia de la que muchos hablan, pero poco se dice, permitiendo una comprensión más profunda.*

Nuestro Hermano Francisco, con los labios ocupados por la sonrisa espontánea, dio un intervalo entre pregunta y respuesta, de modo que las ideas pudiesen surgir en el ambiente de inspiración superior. Y argumentó con presteza:

- ¡Fray Rogelio!... Es de notoria comprensión que ese asunto participe de las reflexiones de Dios, en lo recóndito del alma. Nuestros teólogos, hombres a veces inspirados, dejan escapar, de vez en cuando, algo que nos sacia la sed de saber sobre la conciencia, pero ellos mismos dudan de lo que hablan, por faltarles la seguridad, en este tema de difícil comprobación. Entretanto, querido hijo, nunca debemos abandonar un asunto, porque él se nos presenta débil en su existencia y de difícil entendimiento. Fue muy bueno el recuerdo y os ruego a todos que oremos en conjunto, para que podamos buscar más allá de lo que aún no entendemos con precisión. Quiero el parecer de todos respecto a este asunto, porque es en esta preocupación cristiana que encontraremos el principio del camino que nos llevará a la fuente de la sabiduría.

Ya leí alguna cosa sobre ese asunto en el gran libro de la naturaleza, ojeado por las experiencias, por las manos de cada día, y encontré, queridos compañeros, una gran cantidad de códigos representativos, cuya interpretación será dada por los que los leyeran como yo. Entretanto, no debo

dar mi opinión personal. Ruego la inspiración divina para que yo pueda servir de instrumento, no para hablar de aquello que me gusta, sino para decir lo que fuera verdadero. Yo pido la Verdad.

Veo el alma, Fray Rogelio, como si fuese una espiga de trigo. La espiga está protegida por varias capas de pajas sobrepuestas, estando en el centro, la esencia, dando firmeza a los granos. Me parece que el espíritu está obligado, en obediencia a las leyes de Dios, a revestirse de innumerables cuerpos, que podemos llamar ropajes espirituales, para con ellos descender a este mundo, de acuerdo con la determinación divina. Sin esa protección, no podría mostrarse en el mundo de las formas. En el centro, existe un cuerpo de comando, en el cual el Espíritu siente la grandeza de Dios, y acata las órdenes más sutiles. Pablo dijo que era conocedor, cuando decía en estos términos, en los que mucho medito: "Cristo en mí es motivo de gloria".

Jesús nos habla de ese campo de sensibilidad, que se agudiza cada vez más con nuestra madurez espiritual. Ese campo es la Conciencia. Los otros cuerpos son mutables, para que encontremos la realidad, mas el centro forma parte de la Divina Presencia y, dado su sutileza que se esconde en los pliegues del tiempo y que solamente Dios conoce en su totalidad, registra todo lo que hacemos, lo que pensamos y lo que sentimos, en un área infinita, donde siempre queda lugar para más cosas.

Que Dios me perdone, si hablo lo que no debo; entretanto, encuentro en este asunto una gran alegría, por darnos motivo de grabar en nosotros todo lo que se relaciona con el Amor.

Fray Tancredo, inspirado de la más pura complacencia, rogó con humildad, procurando saber por Fray Francisco sobre uno de los asuntos más interesantes para la

comunidad, dando fuerza a su pregunta para que todos la escuchasen:

- *¡Padre Francisco!... ¿Por qué siempre que se hace una comunidad como esta, se separan las mujeres de los hombres? ¿Qué hay en ellas, o en nosotros, que nos impide caminar juntos?*

Francisco de Asís, conmovido por la pregunta, respondió melancólico:

- ¡Fray Tancredo, bien podría no ocurrir eso! Todos somos hermanos, conviviendo en la misma casa de Dios; sin embargo, esa casa tiene muchas divisiones, para que podamos adquirir seguridad en aquello que debemos hacer. Cuando la Tierra se transforme en verdadero Reino de Dios, no habrá incompatibilidades, ni separaciones convenientes entre hombres y mujeres. Somos piezas idénticas, pero de aspectos diferentes.

Dios creó a la mujer, nuestra hermana en la eternidad, para que fuese nuestra compañera, y nos creó, igualmente, objetivando la misma función. En ella existe algo, Fray Tancredo, que el hombre no tiene condiciones de expresar y viceversa, ya que debe haber cambio de bendiciones que los dos llevan guardados en los corazones.

Voy a hablarte sobre lo que cierto día vi, en estado de oración – si no en estado de gracia – por la Gracia Divina, no por merecimientos: dos manos derramando luces, como si fuesen trigo luminoso, en la cabeza de un matrimonio. Ellas brillaban como el Sol, y las dos criaturas absorbían aquello por la cabeza, como si fuese alimento de Ángeles. El hombre transformaba aquella luz en otra luz, circulando por todo su cuerpo como si fuese su propia sangre dándole vida, porque venía de la Vida Mayor, y la luz tomaba coloraciones de un rojo encantador, estimulante. La luz que se derramaba en la cabeza de la mujer, del mismo trigo divino, se transformaba

en un fluido azul que, de tan lindo, es de difícil descripción, provocando los mismos efectos en su mundo interior. Y aquella fuerza visitaba todo su cuerpo, sin perder un mínimo lugar que no fuese, bañando todo en vida, para la Vida Mayor.

Lo que más me admiró fue cuando se miraron uno al otro con deseos y amor, y cariño, si no de amistad profunda y sincera. Salía de la mujer en dirección del hombre, una pequeña llama de luz, no tan brillante como cuando entró, por la gracia de Dios y desapareciendo en sus entrañas. Él, lleno de un nuevo vigor, se sentía feliz y deseoso de vivir, pero, vivir más, todo lleno de esperanza. La mujer también recibía del hombre esa misma bendición, de la manera como había donado y con los mismos efectos.

Esa claridad azulada que salía de la mujer, en el éxtasis del amor, para el hombre, iba directamente a la fuente de la vida, y el rojo encantador del hombre para la mujer, buscaba igualmente el nido, donde se generan los rudimentos de la propia vida del cuerpo.

Noté la gran necesidad que los dos tenían de permanecer juntos, para no morir carentes de esas luces de Dios, que se transforman en los corazones de las criaturas y de que cada uno sabe hacer su propia porción.

La carencia de uno que se encuentra en el otro es fuerza que no obedece, por lo menos en el mundo en que vivimos, a la voluntad. No tiene barreras de filosofía, religión o ciencia. No teme cadenas, ni armas; no distingue padre, madre, hijos ni parientes, compañeros o amigos. No retrocede ante la fuerza, y no teme ser emparedada. Esa fuerza domina a reyes y sacerdotes, no retrocede ante las guerras, ni de rumores de guerras. No le importa el tiempo, y vence las furias de los mares. Si ella tuviese condiciones, demandaba las estrellas, con el mismo calor que alcanza su objetivo al toque de la

mano. Esa fuerza, hijo mío, es el *Sexo*. Se manifiesta bajo varias formas, mas es el mismo sexo.

Ahora sabes por qué no podemos, mientras tanto, vivir hombres y mujeres juntos, en comunidades como la nuestra. No podemos dormir juntos con nuestras hermanas, como hacíamos cuando éramos niños, por falta de preparación espiritual, por falta de dominio, por no tener aún dominado nuestro pensamiento. Ya es un gran avance no invadir domicilios y no atacar a nuestras hijas, porque los instintos nos incitan a eso. El futuro nos dirá lo que debemos hacer en este sentido, para que podamos ser hermanos en Cristo de todo aquello que fue creado por Dios.

Yo desearía que todos comprendiesen, mucho más que yo, lo que más necesitamos, que estamos separados de las hermanas en Cristo solamente por el físico, pero, espiritualmente, estamos unidos para la eternidad, por necesitar de ellas en el campo inmenso de la divulgación del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y ellas, seguramente, de nosotros, para formar la unidad bienhechora en la formación de un ambiente de luz, en las tinieblas de la Tierra.

Pido disculpas si hable mucho de lo que no debería hablar. Pide a Dios por mí, y yo, particularmente, os pido a todos que me ayudéis a disciplinar mi lengua, y, si fuese necesario, que la castiguemos.

Fray Diego, admirador del silencio y cultivador de la tranquilidad, argumentó con ardor:

- *Padre Francisco, su fuese de utilidad para nosotros, desearía oír alguna cosa sobre el respeto.*

Francisco de Asís, satisfecho con el encuentro de aquella noche, por el interés de los frailes en los diferentes asuntos, sonrió interiormente y dio gracias a Dios por aquella escuela en la que él, Francisco, era el más necesitado. Y respondió a Fray Diego con dignidad:

- Hijo mío, el respeto es un ambiente sagrado, en la línea de nuestro entendimiento. Cada uno de nosotros es parte de la vida universal, pero con vida distinta. El alma es un verdadero mundo, y dentro de ella existen leyes que deben ser obedecidas, a no ser que queramos sufrir las consecuencias de nuestra ignorancia. Cierta ocasión, cuando estuve en Francia con mi padre, visitamos la casa de un viejo sacerdote, hombre de Dios, que tenía una gran biblioteca. Cogí uno de los libros, cuya lectura sobre cosas del alma, me encantó. Aquél valioso libro versaba sobre lo que deberíamos hacer para adquirir la auto-educación.

El tópico que más quedó grabado en mi mente exhortaba a quien lo leyese: "Conócete a ti mismo, que el resto te será revelado". Solamente por esta enseñanza fue compensado mi viaje a Francia. Por conocer semejante valor espiritual, yo iría a pie, a cualquier lugar del mundo. Si cada uno de nosotros comenzase a conocerse a sí mismo, redoblaríamos el respeto para con nuestros semejantes.

Pedimos a Fray Luis que nos recuerde alguna cosa del Evangelio que pueda reforzar el concepto sobre el respeto, porque, si hablamos todo el año, o toda la vida sin que el Evangelio de Nuestro Señor esté presente, nada diremos.

Fray Luis rememoró por unos instantes y habló serenamente, como si la alegría estuviese saliendo en forma de luz por todos los poros del cuerpo:

- Padre Francisco, podemos recordar a Pablo de Tarso hablando a los Romanos, en el capítulo catorce, versículo catorce, cuando dijo: "Acoged al que es débil en la fe, pero no para discutir con él".

Francisco, con la alegría peculiar de su ser, adelantó con simplicidad:

- He ahí la palabra del Evangelio, del más profundo respeto, recomendándonos acoger al que es débil en la fe, sin

exigir de él que nos siga y sin imponerle nuestras opiniones, para no destruir lo más sagrado que debemos hacer: la Caridad.

Si respetamos las ideas ajenas, los semejantes respetarán las nuestras, y Dios, la Gran Omnisciencia, sabe que la verdad condensará las ideas que quedarán en los corazones. Debemos olvidar la pretensión y ser conscientes de lo que representa la Verdad.

Busquemos, hijos míos, a Cristo todos los días, para que Él nos guíe y bendiga en nuestra jornada.

Fray José, con sus sentimientos integrados en la caridad, interrogó con discernimiento:

- *¡Padre Francisco!... Si fuera de tu agrado, me gustaría saber qué es la nostalgia.*

El Hombre de Asís replicó con serenidad, en la forma que siempre acudía a los hambrientos del saber:

- Fray José, recordaste un punto de los más sensibles en la labranza de los sentimientos. Ella se divide en dos fuerzas poderosas: la que nos hace sufrir y la que nos hace amar cada vez más la vida y a Dios. En el primer caso, cuando es empeñada a unir criaturas, y una de ellas rompe los lazos de esta fuerza de Dios, hace que el abandonado sienta en el corazón toda especie de infortunios, pudiendo llegar al extremo de desastres morales y espirituales. Entretanto, cuando la nostalgia sirve de hilos invisibles por donde corre el amor puro de personas que se aman y se encuentran distantes unas de las otras, se transforma en savia divina que fortalece más aún la unidad de los sentimientos, valorando los tesoros del corazón. La nostalgia pura no encuentra distancias en el espacio, ni en el tiempo, creando de tal forma un vínculo que, incluso estando las almas separadas, se sienten unidas por la fuerza del amor.

Si tienes nostalgia y te ofrecen un palacio para que en él te puedas distraer, se engaña quien te quiere hacer ese beneficio, porque será dentro de él que la nostalgia aumentará, a pesar de todo el bienestar, por no haber nada que se compare al Amor, que todo olvida. No hay nada que se pueda comparar al ambiente divino de la nostalgia pura, aquella que hace al corazón palpitar en el pecho, como un sol de Dios.

Si alguien te llevara a visitar las más bellas metrópolis de la Tierra, que te ofrezcan las lindas visiones de las cosas más perfectas de la ciencia moderna, aun así no te olvidarás de aquella imagen que amas y que la nostalgia te hace recordar. Si te llevaran al reino donde la paz fuese el clima natural, donde no existiese ninguna necesidad y donde todos viviesen como una sola familia, sin peligros para nadie, donde el cielo fuese lo más lindo, centelleando las estrellas más bellas, donde hasta los Ángeles fuesen visibles para todos, incluso así – que Dios me perdone – si no estuviese allá la persona que amas, la nostalgia te haría olvidar todo aquello, para acordarte, con todo fulgor, con toda la alegría, de quien proyectó su imagen en el centro de tu corazón.

Y esa nostalgia solamente desaparecerá, cuando estuviéramos integrados en la conciencia de Dios, hablándonos como habló Cristo: "Conoceréis la Verdad y ella os hará libres". Cultivemos, pues, la nostalgia, pero aquella nostalgia pura, que podrá encender, en nosotros, luces de todos los matices, en busca de nuestro amor, para que él, en la liberación total de nuestros sentimientos, se interligue a toda la creación de Dios.

Fray Luis, demostrando en todos los aspectos, gran inteligencia y elevada lucidez, dijo con respeto:

- *Fray Francisco, si los bienes terrenos pueden ser instrumentos de gran valía en nuestras manos para el bien de*

la humanidad, ¿por qué no nos apoyamos en esos valores, para que podamos servir mejor a la causa del Evangelio?

Francisco, recorriendo el pensamiento en varias direcciones de la historia universal, recogiendo aquí y allá experiencias que dignifican, respondió con humildad:

- Fray Luis, esa es una pregunta que nos hace pensar, y que exige de nosotros un argumento sano. Para que no haya falsas interpretaciones, es bueno que repitamos que el oro en sí, no es bueno ni es malo. Él no piensa, no habla, no llora y no escribe; es por excelencia un metal noble, con el cual se puede hacer mucho. Si se conduce bien por una inteligencia educada y sabia, nos colocará en los lugares seguros; si se encuentra en manos inescrupulosas, será fuente de desastre de difícil detención.

Puedes pensar que nuestra comunidad está siendo educada para el debido desprendimiento acerca del dinero. ¡Cómo te engañas! Si echamos mano de los bienes materiales bajo el pretexto de ayudar al prójimo, estaremos haciendo lo mismo que hace la Iglesia constituida de Roma; nuestros instintos van apagando la verdadera caridad y en este caso, no necesitaríamos de esta comunidad, cuya base es el desprendimiento, por no estar preparados en la lucha con el oro.

Ese asunto es muy profundo y el propio colegio Apostólico del Maestro escuchó de sus labios que, cuando fuesen a predicar el Evangelio, no llevasen oro ni plata; y también añadió que no llevasen dos túnicas. Los bienes terrenos nos prenden y desvirtúan, así como nuestros ideales, incluso los más sagrados. Vamos a pensar en los talentos eternos, aquellos que podamos llevar sin que el ladrón robe o la polilla corroa. Nuestra comunidad existe para revivir la época de Jesús, en su aspecto más puro y más

simple. Y dice Él también: que donde estuviese nuestro tesoro, allí estaría preso nuestro corazón.

No podemos vivir en el regalo de la fortuna, ni en el ambiente de los placeres. La vida fácil nos acomoda, por no haber alcanzado aún la perfecta libertad. Sé que tu intención es de las más nobles que puedan existir, pero solamente la buena intención no garantiza nuestra paz. Es necesario saber qué hacer, y hacer con discernimiento todas las cosas. La felicidad, bien lo sabes, no está en los bienes terrenos, nos se compra, ni se vende; es una conquista del alma, paso a paso, y día a día. Y si nos armonizamos por dentro, lo que recibimos de fuera viene por añadidura de misericordia.

Fray Morico, dispensador de la alegría pura como siendo una virtud de luz, demandó con satisfacción:

- *Padre Francisco, ¿qué es la fe?*

El hijo de Asís ponderó en los grandes efectos de los más célebres Santos, buscó a Jesús en Su más alta expresión de Santidad y afirmó:

- Fray Morico, la fe es la sustancia de las cosas pensadas, como nos enseña el gran convertido de Damasco. Esa fe avanza en todos los sentidos y sustenta la vida en todas las demandas de los hombres y de los Ángeles. Donde no existe fe, no puede existir vida; el producto de la fe es el milagro de la vida. La propia felicidad depende de la fe, de su presencia marcante y sutil.

No podríamos estar aquí reunidos, con los objetivos que nos animan a todos, si no fuesen algunos trazos de la fe. La fe es, pues, una fuerza del corazón que atrae aquello que firmemente queremos, siendo infinito su campo de acción. Así como en la labranza cultivamos todo aquello que deberemos recoger, es noble y justo que debamos cultivar las virtudes en el suelo de los corazones, que, si está bien cuidado, los frutos no se harán esperar.

El ser humano es lo que su fe determina. Debemos unir nuestros pensamientos, buscando la rectitud de los sentimientos, para que en la flor de las ideas surja la fe, en la gloria de Dios y en el Reino de Nuestro Señor Jesucristo. Si estás triste, busca de nuevo en tu interior y verás que se escapó, astutamente, tu fe. Si sientes, aunque sea por unos momentos, odio de alguien, seguramente que te faltó la fe. Si hablas mal de alguien, es cierto que la fe no está presente en tu corazón. Si olvidas el amor al prójimo es, pues, la fe que te faltó en las entrañas del ser. Si fuiste enredado por la ignorancia, deshaciéndose de las cualidades ajenas, puedes verificar que tu fe está escondida en los pliegues de los celos. Si no respetas los derechos ajenos, seguro que olvidaste la fe. Si tú dejas pasar desapercibida la caridad, ¿qué decir de la fe? Si no te acuerdas del Amor, en esos aspectos más simples de la vida, es porque te faltó la presencia de la fe.

Es por eso, hijo mío, que la fe es verdaderamente la sustancia de las cosas pensadas, y esas cosas pensadas, para representar la fe, tendrán que ser seleccionadas por la presencia del Evangelio, porque solamente él sabe dar rumbos a la fe pura, a la fe cristiana, a la fe de la que tanto habla Jesús y que repetían todos Sus discípulos. El propio Evangelio es obra de la fe. Cualquiera de nosotros que la olvidemos, así como las obras que la complementan, será un hermano que, aunque esté andando, está muerto, porque la Buena Nueva enseña que la fe, sin obras, está muerta. Es a través de ella que llegaremos al Reino de la Esperanza.

Fray Sabatino, dotado de palabra fácil, interrogó a Fray Francisco:

- *Padre Francisco, ¿qué es el Amor?*

Francisco de Asís, replicó con alegría, bajo el beneplácito de la virtud que él tanto amó, disfrutando de este ambiente divino de su propia conquista:

- ¡Mis amados hijos!... Esta pregunta de nuestro hermano Sabatino nos hace recordar sobre manera a nuestro Divino Maestro, en todas sus directrices, cuando estuvo en la Tierra, porque Él fue la personificación del *Amor.* ¡Él es el Amor! Debe quedar bien entendido que el Amor tiene ramificaciones variadas en sus secuencias de luz, pero su misión es liberar al hombre y conducirlo hacía Dios, despertar todos los sentidos de las criaturas, de manera que todos los seres humanos puedan comprender mejor la vida, conociéndose a sí mismos. Cristo, en tres años, nos descubrió el Amor, pero la distancia evolutiva entre Él y nosotros es tan grande, que necesitamos de varios siglos para comprenderlo y comenzar a vivirlo.

Si esta comunidad se desprendiera de todos los bienes terrenos y no tuviera Amor, nada habría hecho ante nuestros compromisos, con los Ángeles que nos rodean; si solamente pensamos en las cosas buenas, sin hacer el mal a nadie, nada se habrá realizado, en el transcurso de nuestras exigencias; si trabajamos día y noche, y lo que ganásemos, lo donáramos a los que sufren, si no tuviéramos Amor, nada habríamos hecho en la conquista de la verdadera paz; si ayunásemos, casi todos los días, a favor del bienestar de la colectividad, si no tuviéramos Amor, en verdad os decimos, que nada habríamos hecho por el bien de las criaturas; si andamos con una sola túnica, con solamente un par de sandalias, despreciando los bordados, y no tener donde reclinar la cabeza, si no tuviéramos Amor, quedaríamos todos como éramos antes, cuando nada hacíamos; si oramos día y noche a favor de todas las criaturas de Dios, con toda la piedad que el sentimiento pueda expresar, si no tuviéramos Amor, nada habríamos hecho para aliviar y confortar a nuestros hermanos; si desarrollamos el don de curar a todos los enfermos y los curamos sin la presencia del Amor, esa cura

sería mera vanidad, sería una cura muerta, porque solamente el Amor está vivo y da vida, por provenir de la Vida Universal.

Pido a todos los que aquí me escuchan que me ayuden a comprender el Amor y a componer mis faltas en el ejercicio del Amor, colocando ese mi Amor equivocado en las bendiciones de la disciplina, para que Cristo me visite y me ayude a amar. Os pido a todos vosotros, compañeros que sabéis amar, que me hagáis esa caridad, prendedme, e incluso me amarráis cuando sea necesario, para que yo comprenda el valor del amor para con Dios y el prójimo.

El Amor es paz, el Amor es entendimiento, es Caridad en todos sus aspectos de educación y de sabiduría.

EL SIERVO QUERIDO

Cierta época, conversando Jesús con sus discípulos, anunciando Su partida hacia las regiones de luz junto al Padre, Juan manifestó deseo de acompañarlo, porque Lo amaba mucho, y Cristo dijo: "Es necesario que quedes aquí hasta que yo vuelva". Y Juan regresó nuevamente, en el siglo doce, en la personalidad de Francisco de Asís, para asentar las bases de la vuelta del Maestro. Fue él quien estremeció al mundo con su dignidad espiritual, con su amor sin límites. Fue él el responsable del regreso de gran parte de los religiosos de todo el mundo a las enseñanzas primitivas del Evangelio.

La pequeña y delgada figura de Francisco de Asís llevaba consigo un bagaje espiritual que deslumbraba a los Cielos y a la Tierra. Vino para vivir el Cristo, para que Él despertase en los corazones de los hombres.

Francisco de Asís es el mismo Juan Evangelista en una época y ropajes diferentes, el mismo espíritu de luz, con la misma misión sublime del Amor, en nombre de Dios y de

Cristo, con la sagrada misión de reintegrar a la Iglesia Católica Apostólica Romana en los caminos de la humanidad y de la renuncia, de hacer que el Evangelio resplandeciese en medio del endurecimiento, en el cual el orgullo y el poder temporal eran reconocidos como verdaderos señores. Él fue como una carta del Maestro introducida en el sobre del cuerpo, dirigida a los hombres de buena voluntad que fuesen capaces de leerla.

He aquí que la ley de la reencarnación se hace presente mostrando la eternidad del alma, que vuelve a las luchas de la Tierra cuantas veces fueran necesarias.

La gran agremiación ya mencionada tuvo en el mundo la importante tarea de resguardar los preceptos del Príncipe de la Paz. Utilizó los medios que creyó necesarios, hasta que el Espíritu de Verdad se revelase por la reviviscencia del pergamino divino. Entretanto, en ese gran intervalo, los Cielos, en la conciencia de que no podía ser olvidado el "Vigilar y Orar" del divino Amigo, de tiempos en tiempos, enviaban a su seno grupos de Ángeles. Así, la misión de los sacerdotes no quedaría olvidada en su pureza. ¿No fueron esas las palabras de lo Alto, detalladas en los diez mandamientos, revelados al legislador hebreo – "Amar a Dios sobre todas las cosas"? El Evangelio debería ser divulgado a la altura del entendimiento de los pueblos, sin avance temporal, pero sin omisiones.

Francisco vino a suscitar en los cristianos y, en primera línea, en las autoridades eclesiásticas, el Perdón, la Concordia, la Humildad, la Fe, la Caridad, el Desprendimiento y la Obediencia, por cuanto, la práctica, aliada a la teoría, es luz que la Esperanza alimenta. No estamos aquí haciendo críticas a la organización cristiana, a la cual el mundo y las criaturas tanto deben. Sólo estamos mencionando los hechos y los medios utilizados por el mundo espiritual, para

preservar el Cristianismo de los ataques de las tinieblas. Antes, sin embargo, es una honra para los que tuvieron ojos para ver, divisar el descenso de tales mensajeros de Cristo en el seno de comunidades como esa.

Recordamos que el Cristianismo primitivo quedó en las manos de la religión Católica, para que ella diese continuidad al trabajo del Nazareno. En la escuela de virtudes preceptuadas por la Buena Nueva del Reino, la humanidad podría encontrar los caminos de la verdadera paz, por los propios esfuerzos. Entretanto, desde el tercer siglo en adelante, ella comenzó a desfigurar el mensaje de Cristo, no por la acción consciente de los príncipes de la Iglesia Romana, o de los Emperadores de la época. No hubo culpa, tampoco, del pueblo inculto e insatisfecho, siendo antes esquema de la propia evolución… ¿Cómo entender la ciencia de la vida, sin por lo menos asimilar la ciencia de la Tierra? ¿Cómo amar, sin comprender para qué sirve el amor? Si la masa humana era representada, en su gran mayoría, por ignorantes, ¿de quién es la culpa? Si aceptamos la evolución, y si fuimos creados simples e ignorantes, sujetos al progreso, todo está sucediendo según la previsión de Dios y de Jesucristo. Ningún engranaje se salió fuera de sus límites de acción. La religión más acertada es la que más concita al amor. La verdadera religión es aquella que es trabajada por los sentimientos, en el templo del corazón. Nadie es dueño de la Verdad; ella se impone por sí misma, por ley inevitable de la evolución. Una religión que señala los defectos de otra no debería llamarse religión, sino escoria de los sentimientos más groseros, drenados por la ignorancia humana. Todas las religiones son rayos del mismo Dios, con esquemas variados, a fin de despertar en los hombres la naturaleza divina, programada en su interior, por las manos del Creador.

Francisco de Asís y Antonio de Pádua compusieron uno de los equipos angélicos que descendieron de los páramos celestiales para espiritualizar a la humanidad, en nombre de Aquél que siempre fue la luz de las conciencias. El primero, nacido en Asís, Italia, y el segundo, en Portugal que, entretanto, se hizo romano por el corazón.

El nombre y la fama de Francisco crecían en todas las provincias y en todas las conciencias de los hombres. Era una presencia consoladora y una fuente de Amor. Fue tomando volumen en el seno de los principales sacerdotes de la época y siendo respetado por políticos famosos. Era amado en todos los reinos de la naturaleza: los peces escuchaban sus prédicas por la sensibilidad que les es propia, las aves cantaban himnos de alabanza y asistían a sus disertaciones evangélicas, sin olvidarnos de la conversión del lobo bravío en cordero inofensivo. ¡He aquí la estupenda fuerza de un ser humano, que tanto amó y continúa asistiendo a la humanidad!

Aunque los contradictores quisieron apagar la voz y la obra del misionero de Asís, sus hechos sobrevivieron a todos los embates de las sombras. Reunió fuerzas de un modo indescriptible y rompió las ataduras, tanto del hogar como del mundo, de sus amigos y del propio clero vigente, para presentarse como ciudadano libre, ante su conciencia y ante Dios, porque obedecía a Cristo. Francisco de Asís tenía en miras un ideal que, por orden de la conciencia profunda y de la voluntad de Dios, se agrandaba cada vez más en su corazón: *Servir a Cristo,* costase lo que costase. Tenía, como armas para defenderse, la Humildad y el amor, la Obediencia y el Desprendimiento. Enriqueció su campo de luchas, debilitando a todos los enemigos que por ventura surgieron en su camino, tanto los de orden físico, como los de naturaleza interior. Tenía, al mismo tiempo, el alcance divino

y humano, pues entendía con facilidad las dos naturalezas, en su más alto grado de sensibilidad. Se apoderaba de fuerzas en régimen de amor para el bien común de todas las criaturas. Nunca se desanimaba; era la Caridad personificada, donde ella fuese necesaria. El corazón de Francisco, en la opinión de un célebre teólogo, poco le habitaba en el pecho – era un caminante en las tinieblas del mundo, como fuente de luz eterna.

El mundo se contorsionaba de dolor, cual mujer en difícil proceso de parto. Las tinieblas ocupaban un lugar de destaque, hasta en ciertas direcciones del cristianismo. Era imprescindible la venida de grandes misioneros, como ocurrió con la venida de Francisco, con una corte de compañeros, para reactivar el ideal cristiano, no abruptamente, sino en un trabajo paciente y de renovación.

El vidente de Patmos regresó, fulgurante y feliz, por ver cumplida la profecía del Divino Amigo, cuando le dijo: "Es necesario que quedes aquí, hasta que yo vuelva". Juan quedó en la atmósfera de la Tierra, como vigilante, midiendo y temperando el calor evangélico, para que las ideas del Maestro no desapareciesen, como les suele ocurrir a los padres con relación a sus hijos menores. Después de estructuradas las ideas de renovación, que avanzaron en todas las direcciones de los continentes, él mismo, después de volver al palco espiritual, en nombre de Jesús, favoreció la venida de Martín Lucero, Calvino y otros, para que el Libro Sagrado fuese conocido en el mundo, por todas las criaturas, sin distinción, aunque a través de una sucesión de procesos dolorosos. La obra fue irrigada con el agua colorada, que es la savia de la vida humana y que corre por las venas del complejo biológico. Si no fuera por eso, la religión que tenía en las manos el tesoro divino y el mayor patrimonio de la historia – *El Evangelio* – desorientaría las conciencias,

tergiversando la Verdad de manera más propicia a la vanidad y al orgullo. Entretanto, eso no ocurriría debido a la presciencia del plano espiritual, que envió el socorro, desviando el curso de las intenciones indignas, mostrando el valor de la personalidad de *Cristo.* Las tinieblas establecieron la Inquisición. La luz, sin embargo, la utilizó para enviar a los propios inquisidores en dirección a otras casas del infinito, de acuerdo con sus intereses inmediatos.

Si Juan Bautista fue el precursor del Mesías, Francisco de Asís y Lutero fueron los precursores de Allan Kardec. Sin ellos, no sería efectuada la limpieza del ambiente, para plantar las nuevas ideas, en la fecundación de la libertad de sentimientos que influenció al mundo entero, y la doctrina Espírita no sobreviviría, por cuanto la vanidad humana se establecería en todos los países – como ocurre en algunos – con la oficialización de estrechas ideas doctrinarias. Pero Cristo – comandante del orbe terreno – hizo que fuese cumplida la voluntad del Todopoderoso, en sus más simples detalles.

Las palabras de Francisco de Asís, de pureza y de alegría, de sencillez y de amor, embelesaban todo el ambiente, volviendo la vida plena de Fe y de Esperanza, como un cielo en los campos de la Tierra. Mostraba el porvenir de la humanidad con los recursos del presente, abriendo para el mundo y para los hombres un nuevo capítulo en la historia, enriqueciendo la vida y el nombre de Jesús. La polución, en aquella época, ya se hacía visible en la mente y en el corazón, impidiendo que los rayos del sol espiritual calentasen a los hijos de la Tierra.

Francisco tuvo la sublime misión de enseñar viviendo y de vivir enseñando. Su ejemplo era una fuerza poderosa despertando el interés del Bien en todas las criaturas, incluso en aquellas que tenían altos cargos en las comunidades

religiosas. La evidencia de los hechos, de los fenómenos y de los ejemplos cristianos lo hacía cada vez más grande en el concepto popular, pues era realmente un hombre de luz en las tinieblas de la Tierra, habiendo fundado varias órdenes religiosas, tanto para hombres como para mujeres. Buscó el medio práctico de mostrar a los "doctores de la ley" de la Edad Media, cómo deberían revivir los preceptos del Gran Maestro, casi totalmente olvidados en la vivencia de entonces, para que su trabajo pudiese alcanzar a todas las clases… Su mayor alegría era hacer que el rebaño de Jesús oyese de nuevo la voz del Pastor, por los recursos ya establecidos. Tenía inmediata ascendencia sobre sus comandados y superiores, por la irradiación de Amor que su corazón proveía, saliendo del símbolo de lo correcto que imponía a las conciencias orgullosas y vanidosas, pues, su vida recta desconocía vicios morales.

Ante su personalidad superior y de su gran Amor, los espíritus con menos luz se sentían desminuidos. Los propensos a la humildad reconocían la oportunidad de la Renuncia, adquirida junto al maestro. Los más ignorantes explotaban en odio que se transformaba en venganza, buscando impedir todos los trabajos evangélicos basados en el cristianismo primitivo. Pero cuando le presentaban barreras, el poeta de los pájaros las saltaba por la escala de las virtudes. Confeccionaba en cada peldaño, como carpintero divino, una cualidad heredada de las enseñanzas de Cristo, y la oración lo hacía olvidarse inmediatamente de todas las injurias, que transformaba en fuerzas para la edificación del Bien sin límites.

Francisco sentía una inevitable atracción por el Apocalipsis. Cuando leía el gran mensaje del final de los tiempos, se sentía envuelto por un sublime arrebato, y, regresando al pasado, se veía en la Isla de Patmos, rodeado

de luces inexplicables y de voces ininteligibles. Quería, en varias ocasiones, explicar las visiones de las profecías; nunca pudo hacerlo, pues siempre surgía un obstáculo que lo hacía olvidarse de su ardiente voluntad. Los discípulos más allegados adivinaban su pensamiento y la intuición les hacía creer que la Providencia Divina no creía conveniente aún el total esclarecimiento.

Cierta fecha, intercambiando ideas con el hermano León, su colaborador más allegado, hombre inteligente y probo, espíritu ya desembarazado de la dificultad de la ignorancia humana, se expresó así: - Fray León, en ciertos momentos me siente transportado hacia el Oriente, ocupando un lugar, que me parece una blasfemia mencionar, mas siento que es un deber relatar para que me oiga con toda atención y cariño. Encuentro justo que participe de mis deseos más íntimos que, a veces, me llevan a la felicidad, solamente de pensarlo. Cuando mis manos tocan las sagradas escrituras, una fuerza que desconozco las lleva a las profecías de Juan Evangelista, y cuando las leo, me acuerdo de algo extraño, y cuando recuerdo, siento lo que está escrito y, en ese trance, me siento el Evangelista en la Isla de Patmos. Después me veo viviendo en Éfeso, en la gran Iglesia mencionada y escogida como una de las siete casas de Dios, en Asia Menor. En ese éxtasis, tengo en María Santísima a mi propia madre y la siento – este es el interesante fenómeno – a mi lado, con aquella ternura que debe ser peculiar al corazón de la Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Veo, por los canales del sentimiento, que discípulos del Maestro son mis compañeros, y tengo a Cristo como si fuese mi padre y mi madre – algo divino que forma parte íntima de mí mismo.

Se calló, dando tiempo al tiempo para que los recuerdos pudiese aflorar a su mente. Fray León comenzó a escribir todo lo que oía de su maestro y este, percibiéndolo,

cayó de rodillas y pidió con humildad a su discípulo: - Hermano León, rasga en nombre de la prudencia lo que anotaste. Hijo mío, en nombre del Amor, rásgalo… porque no somos dignos de merecer tanto de la misericordia divina. Imprimió tanta humildad en la voz, que Fray León no soportó. Con pesar, se deshizo de los escritos, pero pidió al compañero y maestro que continuase la narración de los recuerdos conscientes de los fenómenos transcendentales.

Francisco se levantó satisfecho, besó las manos del fraile amigo, pasó los ojos por el cielo, como buscando los hechos más vivos en el inconsciente y continuó: - Fray León, desde el advenimiento del Evangelio, por las manos del Bautista en el desierto, de su preparación, del cultivo de los caminos para que el Nazareno encontrase los medios por los cuales pudiese predicar la Buna Nueva del Reino de Dios, del sacrificio al que se sometió, garantizando la Verdad que anunciaba, hasta el calvario… nada, hermano mío, ninguno de estos acontecimientos son desconocidos para mí. Yo los veo a la hora que pretendo, o en momentos inesperados. Me veo predicando el Evangelio del Reino en épocas pasadas con una nitidez que no deja dudas de que vivimos en aquél tiempo. En el mismo instante, siento dentro del pecho una fuerza, un comando gigantesco en la mente, que dice que tenemos trabajos más urgentes para hacer dentro de la comunidad a la que pertenecemos, antes de anunciar esas verdades que operan como transformadoras de conciencias y reformas de conceptos, derrumbando concepciones milenarias. Fray León, perdóname si con eso estoy queriendo ser lo que no puedo, buscar lo que no consigo hallar, y llamar en puertas que la altura no me favorece, que mis frágiles manos no pueden tocar. Perdona, hermano, si lo que digo es imprudencia. Si, por ventura, sientes que miento, golpea mi

boca, por el impulso que sus dedicadas manos sufrieran de los sentimientos, que seré esclavo obediente al castigo.

La ternura que imprimía a las palabras era tan sincera, que Fray León, que no era muy dado a las lágrimas, lloró sin interrupción. Procuró controlarse, pero no lo consiguió, pues la grandeza y la humildad de aquél ser tan delgado y pequeño, eran tan grandes, que el fraile se sentía un gusano ante él. Con mucho esfuerzo, pronunció estas palabras: - Hermano Francisco, sois para nosotros los de la comunidad, si me permitís decirlo, nuestro Padre. Vuestra boca nunca dice blasfemia, vuestra voz está cargada de Amor y la armonía nos eleva a la Verdad, colocando a Dios sobre todas las cosas y a Cristo como Instrumento Mayor, por el cual debemos pasar para encontrar la paz. Si deseáis que no escriba todo lo que decís, no lo haré; pero estoy seguro de que no podréis impedir que vuestra voz quede para siempre en el corazón, de suerte que las pueda oír cuando pretenda. No me espanto con lo que acabáis de revelarme, pues ya estoy bastante familiarizado con esa ley de cambios corporales. Los cuerpos son como agua y jabón que, cada vez más, hacen al alma iluminarse. Entretanto, tenía algunas dudas, que fueron sanadas por vuestra propia experiencia, en la cual confío sin discusiones, porque conozco vuestra dignidad ante Cristo y ante Dios.

La *flor mística* de Asís bendijo a su discípulo, pasó de nuevo sus pequeñas manos sobre los cabellos de Fray León y le dijo con alegría: - León, tu inteligencia anda a pasos agigantados en busca del corazón, y, en cuanto a mí, no soy digno de asistir al encuentro de estas dos fuerzas en ti. Que Dios nos bendiga.

Fray León, sintiendo hambre de las verdades espirituales, imploró a su maestro que continuase hablando… Y pidió permiso para llamarle Padre Francisco. Cuando

mencionó por primera vez ese *Padre Francisco,* corrió por toda la espina dorsal del Poeta de Asís una fuerza inexplicable que, recreándose en su mente, liberó recuerdos que parecían mezclarse con la vida presente. Y, en un instante, recordó un torbellino de cosas, conservándose, sin embargo, callado ante la propuesta del discípulo. Fray León desahogó el corazón como pretendía. Francisco se volvía, desde aquél día en adelante, Padre de toda la comunidad.

Francisco tocó levemente con sus dedos, como era su costumbre, al colaborador, y comenzó a caminar, sintiendo que la naturaleza lo felicitaba con los fenómenos comunes, y al mismo tiempo trascendental para quien tiene ojos para ver. El hijo de Asís, cuando posaba sus dedos en el compañero, comprimía, si así nos podemos expresar, algún botón espiritual, y unía la sensibilidad del fraile, para que él pudiese oír el Cielo y las mejores confirmaciones de sus investigaciones personales. Observándose espiritualmente, cuando tocaba a Fray León, imprimía en la mente del discípulo, sin que lo percibiese, una fuerza espiritual inexplicable. El aura del fraile tomaba proporciones descomunales y su inteligencia se desataba como si tuviese dos cabezas, y, ante su lógica, nada escapaba. Era un placer oírlo, pues su clásico lenguaje ultrapasaba lo común de los mortales. En esos momentos, el verbo de Fray León tomaba una tonalidad y alguien hablaba por intermedio del compañero.

Y Fray León comenzó a disertar:

- Francisco, las experiencias que estáis viviendo de Francisco reviviendo a Juan, se deben al hecho de que Juan Evangelista es el mismo Francisco de Asís de nuestros días – esa es una ley que gran parte de la humanidad desconoce, pero que aún no es hora de propagar en el seno de los fieles de la Iglesia, de la que temporalmente formáis parte

integrante. Vuestra presencia y la de vuestros compañeros aliviarán la depresión de sentimientos, dando un toque de esperanza en las vigas básicas de la doctrina que comienza a derrumbarse. Es de vuestro conocimiento que los libros sagrados, todos ellos, sean del Antiguo Egipto, de la India y de China, de los iniciados de Caldea, e incluso de Grecia y de Roma, inclusive la propia Biblia, menciona con nitidez las transmigraciones de las almas de cuerpos en cuerpos. Basta recordar algunos tópicos, para mayor elucidación. Recordemos cuando Nicodemos buscó a Cristo, pidiéndole al Maestro le informara de cuál era el mejor medio para entrar en el Reino de los cielos. La respuesta fue *Nacer de Nuevo.* Es cierto que el *nacer de nuevo* no significa que podremos transformarnos sin que haya tiempo suficiente, y una sola existencia, en la Tierra, comparada con las necesidades de Cristo, no representa ni un segundo en el reloj de la eternidad. Entonces, para modificarnos es imprescindible vivir muchas veces en el mundo, en cuerpos diferentes y en varias épocas.

Fray León, tomado por una inteligencia fuera de la materia, que el Padre Francisco identificó de pronto, pues estaba acostumbrado a esos trances, respiró con profundidad, hizo silencio, como de costumbre en los grandes asuntos. El maestro Francisco, callado, y su lúcida mente actuando como un gran laboratorio, analizaba frase por frase de lo que oía, sacaba sus conclusiones y hablaba bajito al oído del sensitivo: - Continúa, hijo mío, en nombre de Jesús, di lo que viniste a decir y que Dios nos bendiga.

Fray León prosiguió: - Confrontando a Malaquías, al final del viejo testamento, con la afirmación de Cristo de que Juan Bautista era Elías que habría de venir, la razón nos favorece la misma idea – que podemos revestir cuantos cuerpos fueran necesarios para nuestra felicidad. San

Agustín, uno de los padres de la Iglesia a la que pertenecéis, deja entender su ascendencia sobre la multiplicidad de las formas, por una sola alma, Job habla abiertamente del cambio de cuerpos y Moisés conocía eso a fondo, pues fue iniciado en las escuelas del viejo Egipto. Buda enseñaba esta verdad abiertamente para sus discípulos. Sócrates, el maestro por excelencia de la filosofía espiritualista, conocía la ley de las vidas múltiples, y su discípulo Platón encontraba en las vidas sucesivas la justicia de Dios. Pitágoras vivió treinta y tantos años en Caldea y en Egipto, en medio de los grandes maestros y místicos consumados, y no tenía duda sobre ese asunto, para él muy común. Confucio, el gran sabio chino, estaba familiarizado con la vuelta del espíritu a la carne, cuantas veces fuesen indispensables, teniendo la carne como un filtro o esponja, de modo a absorber las impurezas del alma. Algunos Sumos Pontífices creían en la vuelta del espíritu en otros cuerpos, comprendiendo que la deuda que hicieron en la Tierra tenía que ser saldada en la misma Tierra. ¿Por qué vuestra comunidad, Francisco, va a ignorar esa ley? Es justo que tengáis prudencia, porque estáis dirigiendo un tipo de almas con estructuras diversas de las nacidas en Oriente. Que Dios nos bendiga siempre. Adiós.

Fray León despertó medio confuso, pero vio a su lado al Padre Francisco, que luego cambió de conversación procurando distraerlo, mostrándole el encanto de la naturaleza. El hombre de Asís conocía la ley de la reencarnación, pero mantuvo relativo silencio, por notar la intransigencia de la Iglesia Católica Apostólica Romana ante ese dogma trascendental, que estaba en vigor en todos los mundos y sobre todas las cosas vivientes. Sintió que su misión real era introducir el Perdón, la Humildad y el Desprendimiento en el seno de toda la comunidad cristiana, por cuanto él ya era observado por los príncipes de la Iglesia

como casi un hereje y sería aún más, si hablase de las vidas sucesivas – verdad que estremecería todos los dogmas de fe de la religión oficial de Roma. El pequeño gigante de Asís era conforme con la Iglesia a la que pertenecía, cuando las bulas y las pastorales enseñaban el Amor y la Caridad; sin embargo, se salieron del clima del Maestro, de la pureza que el mundo y los hombres podían soportar, él se perdía en el océano de su gran humildad, los impulsos del cristianismo primitivo le subían a la mente y el corazón latía descompasado. Entretanto, el grandioso poder de obediencia que vibraba en su alma hacía que entrase en el padrón del más tierno equilibrio. No se callaba ante sus superiores, y a favor de la pureza doctrinaria en el ámbito que le competía vivir, daba su opinión. Sabía que influía sobremanera en las conciencias de los fieles, y por ese sentido de justicia y de equidad, de elevación de los conceptos cristianos, era respetado por los representantes del clero mundial, y hasta, muchas veces, temido. Sabía, como maestro, interpretar los textos sagrados, y tenía inspiración directa sobre las leyes espirituales que deberían ser difundidas, principalmente en la región que le había servido de cuna. Dosificaba de tal manera su no, frente a los más célebres sacerdotes, que les faltaban fuerzas para el combate directo. Y con eso, el poder y el nombre del cantor divino alcanzaban amistad en su patria y fuera de ella, por la fuerza del Amor.

La comunidad de Francisco sumó más de doscientos mil franciscanos empeñados en que Cristo fuese conocido, no aquél Maestro crucificado y sufriente. Llevaban un Cristo alegre y operante, sabio y libre de la ignorancia humana, a todas las naciones. Y Fray León, el mismo Patius que acompañó a Juan Evangelista a la Isla solitaria, cuyas facultades alcanzaron el ápice, continuó sirviendo de instrumento para servir al maestro al que tanto amaba.

EL SUBLIME ENCUENTRO

Fue en la Iglesia de San Rufino el primer encuentro espiritual de Clara con Francisco. Él, en aquella noche memorable, se dispuso a hablar a los hermanos de Asís. Hermosa, a sus diecisiete años, ella era dueña de grandes sentimientos, que cautivaban e iluminaban a su propia alma. Tenía un candor inexplicable y su hermosura atraía las miradas, por ser su belleza una nesga por donde pasaban las claridades espirituales. Sus ojos mostraban a quien los contemplase, la existencia del cielo y, si no fuera mucho comparar, parecían dos estrellas si no soles, que prometían la más alta esperanza a los sufrientes y a los que se apasionaban por los misterios. Sus cabellos parecían luminosos, como sirviendo de antenas del alma, que buscaban inspiraciones más altas para hablar a los hombres, en todas las direcciones del entendimiento.

Clara era un ave del cielo posada en la Tierra, donde la aflicción se encadenaba en todos los países, donde las propias religiones manifestaban poderes extraordinarios, formando guerras y levantando tribunales, cuyos frutos eran los sufrimientos y la depravación, en nombre de Aquél que era todo Amor y Perdón. Clara era una flor del más puro árbol de la vida – el árbol del Amor.

Francisco, viviendo en la misma ciudad en la que nació esa joven encantadora, la conocía desde niña, pues también era de familia acomodada. Sin embargo, el ímpetu espiritual de estos dos seres solamente se dio, cuando él hablaba en el templo de San Rufino.

Francisco estaba acompañado de varios compañeros de trabajos espirituales, que lo secundaban en oraciones, y el silencio era la tónica del ambiente. La comunidad ya se encontraba preparada para todos los avances, en el sentido

de predicar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Fueron seis meses de convivencia con Francisco, en régimen de urgencia, como le pedio Jesús, y la muestra del capítulo anterior correspondía a una noche de intercambio de experiencias, donde la intuición era más visible que la propia presencia de los frailes.

Francisco, sin querer, fue llevado por la diestra, hacia un lugar de destaque en la pequeña capilla, por Fray León, que le susurraba al oído:

- ¡Fray Francisco, habla, hombre de Dios! Habla al pueblo que tiene deseos de oírte.

Fray Luis, notando que el momento era propicio para nuevas revelaciones, llegó igualmente junto al Padre Francisco y habló con alegría:

- Habla, Francisco, de las visiones que siempre tienes, de las almas que te piden que vayas a las ciudades donde vivían, cuando estaban en el cuerpo.

Y Fray Luis insistió mucho al oído de su compañero, pidiendo que comenzase el discurso con la citación de Actos de los Apóstoles, capítulo dieciséis, versículo nueve.

A Francisco se le iluminaron los ojos y creció en entendimiento, por la recordación de Fray Luis. La Iglesia estaba llena, y del lado de afuera se aglomeraba la multitud para oír su palabra. Sólo, en un pequeño saliente a forma de tribuna, habló con sencillez:

- ¡Hermanas mías, hermanos míos en Jesús!... Que Dios nos bendiga e ilumine a todos y que nuestra Madre María Santísima nos proteja siempre. Quiero iniciar mi charla, citando un pasaje evangélico, conforme fue solicitado por nuestro amado compañero Fray Luis.

Y prosiguió, repitiendo el pasaje sugerido por Fray Luis:

Por la noche, Pablo tuvo una visión, en la cual un varón macedonio estaba de pie y le rogaba, diciendo: Ven a Macedonia y ayúdanos.

Por lo que nos muestra el Evangelio, hay gran preocupación de las almas, para que él se predique donde ellas nacieron, en la tierra en que ellas tuvieron, por primera vez, visión de los cielos y de las estrellas, y respiraron el aire, bebieron el agua y se alimentaron.

¿Quien tiene el valor de contradecir a Pablo, en esta asertiva divina? Lo que podemos es callar, como hicieron tantos otros, pero no vamos a hacerlo. ¡Vamos a Hablar! Os digo con todas las fuerzas de mi alma, que yo también lo escuché, no por merecimiento, sino por misericordia; no por ser agraciado, sino por compasión de Dios; no por hacer nada de bueno a la colectividad, sino por ser el más necesitado de los hombres. Lo oí, hermanos míos, muchas voces diciéndome:

- ¡Francisco, ven a predicar con tus compañeros también a mi tierra! Me pidieron que predicara en: Arezzo, Siena, Florencia, Toscana, Lorena, Salermo, Sorbaia, Lecce, Cassino, Verona, Vicenza, Pádua, Venecia, Ravena, Pisa, Bréscia, Génova, Fiesole, Espoleto, Ósimo, Ancona, Riéti, Perúsia, Bárbara y hasta incluso en Roma. Esperamos visitar esos lugares en nombre de Dios, bajo las bendiciones de Jesucristo.

En las vibraciones de esta charla, Francisco identificó dos grandes ojos que lo miraban con ansiedad. Clara lo miraba hipnotizada por su palabra elocuente y por su presencia sencilla. Las pocas palabras que dijo se encadenaban en torrentes de esperanzas para el corazón de aquella joven de firmeza fascinante.

Al mirar hacia Clara, Francisco sintió una emoción diferente a la que los jóvenes sienten, normalmente, al ver al

primer amor. La emoción estaba mezclada con el más puro sentimiento: aquél amor que no conoce los celos, en el cual no hay vanidad, donde no existe pasión, donde desaparece el egoísmo, no se piensa en el orgullo, y no se habla imponiendo.

Clara estaba allí como una flor, al encuentro del sol, del viento y de la lluvia y cuando notó que Francisco la miraba en demorada contemplación, se olvidó de la vida, sintiéndose bañada por un soplo divino, envuelta por una mirada que nunca más olvidó. Su emoción espiritual se transformó en felicidad para Francisco de Asís que dio continuidad a su sermón, con serenidad:

¡Hermanas mías, hermanos míos en Jesucristo! Además de hacer la voluntad de estas almas de todos esos lugares que nos piden la predicación del Evangelio en sus tierras, vamos a cumplir otro mandato que el propio Evangelio nos pide y nos enseña en favor de los que sufren y de los que lloran. Oído por nuestro querido Fray Luis, que posee una memoria privilegiada, el registro de Pablo en su primera epístola a Timoteo, en el capítulo cuatro, versículo catorce:

"No descuides el carisma que has recibido y que se te confirió en virtud del Espíritu, cuando te impusieron las manos los presbíteros de la Iglesia."

Vamos a imponer las manos en los enfermos, pidiendo a Dios la cura para ellos. Vamos a imponer las manos en los endemoniados, para liberarlos de las angustias. Vamos a imponer las manos sobre los encarcelados, para que mejoren sus corazones y sobre los infelices, para aliviar sus cargas. Es del agrado de Jesucristo que nos hermanemos unos con los otros, amando a nuestros semejantes como a nosotros mismos y amando igualmente a Dios.

La Comunidad de la que formamos parte tiene el deber de llevar la esperanza a los que sufren, pan a los

hambrientos, vestidos a los desnudos, consuelo a los encarcelados. Tenemos el mayor deber en Jesucristo de dar el ejemplo de amor antes que la palabra, y de caridad con obras, porque de esta manera podremos conmover a los que viven en los palacios, hartos de todo, pero, inquietos de conciencia. ¡Vamos a amar! Tenemos que amar constantemente, sin exigir nada, para ver si conmovemos a los políticos, a los teólogos religiosos y a los ociosos de la ciencia, en lo que se refiere a los derechos humanos, al equilibrio de las criaturas de Dios. Tenemos que vivir juntos con todos los infelices, día a día, para que ellos también comprendan la gran necesidad de la educación, de la tolerancia y de la confianza en Dios. El orgullo en el rico es de esperar, pero en el pobre es falta grave, porque la pobreza ya es un instrumento para que el pobre entienda el valor de la verdadera humildad. El egoísmo en el rico es de esperar, pero el pobre egoísta comete falta grave, porque la pobreza en el sentido al que nos referimos, es para educarlo en las líneas del desprendimiento.

Hijos míos, amamos la pobreza fielmente, pero no la inercia; amamos la pobreza, pero no la miseria ni la suciedad; amamos la pobreza, pero no la ignorancia. Dios nos creó en el seno de la abundancia de todo lo que necesitamos; con todo, en la fase que atravesamos, debemos renunciar a lo que sobra, repartir lo que tenemos, dar lo que viene a nuestras manos para los que sufren y padecen en todas partes, para que Dios, en el mañana, nos coloque en el paraíso, donde nada nos faltará, porque aprendimos la lección de Amor.

Vamos a comenzar por nuestra casa. Nosotros los que nacimos aquí en esta linda ciudad de Asís, donde nos fue dada la luz, tenemos el derecho a un techo, el derecho de alimentarnos, beber, distraernos, de viajar y de confraternizar entre familias. Todavía, ese mismo derecho abre ante nosotros un extenso derrotero de deberes que, a

veces, nos olvidamos de cumplir: del trabajo honesto, de la educación constante, de la disciplina diaria, del perdón incondicional, de la amistad, del respeto a las leyes de Dios y de los hombres, de la paciencia con los ignorantes… Y también los deberes mayores de hablar sin herir, de oír lo que no deseamos sin rebeldía, de pensar en cosas nobles, de escribir páginas instructivas, de respetar la naturaleza, de amar a los animales, de silenciar ante los males ajenos…

Si no fuera para observar esas reglas, ¿qué vinimos a hacer en esta Iglesia? ¿Qué vinimos a hacer en esta comunidad donde se reúnen muchas criaturas en nombre de Dios, de Cristo y de nuestra Madre María Santísima? ¿De qué vale que decoremos oraciones y más oraciones en este templo de Dios, si al salir de aquí no toleramos una pisada en el pie, una agresión enemiga, un insulto de los que nos rodean, un marido nervioso o una mujer desequilibrada, un hijo depravado o un pariente que no nos tolera? Vinimos aquí, hijos míos, para buscar fuerzas, en el sentido de restablecer en nosotros la tranquilidad ante todos los infortunios, y vencer todos los obstáculos.

Bien sabemos que nuestra naturaleza es animal, que nuestros instintos son inferiores y agresivos, y que esa educación solamente debe partir de nosotros, pues los valores del alma, después que Dios nos los dio, son conquistas de nuestro propio esfuerzo de cada día. Dios y Cristo nunca nos abandonaron, pero Ellos no pueden y no deben hacer lo que a nosotros nos corresponde realizar.

Quien lea y entienda el Evangelio en Espíritu y Verdad, encontrará en él a Dios y el cielo, los Ángeles y el propio paraíso, todo esperándonos, aguardando que hagamos nuestra parte, para recibir el premio de la felicidad. No hay nada despreciable en el amor de Dios, que espera de nosotros

la comprensión, y también nos da medios para comprender. ¡Ved la bondad de Dios en la eternidad!

Hizo una pausa, miró a todos los asistentes, y volvió a encontrar los ojos de Clara mirando los suyos. El corazón sintió diferente y entendió que aquella presencia no era igual a las otras. Existían hilos invisibles uniendo sus sentimientos, si no los corazones que latían al mismo ritmo. Era el Amor más puro que se podría pensar. Clara, en aquél instante, sintió que el mundo era pequeño para que pudiese ser transformado por aquél momento de felicidad. Encontró allí lo que buscaba en lo íntimo del alma. Aquél Francisco, hijo de Bernardone, hombre opulento, de los más ricos de Asís, era un noble que cambiaba la nobleza para sentir a la humanidad, y vivir sin familia definida, teniendo en todos los hogares, su propio hogar.

Aureolado por cambios de luces indescriptibles, Francisco volvió a hablar, con bondad y cariño:

- ¡Queridos hijos espirituales!... ¡Qué bueno es convivir con vosotros en este ambiente de fraternidad legítima! Encuentro en cada criatura que me asiste por bondad, la seguridad que necesito para las tareas que me propuso Nuestro Señor Jesucristo. Os pido a todos los que me escucháis que, al salir de aquí, no os mostréis desinteresados por la luz del corazón. Procurad en la secuencia de las horas, mejorar en todos los sentidos y anular el mal que aún existe en cada uno de nosotros, como principio de ayuda al Bien que desea entrar en nuestros corazones.

Si estamos acostumbrados a llegar a casa, discutiendo con nuestros familiares, que seamos dulces al hablar y pacientes al oír, sin exigir de los que quedaron sujetos al peso de la vigilancia de un hogar. Procurad ayudar en lo que fuera posible, al llegar a vuestras casas. Vuestras conciencias os dirán lo que debéis hacer para la propia tranquilidad y no

queráis imponer lo que aquí oísteis a los que aquí no estuvieron. El mejor medio de enseñar es, pues, el ejemplo.

Si fuerais empleados, procurar amar al patrón y ayudarlo, porque él de cualquier forma, está ayudándoos a vivir. Si fuerais patrones, no os olvidéis de vuestros empleados, porque ellos os están ayudando a mantener vuestro nivel de vida.

Vamos a confiar más en Dios y obedecer Sus magnánimas leyes. Si trabajamos a favor del Bien, ese Bien vendrá a nuestro encuentro, esta es la ley. Soy el más necesitado para aprender, y acepto correcciones de aquellos que quieran corregirme, pues quiero aprender con Jesús. Nuestra comunidad cristiana va a partir, a través de sus seguidores, de los seguidores de Cristo, para todas partes del mundo, predicando el Evangelio y procurando vivirlo, para que la luz del Amor y de la Caridad se encienda cada vez más en favor de todas las criaturas. Muchos quieren seguirnos, y no exigimos que lo hagan, mas los que vengan deberán obedecer las reglas apoyadas por su Santidad, el Papa Inocencio III, con el beneplácito de la Iglesia de Dios, a través de sus más célebres representantes.

Francisco enmudeció el canto Evangélico. Una brisa suave corrió por el recinto de la Iglesia y un leve perfume aromatizó el ambiente del templo y todos sintieron confort en los corazones. En este éxtasis de predicador, el hombre de Asís se arrodilló en las lisas piedras del piso acogedor y oró con emoción en un gesto de humildad, en el que fue acompañado por todos los asistentes.

- ¡Gran Artífice de la Verdad!…

Aquí estamos, en esta casa de tu corazón, como siervos penitentes en busca de la perfección, y queremos encontrar los medios, que se nos escapan de la razón.

Te pedimos la paz, Señor, pero que ella no nos venga con el aspecto de la pereza.

Te pedimos la luz, mas no permitas, Señor, que ella nos lleve a cruzar los brazos en el confort de las claridades.

Te pedimos, Señor, que nos ayudes a perdonar, sin apartarnos de aquellos que, a veces, nos ofendieron.

Te pedimos, Gran Fuerza del Universo, Amor, pero mucho amor, sin que él exija nada de nadie.

Te pedimos, Señor, que nos des el pan de cada día, sin que ese pan nos lleve al egoísmo, y que podamos repartirlo con los que tienen hambre.

Te pedimos, Señor, consuelo, sin embargo, que nos ayudes también a consolar a los tristes y a los desesperados, todos los días.

Te pedimos, Dios mío, Dios nuestro, que la salud se instale en nosotros, pero que no nos olvidemos de ayudar a los enfermos.

Te pedimos, Señor, el techo, pero, ayúdanos a abrir nuestras puertas a los que pasan frío.

Te pedimos Tu compañía permanente, todavía, ayúdanos a acompañar a los desheredados, a los huérfanos, a los atormentados, a los que están en el vicio, a los criminales, a los leprosos, a los hambrientos de Tu luz, porque sabemos que, sin esa convivencia, de nada nos valdrá pedirTe lo que anhelamos.

Jesús, bendice nuestra razón y aclara nuestros sentimientos, en el afán de sentir la luz de la Verdad y multiplicarla por la presencia de nuestros ejemplos.

María Santísima se nuestra luz, para que el Amor brille dentro de nosotros como el Sol de la vida.

Bendícenos a todos, a nuestros familiares, a la humanidad entera, a los pájaros, a los peces, a los animales y a la Tierra en la que vivimos.

La Iglesia de San Rufino, repleta, jamás vivió una emoción espiritual tan grande como en aquella noche. Los que asistieron a la palabra de Francisco estaban como las almas elevadas de esperanza. El Evangelio de Jesucristo se mostraba como era, verdadera puerta para la felicidad. Ningún sacerdote predicaba los preceptos del Maestro como aquél fraile, además hijo de Asís, hombre sin temor ante la Verdad y pacifista ante la ignorancia.

Francisco y sus compañeros salieron por la puerta de atrás, pero el pueblo los rodeó, abrazando y besando a aquél mozo como a un Ángel, que liberaba a su alrededor, algo de alegría y de paz para todos los sufrientes. En pocas horas, toda la ciudad de Asís sabía de la predicación del Evangelio proferida por uno de sus hijos.

De la iglesia, solamente una persona salió sin buscar al predicador: Clara, embargada de emoción, por ver y sentir tanta luz espiritual. Sus pensamientos buscaban en todas las direcciones el por qué de aquella atracción por aquél hombre sencillo como las palomas y prudente al hablar como las serpientes. Olvidándose de su condición de nobleza, salió apresurada, entró en su residencia, se encerró en sus aposentos, y, echándose en la cama, sobre blancas sábanas, lloró sin parar… ¡Lloraba de miedo, lloraba de nostalgias!... ¡Lloraba de amor, lloraba de felicidad!... Lloraba por sentir el encuentro de su camino, y se durmió, entregándose a los brazos de los ángeles.

Francisco y sus compañeros salieron en dirección al campamento. En su mente surgía, de vez en cuando, la imagen de Clara con aquellos ojos de color barniz, cuya luz lo hacía pensar en sus sentimientos. En el silencio que nadie osara quebrar, monologaba con placer:

“Señor, ¿por qué esa criatura me mira por dentro del alma y me acompaña sin que las distancias sean un

obstáculo? Que Dios la bendiga allá donde esté, y la sitúe en lugar donde nuestra Madre Santísima pueda vigilarla, con sus bendiciones y su amor. Conozco a Clara y a su distinguida familia, pero no conozco el destino de su corazón. Permite, Señor, que sea en Tu paz, y en la paz de Cristo."

Aquella fue una noche de gran alegría para todos los frailes, no solamente por la presencia del Espíritu Santo en los boca de Francisco, sino también por el amor por él demostrado a todas las criaturas. Cada vez más, sus discípulos se concienciaban de su gran misión ante la humanidad. Y todos cantaron hosannas al Señor. Aquella noche, Francisco no pudo dormir.

Algunos frailes dormían en camillas y otros en el mismo suelo. Francisco, a altas horas de la madrugada, se despertó preocupado, como testimonio de su Amor para con los compañeros de jornada; se hacía padre y madre de la comunidad entera, cubriendo un aquí, otro allá, entonando himnos de alabanza a Dios bajito para no despertarlos. Y agradecía a Jesús por la paz que disfrutaba, al ver a todos sus hijos espirituales reunidos, en un solo ideal: el de servir a la gran causa de Nuestro Señor Jesucristo.

Aquella noche, el cielo parecía más lindo y profundamente encantador. Francisco, místico y poeta por naturaleza, agradeció a Dios, por la bondad y misericordia de colocar tantas lámparas para iluminar el infinito, de perfumar el ambiente de la Tierra por intermedio de las flores, de hacer circular el aire por toda la tierra, como garantía de la vida. A solas, en éxtasis, agradecía al Creador por todo lo que existía en el mundo.

Terminada la alabanza, sus lúcidos ojos dejaban escapar las lágrimas, como respuesta de la alegría del corazón que ama verdaderamente, sin límites y sin exigencias. Se inclinó para el suelo, iluminado por la pálida claridad de la luna, y

besó efusivamente las piedras que servían de almohadas a sus rodillas.

No se sabe cuánto tiempo permaneció en esta postura de gratitud. Al salir de allí, a altas horas de la madrugada, se diría que el viento y los árboles manifestaban su suerte de poder alabar a aquél hombrecito desfigurado a los ojos de los poderosos de la Tierra. Francisco, por el placer disfrutado con la oración a los Cielos, renunciando al catre y a la posada donde dormían los discípulos, se encontró del lado de fuera de la comunidad, hablando consigo mismo:

"La naturaleza es la mejor casa. ¿No es en ella donde viven los árboles, mis hermanos? ¿No es en ella donde viven las aves, las flores y todos los animales? ¿No es en ella donde todo lo que vive tiene acogida? ¿Por qué yo, mísero pecador, no puedo hacerle compañía?"

Recostándose al pie de una arboleda amiga, buscó una piedra, como almohada, y dijo, en el silencio de la noche:

"Yo aún estoy encontrando una piedra para reclinar la cabeza, lo que mi Maestro no tenía. Aunque no queramos, somos impulsados al confort".

Y durmió tranquilamente.

Ocurrió que se aproximaron a Francisco cuervos del plano astral inferior, para tentarlo. Era una pequeña falange de espíritus sensuales que, rodeando el cuerpo del *Peregrino*, puso manos a su obra diabólica, de tentación al genio de la renuncia y de la bondad. Tres guardianes de la naturaleza, de proporciones impresionantes, corrieron en defensa de Francisco, pero, como por encanto, se les apareció un Ángel que les habló con dulzura y amabilidad, sin que los hermanos de las sombras lo percibiesen:

- Dejen que Francisco sea atacado; es necesario que por él, los Cielos se manifiesten con la renuncia: de la mujer al sexo, de la ropa al palacio, de la ignorancia al saber, de la

familia a la humanidad, del hombre común a los reyes, de los sacerdotes al papa, del techo de la naturaleza a las grandes basílicas. No interrumpamos, pero estemos atentos para que nada pase de los límites, de forma que el abuso de las tinieblas no se transforme en olvido de los Cielos, en favor de los que trabajan para la Luz del mundo.

Los tres inclinaron la cabeza ante el mensajero de lo alto, apartándose. La falange del Mal acometió de la manera que quiso, haciendo desfilar mujeres desnudas en la retina espiritual de Francisco, siendo canalizadas todas las formas con el debido magnetismo, hacia algunos centros de fuerza de hombre de luz. Algunas hermanas del mundo invisible se echaron junto al cuerpo del poeta de las estrellas, alborotando al sonido de ritmos inconfundibles e inconfesables; daban pases de una forma extraña en el recorrido de la base craneana hasta la región sacro-espinal, controlando la respiración y los gestos. Después, con las manos alrededor del árbol que le servía de lecho para el viandante de la paz, las tinieblas cantaron su himno de victoria con movimientos sensuales, por tener rodeado a Francisco de Asís, dejando solamente una salida: la perdición del mundo.

Francisco despertó desesperado, miró a su alrededor y, dotado de una profunda sensibilidad, vio a todos los visitantes del Mal, vestidos como demonios de la sensualidad; quiso levantarse, pero no lo consiguió,; pensó en orar, sin embargo, la voz no le salía. Sólo podía pensar, y él utilizó ese don con certeza, pidiendo a Dios y a Jesús recursos para liberarse de Satanás y su corte, que lo incitaban al Mal. En la rogativa mental, lloraba, como un niño con hambre. Después de la oración, consiguió levantarse y hablar; entretanto, observaba que algo estaba diferente, sintiendo estímulos sin precedentes para el sexo. Avanzó un poco hacia delante,

pensando en Jesús, retiró de la cintura el cordón sagrado, se echó a un lado el manto y se azotó, sin piedad, el órgano genital. Dio algunos pasos más en pleno coloquio con los cielos, y, notando a la siniestra comitiva a su lado, se arrodilló nuevamente en el suelo y, con dificultad, hizo una oración en voz alta a Dios. En esos momentos, algunos transeúntes de la bohemia fueron atraídos, reconociendo al viejo compañero; todos sonreían y cantaban, manifestando al *Peregrino* su alegría; este, estático, casi no los oía. Terminada la rogativa, se arrancó el resto de ropa que aún le cubría la parte del cuerpo, mira hacia un antiguo arriate de rosas en el cual solamente quedaban retoños y espinas, por no ser época de flores, y, completamente desnudo, se tiró en el acolchado de espinas y retoños, retorciéndose y rodando de un lado a otro.

Al sentir las espinas penetrar en su carne, la naturaleza inferior se enfrió y, cuando se acordó que el Maestro había sido igualmente coronado de espinas, se llenó de alegría y amor por aquellos seres invisibles que asistían al espectáculo de la renuncia.

En aquél instante, una luz descendió de los cielos, y, tocando el pecho de Francisco, le iluminó todo el cuerpo. Ante aquella explosión maravillosa y policrómica, tanto los enemigos del Evangelio, que intentaban inspirar a Francisco para las tinieblas, como los trovadores, salieron en desbandada, sin mirar para atrás. Francisco se levantó con alegría, agradeciendo al Señor; bendijo las espinas de la rosaleda teñidas con la sangre de su cuerpo, y partió, ya casi al amanecer el día, junto a sus hermanos, sin reclamaciones ni tristezas.

Al llegar, despertó a todos como un general que vuelve de la batalla con la palma de la victoria, diciendo:

- La paz sea con vosotros, hijos míos.

Canturreando un himno a los Cielos, por estar viviendo en la Tierra, comenzó a hacer la limpieza de la casa y el primer desayuno para los *Comunitarios del amor*.

Con el sol ya en lo alto, aquellos hombres que asistieron al espectáculo de Francisco de Asís, ensangrentado por las espinas de la rosaleda, comenzaban a contar lo sucedido, y se agrupaba una gran caravana para ir al lugar, pensando que él hubiese sucumbido. Encontraron, con espanto, la rosaleda florida solamente en el área en que se dio el hecho, con estrías color de sangre viva en los pétalos, dando la impresión de querer hablar de Amor.

Toda la ciudad se estremeció con el fenómeno, de manera que, al atardecer, hasta la tierra, donde brotaban los rosales, ya había sido llevada, para servir como medicamento para todas las enfermedades. He ahí uno de los fenómenos del espíritu que, en su última reencarnación, tomó el nombre de Francisco de Asís, como un rayo de sol divino, para calentar a las almas en el hielo de la indiferencia, que sintió el Amor de Cristo en su más alto grado que se puede meditar.

Francisco y sus discípulos comenzaron a caminar, predicando el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Y, a veces, pedían de puerta en puerta para abastecer a la comunidad y dar a los pobres que encontraban o que iban a llamar a sus puertas. Nada era de ellos; pedían y daban. No obstante, a la hora de pedir, daban algo de espiritual para los que donaban cosas materiales; no se olvidaban de la sonrisa, de la gratitud, y también oraban por ellos, cuando estaban reunidos.

Francisco, después de preparar a los discípulos en los conocimientos evangélicos y en sus reglas de conducta, los enviaba, como hizo Jesús, de dos en dos, a todas las ciudades de Italia, en el primer avance, para después, ser enviados para el mundo. De vez en cuando, volvían a la convivencia en

Asís, con nostalgias de los hermanos de la comunidad. Venían ansiosos para contar las historias y los fenómenos que ocurrían en sus andanzas.

Francisco era el eje de la comunidad, que acabó llevando su nombre, como seguridad doctrinaria para sus profesantes. El hijo de Pedro Bernardone enviaba a sus discípulos a las ciudades que las almas pedían; sin embargo, se reunían con sus compañeros en partida, y los hacía recordar muchas veces los dos mandamientos que transformaron la ley mosaica. Y aún los animaba:

- ¡Hijos míos!... Acordaos del deber de servir, y trabajad siempre donde estuvierais, para no ser pesados a nadie. Antes, repartir lo que tuvierais con los que lo necesiten; no os olvidéis de los enfermos, de los estropeados, de los presos, de los leprosos, de las madres afligidas, de las viudas sin protección y de los animales. Bendecid a los que os roban y nunca os levantéis del lecho sin orar. Jamás os acostéis sin primero entregaros a la oración, agradeciendo al Creador de todas las cosas la vida y todo lo que recibimos de la naturaleza.

Observad lo que habléis a los otros, para que la lengua no sirva de motivo de escándalo. Siempre que el compañero caiga enfermo, dadle toda la asistencia, con desvelo y cariño, haciéndole todo como si fuese vuestro propio hijo.

Estamos en urgencia de renuncia y no podemos olvidarnos de la humildad en todos los momentos, de la fe a todas las horas, de la caridad cada vez que respiremos en el día. Siempre que partamos hacia algún lugar, pidamos a Jesús que vaya al frente de nosotros, y que los Ángeles del Señor nos ayuden a pensar y a hacer lo que debe ser hecho.

Nunca os olvidéis de la Madre de Jesús, pidiéndole a ella las bendiciones de la confianza y el ambiente del Amor, que deberéis despertar en vuestros corazones.

Todos salieron con esas advertencias. Francisco repetía muchas veces las mismas cosas, para que fuesen grabadas las directrices, y recordados los preceptos. Cada grupo llevaba consigo el pergamino de luz de la vida de Nuestros Señor.

A veces, recibía noticias de sus discípulos y se regocijaba de alegría, por los elevados ejemplos, marcados por sus conductas.

Desde el día en que habló en la Iglesia de San Rufino, Francisco no olvidó más los ojos de Clara, que lo miraban con la máxima emoción que los sentimientos pueden manifestar. Cierta tarde, encantado con la naturaleza, salió canturreando una canción, observando a los pájaros, sin olvidarse de contemplar los cielos. Sin esperarlo, sintió una mano posarse levemente en su hombro, y decir: "La paz sea con vosotros".

Él, que estaba casi en éxtasis, tomó noción de sí mismo y miró: era Clara, acompañada por una criada de su casa, que luego se deshizo de la acompañante. Francisco respondió a sus saludos, lleno de alegría. Clara, sin intenciones de conversar, dio a entender que él dijese alguna cosa, y el hijo de Bernardone se valió de la oportunidad, sin rodeos, cordial y sincero:

- ¡Clara!... Hija mía, hemos nacido en esta Tierra acogedora y bendita. Tal vez nos hayamos encontrado muchas veces, sin que el corazón manifestase nuestros ideales. Pero, ahora, crecimos, y nuestras almas hablan de la realidad que la vida espera de nosotros.

Nos vimos en la Iglesia de San Rufino y seguramente notaste mi ideal ante el llamado de Nuestro Señor; si no fuese demasiado peso para tus hombros, te llamaría con todas las fuerzas de mi alma: ¡Vamos! Sé que estás presa de una inexplicable emoción a los ojos del mundo, pero sé también que abrigas en el corazón fuerzas desconocidas hasta para ti

misma, que podrán elevar tus ideales a las alturas inconcebibles de la Tierra, para sentir la grandeza de Dios.

No quiero contradecir las cosas del mundo, pues Dios sabe lo que debe ser hecho de él, utilizando todo para un todo de paz; entretanto, él para nosotros está lleno de ilusiones, que a primera vista nos fascina y nos muestra, en todas las direcciones, una felicidad pasajera. Nacimos bajo la égida del oro y por nuestras venas corre sangre, que dicen que es noble. Vivimos, como aún vives, en palacios, con criados esperando órdenes, para que nuestra voluntad se cumpla. Gracias a Dios, ya me liberé del fardo incómodo de las riquezas, de la opresión de mi padre y de los compromisos de familia. Mi madre, debes conocerla, es un Ángel, así como Jarla y Folí. Esas tres mujeres me ayudaron mucho en mi formación y me inspiraron en la belleza de la vida que estoy viviendo. Sus presencias me elevan y yo recibo algo que no merezco de aquellos corazones que me aman, y que nada me piden.

Que Dios las bendiga, así como a mi padre, y que Jesucristo los ayude a vivir bien. ¡Pero, en cuanto a ti, la diferencia es enorme, Clara! Siento que tu vida se entrelaza con la mía en altos sentidos, que el propio corazón intenta esconder, para que no salga de las necesidades humanas. Tu mirada, en la Iglesia de San Rufino, escribió algo en mi corazón, que nunca podré olvidar, haciéndome recordar cosas que no son de este mundo. Creo que Fray Luis estaba muy seguro cuando me reveló que vestimos cuerpos como hacemos con las ropas, pero el alma es siempre la misma. Eso debe ser una realidad que el futuro está encargado de anunciar, por los cuatro puntos del mundo, para que sirva de consuelo a todas las criaturas que sufren, lloran y padecen todo tipo de infortunios. Nosotros nos conocemos desde hace mucho tiempo, que se pierde en los dobleces inmensurables

del mismo. La vida es un misterio, que solamente nos es revelado por los procesos del Amor; cuanto más ama la gente, en el quilate del Amor que nada pide, más sabemos de las cosas escondidas de los que desconocen esa virtud por excelencia.

Oigo, Clara, la voz de nuestro Maestro Jesús, y Él ya trazó mi camino, que es el camino de la obediencia, del desprendimiento, del trabajo, de la paz, de la esperanza, de la caridad, y, por encima de todo, el camino del Amor; no puedo dejar Su compañía, para que yo no equivoque el camino. Ya existen alrededor de tres centenas de hombres, que componen nuestra Comunidad, sabiendo todos lo que deben hacer de las propias vidas. Otro tanto de mujeres nos buscan, queriendo participar de este movimiento de Cristo; entretanto, en cuanto a eso estamos callados, esperando que alguien pueda dirigirlas, con la presencia de Jesús. Y ahora, siento que ese alguien eres tú.

Serás iluminada por el don del Amor, que ya reside en ti, esperando la voz de Cristo, y de Él tendrás las directrices, para que sigas con coraje, y aquellas que te acompañen serán tus ovejas, y, ¿quién sabe, si mamá y Folí no estarán entre ellas? Jarla tal vez no alcance esa felicidad aquí en la Tierra pero Dios, en Su Bondad y Amor, le dará, donde fuera conveniente, la paz merecida.

Francisco hizo una pausa premeditada, para dar tiempo a Clara de razonar y sentir la Verdad. Cuando vio su emoción, la invitó a dar un paseo por aquellos alrededores, gesticulando con la acompañante y pidiendo para que ella se uniese a ellos, como testimonio de lo que él debería decir.

Los tres caminaron en aquél ambiente de altas consideraciones, donde reinaba pleno silencio. Francisco esperó que Clara manifestase sus ideas, pero esta no dijo nada; continuaba sin pronunciar una sola palabra, como una

planta sedienta de agua. En esa circunstancia, Francisco dijo benevolente:

- ¡Clara!... Lo ideal del hombre y de la mujer en el mundo es formar un hogar, y ese hogar, es por decirlo así, una simiente de Dios, que garantiza la continuidad de las criaturas humanas. Eso es maravilloso, es incluso divino; entretanto, hija mía, existen aquellas personas que vinieron al mundo para servir, como en nuestro caso, y su familia se llama humanidad. Nuestra familia, Clara, son todos los animales, aves y peces, todo lo que Dios hizo y que vive en el Universo. No es que falte en nosotros el impulso de las cosas de la Tierra; él nos manda hacer lo que los otros hacen. El instinto sexual no tiene barreras y no obedece a leyes, atendiendo solamente su propia satisfacción.

Todavía, en nuestro caso, él debe obedecer a los dictámenes del Amor más puro y oír la disciplina más rigurosa del empeño con Jesucristo.

Estamos en tarea de urgencia de ejemplos dignificantes de aquello que predicamos y que el Evangelio nos enseña. Eres bella, pero la hermosura de tu alma suple la del cuerpo. Vives en un palacio y tienes criadas a tu disposición, pero, te digo que todo eso es pasajero; solamente son eternas las cosas del Bien, la función caritativa y las leyes que el Evangelio nos revela.

Eres joven, y seguramente no puedes asimilar, en la profundidad deseada, los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo. No obstante, Su voz te llama para las cosas de los Cielos, que vinieron a reformar y dar cumplimiento a los anuncios de su verbo de luz. Que la voz de Él sea la tuya, que Su voluntad sea la tuya y que su Amor se manifieste en tu corazón, en la proporción en que tu vida crece hacia Dios.

Vuelve a tu casa, piensa en lo que te dije y obedece solamente a tu conciencia, pues tu felicidad depende de tu decisión.

Caminaron juntos horas y horas. Francisco hablando, y Clara escuchando. En cierto momento, se sentaron en un árbol que el tiempo tirara al suelo, y se sirvieron de él, como si fuera un confortable banco, ofrecido por la naturaleza. Clara levantó la cabeza que mantenía baja, para escuchar con precisión los más sutiles preceptos recitados por Francisco, y habló como tomada de Amor:

- ¡Francisco!... Nunca pensé que existiese tan grande felicidad como la que sentí dentro de la iglesia de San Rufino, cuando te vi, envuelto en el candor que te es propio. Cuando mis ojos encontraron los tuyos, en un clima de confianza que inspiraba mi corazón, me sentí transportada a una región que no sé explicar, cuya existencia no puedo concebir; donde la vida puede ser llamada vida, por existir en ella solamente el Amor, aquél del que siempre hablas, de pureza inconcebible.

Con los años que tengo, me parece que huyo de las responsabilidades que asumí con Dios, en presencia de Nuestro Señor Jesucristo. Pero esa luz que me bañó me trajo a la realidad y me volví anciana en experiencias y ya comprendo lo que hablas, en la profundidad de mi ser. Sentí cosas extrañas referentes a tu persona, desde el impulso más grosero al que el cuerpo se hace unir, hasta el amor más puro que el corazón en Cristo pide que sea sentido. Quedé, y estoy, dentro de un enmarañado de fuerzas, cuyo objetivo por ahora desconozco; sin embargo, siente el corazón firme y decidido para oír y vivir lo que Dios me determine, o lo que ya haya determinado.

Comprendo tu palabra, y parece que identifico tu presencia, de suerte a confundir el tiempo en que vivimos, y ya observé que tu misión es grandiosa y necesita de quien te

ayude a concretar este ideal, que sobre pasa todos los ideales de los hombres, incluso los más santos. Espero que tus manos estén siempre tendidas para nosotros, y que no falten en mi corazón tus bendiciones, en forma de estímulo, para que yo pueda vencer las ideas negativas y contrarias, comenzando dentro de casa y alcanzando a la humanidad, y espero que me ayudes a amarla del modo que recomienzas. Renunciaré a todo, para que todo pueda servirme de escuela, a enseñarme las primeras letras de la vida, en Dios y en Cristo.

Siento que pesa en mis hombros el peso que me diste, cuando me revelaste la misión que deberé cumplir; pero, te pido ayuda, porque me siento como una hoja al viento, dotada de coraje y disposición, pero sin condiciones de tener seguridad en las bases en las que debo apoyarme y proseguir. Desde el día en que escuché tu palabra, anunciando las cosas que te propusiste seguir, he tenido recuerdos cuyas raíces, te confieso, no sé dónde se asientan. Veo a Jesús en todas Sus andanzas, predicando el Evangelio, curando enfermos y resucitando muertos; veo a sus discípulos visitando ciudades y países, muriendo y viviendo por Él. Asistí al drama del Calvario y a Su gloria, en el tercer día, anunciando la vida inmortal para los discípulos. Solamente por eso, Francisco, ya soy feliz.

Fuiste, para mí, la llave con la cual pude abrir las puertas de mi conciencia y ver un mundo desconocido, que pretendo conocer con más detalles, en nombre de Dios y de Jesucristo. La primera reacción que tuve para contigo fue física, pero esa emoción se transformó inmediatamente en gloria espiritual, y yo, incluso con la poca edad que tengo, no sé sentir otra cosa ante ti, a no ser amor de madre, amor de Dios, el Amor, como dices, Universal, que puede envolver todo y a todas las criaturas.

Francisco, de ahora en adelante, puedes ser mi padre espiritual, porque la confianza que tengo en ti parece ser antigua, no obedeciendo al tiempo, ni a la distancia, si así puedo decir. Para recordarme de las cosas que no tienen contenido en los pocos años que vivimos, basta meditar sobre ellas, que todas pasan por mi mente, como si fuesen nubes agitadas por los vientos.

Renunciar, para mí, padre mío, no constituye ningún sacrificio; representa felicidad. Perdón, por lo que veo, Fray Francisco, no me contraría; representa alegría de vivir más, representa el Amor, el Amor del que ya hablamos, que debe ser el fruto de la propia felicidad. Sin embargo, yo te pido, por misericordia, que me tiendas tus manos, para que yo pueda andar con más seguridad. Si Jesús, para muchos religiosos, significa un Sol, para mí Él es el Cielo; si María, para muchas mujeres, representa la estrella-guía, para mí, ella es el infinito lleno de ellas.

Pretendo encontrarme siempre contigo, desde que me hagas esa caridad, porque es en ese intercambio, con tu presencia, que me formaré para los grandes emprendimientos que me esperan con otras compañeras.

Francisco de Asís escuchaba todo demostrando alegría; notaba de vez en cuando que el aspecto de Clara cambiaba y la voz vibraba en el transcurso de las frases que, inspirada, componía. Verdaderamente, ella estaba siendo instrumento para que alguien del mundo espiritual hablase a Francisco; lo mismo ocurría con él. Estaba siendo sellada la alianza de Clara y Francisco para la eternidad.

Después de largas conversaciones, los dos se despidieron, llenos de alegría espiritual, y Francisco partió cantando hosannas al Señor por una victoria más de Cristo en los caminos del mundo. Y pensó íntimamente: “Las piedras

están en el mundo; basta juntarlas, para construir la gran casa de Dios."

CURACIÓN DIVINA

Son varias las maneras por las cuales se procesa la curación de los enfermos. En los casos realizados por Jesús y los apóstoles, fueron curaciones instantáneas, en las cuales, como por encanto, las enfermedades desaparecían rápidamente. Para realizar esa operación, es necesario tener un gran conocimiento espiritual, conocer los fundamentos de la vida del enfermo y, a veces, modificar algo en su mente, a fin de que él cambie su forma de pensar y de actuar. La enfermedad es la fermentación de muchas existencias vividas desordenadamente; es la respuesta, la consecuencia. Por eso, el dolor, en ciertas circunstancias, es la propia curación. Los duros padecimientos son indicios de elevación del alma, porque ella ya comenzó a pagar los débitos pasados, por el guante de la enfermedad.

El enfermo, al ser curado, se abre como la flor unida al tallo y sus centros de fuerza activan toda su sensibilidad, facilitándole la absorción de los fluidos donados por el operador. En muchos casos, Jesús ya decía: "Tu fe te ha salvado". Eso es porque determinados enfermos hacen el trabajo casi ellos mismos. Así, tener fe es muy importante en toda nuestra vida. Cuando no existe fe, en la curación a distancia, de cuya operación curativa no participa el enfermo, y que a veces, ignora por encontrarse inconsciente, el operador se desdobla, de un modo impresionante, en todas las direcciones del saber, para encontrar la ecuación deseada, es decir, la cura. Examina, por la clarividencia, el tipo de enfermedad, sus causas y busca en el gran manantial divino elementos para sustituir a los que ya están cansados y

gastados. Observa y activa los puntos energéticos del cuerpo y del alma, hace una transfusión inmediata de fuerza vital, tranquiliza la mente enferma y adapta en sus más sensibles departamentos, ideas favorables a la curación. Pensamientos positivos, alegría de vivir y una gran paz caen en su conciencia profunda. Ahí el enfermo favorece el trabajo, como si fuese a someterse a una operación y como si se relajase en una mesa de cirugía, por las bendiciones de la anestesia completa. Pero, todo eso ocurre en minutos, dependiendo de la elevación del espíritu encargado de la curación y, en muchos casos, del tipo de enfermo. La variación es infinita. Entra en acción, como ya dijimos, le ley del carma.

Existen fuerzas desconocidas que se interponen a las curaciones inmediatas. No es mucho repetir que el Evangelio no puede dejar de acompañarnos en todo ese trabajo. Él es la fuerza de Dios que hace que la curación sea eterna, pues traduce los principios de las leyes. Todos los desequilibrios orgánicos y psíquicos son la no observancia de los preceptos divinos. Entretanto, también existen muchas cosas en el campo de la curación que los hombres no están preparados para conocer. El tiempo, en la dinámica del progreso, revelará esas cosas gradualmente, a todas las criaturas, en la Tierra y fuera de ella.

Existen muchos métodos de curar, desde masticar hierbas entre los indios, a las más sofisticadas invenciones en el reino de Hipócrates, desde los siropes de larga vida en el área iniciática, a la medicina homeopática, fundada por Samuel Hahnemann, en las concentradas gotas de energismo curativo, desde las bendiciones de los campesinos con ramos específicos, a la flora medicinal, desde los masajes de los antiguos egipcios, a las famosas agujas orientales, desde los soplos de los Padres del Yoga, a los pases en los templos

espíritas. En fin, hay un sin número de modalidades de curaciones, por todos los ángulos que podemos imaginar. Y hoy, hay muchas personas curando por la alimentación; no obstante, todas las curaciones mencionadas y de las que no necesitamos hablar, carecen de la fuerza del pensamiento, cuya energía se convierte en aquello que quisimos transformar, por la luz del corazón.

De entre las curas citadas, existe una diferente de todas: la que Francisco de Asís utilizaba con maestría, la *curación divina.* La curación divina es aquella que restablece al enfermo, de cualquier enfermedad, en un abrir y cerrar de ojos; es la curación instantánea.

Pedimos permiso a todos los curadores, encarnados o desencarnados, para decir que toda curación divina nace de una energía sublimada que viene de Dios, pasando por las santas manos de Nuestro Señor Jesucristo. Como está comprobado, las manos que tocan a los enfermos de cualquier naturaleza y que curan instantáneamente, por detrás de ellas están las del Maestro de los maestros. Solamente Él sabe transformar la luz de Dios, para restablecer la armonía orgánica de los hombres.

Francisco de Asís fue uno de estos instrumentos de Jesús, que restableció una infinidad de cuerpos de todos los tipos de enfermedad en la Tierra. Entretanto, , la fuerza que afina el instrumento humano, para servir de instrumento divino en las manos del Maestro es solamente una: el *Amor,* el más puro Amor, buscando así las ondas luminosas desprendidas del Cristo de Dios, que siempre busca igualmente sintonía para consustanciar en bendiciones de Dios donde quiera que sea. Nadie está huérfano de las cosas del Cielo, cuando busca el camino de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, cuya inmensurable aura acoge el Planeta y, en Su grandeza espiritual, siente todas las necesidades de los

hombres y de las cosas, y todo su rebaño está dentro de Su faja mental.

El Evangelio es, por excelencia, un código divino. Si respetamos sus preceptos, estaremos en sintonía con la fuerza universal del Amor y seremos atendidos por esas leyes que regulan la propia vida que instruye en la Tierra.

En Rivotorto existía un hospital de leprosos impresionante por demás, si consideramos lo que sería una Casa de Salud hace ocho siglos atrás. Los leprosos de aquella época eran relegados al abandono y la medicina no tenía condiciones, como ahora, para tratarlos adecuadamente.

Francisco de Asís tenía un cariño profundo por aquellos enfermos, y siempre pedía a sus compañeros que fueran a visitarlos y trajesen noticias de aquellos restos de hombres, llevándoles su presencia. No obstante, algunos manifestaban impaciencia e incluso rebeldía, por estar separados de la sociedad, de sus mujeres e hijos.

Cierto día, Fray Pedro de Catani y Fray Pablo fueron a visitar a los enfermos y conversar con ellos, acerca de la bondad de Dios y de la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo.

Ocurrió que uno de ellos, el más perturbado, comenzó a blasfemar contra Dios, contra Cristo y contra ellos mismos, por estar solamente conversando y él, cada vez más enfermo y relegado al abandono. Llegó incluso a decir: ¡Es porque esa enfermedad no la tenéis vosotros!

Pedro de Catani, respondió: - Fue nuestro Padre Francisco el que nos mandó a verlos y envió su bendición para todos los que están aquí.

El leproso, que se llamaba Tanalli, quedó más furioso con el recado del Padre Francisco, diciendo:

- Ese Padre Francisco está desde lejos mandándonos bendiciones. No quiero sus bendiciones; ellas no me sirven

para nada, pues cada vez que venís por aquí, quedo con más rebeldía y con la misma enfermedad. No quiero consuelo de hombres como vosotros que parecen más miserables que nosotros; si tuvieseis alguna cosa que dar, no vendríais por aquí.

Fray Pedro y Fray Pablo escucharon pacientemente al leproso y, sin entrar en discusión, conservaban la actitud de oración, mientras Tanalli blasfemaba. También ocurrió que la paciencia de los dos hombres de Dios se agotó, y Fray Pedro, hombre fuerte y decidido cuando era necesario, actuó sin consentimiento del enfermo, lo cargó en los hombros y habló pacientemente a Fray Pablo: - Vamos, hermano, a llevar a este enfermo al verdadero médico, que quedó más o menos lejos.

Llegando junto a Francisco con el enfermo, él casi los hizo volver con el leproso, alegando que no podía quedarse con aquél hombre en lugares no apropiados. – Hicieron muy mal en traerlo, decía Francisco. Los dos discípulos, con la cabeza baja, escucharon todo, orando silenciosamente a favor de la situación, y del enfermo sofocado por la agitación. Cuando los compañeros de Francisco salían de vuelta para el hospital, este, cayendo en sí, se arrodilló a los pies de los discípulos y les pidió perdón por lo que hizo, diciendo con cariño: ¡Perdonen, hijos míos!... ¡Lo que hice, no quiere mi corazón que sea así!

Y cogió al enfermo con dificultad, cargándolo hasta una dependencia de la granja. Miró su rostro en llagas, cuyos labios se habían transformado en una sola herida. El mal olor era insoportable, el cuerpo era una sola llaga y el enfermo ya no soportaba más la ropa sobre la piel, que casi no existía. Francisco, lleno de amor por el leproso y con profunda humildad, le besó el rostro como si fuese el de su propia madre. Retiró la ropa del enfermo, echándola a un lado, y

enseguida besó sus llagas pustulentas, como si lo hiciese con Jarla o Folí, y habló con tanto sentimiento de compasión, como si estuviese pidiendo a su propio padre para reconsiderar lo que hizo. El enfermo, en aquél clima de fraternidad, comenzó a llorar, y Francisco no hizo otra cosa. Lloraban juntos.

En ese momento, los discípulos se acercaron al maestro, sin saber qué hacer ante el conmovedor drama. El Padre Francisco pidió a los compañeros que trajesen una artesa con agua templada, pidiendo a Fray Pablo que cogiese, con los debidos cuidados, de un arriate próximo, tres rosas, y se pusiesen en oración. Traídas el agua y las rosas, que fueron deshojadas con un himno de alabanza al Señor de los cielos, puso a Tanalli en la artesa, y llamando a Fray Luis, le pidió que recordase las palabras de la curación de Lázaro, que ya había muerto hacía cuatro días, cuando fue resucitado por Cristo.

Sintió que alguien le tomó las manos, diciendo:

- Francisco, cuida de estas mis ovejas, ellas son hijas del Calvario, agredidas por sus propios destinos.

Y Francisco respondió mentalmente:

- ¡Sí, Señor, sí! ¡Yo las cuidaré!

Y Francisco añadió: - Si fuera de Tu agrado que esa enfermedad pase para mí, besaré tus manos por la misericordia de poder pagar mi falta para con este hombre de Dios, que debo respetar.

Y Francisco fue pasando sus manos por el cuerpo del leproso y todas las heridas fueron cerrándose, como por encanto, a medida que las manos lavaban al enfermo. Los discípulos, al contemplar ese fenómeno, cayeron de rodillas en el suelo desgastado de la Granja de Luz, y cantaron un himno de alabanza al Todopoderoso, por la presencia de Cristo en el seno de la Comunidad. Tanalli, cuando vio lo

ocurrido, y no sintió más dolor, se levantó desnudo de la artesa, sólo, se arrodilló perdido en santa emotividad, y besó los pies de Francisco, mojándolos de lágrimas. Avanzó hacia los discípulos para hacer lo mismo, pero ellos no lo consintieron, por sentirse leprosos del alma. Y Tanalli, que era un criminal contumaz e incendiario irreverente, grito con todas sus fuerzas con los brazos extendidos hacia los Cielos:

- ¡Señor, sé que existes! ¡Haz de mí lo que quisieras que yo sea!

Alguien, apresuradamente, le trajo ropa y todos lo abrazaban y, desde entonces, pasó a llamarse Fray Aprígio.

Habiendo pasado mucho tiempo, predicando el Evangelio en los caminos con el Padre Francisco, a quien tenía el más elevado respeto, Fray Aprígio, en el año 1250, aún sentía en su corazón, algo que corregir. Tenía impulsos de violencia, y ya se había comprometido con todos los recursos que aprendió a través de las experiencias personales y de las cosas que el Padre Francisco le había enseñado. Utilizó el recurso de la oración, demorándose horas y horas orando, pero el violento y orgulloso animal aún vivía.

Cierta noche, próximo a la ciudad de Lecce, cuando un árbol le servía de techo, perdió el sueño, mirando las estrellas y, llorando, pidió a Dios:

"Señor, si me fuese concedido recibir algo de Tus manos santas y sabias; si me fuese concedido pedirte alguna cosa como premio para mi corazón; si yo pudiese elegir un camino de libre y espontánea voluntad, yo Te pediría que besase, otra vez, mi cuerpo, como lo hiciste antes, con las llagas de la lepra y sería el hombre más feliz de la Tierra, porque ahora, solamente ella podrá arrancar de mi corazón, el orgullo y la violencia que llevo conmigo, desde incontables épocas."

Y llorando, se durmió.

Al día siguiente, cuando despertó con la luz del sol bañándole su rostro, Fray Aprígio volvía a ser Tanalli, el leproso de Rivotorto. Se arrodilló, ante el beso solar, agradeció profundamente la bondad del Creador y desatándose el cordón de la cintura, cambió las ropas de franciscano por una común, tomando la dirección de la Casa de Salud de donde antes salió con rebeldía. Allí, seis años después, murió, agradeciendo a Dios y a Cristo la bendición de la lepra, que le hizo corregir desde lo profundo de su alma, el orgullo y la violencia.

Se cuenta que cierta fecha, Francisco iba de Riéti para Áquila con algunos de sus discípulos. En el camino, fueron abordados varios asuntos referentes a la doctrina cristiana, y, principalmente, sobre la vida de Jesús. En esta emoción maravillosa que las cosas espirituales les ofrecían, surgió en la margen del camino un gran árbol, que los invitaba, en el silencio del campo, a un descanso reparador.

Fray León, amante de la naturaleza, invitó a la comitiva a un pequeño descanso, durante el cual ellos podrían recordar historias que los llevasen a las más profundas meditaciones acerca de la vida que, certificada como invisible, no lo era para ellos.

Y aquél árbol acogió a los caminantes de Dios. Francisco, meditativo, vio a unos pequeños seres, pertenecientes a la imponderabilidad de la naturaleza, salir y entrar en el cuerpo ciclópico del gran arbusto, y en este, parecía que se abría algo como ventanas invisibles, por donde transitaban aquellos diminutos seres, de forma humana. Los otros frailes, que se ocupaban de la limpieza del área, no oyeron el coloquio que Francisco estaba manteniendo con aquellas minúsculas vidas, en el empeño de comprenderlas y amarlas. Luego ellas comenzaron a

manifestar gran interés por Francisco de Asís: subían por su cuerpo, como un enjambre de abejas, se deslizaban por sus cabellos, como artistas mostrando sus habilidades en un circo. Festejaban la nueva amistad con ruidos imperceptibles, pero en armonía con la propia naturaleza divina, en la divina ascensión de fuerzas que la vida tiene en abundancia.

Francisco de Asís, al contemplar aquél espectáculo invisible, la emoción lo hizo llorar. Y en este impulso de lo Divino en su corazón, recitó, en el templo natural, una canción como poesía, en este tono universal:

"Viendo la obra, veo a Dios; siento a Dios, soy Amor.

¡Oh!... cuantas cosas se esconden de mí, de vosotros, de todos, hijas del Creador.

Siento que soy nada, ante la grandeza del universo; me siento gusano, por las bellezas que desconoce mi corazón. Dios tiene hijos en el mar, en las estrellas, en el aire; Dios tiene hijos en los árboles y en la Tierra. Dios tiene hijos hasta en las guerras.

¡Qué belleza es la función de la naturaleza!...

Veo la luz surgir en la oscuridad, veo la vida perfecta en los muladares; veo el cielo en las aguas del mar, veo y siento el Amor en el amar.

Cuando descanso, la naturaleza trabaja; cuando duermo, la naturaleza trabaja; cuando trabajo, la naturaleza trabaja.

¿Quién soy yo?... Nada, ante esta batalla.

¡Dios es Dios de los justos, Dios es Dios de los parias, Dios es Dios de los que viajan, Dios es Dios de los que quedan en casa!...

¡Dios es Dios de las sombras, Dios es Dios de la luz, Dios es Dios de las tinieblas, Dios es Dios de Jesús!...

Cuando estoy cansado, Dios está ocupado; cuando estoy reclamando, Dios está obrando.

¡Cuando blasfemo, Dios está entendiendo; cuando tengo odio, Dios está amando. Cuando estoy triste, Dios está sonriendo. Dios es Sabiduría y yo estoy soñando!...

¡Qué bella es la naturaleza!...

Qué belleza la profundidad de la existencia, y del existir.

¡Yo no comprendo, pero lucho para corregirme; sin embargo, en fracciones del tiempo, luego quiero reunir y Dios repartir! ¡Quiero coger, quiero aprovechar; y Dios pasa por mí a sembrar!...

Lucho de nuevo, mas aún no sé luchar; pienso en la disciplina, mas no me dejo disciplinar. ¡Avanzo!… ¡Caigo!... Vuelvo a avanzar. Y Dios me oye, pasa nuevamente por mí, me mira a los ojos, siente mi corazón. Y dice bajito en mi oído: Ven, te voy a enseñar a *amar.*

¡Dios Se retira!... ¡Siento Su ausencia!... ¡Pido clemencia! Incluso así, Dios no se olvida de mí.

Manda a un Ángel a mi encuentro, en un carro resplandeciente de luz. ¡Y con los brazos abiertos, caigo por tierra; pensé que era el Cristo de Dios, que era Jesús!

Y el cortejo de los cielos, entra en mí, cantando alabanzas.

¡Abre mi corazón, dejando dentro de él un tesoro de luz!...

El tesoro del dolor."

Fray León, al oír el cántico del *Peregrino*, se apresuró a copiar, pero fue tarde; perdió casi todo lo que escuchó de Francisco, en éxtasis. Algunos de los compañeros del hijo de Asís habían salido en busca de agua y trajeron el líquido sagrado, impregnado por el magnetismo de la naturaleza que parece responder a los hijos de la caridad en el loor de Francisco, en la exaltación de las leyes de Dios.

Pasaba por allí un señor al que el pueblo de Áquila apodaba *el loco de Áquila,* hombre robusto, de físico privilegiado, que andaba sin parar y que sufría de una inquietud incomparable.

Oyendo y viendo a Francisco de Asís en aquél arrobo poético, se acomodó junto a los franciscanos y escuchó pacientemente la armonía de los sonidos articulados por el hombre de Dios, alabando a la naturaleza. Al terminar, viendo que sus ovejas habían aumentado, Francisco se dirigió a él con festejos fraternales y él, cogiendo el borde del sayal del hermano menor, se lo llevó a los labios, besándolo con una ternura incomparable.

Un espíritu de forma animalesca y de gestos inconfesables se unió a aquella criatura de Dios, haciéndola ser el terror de Áquila y de Riéti. Derrumbaba casas, mataba animales, se los comía, y dormía al aire libre, cuando dormía.

Liberado de la posesión, volvía a ser Simeón, el curtidor de Riéti. Luego se acordó de la familia, habló de sus hijos, y lloró de nostalgia. Francisco puso la mano en su cabeza, antes torturada por el compañero invisible que las tinieblas ocultaron, y habló con ternura y piedad:

- Llora, hijo mío, que las lágrimas tienen la virtud de establecer la paz. Vamos a pensar en Dios y a conocer a Cristo, porque los Ángeles no nos abandonan. Vamos a recordar a nuestra Madre María Santísima, que ella nunca se olvida de los que sufren, de entre los cuales yo debo ser el más necesitado. Te pido que dejes que seamos tus amigos, que podamos amarte, incluso en la calidad de viajeros sin residencia segura, sin los debidos recursos materiales para ayudarte. Hagamos de todos uno sólo, para que Cristo se sirva de nosotros en lo que le convenga, en favor de la paz.

Simeón se quitó el manto, que llevaba sobre los hombros, y los discípulos de Francisco se asustaron al ver en

sus costados, una herida purulenta, donde los violentos virus destruían toda su piel, penetrando en los tejidos y desprendiendo un olor insoportable. Eran virus psíquicos, transformados en agentes físicos.

Francisco miró con compasión la triste escena, en la que el dolor se hizo dominante, diciendo con amor al hermano sufriente:

- ¡Simeón, siéntate, hijo mío, para que yo pueda ver más de cerca tus llagas!

Y pidió a los compañeros que orasen. El hombre de Riéti atendió la petición del Padre Francisco, y este, con toda la ternura que tenía en el corazón, se inclinó sobre el hijo de Dios y besó la enorme póstula en cruz, pidió agua fresca que trajeron de la fuente de la naturaleza y la lavó. Al instante, Francisco notó, en el plano imponderable, aquellas minúsculas vidas invisibles llevando esencias, como fluidos de la naturaleza, y proyectándolas en la herida del enfermo, en un trabajo intenso, atendiendo la llamada del Amor.

Francisco se acordó de Dios, rememoró la vida de Cristo, de María, el cortejo apostólico desfiló en su mente y él oyó dentro de su cabeza, donde solamente existía fraternidad, la palabra compasiva:

"Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán consolados; bienaventurados los tristes, porque ellos tendrán alegría; bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán; bienaventurados los despreciados, porque ellos serán acogidos.

Impón tus manos, Francisco, que Dios es un Dios de misericordia y ellas podrán ser las mías, por el proceso del Amor. Ama a este hermano con toda la profundidad de esta virtud, y tu gesto se transformará en curación sublimada".

Todos se reunieron alrededor de Simeón, mientras Francisco pasaba las manos pos sus costados. Lentamente, la

epidermis fue rehaciéndose, por la fuerza de la divina magia y, en segundos, todos vieron una boca iluminada, cuyos labios tocaron la herida purulenta, en forma de un beso de luz. El enfermo, en unos instantes, perfectamente curado, abrazaba y lloraba con los discípulos de Francisco, danzando y cantando la gloria de Dios.

Tras el feliz acontecimiento, se encaminaron todos hacia Áquila, donde se hospedaron en la casa del curtidor Simeón. Los familiares, cuando lo vieron en su completo juicio, lo abrazaron llorando. Su mujer y sus hijos levantaron su rota túnica, y, sorprendidos, verificaron que él estaba curado de la antigua llaga. Simeón no se hizo esperar: narró todo lo ocurrido con tanta lucidez que Francisco, emocionado, dijo a Fray León:

- Escribe, por caridad, lo que voy a decir en presencia de todos:

Dios es Dios de amor que transforma la simiente en árbol, en fruto que alimenta la vida, y, a veces, el pesar... Dios es Dios de amor que cambia el nido de los pensamientos en nido de luz; que cambia las ideas en acción que nos conduce, o deja que nosotros nos caigamos, para comprender a Jesús. Dios es Dios de amor que nos dio los pies, para que podamos caminar, nos ofreció las manos, para dar trabajo a la azada; pero, si herimos al compañero, erramos el camino. Dios es Dios de amor que nos dio la cabeza para pensar, que nos premió con el corazón para amar; quien acepta el odio, no puede cantar. Dios es Dios de amor que todo lo hizo, sin alardear de ello, que todo lo hace, aunque creamos que es tarde; que nunca dice: Sois cobardes. Dios es Dios de amor que nos dio el verbo y nos enseña a hablar, que nos dio la boca y nos enseña a cantar; que nos dio el corazón y nos enseña a *amar*.

Fray León escribió el canto del Padre Francisco con interés y alegría, y Fray Luis después lo recitaba, cuando lo solicitaban sus compañeros, los franciscanos, después de una ligera comida en la casa de Simeón, tras agradecer a Dios por la acogida, cantaron como pájaros libres, junto con la familia, feliz por la vuelta y la cura de Simeón.

Francisco, impulsado por la gratitud a Nuestro Señor Jesucristo, introdujo la mano por dentro del sayal, con alegría, y sacó un precioso tesoro: el Evangelio de Jesús, cuyo texto fue copiado por Fray Pedro de Catani. Abrió el pergamino de luz y en el capítulo nueve, versículos del uno al veintisiete, de la primera epístola de Pablo a los Corintios, leyó en este tono de voz saludable:

"¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿Es que no he visto a Jesús, Señor nuestro? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor? Si para otros no soy apóstol, para vosotros ciertamente lo soy, pues vosotros sois, en el Señor, el sello de mi apostolado. Esta es mi respuesta a los que me critican. ¿Es que no tenemos derecho a comer y a beber? ¿No tengo derecho a llevar conmigo una mujer cristiana, como los demás apóstoles, los hermanos del Señor, y hasta el mismo Pedro? ¿O es que sólo Bernabé y yo tenemos obligación de trabajar? ¿Cuándo se ha visto que un militar haga la guerra a sus expensas? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no toma leche del rebaño? ¿Hablo sólo con criterio humano o lo dice también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: *No pondrás bozal al buey que trilla*. ¿Es que Dios se preocupa de los bueyes? ¿O lo dice, evidentemente, por nosotros? Porque tanto el que labra la tierra como el que trilla el grano lo hacen con la esperanza de recibir parte de la cosecha. Si sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿es mucho que recojamos bienes materiales? Si otros usan este derecho con vosotros, ¿por

qué, y con más razón, no podemos usarlo nosotros? Pero no hemos usado este derecho, y lo hemos soportado todo para no poner obstáculo alguno al Evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que ejercen funciones sagradas viven del templo, y los que sirven al altar del altar participan? Así también el Señor ordenó a los que anuncian el Evangelio que vivan del Evangelio. Pero yo no he hecho uso de ninguno de estos derechos. Y no escribo esto para reivindicar estos derechos. Prefiero morir antes que verme privado de este glorioso título. Porque si predico el Evangelio, no tengo de qué sentir orgullo; es mi obligación hacerlo. Pues ¡ay de mí si no evangelizare! Si hiciera esto por propia voluntad, merecería recompensa; pero si lo hago por mandato, cumplo con una misión que se me ha confiado. ¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que predico el Evangelio y lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización. Libre, de hecho, como estoy de todos, me hago esclavo de todos para ganarlos a todos. Con los judíos me hago judío; con los que están bajo la ley, como quien está bajo ella, sin estarlo, para ganar a los que están bajo la ley; con los que están sin ley, como quien está sin ella, para ganarlos, yo que no estoy sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Con los débiles en la fe me hago débil para ganar a los débiles; me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el Evangelio, para participar de sus bienes. ¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero sólo uno consigue el premio? Corred de modo que lo conquistéis. Los atletas se privan de muchas cosas, y lo hacen para conseguir una corona corruptible; en cambio, nosotros, por una incorruptible. Yo no corro sin ton ni son, ni peleo como quien da golpes al aire, sino que me impongo una disciplina y domino mi cuerpo, no sea que después de predicar a losa demás, yo quede descalificado."

Todos entendieron la lección de la renuncia a la que Francisco de Asís se proponía y la necesidad de liberarse de los obstáculos humanos, para ser solamente esclavo de Cristo, Nuestro Señor. Todos entendieron el por qué de la obediencia de Francisco al Papa Inocencio III – obediencia sin connivencia – a fin de ganar las ovejas perdidas, haciendo todo para que el Evangelio de Jesús quedase en evidencia, con el Amor puro que pudiese salir de su corazón.

Fray Pablo hizo una larga exposición del texto leído, que encantó a todos los presentes y a la familia de Simeón quedó conmovida con aquella convivencia espiritual. Así, fue abierto el primer culto en el hogar, en la ciudad de Riéti, por los franciscanos. Y Francisco, al terminar la conversación evangélica, ofreció a Simeón el pergamino de luz, diciendo:

- Esta debe ser la simiente plantada en tu hogar, para que germine en todos los de esta ciudad de Dios, que nos acoge. Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.

FRANCISCO Y EL PAPA

Francisco recibió carta de Inocencio III, que se encontraba bastante enfermo y que solicitaba su presencia, cuyos términos intentaremos reproducir, procurando aproximarnos, dentro de nuestras posibilidades.

"¡Querido hijo Francisco!... Te envío mi bendición papal y ruego desde el fondo de mi alma, que Jesucristo te bendiga también, creyendo que Dios no te faltará con Su inmenso Amor. Que María Santísima sea Tu Madre, hoy y siempre. En tiempos pasados, cometí una falta grave para con tu corazón. Sé que te herí, en la más profunda de tus sensibilidades, desdeñándote, junto con algunos cardenales, por ignorar tu misión. No quisimos tu ayuda en favor de nuestra Iglesia, que iba, y a veces va, por caminos peligrosos.

En aquella época, me dominaba el orgullo, cuyo peso aún siento en el corazón, trazándome directrices, que a veces, obedezco. El querido hijo, que mucho aprecio, debe saber qué difícil es alejar del pecho que ostenta la autoridad, la prepotencia, la vanidad y el egoísmo. Si nos apartamos de las llagas de un leproso, por temer el contagio, es porque ignoramos la calamidad que existe dentro de nosotros. Y yo, siendo el peor, confieso ser leproso por dentro, y en ciertos momentos, siento vergüenza de mí mismo, y confieso eso ahora, abatido por la vejez y por la enfermedad.

Francisco, tú eres feliz por lo que eres y decidiste ser en el panorama del mundo; tu interior se muestra por fuera. Tu vida es un Evangelio, que podemos leer en tus propios actos. No te escribo pidiendo reservas, asumo todas las responsabilidades. Puedes mostrar a quien quiera que sea esta misiva, que nada representa en mi educación íntima, si ella revela mi arrepentimiento, porque ya estoy en el final.

Yo debería escribirte en el auge de mis fuerzas, mostrando así que entendí el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Pero, pido perdón al Divino Señor y que me ayude a reconsiderar y mejorar el corazón, retirando de mi pecho las ilusiones, a que la posición nos insulta y nos ciega.

Hoy doy gracias a Dios por haber nacido en la región de Úmbria un hombre como tú, que lleva en su interior todas las características de Nuestro Señor, que hizo de la vida una renuncia, que hizo de la vida una completa humildad, que hizo de la vida un verdadero perdón. Fue viendo y sintiendo tu vida, Francisco, que comencé a comprender lo que es el Amor y lo que significa amar al prójimo, en los términos del Evangelio.

Gracias a Dios, tenemos a nuestro lado un buen cristiano, que mucho nos ayudó a discernir las cosas y a mostrar en tu persona la presencia de Cristo y que nos

advertía, haciéndonos ver los peligros de los caminos que recorremos. Estimulamos, a veces, la guerra, por presión de hombres inconscientes, que hablan mucho de Dios, pero nunca sintieron en el corazón ese Dios de Amor y de Misericordia. Hablamos mucho del perdón, pero creamos una casta separada de nosotros, que llamamos herejes, y los crucificamos, sin procurar saber si ellos también tienen familias, y si son seres humanos, hijos de Dios.

Hablamos de caridad, pero vivimos en el lujo, sin pasar por nuestras mentes la falta de techo, de abrigo y de comida de los que no piensan como nosotros. Creamos un Satanás, para poner en sus hombros todas las responsabilidades de las que tenemos el orgullo y la vergüenza de asumir.

Nada hice a favor de la colectividad y nunca quise pensar que Dios es Padre de todas las criaturas, desde el ladrón al santo, desde el paria al rey, desde el hereje al propio papa.

Hoy, aunque tarde, coloco a todos en el mismo nivel ante la Bondad Divina, que a todos concede, sin distinción, el sol, la lluvia, el aire y las aguas, el pan, las ropas y Su propio amor. No queriendo alargarme más, te pido perdón. Si comencé esta carta bendiciéndote, al terminarla, te pido la bendición.

Todo lo que te digo en esta epístola, es para hablarte de mi sufrimiento en tu ausencia y porque quiero verte antes que la muerte venga a mi encuentro. Sufro mucho y quiero que tus manos toquen mi cuerpo, que siento desvanecerse en llagas. Mi mayor dolor es porque todos se apartan de mí y me siento sólo. Quiero verte. Adiós.

Inocencio III

El *Peregrino* de Asís no se olvidó de los acontecimientos que los envolvieron, cuando fueron a Roma en busca de Su Santidad. Entre otros tantos acontecimientos, se acordó de José María, el hospedero portugués y su familia, de Adalia, la joven enferma que curó por la bendición de Cristo Jesús y de la criada Afrania, que le hacía compañía. Se acordó de Tulio, el pirata, y de doña Galba, su esposa, y, principalmente, de su hija, que él recogiera en la casa abandonada. También se acordó del cardenal Juan de San Pablo, y de la entrevista que tuvo con Inocencio III.

Francisco, en Roma, manda avisar al Papa, que iba a verlo en nombre del Cristo de Dios. Este, al recibir la noticia, con gran alegría, mandó a buscarlo inmediatamente, concediéndole honras especiales, a lo que Francisco se opuso, prefiriendo ir acompañado solamente por algunos franciscanos, con sus pies callosos por las caminatas, piel tostada por el sol, cuyas rodillas mostraban el tiempo que aquellos hombres permanecían en oración a Dios.

Francisco entró en el Vaticano con unas simples sandalias que le ofrecieron en el camino, cuando alguien supo que iría al encuentro del Sumo Pontífice y así fue encaminado a los aposentos de Su Santidad. Francisco se arrodilló, le besó las manos arrugadas y le dijo con humildad:

- ¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!

Inocencio III, ya casi sin fuerzas para hablar, lloró, envuelto por la emoción. Pasados los primeros momentos, ya rehecho, dijo a Francisco:

- ¡Hijo mío, que Dios te bendiga! Tu presencia junto a mí me proporciona un inmenso bienestar. Siento mi cuerpo cansado y desgastado por las cosas inútiles, mas siento el alma erguida, sustentada por la fuerza donada por el arrepentimiento y alimentada en la esperanza de la palabra

del Divino Amigo a todos nosotros, cuando afirmó: “Ninguna de mis ovejas se perderá.”

Quería pedirte perdón y humillarme en tu presencia. Aunque sé que no soy digno, quería besar tus pies, para que mi orgullo desapareciese, dejándome en la condición de réprobo sin valor, juntando las migajas que tu perdón pudiese ofrecerme.

Nada más puedo hacer por los éxitos de tu trabajo, a no ser orar a los Cielos, si mis oraciones fueran oídas; creo que Jesús tendrá compasión de mí y que María es madre de todos nosotros.

Como dirigente máximo de la Iglesia, estoy fracasado y soy consciente de que no debería haber hecho lo que hice: incentivar una Cruzada de niños inocentes, enviándolos a la muerte. Soy, verdaderamente, un genocida. Desperté tarde, pero abrí los ojos a la Luz.

Me gustaría que la salud me visitase por tus manos benditas, pero, si este no fuera el deseo de Nuestro Señor, aceptaré la enfermedad y la muerte con alegría.

Te llamé para hacerte una petición, y moriré triste, en el caso que no sea atendido. Quiero que tú, Fray Francisco, acompañes esta Quinta Cruzada, que está siendo formada. Si yo tuviese fuerzas, lucharía para impedirla; sé que tendrás fuerzas para deshacer las actitudes perversas de que están llenas las personas que la dirigen.

Francisco escuchaba en silencio; su mente buscaba otros parajes en la estela infinita del éter cósmico, pero registraba todo lo que oía de Su Santidad. Las paredes del aposento mostraban que allí trabajaron expertos artistas; los cuadros mostraban, en silencio, de quién eran hijos y los tapetes se alineaban con el primor del mobiliario. La posición del enfermo se destacaba de entre todo el lujo. Se quitó apenas los anillos, los cuales le quedaban flojos en los

delgados dedos, y el maravilloso cordón de oro con un pesado crucifijo que lo incomodaba. La humildad de los visitantes, que nada poseían, a no ser la verdadera santidad en el corazón, contrastaba con el lujo que se evidenciaba en el ambiente. Interrumpiendo la meditación, Francisco habló compasivo:

- ¡Querido Padre y compañero en Jesucristo!... Es de notarse vuestro gran interés y amor por las criaturas y por el bienestar de la sociedad; eso me conmueve hasta las fibras más íntimas del corazón. Vuestra posición ante la humanidad es la de un padre y representante de Cristo en la Tierra. Pero, debo deciros que la posición de mando, de abundancia de cosas materiales y condiciones de intromisión en la intimidad de los hogares, hicieron despertar las tinieblas de la prepotencia, del orgullo, del egoísmo y de la avaricia, que dormían dentro de vosotros, hasta el punto de formar un ejército de niños y enviarlos a la guerra para conquistar algo que no os pertenece, ni tampoco a la Iglesia. Lo que vale para nosotros no es el sepulcro al que llamáis Santo, sino todo lo que hubiera salido de las manos divinas del Creador.

Tenemos que luchar, sí, e incluso emprender una guerra, pero para vencer nuestras inferioridades morales. Dentro de nosotros, en el centro del corazón, existe también un Santo Sepulcro, y de este nos olvidamos, por conveniencia, de conquistar, por requerir de nosotros, trabajo, esfuerzo y mucha disciplina. Padre mío, no vayáis tras las conquistas exteriores, porque la mayor conquista y el mayor tesoro viven en nuestro interior, que solamente encontramos cuando pasamos por las puertas del Amor.

En esto, Francisco sintió un leve estallido en su cabeza, acompañado de la cariñosa y suave voz, que ya conocía, en esta expresión que encanta y conmueve:

- ¡Francisco!... ¡Ten piedad de él que sufre y llora!... Acuérdate de las bienaventuranzas. Ten piedad de él, Francisco, pues le falta la paz; acuérdate de mi Amor para con todas las criaturas.

Extiende tus manos y alivia a este hombre que padece, en nombre del Amor que desconoce barreras y posiciones, fe o ideologías, riqueza o pobreza, sabiduría o ignorancia, para servir, para ayudar a aquellos que cayeron, y desean levantarse y seguir nuevos caminos. Este hombre espera tu cariño y tu comprensión…

Francisco se arrodilló al lado de la lujosa cama y respondió con respeto:

- Sí, Señor, hágase Tu voluntad y no la nuestra.

Y sintió una luz inmensa que envolvía todo su cuerpo y se filtraba a través de sus manos y se proyectaba en el cuerpo de Inocencio III. Una suave brisa visitó todo el ambiente y, a los ojos espirituales, Francisco quedó todo iluminado por la maravillosa proyección del mundo espiritual.

El alto mandatario de la Iglesia dio un suspiro, llamó a Jesús y a María, y pidió perdón por sus faltas. Francisco, en la condición de transmisor de alta potencia energética, oró en estos términos:

"¡Señor!... Haced de mí un instrumento de Vuestra paz.
¡Donde haya odio; consiente que yo siembre Amor!...
Perdón, donde haya injuria;
Fe, donde haya duda;
Verdad, donde haya mentira;
Esperanza, donde haya desesperación;
Luz, donde existan las tinieblas;
Unión, donde haya discordia;
Alegría, donde haya tristeza.
¡Divino Maestro! Permite que yo no busque

Tanto ser consolado como consolar;
Ser comprendido como comprender;
Ser amado como amar,
Porque es dando que recibimos,
Es perdonando, que somos perdonados
Y es muriendo que comprendemos la vida eterna."

Francisco, bañado en lágrimas, miró a su lado y vio nítidamente al papa Telesforo, arrodillado, acompañando su oración y también llorando de alegría, por sentir a Cristo en gran abundancia de luces, aproximarse a aquella casa. Francisco miró al papa que roncaba, y dijo, lleno de energía:

- Levántate y anda, en nombre de Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Inocencio III despertó asustado, diciendo:

- ¡Yo vi a Jesús, ahora yo vi a Jesús!

Y comenzó a andar por el cuarto, libre de las enfermedades y de las llagas que ya cubrían su cuerpo. Llorando, se inclinó en el hombro de Francisco con gratitud y respeto, hablando dulcemente:

- Padre Francisco, tu eres el que deberías estar en mi lugar. ¡Que Dios te bendiga siempre!

Francisco hizo que el Pastor de la Iglesia se echase nuevamente y pidió con suavidad:

- Duerme, mi señor; el sueño es siempre un reparador de energías. Que Dios bendiga vuestro corazón ahora y siempre.

El papa, en unos instantes, se durmió como un niño, perfectamente curado de sus pertinaces enfermedades. Y Francisco, tranquilamente, dejó la sala de reposo del Sumo Pontífice, dando glorias a Dios y vivas a Cristo.

* * *

Francisco salió de Roma hacia Ostia, donde se encontraban algunos de sus discípulos trabajando con todo empeño para que el Evangelio fuese vivido, de donde salían, periódicamente, para la Ciudad Eterna, para llevar la palabra de Dios, en la manera establecida por el Padre Francisco. Ostia queda en las márgenes del mar Tirreno, del lado opuesto al Adriático, y, por fuerza de la naturaleza, está situada en el cuello de la bota de la que Italia tiene forma.

Algunos compañeros de Francisco no se acordaban más del pasado, pero otros, a veces, recordaban, íntimamente, la pérdida de sus bienes, por no ser de una sola vez que nos desprendemos de las cosas materiales. La iluminación interior surge con la fuerza del tiempo y a consecuencia de los esfuerzos asumidos por las almas, en el camino de la evolución espiritual.

Quedaron eufóricos con los recientes acontecimientos en Roma, en el comando de la Iglesia, que favorecían los ideales sustentados por Francisco, cuya sobriedad impresionaba a todos, en lo tocante a la moderación; era, pues, el maestro a quien el sacrificio ya no se imponía. A pocos kilómetros del dominio del gigante de aguas saladas, se sentía la bocanada de los vientos, que traían la aroma benefactora. Recorrido un trecho del camino, avistaron una cabaña, donde residía una familia que vivía de la pesca. Francisco llamó a la puerta, pidiendo agua; le atendió un señor robusto y triste, que andaba palpando, deslizando las manos por las paredes de arcilla, por faltarle la vista. Saludaron al dueño de la casa, se sirvieron agua fresca de una gran vasija de barro cocido, sujeta a una horquilla de madera.

Saciada la sed, se acomodaron por invitación del pescador, que llamó a su mujer y a sus hijos. Estos, en número de seis, se sentaron sin ceremonias, en el regazo de

los frailes; el menor de ellos, de poco más de un año, extendió los brazos a Francisco, que lo acogió sonriente.

El matrimonio, admirado por la fraternidad de aquellos hombres, se sintió a gusto. El dueño de la casa, que por su valor y habilidad en las aguas, atendía por el apodo de Dragón del Mar, les narró el acontecimiento que provocó su ceguera:

- Me encontraba pescando en alta mar en mi barco, que por su tamaño y estructura, ofrecía seguridad. Aquella noche, mis redes parecía que estaban bendecidas, pues cada vez que las lanzaba al agua las recogía llenas de peces, como nunca ocurrió antes.

Lleno el barco en su capacidad, y no teniendo nada más que hacer, comencé a remar de regreso a casa, orientándome como de costumbre. Después de mucho remar, sin que llegase a la playa, sospeché que el barco tomaba un camino diferente del que habitualmente recorría. Quise cambiar el rumbo, pero este no me obedecía. Percibiendo que mi esfuerzo era en vano, paré de remar, pero incluso así, el barco se deslizaba sobre las aguas, en dirección ignorada.

Siendo un pescador con experiencia, comprobé que no era el viento, ni las corrientes marinas los que cambiaron mi rumbo. Pensé que estaba soñando, pero luego vi que estaba despierto como nunca. Percibí que una fuerza extraña conducía el barco que, a partir de allí, pasó a ser envuelto por una luz intensa, que emitía vibraciones tan fuertes que llegué a pensar que el barco se iba a partir.

En cierto momento, el barco paró de golpe y me sentí envuelto por esa misma luz. Tuve la sensación de ser conducido a través de un corredor, llegando a un pequeño salón, donde vi cosas que nunca pensé que existieran y me vi rodeado de hombres de pequeña estatura, que hablaban una lengua extraña.

Lleno de pánico y confiando en mi robustez ante la pequeñez de aquellos seres, intenté forzar mi fuga. La última cosa de que me acuerdo fue que levanté el brazo para actuar, y desde ahí ya no sé lo que ocurrió.

Cuando desperté, el sol estaba en lo alto y escuché el barullo de mis compañeros que arrastraban el barco hacia la playa. Luego comprobé que estaba ciego. Me trajeron a casa, y tengo hasta hoy, vivo en mi mente, el cuadro de todo lo que ocurrió. En cierta forma no me siento triste, como es de pensar, porque incluso ciego veo cosas lindas. En este mismo momento, puedo decir lo que estoy observando en esta sala y, si fuera una ilusión lo que veo, siento con eso una satisfacción que me consuela y me da esperanza. Antes de llegar ustedes, vinieron unos hombres revestidos de luz, que me avisaron de que yo iba a recibir visitantes y que ellos serían amigos.

Así, cuando llegaron, yo ya sabía quién eran y lo que hacen. Muchas cosas no las puedo decir, porque ese mundo del cual tengo noticias me exige silencio; noto que alrededor de todos circulan luces y uno, de entre vosotros, me parece un Sol. Me asusté ligeramente cuando lo vi, por parecerme la luz con la cual mis ojos se apagaron. El hombre se cayó y de sus grandes ojos caían lágrimas sin cesar. Los niños jugaban en los brazos de los frailes, tirándoles, a veces, de las barbas; el menor dormía en los brazos de Francisco.

La mujer, llorosa, dijo a los frailes:

- Señores míos, después de la ceguera de mi marido, el sufrimiento para nosotros es sin cuenta; vivíamos de la venta de los peces, al lado del camino, de la gente que viene de Roma de vez en cuando. Ahora, estamos viviendo de limosnas, que no siempre ganamos. Pienso en ir yo misma a pescar, pero temo a las peligrosas aguas del mar…

El silencio dominó el ambiente y algunos de los frailes oraron con fervor. Francisco tomó la palabra como un verdadero Maestro de la Paz. Y dijo con tranquilidad:

- Hijos míos, debo decir a todos que nuestro hermano no quedó ciego; al contrario, ahora él ve más de lo que antes podía observar, porque está percibiendo las cosas del alma y del verdadero mundo, para donde deberemos ir al concluir nuestras vidas. Lo que él vio – hechos que raramente ocurren – es muy lindo para ser contado y mucho más para ser vivido. Debe y puede ser visitante de las estrellas, que la ciencia y las religiones ignoran y, si el asunto fuera discutido en medio de ellas, la horca y la hoguera serán el destino de quien lo hiciera.

¿Jesús no habló de las muchas moradas del Padre Celestial? ¿Por qué solamente la Tierra en la cual pisamos podría tener la gracia de servir de casa para los hombres? Dios no es un Dios de las limitaciones, y no podemos negar lo que no comprendemos, por faltarnos la intuición necesaria, y la inteligencia que nos asegure la Verdad. Nuestro hermano habla del valor que posee, que admiramos, pero a él se debe unir la paciencia y nunca debe perder la esperanza en la bondad de Dios. En cuanto a la sobrevivencia de esta familia, mi señora, nunca faltará el pan de cada día, porque antes de que lo necesitemos, Dios, nuestro Benefactor Mayor, sabe lo que debe darnos para el alimento de cada día.

El valiente pescador sintió con las palabras de Francisco un consuelo y una fuerza que le fortalecía la paciencia y la esperanza en el futuro. Francisco, después de entregar el niño a su madre, que llevó a la cama, se levantó y dijo al buen pescador:

- ¡Querido hermano de las aguas!... Vamos a pedir a Dios que hizo también los mares, que dio vida a los peces, que saló las aguas, que hizo los vientos, que hizo la Tierra, la luz y las

estrellas, que hizo todo y mucho más que no podemos observar, que hizo las maravillas que has visto, que te permita volver a ver como antes. Vamos a pedir a Nuestro Señor Jesucristo, el canal de Dios en la Tierra, que nos ayude en Su inmensa misericordia y con Su amor sin límites, y a María Santísima, madre de Jesús y nuestra, que nos bendigan en este instante, y que la gracia del Señor venga en favor de los que sufren y lloran. Podemos recordar cuántos ciegos fueron curados por nuestro Divino Amigo… Y suplicó en voz alta:

- ¡Uno más, Señor! ¡Si fuera Tu voluntad, que este hombre vea nuevamente!

Como por encanto, de los altiplanos de la Vida Mayor descendió sobre la cabeza de Francisco una luz de mayor concentración de energías divinas, y, penetrando en su ser, sin encontrar barreras, iluminó todos los centros de vida, dando la impresión de encenderse un sol en su corazón. El hombre del Amor sintió que estaba ante el Maestro, que le habló con ternura en el verbo y cariño en la mirada:

"¡Francisco, no existen distancias para quien ama! No sabes bien donde estoy, pero tus facultades, y la fuerza que las acciona nos hacen estar frente a frente. Te pido que apacientes mis ovejas y no dejes que ellas se pierdan.

Sabes que la verdadera oración es el Amor que puedes dispensar a las criaturas; el prójimo tiene sed de Amor, como la tienes de Dios; el prójimo tiene sed de Fraternidad, como la tienes de mí y tiene de Madre, como tienes nostalgia de María.

Tienes muchos caminos que recorrer, en los cuales deberás pisar muchas espinas, pero serán ellas las que te conducirán al Amor más puro, aquél que da más de sí sin pedir para sus necesidades. ¡Ama, Francisco!... ¡Y continúa amando, que estaré contigo por las vías de este Amor!

Impón tus manos en los ojos de este hombre, para que él vuelva a su deber de cada día y prosigue, sin esperar gratitud por aquello que no fuiste tú que hiciste."

Francisco, lleno de emoción, le puso las manos en los ojos y observó que un haz de luz verdosa, de difícil explicación, venía de lo alto y penetraba en la base del cráneo del pescador, y como no siendo él el dueño de la boca, habló con autoridad:

- ¡Abre los ojos y ve!

El Dragón del Mar tuvo la mayor emoción de su vida. Abrió los párpados, y de ellos cayeron dos gotas de luz brillante, en forma de escamas, que cayendo al suelo, desaparecieron. Libre de la ceguera gritó y saltó dentro de casa, dando gracias a Dios por el milagro de su vista. Abrazó a sus hijos y a su mujer, abrazó a los frailes y se arrodilló delante de Francisco, besando sus vestimentas. Cuando quiso inclinar el cuerpo musculoso y hacer lo mismo con los pies del *Peregrino,* este no lo permitió, retirándolo con las palabras de Pedro al paralítico en Puerta Hermosa, cuando alguien disputaba su sombra:

- ¡Levanta, hijo mío, que yo también soy hombre!

Permanecieron por allí varios días, tras los que se despidieron con nostalgias.

SIEMPRE CON VOSOTROS

Es bueno recordar que los discípulos de Francisco, después de haber sido instruidos por él por varios meses en Rivotorto, Porciúncula, e incluso en la misma Granja de Luz, partieron en todas las direcciones por Italia, y también a países como Francia, Alemania, España y Portugal, para desde ahí salir por el mundo. Era el programa de Dios y no de

los hombres, para que el Evangelio fuese llevado a todas las criaturas con la misma intensidad de luz en que naciera.

La Edad Media sufría la violencia de la prepotencia de los señores feudales. El sufrimiento de las colectividades se comparaba al de los judíos, en la época en que surgió Moisés para salvarlos de los duros tratos en la Casa de Servidumbre, o aún peores, pues fueron instaladas dos frentes de persecuciones, que alarmaban a las familias; los derechos humanos estaban anulados por las Cruzadas y los tribunales del Santo Oficio. La Iglesia y el Estado se aliaron para dominar a aquellos que no fuesen obedientes a sus conveniencias.

Entretanto, mientras los hombres hacen planes junto a las sombras, Dios establece órdenes con la Luz. Francisco de Asís apareció en el escenario del mundo con la fuerza divina en las manos y en el verbo, a favor de los sufrientes, de los perseguidos y de los injusticiados en la Tierra, trayéndoles una grandiosa esperanza. Y ese grupo de hombres llamados franciscanos no podían perder tiempo, ni sólo un segundo; vinieron para trabajar en el restablecimiento de la paz, junto con su dirigente, que fue el primero en las líneas del frente, encontrando y removiendo los mayores obstáculos en sus caminos, para reactivar los principios evangélicos dejados por Nuestro Señor Jesucristo.

Siete de los discípulos de Francisco se decidieron a salir en una línea de trabajo dentro de Italia, experimentando sus propias fuerzas en la predicación del Evangelio y en la vivencia de sus preceptos, en una lucha ingente, porque la religión dominante, desfigurada en su esencia, impuso un modo de entender a Cristo completamente diferente de los preceptos organizados por Francisco e inspirados en el Evangelio vivo de Nuestro Señor. Estos hombres de Dios anunciaron al Padre Francisco, en una tarde en que se

reunieron en Porciúncula para orar, el trayecto que pretendían recorrer, y Fray Gil argumentó:

- Padre Francisco, queremos recorrer algunas ciudades de Italia, a modo de ejercicio, para después salir por el mundo, sin temor, en lo tocante al Amor. Si ya conocemos la Luz, creemos que no es conveniente que la dejemos escondida, por ser el propio Cristo quien nos aconseja ponerla encima de la mesa. No obstante, queremos tu beneplácito y que nos bendigas en nuestros propósitos. Además, no te vamos a tener a nuestro lado toda la vida; ya estamos creciendo en Jesús y debemos ayudarte en las luchas que emprendiste. Y conmovido, concluyó:

- Tenemos la seguridad de que vamos a llorar tu falta, pero vamos a hacerlo con alegría, por cumplir un deber que significa tu alegría con Jesús.

Nos gustaría visitar las siguientes localidades, si fuera la voluntad de Dios: Toscana, Romaña, Lombardia, Abruzos, Apúlia, Bari, Tarento, Lecce, Cosenza, Regio, y tantas otras que surgirán en nuestros caminos. Perdona esta decisión, si la crees pretenciosa.

Francisco, admirado por la disposición de sus compañeros, replicó, emocionado de alegría:

- No sólo os doy mi bendición, si ella os fuera útil, sino que si pudiese, iría con vosotros por donde quiera que fuese. El Evangelio es la meta de mi vida, y debemos llevarlo a las criaturas, por ser el Pan del Cielo enviado a las personas hambrientas de Amor y de Paz.

Os pido con toda la humildad de mi corazón que seáis amigos unos de los otros, utilizando todas vuestras energías en conversaciones sanas, donde estuvieseis, acordándoos siempre de la advertencia de Jesús, cuando asevera: “Vigilad y Orad”. Nunca entréis en discusiones improductivas, principalmente entre vosotros; ellas dividen lo que debe

estar unido para servir mejor. No os preocupéis con el día de mañana, llevando plata u oro, e incluso ropas en demasía; además de pesar en vuestros hombros, inquietan los corazones y distorsionan los sentimientos, principalmente en la pérdida del tiempo que debería ser utilizado en la vivencia del tesoro de Jesús, que es el Amor.

Confiad en Dios, que Jesús estará siempre al frente, preparándoos el lugar donde deberéis estar, y, principalmente, servir. Jamás debéis preocuparos de lo que el pueblo pueda pensar de vosotros; él está siempre influenciado por las ilusiones del poder y de las vestiduras, de cortejos y de presentaciones, de autoridades de los hombres. Debéis afirmaros en un solo principio, que es el de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos. Ahí está, como nos hace comprender el Evangelio, toda la ley y los profetas, y añadimos: toda la vida.

¡Id, hijos míos!... Estaremos siempre juntos por la fuerza del deber y de la oración, y cuando sepáis que, en otros lugares, estén algunos de nuestros compañeros, id hasta ellos, para recibir el estímulo y también estimular a aquellos corazones en el mismo servicio, que se dispusieron a hacer. También yo, por esos días voy a partir, no sé aún para donde. Nacemos y vivimos para servir a la causa de Dios, por orden de Cristo. ¡Que Él nos acompañe!

Y así, partieron los ocho hombres de Dios: los Frailes Gil, Gaspar, Domingo, Rogelio, Ángelo, Custodio, Bernardo y Alpino.

Cierta noche, en que la alegría invadía los corazones en el servicio de la Verdad, Fray Gil dijo a sus compañeros, con buen humor:

- Hermanos en Jesucristo, no podemos, en momento alguno, olvidarnos de las palabras del Padre Francisco, con sus bellas advertencias, porque mientras tanto, estamos

pisando flores, estamos siendo educados y respirando el clima de la fraternidad. Por tanto, hermanos míos, estamos viviendo en familia, en la satisfacción peculiar a las criaturas. Sin embargo, la realidad no será esta; es bueno que pensemos en lo que ocurrió con el propio Cristo cuando fue llevado hasta el Calvario.

Pasados algunos días, fueron asaltados en el viaje por ladrones profesionales, que, no encontrando nada, les rasgaron las ropas y quemaron sus pocas pertenencias; y también los golpearon sin piedad, diciéndoles a gritos, que ellos fuesen a trabajar, porque si los encontraban nuevamente sin dinero, los matarían.

Fray Gaspar estuvo unos días inquieto, pues nunca hubiera antes soportado tan brusca agresión. Su corazón pedía perdón para aquellos hombres ignorantes, pero su raciocinio ordenaba desagravio y pedía venganza. Todavía, con el paso de los días, se calmó por la fuerza del ejemplo de los compañeros. Y el Evangelio iba siendo predicado por donde pasaban, dejando el nombre de Nuestro Señor Jesucristo en mayor evidencia.

En Apúlia, fueron denunciados y presos por varios días, después fueron liberados, por no haber nada contra su conducta; pero sufrieron hambre y agresiones. Cuando ya estaban acostumbrados a los sufrimientos, alimentados por la fe, se cercioraron de que todas las fuerzas de que disponían venían de Dios y de Cristo, por las vías del propio corazón.

Cuando caminaban de Lecce a Tarento, en el Golfo del mismo nombre, en el mar Jónico, se acercaron a un caserón que el tiempo comenzó a destruir. Era un viejo castillo de reposo de una familia noble en épocas pasadas. Atormentados por la lluvia y cansados por las largas caminatas, pidieron posada. Allí vivía una familia no menos sufriente, que, encontrando el viejo palacio en ruinas, lo

ocupó por faltarles abrigo. Entraron y se sintieron felices por la acogida y por la sencillez de la vieja residencia, notando que no faltaba sitio para que todos se abrigasen. El hombre, muy gentil, les pidió disculpas, diciendo:

- Señores, estoy aquí con mi familia, despreciados por la sociedad, donde no podemos estar debido a que sufrimos enfermedades contagiosas. Y retiró un paño que cubría su rostro:

- ¡Vean cómo estoy! Que se haga la voluntad de Dios; no podemos vivir donde las personas están sanas, porque esta enfermedad es contagiosa. Si quieren quedarse aquí, para nosotros es un gran placer, pues no tenemos con quien conversar, y nos gustaría tener noticias de otros lugares. Pero, por su bien, creo que deben partir, buscando otro lugar, porque podrán sufrir las consecuencias de su imprudencia.

Vieron el rostro del hombre, y se compadecieron. Ya habían tenido contacto con muchos leprosos, pero como aquél, nunca. Jamás habían visto tan grande degeneración física en el rostro de una persona. Dos de los frailes decidieron retirarse, por un impulso natural del ser humano; no obstante, la conducta de los demás hizo que se tranquilizasen en la postura de cristianos. El jefe de familia continuó diciendo con humildad:

- Veo que son hombres de Dios, y que pasan pruebas, por el estado en que se presentan. Si aceptan, la casa es suya; queden a gusto, porque también fuimos acogidos aquí por la bondad de Dios.

Fray Gil, feliz por la acogida, discurrió con discernimiento:

- Querido hermano, que Dios te bendiga con tu familia. Formamos parte de una comunidad cristiana, cuyas raíces – el nombre ya lo indica – se basan en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Las directrices fueron trazadas en Espíritu y

Verdad por nuestro Padre Francisco de Asís, hombre de profundo amor y de comprobada vivencia en la Caridad y en el desprendimiento; por tanto, estamos bien en esta casa de Dios. Somos todos de paz. Necesitamos posada, pero no queremos nada que no nos pueda dar; el sueño para nosotros es un gran reparador de fuerzas y, al amanecer, iremos en busca de alimento, por reconocer que Dios es Padre y nunca deja a sus hijos pasar necesidad de lo esencial. No te aflijas, puedes dormir tranquilo que nos acomodaremos muy bien aquí. En cuanto a la enfermedad a que te refieres, queda tranquilo, pues no tenemos miedo; tal vez seamos más enfermos que tú, por cuanto la enfermedad del alma es mucho peor y todos estamos buscando a Cristo para sanarnos.

¡El leproso, al oír las palabras de Fray Gil, emocionado y sin encontrar palabras, lloró!... Fray Gaspar, impaciente por conocer a sus familiares, ya estaba con el corazón predispuesto a amarlos. Él, percibiendo el pensamiento de los franciscanos, dijo conmovido:

- Hasta ahora, señores míos, no tuve coraje de mostrarles a mi familia, por el estado calamitoso de mis seres queridos. No sufro por mí, tanto como por ellos. Por Dios, señores míos, ellos sufren demás… No obstante, al verlos aquí con nosotros, me parece que un nuevo ánimo invadió mi corazón, nuevas esperanzas se unen a mis torturas y la confianza en Dios está viva.

El leproso anónimo recibió más confort de los otros frailes, y fueron todos a dormir. Al día siguiente, fue un nuevo día para aquella familia; los frailes conocieron a todos y, verdaderamente, era acentuado el estado de descomposición, provocado por la enfermedad, dilacerando los cuerpos, observándose la falta de miembros, que nunca más se repondrían. Fray Gil y Fray Ángelo sintieron la necesidad de

la presencia del Padre Francisco en aquella casa de sufrientes, pero ¿cómo llamarlo? ¿Y las distancias? Como respuesta, Fray Gil se acordó de lo que les dijera el Padre Francisco, cuando partieron, y se lo repitió a Fray Ángelo: *"¡Id, hijos míos, que estaremos siempre juntos por la fuerza del deber y de la oración!..."*

Fray Ángelo dejó escapar lágrimas de los ojos, nacidas de la nostalgia, fuerza poderosa que se interliga a otra mayor: el amor de las personas que se aman verdaderamente. Fray Gil, confortado por el recuerdo del Padre Francisco, dijo confiante:

- Ya que estamos cumpliendo nuestro deber ante nuestro prójimo, Fray Ángelo, esta noche vamos a orar todos juntos en la paz de Dios, para que podamos sentir la presencia de nuestro Padre Francisco en Espíritu y Verdad, en la paz de Dios, de Jesús y de María.

Algunos de los frailes eran dados a la pesca, y eso fue lo que hicieron durante el día. A la tarde, la alegría fue enorme; los pescadores pescaron mucho y volvieron cargados. Otros trajeron frutas y variadas simientes de la naturaleza. Y fue una fiesta en la casa del enfermo: todos comieron dentro de un ambiente de pura fraternidad. Los frailes ayudaron en la limpieza del caserón, al cual el aseo dio un aspecto de alegría.

Fray Gil dijo con disposición:

- Hijos míos, ahora deseo completar nuestro día de trabajo con una oración conjunta, agradeciendo a Dios por el techo que nos acoge y por lo que nos dio de alimento.

Haciéndolo así, nos recordamos igualmente del Padre Francisco, que vela por nosotros sin cesar.

Fray Gil pidió al dueño de la casa que trajese al salón a todos los familiares, para que, con ellos presentes, fuese mayor el placer de orar. El jefe de la casa no se hizo de rogar;

cubrió el piso con viejas esteras y transportó, uno a uno, en sus hombros estragados por la enfermedad, sin perder la confianza, y siempre dispuesto a ayudarlos con alegría. Fray Bernardo tomó la palabra con sencillez, diciendo:

- ¡Señor!... Estamos reunidos en esta casa, como siervos que podéis utilizar para los trabajos que Os convenga. Estamos sin nuestro guía, a quien tanto amamos y respetamos, y Os pedimos, Señor, que él esté más cerca de nosotros, por el Amor que grabó en nuestros corazones.

Estamos ante una tempestad familiar. ¿Cómo puede en un solo hogar reunirse tanto infortunio, tanto dolor y tanta tristeza? Dios, si fuera de Vuestro agrado, repartiremos entre nosotros la cruz de esta gente, que nos abrió las puertas de esta casa, haciéndonos sentir como parte de la familia. Aliviad, Padre, el dolor de estas criaturas, y colocad en el corazón de este hombre, el ánimo necesario, para que él pueda luchar por el pan de cada día. Estos niños, esta mujer… ante tanto desconsuelo, no sabemos cómo pedir Vuestra misericordia, ni cómo extender las manos ante Vos.

Compadeceos de todos nosotros, en esta angustia incomparable. Yo Os pido, casi sin fuerzas para hablaros, que nos ayudéis, para que haya un intercambio entre nosotros y nuestro Padre Francisco, porque él sabe consolar, sus manos pueden ser las manos de Jesús, y su palabra, la de Cristo, que podrá venir por las vías de su verbo. Esta es nuestra esperanza, porque para Vos no existe lo imposible.

Bendecid a nuestro querido Padre Francisco donde él estuviera, para que él pueda estar con nosotros en este momento. Confiamos en Vuestra bondad, y en Vuestra misericordia, esperando que sea hecha Vuestra voluntad y que nuestra Madre María Santísima esté también con nosotros, para el bien de estas criaturas.

Francisco de Asís, en el momento en que Fray Bernardo oraba, se encontraba en la Granja de Luz, hablando a sus compañeros. ¡Se calló por un momento!... Y pidió a los hermanos que orasen todos juntos, mientras él estuviese orando. En cierto momento, Francisco fue tocado por dos manos luminosas, y se hizo dos: su cuerpo material permaneció junto a los compañeros y él, en estado de gracia, en cuerpo espiritual, salió llevado por dos manos, que lo condujeron con toda bondad, oyendo en un tono de armonía espiritual:

¡"Hijo mío!... Debemos acudir, aunque estén distantes, a los que sufren. El espíritu atiende donde quiera que sea, para que Dios esté presente, donde fuera llamado a socorrer en nombre de la Caridad. La fuerza del Amor es tan grande, que es de la ley que nos dividamos para tornarnos un Sol, en la unidad de su poder, alcanzando sus rayos varios horizontes, donde el dolor se transforma en oración a Aquél que todo lo hizo, y que nos creó por Amor.

Continúa en oración, porque ella, en la educación de los sentimientos, es fuerza nueva que se transforma en alas, en impulsos de vencer distancias, como relámpagos extendidos por los espacios. Algunos de tus hijos espirituales esperan por tu cariño y por tu trabajo a favor de una familia que sufre el peso de muchos infortunios, transformados en llagas. Sufren el peso de la tristeza, transformada en lamentación y el peso del dolor, transformado en desespero. Acude, Francisco, a aquél padre de familia, que es la llave de la esperanza para los demás, cuyo dolor es la puerta de la liberación para que ella misma se convierta en libertad y en alegría en el futuro.

Dejo todo en tus manos, para que ellas hagan lo que fuera conveniente. Te entrego las bendiciones de la Luz para

que con ella apartes las tinieblas de aquél hogar, en nombre de Dios…”

Francisco notó, en plena conciencia, que llegó a un caserón donde estaban sus discípulos que habían viajado para que el Evangelio fuese conocido. El *Peregrino* de Dios quedó entre los sufrientes, y sintió lo que debería hacer. Fray Bernardo, aún en silencio, miró a Fray Domingo que, en profundo sueño, exhalaba una masa blanquecina por la boca, por la nariz y por los oídos; y aquella masa imponderable fue en dirección de Francisco en espíritu, dándole forma. Y el maestro apareció a sus discípulos con su misma figura de Bondad y Amor. Todos se asustaron, en la suavidad de los sentimientos. Francisco guardó silencio como todos los que allí se encontraban. El hombre de Asís avanzó hacia el jefe de la casa, como le había recomendado la voz que lo dirigía. Se arrodilló frente al enfermo, levantó las manos a lo alto e hizo una sentida oración al Creador, empleando todas sus posibilidades, para que Cristo operase, en aquello que él debería hacer.

Francisco, envuelto en una encantadora luz verde brillante, con estelas de un dorado sin precedentes, atendió el pensamiento de alguien invisible. Dos canales de luz partieron de Francisco hacia el enfermo, cuyas llagas fueron desapareciendo, como por encanto. Era la magia de la fe buscando la Voluntad Mayor. El hombre sentía que aquellos rayos de luz le cubrían todo su cuerpo, con el cariño peculiar de las manos de santo y oía una voz como nunca oyó en su vida:

“Tu fe te curó”

Francisco se levantó, como un Sol que brillaba dentro de la casa, abrió los brazos agradeciendo a Dios sin decir nada. ¡De la misma forma que apareció, desapareció!

Fray Domingo, como despertándose, dijo en voz alta para que todos lo escuchasen:

- ¡Yo vi al Padre Francisco!... Y los discípulos y los familiares juntos, lloraron y cantaron hosannas a Dios por el milagro manifestado para todos... El jefe de familia, sintiéndose curado, perdió la voz por unos instantes y abrazó a los frailes como si fuesen hijos que hacía mucho tiempo que no veía. Fray Gil, con la voz embargada, dijo emocionado:

- ¡Hermanos míos!... Dios tiene recursos para atendernos, cuando lo cree conveniente. Todo está cercano, cuando el Amor se manifiesta en nuestros corazones. Debo convidar, en nombre de Dios, a nuestro Fray Custodio y a Fray Alpino, a quedar junto a esta familia el tiempo que fuera necesario, para que la fe sea la luz de este hogar, y para que el ánimo se apodere de estos hermanos, en la lucha de cada día, mientras nosotros avanzamos en otros caminos, porque el Evangelio tiene urgencia de nuestro concurso en otros lugares. Hagamos, hermanos míos, de la palabra y de la vida, el Evangelio vivo, y despertemos a quien estuviera muerto. Después, nos encontraremos en la paz del Señor.

¡Y partieron!...

Y allí, en aquél viejo castillo, fue instalada una Reunión Evangélica todos los días, y la alegría fue dominando el ambiente, haciendo olvidar todo tipo de infortunios. Los propios enfermos no se acordaban más de la enfermedad, porque el Amor apaga la guerra y enciende la paz.

DESDE ORIENTE AL INFINITO

Francisco de Asís era, por naturaleza, un caminante. Las condiciones de transporte de la época no ofrecían medios de atravesar enormes distancias en poco tiempo y el sacrificio de lo físico exigía el peso de mucho esfuerzo. Incluso así, la

dulzura de sus conversaciones demostraba a todos cuánto amaba al prójimo. Deshacía con amabilidad todo el odio que, a veces, viniese a su encuentro.

Daba más valor cuando una criatura dominaba un instinto inferior, que a las mayores conquistas del mundo en guerras fratricidas, aunque la justicia de la Tierra señalase al vencedor con todas las honras. Nunca imponía sus ideas, que siempre eran iluminadas; pasaba viviéndolas, esperando que solamente Dios lo ayudase, si ellas eran verdaderamente ciertas. El Ángel de Asís tenía gestos amenos, jamás ofendía a alguien ni se ofendía, procediendo igualmente con los contrastes del mundo. Era recto en el pensar y en el vivir, sin influencia de corrientes religiosas y políticas. Ni la argumentación persuasiva de los príncipes de la Iglesia, ni tampoco las de los reyes de Oriente, lo convencían de la necesidad de la conquista del Santo Sepulcro.

El Padre Francisco no ordenó armas contra la orgía de las falsas filosofías espiritualistas; no intentó abatir a la ignorancia por la violencia, ejemplificó a Jesús, sin actitudes de imposición. Vivía el Amor, para que el Amor pudiese ser la vida de los demás. Amaba tanto a la Tierra donde nació, como a la patria de los que pervertían su pueblo, o los que perseguían y, a veces, mataban a sus discípulos.

Si acompañaba a Cristo, decía él, tenía que revivirlo en su profunda esencia de fraternidad absoluta. La Tierra era su mayor hogar. No obedecía a las divisiones humanas para amar a las criaturas; se consideraba un ciudadano del Planeta, en busca de la Ciudadanía Universal.

Cuando comenzó a viajar fuera de su país, en contactos con otros pueblos, sintió con mayor esplendor la grandeza de Dios, en el hambre de todas las criaturas, de amor y de fraternidad; conoció los sentimientos de las naciones y el por qué del sufrimiento humano. Vio que la Comunidad que

fundó era una pieza indispensable para la propia vida, como vuelta al Evangelio primitivo de Nuestro Señor Jesucristo. Era cierto que gastaría mucho tiempo en su consolidación; no obstante, alguien lo debía comenzar. Y ese alguien debería enfrentar todo tipo de obstáculos, si no la propia muerte, como ocurrió con los primeros mártires del cristianismo, pues ni el mismo Cristo se los ahorró… Estaba declarada la guerra contra los perturbadores de los conceptos del Maestro y su actitud era avanzar.

El poder del espíritu jamás será medido por los hombres. Él comenzó en Oriente, extendiéndose al infinito, corriendo por todas las líneas del saber, y despejando todas sus experiencias en el corazón. Los fenómenos trascendentales que ocurrieron por su intermedio y en medio de ellos, ocurrieron también en el reino de los animales y en la naturaleza, en todos sus departamentos de vida.

Cierto día, estando Francisco de Asís en peregrinación por la ciudad de Gubbio, al norte de Asís, supo que la población de aquella región estaba intranquila, pues allí vivía, en las laderas de determinados peñascos, un lobo feroz, que ya había devorado muchos animales, e incluso algunos niños. El lobo procedía de una manada de lobos, de la que fue apartado por enfermedad, viviendo en una caverna que encontró, alimentándose de los animales que por allí pasaban, atacando igualmente a seres humanos descuidados.

Tantos fueron los perjuicios verificados y el pánico sembrado por la región, que la población fue a su encuentro, para que él bendijese a aquél lobo, y rogase a Dios que lo hiciese desaparecer, para que la paz se restableciese. Las madres afligidas imploraban al Padre Francisco que tuviese piedad y las ayudase, prometiéndole hacer cualquier penitencia, desde que se librasen del peligroso animal.

El Padre Francisco escuchó, con paciencia, la llamada del pueblo y prometió hacer alguna cosa en beneficio de todos. Pediría a Dios para que el lobo buscase otro lugar, que no fuese donde vivían los humanos. Y Francisco, como de costumbre, por la noche, entró en meditación y en oración al Señor. A estas horas, sus oídos siempre registraban cosas fuera de lo común de los hombres. Y fue lo que ocurrió, al pedir a Dios en estos términos:

- ¡Dios mío!... ¡Señor mío!... Permite que Te pida algo, tal vez inoportuno, pero que está en el alma del pueblo, por donde estamos pasando, donde queremos llevar el Evangelio de Tu Hijo y Nuestro Maestro, que nos pide alguna cosa que le pueda traer la paz y la tranquilidad física. Que apartes, Señor, el lobo que los ataca, pues bien sabes lo que está haciendo, matando animales e hiriendo a hombres y amedrentando a la población. Si fuera Tu voluntad, y si lo merecemos, haz que ese lobo salga de esta región y busque otro lugar donde él pueda sentirse mejor, y los hombres vivir en paz.

Jesús, ayúdanos a comprender las necesidades de nuestros semejantes, y haz por ellos alguna cosa; María, Madre de Jesús, cúbrenos a todos con tu manto de luz, confortando nuestros corazones atribulados, pero que se haga la voluntad del Señor y no la nuestra.

Y en el intervalo en que reinaba el silencio, Francisco, a la espera de una respuesta, oyó en el fondo de su alma un cántico respondiéndole lo que deberían hacer, en un tono armonioso y lleno de ternura:

- ¡Óyeme, Francisco!... El lobo tiene derecho a quedarse donde quiera que sea, arriesgando también su vida. ¿Dónde debemos mandarlo? Él tiene la necesidad de algo que existe entre los hombres. ¿Esos no buscan mejoría en el bienestar y en la convivencia con hermanos de la misma y de otras razas?

Es, pues, un derecho que asiste a quien vive, a cualquier criatura nacida de Dios y por Dios. ¿Cómo expulsar y sacrificar a un animal, solamente para satisfacer a personas, algunas sin piedad hasta para con los propios semejantes? El egoísmo de los hombres es el que los hace sufrir, no simples animales, que piden socorro, con los recursos que poseen.

Ve, Francisco, a conversar con el lobo. Después de entenderlo, vuelve y conversa con los hombres, y ve si te entiende, lo que creo que es más difícil. Procura hacer una alianza entre uno y los otros, para que lo que sobre, no falte a quien tenga hambre, y que, después de amansada la fiera, no la maltraten, pues casi siempre, después de la paz, surge el abuso.

¡El lobo tiene hambre, Francisco!...

Francisco despertó del éxtasis y sintió el drama del viejo lobo. Y partió hacia una de las gargantas del Monte Calvo, situado en los apeninos. El gran animal, al oír la voz de un hombre que cantaba, salió de su escondrijo, tal vez pensando en alimento y agua, esquelético y débil. Puso sus ojos vidriosos en el pequeño hombre de Dios, y este le habló dulcemente:

- ¡Hermano lobo!... ¡Que la paz sea contigo, que se haga la voluntad de Dios y no la nuestra! Yo soy de paz. Vengo a pedirte en nombre de Dios y de Jesús, que tengas paciencia, pues nada te va a faltar: agua, comida y un lugar seguro. Basta que tengas un poco de confianza en los hombres, porque no todos son violentos; muchos son buenos y les gustan los animales. Puedes convivir en paz con ellos y comer lo mismo que ellos.

Espero que me oigas. Te pido que vengas conmigo hasta donde están ellos y les pediré que te atiendan en tus necesidades. Yo también soy un animal; nada tengo aquí para darte, a no ser mi cariño, pero prometo que te daré la

amistad de todos, en aquello que puedan ofrecerte. Las madres están llorando, temiendo por sus hijos. ¡Ven conmigo, que serás compensado por Dios!

El lobo, a esa altura, ya estaba echado en los pies de Francisco, rozando su largo cuello en las piernas de su protector, sometiéndose con confianza. Este se arrodilló, le puso las manos sobre la atormentada cabeza y agradeció a Dios por la nueva amistad. Al lado de los dos había una pequeña falange de espíritus de la naturaleza, algunos en forma de animales, festejando aquella unión en el sentido de despertar en los hombres, el amor para con los animales, y estos, el amor para con aquellos.

El futuro nos promete que la cobra vivirá en paz con el batracio, el ratón con el gato, el perro con los felinos, el cordero con el lobo, y que los hombres vivirán en paz con los propios hombres.

Francisco miró al lobo y dijo con piedad:

- ¡Vamos, hermano mío; descendamos juntos, vayamos juntos hacia los hombres, pues todos somos hijos de Dios!

Francisco siguió adelante y el lobo lo acompañó a paso lento, pero sin perder su guía. Al llegar a la aldea, el pueblo salió a las puertas sorprendido con el fenómeno. Muchos ya conocían al feroz animal, que en aquél momento se volvió un compañero manso y obediente, en la sombra del santo. Este se sentó en un tronco, al lado de una casa, y el lobo se aproximó a su compañero, que pasaba levemente la mano sobre su cuerpo descarnado, hablándole con tranquilidad:

- Hermano lobo, este lugar es también tuyo. Considérate hijo de este bendito rebaño de ovejas humanas, que te tratarán como si fueses un hijo. No te va a faltar de nada, ni agua, ni comida, ni el cariño de todos los hermanos en Cristo que aquí residen, y para eso, vamos a ir de casa en casa para confirmar lo que deseamos. Si por ventura tuvieras que

morder a alguien aquí, haz eso conmigo ahora; no debes traicionar lo que combinamos, yo te lo pido. A Jesucristo le gustan mucho los animales, tanto que prefirió nacer en un pesebre, a nacer en un palacio. Él podría haber escogido el lugar que hubiese querido, y buscó a los animales; esto es una prueba de Amor por ellos.

Las manos del *Peregrino* corrían por el lomo del animal, inundadas de luz que sólo el amor puede proveer, y los ojos del animal dieron una señal que solamente los humanos pueden dar, la señal de las lágrimas, porque es más fácil llorar que reír.

Francisco se levantó, volvió a llamar a su compañero y fue de puerta en puerta, en nombre de Dios y de Cristo, pidiendo a los que allí vivían que no faltasen agua y alimento para el lobo, y todos, viendo la mansedumbre del animal junto a Francisco, estuvieron de acuerdo.

El hijo de Asís se quedó algunos días en la región, hasta que el pueblo se acostumbrase a la convivencia con el animal, y el lobo iba de puerta en puerta comiendo y bebiendo. Engordó, tomando otro aspecto, pero, se conservó siempre manso. Aullaba en las madrugadas, sintiendo nostalgias del Santo de Asís.

En los últimos días de su vida, soportaba hasta golpes por parte de los transeúntes, al intentar acompañar a algunas personas. Era mordido por los perros perturbados que recorrían la ciudad, y muchos de ellos le quitaban su comida, sin que él se rebelase con el hecho. Nunca peleaba con sus adversarios y, por fin, ya enfermo, no tenía fuerzas para andar de casa en casa en busca de alimento. Se acomodó en una vieja casa, donde manos cariñosas le hicieron una cama de paja, que fue su lecho de muerte. Muchos le llevaban para que él comiese y bebiese, y, en una madrugada, se escuchó al lobo aullar, por ver en su retina a un fraile convidándolo para

dar un paseo. Cuando hizo fuerza para levantarse, lo hizo, no con el cuerpo físico: se levantó en el otro mundo, en su doble etérico, y acompañó al fraile, mostrando por el movimiento de la cola, la alegría que estaba sintiendo en el corazón. Y desaparecieron en el infinito los dos hijos de Dios.

* * *

Cierto día, Francisco llegó a Pádua, tierra donde residía uno de los grandes franciscanos, Antonio de Pádua, que también fue consagrado con el nombre de Antonio de Lisboa, por haber nacido en la capital lusitana.

Francisco de Asís, con algunos de sus discípulos, andaba por la periferia de Pádua en una tarde soleada, cuando sintió sed y salió en busca de agua en el gran río, que corría próximo. Cogió una hoja de un árbol, y volviéndola en forma de vaso sorbió el agua complacer, agradeciendo en voz alta por aquél líquido sagrado de la naturaleza.

Un pescador que pescaba en un lugar próximo al que estaban los frailes, cogió un pez grande y, como ya había oído sobre la fama de los frailes franciscanos, lo ofreció a Francisco, que lo recibió aún con vida; lo besó, pidiendo disculpas al pescador, y lo devolvió a las aguas, diciendo:

- Ve, hijo mío, que tus hermanos te esperan; ve en la paz de Cristo, que todos tenemos derecho a la vida. No tengo hambre. ¿Por qué abusar de tu vida? ¡Que Dios te acompañe!

El Padre Francisco, sentado en la orilla del río con los discípulos, comenzó a contar historias, referentes a los profetas. Se unió a ellos el pescador y en unos instantes se veía, en la margen del río, enormes cardumes y casi todos los peces sacaban las cabezas fuera del agua, como para oír las historias del Santo de Asís. Y este, cuando observó el milagro de la gratitud, mostró a sus compañeros el amor de aquellos vivientes de las aguas por los hombres. “Y aun así” – dijo él –

“los peces entregan sus vidas para que vivamos y solamente deberemos aceptarla cuando tuviéramos hambre hasta el punto de no poder tolerar más la falta de alimento. Ellos también conocen a Jesús, son certificados de la Paternidad Universal y nuestros hermanos menores en la escala de la vida”.

Y allí predicó el Evangelio para los peces, hasta sentir la claridad de las estrellas. Francisco estaba viendo lo que mucho no conseguían ver: espíritus de las aguas, andando sobre ellas y festejando el acontecimiento, cantando y bailando sobre la sábana cristalina, donde ondas de magnetismo, proviniendo de las estrellas distantes, parecían encontrarse en una policromía indescriptible, coronando a todos los seres por el poder del Amor.

Francisco se levantó con los discípulos, bendiciendo en despedida a los peces que saltaban como si quisieran acompañar al protector de los animales. Un espíritu de las aguas, con porte de reina, avanzó en dirección al Santo de Asís, le besó las vestiduras, dejando en ellas un saldo de amor y gratitud, en modo de perfume, cuyo embriagador aroma todos sintieron. Ese aroma se impregnó en las ropas de todos, durando varias semanas, como recuerdo de una fiesta diferente: una fiesta de Amor en plena naturaleza.

* * *

Francisco de Asís nunca permanecía en descanso prolongado. Donde quiera que estuviese, aprovechaba el tiempo para algún servicio de Dios. Cuando en uno de sus viajes a la Ciudad Eterna, en una de sus andanzas por la gran metrópolis, se dirigió a una gran feria de frutos, comestibles y trabajos manuales, muy en boga de la época. Los comerciantes, al verlo – pues su fama de *santo* ya había recorrido el mundo – gritaban, llamándolo:

- ¡Padre Francisco, por favor, háblanos de alguna cosa que nos sirva para la vida! ¡Dinos qué es lo mejor para nosotros, que vivimos toda la vida en el comercio!

Aproximándose, Francisco abrazó a todos con cariño y amor, miró a los feriantes que lo rodeaban satisfechos y habló con énfasis y bondad:

- ¡Hijos míos!... En el acto de comprar o vender, no olvidéis la sonrisa, pues ella es el premio de la vida, para la vida de todos.

Y sonriendo, se despidió de los feriantes, dejando su paz, para la paz de todos.

Francisco peregrinaba con un puñado de discípulos por Espoleto, Terni, Riéti y Áquila. Llevaba en el corazón la necesidad de integración con la naturaleza, de amar no solamente a los semejantes, como confirma el Evangelio; también tenía hambre de amar a todo lo que tuviese vida y palpitase la presencia de Dios.

Eran de gran valía, para él, las oportunidades de expandir su amor por alguna cosa o por algún viviente, fuese cual fuese su naturaleza. Sabía combinar su condición con aquellas que con él participaban, en la línea del progreso espiritual. Tenía razones para eso, por encontrar en la vida del Divino Maestro, imágenes que lo llevaban al Amor más Puro y Universal. Tenía en la figura de María, Madre de Jesús, la seguridad de su corazón y las disciplinas de sus más arrojados sentimientos. Oraba siempre a la Divina Madre, pidiéndole a ella las bendiciones para sus caminos, teniéndola como su propia madre, reconociendo a su madre carnal, como hermana en el camino.

Nunca se olvidaba de Jarla ni de Folí en sus oraciones, y siempre que volvía a Asís, buscaba su antiguo hogar, para manifestar su cariño a la familia. Aun sabiendo que su padre lo había desheredado de los sentimientos de paternidad, lo

amaba con todo su corazón. Tenía tiempo, y era su mayor placer visitar a los criados del señor Pedro Bernardone, y consolarlos con su verbo ardiente, haciéndolos conocer a Jesús, si no Su Evangelio vivo, que destruye la muerte.

Francisco, que llegaba a Terni, oyendo cantar a un mirlo, pareciendo un desafío a su propio don, se aproximó al pájaro y cantó con él, formando un dueto sin precedentes. Francisco y el pájaro cantaron a dos voces y, pasando largo tiempo en aquél arte, el poeta humano, no soportando el ritmo del ave cantora, pidió parar. El pájaro dio unas vueltas alrededor de su compañero, se desdobló en una sinfonía estridente, y desapareció como por encanto, en una gran extensión de árboles próximos. En unos kilómetros más de caminata, Francisco deparó con una multitud de peregrinos que venía a su encuentro. Francisco, emocionado con tanta gente ansiosa por su palabra en la palabra de Cristo, comenzó a predicar el Evangelio. En cierto momento, el mirlo regresó, dirigiendo una bandada de la misma especie, millares de pájaros, todos cantando y volando alrededor de la multitud, quedando la voz de Francisco apagada por los trinos. Francisco se cayó. Los pájaros redoblaron sus cantos, todos al mismo tiempo. En un momento, los sonidos fueron tan estridentes que no podían ser soportados, y la multitud comenzó a inquietarse.

Francisco, en un gesto de amor a la naturaleza divina, en la expresión divina de aquellas vidas en evolución, levantó los brazos hacia lo alto, y con un tono de humildad, habó a los mirlos con delicadeza:

- ¡Hermanos míos!... Estoy contento por conocerlos a todos. Es para mí una gran satisfacción tenerlos junto a nosotros, en esta fiesta ante la naturaleza. ¡Qué bueno es oírlos, comprendiendo que están ayudando en la armonía de la naturaleza y haciendo la voluntad de Dios, en la alegría de Cristo!

Que nuestra Madre Santísima os bendiga a todos, ahora y siempre. Yo les pido, con toda la humildad de mi corazón, en el grano que pueda ofrecerles, con toda paciencia en aquello que puedo darles, con todo el amor por los poderes del Maestro Jesús, que se callen un poco, para que yo pueda hablar del Evangelio a este pueblo que está sediento de la palabra de Dios, y, si fuera del agrado de todos que así sea, quedaré muy contento con todos ustedes, y mi gratitud será mucho mayor que todas las alegrías que tuve en el mundo hasta ahora. Ustedes, como nosotros, son hijos de Dios, y el Amor del Padre Celestial les dio todo para que sean felices: la naturaleza para vivir, los campos, los frutos, las simientes, las alas para volar, y el don de cantar para Él, que siempre escucha a Sus hijos del corazón. Yo, como el menor de todos, les pido que se callen, para que yo hable a los hermanos que desean oírme.

Los pájaros se callaron, esparciéndose por el suelo y por los árboles, y Francisco recomenzó su sermón, teniendo como templo la Madre Naturaleza. Habló sobre la vida de Cristo, en el anuncio de los viejos profetas, sobre la misión de Moisés, y los trabajos de los discípulos de Nuestro Señor; recordó la renuncia de los compañeros del Divino Amigo y el sacrificio de muchos de ellos, la muerte de innumerables seguidores del Evangelio en el Coliseo de Roma y en las plazas públicas y de la sangre que fue derramada como cántico de alabanza a la vida, que no tiene fronteras y continúa en todas partes.

Cuando terminó su prédica, las aves alzaron el vuelo, como festejando la multitud que siempre crecía en el pasar de los minutos, y cantaron como nunca. Francisco observó alrededor de los pájaros, luces que se cruzaban en aquél ambiente libre de la vida sencilla y hermosa. Entidades espirituales, con manos entrelazadas, cantaban hosannas al

Creador, unas presentando la forma de pájaros dorados, que, al aletear, desprendían luces benefactoras en forma de esencias en dirección de los hombres que oían a Francisco que, bendiciendo a todos, en éxtasis de emoción, dijo con dignidad:

- ¡Dios mío!... ¡Qué bello es ver lo que se esconde por detrás de la ignorancia; qué lindo es sentir lo que se encuentra después del odio; qué esperanzador es respirar donde se encuentran los Ángeles cantando en alabanza al Todopoderoso!

Dios, ayúdanos, Señor, a nosotros para ayudar más. Consiente que despertemos a la Luz de la Verdad, para que esta nos libre de tantos preconceptos, que nos prenden como esclavos de las leyes humanas.

Cristo, permite que seamos educados para educar, que seamos libres para liberar, que seamos humildes para comprender, que seamos alegres para alegrar, que seamos buenos para incentivar la bondad, que seamos luces para iluminar a todos.

Consiente, Señor, que la paz nos ayude en el trabajo, que el trabajo nos ayude en el equilibrio, que el equilibrio nos ayude en la salud, que la salud nos ayude a comprender el Amor de Tu corazón.

Jesús, bendice a todas estas criaturas que vinieron en busca del pan que descendió del cielo, el pan espiritual, y que Tu madre sea la madre de todos nosotros, hoy, ahora y en la eternidad.

Bendice a los pájaros en sus trayectorias, bendice a los animales, a los árboles que nos oyen, igualmente, en el silencio que nos hace comprender el secreto de la vida más profunda y que a veces escapa a nuestro raciocinio y a la mayoría de las ciencias de la Tierra.

Bendice las piedras que nos hacen testimonios y la propia tierra en que ponemos los pies, el aire que respiramos, el agua que nos garantiza la propia vida del cuerpo.

Yo, en calidad de Tu menor siervo en el mundo, me inclino como hago ahora, sobre la tierra caliente y benefactora y, besándola, Te beso el corazón en la eternidad.

* * *

El Padre Francisco se acordó de la petición de Inocencio III, para que fuese a una de las Cruzadas. Fuese cual fuese su interés, Francisco, tenía directrices marcadas en la propia conciencia sobre lo que debería hacer, en consonancia con el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Por la certeza absoluta de que solamente el Evangelio podía traer la paz a los corazones de los pueblos, se hizo el eslabón de unión de la luz en las tinieblas y era el punto desde donde el alma atrasada podría comenzar su jornada de educación individual.

Con su corte de discípulos, partió de Porciúncula para el puerto marítimo de Ancona, donde debería tomar el navío para Oriente. Entre los compañeros de Asís había una fuerte agitación; todos querían acompañar al maestro, en el sentido de dar el testimonio preciso a favor de la gran misión de Evangelización de las criaturas, donde quiera que fuese. El Oriente era tierra de la que mucho se hablaba, y ellos tanto querían conocerla, como llevar de vuelta la palabra del Divino Maestro, que, por la voluntad de Dios, nació en aquella región, en la Palestina, donde Sus discípulos y la Madre Santísima fueron el cortejo de ángeles que descendieron de los Cielos a la Tierra para que las profecías se cumpliesen.

Cuando Francisco llegó al puerto con los discípulos, surgió un gran problema: el de la elección de quién debería

seguir con él. No quedaría bien si él mismo eligiese, pues podría suscitar celos, lo que sería lo más seguro. Incluso de entre los espíritus esclarecidos, los celos son como gas finísimo, que penetra en las aberturas más sutiles de las almas. Sin percibirlo, sentimos celos de gente y de cosas, dependiendo del momento y de lo que está en juego.

Francisco, conocedor de esas debilidades humanas, siempre se dirigía por las palabras de Cristo, cuando nos recomienda *Vigilar y Orar para no caer en tentaciones;* sintió una intuición benefactora. Tuvo la idea de llamar a un niño que pasaba por allí, lo abrazó y conversó con el chiquillo sobre las alegrías que podrían llevarlo a la felicidad. El muchacho, educado, le dijo el nombre de sus padres, dónde vivía y lo que estaba haciendo allí en el puerto. El Hombre de Dios cogió al niño en brazos, lo besó con ternura, colocó a los discípulos en fila y dijo al chiquillo:

- ¡Hijo mío!... Quiero pedirte una cosa muy interesante para mí y para Dios: que escojas de entre estos hombres, mis amigos, los que deben venir conmigo a Oriente, para la Tierra donde nació Nuestro Señor Jesucristo. Debes elegir los que creas convenientes. ¡Ve, hijo mío, haz ese trabajo tan difícil para mí!

Puso en el suelo al niño, que avanzó unos pasos en dirección al grupo y la misma mano de luz de los momentos decisivos de Francisco llevó la mano del muchacho a señalar doce de los discípulos, que lloraron de emoción. Los demás se arrodillaron, agradeciendo a Dios por la confianza de los Cielos, de quedar en el lugar del Padre Francisco, con la gran responsabilidad en la ejemplificación del Evangelio de Nuestro Señor.

Francisco, lleno de alegría, volvió a besar al niño, dando gracias a los Cielos por aquél pequeño instrumento en la elección de sus compañeros. Se despidieron y partieron, unos

para Asís y otros con el guía espiritual, demandando las aguas que unen a los continentes.

Francisco y sus seguidores viajaron más de treinta días por el gigante de las aguas. Obtuvieron permiso de los mandos del barco para predicar el Evangelio al pueblo y trabajaban todos los días, porque así se lo obligaban sus conciencias, en la limpieza de la casa flotante. Hicieron amistades, incluso con los que odiaban la religión que se fijó en el seno de los Césares, mostrando a todos que Cristo no era solamente Guía de los que se decían católicos, sin embargo, Él era de toda la humanidad. No era Pastor interesado en separaciones humanas, sino la personificación del Amor que se irradia en todas las direcciones del Universo.

El gran barco iba en dirección a San Juan D´Acre, lugar donde quedaron once de sus discípulos para predicar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Él y uno de sus amigos del corazón continuaron a Egipto. En Damieta, encontraron a los soldados de la Quinta Cruzada, de la cual formaban parte hombres, mujeres y niños, en una verdadera desorientación de comando. Francisco, cuando vio aquello, sintió el pulsar de las ideas, buscó al mando y pidió para que ellos volviesen. La Cruzada no tenía sentido, ni condición de avanzar, principalmente en aquél momento, en que iría a conversar con el Sultán Kamel, e intentar interferir en sus conceptos sobre el Santo Sepulcro. Infelizmente, el fraile de Cristo no fue escuchado y la Cruzada fue totalmente destruida, derrotada y pisoteada. Murieron millares de criaturas, que derramaron su sangre en defensa del Santo Sepulcro, donde no existían ni las ideas de Jesús.

El sultán ya había mandado cortar la cabeza de varios discípulos de Francisco, para que el pueblo sintiese su fuerza y su poder. Era una guerra obsesiva, movida por espíritus ignorantes, tanto de un lado como del otro. Francisco nunca

apoyó las guerras, jamás cogió las armas para matar y su instrumento de guerra era la palabra, su cuartel general era Cristo, y su defensa era el Evangelio en el corazón.

Si tuviese que dar algún derecho a alguien, se lo daría a los musulmanes, porque eran suyas las tierras invadidas y eran ignorantes acerca del Evangelio que ilumina. La herencia dejada para la Iglesia Católica Apostólica Romana era la herencia moral de Nuestro Señor, y la defensa que ella, la Iglesia, debería hacer, era la de esa moral, pero, con el ejemplo de la propia conducta, y no invistiendo sobre los derechos de los otros. Dentro de una religión de Amor no puede existir imposición de conceptos, ni totalitarismo de ideas.

Francisco fue el ejemplo máximo del Amor, dentro de un mínimo de compresión, y él era consciente, más que todos, por qué estaba luchando y cuál era la finalidad de su lucha. Los frutos de los Concilios, hechos en nombre de Dios y de Cristo, eran casi siempre para establecer órdenes de venganza, mantener la prepotencia y matar a quien no pensaba como los representantes de la Iglesia autoritaria. Quienes hacían estas leyes eran hombres de gran inteligencia y de vasta experiencia en el campo de la teología. Francisco estaba sólo, pero sólo, con Dios. La gracia de Dios le dio una multitud, en la misma sintonía del Amor, para acompañarlo, entregando la vida si le fuese pedida, para que la Verdad tuviese condiciones de liberar a las criaturas tocadas por las emociones de sus ideales. Dios es Dios de todos los que son Sus hijos. ¿Por qué atacar unos contra los otros? ¿De qué lado estaría Él, si Su Amor se dividiese con el sol y la lluvia? Cristo vino como agente directo del Señor, para hacer a los hombres comprender la intensidad de los derechos de cada uno, en la gran Fraternidad Cósmica. Francisco veía y sentía la presencia de la muerte rondando a los guerreros por todos

lados. Estaba como una bandera de paz en medio de una guerra que, él sabía, que era un escándalo; no obstante, Jesús ya decía que era necesario el escándalo, pero ay de aquél que escandalizase.

La comunidad franciscana ya comprendía y ya tenía cierto dominio sobre las fuerzas inferiores, alcanzado en el ejercicio de las virtudes evangélicas. Francisco obtuvo permiso de los dirigentes católicos para atravesar las fronteras, donde los enemigos eran implacables. Los sarracenos, en la furia del odio contra los cristianos, los devoraban como animales; no tenían el menor respeto por el ser humano, mayormente por aquellos que no fuesen de su religión. Los sentimientos atravesaban el tiempo, con el mismo nivel de ferocidad, en los senos de las religiones y el espíritu atrasado, si fuese llevado a planos superiores, es de concepto común, que él allá, sería lo que es; él, para donde fuera, cargaría con su inferioridad. Y el alma iluminada seguramente no huye a la misma ley.

Francisco de Asís no tuvo miedo de ir al encuentro del Sultán Melek-el-Kamel con uno de sus discípulos, por la autoridad que el Amor le confería. Era verdaderamente un instrumento del Amor. Sus sentimientos eran como pistilos y su inteligencia, estambres de la vida, que el tiempo se encarga de fecundar en la conciencia. Y he aquí que el alma, enriquecida en esa simbiosis divina, levanta todas las fuerzas hacia Dios, como manos espirituales, y el verbo ejecuta otra dinámica de sonidos. En esta energía de elevación da para entender que existe la felicidad, y quien respira en ese ambiente, como los santos saben hacer, despierta para la realidad de Dios, porque comienza a conocer la Verdad, y ella a liberar a las criaturas.

Francisco era, por excelencia, el medianero de Cristo; dejaba, en su ternura incomparable, transparentarse la

propia figura del Maestro. El sultán fue avisado de que dos frailes deseaban hablarle sobre la paz, y que uno de ellos era Francisco de Asís, famoso cristiano que venía de Italia, si no de Roma, para encontrarse con Su Alteza. Kamel, en esos momentos, tuvo ímpetus de detenerlos; no obstante, la idea fue desapareciendo de su agitada mente, y los hizo entrar en su lujosa tienda, donde musculosos sirvientes estaban de guardia. Francisco era el Evangelio de Cristo y el sultán en todo, las ideas de Mahoma, donde reinaba el Alcorán.

Cuando Francisco entró con su discípulo Iluminado, conducido por guardias sarracenos y el sultán puso su mirada en los dos hombres sencillos, con los pies descalzos y las túnicas rotas, este explotó en estruendosa carcajada, que casi lo ahoga con un acceso de risa. Y habló impetuosamente.

- ¿Qué quieren estos dos mendigos de mí? ¡Pensé que serían dos agentes del Clero Romano, con las pompas que les corresponde disfrutar!

Y rió de nuevo.

Francisco, humildemente, pidió permiso al jefe musulmán y, saludándolo, le besó la mano con todo el respeto, deseándole paz, en lo que fue secundado por su compañero. El sultán les ordenó que se sentasen y mandó servir refrescos de frutas, preguntándoles enseguida:

- ¿Qué queréis de mí, vosotros que llegáis hasta mi tienda? ¿Cuáles son los vientos que os soplaron las ideas que me traéis? Hablar inmediatamente, que no tengo tiempo que perder, ya que estamos en guerra. Sé, por experiencia propia, que la conversación no vence batalla; los encuentros son solamente treguas, si no alivio, para los que están perdiendo y sufriendo el guante de los fuertes.

Francisco se acomodó con su compañero entre almohadas, al lado del sultán, con el respeto que le era debido y dijo con dulzura:

- ¡Muy respetable señor!... Nosotros deseamos que entendáis la posición de quien ama a Dios sobre todas las cosas, aquél Dios al que podéis dar el nombre que os convenga. Él jamás cambia Su bondad y su amor, por tratarse de otra raza o por el modo como es entendido por ella. Todos somos hermanos ante el Todopoderoso.

Particularmente, tengo mucha admiración por la grandiosa figura de Mahoma, que tuvo el gesto divino de consolidar la fraternidad entre un pueblo, y esa unidad espiritual solamente puede haber nacido del Amor, ese Amor mal interpretado por los que hablan, piensan y escriben, Amor que viene de Dios, y, viniendo de Dios, no puede ser destructivo. Es fuerza divina, con la divina presencia de los hombres que representan ese Dios de Bondad.

Las guerras nacen de la ignorancia de los hombres, que llevan el nombre de Dios al frente de batallas, destruyendo en su nombre, como disculpa para quedar en paz con la conciencia. ¡Cómo se engañan los que incentivan las batallas e incrementan las guerras! Son hipócritas, los miedosos y los cobardes, que están siempre lejos de los campos de lucha. ¿Viste ya a algunos de los que crearon las Cruzadas en el frente de batalla? Ni siquiera los soldados los conocen. Las ideas de que la lucha es de Dios vienen por intermediarios que son igualmente cobardes, que matan hasta a los propios guerreros enfermos o mutilados, exigiendo de los que están en el frente, la victoria. Y cuando la alcanzan, las glorias son de los que no lucharon, y las honras son de los necios, de los que retrocedieron ante los peligros.

Os pido disculpas, si por casualidad os ofendo con mis palabras, pero sí quiero tener libertad de poder conversar con un simple soldado, usando esta misma libertad para hablar con vosotros. Mi franqueza debe entenderse donde quiera que sea y con quien me oiga, porque la palabra de Dios

no puede encontrar obstáculos. Está habiendo una equivocación en esta lucha de Oriente con Europa. Los muertos llegan a millares de criaturas, todos hermanos nuestros, hijos del mismo Dios, es decir, del mismo Alá, como Lo llamáis. Todas las naciones reunidas forman un Hogar Mayor, donde Dios ocupó el tiempo y el espacio para darnos la vida y los medios de perpetuarla, pues, todos somos creados de la misma masa divina y nosotros, por ignorancia, destruimos esas posibilidades, que la naturaleza gastó tiempo para ofrecernos por Amor de Dios y de los Ángeles.

¿Qué diríais si fuese necesario matar a todos vuestros hijos y hermanos en vuestro hogar? ¿Cuál es vuestra opinión al respecto? Seguramente sería contrario a la guerra doméstica, a la matanza dentro del propio hogar. Pues es contra eso por lo que estamos aquí, procurando despertar los corazones para la realidad de estar luchando por un pedazo de tierra sin importancia y destruyendo, solamente porque en él fueron colocados los restos mortales de un gran Sabio, de un gran Santo. Deberíamos, entonces, respetar el resto de la Tierra, porque toda ella pasó por las manos Sabias y Santas de todos los sabios juntos: las manos de Dios, las manos de Alá. El cuerpo humano que está siendo destruido sin respeto, es instrumento divino que señala la presencia de Dios en el hombre. Y esa dádiva material de los Cielos para nosotros está siendo amontonada a millares, para los festejos de los cuervos – de entre ellos mujeres, niños y ancianos – todo eso hecho sin piedad, por estar apartadas de los corazones todas las virtudes generadas del Amor.

Es lo mismo que apartar a Dios del alma, abriendo las puertas de los sentimientos para los agentes de las tinieblas, jugando con la naturaleza divina que habita en nosotros.

A mí me gustaría saber, en verdad, si entre los prisioneros que las fuerzas de Oriente acorralaron, existe algún familiar

de cardenales, obispos o papas, en fin, de los altos mandatarios de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Me gustaría saber si en los ejércitos que defienden el Santo Sepulcro existen familiares vuestros o de aquellos que forman con vosotros el imperio religioso que representáis, perdiendo la vida a punta de espada y lanzas, manejadas por hábiles asesinos. ¡Creo que no!... Es ese Jesucristo que nosotros predicamos, el que no acepta que hagamos a los otros lo que no queremos para nosotros; es ese Cristo que nos esforzamos por imitar, cuando carga su cruz y sigue con ella hasta la cima del Calvario, aceptando ayuda, pero nunca trasladando para los hombros ajenos el ejemplo de coraje que Él debería dar. Él es nuestro Guía Mayor, que está siempre al frente de todas las guerras y de las luchas de todo orden, razón por la que Sus discípulos en Él confían. Él no manda, va; no solamente habla, sino hace; no solamente distribuye conceptos, los vive. El coraje de vivir por la paz, deseando a la humanidad solamente la Vida, solamente el Bien y el Amor es el más sublime que existe.

Los hombres que dirigen las naciones se apoyan en hombres, para no caer en las manos de los que pervierten el orden; los hombres que predican el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo se apoyan en las virtudes y tienen como defensa la conducta recta, que nunca falla. Los propios soldados que ahora os protegen, mañana podrán cortar vuestra cabeza en la plaza pública, dependiendo de quien tuviera el poder. ¿Cuál es vuestra seguridad? La mayor seguridad está en Dios, y para eso es necesario que cumplamos Su ley, la ley del Amor.

No quiero cansar vuestros oídos ni enfadar a vuestro corazón con teorías, pero ruego paciencia, aquella que vuestra religión también enseña, y que penséis y analicéis lo que os estoy diciendo, que siendo nuestro Dios el mismo,

habrá de ayudarnos a comprender la Verdad, que también es una sola para todas las criaturas.

Yo también amo al Santo Sepulcro, pero lo amo como amo al suelo en el que ahora pisamos, por ser todo él igual, como iguales son todos los que viven en el mundo. ¿Por qué matáis para defender? ¿Defender qué, si toda defensa pertenece a Dios? En este momento – que nos perdonéis Vuestra Alteza – somos solamente dos, venimos desarmados, no usamos la violencia ni la arrogancia en el hablar; no obramos por orden de nadie, que no sea de Dios o de Jesús, que piensan que están en el Santo Sepulcro. Él es espíritu, y el espíritu sopla donde quiera que sea; es libre de las contingencias materiales y habita en el lugar en que Le conviene.

Cristo no representa solamente una raza y no pertenece a una sola nación. Es, por excelencia, Universal, porque Su amor es el mismo de Dios. Venimos al encuentro de Vuestra Alteza, en nombre de la paz, para apartar a hermanos que luchan contra hermanos. ¿Cuántas viudas y madres lloran y sufren en estos momentos por la pérdida de sus compañeros e hijos? ¿Cuántas calamidades se arrastran por muchos países, por causa de la simple vanidad de conquistar? En verdad os decimos, que ay de aquellos que provocaron esas guerras en nombre de Dios, ay de aquellos que desencadenaron esas discordias entre naciones, ay de aquellos que aún alimentan el odio entre hermanos. El mismo Jesús es el que dice: "Pagarán cuatrín por cuatrín". (1)

¡Noble sultán, Cristo es el Cristo libre, no está preso debajo de algunos palmos de tierra, y, siendo el Príncipe de la Paz, no vino a incentivar las guerras!

---

(1) Cuatrín: moneda de pequeño valor, que corría antiguamente por España.- Según diccionario de la RAE. - (Nota del traductor)

Kamel oía en un profundo silencio, removiendo ideas y seleccionando pensamientos. Tenía en su mente, de fácil raciocinio, la imagen de Mahoma y buscaba en el Alcorán preceptos con los cuales pudiese contestar al lenguaje inspirado de Francisco.

Oraba mentalmente, buscando recursos para decir alguna cosa; entretanto el corazón no le permitía que hablase lo contrario de aquello que oía de boca del Santo de Asís, cuya presencia, cuando hablaba, cambiaba el ambiente, haciendo a quien escuchaba respirar una atmósfera de Amor, de Paz y Fraternidad.

Kamel estaba como preso a conceptos diferentes de los que estaba acostumbrado a oír, partiendo de la religión en que nació. Sintió que necesitaba, verdaderamente, aprender más de lo que sabía acerca de otras religiones e incluso de otros pueblos. Se sintió débil ante aquél hombre sin expresión física, con los pies descalzos y túnica que el tiempo ya comenzó a destruir. ¡Ni sus criados se vestían así de mal! Entretanto monologaba:

"Las vestiduras y las sandalias no hablan ni piensan, y las compañías no valoran al acompañado. Lo veo como realmente es, veo y admiro su alma, el espíritu que me habla. Y este es grande por lo que es. Por Alá, ¿quién es este hombre?"

Mirando a Francisco con los ojos llenos de lágrimas, hizo una señal para que sus criados saliesen, incluso aquél que no se apartaba un solo momento de su compañía. Y quedaron los tres hombres, en profundo silencio. Tal vez fuese la primera vez que el sultán manifestaba humildad ante alguien, mayormente de un extranjero, en la posición de enemigo. Pasó las manos por el grueso rostro, con ímpetus de quitarse el turbante de la cabeza, y habló en la frecuencia en que pudo imprimir su palabra:

- ¡Buen hombre! La fuerza religiosa que me sustenta el corazón parece haber anulado mi raciocinio, y como no encuentro personas como tú, que hablan lo que piensan, en la inspiración que les cabe, por la meditación que su Dios siente bien en hablarles, quedo aislado de otras ideas de Alá. Si nunca pensé en lo que escuché, siento que tiene lógica lo que dices, y me voy a servir de esas ideas como simientes dentro de mi cabeza, y pedir al Poder Superior que, si ellas fuesen compañeras de la Verdad, que me ayude a tratarlas, como siendo lo mejor para mí.

Te pido que ruegues a tu Dios por mí, a fin de que yo pueda ser yo mismo, sin sufrir influencias que no sean las dictadas por la Verdad. Cuando doy órdenes que contrarían el mandato natural de las cosas, siento que estoy ultrajando a la propia conciencia; no obstante, la vanidad me instiga para tal, de suerte que, en el mismo instante, me siento bien al aplicar la ley, que yo mismo creo conveniente.

Como dijiste, debemos trabajar en el mundo unos por los otros, como si fuésemos una sola familia, la familia universal de un Dios único y verdadero. Al contrario de eso, promovemos, a nuestra rebeldía, divisiones de las cosas sagradas, llevados por la posición que ocupamos delante del pueblo que, muchas veces, exige de nosotros lo que no queremos hacer. Si no lo hacemos, ese mismo pueblo nos ataca y, por la violencia, nos expulsa del lugar que ocupamos. Casi siempre nos falta el coraje y dejamos de cumplir el deber de honra junto a nuestra conciencia, que no siempre está despierta.

Siento que, en teoría, estás seguro de lo que dices, pero, en la práctica, en este país donde tu Dios de Amor no es conocido, es imposible vivir de esta manera. ¿No acabas de decir que los propios dirigentes de tu religión huyen del deber? ¿Cómo puede entender la multitud humana aquello

que los que hablan no lo viven? Quedará siempre en la pauta de las historias, más que nada. Veo que eres un hombre diferente de los otros, principalmente, a los de la religión a la que llamas cristiana. Tu Maestro fue divino, sin embargo, Sus continuadores humanos son de clase muy inferior, comparándose con el Mensajero de los preceptos a los que ahora te unes. No quiero, ni me creo en la posición de herir a nadie, pero tus jefes en la Tierra, si es eso de lo que debo hablar, son unos inútiles, en la guerra y en la paz, y, principalmente, en esta última. Veo que también eres un hombre de coraje, un soldado sin armas, porque ellas prueban que no luchamos por la paz, sino por anular a los enemigos y destruir las cosas que llamamos santas.

No me olvidaré de lo que hablaste y de tu presencia que mucho me anima para el lado del bien común; no veo en estos momentos cómo vistes y cómo calzas; no tendré en cuenta si eres asistido por el ejército de Roma, pero te admiro por lo que eres, por lo que puedes mostrar y por lo que debes ser.

El sultán tuvo, varias veces, deseos de besar las manos de Francisco de Asís, por su humildad y su interés por la paz de la colectividad. Percibió, en el intervalo de sus palabras, que aquél hombre sencillo que estaba ante él, era verdaderamente un ciudadano universal. Ciertamente tenía una Patria: la Patria del amor, sentimiento que nunca encuentra barreras para manifestarse. No se inclinó ante Francisco por la dificultad de la posición que ocupaba y por la condición que su constitución le imponía. Y aún más, su pueblo nunca sabría entender eso. Entretanto, un espíritu de elevada envergadura, que lo inspiraba en las conversaciones y en el modo de ser, lo hizo, con toda la ternura que le correspondía actuar, ante tan gran ayuda para su tutelado. Ese espíritu era Mahoma que, con todo su cúmulo de

cualidades conquistadas en la labranza del tiempo, besó las manos de Francisco, hablándole a sus oídos psíquicos:

- ¡Querido compañero en Jesucristo!... Te quiero con el mismo amor que dispensas a los otros, en la línea de trabajos que emprendiste ante la calamitosa situación en que se encuentra el mundo, en las investidas que las sombras incentivan, como las Cruzadas y los tribunales del Santo Oficio.

Aquél al que abrazaste como tu Maestro, también Lo tengo como Guía Espiritual. Fue bajo Sus bendiciones que tuve la oportunidad de formar un grupo con ideas renovadas, diferente de los viejos preceptos que esclavizan a las almas, sin darles los derechos que les pertenecen como seres humanos, hijos del mismo Padre Celestial.

En la época en que vestí un cuerpo de carne, también hice la guerra y vencí; hice una peregrinación a la Meca y presioné a la muchedumbre para la creencia que formulé, de donde salió el Alcorán, escrito en pieles de animales, por procesos que la humanidad deberá conocer en el futuro. Cometí muchos errores y procuro repararlos, por los medios que en estos momentos puedes observar, de inducir a las criaturas que en este momento ocupan lugares destacados, representando a un Mahoma que alimenta otras ideas, un Mahoma que busca a Cristo porque es el Sol que nunca se apaga en el torbellino de la vida humana espiritual.

Te estoy agradecido por lo que haces por este sultán. Conmoviste a esta criatura, y eso ya es algo grandioso. Todos nosotros trabajamos por la unidad espiritual de la Tierra; no obstante, las dificultades encontradas son difíciles de ser evitadas. Tu presencia para nosotros es de gran valía, pues con el ambiente que proporcionas, en el campo de los sentimientos, actuamos con más eficiencia. Ya conquistaste un gran tesoro excesivamente divino, el tesoro del Amor.

Francisco, Ese a quien llamas tu Maestro, Lo es también para nosotros y yo me considero un simple mendigo delante de esta figura incomparable, sin expresión en el verbo del más elocuente tribuno, y sin condiciones retratado por el pálido concurso de la escritura. Querer revelarlo, en Su grandeza, será disminuirlo. Fui un precursor Suyo, para avivar en los árabes la creencia en Dios, o Alá que ellos tanto aman, sin comprenderlo aún.

La multitud no puede, por tanto, conocer la Verdad del modo por el cual nosotros la conocemos. Hay mucho trabajo que hacer en los corazones de las criaturas, y los dirigentes religiosos pierden el tiempo en construcciones exteriores, como si la paz y la felicidad viviesen fuera de nosotros. Yo te comprendo, como tú me comprendes, en el elevado sentido del Amor Universal.

Por último, quiero agradecerte por lo que haces a este que estimo y ayudo siguiendo mi misión, que sólo terminará cuando termine el odio entre las razas y las castas. ¡Que Dios nos ampare!...

Mientras Francisco oía la palabra del fundador del Islamismo renovador, el sultán que, ensimismado meditaba, recomponiéndose, lo abrazó con renovadas esperanzas de paz entre las dos fuerzas en guerra.

Después de partir Francisco, el Sultán quedó mucho tiempo meditando, examinando lo que escuchó de aquél hombre de Dios. Notó que ya no le dolía la vieja herida que tenía debajo del brazo izquierdo y que mucho lo hacía sufrir. Era una llaga purulenta, resistente a remedios y tratamientos por la ciencia de la época. Pasó los dedos por la herida y, no sintiendo ningún dolor, se quitó las ropas y vio que la herida se cerró por encanto. Y luego dedujo:

"¡Fue aquél hombre! ¡Él es un enviado de Alá!"

Se inclinó en el suelo, en la forma característica de la religión, y agradeció a los Cielos, llorando de alegría.

Francisco salió de la tienda con Iluminado, cantando de alegría y dando gracias a Dios, por la oportunidad de servir, de conversar con el sultán que tuvo la caridad de escucharlo.

Francisco de Asís tenía gran interés en quedarse en Oriente, principalmente donde nació el Maestro Incomparable, pero cuando somos instrumento de la Verdad, nunca hacemos lo que queremos, sino la voluntad de Dios. Y fue lo que ocurrió con él. Conoció Palestina, caminó por todos los lugares por los que pasó predicando y curando Jesús de Nazaret, y tuvo grandes recuerdos de un pasado que solamente la reencarnación explica en los tiempos que corren.

Visitó el Calvario, y allí sintió cosas extrañas, pero agradables, como la presencia de la Madre Santísima, llorando por Su Hijo Amado. Sintió la presencia de los apóstoles, y a veces veía a alguno de ellos, transmitiéndole ánimo en su jornada. Y cuando la nostalgia quiso prenderlo en el Lugar Santo, se arrodilló en el mismo instante, sin elegir lugar apropiado para orar y lo hizo dentro de la espontaneidad característica de su modo de ser, diciendo con profunda humildad:

- ¡Señor Jesús de Bondad y de Amor!... Sé, y siento que soy un ser despreciable, sin cualidades para dirigirme a Ti, sin condiciones para pedirte lo que deseo, sin importancia en la escala de Tus hijos. Pero, incluso así, Te pido, por misericordia, que no dejes que la muerte me visite sin las señales de Tus llagas, para que yo sienta, Jesús, lo que pasaste y comprenda el verdadero sentido de Tu dolor, del dolor universal que se transforma en Paz, en armonía y en Amor.

Me parece que Te pido demás, pero lo hago por sentir ánimo en pedir, y si fuera Tu voluntad, quiero quedarme en

esta Tierra, y si mi deseo prevalece, que yo sea torturado como los primeros cristianos, apedreado como lo fueron los hijos de la Buena Nueva, despreciado como Tus santos Apóstoles, y quemado, como lo fueron los primeros hombres y santas mujeres, que guardaron la fe cristiana dentro de sus corazones.

Sin embargo, en el caso de que no pueda ser, que yo sea marcado por el dolor, y que me enseñe a amar, con aquél Amor que le ilumina la conciencia. Soy Tu siervo y por donde yo pase, quiero que Tu nombre sea el pilar de luz, que nos ilumina a todos.

Amén.

Cuando terminó la oración, la luz que lo envolvía se amplió de manera espectacular, dirigiéndose en forma de canales por el cerebro de Francisco, que absorbía de lo alto un foco de luz tornasolada, como claridad viva penetrando en su cabeza. Por ese medio, él escuchó la voz cariñosa y suave, muy conocida:

- Francisco, ¿tú me amas?

- Sabes que Te amo, Señor.

- ¡Entonces, vuelve a la Tierra donde naciste! Aquél pueblo necesita tu calor y tu presencia. El trabajo te llama, con urgencia, en las tierras donde fuimos perseguidos, donde fueron sacrificadas muchas vidas en nombre de la Verdad.

Tienes en el corazón la simiente del Amor, que necesita ser plantada con buena voluntad y cariño. Espero que la fe sea el clima de tu corazón, y que la esperanza sea el aire que respiras; procura trabajar sin la influencia de la corrupción, perdonar sin interés de la amistad lucrativa y donar el más puro Amor, sin que el comercio afecte en tus sentimientos.

No pierdas tiempo en lamentaciones por los que partieron, sirviendo de pasto de la ignorancia humana; ellos están bien, por haber cumplido sus deberes, ante sus

compromisos. Nunca pidas lo que no puede ser; cada alma es un mundo diferente, con tareas desiguales, para que, en un todo, se ajusten en felicidad para los hombres.

Confía y espera trabajando y orando, para que las tentaciones no desapropien tus oportunidades, que te llevarán a la victoria. Sé manso y humilde de corazón, mas no te olvides de la prudencia de la serpiente; sé valiente, aunque no dejes que el coraje se transforme en violencia. Avanza contra los enemigos y procura destruirlos; entretanto, los enemigos de los que hablamos son todos de orden interna, que viven en la comunidad del corazón y se agitan, a veces, de la cabeza a la conciencia.

Busca mi Evangelio permanentemente, que él, la Buena Nueva, es por excelencia, la fuente de Dios. Vas bien. ¡Continúa, que estaré contigo en todas las luchas!

Francisco se levantó sonriendo y llorando al mismo tiempo, y en el mismo instante buscó el camino de casa y, acordándose de todos los compañeros, oró por ellos, pidiendo al mismo Jesús, para ayudarlos en sus dificultades.

* * *

Francisco de Asís volvió de Oriente, sintiendo latir en su corazón la victoria de la palabra de Dios. Después que cinco de sus discípulos fueron degollados en Marruecos y, posteriormente llevados a Portugal, él comprobó que el coraje cristiano estaba consolidado en los corazones de sus compañeros, y cuando fuese solicitado por el destino, cualquiera de ellos daría la vida, cantando, como los primeros cristianos en Roma, en el Coliseo. Encontró en sí una resistencia muy grandiosa, por las compañías que Jesús le dio. Amaba mucho a sus discípulos.

El comandante del navío en el que Francisco viajaba desde Oriente a Italia se encariñó con él, teniéndolo como guía, no dejando que le faltara nada para su bienestar. El hombre de Asís, sintiéndose tímido con tanta gentileza, procuraba ser útil en los servicios del barco. El comandante rechazaba su ofrecimiento, bajo la alegación de que él necesitaba descansar de sus luchas a favor del Evangelio y en beneficio del pueblo. Francisco no se dio por vencido y, al rayar del Sol, él y su compañero ya habían prestado servicios en la limpieza del barco, continuando así hasta la llegada. Decía siempre al comandante sonriendo: "¡Yo creo que quien puede trabajar y no lo hace, tampoco debe comer!".

Cierta madrugada, en que el cielo parecía estar más cerca del mar, las estrellas centelleaban como si estuviesen vivas y la luna derramaba su claridad en las aguas frías, el navío paró, sin que se entendiese el por qué. Los vientos eran favorables, no existían arrecifes en el lugar y la profundidad de las aguas era enorme. El mar gemía, como si estuviese cargando un peso descomunal, mas el navío no se movía. Con todo, el jefe del gran barco no se desesperó, dejando para el amanecer las providencias que deberían ser tomadas. Cuando la estrella de quinta magnitud hizo del mar un espejo reflejando dulces claridades, todos se movilizaron para encontrar la causa del fenómeno. Los submarinistas trabajaron en todas las direcciones sin provecho; aparentemente no ocurrió nada, pero el navío no se deslizaba sobre las aguas. Esperaron varias horas y no ocurría nada. Estaba como preso, nadie sabía en qué, ni los más expertos navegantes. Fueron aplicadas varias teorías, las velas fueron izadas y el navío permanecía parado en el mismo lugar.

El comandante se acordó de buscar a Fray Francisco, esperando que él interviniese con sus poderes espirituales, pero cuando llegó a su camarote lo encontró en éxtasis,

pálido como la cera y su discípulo al lado, leyendo trechos del Evangelio. El comandante del barco salió, tranquilamente, explicando a la tripulación con mucha calma, que Francisco estaba orando para solucionar el caso. Pasadas algunas horas, apareció el Padre Francisco diciéndole al comandante:

- ¡Vamos, hijo mío, vamos ahora! ¡Jesús sigue al frente!

Y un fuerte viento sacudió el navío, haciéndolo deslizarse en la gran sábana de las aguas.

Unas semanas más tarde, el navío anclaba en el puerto de Venecia, y Francisco deseoso de pisar tierra, para el trabajo urgente del Evangelio, dio gracias a Dios por haber llegado. Y partió hacia varias ciudades y, en todas ellas, realizó fenómenos que el espacio no nos permite revelar.

Francisco recorrió Pádua, Bérgamo, Bréscia, Mántua y otras ciudades, dejando en todas ellas las marcas de su santidad y de su poder espiritual, renovando los viejos conceptos predicados por los sacerdotes, que miraban más el bienestar propio que la paz de sus semejantes.

El Padre Francisco volvió de Egipto un poco enfermo; con todo, no replicaba: su ambiente individual era el mismo, o tal vez mejor, por haber adquirido muchas experiencias acerca de la vida. La temperatura del continente que visitó era incómoda y nociva para los europeos; el sol ardiente dañó a Francisco principalmente en la vista, cuya claridad en demasía, le lesionó la visión, no acostumbrada a esa luz intensa. Tenía una organización sifiológica delgada, órganos muy sensibles y, a veces, se alimentaba poco, ya que era dado a prolongados ayunos, aunque por dentro, en el razonamiento de la vida, fuese fuerte por la propia naturaleza del espíritu.

Era la fuerza de Dios ostentada en su corazón y transformada en campo de energía, manteniéndole para

acudir a la llamada del Divino Maestro, cuando determinó: “Es necesario que quedes aquí hasta que yo vuelva”.

* * *

El *Peregrino* vuelve a Asís, donde fue implantado el corazón de la comunidad franciscana, teniendo a Porciúncula como la iglesia-madre y la Granja de Luz, como universidad del aprendizaje más profundo sobre el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

La noticia de la llegada de Francisco se extendió como un rayo, y todos fueron a visitarlo con alegría. Los frailes de todas las localidades, cuando supieron de su regreso, fueron hasta él, para reponer sus fuerzas, gastadas en las luchas con las incomprensiones humanas. Muchos de ellos ya habían entregado sus propias vidas, sellando la fuerza del Evangelio en el corazón de los que sufrían.

Eran conscientes de que la vida continúa en todas partes y sabían que el espíritu sobrevive al cuerpo. Tanto el Padre Francisco, como sus compañeros, conocían por experiencia, el intercambio con aquellos que vulgarmente se llaman muertos, y los asuntos más profundos de los que el Evangelio es portador eran solucionados solamente entre ellos, porque el pueblo no estaba preparado para conocerlos, en la totalidad de su claridad espiritual. La verdad, en determinados casos, precisa ser velada. La luz, cuando es muy fuerte, puede cegar a las criaturas.

Tuvieron varias semanas de fiesta por el regreso del Padre Francisco. Todos querían saber sobre los acontecimientos verificados en los lugares recorridos por él; él, a su vez, tenía gran interés en saber cómo andaban las actividades de los frailes, por donde estuvieron en predicación, en la solidez de la Buena Nueva de Cristo. No obstante, nadie estaba parado; las conversaciones eran

realizadas por la noche, pues el día estaba destinado a trabajos de variada orden, cuya filosofía era el mayor empeño de la Comunidad. La renuncia y la palabra *servir* eran la señal de luz, para ampliar los caminos del corazón.

Francisco sentía nostalgia por alguien que aún no vio después de su llegada. Clara sentía igualmente, el corazón oprimido, por la falta de su padre espiritual. En una acogedora mañana, en que el astro solar parecía un carro de fuego en su viaje de rutina, entró Clara, acompañada de varias hermanas en Cristo, en busca del Padre Francisco, a fin de, nuevamente, abastecer su corazón de luz. Cuando lo vio, sus sentimientos no lo soportaron; le faltó la voz, sus ojos se cerraron, y la emoción la hizo sentarse. Solamente sentimientos de amor vibraban en el corazón y en la mente de la Santa de Asís. Francisco la levantó, sonriendo, ante la alegría de los frailes presentes, le tomó las manos, y le habló con el cariño y afecto que identifican a los espíritus afines, donde el verbo busca entonaciones que solamente el corazón puede guardar.

- ¡Clara, hija mía! ¡Que Dios te bendiga, hoy y siempre! Es inmensa la alegría que siento en este momento, de verte junto a las hermanas en Cristo. Te pido permiso para besar tus trabajadoras manos que sé, han servido de instrumento para que la Madre de Jesús, nuestra Madre Santísima, trabaje a favor de todas las madres del mundo y de todas las criaturas de Dios.

¡Cómo estás sabiendo portarte ante de los compromisos asumidos ante tu conciencia, con la presencia de Dios, nuestro Padre! Y esto, para mí, es una gran felicidad. Por donde paso, tengo noticias de tu trabajo, que algunas veces llegan a mis oídos por la espontaneidad de las cosas; otras veces, porque pregunto por ti, y siento paz en saber de tu felicidad.

Tuve noticias de tu madre, de la decisión que tomó, y de tus hermanas carnales; igualmente estoy enterado del destino que tomaron mi madre y Folí. Todo eso en conjunto es el propio cielo, procurando darme paz, y hablarme de que existe la felicidad. ¡Qué bueno es verte, Clara! Tu presencia me hace recordar un pasado que permanece vivo en mi corazón, y en él quedará para siempre.

Se veía que las auras de Francisco y Clara se fundían en una simbiosis divina, ajustándose como en un servicio de amor. Del brazo derecho de Francisco descendía como por encanto de la propia naturaleza, una proyección de luz de variada tonalidad, esparciéndose por todo el metabolismo de Clara, circulando por los centros de fuerza de aquella mujer grandiosa, trayéndole al corazón la mayor emoción espiritual que el puro amor puede ofrecer. También de ella se proyectaba una corriente fecundante, que era absorbida por el brazo izquierdo de Francisco, en voluminosa expresión, donde los colores desafiaban a quien intentase catalogarlos, viajando por las vías invisibles de su cuerpo, teniendo el mismo destino que las energías captadas por ella, revitalizando sus centros de fuerza, para el trabajo de la diseminación de la Buena Nueva del reino de Dios. Se encendieron en Francisco todos sus puntos sensibles a la luz y, visto con los ojos espirituales, se podría decir que se encontraban en las sombras de la Tierra, dos estrellas.

Aquél día, conversaron horas y horas, intercambiando ideas y estableciendo planes para la buena andadura de los trabajos desarrollados por ambos. Rodeados por los discípulos y compañeras, que allí disfrutaban del Amor más puro que se puede encontrar, cantaron himnos de alabanza a la gran Vida que nos sustenta a todos.

En cierto momento, el Santo de Asís miró a Clara con las lágrimas humedeciendo su rostro seráfico, y dijo con emoción:

"¡Clara!... ¡Mi pecho es una gavia que te prende!
Dentro de él late tu corazón en mí."

No necesitaba más palabras para sellar el amor espiritual entre dos criaturas, como aquella manifestación de cariño y de fraternidad elevada, en cuyo calor Francisco secaba las propias lágrimas, besando las manos de Clara como si besase su alma, que irradiaba en la misma dimensión. Clara fascinada con la presencia del Padre Francisco, y con lo que sintió y vio, su boca sirvió de instrumento para una fuerza mayor y habló reflejando todos sus sentimientos para con Francisco de Asís, sin olvidarse de su madre, que igualmente amaba al *Peregrino.* Dijo:

"¡Francisco!... Mamá mucho te quiere y
bendice tu vida, en su vida,
cediéndote la paz en mi amor.
Te daré mi corazón, que ya es tuyo,
me darás el tuyo, que ya era mío,
por herencia del pasado en el Señor."

Por fuerza del amor sin barreras, que las condiciones físicas podrían impedir, se abrazaron tiernamente los dos hijos de Dios, como dos compañeros en Cristo, bajo los aplausos de los que asistían a aquél espectáculo de luz, donde la ley de Dios era el ambiente de vida.

El sacrificio en las horas apropiadas constituye fuerza propulsora para el progreso y la unidad del Bien para la paz de las criaturas. Cuando llegaron a la Casa de los Portugueses las reliquias de los frailes torturados en Marruecos, por la palabra del Evangelio que estaban predicando y viviendo,

hubo una conmoción de sentimientos, de la cual nació un franciscano llamado Fernando de Bulhoes, que ya vestía la túnica blanca de la Orden de los Agustinos. En pleno fulgor de sus fuerzas físicas y espirituales, gozaba, entre las ovejas que los Cielos le habían confiado, de una vida amena y de una cómoda posición.

Fernando nació el Lisboa, ciudad que en aquella época figuraba entre las grandes del mundo. Al ver aquél cuadro que traía admiración y rebeldía al pueblo, sintió en el corazón otro corazón palpitando, invitándole para participar del gran empeño del Evangelio, no sólo en Portugal, sino en todo el mundo. Parecía que los Cielos habían colocado en su boca una estrella para filtrar las palabras que saliesen de su corazón.

Fernando asistió al cortejo de los restos santos de los Frailes Menores, y un carruaje de lujo los acompañaba, llevando a la mujer de Alfonso II, que derramó lágrimas, en fervorosos pésames por aquellos valientes hombres, que lucharon hasta la muerte por Cristo, que hizo lo mismo por la humanidad. Y dentro de la Iglesia de Santa Cruz, orando y meditando sobre los acontecimientos, él sintió algo confortado el corazón. En silencio, se arrodilló donde estaba, con el semblante desfigurado y algunas lágrimas caían por su rostro, como una señal de cambio en su personalidad. Se acordó de Dios como nunca, y, acordándose igualmente de María Santísima, en la gran intensidad de Amor que podía desprender de su corazón, dijo a Jesús:

"Señor, ¿qué veo en este conmovedor instante? ¿Cómo puede la ignorancia matar a quien se entrega solamente para el bien de las criaturas y destruir a hermanos que solamente piensan y traen la caridad, cortar cabezas de hombres que viven el Amor del Evangelio, que en nada buscan sus satisfacciones personales? ¿Dónde estoy que veo esa

calamidad moral, enfundada en una admirable venganza, donde el odio y la vanidad generan puramente la muerte?

Quiero morir también como esos hombres, para que mi sangre sirva de luz para el despertar de los corazones que aún viven en las tinieblas. Te pido que me ayudes a hacer lo que debo para el Bien Mayor. No quiero retrasar mi marcha ante las necesidades humanas, y de mi deber para con Tu Evangelio.

Siento que algo me habla a la conciencia, que debo avanzar. Me entrego a Tus manos; haz en mí según Tu voluntad y ayúdame a olvidarme de la mía, si ella estuviese equivocada."

Fernando, tomado por una fuerza desconocida, se sintió dominado y, entregándose sin resistencia al comando superior, escuchó la voz que, en el centro de su cabeza, le decía con un tono suave, pero mezclado de energía divina:

"¡Fernando!... Algunas de mis ovejas sucumbieron, no por faltarles cielos en los corazones, ni por carencia de fe en el mundo íntimo que puebla los sentimientos. Fue por ignorancia del pueblo, que exige sacrificios para creer. Nacieron con el destino que eligieron para ayudar a los que sufren de inseguridad, para los que sufren con la duda, con el orgullo y el egoísmo; para los que sufren por el apego a las cosas terrenas, por odio y venganza.

En cuanto a ti, debes alinear tu vida en la vida de estos frailes que muestran el Evangelio a la luz de la Verdad, que exponen la Buena Nueva en su expresión más pura que la época pueda reverenciar; es el hombre oyendo nuevamente los primitivos conceptos que dejamos como herencia para la humanidad.

No te entregues a la quietud, ni a pomposas ropas, que despiertan el lujo en los vacilantes de la fe; procura la sencillez revestida de sabiduría, el amor tocado por la fe y el

perdón inundado de esperanza, para que puedas convertir a muchos, para una dignidad de vida que puede y debe alcanzar la felicidad.

No luches por patria, por religión, o por filosofías transitorias; lucha por implantar el Amor, la Fe y la Caridad, primeramente, en tu corazón, para después ayudar a los otros a hacer lo mismo en esa gran conquista.

Antes de hablar, procura vivir lo que enseñas a los demás, porque el ejemplo es fuerza de Dios, que nunca se apaga de la visión humana, y, cuando es contagiado en el Bien, jamás deja de brillar en la eternidad.

Muchos piensan que estoy a la derecha del Padre, que está en los Cielos. El lado derecho es el lado bueno de los hombres, a los cuales incentivamos, inspirándolos para que multipliquen sus simientes de luz en todas las direcciones de la vida.

Sé fuerte, y no solamente cambies de hábito, sino de vida. Enciende el Sol que existe dentro de ti, con esta frase que ya he repetido varias veces: "Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo.

Esa es toda la ley y los profetas, y también la Vida. Lo demás lo sabrás por los procesos que, por ahora, desconoces."

Fernando cambió las vestiduras blancas por el sayal de los franciscanos, así como de nombre, pasando a llamarse Antonio de Lisboa, y partió para África, a recoger almas para Cristo, según sus instrucciones. No obstante, su estado de salud lo hizo volver y el destino desvió su ruta, llevándolo a Sicilia.

Cuando descubrió donde estaba, sintió que una alegría inmensa invadía su corazón; seguramente alguna cosa hacía que él se encontrase con Francisco, que ya sabía, que se encontraba muy enfermo.

Su gran deseo era verlo, tocarlo y besarle las santas manos. Fray Antonio de Lisboa, que después pasó a llamarse Antonio de Pádua, llegó a Asís. Se encontró con el Padre Francisco y con toda la comunidad franciscana, donde la alegría era el alimento de los frailes, y el Amor, la propia vida. Se aseguró de las directrices del Gran Santo, y empuñó el bastón de la Fe y de la Renuncia en dirección a Cristo, dando gracias a Dios por todos los sacrificios, y haciendo de su vida un Evangelio abierto, para que todos leyesen sus páginas, escritas por los ejemplos del día a día.

Fray Antonio de Pádua, que basó su obra en esta ciudad que le prestó el nombre, no paró ni siquiera un día. Se entregó a Jesús, como hizo el *Peregrino,* volviéndose en verdad, un segundo Francisco de Asís en todos los caminos que recorrió.

Cierta fecha, Antonio estaba predicando en Italia para una gran multitud de fieles, cuando paró de súbito quedando inmóvil. Los oyentes, reconociendo los dones del santo, esperaban en silencio profundo, por saber que el Místico de Pádua podía estar conversando con los Cielos.

En aquél mismo momento, en Portugal, su padre, el Sr. Martín de Bulhoes, estaba siendo condenado injustamente por la muerte de un hombre.

El predicador franciscano, utilizando el recurso de la ubicuidad, aparece en el tribunal y se propone defender al reo. Sus palabras muy elocuentes, calmaron los testimonios más irritados, haciéndolos pensar en el crimen que estaban cometiendo, al afirmar mentiras ante un tribunal, mirando unas pocas monedas. Aquellas personas antes de consolidar el macabro crimen, pensaron: esa muerte fue tan encubierta, que cualquiera podía ser el criminal.

Cómo se equivocan los ignorantes; nada, pero nada, en la faz de la Tierra, quedará oculto que no sea revelado. Nadie

engaña a Dios, así como los verdaderos inocentes no serán atropellados por el destino; nadie recibe lo que no merece. Antonio, después de argumentar en defensa del padre, partió de la teoría racional para la parte práctica, lo que más interesa a la justicia y a la ciencia oficial. Dice el tribuno consumado: - Dignísimo Señor Juez y queridísimos hermanos que nos escuchan en este tribunal de justicia humana, os hablo como si fuese en presencia de Dios en alianza con Jesucristo. Después que conversamos, con seguridad quedasteis conscientes de la inocencia de este reo, pero es bueno que probemos la verdad de la que os hablo. ¡Os preguntaréis!… ¿Cómo? Yo os pido en nombre de la ley, que me acompañéis hasta el cementerio; yo voy a hablar con el muerto. Él será el mejor testimonio de la cuestión que estamos tratando. Miró dentro de los ojos del Juez y ordenó con dulzura: - Vamos, señor mío, porque la ley nada teme, siempre que la verdad aparezca. Este, sin ofrecer resistencia, se levantó. Y Antonio, volviendo la mirada hacia los asistentes, volvió a decir: - ¡Vamos en nombre de Dios y de Cristo! Mas no fueron muchos los que acompañaron a Antonio al cementerio; bastaron unos pocos para registrar en la historia, donde un difunto salvó al reo de la prisión.

Llegando al campo santo, dos hombres se dispusieron a remover la tierra. Algunos testigos sudaban, otros, pálidos, temblaban. El silencio era la tónica de aquél espectáculo. Solamente el Juez conservaba una postura decente, a la espera de la verdad, y el santo, tranquilamente, dominaba el ambiente… ¡La expectativa era enorme!... La herramienta golpea en el cajón, que luego es destapado, mostrando el cuerpo en adelantado estado de descomposición. Antonio salta dentro de la zanja y, a la vista de todos, extiende la diestra hacia difundo y dice:

- Di, hijo mío, en nombre de Jesucristo, prueba de la Verdad en el cielo y en la Tierra: ¿fue Martín de Bulhoes quien te mató?

El suspense era general. Comenzó a formarse una nube blanca alrededor de la cabeza del fallecido; sus facciones se modificaron y sus labios se abrieron como por encanto, diciendo: - No, no fue él. Allí mismo, en el cementerio, el martillo del magistrado anunció la inocencia del reo. Fray Antonio caminó con el pueblo algunos pasos, desapareciendo sin que nadie lo percibiese, retornando a su cuerpo en Italia, recomenzando su sermón. El pueblo casi estático esperaba el mensaje de esperanza, para ellos que sufrían en su piel, el dragón del desespero.

Antonio demoró un poco en su viaje espiritual; no obstante, como fue a hacer caridad, los compañeros espirituales asistieron a los oyentes en Italia, hasta que este llegase para hablarles nuevamente.

Las vibraciones de sus palabras prestaban a las moléculas del aire energías vivificantes, para que los organismos que las respirasen se enriqueciesen en vida y esperanza.

Fray Antonio se acordó de Pablo a los Romanos, capítulo cinco, versículo veinte, refiriéndose así: "La ley llegó para que abundase el delito; pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia." La ley apareció por misericordia – continuó el sacro tribuno – y nos muestra cuántas ofensas estaban escondidas sin que pudiésemos dar término a la ignorancia humana, sin que pudiésemos aliviar por lo menos a los sufrientes, sin que pudiésemos visitar a los encarcelados y llevarles una esperanza, por la gracia de Nuestro Señor. La ley fue un fenómeno divino de la Tierra, como freno a los salvajes impulsos de nuestros corazones, haciendo que la inteligencia no cree más problemas, ni se retrate con la venganza, sin saber primero la verdad. Gracias a Dios, aún

existen hombres en el mundo dados a la justicia, y que hasta dan la vida por ella. El plantío de esa fuerza se lo debemos al gran Moisés, que por sus secuencias haría nacer el Amor, que explosionó en la figura de Cristo. ¿Cómo podríamos tener y conocer el Amor, sin primero pasar por los caminos de la Justicia?

Se detuvo por algunos segundos, paseó la mirada por los fieles que bebían sus palabras, como si fuesen vino de la mejor calidad y continuó: parece que después de conocer las leyes, los pecados aumentan. Ciertamente, porque antes no veíamos sus efectos, o porque eran naturales sus consecuencias. No existía el derecho para los menos afortunados por la vida; los plebeyos eran considerados como animales, los encarcelados, fieras, y los analfabetos monstruos. Pero cuando los cielos nos mostraron un camino más excelente, a través de los profetas y por boca del Pastor Inconfundible – de Cristo anunciado por el gran Isaías – aparentemente superabundaron los errores que ya existían; y ahí comenzamos, por la gracia del Señor, a corregirlos. Para eso muchos sucumbieron en las hogueras, en las mazmorras infectadas, en las cruces. Todavía, aumentó por misericordia de Dios, la asistencia a los infelices, a los enfermos, a los encarcelados y a aquellos que la injusticia olfateaba, sin respetar la inocencia. Entretanto, hijos míos, los justos tienen su recompensa donde quiera que estén, porque Dios es mucha más luz que el Sol, y la injusticia es sombra que no existe con la presencia de la claridad.

Bendijo a todos, y salió pensando medio confuso, en su padre, que se encontraba en Portugal, y en su madre. Pero la alegría del pueblo lo hizo distraerse de aquél cisma.

* * *

Nos estamos apartando del tema de esta obra que es la Vida de Juan Evangelista, volviendo como Francisco de Asís. No obstante, Antonio de Pádua completa la obra del *Peregrino* de Asís. Entonces, es justo que hablemos un poco sobre él, mostrando que Dios no tiene privilegiados. Él habla donde desea y donde conviene, por medio de métodos variados. Antonio de Pádua, en la época de Jesús, era un rabino virtuoso y muy conocido como cobrador de impuestos, conforme la anotación evangélica; nos referimos a Zaqueo. El Maestro, en cierta ocasión, comió en su casa… El rabino era un preceptor de los más famosos, hombre probo y caritativo. Los publicanos lo tenían como santo. Antonio de Pádua era un tribuno de renombre. Desde tierras lejanas, las personas se desplazaban para oírlo. Las palabras salidas de su boca se envolvían en un magnetismo puro, cuyos fluidos consubstanciados por el Amor, eran esperanza viva para todas las criaturas. Quien lo escuchara jamás se olvidaría de aquella figura impoluta y santa. Donde quiera que él estuviese, se formaba una romería en busca de consuelo. Era el Evangelio vestido de carne, por gracia de Dios.

Antonio estaba en Bréscia. Su fama corría por el mundo, como tribuno evangélico y hombre santo, por cuanto imponía la mano en nombre de la cruz de Cristo y curaba enfermos, consolaba a los tristes, levantaba a los caídos y mataba el hambre de los necesitados. Llegaba gente de todos los rincones del país. Se amontonaban, en las calles estrechas, carros de bueyes, caballos, mulares, gente acampada por todos los alrededores de la ciudad. Camillas y más camillas llegaban con personas enferma, para que el maestro de la retórica pudiese tocarles sus cuerpos enfermos y restituirles la salud. Mudos, ciegos, ancianos y estropeados formaban filas interminables en la puerta de la vieja iglesia.

Cuando vieron la multitud, los Frailes Menores, responsables del movimiento de caridad, que patrocinaron moralmente la estadía del Paladín de la Bondad en aquella tierra, sintieron la necesidad de formar un palenque. En una limpia área, donde el pueblo lo viese mejor y tuviese como templo majestuoso la naturaleza, construyeron el palenque, desde donde Antonio pudiese hablar y ver a todos los peregrinos. Y ellos, de ese modo, oirían con mayor nitidez la palabra de Dios, viendo, igualmente, al gran expositor de la Buena Nueva de Jesús. Entretanto, el espíritu bromista y burlón está siempre presente en casi todos los acontecimientos, incluso en los más elevados, en la Tierra. Algunos holgazanes prepararon una celada para hacer fracasar al fraile, por urdidura de las tinieblas. La improvisada plaza estaba llena de personas crédulas. La fe se irradiaba en los corazones como ondas de luz, como si fuesen instaladas luces en los días de hoy, en las metrópolis más modernas, para los grandes festejos.

Los dos hombres, preparados para el nefasto golpe, se pusieron cada uno a un lado del palenque para, en la hora fijada, cortar las amarras del elevado de madera para que el predicador cayese, cayendo con él la fama y la fe de los Hijos del Calvario que allí se encontraban en masa, para oír las leyes de Dios, reunidas en las palabras santas del hijo adoptivo de Pádua. Miles de personas de toda suerte se acumulaban a la espera del consuelo del Evangelio de Cristo.

Antonio de Pádua subió al estrado y comenzó a hablar. El silencio era el toque de belleza y los oídos – como asimiladores automáticos – no perdían una sola nota de entendimiento, de los sonidos articulados por el gran discípulo de Francisco de Asís. Ante la expectativa de los fieles, en cierto momento, se hicieron una señal entre los dos cuervos humanos y enseguida, un gran estallido. Se

desataron las cuerdas y el andamiaje cayó de una sola vez. El espanto fue general, algunos corrieron para asistir al tribuno, pero, cayeron de rodillas al verificar el espectáculo del fenómeno espiritual. Dios utilizó la maldad de las tinieblas para infundir más fe en aquellas criaturas que allí se encontraban, esperando que algo las consolase. Fray Antonio se sostenía en el aire, a la altura del palenque, sin que la caída de la madera lo interrumpiese, y, en esta postura, predicó por dos horas.

Sin que él tocase a los enfermos, muchos salieron curados por el poder de la fe. Dos días después, las dos alas negras buscaron al fraile para confesar el error cometido que puso en peligro la vida del franciscano. Y él los bendijo, diciendo como Cristo: "Id y no pequéis más".

* * *

La hidropesía puso fin a la carrera del místico de Pádua, por haber llegado la hora de la llamada celestial. El mismo día se apareció a un viejo fraile, su amigo, muy virtuoso, curándolo de una enfermedad antigua: excoriaciones, motivadas por picaduras de insectos venenosos, que se hicieron incurables por los métodos conocidos de aquella época.

Después de muchos años de su marcha para el plano espiritual, hubo un movimiento en el sentido de trasladar sus restos mortales a Santa María, lugar donde deseaba ir cuando se encontraba enfermo, pronto a desencarnar. Para concretar el movimiento, fue enviado un representante de Roma, inclusive para mantener el orden entre las partes correspondientes. Determinada la apertura de la urna mortuoria, se comprobó que los huesos de Antonio estaban, como era de esperar, intactos, en perfecto estado, entre el

polvo causado por la desintegración de la carne que la tierra no comió ni los gusanos festejaron. Su cráneo, totalmente limpio, la boca entreabierta y, entre los dientes, la lengua del orador estaba intacta, como si acabase de hablar en aquél momento. La admiración fue general. La santa lengua que nunca hirió, que nunca maltrató, que nunca juzgó mal a los otros, que nunca maldijo, la lengua de luz, que solamente hablaba del amor y de la caridad, entró en una inversión electrónica, de manera a hacer estáticos los elementos periódicos, no como significa la propia palabra, sino en una conservación por la fuerza del Amor. Elementos químicos espirituales que escapan a la percepción humana, penetraron en las moléculas y en las células de la lengua del fraile, para mostrar su verdadero trabajo en el mundo, para la edificación de la paz y para hacer revivir, en la Tierra, el Evangelio de Cristo. El sacerdote responsable del traslado, que asistió a ese fenómeno, se bajó por instinto, cogió con los dedos la lengua del santo y la besó muchas veces. Lágrimas de gratitud corrían por su rostro.

Después de más de setecientos años, entre las reliquias del santo, aún se encuentra la lengua del orador de Pádua, pareciendo que aún pretende hablar a las multitudes hambrientas de las palabras evangélicas, emitidas por aquél que vivía las leyes de Dios.

* * *

Cuando el Padre Francisco llegó de Oriente, encontró a muchos de sus discípulos viviendo en un viejo castillo, una gran mansión, de confortables salas. Se apresuraron en decirle que estaban llenos de alegría por tener donde colocar a muchos enfermos y estropeados de los caminos.

Francisco abrazó a todos con ternura y nostalgias, y les dijo entristecido:

- ¡Queridos hermanos!... No fue eso lo que la Madre Pobreza nos enseñó; de esta manera estamos predicando una cosa y viviendo otra diferente a la renuncia. Si es para la comodidad de los que sufren, está muy bien empleado este castillo, pero la verdad nos dice que eso se vuelve otro objetivo y comienza a cambiar los rumbos de nuestra institución. De pompas ya vive el Clero Romano, que modificó las estructuras del servicio evangélico para destacar el bienestar humano y político. Quedaré triste si permanecéis aquí. ¡Que Dios os bendiga siempre!

Y se retiró de allí…

Los frailes buscaron al cardenal, para que este convenciese a Francisco para aceptar la gran dádiva, que podría ser muy útil para los enfermos y para la comunidad franciscana. El cardenal así lo hizo, y Francisco accedió para que los frailes se quedasen allí en el castillo, pero nunca entró en tal mansión. Eso fue lo que llevó a los frailes a abandonar la idea de permanecer en él. Y los pocos enfermos que allí estaban recogidos se sintieron libres al salir con los compañeros de Francisco, y fueron todos curados por suaves vientos que en ese momento soplaban en sus direcciones. Francisco sonrió, al saber del hecho, agradeciendo a Jesús por el beso divino del aire.

Francisco de Asís subió al Monte Alverne. Para él, la morada más excelente era la naturaleza, sus dones se dilatan de manera divina, oyendo y entendiendo las voces en muchas dimensiones.

Sus discípulos ya eran muchos, y se esparcían por muchos países, predicando y viviendo el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. El Padre Francisco no necesitaba estar junto a ellos para hablarles. Lo que convenía, llegaba a todos en el

mismo instante, por los hilos invisibles del pensamiento. Las ondas mentales no hablan, ni son interceptadas, cuando se trata de una mente como la de Francisco, en el servicio del Bien y de la Caridad.

Fray León fue testigo de muchos fenómenos ocurridos con el Padre Francisco, muchos de los cuales fueron descritos por él, que asistió varias veces, a la elevación del *Peregrino* al espacio, en estado de éxtasis, conversando con llamas de luz, como ocurrió con el Legislador Hebreo.

Al final de su vida misionera, Francisco estaba muy enfermo, principalmente de los ojos. La enfermedad, cada vez más, apagaba su visión; era indispensable un tratamiento urgente, del que él se olvidara. Entretanto, uno de sus compañeros lo hizo recordar, buscando un terapeuta famoso, el cual diagnosticó una enfermedad progresiva, que exigía fuera quemada inmediatamente. Francisco no se opuso, por cuanto pediría al fuego que tuviese piedad de él. Y fue lo que hizo; en el momento de la operación, Francisco pidió permiso a todos los que allí se encontraban, orando por él, se arrodilló y pidió con sencillez:

"¡Hermano fuego!... Te pido en nombre de Dios y de Jesucristo, para que no me quemes con todo tu vigor, que reduce todos los cuerpos. Te pido caridad para conmigo, en este instante en que necesito de tu auxilio, de tu ayuda.

No me quemes tanto como yo tengo la impresión. Sé que, por donde pasas, solamente quedan cenizas, y que todo se reduce a polvo. Te pido un poco de ternura, tratándose de mis ojos. Aún necesito de ellos para ver las bellezas de Nuestro Padre Celestial y entender mejor las leyes del Señor de todas las cosas. ¡Compadécete de mí, hermano fuego! ¡Compadécete de mí, y pido a Dios que te bendiga siempre!"

Francisco, con toda la confianza y ternura, abrió los ojos y el médico, ya con el hierro incandescente en la mano, le

cauterizó los ojos. Incluso con los ojos entregados al fuego, vio pequeñas criaturas desprendiéndose de la brasa viva, como suavizándole la temperatura. Se deslizaban por los caminos hechos por la luz, como si estuviesen montados en hilos de fuego, y festejaban su pequeña cabeza con los cariños peculiares a sus reinos, donde el fuego es su mejor ambiente.

El Santo de Asís notaba cada vez más la vida brotando en todo lo que existía. Algunos seres alados, que dirigían con las ondas de los vientos, llegaban en su auxilio, confortándolo con el soplo purificador. Varios espíritus se posaban allí, transmitiéndole nuevas energías, para que soportase las condiciones impuestas por la propia ley.

EL PADRE FRANCISCO EN EL MONTE ALVERNE

El Monte Alverne, situado en los Apeninos, bañado por los ríos Arno y Tibre, estaba envuelto en fluidos superiores y, allí, Francisco recuperaba sus fuerzas de vez en cuando – el agua está siempre en los grandes acontecimientos, pues ella fue la cuna para el protoplasma en su expansión creadora, con su sensibilidad divina, en busca de la perfección. Fue el agua la que ayudó a garantizar el progreso del propio hombre, desde el protozoario hasta la condición biológica en que se encuentra y con relación a eso, Moisés escribió que el Espíritu de Dios estaba sobre las aguas.

Ese monte que se encuentra en la Toscana, parece haber sido preparado por la naturaleza, como ocurrió con la Isla de Patmos, para recibir a Juan Evangelista. Igualmente, la región fue elegida como calvario de las mayores emociones de su vida misionera, región esta que el Padre Francisco escogió para el exilio por amor a Jesús, ya que no fue expatriado por la voluntad de los hombres. Era una isla rodeada de agua dulce, como dulces eran para sí los trances, en el mayor

empuje evolutivo de su sensible alma y allí también Francisco fue crucificado, dos años antes de su viaje para la patria verdadera, como emblema de su victoria, en la dignificación del Amor en la Tierra. Sobrevolando por encima de Florencia, se avista la región – cuando se conoce el caso – con el más tierno sentimiento, y se siente íntimamente una esperanza diferente de la que el mundo ofrece, haciendo que recordemos al Padre Francisco con los brazos extendidos hacia lo alto, los cielos abriéndose y Jesucristo respondiendo a la llamada de Su discípulo amado, hiriéndole los pies, las manos y el pecho, abasteciendo aún más su corazón del Amor de Dios.

El Arcángel Miguel se aparecía a Francisco con frecuencia, en el Monte, para consolarlo y trazarle las últimas directrices, como la de diversos mártires del cristianismo naciente. Allí vivía el *Peregrino* en una caverna, como si estuviese en una mansión. Cuando era acompañado, los Frailes Menores, quedaban a distancia, no porque él lo exigiese, sino por respeto al maestro que entraba en éxtasis o conversaba frente a frente con el mundo espiritual, en largos diálogos. Cierto día, con mucho cuidado, Felipe, uno de los componentes de la Orden, se acercó a la caverna, donde estaba el Padre Francisco que, ya por quince días, sin comer y sin beber, no daba señales de vida. Los otros dos discípulos quedaron orando, con recelo de que el compañero interrumpiera el estado de gracia del cantor de Asís. Felipe echaba los pasos con la suavidad de un felino y, mirando aquí y allá, entró preocupado a la caverna, y se deparó con el mayor espectáculo que había visto en toda su vida: el Padre Francisco roncaba suavemente, y una luz dorada que no se sabía de dónde procedía, bañaba todo su esquelético cuerpo, y su figura se divinizaba, como si estuviese sonriendo todo el tiempo y, lo más interesante, era que el cuerpo flotaba,

teniendo como colchón, el aire que desprendía fragancias indescriptibles. Estaba por encima del suelo a unos ochenta centímetros; de los oídos y de la boca salía un plasma blanco-azulado, y de esta materia quintaesenciada se formaba un ropaje que le servía de cobertor. Y la conversación del maestro resonaba dentro de la caverna, como por encanto, pues no se veía el movimiento de sus labios. Felipe cayó de rodillas dentro de la gruta, cerró los ojos reteniendo las lágrimas y oró a Dios en silencio, sin saber el tiempo que permaneció allí en aquél estado.

Francisco sintió que no estaba solo, y sutilmente observó a los compañeros que vinieron en su busca, por causa de su tardanza, y al presenciar el espectáculo, reaccionaron como Felipe; y los tres discípulos oraron entorno al maestro en desdoblamiento hacia el Astral Superior. Después de aquél hecho trascendental, los discípulos del poeta italiano salieron en silencio, se acomodaron al abrigo improvisado, esperando unos días más, hasta que el Padre Francisco se aproximó a ellos con pasos lentos, diciendo: “La paz de dios sea con vosotros”. Tomó un poco alimento junto a los compañeros y descendió del Monte, contando las más lindas historias que presenció en el mundo espiritual, en las cuales se notaba la fuerza doctrinaria de los preceptos de Cristo. Cada vez que descendía del Monte, su dinamismo aumentaba en la práctica de la caridad y en la necesidad de la vivencia evangélica. Los franciscanos rodeaban al Padre para escucharlo, bebían sus palabras como si fuesen agua pura de la fuente, en el estado de carencia del líquido. Los días y las noches se fundían, haciendo desaparecer el tiempo, y la presencia del Apóstol de Jesús era siempre solicitada en varios conventos, en muchas iglesias, en casas particulares de obispos y cardenales, e incluso de algunos papas, pues Francisco de Asís

representaba la vuelta de Cristo, pisando de nuevo la faz de la Tierra.

Francisco, en una noche memorable, rodeado por centenas de frailes de varias comunidades de la Orden, habló con suave vehemencia: “Hijos míos, que Jesucristo, Nuestro Señor, nos bendiga en nombre de Dios. La inteligencia nos favorece, para que podamos hablar con sabiduría y dulzura. Podemos, por el don que a veces poseemos, atraer a millares de adeptos y, sin la debida vigilancia, podemos volverlos enemigos de la propia religión, por el fanatismo que por ahora aumenta en toda Europa. Es de nuestro conocimiento que hermanos filiados a la Orden, cuyo nombre ya implica deber y obediencia, se entregan al sacrificio por placer de morir, sin saber el por qué del sacrificio. Hacerse mártir por la fuerza del destino es una cosa, y buscar martirizarse por brutalidad de los sentimientos, es otra muy diferente. Esa inversión de valores también ocurrió en el cristianismo naciente, en las calles de la Antigua Roma, donde algunos cristianos imprudentes disputaban el Coliseo, viendo en él, sin ningún otro ideal, las puertas del Cielo. ¡El mayor error de los errores!”

Hizo una pausa para que el asunto fuese bien asimilado por los presentes, pues aquellos que participaban del cónclave eran frailes que tenían a su cargo la dirección de muchas comunidades en varios países. Se miraban unos a los otros e intercambiaban por lo bajo ideas que Francisco, incluso a distancia, captaba por el poder de su audición dilatada, obediente al poder mental que transcendía al de los hombres comunes. Y cuando concentraba su atención en alguna persona en especial, igualmente identificaba sus sentimientos, como si estuviese leyendo una carta. Hizo una señal y continuó su alocución.

“Es de la voluntad de Cristo que tomemos providencias, reparando nuestra conducta ante los hombres y ante nuestra conciencia. Nuestra Orden traza una línea de conducta ejemplar en sus estatutos, y, si fuera para mantenerlos como reliquia, la polilla comenzará a roer nuestras almas y como Cristo desea habitar en nosotros, el tabernáculo del corazón es Su lugar. Somos realmente hombres humildes y pobres, desprendidos de los bienes materiales y, para ejemplificar eso, vinimos al mundo, no como seres dados a la inmundicia y a la mendicidad. Tampoco podemos utilizar la palabra para combatir los bienes adquiridos, para después pedirles que nos maten el hambre. La higiene corporal puede ser reflejo de la limpieza del alma; es cierto que la usura nos prende al mundo de la vanidad y al descuido de las cosas del espíritu, y por eso debemos situarnos en el centro, huyendo de los extremos. No estamos aquí agrupando hombres perseguidos por la justicia, ni a los alucinados de conciencia: la plataforma espiritual de esta comunidad cristiana es reunir almas capaces de enfrentar, cara a cara, y de la mejor forma posible, cualquier problema de orden material o espiritual y que la serenidad nunca se aleje de nuestros corazones y que el amor nunca deje de ser nuestro derrotero. El trabajo debe ser nuestro lema en el suelo en que pisamos y debe sustentarnos en la vida física. Creemos en la palabra del Gran Legislador Hebreo: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Y dice el Evangelio: “Todo trabajador es digno de su salario”. Quien no trabaja debe avergonzarse de comer con la conciencia tranquila, a no ser que esté imposibilitado para el trabajo cotidiano, que se divide en centenas de modalidades a nuestra elección, siendo que varias están de acuerdo con nuestras posibilidades. El enfermo puede trabajar generando pensamientos edificantes, hablando sobre asuntos constructivos, viviendo la tolerancia y el amor, porque de

esta forma estará ayudando a quien viniera en su encuentro, por caridad. Os considero a todos como hijos espirituales, por los cuales tengo el mayor amor y entrego mi vida, en el caso de que Cristo así lo desee, para que vosotros viváis y ejemplifiquéis la Carta Viva, que es la Buena Nueva de Dios en los corazones de los hombres. Para mí son todos iguales, y deseo, sabiendo que es posible, que seáis idénticos, en los actos y en los hechos, en la dignidad y en la obediencia, en la Caridad y en el Amor. Es lamentable que algunos de nuestros compañeros buscaran esta Orden pensando que ella sería un cubil de lobos, un rebaño de hombres contrarios a la ley y al trabajo, o una multitud de seres hambrientos, a la caza de limosnas de puerta en puerta. Es cierto que, de vez en cuando, salimos algunos de nosotros para pedir, colocándome yo como el primero en la experiencia del ejercicio de humildad y de gimnástica de combate al orgullo y a la prepotencia, a la vanidad y a la arrogancia, enemigos de los cuales, a veces, pensamos que ya nos hemos liberado. Todavía, no debemos viciarnos o estropear ese método y, aquello que recibimos, debemos dar a los que realmente necesitan y, en casos extremos, utilizar lo que ganamos para suplir nuestras necesidades. Nuestro objetivo es dar más de lo que recibimos y hacerlo por amor. Si vinimos a la Tierra para levantarnos en la moral evangélica ya confundida con las cosas terrenas, si queremos vivir con Cristo, desatando Sus brazos y Sus pies dentro de nuestros corazones, ¿cuál es el camino que deberemos tomar? Olvidar a Jesús en esta época sería un lamentable error, principalmente en nuestro medio, nosotros que estamos oyendo al Señor todos los días, por intermedio de Sus más distinguidos mensajeros. ¿No tenemos el hábito de consultar el Evangelio todos los días, antes de respirar el aire templado por el sol al rayar el día? ¿Y

los preceptos enseñados por Él? ¿Qué hacer de lo que oímos? Seremos más responsables si tapamos nuestros oídos."

El Padre Francisco se encontraba rodeado de luces de todos los colores. Seres traslúcidos pasaban de lado a lado del maestro, derramando igualmente fluidos de todo tipo sobre la compacta asamblea que escuchaba, silenciosa. Algunos anotaban lo que el viejo Evangelista decía, como si fuera una orden directa del Cristo de Dios, en lo que no estaban engañados, pues era la pura esencia de las enseñanzas del Maestro de los maestros. El Padre Francisco hizo un intervalo, dando tiempo para la asimilación más profunda de los asistentes, pasando los ojos, como si fuesen dos faros, por toda la asamblea, y de la luz que emitía, clareando las conciencias, absorbía los ideales de cada uno. Fray León anotaba con increíble rapidez, dejando a muchos admirados, haciendo crecer más su fama de intérprete del Poeta del Amor. El fraile ya estaba tan acostumbrado a las vibraciones de su guía espiritual, que antes de oír los sonidos de las palabras, ya las escribía, captándolas por las ondas mentales. El Padre Francisco tomó un poco de agua y sentenció con admirable tranquilidad:

"Otra cosa quiero deciros con mucho interés, pues es de gran importancia para todos nosotros y, principalmente, para todas las Órdenes de las cuales formamos parte y de que somos piezas integrantes."

Cambiando la tonalidad de la voz, se expresó así:

"¡Queridos compañeros en Cristo! No podemos repudiar a los ricos, ni tampoco el oro, pues ese repudio, para nosotros, no cabe en ningún lugar y sólo nos sirve de escándalo. Es cierto que Jesús dijo que era necesario el

escándalo, pero afirmó con toda la sabiduría, que ay de aquél por el que el escándalo venga. No debemos odiar a nadie, ni cosa alguna, ya que vinimos para el Amor; por consiguiente, debemos amar sin condiciones y sin cambios pasajeros. Si algunos de los que se encuentran entre nosotros aspiran hacer milagros, pasando horas y horas en ejercitando sus mentes y disciplinando sus maneras para impresionar a las masas con fenómenos planeados, como ánforas bonitas por fuera pero vacías por dentro, como sepulcros callados en el decir del Evangelio, perderán su precioso tiempo, porque esas cosas deben ser espontáneas, por la voluntad de lo Alto, por las manos de Cristo en nosotros… Él sabe la hora exacta, el momento propicio para las señales transcendentales del despertar colectivo, para que la fe se afirme en los corazones preparados. No turbemos nuestros sentimientos en busca de esto o de aquello, pues no sabemos lo que hacemos – sólo Dios conoce lo que necesitamos. ¿Cuántos, por vanidad, vienen a pedirme que yo ande sobre las aguas? ¿Y cuántos, hijos míos, me imploran para que yo vuele o pase por dentro del fuego sin quemarme, para imponer a las conciencias, a la fuerza, el ideal de Jesús?... No estoy aquí para eso, sino para transformarlos por el Amor – aquél que no cree que el mayor fenómeno sea el Amor, debe esperar en el tiempo, que él reparará a todos. ¿Cuántos ciegos y estropeados, familiares de muertos y encarnados llaman a nuestras puertas, buscando la salud, la vida y la libertad? Por nosotros nada haremos, pero sí en Cristo, y cuanto Él desee, todo eso haremos y mucho más".

El Padre Francisco vio entrar en el recinto al Arcángel Miguel, con su corte de espíritus iluminados y decenas de otros, manipulando fluidos del aire y de los árboles, de las aguas y de las fuentes que desconocía. En ese momento dio gracias a Dios.

El pueblo, al saber que los frailes iban a reunirse en asamblea, concluyó que, estando el Padre Francisco o Antonio de Pádua presente, vería milagros y curas de todas las especies. Por eso, las personas abarrotaron los alrededores de la iglesia de los Frailes Menores.

El *Peregrino* continuó hablando con suavidad:

"Quiero, hijos míos, que volváis todos a vuestros puestos de trabajo renovados en Cristo; que seáis todos constructores, siempre que el trabajo sea para el bien. No importan las condiciones que encontréis en sus ciudades, provincias, países o sitios; sólo importa mantener encendida la llama de la Fe en sus corazones, la esperanza en los caminos que estáis recorriendo, así como amar sin otro interés que no sea el bienestar del prójimo. Oíd y esperad, hermanos míos:

- No desperdiciéis el tiempo que Dios nos dio por misericordia. Aprovechémoslo a través de las oportunidades que surgieran, plantando las simientes de las buenas maneras espirituales, a las que el Evangelio se refiere.
- No critiquéis a los compañeros cuando, por ventura, se desviasen de los caminos del bien. Ejemplificar, como candidatos a la luz, los preceptos que os elevarán, colocándolos fuera del odio y de la venganza, de la vanidad y de la maledicencia.
- Si es necesario, caminar con el ladrón, sin que su inclinación os haga robar. Si no conseguís convertirlo, haced lo que se pueda hacer por esa alma que duerme en la ignorancia; y, también, si encontráis resistencia, orad por él, entregándolo a Dios, que sabrá protegerlo y disciplinarlo.

- Analizar los pensamientos, antes que ellos se transformen en palabras, porque lo que sale de la boca puede manchar el corazón, si falta vigilancia. La palabra es fuerza poderosa en los labios disciplinados por el Evangelio.
- La buena acción que debéis practicar todos los días es el acto divino del trabajo, de cualquier especie, digno de ser considerado una oración.
- No amontonéis oro ni plata, o graneros de alimentos, pero dad curso libre para que esas cosas de Dios os beneficien sin interrupción.
- No os olvideis de la higiene diária. No esperéis que alguien lave vuestras túnicas y no queráis ser unos mayores que los otros. Haced lo que aconseja Jesucristo – el Divino Donador – cuando uno de los discípulos pregunta cuál de ellos es el mayor: "Aquél que se hiciera el menor de entre todos, ese el mayor".
- No esperéis sin esfuerzo el maná de los cielos; buscadlo atendiendo el "buscad y hallaréis" de Jesús. No esperéis que las puertas se abran por milagro: llamad, atendiendo al "llamad y se os abrirá", del Maestro.
- Comparen a la humanidad con la sabiduría, el amor con la razón, que vencerán todos los obstáculos y alcanzarán todos los ideales que la fraternidad favorecerá, el Amor que brillará como guía.
- No atormentéis los corazones con posiciones de mando, ni con demasiado confort.

Luchad dentro de sí con esas armas y conquistad por el esfuerzo propio todo lo que fuera bueno, en el mundo del propio *Yo"*.

Terminando, el Padre Francisco se levantó siendo rodeado por algunos frailes, que lo abrazaron y besaron sus estropeadas manos y por otros que querían, por lo menos, tocar su vieja túnica. Entre los presentes se repartieron flores, y el perfume de las rosas exhalaba en el ambiente. Enfermos de todas las procedencias se enfilaban, esperando su vez, confiantes en la paciencia del viejo discípulo de Cristo, que no los dejaría hambrientos de su palabra consoladora. La madrugada ya estaba despidiendo a las estrellas que centelleaban en el infinito, perdiendo ya el brillo. El sol, en su carro de oro, deseaba resplandecer en el nuevo día. Los discípulos del Padre Francisco iban de un lado a otro, intercambiando impresiones, en el reencuentro fraterno de viejos amigos. El vocerío vibraba en el espacio… A la luz de la Patria Italiana, como esperando órdenes del mundo de la Verdad, para que pudiese cumplir la voluntad del Señor, Francisco se quedó meditativo. En eso, pareció que en el aire se rasgó alguna cosa invisible a los ojos de los presentes: era el impacto de los fluidos divinos con el magnetismo humano, dando lugar a la luz espiritual. El Padre Francisco se iluminó ante todos los presentes, que se arrodillaron movidos por un suave impulso, y se suspendió en el aire como un colibrí, al poder de vibraciones del inmenso voltaje de su espíritu, aislándose de la gravedad. Se movió en todas direcciones, bendiciendo a todos los presentes y, en una oración ardiente, se expresó así:

"¡Señor de los Cielos y de la Tierra! Bendice nuestro ideal, ahora y siempre. Dadnos el poder de entender Vuestra voluntad, para que sea cumplida la ley. Perdonad nuestro odio, para que se haga la alegría. Perdonad el miedo, para que surja el coraje. Perdonad la inercia, para que nazca el trabajo. Consentid, Señor, que Vuestro nombre no quede en vano en

nuestros caminos, en nuestras actitudes y en nuestro amor para con Vosotros y para con el prójimo. Ayudadnos a aumentar nuestra fe, para que podamos dar esperanza; haced que nuestra caridad aumente, para que podamos dar paz; ayudadnos a multiplicar nuestra fraternidad, para que podamos dar amor. Y que al salir de aquí, seamos unidos por la luz, donde brillan las estrellas, aunque estén distantes unas de las otras. ¡Que se haga Vuestra voluntad y no la nuestra!"

Y el pueblo lloró de emoción y de alegría. El heraldo del Evangelio descendió lentamente y puso los pies en el suelo de la Iglesia, pareciendo recordar la Casa de Dios en Éfeso, en la despedida de Juan Evangelista. Los frailes abrieron espacios, y el cantor de la Buena Nueva de Jesús caminó con pasos firmes, tocando aquí y allí, a enfermos de todo tipo. Los tullidos dejaban las muletas cayendo a los lados, y las alabanzas a Dios resonaban en el espacio de la santa casa. Los ciegos volvían a ver, las enfermedades de la piel fueron curadas en aquél momento, camillas y más camillas fueron quedándose vacías, piernas atrofiadas fueron reconstruidas y los mudos hablaron y saltaron de alegría. El Padre Francisco vio que Cristo tomó su garganta, hablando a los Hijos del Calvario, tomando sus manos para tocar a los enfermos. Sus nervios vibraron en los diversos terminales, como hilos de alta tensión. Su cráneo parecía una usina y sus ojos eran lentes poderosas que lo veían todo, sin que la materia pudiera interponerse. Fluidos y más fluidos fueron atraídos por Cristo y distribuidos por la mente de Francisco, con la ayuda del Señor.

El Sol ya besaba a Asís como evidenciando la presencia de Jesús en aquella comunidad. Allí estaba, en verdad, confirmando el principio de todas las cosas de la Tierra, verdad por Él mismo revelada, cuando en ella habitó, al

afirmar: “Antes que la Tierra fuese, yo ya era”. Este era el fundamento de la vida en el planeta por las manos de Dios.

Cuando el Padre Francisco descendía de su levitación, tocó a un fraile virtuoso, cuyos trabajos en Francia, donde dirigía una comunidad de la Orden, impresionaron mucho a Francisco. Su lema era el trabajo, y el consuelo de sí mismo y de los otros era dignificado por la labor honesta. Y, al tocar el hombro de Fray Leopoldo, la marca de su mano quedó dibujada a fuego en la túnica, para la admiración de todos y la mayor alegría de la comunidad de los franceses, que guardaron la vestimenta de Fray Leopoldo como recuerdo del amor del Padre Francisco a los Frailes Menores de la vieja y bien asistida Francia, patria de luces espirituales.

El cónclave transcurrió como se esperaba y los resultados fueron los mejores. Dos cardenales representantes de Roma estuvieron allí, designados por el papa y presenciaron todos los fenómenos, pues se sentaron en lugares de mayor evidencia, por la posición jerárquica. Comenzaron, desde el principio, a anotar cosas contra Francisco; no obstante, por lo que vieron, se avergonzaron y rasgaron los posibles documentos. Por la función que desempeñaban, influenciaban hasta al mismo Pontífice, a fin de liquidar a los herejes y encarcelar a los considerados subversivos. Llegando ellos a Roma, desfiguraron los acontecimientos, diciendo que, en verdad, alguien dejaba las muletas, no por virtud del fraile, sino por la fe ciega, en un ambiente maloliente de frailes harapientos.

El papa, ansioso de noticias, y conociendo la fama de Francisco, sus dotes espirituales y los milagros que antes fueron constatados por hombres sinceros, no se dejó influenciar por lo que le dijeron sus representantes y dijo: “Dejémoslos, mientras no nos molesten y no prediquen doctrinas diferentes, no comprometiendo nuestra dignidad o

la autoridad de la Iglesia. Mientras sean obedientes, tendrán nuestro silencio."

Finalizados los trabajos, los Frailes Menores se llevaron en los corazones un tesoro inmenso para repartir con los fieles de sus ciudades. Lo que oyeron y presenciaron, por la doctrina y por los hechos, perduraría por años y años. Fue encendida una luz inextinguible, en muchos corazones, para disipar las tinieblas formadas por las Cruzadas: el terror de las sombras.

* * *

La Iglesia Católica Apostólica Romana tenía muchos sacerdotes dignos de ser llamados representantes de Cristo en la Tierra, pero la mayor parte, entretanto, de los que estaban en los puestos de mando de la Casa de Dios, eran espíritus sin escrúpulos, verdaderos vampiros, hombres vestidos de púrpura, pero que no movían un dedo en favor de su propio sustento. Exigían oro y más oro de los fieles y de las iglesias constituidas. Se hacían donaciones y más donaciones, por insinuación de reverendos, confesores de familias nobles y de personas altamente conceptuadas en el comercio y en la política. Y el clero fue enriqueciéndose cada vez más, con el sudor y la sangre de los sufrientes y de los ignorantes. Así habría de ser hasta que, al pasar los límites, los recursos de combate surgieron, por los medios que la ley determinó.

El siglo XII se conoció por el Siglo de las Luces, pues fue en esa época en la que más mensajeros de Cristo descendieron para el equilibrio de la política y de la religión en el mundo. Fueron ellos los que, por el ejemplo, dieron continuidad al mensaje evangélico en los tumultuosos caminos de la Tierra. Surgieron en varios puntos del planeta, con el mismo ideal de paz, de honestidad y de amor.

Plantaron las simientes de la renovación de las costumbres, lograron medios de protección para los seres humanos, abrieron derroteros de mayor conocimiento del Evangelio y proporcionaron medios de libertad de las conciencias.

Para que el Evangelio llegase al esplendor de sus conceptos, renovados por las sabias manos de Allan Kardec y su pléyade de compañeros, eran indispensables las bases doctrinarias de Francisco de Asís, las imposiciones y divisiones de Lutero y la fuerza de Napoleón. Y ahora, en las curvas evolutivas que se están procesando, se forma sobre el planeta un clima de apatía por los procesos religiosos y por el ambiente negativo que favorece el olvido temporal de las bellezas de los Cielos. Escasearon los místicos, desaparecieron los santos, y casi nadie habla de los fenómenos de orden trascendental, a no ser para combatirlos, cumpliéndose la profecía de las sagradas escrituras: "Los justos vivirán por la fe". Y, en verdad, quien no alimente la fe en los días que nos encontramos y que se pronuncian grandes catástrofes, va a experimentar indescriptibles sufrimientos. Dice Cristo conversando con sus discípulos: "Hasta los elegidos serán engañados."

La humanidad sufre una obsesión colectiva e imprime en la propia atmósfera un magnetismo perturbador, siendo por él influenciada para las guerras, las epidemias y el hambre. No serán más los místicos y los santos los que irán a consolar a los pueblos, dirigir a los países y alimentar las esperanzas de los corazones desesperados, pues eso ya se hizo en abundancia. El trabajo, ahora, será influenciado por las tinieblas, obedeciendo ciertamente al esquema trazado por la ley del progreso y de la justicia, conforme fue registrado en el Apocalipsis, por Juan Evangelista. Es el momento de la decisión, es el fin de los tiempos de la

decadencia, para que brille en el mundo otro Sol de Esperanza.

Si, por ventura, los hombres se espiritualizasen de una sola vez, dejando caer las armas que la ciencia transformará en arados e instrumentos útiles para la paz, al bienestar y a la caridad, la propia naturaleza hará el trabajo de limpieza y de elección, como ocurrió en Sodoma y Gomorra, en Herculano y Pompeya, por cuanto las medidas ya se encuentran llenas de iniquidad de todas las generaciones. Es de la ley que se alteren los aires y los mares, que se agiten los continentes, y el calor queme la era corrosiva de todas las acciones de los hombres, para que estos se liberen de las amarras de las propias inferioridades. Y un nuevo Cielo y una nueva Tierra brillarán, donde haya Justicia y Paz, Amor y Luz, Trabajo y Benevolencia. Y Juan Evangelista – Francisco de Asís – cooperó mucho para esa felicidad que la humanidad va a heredar, por misericordia de Dios y bendiciones de Nuestro Señor Jesucristo.

Francisco de Asís, en el Monte Alverne, en estado de éxtasis, revivió el Apocalipsis, descubrió detalles que antes no percibiera, y cerró los labios por orden del Sublime Comandante de la Tierra, hablando nuevamente a Su discípulo: "Ya fue dicho lo que se tenía que decir". Y continúa: "Quien tenga ojos para ver, que vea; quien tenga oídos para oír, que oiga, por los medios de la intuición y del raciocinio".

* * *

El Monte Alverne fue, por así decirlo, el Calvario del *Peregrino* de Asís. Fue allí donde él tuvo su mayor emoción espiritual en la vida, donde recibió la gracia que tanto deseara: las llagas del Maestro.

En una madrugada de septiembre, mes en que nació, despertó feliz, recordándose nítidamente de un sueño que tuvo, sueño que no es lícito relatar. Salió de su celda, lleno de alegría. Se encendió en su corazón, en aquella noche memorable, una luz diferente, la luz del Amor, que nunca se apaga cuando se enciendo en el interior de las personas, y cuya claridad tiene siempre su sede en el caudal de los sentimientos.

Tenemos que decir que ese Amor que nuevamente llegó a Francisco salió del corazón divino de Cristo, como fuego de alta resonancia, que solamente se enciende dentro de criaturas preparadas en la Academia de la Verdad y él era uno de los elegidos para tal cometido.

El *Peregrino* ya pidió a Jesús que antes de volver a la patria espiritual deseaba sentir Sus llagas en el propio cuerpo, lo que sería para él una bendición, la coronación de sus trabajos en los caminos del mundo. Y en aquella madrugada preludio de un nuevo día, el Hombre de Asís buscó las estrellas de las que era un apasionado, recorrió con la vista los cielos, sintiendo en el corazón las líneas paralelas y todos los meridianos universales; se olvidó del mundo y voló al infinito con las alas de la oración.

Sus rodillas se apoyaron en el duro suelo y solamente los labios expresaron aquello que el corazón dictó, en este registro encantador:

"¡Gran Luz del Universo, foco generador de todas las cosas, Vida que desprende vidas en sucesiones infinitas en los caminos de la eternidad! Escucha, por piedad, la voz que habla por Tu gracia, que canta por tu bondad y vibra por Tu querer.

Siento, Padre de Amor, Tu cuerpo ciclópico de la creación, y dentro de él danzan mundos y soles, y aún más,

una gama de cosas que la razón desconoce, y hasta la intuición se desvanece ante Tu grandeza inconfundible.

Quiero buscarte en estos momentos de súplica, aprender a hablar Contigo sin las lamentaciones que, a veces, caracterizan al ser humano; quiero oírte con humildad, que no siempre se manifiesta en mi interior; quiero entenderte por lo que puedes hablarme, en la extensión de Tu luz, que me baña el alma imperfecta y desnuda de Amor.

Sé que me llamaste para un trabajo de sello divino junto al clima humano, que intenta, por naturaleza inferior, apagar la luz de los dones espirituales.

Antes, sin embargo, quiero despertar del sueño que nuestra naturaleza inferior nos impone, llevándonos a olvidar las bellezas de la alegría, la grandeza de la bondad, el esplendor de la renuncia y el encanto de la humildad.

No dejes, Señor, que caigamos en nuevas tentaciones, y que el vigor sublimado de Tu corazón se haga en nuestras vidas siempre y siempre.

Te pido que escuches lo que hablo en este templo de la naturaleza. Subí a este Monte para sentirme más cerca del cielo, y desde él adorar con mayor empeño Tu incomparable obra. Entretanto, quiero subir al monte más elevado, a aquél que levantaste dentro de mí. Te pido con todas las fuerzas del espíritu, que me ayudes a subir mi *Calvario,* por las vías interiores del reino del corazón.

Quiero, Señor, si fuera de Tu voluntad, conocerme a mí mismo, para entender lo que Tú quieres. No dejes, Divino Arquitecto del Universo, que yo piense en lo que no debo pensar, que no diga lo que no debo decir, que yo haga lo que debo hacer.

Jesús, Maestro del Amor, siento que está próxima mi marcha hacia los campos espirituales, donde la realidad se expresa con resplandores indescriptibles, y me siento feliz

pensando en eso. Sin embargo, quiero permanecer en el suelo del mundo, junto a aquellos que me dieron mucha seguridad y alegría, a las ovejas que me confiaste y que están esparcidas por todo el mundo. Observo que ellas trabajan más que yo y aman más de lo que yo puedo amar; sé que ellas perdonan más que yo, y entienden la Caridad más que este, que nada es ante ellas.

Bendice, Maestro, a todas, y si fuera posible, que mi parte les sea dada; sabiendo de eso, mi alegría será mayor.

Siento el calor del Sol, cuyos rayos benefactores besan la Tierra, en abundancia de luces que despiertan las vidas; siento la armonía de Tú cántico y la paz de Tu amor.

¡Cristo!... ¡Cristo!... ¡Cristo!... Si fuera la hora, deja por misericordia que las flores de Tus llagas florezcan en mí, pobre pecador, que intenta seguirte y que tendrá la mayor alegría con los vínculos de Esperanza. Los estigmas, para Tu siervo, Jesús, serán como las puertas de los Cielos, que nos abriste y debo conquistar en la conciencia".

En este éxtasis confiante que la oración ostenta, en este arrobo de vibraciones al que el ser humano puede llegar por la pureza de los sentimientos, las leyes físicas pasaron a ceder lugar a las leyes espirituales, incluso en el campo fisiológico, confundiendo a la criatura que las analizaba y estudiaba por los hilos visibles de los fenómenos.

Fray León pudo constatar que Francisco sudaba hasta el punto de empapar la ropa, y en medio del abundante sudor, se veían unas gotas de sangre, que la fuerza mental hacía desprender de algunas células más sensibles.

Francisco, en aquél sublime estado, levantó los ojos a lo alto y vio con emoción divina y humana, por encima de él, a Cristo con los brazos abiertos, sin decir nada. Recordó al Apóstol Juan Evangelista, cuando narra que la presencia del Maestro delante del Sol, por Su fulgor espiritual, lo hacía

palidecer. Era lo que estaba ocurriendo en aquél momento. El Sol, ante Francisco de Asís, empalideció al encenderse Cristo frente a sus ojos fascinados. Y el hijo de Bernardone pudo observar las llagas del Señor como inmensas flores brillantes dibujadas en su piel y, dentro de cada una, estrellas vivas de las cuales se desprendían, como por encanto, manantiales de luces tornasoladas, hiriendo el cuerpo de Francisco, dando al Poeta de Úmbria una sensación que no se puede describir, por faltar los recursos de la propia escritura y, por faltarle al verbo, el empuje que él deberá alcanzar en el futuro.

Cuando el *Peregrino* fue alcanzado por la luz, su cuerpo se elevó en el aire, desobedeciendo así a la ley de la gravedad que rige los cuerpos físicos en la Tierra y en los espacios cósmicos. Francisco estaba, en aquél momento, bajo la dirección de otras leyes, y sus llagas comenzaron a sangrar. Fray León fue testigo de la coronación de su padre espiritual. Fue a su encuentro, se arrodilló con reverencia, y besó con emoción los pies de su guía, lavándolos con lágrimas, que partían de los más elevados sentimientos: los sentimientos que son hijos del Amor. Aquél día, Francisco, en estado de gracia, no conversaba. Quien tuviese ojos para ver, podría constatar que él permanecía iluminado por dentro y por fuera; su corazón ostentaba un aura de un azul encantador, que dispensa nuestras débiles comparaciones y, alrededor de su cabeza, se podría divisar el nacer del Sol.

Estos son fenómenos que trascienden las débiles deducciones humanas, por ser fuerza del espíritu, que carecen de las cosas espirituales para las debidas explicaciones. Las llagas de Francisco de Asís fueron el diploma para su corazón, en el ejercicio del verdadero Amor espiritual.

Fray León registró innumerables fenómenos ocurridos con Francisco, después de recibir la gracia de las llagas de

Nuestro Señor Jesucristo. Y uno de ellos se verificó cerca del Monte Alverne, cuando viajaban a Asís y tuvieron que atravesar un río caudaloso. Sus discípulos se adelantaron, con el agua por encima de las rodillas. El *Peregrino* quedándose el último, cuidaba en mirar con encanto a ciertos pájaros. Como era de costumbre, no era interrumpido cuando se encontraba en ese estado de comunicación; ellos, que lo esperaban al otro lado del río, se asustaron cuando miraron para la otra orilla y vieron a Francisco caminando por encima de las aguas, pisando sobre la superficie líquida, donde solamente los peces se mojaban.

Ante aquél acontecimiento, recordaron al Divino Maestro, cuando en el Mar de Galilea caminó sobre las aguas y llamó a Pedro para que hiciera lo mismo. El Hombre de Asís, dentro de su sencillez, atravesó el río espectacular sin que sus compañeros supiesen cómo explicar aquél hecho trascendental, que solamente ocurre, en la Tierra, como nos cuenta la historia, con espíritus puros, bajo la regencia del Amor más elevado. Llegando junto a los frailes, saludó a todos como era su costumbre: "¡La paz sea con vosotros!" Daba a entender que él mismo no notó el fenómeno. A Fray León, el hecho no le causó admiración, pues ya los había presenciado innumerables veces, de suerte a no precisar constar en los relatos, por haber pasado de boca en boca, y ser del conocimiento común de los hombres.

* * *

Multitudes de personas iban a Asís, buscándolo donde estuviese, para ver de cerca las llagas de Cristo, que Francisco ostentaba en las manos, en los pies y en el pecho. Él sufría de dolores por las heridas, como si también hubiesen sido provocadas por los clavos y por la lanza. Aun así, nunca

reclamaba, no salía del clima de la alegría ni blasfemaba. Recibía todo aquello como un cántico de Esperanza, que transformaba el dolor en Paz.

Cierto día, tuvo la voluntad ardiente de visitar la ciudad de Pádua, sin embargo, por su estado físico, ya no tenía condiciones para largas caminatas. Pidió ayuda a los compañeros, en aquello que ellos pudiesen ayudarlo. Caminaba y, cuando le faltaban las fuerzas, era cargado por ellos. Un bendito día en que le sangraban las llagas de Jesús, apareció en el cielo que mostraba el amanecer, un bando de pájaros, como cantando alabanzas a Dios, sobrevolando el grupo de frailes. El *Peregrino,* emocionado, abrió los brazos en agradecimiento al Señor, y los seres voladores se posaron en sus hombros, cantando el himno a la naturaleza, y él se arrodilló en pleno camino y cantó también.

Los pájaros los acompañaron hasta la ciudad de Pádua, donde el fenómeno asustó a toda la población, y la idea de Dios creció en los corazones de aquellos que tuvieron la felicidad de acoger al santo de los santos, el Maestro de las Virtudes, que se descubrió a sí mismo en el inmenso campo de batalla de la Tierra, herido por la luz celestial, con las llagas que pidió. Francisco, recostado sobre una vieja puerta a la manera de cama, del lado de fuera de una sencilla casa que un comerciante prestaba en favor de la comunidad, contemplaba a la multitud que lo rodeaba, todos ansiosos de poder tocarlo. Algunos sentados a su lado, oían preceptos de aquellos labios que nunca dijeron otra cosa que no fueran temas del amor, componiendo frases y diciendo palabras solamente en la armonía del Bien.

Interrumpiendo lo que decía, habló con énfasis a la multitud, incluso sin ver quién estaba llegando:

- ¡Dejen pasar a esos Hijos del Calvario, que llegan con esperanza en el Amor de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Dejen

pasar a esos hermanos que sufren! ¡Dejen pasar a este prójimo que está muy unido a nosotros! ¡Que Jesús os bendiga a todos!

En esto, la multitud se abrió recelosa. Al verlos, sus labios entumecidos por el Sol y por la acidez de la polvareda se rasgaron en una sonrisa, como si él estuviese en plena juventud. Los hombres, al verlo, igualmente sonrieron de esperanza, por saber de las virtudes del gran santo. La multitud se apartó más, por miedo de las enfermedades. Y los rostros desfigurados, miembros dañados, y la voz sin la armonía característica, se postraron ante el Santo de Asís. Sin decir nada, sólo lloraban.

Él lloró con ellos, y la vigorosa mente buscó a Dios y a Cristo, en grandioso empeño para con aquellos sufrientes afligidos, despreciados por la sociedad, que ignoraban los destinos humanos.

El Hombre de Úmbria llamó a uno por uno, y como no podía levantarse, los hizo sentarse cerca de él, conversando con todos, con el cariño peculiar de los místicos; en unos instantes se familiarizaron con los enfermos, y ellos se sintieron seguros a su lado, bebiendo sus palabras por la sed del corazón.

La multitud retrocediendo facilitaba el tránsito del aire puro para aquellos hijos de Dios en coloquio divino. Los siete leprosos, sentados en semicírculo delante de Francisco, depositaban en aquél hombre la esperanza. ¡Allí estaba el instrumento de Cristo para curar a los enfermos! Se notaba una multitud de espíritus igualmente enfermos, que intentaban alejarse de Francisco, pero, en cierto modo, no lo conseguían.

El Juglar de Dios, viéndolos, habló con seguridad sin perder la mansedumbre, para que lo pudiesen oír:

- ¡Hijos míos espirituales, que Dios y Cristo os bendigan! Es de naturaleza común que nos unamos unos a los otros, por leyes que por el momento desconocemos, buscando nuestra propia paz. Entretanto, nunca recibimos la verdadera paz cuando perjudicamos a alguien que viaja con nosotros.

Es de orden humano que repliquemos a los asaltos de nuestros sentimientos, cuando somos agredidos por hermanos que ignoran los derechos de los otros; sin embargo, es de la ley divina que debemos perdonar, para que ese perdón alcance nuestro corazón, en la secuencia de nuestro amor. ¿Qué ganamos con la persecución? ¡Solamente enemistad! La justicia, hecha por nuestras manos, desvía los buenos sentimientos y anula la fraternidad. Nosotros vivimos en dos campos de vida: uno, cuando utilizamos el cuerpo de carne, y otro, cuando estamos en estado de espíritu; pero las leyes son las mismas, y ellas cobran de nosotros, cuando las rechazamos en su función de restablecer la armonía.

¿A cuál de nosotros no le gusta el cariño, la amistad, o propio amor? Fuimos hechos en este y para este placer; por tanto, no debemos huir a esa ley universal. Debemos olvidar la discordia entre hermanos, principalmente entre hermanos enfermos, pues ella genera mayores perturbaciones. Nunca debemos blasfemar contra nadie, ni culpar a otro por lo que sufrimos, y mucho menos a Dios, nuestro Padre Celestial, que es todo Amor, en la excelencia de las excelencias.

Yo, si Dios permite que así os coloque en la pauta de mi vida, puedo ser un padre para todos. Yo os quiero con todo el Amor que la gracia de Dios me dio, por misericordia; y pido el amor de todos para que se complete mi afecto por la vida.

No os preocupéis por el futuro, que pertenece al Creador, procurando ser hoy mejores en el ámbito de las

virtudes enseñadas y vividas por Jesús, nuestro Gran Maestro.

Se veían las lágrimas en los rostros de los leprosos, como en algunos de los espíritus que allí se agrupaban, acompañando a los enfermos. Se formaba un cerco de luz alrededor de todos los que allí se encontraban, oyendo al Padre Francisco, y benefactores de alta estirpe comulgaban con él en una simbiosis perfecta, para que comprendiesen el sentido de la renovación de los sentimientos y entendiesen, como el objetivo mayor de la vida, el perdonar de las ofensas, y recibiesen el Evangelio como se recibe a un hijo del corazón.

En poco tiempo, fueron retiradas las almas empedernidas para otros campos de educación, y luces se cruzaban en la atmósfera donde todos respiraban, como agentes de limpieza del psiquismo donde la inercia era el estado común. Francisco pidió que todos entrelazasen las manos en un gesto de fraternidad y, uniéndose a ellos, se sintió bañado por una claridad diferente. Su corazón era como un puesto de energía acumulada por el Divino Maestro, sintiendo que de sus dedos corría una fuerza de alta tensión hacia la punta de los mismos, como aberturas que transmitían vida y salud para aquellos hombres sufrientes, que estaban recibiendo las bienaventuranzas dentro de las leyes del único principio del gran foco revelador de la vida. Sintió en el pecho un clima de felicidad perfecta, y una voz expresándose dentro de su cráneo con una fuerza poderosa, la de Cristo, que solamente Él podía tener:

- ¡Francisco, he aquí los Hijos del Calvario! ¡Llévalos en el corazón y apacienta a mis ovejas sufrientes y cansadas! Si quieres verme más de cerca, más junto a tus sentimientos, no me busques en otro lugar, que no sea junto a los que sufren la persecución, a los que sufren injusticia, a los hambrientos, a

los desnudos, a los encarcelados. Yo siempre estoy junto a ellos, aliviándolos, porque esta es mi gran alegría.

Y Francisco, a los ojos espirituales, estaba inundado de luces, filtrándolas y derramándolas sobre los enfermos, de manera a visitar todos sus mundos orgánicos, limpiando las heridas del cuerpo y purificando igualmente los psiquismos enfermos.

Todos ellos sintieron manos invisibles trabajando en sus cuerpos enfermos que, como por encanto, se restablecieron en un abrir y cerrar de ojos. ¡Los enfermos fueron purificados! Unos gritaban de alegría, otros salían corriendo sin saber expresar la gratitud, y la multitud humana, que asistía a todo estupefacta, se arrodilló en un arrobo de fe, viendo en Francisco al santo de los santos, que Dios envió al mundo, para la paz de todos.

Las grietas de las llagas de donde, a veces, salía sangre, en aquél momento esparcían luces de todos los matices, por la fuerza del Amor, por las bendiciones de Jesús y por la voluntad de Dios.

* * *

Con el paso de los días, Francisco sintió deseos de ir a Riéti, y sus compañeros de jornada evangélica lo satisficieron, llevándolo con todo el cuidado que se debe tener por un alma que solamente canta al Amor.

La gente de aquella ciudad lo esperaba con fiestas; las personas querían verlo con las marcas de Cristo, pues era, por donde caminaba, el reflejo del Señor, Francisco andaba lentamente y se notaba su cansancio. La vida le trazó un régimen, a cuya orden no obedeció, en el ansia de ayudar al prójimo, cada vez más. Le bastaba sentir que alguien sufría para hacer todo el esfuerzo en su favor, sin medir sacrificios tratándose del dolor ajeno.

Las familias de Riéti salieron todas a las calles, sintiendo la gloria de Dios en aquél delgado hombre en la expresión, pero grande interiormente, en la grandiosidad de su corazón. Iba de aquí para allá, bendiciendo a la multitud y en sus labios se trazaba permanentemente una sonrisa, demostrando la alegría de los sentimientos junto a la gente de aquella ciudad de la que era clérigo. Solamente en aquél pasaje curó a innumerables personas enfermas, inclusive a un ciego de nacimiento, que salió saltando de alegría, como el ciego de Jericó, cuando fue tocado por las manos de Jesús.

De Riéti, Francisco siguió a Cortona donde su salud empeoró. Ya no podía andar más y las piernas no obedecían a su vigorosa voluntad. Hospedado en casa de un compañero, curó a su hija paralítica. En la misma residencia era visitado por tres perros, que venían todos los días a lamer sus llagas, y él sentía con eso un gran alivio, agradeciendo la visita de los animales. Los pájaros no lo olvidaban y, en los árboles y en los tejados de las casas cercanas, cantaban anunciando el nuevo día, y a veces entraban por la ventana, posándose en su pecho, alegrándolo con sus estridentes cantos.

LA IMPORTANCIA DEL DOLOR

El dolor ha sido un enigma en la vida de los grandes santos. No obstante, el espiritualista bien informado reconoce el por qué de esas cosas. Busca, por encima de todos los hechos, las causas, en la profundidad de los acontecimientos. El dolor es, por así decirlo, un estímulo para la luz. Él transforma al bruto en Ángel, dándole nuevas capacidades para la vida. El místico, acompañado del dolor, ayuda más y ama sin impedimentos. Mientras tanto, el mundo y la humanidad no pueden progresar sin él. Incluso los grandes mensajeros que descendieron a la Tierra

necesitan de su cooperación, cuyos efectos son diferentes, en varias dimensiones.

El dolor no es el mismo para todos, pues cada criatura se encuentra en un plano de vida, diferente unos de los otros. Para los espíritus puros, es una fuente de placeres inconcebibles, y para los ignorantes, para los que lo buscan, él se presenta distribuido por millares de ramificaciones incómodas.

Francisco de Asís era portador de varias enfermedades, que serían identificadas, si hubiese sido sometido a investigaciones científicas. Sin embargo, en el plano del espíritu, él era estimulado en todas sus facultades espirituales. No sufría como el hombre común, que no siempre soporta las enfermedades. Sufría, continuamente, un intenso dolor de cabeza, por limitación en las condiciones del físico, para la acomodación del espíritu de aquél quilate.

Todavía, todo fue previsto antes de su nacimiento. Esa inquietud biológica lo haría buscar cosas más grandiosas: amar más, purificando cada vez más el periespíritu, llegando hasta el punto de encontrar la felicidad en el dolor. No considerándolo sacrificio, él se sometía a una disciplina rigurosa. Los centros de fuerza hacían circular un volumen de energía por encima de la capacidad física, y eso lo hacía vivir en otro plano de la vida.

Descargaba su poderosa mente hablando a los peces, a los pájaros, a los animales. Como amigo de la Naturaleza, donaba esa savia de vida a todos sus reinos, y, cuando necesitaba de la cooperación de estos mismos reinos, ellos la devolvían con abundancia.

La piedra filosofal está en el Amor que todo lo da, que todo comprende, que a todo ama como parte integrante del todo. Todos sus órganos físicos eran deficientes, y poco se alimentaba, pues era sustentado por el Suplemento Mayor. Y

los elementos de la naturaleza estaban a su disposición, favorecidos por todas las divisiones de las formas físicas.

Debido a su resistencia espiritual, dormía poco. El cuerpo físico pide descanso, porque el alma unida a él temporalmente necesita respirar algo que no existe en la atmósfera de la Tierra, y, en espíritu, busca su alimento en el mundo espiritual. El ser muy evolucionado, entretanto, ya crea a su alrededor el ambiente del cielo, necesitando dormir poco, pues su calidad espiritual le permite respirar elementos espirituales donde quiera que esté, incluso en el trabajo de cada día. Aun así, un espíritu del quilate de Francisco de Asís tiene una gran necesidad de confabulación directa con los mensajeros de lo más alto, lo que siempre hacen con más eficiencia a través del sueño.

Así, en relación al espíritu comprometido, el dolor se impone como instrumento de reajuste y resarcimiento, en el impositivo de los procesos cármicos y redentores, para el espíritu emancipado, cuando reencarna en misión en la Tierra, sirve de muralla protectora, ante las llamadas inferiores de la materia.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Cuando notó que su estado empeoraba cada vez más, y sintiendo que se aproximaba el momento de su despedida hacia el mundo espiritual, Francisco manifestó su deseo de ir a Asís, su tierra natal.

Se acordó intensamente de Clara, de su madre y de Folí. Se acordó mucho de su padre. Se acordó de todos los frailes. Pensó con gran emoción en Fray Luis, a quien apartó de Asís para atender necesidades en los alrededores de Francia, y no había recibido más noticias.

Su cuerpo estaba lleno de llagas y tenía que ser llevado con mucho cuidado. Para eso, hicieron una hamaca de madera, forrada de hierba, de modo que él pudiese viajar con más comodidad. Los frailes sufrían por el sufrimiento del Padre Francisco, que nada reclamaba. Su lucidez era impresionante y aún le sobraba humor para los juegos, en las líneas de la fraternidad cristiana y para cantar himnos de alabanza al Todopoderoso.

El camino fue largo. El Padre Francisco estaba ciego y tenía viejas enfermedades de hígado y estómago. Los pulmones no eran los mismos y sufría dolores por todo el cuerpo. El dolor de cabeza no lo dejaba ni un solo minuto, ya no se alimentaba, los órganos digestivos se atrofiaron y el estómago estaba comprimido; los pies y las piernas se le hinchaban y la voz comenzó a desaparecer. Entretanto, era de admirar su vigor mental. No se olvidaba de nada, y respondía a todo lo que se le preguntase con precisión y acierto.

A su llegada a Asís conmovió a todos, que corrieron para recibirlo, como el Santo de la Tierra que era. Se formaron filas interminables para verlo y besarlo, como reliquia divina. Pidió con emoción ir a la Granja de Luz. Partieron y, antes de llegar al destino, él pidió bendecir a Asís. Como no veía la ciudad debido a su ceguera, hizo en su dirección un gesto lleno de gratitud, por la Tierra que le sirvió de cuna, y algunas lágrimas corrieron por su rostro cadavérico. Su bendito cuerpo era solamente un esqueleto forrado de piel, donde la gordura y los músculos se disfrazaban en tejidos sutiles, mostrando que la vida no se constituye en el complejo humano, sino en luz imperecible que se resguarda más acentuadamente en el escondrijo del cráneo.

El espíritu Francisco de Asís era un Sol aún escondido en los frágiles tejidos de carne, que empañaban su brillo encantador, como un velo pronto a caer. Dentro de aquél

cuerpo espiritual estaban acumuladas valiosas experiencias de sucesivas vidas, de las cuales tres se destacan: de *Profeta*, de *Apóstol* y de *Santo*.

Cuando el cortejo pasaba cerca de un leprosario, y alguien mencionó este nombre, él habló con mansedumbre y alegría:

- Hijos míos, yo deseaba ver a los hijos de mi corazón, y como no puedo verlos con los ojos de la carne, quedaría satisfecho en tocarlos y ofrecer mi beso a los Hijos del Calvario, donde Jesús se encuentra más cerca de nosotros, por amor a los que padecen.

El calendario marcaba la fecha de 3 de octubre de 1226…

Se dirigieron al hospital de los leprosos y cuando Fray Masseu anunció la llegada del Padre Francisco, fue una gran alegría. Él deseo y cogió las manos de todos ellos, besándolas con tierno cariño y manifiesto de amor. La hamaca era llevada hasta los catres de los que no podían levantarse, y el Padre Francisco los bendecía con toda la ternura. En aquél cuadro de Amor, dos de los leprosos fueron curados por el toque del santo. Los labios de Francisco quedaron rojos de sangre de las llagas más pertinaces, y él, en el arrobo de Amor, no quiso que limpiasen las marcas de su convivencia con los enfermos de su corazón.

Desde allí partieron hacia la Granja de Luz, cubierta improvisada como una iglesia en el seno de la naturaleza, dentro de la sencillez y la pobreza que Francisco deseaba.

Se acordó de Clara, visualizó su figura, como si estuviese al lado de su lecho, hablándole del Amor, de aquél Amor que ultrapasa las barreras del egoísmo y de los celos, de aquél amor que supera el de la familia y el de la patria, para solamente concentrarse en el amor universal, personificado por el Cristo de Dios. Mandó llamarla, sin embargo, ella no

pudo comparecer, por motivos que solamente el corazón puede explicar, secretos que se guardan en el tabernáculo del pecho y en los archivos de la conciencia.

El Sol comenzaba a apagarse en el poniente, cuando el alma Francisco de Asís comenzó a apagarse en el poniente de la vida física, para resplandecer fulgurante en la eternidad. Los frailes, todos de rodillas, cantaban y lloraban por lo bajito, y Francisco ascendió a las alturas. Fray Rogelio vio con toda nitidez al Padre Francisco subiendo a los Cielos brillando en luces, al encuentro de Cristo. En el mundo espiritual se veían dos alas de espíritus. Eran los más renombrados cristianos primitivos, dando camino a Jesús todo resplandeciente, las manos reluciendo como dos estrellas. Francisco avanzó hacia el Maestro, dobló las rodillas de emoción y lloró como un niño. Jesús lo levantó con cariño, y él, apoyado en Su hombro, pidió con humildad:

- Maestro, si por ventura merezco Tu bendición, que ella sea dada a los compañeros que quedaron en el mundo. Ellos carecen de Tu ayuda ahora y siempre.

Se veían palmas aplaudiendo y de ellas destellaban luces que se cruzaban en todas direcciones, y Cristo en el centro, amparaba a Francisco, que lloraba lágrimas de alegría y de nostalgia. En este momento, palpitó en el corazón del *Peregrino* un Amor indescriptible, y él preguntó al Señor:

- Maestro, ¿y María, Tu Madre y nuestra Madre Santísima?

El silencio dominó el ambiente, mezclado con una alegría inexplicable, y Francisco, aún amparado por Jesús y lleno de emoción, la buscó entre los presentes, pero no vio a aquella que tanto amaba. Y recordó fuertemente, el momento cruciante del Clavario. Rememoró todo el drama, y, agudizando los oídos espirituales para oír nuevamente, regresó en el tiempo y en el espacio, captando las ondas

etéricas que tienen la función de guardar los secretos de la vida. Y vio con alegría, lo que fue registrado en el Evangelio y que él mismo escribió, en el capítulo diecinueve, versículos veintiséis y veintisiete: "Viendo Jesús a su madre, y junto a ella al discípulo amado, dijo: *Mujer, he ahí a tu hijo.* Después dijo al discípulo: *He ahí a tu madre.* Desde ese momento el discípulo se la llevó con él".

Francisco de Asís lloró nuevamente, amparado por el cariño de Jesús, y el Maestro, acariciando los cabellos del discípulo amado, como entonces, dijo con profunda ternura:

- ¡Hijo mío!... Aquí estamos esperándote para nuevos trabajos que nos compete realizar. Somos conscientes de que nadie muere y que nuestro Amor debe ser extensivo a todas las criaturas de Dios. Si el verdadero Cielo está dentro de las almas en despertar gradativo, ¿cómo sufrir, entonces, por alguien que busca, con indigentes esfuerzos, ayudar en la consolidación de la obra del Bien, en los campos del mundo?

Amas verdaderamente a quien buscas, y ese amor jamás dejará que la pierdas; te comunicarás con ella por los hilos del Amor, en la más alta precisión, y su imagen no te faltará, danzando en tu mente, como si estuvieses frente a frente con tu corazón.

¿Quién puede afirmar que ella no siente también tu ausencia? Entretanto, procura trabajar más en la obra de Dios, con la fuerza poderosa de la nostalgia que muchos desconocen y desperdician transformándola en pasión. Si verdaderamente quieres estar más cerca de quien amas, transfiere tu amor para Dios, y enseguida busca al prójimo en los dos reinos de la vida.

Cumpliste tu deber pisando el suelo terreno, y, muchas veces, con espinas dilacerantes. Renunciaste al confort del mundo, mirando la paz de las criaturas. Gastaste la última gota de energía a favor de los que sufren. Todo eso me agradó

mucho, porque dejaste una estela de luz como ejemplo, porque viviste el Evangelio en su más alta función de humildad, de desprendimiento y de Amor.

Fuiste llevado al mundo en un momento psicológico, entre dos fuerzas de las tinieblas – Cruzadas e Inquisición – para mantener el equilibrio en la educación de las criaturas, y la marca que dejaste nunca se apagará en los corazones que buscan el entendimiento. Quedarás en la historia, pero en la historia de los sentimientos, que eleva y que salva. Confundiste a las inteligencias de los sabios, y llevaste a la teología burocrática a pensar. Despertaste la Iglesia que estaba siendo de los Césares, para volver a ser la Iglesia de Dios; aunque esa vuelta se demore, lo importante es que venga a resurgir como nació, para la gloria de Dios.

Levántate ante tu propia conciencia, donde se encuentra el trono de Dios; ve y siente lo que aún tienes que hacer, que la pérdida de tiempo nos hace creer en la pérdida de la propia felicidad. Tu gloria será volver a ver a todos tus compañeros de los tiempos del Evangelio naciente y abrazarlos, en eterna unión de fraternidad de donde resurgen, en secuencia, los comienzos de nuevos trabajos, en lo que se refiere al Bien común.

Que Dios te bendiga siempre.

Francisco se desprendió de los brazos de Jesús y salió tocando a todos los compañeros de las dos alas, en estado de emotividad sin registro. Después, pidió disculpas y buscó el cuerpo físico que le sirvió de instrumento en la Tierra, y lo vio, rodeado por los innumerables discípulos, que se mantenían en oración constante; algunos lloraban en el silencio que el dolor del corazón educado podía manifestar.

El Padre Francisco, empeñado en la fuerza de la gratitud, fue llevado por su deseo a los pies del cuerpo físico que acababa de dejar como ropa imprestable, y los besó

conmovido, agradeciéndoles por tanto como sirvieron para andar por los caminos del mundo, en la lucha de llevar el Evangelio a donde quiera que fuese. Besó enseguida las manos que le sirvieron de valioso instrumento para alimentar el cuerpo, para trabajar, para cumplimentar a los otros, para transmitir la fuerza de Cristo en las curas de los enfermos, para bendecir cuando era tomado por la luz de Nuestro Señor. Besó su propia boca con ternura y respeto y en ella dejó dos lágrimas de luz, oriundas del corazón, y dijo conmovido:

"Yo te agradezco, instrumento de luz que me sirvió para transmitir la Verdad y que me ayudó a apaciguar; tu eres la puerta grandiosa por donde la misericordia se manifestó, no por mí, sino por la gracia de Jesús, en nombre de Dios.

Y Francisco-espíritu agradecía al Francisco-cuerpo en otra dinámica del verbo. En ese momento se acordó de dejar una herencia visual para todos sus seguidores de jornada. Miró su figura melancólica por el desgaste del cuerpo físico, al cual aún se hallaba unido por el cordón de vida, e imprimió en su mente poderosa una figura de alegría. Como por encanto, el rostro de Francisco-cuerpo se iluminó. Los presentes, emocionados, admiraron el hecho, considerándolo un milagro más del Padre amado. Nadie más lloró y él, satisfecho, pensando en Cristo, vio que dos dedos de luz desataban los lazos que aún lo prendían al fardo que le sirvió por cuarenta y cuatro años en la Tierra.

Francisco, al levantarse para despedirse de Asís, vio a una mujer envuelta en un gran velo oscuro, llorando y orando, observando que dentro de su tórax latía un corazón de luz, que irradiaba ondas deshaciéndose en el cadáver. ¡Era Clara! No soportando la emoción, la abrazó y lloró con ella. Se apartó un poco, miró a Clara, y vio en ella a la compañera de otras épocas. Sujetó sus manos y las besó, dejando en su

epidermis, por el beso, una flor de luz, que exhalaba un perfume, cuya fragancia solamente se hace por el Amor. Levantó la cabeza y besó la de Clara, donde brillaba una estrella, de claridades indescriptibles.

La Santa de Asís sintió la presencia espiritual de su Padre Francisco, y habló por el pensamiento, con emoción, donde el alma quebraba el velo que los separaba:

"¡Francisco!... ¡Sé que vives en la eternidad! Por lo que me enseñaste, nada muere, cuanto más el alma, chispa divina, salida de la divina expresión del Amor. Tengo confianza en Dios y en Cristo, que estás más cerca de nosotros que antes, aquí, ahora, oyéndonos y ayudándonos.

¡Qué bueno es tener fe! Ella nos sustenta en los caminos que recorremos, ella nos ayuda en la gran labranza, donde sembramos las simientes del Evangelio, trabajo gratificante que nos alimenta y nos llena de esperanzas.

Padre Francisco, si por ventura nos escuchas en este momento, oye nuevamente: no nos dejes caer, pues, a veces, sin tu presencia material, nos sentimos débiles, y somos muchas las que dependemos de mucho Amor, que no siempre tenemos para dar.

Ruega, en el reino en que te encuentras, a Dios por nosotras; y a Jesús, nuestro guía de siempre, que no se olvide de las hijas e hijos espirituales que aquí quedaron. Ruega también por aquellos que se reúnen alrededor de este cuerpo bienhechor que te sirvió de envoltura y que nos ayudó sobremanera a adquirir las virtudes de Dios.

Quería verte antes de cerrar los ojos en la Tierra, pero Dios no lo permitió; he de verte, nuevamente, con ellos abiertos en la espiritualidad, vestido de luz, en la luz de Dios. El Amor que nos une sobrevivirá a favor de los que sufren fuera de la eternidad.

El viento acariciaba el rostro de Clara como si fuesen las manos de Francisco, y ella agradeció al Señor por el premio de la comunión espiritual. Se sentó al lado de fardo inerte, cerró los ojos en oración, y vio nítidamente a Francisco de Asís sujetándole las manos, ascendiendo al infinito.

Y Francisco regresaba a la Patria Espiritual, recorriendo la senda iluminada por su propia luz, a fin de asumir nuevos encargos, como verdadero Preferido Divino a operar a favor de las criaturas.

Junto con aquellos que colaboraron directamente para el éxito de su misión, así como varios de aquellos que, tocados por su amor, saltaron algunos peldaños en la escala evolutiva, forma una poderosa falange que continúa, en ambos planos de la vida, trabajando por la salvación del rebaño de Dios, principalmente en Brasil, en la preparación de la tierra fecunda, para la implantación definitiva del Árbol del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Y si a él, el Apóstol querido, fue dado vislumbrar el futuro de billones de criaturas en la esfera planetaria, concedida por el Excelsa Misericordia, por coherencia de la Suprema Justicia, no podría ser otro su amoroso ejecutor.

"Conviene que quedes hasta que yo vuelva"

* * *